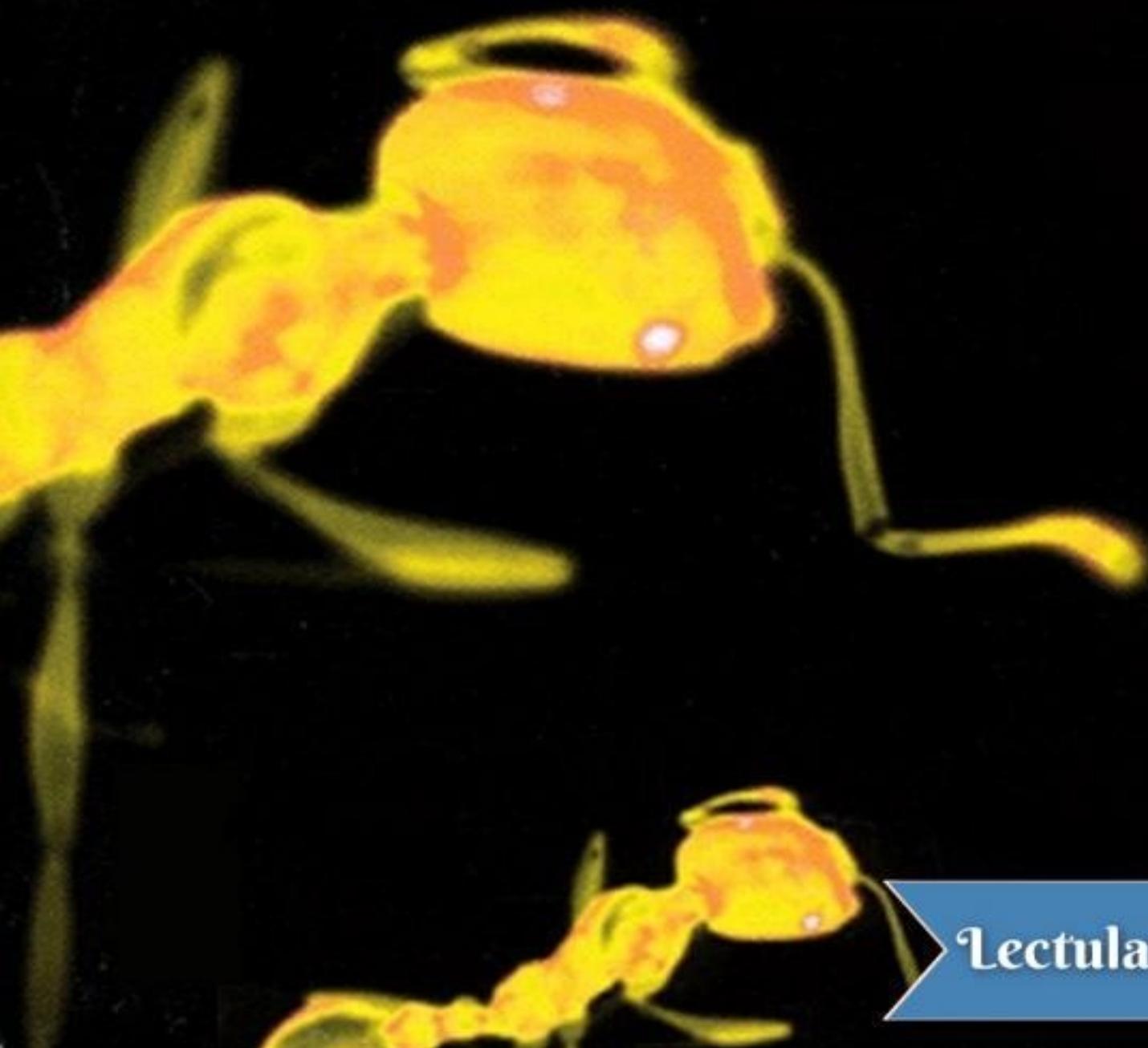


Bernard Werber

El día de
las hormigas



Lectulandia

Tras el clamoroso éxito internacional de **LAS HORMIGAS**, Bernard Werber lleva su apasionante temática hasta las últimas consecuencias. El día de las hormigas es una odisea moderna que nos transporta a un universo terrible regido por el comportamiento perverso de unas criaturas tan implacables como fascinantes...

En París se producen una serie de crímenes inexplicables y relacionados por dos circunstancias: las víctimas trabajaban en la fabricación de un insecticida y los cadáveres presentan una indescriptible mueca de horror. El inspector Miellès solicita la ayuda de la joven periodista Laetitia Wells. A partir de entonces, la investigación conduce al corazón del espeluznante mundo de las hormigas, criaturas que aparecieron en la Tierra cien millones de años antes que el hombre y que, ahora, están dispuestas a librar una guerra despiadada y definitiva contra los seres humanos...

Lectulandia

Bernard Werber

El día de las hormigas

Las hormigas 2

ePUB v1.1

Dirdam 04.05.12

más libros en lectulandia.com

Título en francés original: «*Le jour des fourmis*»

Bernard Werber, 1992.

Traducción: Mauro Armiño, 1993

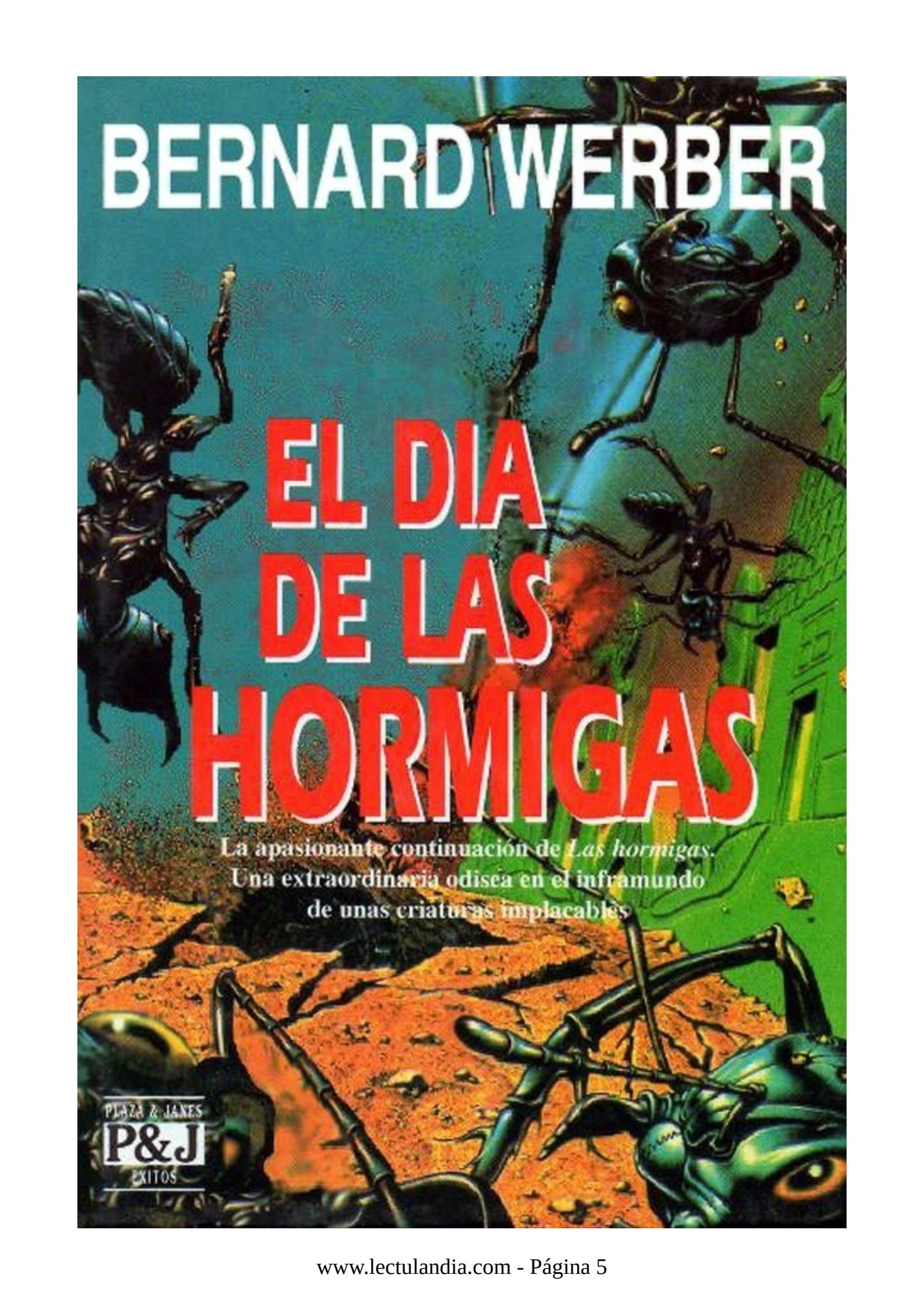
Editor original:

Dirdam (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas:

v1.1 Atramentum (13/5/12)

ePub base v2.0



BERNARD WERBER

EL DIA DE LAS HORMIGAS

La apasionante continuación de *Las hormigas*.
Una extraordinaria odisea en el inframundo
de unas criaturas implacables

PLAZA & JANES
P&J
EXITOS

A Catherine



Todo es **uno** (*Abraham*)
Todo es **amor** (*Jesucristo*)
Todo es **económico** (*Karl Marx*)
Todo es **sexual** (*Sigmund Freud*)
Todo es **relativo** (*Albert Einstein*)
¿Y luego?...

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

Primer arcano



Las dueñas del alba

1. Panorámica

Negro.

Ha pasado un año. En el cielo sin luna de la noche de agosto palpitan las estrellas. Y por fin las tinieblas se difuminan. Unas fajas de bruma se estiran sobre el bosque de Fontainebleau. Pronto las disipa un gran sol púrpura. Todo centellea ahora bajo el rocío. Las telas de araña se transforman en bárbaros manteles de perlas color naranja. Hará calor.

Unos pequeños seres tiemblan bajo los ramajes. Sobre las hierbas, entre los helechos. Por todas partes. Pertenecen a todas las especies y son innumerables. El rocío, licor puro, limpia esa tierra donde ha de ocurrir la más extraña de las av...

2. Tres espías en el corazón

Adelante, deprisa.

La orden perfumada es terminante: no hay tiempo que perder en observaciones ociosas. Las tres siluetas oscuras se apresuran a lo largo del corredor secreto. La que camina por el techo arrastra indolentemente sus sentidos a la altura del suelo. Le ruegan que baje, pero ella asegura que está mejor así, con la cabeza hacia abajo. Le gusta percibir la realidad al revés.

Nadie insiste. Después de todo, ¿para qué? El trío se separa para adentrarse por un pasillo más estrecho. Tantean el más ínfimo recoveco antes de aventurar el menor paso. Por ahora, todo parece tan tranquilo que resulta inquietante.

Ya han llegado al corazón de la ciudad, en una zona a buen seguro muy vigilada. Sus pasos se hacen más cortos. Las paredes de la galería son cada vez más satinadas. Las sombras resbalan sobre jirones de hojas muertas. Una sorda aprensión inunda todos los vasos de sus caparazones rojizos.

Ya están en la sala.

Husmean los olores. El lugar huele a resina, a coriandro y a carbón. Esta pieza es una invención muy reciente. En todas las demás ciudades mirmeceanas, las celdillas sólo sirven para almacenar el alimento o las cresas. Pero el año anterior, justo antes de la hibernación, alguien emitió una sugerencia:

No debemos perder nuestras ideas.

La inteligencia de la Manada se renueva demasiado deprisa.

Los pensamientos de nuestros antepasados deben aprovechar a nuestros hijos.

El concepto de almacenaje de los pensamientos era completamente nuevo entre las hormigas. Sin embargo, había entusiasmado a una gran mayoría de ciudadanas. Todas y cada una de ellas habían ido a verter las feromonas de su saber en los recipientes previstos a tal efecto. Luego los habían ordenado por temas.

Desde ese instante, todos sus conocimientos quedaban recogidos en aquella amplia celda: la «Biblioteca química».

Las tres visitantes, llenas de admiración a pesar de su nerviosismo, caminan. Los espasmos de sus antenas dejan traslucir su emoción.

A su alrededor se alinean unos ovoides fluorescentes en filas de seis, nimbados por vapores amoniacaes que les dan un aspecto de huevos calientes. Pero esas conchas transparentes no esconden ninguna vida en gestación. Encastradas en su ganga de arena, están repletas de relatos olfativos sobre centenares de temas bien catalogados: historia de las reinas de la dinastía Ni, biología corriente, zoología (mucho zoología), química orgánica, geografía terrestre, geología de las capas de arena sub-terrestres, estrategia de los combates de masas más célebres, política territorial de los últimos diez mil años. Se encuentran incluso recetas de cocina o los

planos de los escondrijos de peor fama de la ciudad.

Movimiento de antenas.

Deprisa, deprisa, démonos prisa, que si no...

Se limpian rápidamente sus apéndices sensoriales con el cepillo de cien pelos de su codo. Se disponen a inspeccionar las cápsulas donde se amontonan las feromonas de memoria. Rozan los huevos con la extremidad sensible del tallo de sus antenas para identificarlos bien.

De pronto, una de las tres hormigas se queda inmóvil. Le parece haber oído un ruido. ¿Un ruido? Todas piensan que esta vez van a ser descubiertas.

Esperan febriles. ¿Quién podrá ser?

3. En casa de los Salta

—¡Vete a abrir, debe de ser la señorita Nogard!

Sébastien Salta desplegó su largo esqueleto y giró el picaporte de la puerta.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, ¿está listo?

—Sí. Está listo.

Los tres hermanos Salta fueron a coro en busca de una gran caja de poliestireno de la que sacaron una esfera de vidrio, abierta por su parte superior y llena de granulados pardos.

Todos se inclinaron sobre el recipiente y Caroline Nogard no pudo dejar de meter en él la mano derecha. Un poco de arena oscura fluyó entre sus dedos. Olisqueó los granos como lo hubiera hecho con un café de aroma precioso.

—¿Les ha costado mucho esfuerzo?

—Muchísimo —respondieron al unísono los tres hermanos Salta.

Y uno de ellos añadió:

—¡Pero merecía la pena!

Sébastien, Pierre y Antoine Salta eran unos colosos. Cada uno debía medir unos dos metros. Se arrodillaron para meter también sus largos dedos en el recipiente.

Tres velas hincadas en un alto candelabro iluminaban la extraña escena con luces de un amarillo anaranjado.

Caroline Nogard colocó la esfera en una maleta rodeándola cuidadosamente con numerosas capas de espuma de nailon. Contempló a los tres gigantes y sonrió. Luego se despidió en silencio.

Pierre Salta dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Esta vez creo que hemos logrado nuestro objetivo!

4. Carrera-persecución

Falsa alarma. Sólo es una hoja seca que cruje. Las tres hormigas reanudan sus investigaciones.

Husmean uno por uno todos los recipientes atiborrados de informaciones líquidas. Por fin encuentran lo que buscan.

Por suerte, no les ha sido demasiado difícil descubrirlo. Cogen el precioso objeto, pasándolo de una pata a otra. Es un huevo lleno de feromonas y herméticamente cerrado mediante una gota de resina de pino. Lo descapsulan. Un primer aroma asalta sus once segmentos antenarios.

Desciframiento prohibido.

Perfecto. No hay mejor sello de calidad. Apoyan el huevo y meten en él, con avidez, la extremidad de las antenas.

El texto oloroso asciende por los meandros de sus cerebros.

Descodificación prohibida.

Feromona memoria nº 81

Tema: Autobiografía

Mi nombre es Chli-pu-ni.

Soy la hija de Belo-kiu-kiuni.

Soy la reina 333 de la dinastía Ni y la ponedora única de la ciudad de Bel-o-kan.

No siempre me he llamado así. Antes de ser reina, yo era la princesa 56 de primavera. Porque ésa es mi casta y ése mi número de puesta.

Cuando era joven, creía que la ciudad de Bel-o-kan era el confín del Universo. Creía que nosotras, las hormigas, éramos los únicos seres civilizados de nuestro planeta. Creía que las termitas, las abejas y las avispas eran poblaciones salvajes que no aceptaban nuestras costumbres por simple oscurantismo.

Creía que las demás especies de hormigas eran degeneradas y que las hormigas enanas eran demasiado pequeñas para inquietarnos.

Entonces vivía encerrada permanentemente en el gineceo de las princesas vírgenes, en el interior de la Ciudad Prohibida. Mi única ambición consistía en llegar a parecerme a mi madre y, como ella, construir una federación política que resistiese al tiempo en todos los numerosos sentidos de esa palabra.

Hasta el día en que un joven príncipe herido, 327, llegó a mi celdilla y me

contó una extraña historia. Afirmaba que una expedición de caza había sido completamente pulverizada por una nueva arma de efectos devastadores.

Sospechamos entonces de las hormigas enanas, nuestras rivales, y el año pasado dirigimos contra ellas la gran batalla de las Amapolas. Nos costó varios millones de soldados pero vencimos. Y esa victoria nos proporcionó la prueba de nuestro error. Las enanas no poseían ninguna arma secreta de envergadura.

Luego pensamos que las culpables eran las termitas, nuestras enemigas hereditarias. Nuevo error. La gran ciudad termita del Este se ha transformado en una ciudad fantasma. Un misterioso gas clorado envenenó a todos sus habitantes.

Investigamos entonces en el interior de nuestra propia ciudad y fue así como nos enfrentamos a un ejército clandestino que creía proteger a la colectividad absteniéndose de revelarles informaciónes demasiado angustiosas. Esas matadoras desprendían cierto olor a roca y pretendían desempeñar el papel de glóbulos blancos. Constituían la autocensura de nuestra sociedad. ¡Tomamos conciencia de que en nuestro propio organismo-comunidad existían defensas inmunitarias dispuestas a todo para que todas y cada una de nosotras permaneciese en la ignorancia!

Pero al fin, después de la extraordinaria odisea de la guerrera asexualada 103.693 lo hemos comprendido.

En el confín oriental del mundo existen unos...

Una de las tres hormigas interrumpe la lectura. Le parece sentir una presencia. Las rebeldes se ocultan, acechan. Nada se mueve. Por encima de su escondite se yergue tímidamente una antena, a la que pronto imitan otras cinco.

Los seis apéndices sensoriales se transforman en radares y vibran a 18.000 movimientos por segundo. Todo lo que alrededor desprende aroma queda identificado inmediatamente.

Otra falsa alarma. No hay nadie en los alrededores. Y prosiguen la descodificación de la feromona.

En el confín oriental del mundo existen unos rebaños de animales mil veces gigantescos.

Las mitologías mirmeaceanas los evocan en términos poéticos. Sin embargo están más allá de toda poesía.

Las nodrizas nos narraban su existencia para hacernos temblar con cuentos de horror. Están más allá del horror.

Hasta entonces yo nunca había dado mucho crédito a esas historias de

monstruos gigantes, guardianes de los confines del planeta que viven en rebaños de cinco. Pensaba que sólo se trataba de cuentos destinados a princesas vírgenes e ingenuas.

Ahora sé que ellos existen realmente.

La destrucción de la primera expedición de caza, fueron ellos.

Los gases que envenenaron la ciudad termita, eran ellos.

*El incendio que destruyó Bel-o-kan y mató a mi madre, también eran **ellos**.*

Ellos: los dedos.

Yo quería ignorarles. Pero ahora ya no puedo.

Su presencia se detecta por todas partes en el bosque.

Cada día, los informes de las exploradoras confirman que se acercan un poco más a nuestro mundo y que son muy peligrosos.

Por eso hoy he tomado la decisión de convencer a los míos para lanzar una cruzada contra los dedos. Será una gran expedición armada cuyo objetivo final será eliminar a todos los dedos del planeta mientras estemos a tiempo.

El mensaje es tan desconcertante que necesitan unos segundos para asimilarlo. Las tres hormigas espías querían saber. Pues bien, ¡ahora ya saben!

¡Una cruzada contra los Dedos!

Hay que avisar a las demás a toda costa. Pero si pudieran saber un poco más todavía... De común acuerdo, vuelven a meter las antenas.

Para acabar con estos monstruos preveo que la cruzada necesitará veintitrés legiones de infantería de asalto, catorce legiones de artillería ligera, cuarenta y cinco legiones de combate todo terreno, veintinueve legiones...

Un ruido más. Esta vez no hay duda. La tierra seca cruje bajo una garra. Las tres intrusas levantan sus apéndices todavía bañados de informaciones secretas. Todo ha sido demasiado fácil. Han caído en una trampa. Están convencidas de que les han permitido penetrar en la Biblioteca química sólo para desenmascararlas mejor.

Sus patas se flexionan, dispuestas para el salto. Demasiado tarde. Las otras ya están allí. A las rebeldes sólo les queda tiempo para apoderarse de la concha que contiene la preciosa feromona memoria y escapar por un pequeño corredor transversal.

Suena la alerta en la jerga olfativa belokaniana. Es una feromona cuya fórmula química es «C₈-H₁₈-O». La reacción es inmediata. Ya se oye el roce de centenares de patas guerreras.

Las intrusas huyen a galope tendido. ¡Sería una lástima morir cuando son las

únicas rebeldes que han entrado en la Biblioteca química y conseguido descifrar la feromona más esencial, sin duda, de la reina Chli-pu-ni!

Carrera y persecución a través de los corredores de la Ciudad. Como en un rallye de bosleigh, las hormigas van tan deprisa que realizan virajes perpendiculares al suelo.

A veces, en lugar de bajar, siguen esprintando por el techo. Es cierto que la noción de arriba y abajo es completamente relativa en un hormiguero. Con garras, se puede caminar e incluso correr por todas partes.

Los bólidos de seis patas huyen a una velocidad vertiginosa. El panorama se abalanza contra ellas.

Todo sube, baja y gira. Fugitivas y perseguidoras saltan un precipicio. Todas pasan por los pelos, salvo una que tropieza y cae.

Ante la primera rebelde surge una máscara brillante. No tiene tiempo de darse cuenta de lo que le pasa. Bajo la máscara se yergue la punta de un abdomen relleno de ácido fórmico. El chorro hirviente transforma al instante a la hormiga en una pasta blanda. La segunda rebelde, enloquecida, da media vuelta y se precipita por un pasadizo lateral.

«¡Dispersémonos!», aúlla en su lenguaje olfativo. Sus seis patas cavan profundamente en el suelo. Pérdida de energía. Aparece por su costado izquierdo una soldado. Las dos corren tan deprisa que la guerrera no puede ni coger a su presa con las mandíbulas ni apuntar su disparo de ácido. Por eso, la zarandea y se esfuerza por aplastarla contra las paredes.

Los caparzones chocan entre sí con un ruido mate. Las dos hormigas, propulsadas a más de 0,1 Km./h por los corredores demasiado estrechos del hormiguero, encajan algunos ataques bruscos. Intentan ponerse zancadillas. Se pinchan con la punta de la mandíbula.

Van a tal velocidad que ninguna se da cuenta de que el corredor sigue estrechándose, hasta el punto de que fugitiva y perseguidora, proyectadas de pronto por una galería-embudo, chocan entre sí. Los dos bólidos explotan juntos y los trozos de quitina rota se dispersan por un amplio perímetro.

La tercera rebelde corre con las patas por el techo, cabeza abajo. Una artillera la apunta y con un tiro preciso pulveriza su pata posterior derecha. Por efecto del choque, la espía suelta el ovoide que contiene la feromona memoria de la reina.

Una guardiana recupera el inestimable objeto.

Otra ametralla con diez gotas de ácido y licua una antena de la superviviente. Los impactos de la ráfaga dañan el techo cuyos cascotes obstruyen momentáneamente el pasadizo.

La pequeña rebelde puede respirar un instante pero sabe que no podrá ir muy lejos. No sólo tiene una antena y una pata de menos, sino que las guardianas deben de

estar vigilando ahora todas las salidas.

Los soldados están ya tras ellas. Los disparos de ácido fórmico crepitan. Y otra pata más cercenada, esta vez una delantera. Sin embargo, continúa corriendo con las cuatro que le quedan y consigue agazaparse en una cavidad del corredor.

Una guardiana la apunta, pero a la herida también le queda todavía ácido. Bascula el abdomen, se coloca de prisa en posición de tiro y apunta a la guerrera. ¡En el medio! La otra ha sido menos hábil, sólo ha conseguido cortarle la pata media de la izquierda. No le quedan más que tres patas. La última hormiga espía jadea cojeando ligeramente. Tiene que salir a cualquier precio de la emboscada y advertir al resto de los rebeldes de esa cruzada contra los Dedos.

«¡Ha pasado por allí, por allí!», emite un soldado que ha descubierto el cadáver quemado del duelista.

¿Cómo salir de allí? La superviviente se entierra lo mejor que puede en el techo. A las otras no se les ocurrirá mirar hacia arriba.

El techo es probablemente el lugar ideal para improvisar una palanca.

Las guardianas no la ven hasta que pasan por segunda vez, cuando una de ellas percibe una gota que cuelga de lo alto. Es la sangre transparente de la rebelde.

¡Maldita gravedad!

La tercera rebelde se deja caer entre los escombros y empieza a golpear a todo el mundo con sus últimas patas y su última antena válida. Un soldado le agarra una pata y la retuerce hasta que se rompe. Otra le traspasa el tórax con la punta de su mandíbula sable. Sin embargo consigue liberarse. Todavía le quedan dos patas para arrastrarse renqueando. Pero no habrá una última escapatoria. Una larga mandíbula sale de un muro y le corta la cabeza en plena carrera. El cráneo salta y rueda a lo largo de la galería en cuesta.

El resto del cuerpo todavía consigue dar una decena de pasos antes de aminorar la marcha, detenerse y, por último, desmoronarse. Las guardianas recogen los trozos y los arrojan en la depuradora de la Ciudad, sobre los despojos de sus otras dos comparsas. ¡Eso es lo que les ocurre a los que son demasiado curiosos!

Los tres cadáveres yacen abandonados, como marionetas torpemente rotas antes del comienzo del espectáculo.

5. El caso empieza

Diario *El Eco del domingo*

TRIPLE CRIMEN MISTERIOSO EN LA CALLE DE LA FAISANDERIE

«Tres cadáveres fueron descubiertos el jueves en un inmueble de la calle Faisanderie, en Fontainebleau. Se ignoran las causas de la muerte de Sébastien, Pierre y Antoine Salta, tres hermanos que compartían el mismo piso.

»El barrio goza de buena reputación en materia de seguridad. No han desaparecido dinero ni objetos preciosos. Tampoco se han apreciado señales de violencia. En el lugar no se ha hallado ninguna arma que haya podido servir para cometer el crimen.

»La investigación, que promete ser delicada, ha sido confiada al célebre comisario Jacques Méliés, de la Brigada Criminal de Fontainebleau. Este extraño caso podría convertirse en el *thriller* del verano para los aficionados a los enigmas policíacos. El asesino no llegará muy lejos. L. W.»

6. Enciclopedia

¿Otra vez usted?

O sea que ha descubierto el segundo volumen de mi *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*.

El primero estaba colocado bien a la vista sobre el atril del templo subterráneo, pero éste ha sido más difícil de descubrir, ¿verdad?

Bravo.

¿Quién es usted exactamente? ¿Mi sobrino Jonathan? ¿Mi hija? No, usted no es ni el uno ni la otra.

¡Buenos días, desconocido lector!

Me gustaría conocerle mejor. Declare delante de las páginas de este libro su nombre, su edad, sexo, profesión y nacionalidad.

¿Qué interés tiene usted en la vida?

¿Cuáles son sus fuerzas y sus debilidades?

De todos modos, poco importa. Sé quién es usted.

Siento sus manos acariciando mis páginas. Es bastante agradable, desde luego. Por la punta de sus dedos, en las sinuosidades de sus huellas digitales, adivino sus características más secretas.

Todo está inscrito hasta en sus menores fragmentos. En ellos percibo incluso los genes de sus antepasados.

¡Y pensar que ha sido necesario que esos millares de personas no murieran demasiado jóvenes! ¡Que se hayan seducido y acoplado hasta llegar al nacimiento de usted!

Hoy tengo la impresión de verle delante de mí.

No, no sonría. Permanezca natural. Déjeme leer en usted con más profundidad. Es usted mucho mejor de lo que piensa.

No es simplemente un apellido y un nombre dotados de una historia social.

Usted es un 71% de agua clara, un 18% de carbono, un 4% de nitrógeno, un 2% de calcio, un 2% de fósforo, un 1% de potasio, un 0,5% de azufre, un 0,5% de sodio y un 0,4% de cloro. Además de una buena cucharada sopera de oligoelementos diversos: magnesio, cinc, manganeso, cobre, yodo, níquel, bromo, flúor y silicio. Y además una pizca de cobalto, de aluminio, de molibdeno, de vanadio, de plomo, de estaño, de titanio y de boro.

Ésa es la receta de su existencia.

Todos estos materiales provienen de la combustión de las estrellas y únicamente se pueden encontrar en su propio cuerpo. Su agua es similar al agua del más anodino de los océanos. Su fósforo le convierte a usted en solidario de las cerillas. Su cloro es idéntico al que sirve para desinfectar

las piscinas. Pero no es usted eso únicamente.

Usted es una catedral química, un asombroso juego de construcción con sus dosificaciones, sus equilibrios, sus mecanismos de una complejidad apenas concebible. Porque sus moléculas están formadas por átomos, por partículas, por quarks, por vacío, todo ello ligado por fuerzas electromagnéticas, gravitacionales y electrónicas de una sutileza que le supera.

¡Cómo! Si usted ha conseguido encontrar este segundo volumen, es que usted es un pillo y que ya sabe muchas cosas de mi mundo. ¿Qué ha hecho usted con los conocimientos que le aportó el primer volumen? ¿Una revolución? ¿Una evolución? Probablemente nada.

Ahora instálese cómodamente para leer mejor. Ponga recta su espalda. Respire con tranquilidad. Relaje su boca.

¡Escúcheme!

Nada de lo que le rodea en el tiempo y en el espacio es inútil. Usted no es inútil. Su efímera vida tiene un sentido. No lleva a un callejón sin salida. Todo tiene su sentido.

A mí que le hablo mientras usted me lee, me están devorando unos gusanos. ¿Qué digo? Sirvo de abono a unos jóvenes brotes de perifollo muy prometedores. Las gentes de mi generación no comprendieron en qué quería convertirme.

Es demasiado tarde para mí. Lo único que puedo dejar es un frágil rastro, este libro.

Es demasiado tarde para mí, pero no es demasiado tarde para usted.

¿Está usted bien instalado? Relaje sus músculos. No piense en nada más que en el Universo, en el que usted no es otra cosa que un ínfimo polvo.

Imagine el tiempo acelerado. ¡Paf!, usted nace, proyectado de su madre como un vulgar hueso de cereza. ¡Chaf, chaf! Se atraca usted con miles de platos multicolores, transformando así algunas toneladas de vegetales y de animales en excrementos. ¡Y paf!, ya está usted muerto.

¿Qué ha hecho con su vida?

No lo suficiente, a buen seguro.

¡Actúe! ¡Haga algo, tal vez minúsculo, pero páselo bien! ¡Haga algo con su vida antes de morir!

No ha nacido usted para nada. Descubra por qué ha nacido. ¿Cuál es su ínfima misión?

Usted no ha nacido por azar.

Preste atención.

Edmond Wells

7. Metamorfosis

No le gusta que le digan lo que tiene que hacer.

La gorda oruga peluda, verde, negra y blanca, se aleja de aquella libélula que le aconseja tener cuidado con las hormigas y se dirige al extremo de la rama del fresno.

Se desliza por reptación y ondulación. Pone primero sus seis patas delanteras. Sus diez patas traseras se unen a las delanteras gracias a los bucles que la oruga forma con su cuerpo.

Llegada a la extremidad de su promontorio, la oruga escupe un poco de saliva-cola para fijar su cuarto trasero y se deja caer, colgada cabeza abajo.

Está muy cansada. Ha terminado con su vida de larva. Sus sufrimientos tocan a su fin. Ahora, o muda o muere.

¡Chitón!

Se arroja en un capullo formado por un sólido cabo de cristal flexible.

Su cuerpo se transforma en caldero mágico.

Ha esperado ese día durante mucho tiempo, durante muchísimo tiempo. Tanto tiempo.

El capullo se endurece y se pone blanco. La brisa acuna ese extraño fruto de color claro.

Pocos días más tarde, el capullo se hincha, como si estuviera a punto de lanzar un suspiro. Su respiración se vuelve más regular. Vibra. Se produce toda una alquimia. Se mezclan colores, ingredientes raros, aromas delicados, perfumes sorprendentes, juegos, hormonas, lacas, grasas, ácidos, carnes e incluso costras.

Todo se ajusta, se dosifica con una precisión inigualable con el objetivo de fabricar un ser nuevo. Y luego, la parte superior de la concha se desgarrar. De la envoltura de plata sale una tímida antena que desenrolla su espiral.

La silueta que se desprende de su ataúd-cuna no tiene ya nada en común con la oruga de la que ha salido.

Una hormiga, que andaba por aquellos parajes, ha seguido ese instante sagrado. Fascinada al principio por el esplendor de la metamorfosis, razona y recuerda que sólo se trata de una presa. Galopa por la rama con objeto de matar al maravilloso animal antes de que salga pitando.

El cuerpo húmedo de la mariposa esfinge se desprende completamente del huevo original. Las alas se despliegan. Espléndidos colores. Tornasol de velos ligeros, frágiles y puntiagudos. Festones pardos sobre los que resaltan tintes desconocidos: amarillo flúor, negro mate, naranja brillante, rojo carmín, bermellón medio y antracita nacarado.

La hormiga cazadora bascula su abdomen bajo su tórax para colocarse en posición de tiro. Centra a la mariposa en su mira visual y olfativa.

La esfinge ve a la hormiga. Está fascinada por el extremo del abdomen que la apunta, pero sabe que de allí puede brotar la muerte. Y no está dispuesta a morir en absoluto. Por lo menos ahora no. Sería realmente una lástima.

Cuatro ojos esféricos se contemplan de hito en hito.

La hormiga mira a la mariposa. Es preciosa, desde luego, pero hay que alimentar a las crías con carne fresca. No todas las hormigas son vegetarianas, al contrario. Ésta adivina que su presa se apresta a despegar y anticipa su movimiento levantando su órgano de tiro. La mariposa aprovecha ese instante para lanzarse al aire. El chorro de ácido fórmico, desviado, traspasa su velamen, haciendo un pequeño agujero de redondez perfecta.

La mariposa pierde un poco de altura, el agujero de su ala derecha deja pasar un silbido. La hormiga es una tiradora de élite y está convencida de haberle dado. Pero no por eso la otra deja de bracear en el aire. Sus alas todavía húmedas se secan un poco más con cada batir. Recupera altura y distingue abajo su capullo. Pero no siente la menor nostalgia.

La hormiga cazadora sigue emboscada. Nuevo disparo. Una hoja impulsada por una brisa providencial intercepta el mortal proyectil. La mariposa gira sobre su ala y se aleja, vivaracha.

La soldado 103.683 del Bel-o-kan ha fallado el tiro. Su blanco está ahora fuera de alcance. Contempla, soñadora, al lepidóptero que vuela y por un momento siente envidia. ¿A dónde va? Parece dirigirse hacia el confín del mundo.

En efecto, la esfinge desaparece hacia el Este. Hace varias horas que vuela y, cuando el cielo empieza a oscurecerse, divisa a lo lejos una claridad y se precipita al acto hacia ella.

Cautivada, no tiene más que un objetivo: alcanzar aquella claridad fabulosa. Cuando, a toda velocidad, llega a unos centímetros de la fuente luminosa, sigue acelerando para saborear más deprisa el éxtasis.

Ya está cerca del fuego. La punta de sus alas está a punto de quemarse. Pero no le importa, quiere hundirse allí, gozar de aquella fuente de calor. Fundirse en aquel sol. ¿Se quemará?

8. Méliés resuelve el enigma de la muerte de los Salta

—¿No?

Sacó un chicle de su bolsillo y lo engulló de un bocado.

—No, no y no. No deje entrar a los periodistas. Voy a examinar tranquilamente mis fiambres y luego ya veremos. ¡Y apágüeme las velas de ese candelabro! ¿Por qué las han encendido? Ah, ¿había un corte de fluido en el inmueble? Pero ya ha vuelto la corriente, ¿no? Pues entonces, por favor, no corramos riesgo de incendio.

Alguien apagó las velas. Una mariposa, cuyas alas estaban quemándose ya por sus extremidades, escapó por poco a la cremación.

El comisario masticó ruidosamente su chicle mientras inspeccionaba el piso de la calle de la Faisanderie.

En este comienzo del siglo XXI, habían sido pocos los cambios respecto al siglo anterior. Sin embargo, las técnicas de criminología habían evolucionado algo. Los cadáveres se cubrían de formol y de cera vitrificante para que conservasen la posición exacta que tenían en el momento de su muerte. La Policía tenía tiempo, por tanto, para estudiar a capricho la escena del crimen. El método era mucho más práctico que los arcaicos contornos con tiza.

El procedimiento desconcertaba un poco, pero los investigadores habían terminado por acostumbrarse a aquellas víctimas de ojos abiertos, cuya piel y cuyas ropas quedaban enteramente recubiertas de cera transparente, fijadas como al segundo siguiente a su muerte.

—¿Quién ha sido el primero en llegar?

—El inspector Cahuzacq.

—¿Émile Cahuzacq? ¿Dónde está? Ah, abajo... Perfecto, dile que me busque.

Un joven agente vaciló.

—Eh, comisario... Hay ahí una periodista del *Eco del domingo* que pretende que...

—¿Quién pretende qué? ¡No! ¡Nada de periodistas por ahora! Que me busquen a Émile.

Méliés empezó a caminar a zancadas por el salón antes de inclinarse sobre Sébastien Salta. Su cara se pegó al rostro deformado, a los ojos desorbitados, a las cejas levantadas, a las aletas de la nariz separadas, a la boca totalmente abierta, a la lengua tensa. Llegó a ver incluso unas prótesis dentarias y los relieves de una última colación. El hombre había debido comer cacahuets y pasas.

Méliés se volvió luego hacia los cuerpos de los otros dos hermanos. Pierre tenía los ojos desorbitados y la boca abierta. La cera vitrificadora había conservado la carne de gallina que erizaba su piel. En cuanto a Antoine, su rostro estaba desfigurado por una atroz mueca de terror.

El comisario sacó de su bolsillo una lupa luminosa y escrutó la epidermis de Sébastien Salta. Los pelos estaban hirsutos como estacas. También se le había quedado la carne de gallina.

Una silueta familiar se perfiló delante de Méliés. El inspector Émile Cahuzacq. Cuarenta años de buenos y leales servicios en la Brigada Criminal de Fontainebleau. Sienes plateadas, bigote en punta y una barriga tranquilizadora. Cahuzacq era un hombre tranquilo que se había labrado su sitio exacto en la sociedad. Su único anhelo era alcanzar pacíficamente, sin demasiados altibajos, el retiro.

—¿Has sido tú, Émile, el primero en llegar aquí?

—Afirmativo.

—¿Y qué has visto?

—Bueno, lo mismo que tú. Lo primero que he hecho ha sido pedir que se vitrificasen los cadáveres.

—Buena idea. ¿Qué piensas de todo esto?

—No hay heridas, no hay huellas, no hay arma del crimen, no hay posibilidades de entrar ni de salir... No hay duda, ¡es un caso enrevesado para ti! .

—¡Gracias!

El comisario Jacques Méliés era joven, apenas tenía treinta y dos años, pero ya gozaba de una reputación de fino sabueso. Desdeñaba la rutina y sabía encontrar soluciones originales a los casos más complicados.

Tras concluir sólidos estudios científicos, Jacques Méliés había renunciado a una brillante carrera de investigador para orientarse hacia su única pasión: el crimen. Al principio fueron los libros los que le orientaron en aquel viaje al país de los puntos de interrogación. Se había atiborrado de novelas policíacas. Del juez Ti a Sherlock Holmes, pasando por Maigret, Hércules Poirot, Dupin o Rick Deckard, se había zampado tres mil años de investigaciones policíacas.

Su Grial particular era el crimen perfecto, siempre rozado y nunca realizado. Para perfeccionarse más, se había matriculado de forma completamente natural en el Instituto de Criminología de París. Allí vivió su primera autopsia sobre un cadáver fresco (y su primer desmayo). Aprendió a abrir una cerradura con una horquilla, a fabricar una bomba artesana o a desactivarla. Exploró las mil maneras de morir propias del ser humano.

Sin embargo, había algo que le decepcionaba en aquellos cursos: la materia prima era mala. Sólo se conocían criminales que se habían dejado coger. Es decir, los imbéciles. De los otros, de los inteligentes, no se sabía nada, puesto que nunca los habían pillado. ¿Habría descubierto uno de aquellos impunes la forma de realizar el crimen perfecto?

El único medio de saberlo era meterse en la Policía y dedicarse en persona a la caza. Es lo que hizo. Fue ascendiendo sin dificultad los escalones jerárquicos. Obtuvo

su primer éxito deteniendo a su propio profesor de desactivación de explosivos, ¡buena tapadera para el jefe de un grupo terrorista!

El comisario Méliés se puso a husmear por el salón, registrando con la vista el menor de sus recovecos. Sus ojos terminaron por fijarse en el techo.

—Dime, Émile, ¿había moscas cuando entraste aquí?

El inspector contestó que no se había fijado. Al llegar él, puertas y ventanas estaban cerradas, pero luego habían abierto la ventana y si hubiera habido moscas habrían tenido tiempo de volar.

—¿Es importante? —preguntó con inquietud.

—Sí. Bueno, no. Digamos que es una lástima. ¿Tienes un informe sobre las víctimas?

Cahuzacq sacó una carpeta de cartón de la bolsa que llevaba en bandolera. El comisario consultó las diferentes fichas que contenía.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Hay ahí algo interesante... Todos los hermanos Salta eran químicos de profesión, pero uno de los tres, Sébastien, era un personaje menos anodino de lo que parece a primera vista. Llevaba una doble vida.

—Vaya, vaya...

—Ese Salta estaba dominado por el demonio del juego. Su gran pasión era el póquer. Le llamaban «el gigante del póquer». No sólo por su estatura, sino sobre todo porque apostaba sumas asombrosas. Recientemente había perdido mucho dinero. Se había metido en una espiral de deudas. Y para salir de ella, el único medio que había visto era jugar sumas cada vez más fuertes.

—¿Cómo sabes todo eso?

—No hace mucho tuve que meter las narices en los ambientes del juego. Sébastien estaba completamente quemado. Al parecer le habían amenazado de muerte si no pagaba en seguida.

Méliés, pensativo, dejó de masticar su chicle.

—Había por tanto un móvil por lo que se refiere a Sébastien...

Cahuzacq hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Crees que se adelantó y que se ha suicidado?

El comisario hizo caso omiso a la pregunta y se volvió de nuevo hacia la puerta:

—Cuando has llegado, estaba bien cerrada por dentro, ¿no?

—Afirmativo.

—¿Y también las ventanas?

—También las ventanas, todas.

Méliés volvió a masticar su chicle con ardor.

—¿En qué piensas? —preguntó Cahuzacq.

—En un suicidio. Claro que puede parecer simplista, pero con la hipótesis del

suicidio queda explicado todo. No hay huellas extrañas porque no ha habido intrusión exterior. Todo ha ocurrido dentro. Sébastien ha matado a sus hermanos y se ha suicidado.

—De acuerdo, pero ¿con qué arma?

Méliés cerró los párpados para buscar mejor la inspiración. Finalmente enunció: Un veneno. Un potente veneno de efecto retardado. Algo como cianuro cubierto de caramelo. Cuando el caramelo se funde en el estómago, libera su contenido mortal. Como una bomba química de efecto retardado. ¿No me has dicho que era químico?

—Sí, en la CQG.

—¡Por lo tanto, a Sébastien Salta no le ha costado mucho fabricar su arma!

Cahuzacq no parecía del todo convencido.

—Entonces, ¿por qué tienen todos unas caras tan horrorizadas?

—Por el dolor. Cuando el cianuro traspasa el estómago, es doloroso. Mil veces peor que una úlcera.

—Comprendo que Sébastien Salta se haya suicidado —dijo Cahuzacq en tono dubitativo—, pero ¿por qué habría matado a sus dos hermanos que no corrían ningún peligro?

—Para ahorrarles la degradación de la bancarrota. También existe ese viejo reflejo humano que impulsa a embarcar a toda la familia en la propia muerte. En el antiguo Egipto, los faraones se enterraban junto con sus mujeres, sus servidores, sus animales y sus muebles. Uno tiene miedo de ir solo, y entonces se lleva a los allegados...

El inspector estaba conmovido por las certidumbres del comisario. Todo aquello podía parecer demasiado simple o demasiado sórdido. Pero sólo la hipótesis del suicidio podía justificar la ausencia de toda huella extraña.

—Así, pues, resumo —continuó Méliés—. ¿Por qué está todo cerrado? Porque todo ha ocurrido dentro. ¿Quién ha matado? Sébastien Salta. ¿Con qué arma? Con un veneno de efecto retardado preparado por él mismo. ¿Cuál es el móvil? La desesperación, la incapacidad de hacer frente a las enormes deudas de juego contraídas.

Émile Cahuzacq no daba crédito a lo que oía. ¿Era acaso tan fácil de resolver el enigma anunciado por los periódicos como «el *thriller* del verano»? Y sin recurrir siquiera a todas esas verificaciones, confrontaciones de testigos, búsqueda de indicios, en resumen, a todas las mandingas de la profesión. La reputación del comisario Méliés era tan grande que apenas dejaba lugar a la duda. Su razonamiento, de cualquier modo, era el único lógicamente posible.

Se adelantó un policía de uniforme.

—Esa periodista de *El Eco del domingo* sigue ahí diciendo que quiere entrevistarle. Lleva más de una hora esperando e insiste...

—¿Es guapa?

El policía movió la cabeza con un gesto afirmativo.

—Incluso puede decirse que «muy guapa». Me parece que es una euroasiática.

—¿Qué? ¿Y cómo se llama? ¿Chung-li o Mang Chi-Nang?

El otro protestó:

—Nada de eso. Laetitia Uelle o algo por el estilo.

Jacques Méliés dudó, pero una ojeada a su reloj le permitió tomar una decisión:

—Dígale a esa señorita que lo siento mucho, pero que no me queda tiempo. Es la hora de mi programa de tele favorito: *Trampa para pensar*. ¿Lo conoces, Émile?

—He oído hablar de él, pero nunca lo he visto.

—Haces mal. Ese programa debería ser un *jogging* cerebral obligatorio para todos los detectives.

—Bueno, ya sabes que para mí es demasiado tarde.

El policía carraspeo: ¿Y sobre la periodista de *El Eco del domingo*?

—Dile que haré una declaración a la Agencia Central de Prensa. Le bastará con inspirarse en ella.

El policía se permitió una pequeña pregunta suplementaria.

—¿Ya ha encontrado la solución a este caso?

Jacques Méliés sonrió como especialista decepcionado por un enigma demasiado fácil. Sin embargo le respondió.

Se trata de un doble asesinato y de un suicidio, todo por envenenamiento. Sébastien Salta estaba lleno de deudas y enloquecido, quiso terminar de una vez por todas.

Luego el comisario rogó a todo el mundo que despejaran la casa. Él mismo apagó la luz y cerró la puerta.

De nuevo quedaba vacía la habitación del crimen.

Los cadáveres relucientes de cera reflejaban los neones rojos y azules que parpadeaban en la calle. La notable actuación del comisario Méliés los había privado de cualquier aura trágica. Tres muertos por envenenamiento, simplemente.

Por donde Méliés pasaba, la magia desaparecía.

Un suceso y sólo eso. Tres figuras hiperrealistas iluminadas con flashes multicolores. Tres personas petrificadas como las víctimas momificadas de Pompeya.

Sin embargo quedaba una especie de malestar: la máscara de terror absoluto que descomponía aquellos rostros parecía indicar que habían visto algo más espantoso que el desencadenamiento de las lavas del Vesubio.

9. Conversación con un cráneo

103.683 se tranquiliza. Ha permanecido al acecho para nada. La hermosa mariposa nueva no ha vuelto. Se limpia la punta del abdomen con su peluda pata y se dirige hacia el extremo de la rama para recuperar el capullo abandonado. Es uno de esos objetos siempre útiles en un hormiguero. Puede servir tanto de ánfora para melazo como de cantimplora portátil.

103.683 es una hormiga rojiza de la ciudad federada de Bel-o-kan. Tiene un año y medio, que corresponde a cuarenta años en los humanos. Su casta es la de las soldados exploradoras asexuadas. Enarbola sus antenas en penacho, bastante alto. El aspecto del cuello y del tórax revela un carácter cada vez más firme. Uno de sus cepillos-espuela tibiales está roto pero el conjunto de la máquina todavía se halla en perfecto estado de marcha, aunque la carrocería esté plagada de estrías.

Sus ojillos hemisféricos examinan el panorama a través del tamiz de las facetas oculares. Visión de gran angular. Puede ver por delante, por detrás y por encima simultáneamente. En los alrededores nada se mueve. Aquí no hay que perder más tiempo.

Baja del arbusto utilizando los *puvilis* situados bajo la extremidad de sus patas. Esas pequeñas bolas fibrosas segregan una sustancia adhesiva que le permite desplazarse sobre superficies completamente lisas, incluso en vertical, incluso boca abajo.

103.683 toma una pista olorosa y avanza en dirección a su ciudad. A su alrededor, las hierbas se elevan en altos matorros verdes. Se cruza con numerosas obreras belokanianas que corren siguiendo los mismos rieles olfativos. En algunos lugares, las peones camineras han excavado una pista por debajo para que a sus usuarias no les molesten los rayos del sol.

Una babosa cruza sin darse cuenta una pista de hormigas. Los soldados la echan inmediatamente picándola con la punta de las mandíbulas. Limpian luego toda la baba que ha dejado a través del camino.

103.683 se cruza con un insecto raro. No tiene más que un ala y se arrastra incluso por el suelo. Visto más de cerca, no es más que una hormiga que transporta un ala de libélula. Se saludan. Aquella cazadora ha tenido más suerte que ella. Porque apenas hay diferencia entre volver con las manos vacías y llevar a un capullo de mariposa.

Empieza a perfilarse la sombra de la Ciudad. Luego el cielo desaparece de buenas a primeras. Sólo hay un macizo de ramitas.

Es Bel-o-kan.

Creada por una hormiga reina extraviada (Bel-o-kan significa «Ciudad de la hormiga extraviada»), amenazada por las guerras entre hormigas, los tornados, las

termitas, las avispas y los pájaros, la ciudad de Bel-o-kan sobrevive orgullosamente desde hace más de cinco mil años.

Bel-o-kan, sede central de las hormigas rojas de Fontainebleau.

Bel-o-kan, la mayor fuerza política de la región.

Bel-o-kan, hormiguero donde ha nacido el movimiento evolucionario mirmeceano.

Cada amenaza la consolida. Cada guerra la vuelve más combativa. Cada derrota la hace más inteligente.

Bel-o-kan, la ciudad de los treinta y seis millones de ojos, de los ciento ocho millones de patas, de los dieciocho millones de cerebros. Viva y espléndida.

103.683 conoce todas las encrucijadas, todos los puentes subterráneos. Durante su infancia visitó las salas donde se cultivan los hongos blancos, las salas donde se ordeñan los rebaños de pulgones y aquellas otras donde se mantienen inmóviles, pegados al techo, los individuos cisterna. Corrió por las galerías de la Ciudad Prohibida, excavadas antiguamente por las termitas en la madera de una corteza de pino. Fue testigo de todas las mejoras realizadas por la nueva reina Chli-pu-ni, su antigua cómplice de aventuras.

Fue Chli-pu-ni quien inventó el «movimiento evolucionario»

Renunció al título de nueva Belo-kiu-kiuni para crear su propia dinastía: la de las reinas Chli-pu-ni. Cambió la unidad de medida del espacio: ya no es la cabeza (3 milímetros), sino el paso (1 centímetro). Dado que las belokanianas viajaban más lejos, se imponía una unidad mayor desde entonces.

En el marco del movimiento evolucionario, Chli-pu-ni construyó la Biblioteca química y, sobre todo, acogió a todo tipo de animales comensales, que ella misma estudia para sus feromonas zoológicas. Intenta, sobre todo, domesticar las especies voladoras y nadadoras. Escarabajos y ditiscos...

Hace mucho tiempo que 103.683 y Chli-pu-ni no se ven. Resulta difícil acercarse a la joven reina, demasiado ocupada con la puesta y con la reforma de la ciudad. La soldado no ha olvidado, sin embargo, sus comunes aventuras por los subterráneos de la Ciudad, ni la investigación que ambas hicieron para descubrir el arma secreta, ni la lomechusa suministradora de droga que trató de envenenarlas, ni la lucha contra las hormigas espía de olor de roca.

103.683 se acuerda también de su gran viaje hacia el Este, de su contacto con el confín del mundo, del país de los Dedos, donde todo lo que vive, muere.

En distintas ocasiones la soldado solicitó organizar una nueva expedición. Siempre le contestaban que dentro había demasiadas cosas que hacer como para lanzar caravanas suicidas a los confines del planeta.

Pero todo eso ya era agua pasada.

Por lo común, la hormiga no piensa nunca en el pasado, y tampoco en el futuro.

Generalmente no es consciente siquiera de su existencia en tanto que individuo. No tiene la noción de «yo», de «mío» o de «tuyo», sólo se realiza a través de su comunidad y por la comunidad. Como no existe conciencia de uno mismo, no hay miedo a la propia muerte. La hormiga ignora la angustia existencial.

Pero en 103.683 se había producido una transformación. Su viaje al fin del mundo había hecho nacer en ella una pequeña conciencia del «yo», cierto que muy rudimentaria, pero ya muy dura de asumir. Cuando se empieza a pensar en uno mismo, surgen los problemas «abstractos». Entre las hormigas, eso se denomina la «enfermedad de los estados de ánimo». Afecta en general a las sexuadas. El solo hecho de preguntarse «¿Estoy afectada por la enfermedad de los estados de ánimo?» indica, según la sabiduría mirmeceana, que uno ya está seriamente tocado.

103.683 trata, por lo tanto, de no hacerse preguntas. Pero resulta difícil...

En torno a ella, la pista se ha ampliado ahora. El tráfico se ha hecho mucho más denso. Se roza con la multitud, se esfuerza para no sentirse sólo una ínfima partícula en una masa que la supera. Los demás, ser los demás, vivir a través de los demás, sentirse multiplicada por su entorno, ¿hay algo más alegre?

Avanza por la ancha ruta atestada. Y llega a los accesos de la cuarta puerta de la Ciudad. Como de costumbre, ¡el follón! Hay tanta gente que el paso está atascado. Habría que ensanchar la entrada número 4 e imponer un poco de disciplina en la circulación. Por ejemplo, que las hormigas que transportan las presas menos voluminosas cedan el paso a las otras. O que las que vuelven tengan prioridad sobre las que salen. En vez de esto, ¡el embotellamiento, plaga de todas las metrópolis!

Por su parte, 103.683 no tiene mucha prisa por regresar con su lamentable capullo vacío. Mientras espera que las cosas se calmen, decide dar un paseo por la depuradora. Cuando era joven, le encantaba jugar entre la basura. Junto con compañeras de su casta guerrera, lanzaba cráneos e intentaba alcanzarlos con un chorro de ácido mientras estaban en el aire. Había que apretar muy deprisa la glándula de veneno. Así fue como 103.683 se convirtió en una tiradora de élite. Fue allí, en la depuradora, donde aprendió a desenvainar y a apuntar a la velocidad de un chasquido de mandíbulas.

¡Ah, la depuradora...! Las hormigas siempre las construyen delante de su ciudad. Recuerda una mercenaria extranjera que, al llegar por primera vez a Bel-o-kan, dijo: «Veo la depuradora, pero ¿dónde está la Ciudad?» Hay que admitir que estas altas colinas hechas de caparazones, de vainas de cereales y de deyecciones diversas tienden a invadir los accesos de la Ciudad. Algunas entradas (*¡Socorro!*) están totalmente obstruidas y, en vez de barrer, se prefiere excavar en otro lado nuevos pasadizos.

(*¡Socorro!*)

103.683 se vuelve. Le ha parecido que alguien acababa de gemir un olor.

¡Socorro! Esta vez está segura. De aquel montón de inmundicias emana un nítido aroma de comunicación. ¿Pueden ponerse a hablar los excrementos? Se acerca y husmea con la punta de sus antenas una pila de cadáveres.

¡Socorro!

Ha sido uno de estos tres pedazos el que ha hablado. Están juntas una cabeza de cochinilla, una cabeza de saltamontes y una cabeza de hormiga roja. Palpa las tres y detecta una fragancia ínfima de vida en las antenas de un trozo de hormiga roja. La soldado coge entonces el cráneo entre sus dos patas anteriores y lo mantiene frente al suyo.

Hay algo que debe saberse, emite la bola mugrienta sobre la que torpemente está implantada una antena célibe.

¡Qué obscenidad! ¡Un cráneo que todavía quiere expresarse! ¡Esta hormiga no tiene la decencia suficiente como para aceptar el reposo de la muerte! Por un momento 103.683 experimenta la tentación de lanzar aquel cráneo al aire para pulverizarlo de un preciso chorro ácido como le gustaba hacer en otro tiempo. Algo más que la curiosidad la contiene de hacerlo: *Siempre hay que recibir los mensajes de quien desea emitir algo*, es un viejo refrán mirmeceano.

Movimiento de antenas. 103.683 indica que, de acuerdo con el precepto, recibirá todo lo que quiera emitir aquella cabeza desconocida.

El cráneo tiene cada vez más dificultades para pensar. Sin embargo, sabe que debe recordar una información importante. Sabe que debe llevar sus ideas a lo alto de su única antena, a fin de que la hormiga cuyo cuerpo prolongaba antaño no haya vivido para nada.

Pero, al no estar conectado al corazón, al cráneo le falta riego. Los repliegues de su cerebro están algo secos incluso. En cambio, la actividad eléctrica sigue siendo eficaz. Todavía queda un pequeño charco de neuromediadores en el cerebro. Aprovechando esa ligera humedad, se conectan unas neuronas, y unos pequeños cortocircuitos eléctricos prueban que las ideas logran algunas idas y venidas interesantes.

La memoria empieza a volver.

Eran tres. Tres hormigas. Pero ¿de qué especie? Rojas. ¡Rojas rebeldes! ¿De qué nido? De Bel-o-kan. Se había infiltrado en la Biblioteca química para... Para leer allí un feromona memoria muy sorprendente. ¿Y de qué hablaba aquella feromona? De algo importante. Tan importante que la guardia federal las ha perseguido. Sus dos amigas han muerto. Asesinadas por las guerreras. El cráneo se seca. Tres muertas para nada, si olvida. Debe conseguir que la información suba. Debe hacerlo. Tiene que hacerlo.

Frente a los globos oculares del cráneo hay una hormiga que pregunta por quinta vez qué es lo que tiene que comunicar.

En el cerebro aparece un nuevo charco de sangre. Se puede utilizar para seguir reflexionando un poco. Entre una placa entera de memoria y el sistema emisor-receptor se materializa la orden eléctrica y química. Alimentado por la energía de algunas proteínas y de azúcares que subsisten en el lóbulo frontal, el cerebro consigue entregar un mensaje.

Chli-pu-ni quiere lanzar una cruzada para matarlos a todos. Hay que avisar de prisa a las rebeldes.

103.638 no comprende. Aquella hormiga, o mejor dicho, aquel desecho de hormiga, habla de «cruzada», de «rebeldes». ¿Habrán rebeldes en la Ciudad? ¡Qué novedad! Pero la soldado nota que su cráneo no va a poder dialogar durante mucho tiempo. No perder una molécula en digresiones inútiles. Frente a una frase tan desconcertante, ¿cuál es la mejor pregunta? Las palabras salen por sí mismas de sus antenas.

¿Dónde puedo encontrar a esas «rebeldes» para avisarles?

El cráneo consigue producir todavía un esfuerzo, vibra.

Encima de los nuevos establos para escarabajos rinoceronte... Un falso techo...

103.683 se juega el todo por el todo.

¿Contra quién va dirigida esa cruzada?

El cráneo se estremece. Sus antenas tiemblan. ¿Logrará escupir una última semiferomona?

Emerge un resto, apenas perceptible, en la antena. No contiene otra cosa que una sola palabra perfumada. 103.683 lo toca con el último segmento de su apéndice sensorial. Lo huele. Ella conoce esa palabra. Incluso la conoce demasiado bien.

Dedos.

Las antenas del cráneo ya están completamente secas. Se crispan. En aquella bola negra no queda ya el menor olor de información.

103.683 está estupefacta.

Una cruzada para acabar con todos los Dedos...

Así, de buenas a primeras.

10. Buenas noches, mariposa de la noche

¿Por qué se ha apagado de pronto la claridad? La mariposa había notado, desde luego, que el fuego estaba a punto de consumirle las alas, pero estaba completamente dispuesta para saborear el éxtasis de la luz... ¡Había estado tan cerca de lograr esa ósmosis con el calor!

La esfinge, decepcionada, se vuelve al bosque de Fontainebleau y se eleva muy alto en el cielo. Vuela durante mucho tiempo antes de alcanzar los lugares en que su metamorfosis ha de terminar.

Gracias a sus millares de facetas oculares, divisa perfectamente, desde el cielo, el plano de la región. En el centro, el hormiguero de Bel-o-kan. Alrededor, aldeas y pueblos construidos por las reinas rojas, que llaman a ese conjunto la «federación de Bel-o-kan». De hecho, ha adquirido tal importancia política que ya se trata de un imperio. En el bosque nadie se atreve a poner en cuestión la hegemonía de las hormigas rojas.

Son las más inteligentes, las más organizadas. Saben utilizar las herramientas, han vencido a las termitas y a las hormigas enanas. Abaten animales cien veces más voluminosos que ellas. En el bosque nadie duda de que sean las verdaderas dueñas del mundo, y las únicas.

Al oeste de Bel-o-kan se extienden territorios peligrosos, llenos de arañas y de mantis religiosas. (¡Ten cuidado, mariposa!)

Al Sudoeste, una comarca algo menos salvaje está invadida por avispa asesinas, por serpientes y por tortugas. (Peligro.)

Al Este, todo tipo de monstruos de cuatro, de seis o de ocho patas y otras tantas bocas, colmillos y agujones que envenenan, aplastan, mascan y licuan.

Al Nordeste está la reciente ciudad abeja, la colmena de Askolein. En ella viven abejas feroces que, con el pretexto de ampliar su zona de recolección de polen, ya han destruido varios nidos de avispas.

Más al Este se encuentra el río llamado «Cómelo todo», porque engulle al instante cuanto se posa sobre su superficie. Basta el nombre para incitar a la prudencia.

Vaya, una nueva ciudad ha hecho su aparición en la orilla. Intrigada, la mariposa se acerca. Han debido construirla hace poco las termitas. La artillería situada en las torretas más elevadas trata de abatir al instante a la intrusa. Pero esta última planea demasiado alto para que esas miserables la inquieten.

Le esfinge cambia de parecer, sobrevuela los acantilados del Norte, las montañas escarpadas que rodean la gran encina. Luego desciende hacia el Sur, país de los fasmos y de los hongos rojos.

De pronto descubre una mariposa hembra que exhala hasta esa altura el fuerte

perfume de sus hormonas sexuales. Acude para verla más de cerca. Sus colores resultan aún más brillantes que los suyos. ¡Es tan hermosa! Pero permanece extrañamente inmóvil. ¡Qué raro! Tiene los efluvios, las formas y la consistencia de una señora mariposa, pero... ¡Infamia! Sólo es una flor que, por mimetismo, se hace pasar por lo que no es. En esa orquídea todo resulta falso: los olores, las alas, los colores. ¡Pura engañifa botánica! ¡Ay! La esfinge lo ha descubierto demasiado tarde. Sus patas han quedado envasadas. No puede despegarlas de la flor.

La esfinge bate tan fuerte las alas que genera una corriente de aire que le arranca las estrellas a una flor de diente de león. Patina suavemente por los bordes de la orquídea en forma de hondonada. Realmente esa corola no es más que un estómago abierto. Al fondo de la hondonada se disimulan todos los ácidos digestivos que permiten a una flor comerse una mariposa.

¿Es el fin? No. El Destino se presenta en forma de dos Dedos que, haciendo de pinza, le cogen las alas y le liberan del peligro para colocarla en un tarro transparente.

El tarro recorre una gran distancia.

La joven mariposa es conducida a una zona luminosa. Los Dedos la sacan del tarro, la barnizan con una sustancia amarilla muy olorosa que endurece las alas. ¡Imposible volar! Los Dedos cogen entonces una gigantesca estaca cromada coronada por una bola roja y, de un golpe seco, la hunden en su corazón. A guisa de epitafio, ponen una etiqueta justo encima de su cabeza: *Papillonus vulgaris*.

11. Enciclopedia

CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES: El encuentro entre dos civilizaciones siempre constituye un momento delicado. La llegada de los primeros occidentales a América Central dio lugar a una gran equivocación. La religión azteca enseñaba que, un día, llegarían a tierra mensajeros del dios serpiente emplumada, Quetzalcóatl. Tendrían la piel clara, dominarían sobre grandes animales de cuatro patas y escupirían rayos para castigar a los impíos.

Hasta el punto de que, cuando en 1519 les dijeron que los jinetes españoles acababan de desembarcar en la costa mexicana, los aztecas pensaron que se trataba de «teúles» (divinidades, en lengua náhuatl).

Sin embargo, en 1511, justo pocos años antes de esa aparición, un hombre les había puesto en guardia. Guerrero era un marinero español que había naufragado en las costas del Yucatán, cuando las tropas de Cortés aún estaban acantonadas en las islas de Santo Domingo y de Cuba.

A Guerrero no le costó mucho ser aceptado por la población local y se casó con una autóctona. Anunció que los conquistadores desembarcarían pronto. Les aseguró que no eran ni dioses ni enviados de los dioses. Les avisó que deberían desconfiar de ellos. Les enseñó a fabricar ballestas para defenderse. (Hasta entonces los indios sólo utilizaban flechas y hachas con punta de obsidiana; y la ballesta era la única arma capaz de traspasar las armaduras metálicas de los hombres de Cortés.) Guerrero repitió que no había que temer a los caballos y recomendó, sobre todo, que no había que enloquecer ante las armas de fuego. No eran ni armas mágicas ni fragmentos de rayo. «Como vosotros, los españoles están hechos de carne y de sangre. Se les puede vencer», repetía una y otra vez. Y para demostrarlo, él mismo se hizo un corte de donde brotó la sangre roja común a todos los hombres. Guerrero se preocupó tanto y tan bien de instruir a los indios de su poblado que, cuando los conquistadores de Cortés los atacaron, se vieron sorprendidos porque, por primera vez en América, se enfrentaban a un verdadero ejército indio que se les resistió durante varias semanas.

Pero la información no había circulado fuera de esa población. En septiembre de 1519, el rey azteca Moctezuma salió al encuentro del ejército español con carros alfombrados de joyas a modo de ofrendas. Aquella misma noche era asesinado. Un año más tarde, Cortés destruía a cañonazos Tenochtitlán, la capital azteca, cuya población moría de hambre después de tres meses de asedio.

En cuanto a Guerrero, murió mientras organizaba el ataque nocturno a un

fortín español.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II.

12. Laetitia sigue sin aparecer

Tras su rápida resolución del caso Salta, el comisario Jacques Méliés fue convocado ante el prefecto Charles Dupeyron. El responsable de la Policía quería felicitarle en persona.

En un salón ricamente decorado, el prefecto le confió de entrada que aquel «caso de los hermanos Salta» había producido una fuerte impresión «en las alturas». Algunos de los políticos mejor situados habían calificado su investigación de «modelo de rapidez y de eficacia a la francesa».

El prefecto le preguntó luego si estaba casado. Sorprendido, Méliés contestó que era soltero, pero como el otro insistía admitió que se comportaba como todo el mundo: mariposeaba por aquí y por allá tratando de evitar el contagio de alguna enfermedad venérea.

Charles Dupeyron pasó a sugerirle que pensara en tomar esposa. De este modo se labraría una imagen social que le permitiría entrar en política. Para empezar, él le veía de diputado o de alcalde. Subrayó que la nación, todas las naciones necesitaban personas que supiesen resolver problemas complejos. Si él, Jacques Méliés, era capaz de comprender la forma en que tres personas habían sido asesinadas a puerta cerrada, también podría resolver otras cuestiones delicadas como la forma de reabsorber el paro, luchar contra la inseguridad de los suburbios, reducir el déficit de la Seguridad Social y equilibrar la balanza del presupuesto. En resumen, todos esos pequeños enigmas a los que se ven enfrentados cotidianamente los dirigentes de un país.

—Necesitamos personas aptas para utilizar el cerebro y, en los tiempos que corren, son escasas —se lamentó el prefecto—. Sepa que si usted quiere lanzarse a esa otra aventura que es la política, yo seré el primero en apoyarle.

Jacques Méliés contestó que lo que le interesaba en un enigma consistía en que fuera abstracto y gratuito. Nunca investigaría con el objetivo de adquirir poder. Dominar a los demás resultaba demasiado fatigoso. En cuanto a su vida sentimental no funcionaba mal y prefería que siguiese perteneciendo a su dominio privado.

El prefecto Dupeyron se rió de buena gana, le puso la mano en el hombro afirmando que también él había tenido exactamente las mismas ideas a su edad. Y que luego había cambiado. No había sido la necesidad de dominar a los demás lo que le había empujado, sino la necesidad de no ser dominado por nadie.

—¡Hay que ser rico para despreciar el dinero, hay que tener poder para despreciar el poder!

El joven Dupeyron había aceptado, por lo tanto, subir uno por uno los estratos de la jerarquía humana. Ahora declaraba estar protegido de todo, no temía ya al futuro que decepciona, había engendrado dos herederos a los que había metido en una de las escuelas privadas más caras de la ciudad, poseía un coche de lujo y tiempo libre, y se

había rodeado de centenares de cortesanas. ¿Podía soñarse algo mejor?

«Seguir siendo un niño fascinado por las novelas policíacas», pensó Méliés, que sin embargo decidió guardarse ese pensamiento para sí.

Acabada la entrevista, el comisario salía de la prefectura cuando observó junto a la verja un gran tablero cubierto de carteles electorales con eslóganes diversos: «¡Por una democracia basada en los verdaderos valores, votad socialdemócrata!», «¡No a la crisis! ¡Basta de promesas incumplidas! ¡Uníos al Movimiento de los radicales republicanos!» «¡Salvad el planeta apoyando la Renovación Nacional-Ecologista!», «¡Rebelaos contra las injusticias! ¡Uníos al Frente Popular Independiente!»

¡Y en todas partes las mismas caras de tipos bien alimentados, que tienen a su secretaria por amante y se creen cabecillas! Y el prefecto le proponía convertirse en uno de ellos. ¡Un notable!

Para Méliés no había ninguna duda. ¡Al cuerno con los honores! Valían mucho más su vida disoluta, su tele y sus investigaciones criminales. «Si no quieres quebraderos de cabeza, no tengas ambiciones», preconizaba su padre. Si no hay deseos, no hay sufrimientos. Y hoy tal vez añadiría: «No tengas las mismas ambiciones que todos esos cretinos, invéntate una búsqueda propia que trascienda la vida trivial.»

Jacques Méliés se había casado dos veces, y dos veces se había divorciado. Había resuelto con gusto una cincuentena de enigmas. Poseía un piso, una biblioteca y un grupo de amigos. Estaba satisfecho. En cualquier caso, se contentaba con ello.

Regresó a casa a pie, pasando por la plaza del Poids-de-l'Huile, por la avenida del Maréchal-de-Lattre-de-Tassigny y por la calle de la Butte-aux-Cailles.

A su alrededor, y por todas partes, la gente corría en todas direcciones, los automovilistas tocaban el claxon, agotados, y las mujeres vapuleaban ruidosamente sus alfombras en las ventanas. Unos chiquillos se perseguían disparándose con pistolas de agua. «¡PAM, PAM, muertos los tres!», gritó uno de ellos. Aquellos chavales jugando a policías y ladrones molestaron profundamente a Jacques Méliés.

Llegó delante de su edificio. Era un gran conjunto que formaba un rectángulo perfecto de ciento cincuenta metros de alto por otros tantos de ancho. Los cuervos daban vueltas alrededor de las antenas de televisión.

Siempre al acecho, la portera sacó la cabeza por la ventanilla de su portería. Y le habló inmediatamente:

—¡Buenos días, señor Méliés! ¿Sabe? He leído en el periódico lo que cuentan de usted. ¡Es pura envidia!

Él quedó sorprendido.

—¿Cómo?

—En cualquier caso, yo estoy segura de que es usted el que tiene razón.

Subió de cuatro en cuatro las escaleras de su piso. Allí le esperaba, como de

costumbre, *Marie-Charlotte*, que le amaba con amor-pasión y que, como todos los días, había ido a buscar el periódico. Cuando abrió la puerta, aún lo sostenía entre los dientes. Le ordenó.

—¡Suéltalo, *Marie-Charlotte*!

Ella obedeció sin rechistar y Méliés se lanzó febrilmente sobre *El Eco del domingo*. No tardó en descubrir su foto y el grueso titular que lo coronaba:

CUANDO LA POLICÍA APARECE

Editorial de Laetitia Wells

«**La democracia ofrece muchos derechos.** Nos permite, entre otros, exigir respeto incluso cuando uno está reducido al estado de cadáver. Sin embargo, ese derecho se le ha negado a la difunta familia Salta. No sólo no se ha dilucidado el misterio de ese triple crimen sino que, para colmo, el difunto señor Sébastien Salta se encuentra acusado, sin que pueda ya defenderse, de haber asesinado a sus dos hermanos antes de hacerse a sí mismo justicia.

«¡Bonita burla! ¡Y qué cómodo es acusar a los muertos que ya no pueden disponer de la asistencia de un abogado. El triple crimen de la calle de la Faisanderie tendrá por lo menos un mérito: el de permitirnos conocer mejor la personalidad del comisario Jacques Méliés. Es éste un hombre que, orgulloso de su celebridad, se permite dar carpetazo a la investigación sin vergüenza alguna. Declarando a la Agencia Central de Prensa que todos los hermanos Salta han muerto envenenados, el señor comisario Méliés no sólo se permite un juicio apresurado sobre un caso mucho más complejo de lo que a primera vista parece, sino que, además, insulta a los muertos.

«¿Suicidio? Después de haber entrevistado el cadáver de Sébastien Salta, puedo asegurar que ese hombre ha muerto presa del más espantoso de los terrores. ¡Su rostro no era más que .horror!

«Resulta fácil pensar que el autor del doble fratricidio ha podido sentir el más vivo de los remordimientos, de ahí esa expresión. Pero, para cualquiera que posea algunas nociones de psicología humana, y no parece que ése sea el caso del señor comisario Méliés, un hombre capaz de poner un veneno mortal en un plato que luego ha de compartir con su familia, ha superado el estadio de los estados de ánimo. Su rostro no debería expresar otra cosa que la serenidad por fin hallada.

»¿El dolor, quizás? El que provoca un veneno no es tan agudo. Y, además, habría que saber de qué naturaleza era ese veneno que lo explicaría todo. Por mi parte, he ido a la Morgue dado que la Policía no me permitía investigar en los lugares del crimen. He interrogado al médico forense que me ha manifestado que sobre los cuerpos de los Salta no se había hecho ninguna autopsia. Por tanto el caso se ha cerrado sin que se conozcan las causas precisas de su muerte. ¡Qué falta de seriedad por parte del señor comisario Méliés, un criminólogo tan reputado!

»Este carpetazo tan rápido del caso Salta ofrece materia para la reflexión e incluso la inquietud. Uno puede preguntarse, con todo derecho, si el nivel de estudios de los cuadros de nuestra Policía nacional es lo suficientemente elevado para hacer frente a la sutileza de la nueva criminalidad. L. W.»

Méliés hizo una bola con el periódico y lanzó un juramento.

13. 103.683 se hace preguntas

¡Dedos!

¡Los Dedos!

Un temblor desconocido se apodera de 103.683.

Por regla general, las hormigas ignoran el miedo. Pero 103.683, ¿sigue siendo «normal»? Pronunciando la palabra olorosa *Dedo*, el cráneo de la depuradora ha despertado en ella una zona del cerebro adormecida por llevar mil generaciones inutilizada. La zona del miedo.

Hasta entonces, cuando la soldado pensaba en el confín del mundo, censuraba sus recuerdos. Borraba de la mente su encuentro con los Dedos. Los Dedos y su poder fenomenal, su morfología incomprensible, su pulsión de muerte ciega.

Pero aquel cráneo, aquel estúpido guiñapo de un caparazón reventado, había bastado para redinamizar la zona del miedo. En otro tiempo 103.683 había sido una guerrera intrépida, siempre situada en primera línea de las legiones que se enfrentaban al ejército de las hormigas enanas. De forma espontánea se había ofrecido para partir hacia el Oriente maléfico. Había luchado contra las espías de olores de roca. Había expulsado animales cuya cabeza era tan alta que ni siquiera se la veía. Pero su encuentro con los Dedos la había privado de todo su ímpetu.

103.683 se acuerda vagamente de esos monstruos apocalípticos. Vuelve a ver a su amiga, la vieja 4.000, aplastada como una hoja por una nube negra ultrarrápida.

Algunos los llamaban «guardianes del confín del mundo», «animales infinitos», «sombras duras», «come-maderas», «hedor-de-muerte »...

Pero hacía poco todos los hormigueros de la región se habían puesto de acuerdo para dar un mismo nombre al desconcertante fenómeno:

¡Los Dedos!

Dedos: esas cosas que surgen de ninguna parte para sembrar la muerte. Dedos: esos animales que todo lo convierten en polvo a su paso. Dedos: esas masas que hunden y aplastan las pequeñas ciudades. Dedos: esas sombras que contaminan el bosque con productos que envenenan a cuantos los prueban. No hay nada más que pensar, 103.683 sufre un sobresalto de repulsión.

Se encuentra dividida entre dos emociones: el miedo, extraño a su especie, y otra que, en cambio, le es muy propia: ¡la curiosidad!

Desde hace cientos de millones de años, las hormigas corren tras un progreso perpetuo. El movimiento evolucionario lanzado por Chli-pu-ni no es sino una expresión más de esa necesidad típicamente hormiguésca de ir siempre más allá, más arriba, con más fuerza.

103.683 no escapa a ella. Su curiosidad destierra su miedo. ¡Después de todo, un cráneo exangüe que habla de rebeldes y de cruzada contra los Dedos no es nada

trivial!

103.683 se limpia las antenas, signo en ella de su necesidad de hacer balance.

Y las eleva hacia un cielo improbable.

El aire está pesado, como si una presencia depredadora se mantuviera en alguna parte al acecho, dispuesta a surgir para desafiar a la Ciudad. Los ramajes de alrededor son agitados por una brisa repentina. Los árboles parecen decirle que tenga cuidado, pero los árboles dicen cualquier cosa. Son tan grandes que no se preocupan por los dramas que se representan entre sus raíces. A 103.683 le gusta poco la mentalidad de los árboles, que consiste en dejar hacer y no moverse. ¡Como si fueran invencibles! Ocurre sin embargo que a veces los árboles se desmoronan, rotos por la tempestad, calcinados por el rayo, o simplemente minados por termitas. Es entonces cuando les llega a las hormigas su turno de mostrarse insensibles ante su decadencia.

Un proverbio de hormigas enanas lo precisa con exactitud: *Los grandes siempre son más frágiles que los pequeños.*

¿Serán los Dedos árboles móviles?

103.683 no pierde tiempo reflexionando sobre ese punto. Ha tomado una decisión: verificar la información del cráneo.

Penetra en su hormiguero por un estrecho pasadizo cercano a la depuradora y llega al bulevar periférico. Lo cruzan grandes avenidas que conducen a la Ciudad Prohibida. Pero no es ahí adonde se dirige. Va por chimeneas tan inclinadas que tiene que aferrarse a ellas con sus garras. Se deja resbalar por un corredor en cuesta y toma una red de galenas no demasiado atestadas pese al tráfico habitual.

Unas obreras que se afanan transportando alimentos y ramitas saludan a 103.683. No existe gloria personal entre las hormigas, pero, sin embargo, aquí hay muchas que saben que esa soldado estuvo allá, en el país de los Dedos. Vio el confín del mundo, se asomó al ángulo inseguro del planeta.

103.683 alza su antena y se pregunta por el lugar en que se encuentran los establos de escarabajos. Una obrera le precisa que están situados en el piso -20, en el barrio sur-sudoeste, a la izquierda de los jardines de hongos negros.

Y trota hacia allá.

Desde el incendio del pasado año, ha sido mucho el trabajo realizado. La antigua ciudad de Bel-o-kan estaba construida sobre cincuenta pisos de altura y otros cincuenta de profundidad. Repensada por Chli-pu-ni, la nueva ciudad se glorifica con ochenta pisos de altura. La profundidad no ha podido modificarse debido a la roca de granito que desde siempre cumple el papel de suelo.

Mientras camina, la soldado admira su metrópoli constantemente mejorada.

Piso +75: en él están las guarderías infantiles termo reguladas con humus en descomposición, la sala de secado de las ninfas con su arena fina que aspira la humedad. Gracias a un sistema de tobogán de suave pendiente, se pueden bajar con

facilidad los huevos hasta los pisos de cuidados intensivos. Allí, unas nodrizas de pesado abdomen los lamen permanentemente. De este modo hacen pasar a través de la envoltura transparente de los capullos las proteínas y los antibióticos necesarios para su perfecto crecimiento.

Piso +20: contiene las reservas de carne seca, las reservas de trozos de frutos, las reservas de harina de hongo. Todo está bien recubierto de ácido fórmico para evitar que se pudran.

Piso +18: cubas de hojas grasas encierran ácidos militares experimentales que echan humo. Con la punta de sus largas mandíbulas, los químicos comprueban el poder disolvente de cada uno de ellos. Algunos proceden de frutas, como el ácido málico extraído de la manzana. Otros tienen un origen menos común: el ácido oxálico lo sacan de la acedera, y el ácido sulfúrico de piedras amarillas. Lo ideal para la caza es el reciente ácido fórmico concentrado al 60%. Quema un poco las entrañas pero provoca daños incomparables. 103.683 ya lo ha probado.

Piso +15: la sala de combates ha sido elevada. Aquí las guerreras se entrenan en el cuerpo a cuerpo. Las nuevas formas de agarrar han sido catalogadas escrupulosamente sobre feromonas memorias destinadas a la Biblioteca química. La moda del momento consiste en no saltar a la cabeza del adversario, sino en romperle las patas una por una hasta que no pueda moverse. Un poco más lejos las artilleras se ejercitan en disolver de un certero chorro unas granas colocadas a diez pasos.

Piso -9: en él están los establos de pulgones. La reina Chli-pu-ni quiso que todos los establos estuvieran dentro de la Ciudad para no correr el riesgo de que los rebaños fueran atacados por las feroces chinches. Unas obreras trabajan lanzando a los pulgones ramas de acebo que ellos vacían rápidamente de toda su savia.

La tasa de reproducción de los pulgones ha aumentado. Ahora es de diez animales por segundo. 103.683 tiene la oportunidad de asistir de pasada a un fenómeno raro. Un pulgón da a luz un pulgoncito, dispuesto a su vez a ponerse debajo y dar nacimiento a otro pulgoncito más pequeño todavía. Así es como se convierte en madre y en abuela en un segundo.

Piso -14: las champiñoneras se extienden hasta perderse de vista, alimentadas por los barreños de abono donde cada hormiga deposita sus excrementos. Las agricultoras cortan los rizomas que sobresalen, otras deponen la mirmicacina que las protegerá de los parásitos.

De pronto un animal verde salta delante de 103.683, perseguido a su vez por otro animal verde. Parece que luchan entre sí. Pregunta a la concurrencia quiénes son esos curiosos insectos. Chinches cavernícolas hediondas, le dicen. Hacen el amor constantemente. De todas las maneras imaginables, sin importarles dónde ni con quién. Probablemente es el animal dotado de la sexualidad más insólita del planeta. Chli-pu-ni los estudia encantada.

Los comensales han proliferado desde siempre en todos los hormigueros. Por ello se han contabilizado más de dos mil especies de insectos, de miriápodos y de arácnidos que viven de forma permanente en el hormiguero y que han sido completamente tolerados por las hormigas. Algunos lo aprovechan para realizar su metamorfosis, otros limpian las salas comiéndose los desechos.

Pero Bel-o-kan es la primera ciudad que los estudia «científicamente». La reina Chli-pu-ni afirma que cualquier insecto puede ser educado y transformado en un arma temible. Según ella, cada individuo tiene su propio uso, que aparece cuando se empieza a hablar con él. Basta con estar atento.

Por ahora, Chli-pu-ni ha conseguido bastantes éxitos. Ha logrado «domesticar» varias especies de coleópteros dándoles de comer, construyéndoles un refugio, curándoles las enfermedades, como ya se hacía con los pulgones. El éxito más impresionante de la reina es haber llegado a domar escarabajos rinoceronte.

Piso -20: barrio sur-sudoeste, a la izquierda de los jardines de champiñones negros. Las informaciones eran precisas. Al fondo del corredor están los escarabajos.

14. Enciclopedia

MIEDO: para comprender la ausencia de miedo en la hormiga, hay que tener presente que el conjunto del hormiguero vive como un organismo único. Cada hormiga desempeña en él el mismo papel que la célula de un cuerpo humano.

Las extremidades de nuestras uñas, ¿temen ser cortadas? ¿Tiemblan, al acercarse la cuchilla, los pelos de nuestros mentones? ¿Se asusta el dedo gordo de nuestro pie cuando le pedimos que compruebe la temperatura de un baño tal vez hirviente?

No sienten miedo porque no existen en tanto que entidades autónomas. De igual modo, si nuestra mano izquierda pellizca a nuestra mano derecha, no provocará ningún rencor en ésta. Si nuestra mano derecha está adornada con más anillos que nuestra mano izquierda, tampoco se producirán celos. Las preocupaciones acaban cuando uno se olvida para no pensar más que en el conjunto de la comunidad organismo. Ése es tal vez uno de los secretos del éxito social del mundo de las hormigas.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

15. Laetitia sigue sin aparecer

Una vez pasada su cólera, Jacques Méliés abrió su maletín y sacó el informe de los hermanos Salta. Empezó a examinar de nuevo todas sus piezas y, sobre todo, las fotos. Permaneció largo rato inclinado sobre un primer plano de Sébastien Salta, con la boca abierta. De sus labios parecía salir un grito. ¿Un grito de terror? ¿Un «no» ante una muerte ineluctable? ¿La identidad de su asesino? Cuanto más miraba la foto, más aterrado estaba y más avergonzado se sentía.

Acabó explotando, dando un brinco y propinando un puñetazo de rabia a la pared. La periodista de *El Eco del domingo* tenía razón. Y él había metido la pata.

Había subestimado el caso. Excelente lección de humildad. No hay peor error que subestimar las situaciones o las personas. ¡Gracias, señora o señorita Wells!

Pero ¿por qué lo había hecho tan mal en este caso? Por holgazanería. Porque había tomado la costumbre de triunfar siempre. De pronto se había dejado ir a lo que ningún policía, ni siquiera el más novato en el oficio, había hecho: había convertido el caso en una chapuza. Y su fama era tal que nadie, salvo aquella periodista, había sospechado su equivocación.

Había que empezar de nuevo. ¡Dolorosa pero necesaria crítica! Sin embargo, más valía admitir hoy que se había equivocado antes que persistir en el error.

El problema era que, si no se trataba de un suicidio, se veía enfrentado a un caso de lo más espinoso. ¿Cómo podían haber entrado y salido los asesinos de un lugar cerrado sin dejar rastro? ¿Cómo se puede matar sin provocar heridas ni utilizar ningún arma? El misterio superaba a las mejores novelas policíacas que había leído hasta entonces.

Se apoderó de él una excitación completamente nueva.

¿Y si finalmente, por casualidad, había caído «sobre» el crimen perfecto?

Pensó en el caso del doble asesinato de la calle Morgue, tan bien narrado en una novela corta de Edgar Allan Poe. En esa historia, basada en hechos verídicos, una mujer y su hija son halladas muertas en su piso cerrado. Herméticamente cerrado, y desde el interior. La mujer había recibido un tajo de cuchilla y la hija fue matada a palos. No había rastro de robo, sólo los golpes mortales violentamente asestados. Al final de la investigación se descubre al asesino: un orangután escapado de un circo había penetrado en el edificio por los tejados. Las víctimas se pusieron a gritar al verlo aparecer. Los gritos enloquecieron al mono, que las mató para que callasen antes de escapar por el mismo camino. Al chocar su espalda contra el marco de la ventana de guillotina, ésta cayó, como si siempre hubiera estado cerrada desde dentro.

En el caso de los hermanos Salta, la situación era similar, salvo que nadie había podido cerrar una ventana golpeándola con la espalda.

Pero ¿era seguro? Méliés se dirigió inmediatamente a inspeccionar el lugar del crimen.

Habían cortado la electricidad, pero él llevaba su lupa-lámpara de bolsillo. Examinó la habitación, iluminada intermitentemente por los abigarrados neones de la calle. Sébastien Salta y sus hermanos seguían allí, yacentes vitrificados, yertos, como si estuvieran enfrentándose a algún inmundito horror brotado del infierno urbano.

Como la puerta atrancada no planteaba problemas, el comisario comprobó el cierre de las ventanas. Sus sofisticadas fallebas no permitían, desde luego, que pudieran cerrarse desde fuera, ni siquiera por accidente.

Golpeó con la mano sobre los tabiques empapelados de marrón en busca de algún pasadizo secreto. Levantó los cuadros para ver si ocultaban alguna caja de caudales. La habitación contenía numerosos objetos de valor: un candelabro de oro, una estatuilla de plata, una cadena compacta de alta fidelidad... Cualquier merodeador se los habría llevado.

Sobre una silla había unas ropas. Las palpó de forma maquinal. Algo le intrigó al tacto. En el paño de la chaqueta había un agujero minúsculo. Como un agujero de polilla, pero de contorno perfectamente cuadrado. Dejó la chaqueta sin volver a pensar en ella. Sacó uno de sus eternos paquetes de chicle de su bolsillo y, al hacer el movimiento, tiró el artículo de *El Eco del domingo* que había recortado cuidadosamente del periódico.

Volvió a leer pensativo el artículo de Laetitia Wells.

Hablaba de una máscara de espanto. Era cierto. Aquellas personas parecían muertas de miedo. Pero ¿qué podía dar tanto miedo como para matar?

Se sumió en sus propios recuerdos. En cierta ocasión, siendo niño, tuvo un terrible ataque de hipo. Su madre se lo quitó disfrazándose con una máscara de lobo y surgiendo ante él por sorpresa. Él lanzó un grito y su corazón dejó de latir durante un segundo. Su madre se quitó la máscara inmediatamente y le cubrió de besos. ¡Y el hipo había desaparecido!

En resumen, Jacques Méliés había sido educado en el miedo permanente. Miedos pequeños: miedo a estar enfermo, miedo al accidente de coche, miedo al señor que te ofrece caramelos y que va a raptarte, miedo a la Policía. Miedos más importantes: miedo a repetir curso, miedo a sufrir un chantaje a la salida del instituto, miedo a los perros.

A la superficie fueron ascendiendo montones de otros recuerdos de terrores infantiles.

Jacques Méliés recordaba el peor de todos los miedos. Su gran miedo.

Una noche, cuando era muy pequeño, había sentido que algo bullía al fondo de su cama. ¡Había un monstruo agazapado allí donde mejor protegido se creía! Permaneció un momento sin atreverse a meter los pies bajo las sábanas, y luego,

recuperándose, fue deslizándolos poco a poco.

Pero de pronto los dedos gordos percibieron... un aliento tibio. Repulsión. ¡Sí, estaba seguro! Había unas fauces de monstruo al fondo de su cama, que esperaban que sus pies se acercasen para devorarlos. Por suerte, no llegaban hasta el final. No era lo bastante alto, aunque todos los días crecía un poco y sus pies se acercaban al pliegue de la sábana donde se ocultaba el monstruo devorador de dedos gordos. El joven Méliés se quedó varias noches durmiendo en el suelo o sobre las mantas. Pero eso le producía calambres, no era la solución. Se había decidido por tanto a meterse debajo de las sábanas, pero pedía a todo su cuerpo, a todos sus músculos, a todos sus huesos que no crecieran demasiado para no tocar nunca el fondo. Tal vez por eso no había crecido tanto como sus padres.

Cada noche era una prueba. Sin embargo, había encontrado un truco. Apretaba con fuerza su osito de peluche entre sus brazos. Con él se sentía preparado para enfrentarse al monstruo agazapado en el fondo de su cama. Y luego se ocultaba bajo las mantas y no dejaba salir nada, ni un brazo, ni el menor pelo o la menor oreja. Porque le parecía evidente que el monstruo esperaba a la noche para tratar de rodear la cama y agarrarle la cabeza pasando por el exterior.

Por la mañana, su madre encontraba una bola de sábanas y mantas en cuyo fondo estaban enterrados su hijo y su osito. Nunca había intentado comprender aquel extraño comportamiento. Y además Jacques nunca se tomó la molestia de contar cómo, junto con su osito, había resistido a un monstruo durante toda la noche.

Nunca ganó él, y nunca ganó el monstruo. Sólo seguía quedándole el miedo. El miedo a crecer y el miedo a hacer frente a algo espantoso que nunca había identificado. Algo que tenía los ojos rojos, los morros alzados y los colmillos babeantes.

El comisario se repuso, aferró su lupa luminosa y examinó con más seriedad que la primera vez la habitación del crimen.

Arriba, abajo, a derecha, a izquierda, encima, debajo.

Ni la menor huella de pasos con barro en la moqueta, ni un pelo de cabello extraño a la familia, ni una huella en los cristales. Ni huellas extrañas tampoco en los objetos de vidrio. Fue a la cocina. La iluminó con el rayo de su linterna.

Olfateó y probó los platos que en ella había. Émile había tenido, incluso, la presencia de ánimo de vitrificar los alimentos. ¡Bien por Émile! Jacques Méliés olfateó la jarra de agua.

Ningún rastro de veneno. Los zumos de fruta y el agua de soda parecían igual de anodinos.

Los hermanos Salta tenían la máscara del miedo en la cara. Probablemente un miedo similar al de las dos mujeres del doble crimen de la calle Morgue al ver a un torpe mono entrar por la ventana de su salón. Volvió a pensar en ese caso. De hecho,

también el orangután había tenido miedo, y si había matado a las mujeres había sido para acallar sus aullidos. Había tenido miedo de sus gritos.

Un nuevo drama de incomunicabilidad. Se tiene miedo a lo que no se entiende.

Mientras se hacía esa reflexión, divisó algo que se movía tras la cortina y su corazón se heló. ¡El asesino había vuelto! El comisario soltó su lupa luminosa, que se apagó. A partir de ese momento sólo le quedaban las luces de los neones de la calle que se iluminaban alternativamente para deletrear una a una las letras de las palabras «Bar a gogó».

Jacques Méliès quiso esconderse, no moverse, tirarse al suelo. Recuperó su ánimo a dos manos, recogió su lupa-antorcha y empujó la cortina sospechosa. No había nada. O se trataba del Hombre invisible.

—¿Hay alguien ahí?

Ni el menor ruido. Probablemente una corriente de aire.

No podía seguir estando allí, decidió ir a ver a casa de los vecinos.

—Buenos días, perdóneme. Policía.

Le abrió un señor elegante.

—Policía. Tengo que hacerle una o dos preguntas aquí mismo, en la puerta.

Jacques Méliès sacó un cuadernillo.

—¿Estaba usted aquí la noche del crimen?

—Sí.

—¿Oyó algo?

—Ninguna detonación, pero de pronto ellos gritaron.

—¿Que gritaron?

—Sí, gritaron muy fuerte. Unos gritos espantosos durante treinta segundos, y luego nada.

—¿Los gritos nacieron de forma simultánea o unos tras otros?

—Fueron más bien simultáneos. Realmente se trataba de berridos inhumanos. Debieron sufrir. Era como si les asesinasen a los tres al mismo tiempo. ¡Vaya historia! Puedo decirle que desde que oí a esas gentes gritar, me ha costado dormirme. Además, cuento con mudarme de casa.

—¿Qué piensa usted que pudo ser el origen de esos gritos?

—Sus compañeros ya han venido. Parece que un as de la Policía ha diagnosticado un... suicidio. No me parece muy acertado. Estaban frente a algo, frente a algo terrorífico, pero ¿qué? Lo ignoro. En cualquier caso, ese algo no hacía ningún ruido.

—Gracias.

En su mente iba imponiéndose una idea fija.

(El autor de los asesinatos ha sido un lobo rabioso y silencioso, que no ha dejado huellas.)

Pero sabía que no era nada de eso. Y si no era eso, ¿qué es lo que había causado

más estragos que un orangután armado con una navaja de afeitar surgiendo por los tejados? Un hombre, un hombre genial y loco que había descubierto la receta del crimen perfecto.

16. Enciclopedia

LOCURA: Todos nos volvemos cada día un poco más locos, y cada uno de una locura diferente. Ésa es la razón por la que nos comprendemos tan mal los unos a los otros. Yo mismo me siento alcanzado por la paranoia y la esquizofrenia. Además, soy hipersensible, cosa que deforma mi visión de la realidad. Lo sé. Ahora intento, en vez de sufrirla, utilizar esa locura como motor para todo lo que emprendo. Pero cuanto más triunfo, más loco me vuelvo. Y cuanto más loco me vuelvo, mejor alcanzo los objetivos que me fijo. La locura es un león furioso escondido en cada cráneo. Sobre todo, no hay que matarlo. Basta con identificarlo y domarlo. Vuestro león domesticado os conducirá entonces mucho más allá que cualquier maestro, que cualquier escuela, droga o religión. Pero, como ocurre con toda fuente de poder, hay un riesgo si uno juega demasiado con su propia locura: a veces el león, sobreexcitado, se vuelve contra quien quería domarlo.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

17. Huellas de pasos

103.683 ha encontrado los establos de escarabajos. De hecho es una amplia sala donde se encierran coleópteros rinoceronte de imponente estatura. Su cuerpo está formado por placas negras, espesas y granuladas que encajan unas en otras. Por la parte trasera tienen formas redondas y lisas. Por la delantera, un capuchón de quitina rematado por un largo cuerno acerado, diez veces más grueso que la espina de una rosa.

Por lo que 103.683 sabe, cada uno de estos animales voladores mide seis pasos de largo por tres de ancho. Les gusta vivir en la penumbra pero, paradójicamente, su única debilidad es la atracción que sienten por la luz. En el mundo de los insectos, la brillantez es una golosina a la que pocos individuos son capaces de resistir.

Esos gordos animales pacen aserrín y brotes en putrefacción. Liberan sus excrementos por todas partes y la sala apesta, porque disponen de poco espacio para moverse en ese lugar de techo demasiado bajo. Unas obreras se encargan de la limpieza, pero parece que no han pasado desde hace mucho tiempo.

La domesticación de semejantes coleópteros no ha sido tarea fácil. A la reina Chli-pu-ni se le ocurrió buscar su alianza después de que uno de ellos la hubiera salvado de una tela de araña. Nada más convertirse en reina, los reagrupó como legión volante. Pero aún no se había presentado la ocasión de llevarlos al combate, aún no habían recibido su bautismo de ácido y nadie sabía cómo reaccionarían aquellos pacíficos herbívoros en situación de guerra, frente a hordas de soldados rabiosas.

103.683 se escurre entre las patas de esos mastodontes alados. Está muy impresionada por el invento que les sirve de abrevadero: una hoja que, en el centro de la sala, retiene una enorme gota de agua cuya piel se estira lateralmente cuando una de esas bestias acude para aplacar en ella su sed.

Al parecer, Chli-pu-ni convenció a estos escarabajos para que se instalaran en Bel-o-kan simplemente discutiendo con ellos mediante feromonas olfativas. Está orgullosa de sus talentos de diplomática. *Para aliar dos sistemas de pensamiento diferentes, basta con encontrar un modo de comunicación*, explica la reina en el marco de su movimiento evolucionarlo. Para conseguirlo, vale todo: donaciones de alimento, de olores pasaporte, de feromonas tranquilizadores. En su opinión, dos animales que se comunican ya no son capaces de matarse entre sí.

Durante la última reunión de las reinas federales, algunas participantes objetaron que la reacción más difundida en todas las especies consiste en eliminar todo lo que es diferente: si uno quiere comunicar y el otro matar, el primero siempre lleva las de perder. A lo que Chli-pu-ni replicó con ironía que, en resumidas cuentas, matar ya es una forma de comunicación, aunque sea la más elemental de todas. Para matar es

preciso avanzar, mirar, estudiar, prever las reacciones del adversario. Es decir, interesarse en él.

¡Su movimiento evolucionario era rico en paradojas!

103.683 se aleja del espectáculo de los escarabajos para proseguir su búsqueda del pasaje secreto que la llevará a las hormigas rebeldes.

Descubre huellas de pasos en el techo. Las hay en todas direcciones, como si alguien hubiera pretendido borrar una pista. Pero la soldado es también una exploradora incomparable y sabe descubrir las huellas más frescas y seguirlas.

Estas la guían hasta una pequeña protuberancia que, en efecto, camufla una salida. Debe ser allí. Entierra su capullo de mariposa, que es lo que más le molesta, desliza su cabeza primero y luego todo su cuerpo por el corredor y avanza con cierto miedo.

Olores de gentes.

Rebeldes... ¿Cómo puede haber rebeldes en un organismo ciudad tan homogéneo como Bel-o-kan? Es como si en alguna parte, en un repliegue de intestino, unas células hubieran decidido dejar de seguir jugando al juego global del cuerpo. Podría compararse con una apendicitis. 103.683 estaba yendo al encuentro de un ataque de apendicitis que afectase a la ciudad viva.

¿Cuántas son las que engañan de esta manera? ¿Cuáles sus motivaciones? Cuanto más avanza, más dudas quiere despejar. Ahora que sabe que existe un movimiento rebelde, quiere identificarlo y comprender su función y su objetivo.

Mientras avanza, percibe olores frescos. Por aquel túnel estrecho han pasado hace poco ciudadanas. De pronto, dos patas rematadas por cuatro garras la cogen por el coselete y la lanzan hacia delante bruscamente. Es aspirada por el corredor y desemboca en una sala. Dos mandíbulas la agarran por el cuello y empiezan a apretarlo.

103.683 forcejea. A través de los caparazones que la zarandean divisa una sala de techo muy bajo. Más bien amplio. A vista de antena, debe medir unos treinta pasos por veinte de ancho y cubrir, al abrigo de un falso techo, todo el establo de los escarabajos.

Hay allí un centenar de hormigas que la rodean. Varias sondan con recelo los olores de identificación de la intrusa.

18. Enciclopedia

¿Cómo librarse de ellas? Cuando me preguntan por la forma de librarse de las hormigas que inundan la cocina, respondo: ¿con qué derecho su cocina le pertenece más a usted que a las hormigas? ¿La ha comprado? De acuerdo, pero ¿a quién se la ha comprado? A otros humanos que la han fabricado empleando cemento y llenándola de alimentos surgidos de la Naturaleza. Es una convención entre usted y otros hombres lo que hace que a usted le parezcan suyos estos trozos de Naturaleza trabajados. Pero no es más que una convención entre humanos. Por tanto sólo afecta a los humanos. ¿Por qué había de pertenecerle más a usted que a las hormigas la salsa de tomate de su armario? ¡Esos tomates pertenecen a la Tierra! El cemento pertenece a la Tierra. El metal de sus tenedores, las frutas de su confitura y el ladrillo de sus paredes han salido del planeta. El hombre no ha hecho otra cosa que ponerles nombres, etiquetas y precios. Y no es eso lo que le convierte en «propietario». La Tierra y sus riquezas son libres para todos sus inquilinos...

Sin embargo, este mensaje es todavía demasiado nuevo para ser comprendido. Si a pesar de todo está usted decidido a librarse de esas ínfimas competidoras, el método «menos malo» es la albahaca. Siempre una plantita de albahaca en la zona que desea proteger. A las hormigas no le gustan los tufos de la albahaca y tenderán a irse a visitar el piso de su vecino.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

19. Rebeldes

103.683 se presenta ante las rebeldes con rápidos movimientos de antenas. Es una soldado. Asegura haber encontrado en la depuradora un cráneo que le ha pedido dirigirse hasta allí con objeto de avisar que pronto ha de lanzarse una cruzada contra los Dedos.

El anuncio produce su efecto. Las hormigas no saben mentir. No han comprendido aún la utilidad de la mentira.

La tensión cede. A su alrededor se agitan las antenas. 103.683 capta feromonas que evocan una incursión a la Biblioteca química. Algunas rebeldes estiman que la soldado ha podido dialogar con uno de los tres miembros del comando. Hace demasiado tiempo que no se han tenido noticias suyas.

Por lo poco que consigue captar, 103.683 comprende que tiene que vérselas con un verdadero movimiento clandestino y que hace cuanto puede por seguir siéndolo. Las rebeldes prosiguen comentando sus informaciones. Es sobre todo la expresión «cruzada contra los Dedos» lo que las atormenta. Parecen alteradas. Sin embargo, algunas se inquietan al mismo tiempo por la conducta a seguir con la visitante indeseada. Representa un peligro, puesto que ahora conoce su escondrijo sin ser una rebelde.

¿Quién eres?

103.683 emite todas las características que la definen: su casta, su número de puesta, su hormiguero natal... Las rebeldes están pasmadas. Resulta que quien se encuentra ante ellas es la soldado 103.683, la única hormiga roja que ha alcanzado el confín del mundo y que ha regresado.

La liberan. Incluso se apartan con respeto. Entablan un diálogo con ella.

Las hormigas hablan entre sí con ayuda de olores, esas feromonas que emiten los segmentos de antenas. Una feromona es una hormona capaz de salir del cuerpo, de circular por el aire y de penetrar en otro cuerpo. Cuando una hormiga experimenta una sensación, la emite por todo su cuerpo y todas las hormigas de los alrededores la perciben al mismo tiempo que ella. Una hormiga estresada comunica al instante su pena al entorno, de suerte que éste sólo tiene una preocupación: que cese el penoso mensaje encontrando un medio para ayudar al individuo.

Cada uno de los once segmentos de antena suelta su longitud de onda de palabras perfumadas. Son como otras tantas bocas hablando al mismo tiempo, cada una en su longitud de onda particular. Algunas emiten los graves y señalan las informaciones de base. Otras juegan con los agudos y envían mensajes más ligeros.

Los mismos segmentos cumplen el papel de oídos. De modo tan excelente que ambos lados discuten con once bocas y se oyen con once oídos. Y todo al mismo tiempo. De pronto, los discursos son muy ricos en matices. En un diálogo de

hormiga, se aprenden probablemente más cosas y once veces más deprisa que en un diálogo humano. Por eso, cuando un hombre observa un encuentro entre dos hormigas, le parece que se tocan apenas con la punta de las antenas antes de irse cada una hacia sus ocupaciones respectivas. Sin embargo con ese ínfimo contacto, todo queda dicho.

Una soldado avanza cojeando (sólo tiene cinco patas) y pregunta si es realmente ella la antigua cómplice del príncipe 327 y de la princesa Chli-pu-ni.

103.683 asiente.

La coja le explica que durante mucho tiempo la buscó para matarla. Pero, ahora, el viento ha cambiado y emite una especie de olor de burla.

Ahora las asociales somos nosotras y tú representas la norma.

Los tiempos cambian.

La coja propone una trofalaxia. Su interlocutora consiente y las dos se besan en la boca y se acarician con las antenas hasta que los alimentos calafateados en el fondo del buche social de la donante terminan de verterse en el estómago de 103.683.

Vasos comunicantes. Sistemas digestivos también comunicantes.

La coja vacía su energía, la visitante se llena con ella. Piensa en un proverbio mirmeceano del milenio XLIII: *Uno se enriquece con lo que da, se empobrece con lo que quita.*

Sin embargo, no podía rechazar la ofrenda.

Las rebeldes le dejan visitar luego su madriguera. Allí se encuentran almacenados las existencias de grano, las reservas de melazo, los huevos llenos de feromonas memoria.

103.683 no sabe por qué, pero todas aquellas soldados conjuradas apenas le parecen temibles. Las encuentra más preocupadas por conservar un misterioso secreto que por jugar a facciosas sedientas de poder político.

La coja se acerca y le hace confidencias. En otro tiempo, las rebeldes eran conocidas con un nombre distinto. Eran las «guerreras de los olores de roca», aquella especie de Policía secreta a las órdenes de la reina Belo-kiu-kiuni, la madre de la actual Chli-pu-ni. Entonces eran todopoderosas, hasta el punto de haber podido acondicionar bajo la gran losa-suelo de la Ciudad una ciudad paralela clandestina. Una segunda Bel-o-kan.

La coja confiesa que son ellas, las guerreras de los olores de roca, las que hicieron lo posible por eliminar al príncipe 327, a la princesa 56 (Chli-pu-ni) y a ella misma, la soldado 103.683. En aquella época, nadie sabía que los Dedos existían realmente. La obsesión de la reina Belo-kiu-kiuni era que sus súbditas fueran presas de pánico cuando descubrieran que esos animales gigantes están dotados de una inteligencia casi tan desarrollada como la de las hormigas rojas.

Belo-kiu-kiuni había firmado entonces un acuerdo con el embajador de los

Dedos: ella acallaría cualquier información relativa a la existencia de los Dedos y, a su vez, éstos silenciarían cuanto ya sabían o aprenderían más tarde sobre la inteligencia de las hormigas. Cada uno de ellos, la reina y el embajador de los Dedos, debía mantener a los suyos al margen del secreto.

La reina Belo-kiu-kiuni estimaba que las dos civilizaciones no estaban preparadas para comprenderse. Encargó pues a sus guerreras de olores de roca suprimir a todos los que descubriesen la existencia de los Dedos.

Esa decisión costó cara.

La coja admite que fueron ellas las que mataron al príncipe sexuado 327, lo mismo que a millares de hormigas que, de una forma u otra, habían sabido que los Dedos no eran una simple leyenda, sino que realmente existían y que sus especímenes recorrían el bosque.

103.683 está intrigada. ¿Significa eso que hay diálogo entre las hormigas rojas y los Dedos?

La coja lo confirma. Hay Dedos instalados en una caverna bajo la Ciudad. Han fabricado una máquina y un embajador hormiga que les permite emitir y recibir feromonas también a ellos. La máquina se llama «Piedra Rosetta», y el embajador «Doctor Livingstone»; se trata de denominaciones digitales. Por medio de ambos, los Dedos y las hormigas han podido confiarse lo esencial.

«Nosotros existimos con tamaños diferentes, somos diferentes, pero cada uno de nosotros ha construido una civilización inteligente sobre este planeta.»

Ése fue el primer contacto. Hubo muchos más. Los Dedos eran prisioneros de su caverna bajo la Ciudad y Belo-kiu-kiuni los alimentaba y velaba por su supervivencia. La conversación continuó regularmente durante una estación. Gracias a los Dedos, Belo-kiu-kiuni descubrió el principio de la rueda, pero murió en el incendio de su ciudad antes de haber logrado que su pueblo se beneficiase de él.

Una vez reina, su hija Chli-pu-ni no quiso oír hablar de los Dedos. Exigió que dejaran de alimentarlos. Ordenó tapiar con cemento de avispa el pasadizo que llevaba a la segunda Bel-o-kan, y por lo tanto a la caverna de los Dedos. De este modo los condenó a morir de hambre.

Al mismo tiempo, la guardia de Chli-pu-ni persiguió a las guerreras de olores de roca. La nueva reina no quería que subsistiese el menor rastro de aquel vergonzoso episodio en que las hormigas habían colaborado con los Dedos. Para ser una roja amante de los contactos entre las especies, la reina se había mostrado en aquella ocasión de una extraña intolerancia.

Cerca de la mitad de las guerreras de la segunda Bel-o-kan fueron asesinadas en una sola jornada. Las que lograron escapar se escondieron en las paredes y en los techos. Para sobrevivir, decidieron abandonar sus perfumes de reconocimiento y se dotaron de un nuevo nombre. Se convirtieron en las «rebeldes pro-Dedos».

103.683 contempla a esas supuestas rebeldes. La mayoría están lisiadas. La guardia de la reina les hace la vida muy difícil. Pero también las hay jóvenes que gozan de perfecta salud.

Estos soldados tal vez se hayan dejado embaucar ingenuamente por esos relatos de civilización paralela.

Pero ¿qué locura arrastrar a todas aquellas belokanianas a una lucha fratricida! Y, en el fondo, ¿por qué? Por unos Dedos de los que en última instancia no se sabe gran cosa.

La coja dice que las rebeldes han unificado ahora su movimiento. Disponen de un cuartel general, aquí, en el falso techo del establo de escarabajos. Y saben emitir unos olores tan discretos que las soldados federales no logran identificarlas todavía.

Pero ¿para qué sirve este movimiento clandestino?

La coja mantiene durante un momento el suspense. Detiene la narración para declarar, de sopetón, que tampoco los Dedos instalados bajo el suelo están muertos. Las rebeldes han roto el cemento de avispa, han abierto de nuevo el pasadizo en el granito y han proseguido con las entregas de alimento.

¿Quiere convertirse ella también, la 103.683 en rebelde? La soldado vacila, pero, como siempre, la curiosidad es más fuerte. Inclina las antenas hacia atrás en señal de asentimiento. Todo el mundo se felicita. El Movimiento cuenta desde ahora en sus filas con una guerrera que ha ido hasta el confín del mundo. Le proponen numerosas trofalaxias y 103.683 no sabe ya dónde ofrecer los labios ¡Todos aquellos besos nutritivos reaniman su cuerpo!

La coja le informa que las rebeldes van a lanzar un comando encargado de robar hormigas cisterna y encaminarlas bajo el suelo para alimentar mejor a los Dedos. Si quiere conocer al Doctor Livingstone, ésa es una buena ocasión.

103.683 no deja que se lo propongan dos veces. Se apresura a descubrir aquel nido de Dedos escondido bajo la Ciudad. Está impaciente por hablarle. Ha vivido tanto tiempo con la obsesión de los Dedos. Y ahora puede salir de su «enfermedad de los estados de ánimo» al tiempo que satisface su curiosidad.

Treinta valerosas soldados rebeldes se reúnen y, después de haberse atiborrado de melazo para incrementar su energía, se dirigen hacia la sala de las hormigas cisterna. 103.683 va entre ellas.

Mientras no tropiecen con los equipos de vigilancia...

20. Televisión

Acechaba todo cuanto entraba y salía.

La portera, fiel a su puesto, estaba detrás de su ventana entreabierta.

El comisario Méliés se acercó.

—Oiga, señora, ¿puedo hacerle una preguntita?

Ella pensó que debía tratarse de alguna reprimenda por la suciedad de los espejos del ascensor. Sin embargo, movió la cabeza con un gesto afirmativo.

—A usted, ¿qué es lo que más miedo le da en la vida?

—¡Qué pregunta tan rara! —Reflexionó, temiendo soltar alguna tontería y preocupada por no decepcionar a su inquilino más célebre—: Me parece que son los extranjeros. Sí, los extranjeros. Están en todas partes. Le quitan el trabajo a la gente. Les atacan de noche en las esquinas de las calles. No son como nosotros, no señor. ¡Vaya usted a saber lo que tienen en la cabeza!

Méliés movió la barbilla y le dio las gracias. Ya estaba en la escalera cuando ella le dijo, todavía ensimismada.

—¡Buenas noches, señor comisario!

Ya en su casa, se quitó los zapatos y se instaló frente al televisor. No había nada como la tele para parar la máquina que daba vueltas en su cabeza la noche de un día de investigación. Cuando uno duerme, sueña, y eso ya es un trabajo. La tele, en cambio, vacía la cabeza. Las neuronas se van de vacaciones y todas las luces cerebrales dejan de parpadear. ¡El éxtasis!

Cogió el mando.

Cadena 1.675, telefilme norteamericano: «Qué, Bill, estás mal, ¿eh? Te creías el mejor, y ahora te das cuenta de que eres un perdedor como los demás...

Zapeó.

Cadena 877, publicidad: «Con Krak Krak os libraréis de una vez para siempre de todos vuestros...

Zapeó de nuevo.

Tenía 1.825 cadenas a su disposición, pero únicamente la 622 le apasionaba todas las noches a las ocho en punto con su programa estrella: *Trampa para pensar*.

Sintonía. Trompetas. Aparición del presentador. Aplausos.

El hombre está radiante.

—Qué suerte encontrarles a todos ustedes, en sus casas, fieles a nuestra cadena 622. Bienvenidos a la 104 emisión de *Trampa para...*

—... *pensar* —contesta a coro el público.

Marie-Charlotte se acurrucó contra sus rodillas y reclamó unas caricias. Le dio un poco de paté de atún. A *Marie-Charlotte* le gustaba aún más el paté de atún que las caricias.

—Por si hay alguien que ve nuestro programa por primera vez, les recordaré las reglas.

Abucheos en la sala dedicados a tales novatos.

—Gracias. El principio del programa es simple. Nosotros proponemos enigma. Y es el candidato o la candidata quienes tienen que encontrar la solución. Esto es *Trampa para...*

—... *pensar* —vitea el público.

Siempre radiante, el presentador continúa.

—Por cada respuesta acertada, un cheque de diez mil francos más un comodín que autoriza un fallo y permite ganar los diez mil francos siguientes. Desde hace ya varios meses, la señora, eh, Juliette... Ramírez es nuestra campeona. Esperemos que no tropiece hoy. Señora... Ramírez, vamos a presentarla otra vez. ¿Cuál es su profesión?

—Funcionaria de Correos.

—¿Está usted casada?

—Sí, y seguramente mi marido estará viéndome desde casa.

—Entonces, buenas noches, señor Ramírez. ¿Tienen ustedes hijos?

—No.

—¿Cuáles son sus aficiones?

—Oh... los crucigramas... la cocina...

Aplausos.

—Más fuerte, más fuerte todavía —ordena el presentador—. La señora Ramírez lo merece.

Aplausos más nutridos.

—Y, ahora, señora Ramírez, ¿cree estar preparada para resolver un nuevo enigma?

—Estoy preparada.

—Bueno, abro el sobre que contiene nuestro enigma del día y se lo leo.

Redoble de tambores.

—El enigma dice así: ¿cuál es la línea siguiente en relación a esta serie?

En un encerado blanco escribe con rotulador unas cifras.

1

11

21

1211

111221

312211

Primer plano de la candidata que pone una expresión dubitativa.

—Vaya... ¡No es nada fácil!

—Tómese su tiempo, señora Ramírez. Tiene hasta mañana. Pero, para ayudarla, ésta es la frase clave que la llevará por el buen camino. Atención, escuche bien: «Cuanto más inteligente es uno... menos oportunidades tiene de encontrarlo.»

La sala aplaude sin comprender.

El presentador saluda:

—Señoras y señores, amigos telespectadores, cojan también ustedes lápiz y papel. ¡Y hasta mañana, si les parece bien!

Jacques Méliés zapeó hasta encontrar los informativos regionales. Una mujer demasiado maquillada, de peinado impecable, recitaba con indiferencia el texto que desfilaba ante sus ojos: «Tras el brillante éxito del comisario Jacques Méliés en el caso Salta, el prefecto Dupeyron ha propuesto ascender al eminente policía al rango de oficial de la Legión de Honor. Sabemos de buena fuente que la Cancillería estudia con agrado esta candidatura.»

Desalentado, Jacques Méliés apagó el televisor. ¿Qué hacer ahora? ¿Seguir jugando a la estrella y enterrar el caso, o bien obstinarse, tratar de encontrar la verdad aunque sea peor para su reputación de sabueso infalible?

En el fondo sabía de sobra que no tenía elección. El señuelo del crimen perfecto era demasiado poderoso. Cogió el teléfono.

—Oiga... ¿Es la Morgue? Póngame con el médico... (Una irritante musiquilla.) Oiga, doctor, necesito una autopsia minuciosa de los cuerpos de los hermanos Salta... Sí, me urge mucho.

Colgó y marcó otro número:

—¿Émile? ¿Puedes buscarme el informe sobre la periodista de *El Eco del domingo*? Sí, Laetitia no sé qué. Bien, reúneme conmigo en la Morgue dentro de una hora. Además, Émile, permíteme una pequeña pregunta: ¿qué es lo que te da más miedo en la vida...? ¡Vaya! ¿Conque es eso? ¡Qué divertido! Nunca hubiera creído que eso pudiera asustar a alguien... Bueno, venga, corre a la Morgue...

21. Enciclopedia

TRAMPA INDIA: Los indios de Canadá utilizan una trampa para osos de lo más rudimentaria. Consiste en una gruesa piedra untada de miel, colgada de la rama de un árbol mediante una cuerda. Cuando un oso ve lo que cree ser una golosina, se adelanta e intenta agarrar la piedra dándole golpes con la pata. De este modo crea un movimiento de vaivén y, cada vez, la piedra vuelve a golpearle. El oso se pone nervioso y golpea cada vez con más fuerza. Y cuanto más fuerte golpea, más fuerte le golpea la piedra. Hasta su **KO** final.

El oso es incapaz de pensar: «¿Y si yo detuviera este ciclo de violencia?» Lo único que siente es frustración. «Me dan golpes, yo los devuelvo», se dice. De ahí su rabia exponencial. Sin embargo, si dejara de golpear, la piedra se inmovilizaría y tal vez se diese cuenta entonces, una vez restablecida la calma, de que sólo se trata de un objeto inerte unido a una cuerda. Le bastaría cortarla con sus colmillos para que la piedra cayese y así podría chupar la miel.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

22. Misión en la sala de las cisternas

Aquí, en el piso 40 del subsuelo, hay mucho movimiento. El mes de agosto está en todo su esplendor y el calor pone nerviosos a todos, incluso durante la noche, incluso a esa profundidad.

Unas guerreras belokanianas excitadas mordisquean sin razón a las que pasan. Unas obreras corren entre las salas de huevos y las salas de almacenamiento del melazo. El hormiguero Bel-o-kan tiene calor.

La muchedumbre de las ciudadanas fluye como una tibia linfa.

El grupo de las treinta rebeldes sale discretamente a la sala de las hormigas cisterna. Contemplan con admiración sus «sumos». Las hormigas cisterna forman una especie de frutas obesas y doradas, adornadas con bandas opacas rojas. Esas frutas son de hecho las quitinas estiradas en el extremo de individuos colgados del techo, con la cabeza hacia arriba y el abdomen hacia abajo.

Las obreras se afanan tanto para extraer el sustancial néctar como para llenar los buches vacíos.

La reina Chli-pu-ni viene a veces en persona a atiborrarse en las cisternas. Su presencia deja indiferentes a esos insectos fenómenos que, a fuerza de inmovilidad, han adquirido una filosofía de la inercia. Hay quien pretende que sus cerebros se han achicado. La función crea el órgano, pero la ausencia de función destruye el órgano. Como las hormigas cisterna no tienen otra ocupación que llenarse o vaciarse, se han transformado poco a poco en máquinas binarias.

Fuera de esa sala, no saben percibir ni comprender nada. Han nacido en la subcasta de las cisternas y cisternas morirán.

Sin embargo, mientras aún están vivas, se las puede colgar. Para hacerlo basta emitir una feromona que significa «migración». Las hormigas cisterna son desde luego depósitos, pero depósitos móviles, programados para aceptar ser transportados durante una migración.

Las rebeldes descubren algunas hormigas cisterna de buen tamaño. Se acercan con sus antenas y pronuncian la fórmula «migración». El enorme insecto se mueve entonces lentamente, despega una tras otra sus patas del techo y desciende. Otras patas lo cogen al punto para evitar que se aplaste contra el suelo.

¿A dónde vamos?, pregunta una de ellas.

Hacia el Sur.

Las hormigas cisterna no discuten y se dejan llevar por las rebeldes. Se necesitan seis para transportar una de aquellas calabazas, de lo pesadas que son. ¡Y pensar que tantos esfuerzos sólo aprovecharán a los Dedos!

¿Lo agradecen al menos?, pregunta 103.683.

¡Se quejan de que nunca les llevamos suficientes!, responde una rebelde.

¡Qué ingratos!

El comando gana con prudencia los pisos inferiores y llega por fin a la falla minúscula que atraviesa el suelo de granito. Al otro lado se encuentra la sala en que el doctor Livingstone les hablará.

103.683 tiembla. ¿Será tan fácil como parece dialogar con los terribles Dedos?

La discusión no se producirá de forma inmediata. De pronto, las rebeldes son perseguidas por unas guardianas que efectuaban una patrulla de rutina por el suburbio. Y abandonan apresuradamente sus cisternas para poder huir mejor.

¡Son rebeldes!

Una soldado ha reconocido el perfume distintivo que ellas creían imposible de descubrir. Las feromonas de alerta estallan y empieza la carrera-persecución.

Las guerreras federales son rápidas mas, pese a ello, no consiguen atrapar a las rebeldes. Entonces levantan barreras, cortan ciertas vías como si quisieran reunir las a todas en alguna parte.

Los soldados fuerzan al comando a subir los pisos a un ritmo desenfrenado. Niveles -40, -30, -16, -14. Resulta evidente que están empujando a sus presas hacia un lugar determinado. 103.683 adivina la trampa sin descubrir cuál pueda ser la escapatoria. Delante de ella no hay más que una salida. Si las federales la han dejado libre, sus razones tendrán. Pero ¿qué otra cosa puede hacer sino escapar?

Las rebeldes desembocan en una sala llena de chinches apestosas y de horrores. ¡Sus antenas se yerguen ante el pavoroso espectáculo!

Con la espalda acribillada de pequeñas vaginas dorsales, las apestosas chinches hembras corren en todas direcciones mientras las persiguen los machos blandiendo su puntiagudo sexo de extremo perforador. Más allá, unos machos homosexuales se encajan unos en otros, en largos racimos verdes. Los hay por todas partes, todo hormiguea, todo pulula. Los sexos perforadores de los chinches están erguidos, prestos a atravesar las quitinas.

Aún no han comprendido las rebeldes lo que pasa cuando ya están cubiertas por aquellos malditos insectos que las asaltan. Una hormiga se derrumba, aplastada por un espeso colchón de chinches femeninas en celo. Ninguna tiene tiempo de liberar su abdomen para defenderse disparando el ácido. Los sexos perforadores de los machos traspasan sus caparazones.

103.683 se debate enloquecida.

23. Enciclopedia

CHINCHE: De todas las formas de sexualidad animal, la de los chinches de las camas (*Cimex lectularius*) es la más asombrosa. Ninguna imaginación humana alcanza semejante perversión.

Primera particularidad: el priapismo. La chinche de las camas no para un instante de copular. Algunos individuos tienen más de doscientas relaciones al día.

Segunda particularidad: la homosexualidad y la bestialidad. A las chinches de las camas les cuesta distinguir a sus congéneres, y, entre estos congéneres, tienen más dificultad para reconocer a los machos de las hembras. El 50% de sus relaciones son homosexuales, el 20% se producen con animales extraños, por último, el 30% se efectúan con hembras.

Tercera particularidad: el pene perforador. Los chinches de las camas están equipados con un largo sexo de cuerno puntiagudo. Por medio de esa herramienta semejante a una jeringa, los machos perforan los caparazones e inyectan su semilla en cualquier parte, en la cabeza, el vientre, las patas, la espalda e incluso el corazón de su dama. La operación no afecta apenas a la salud de las hembras, pero, en tales condiciones, ¿cómo quedarse encinta? De ahí, la...

Cuarta particularidad: la virgen encinta. Desde el exterior, su vagina parece intacta y, sin embargo, ha recibido un golpe de pene en la espalda. ¿Cómo sobrevivirían entonces en la sangre los espermatozoides masculinos? De hecho, la mayoría serán destruidos por el sistema inmunitario, como vulgares microbios extraños. Para multiplicar las posibilidades de que un centenar de esos gametos masculinos lleguen a su destino, la cantidad de esperma que sueltan es fenomenal. A título de comparación, si los chinches machos estuvieran dotados de una estatura humana, soltarían treinta litros de esperma en cada eyaculación. De esa multitud, sólo un número pequeñísimo sobrevivirá. Escondidos en los rincones de las arterias, emboscados en las venas, esperarán su hora. La hembra pasa el invierno invadida por esos inquilinos clandestinos. En primavera, guiados por el instinto, todos los espermatozoides de la cabeza, de las patas y del vientre se reúnen alrededor de los ovarios, los traspasan y se meten en ellos. La continuación del ciclo prosigue sin más problemas.

Quinta particularidad: las hembras de sexos múltiples. A fuerza de ser perforadas en cualquier parte por machos poco delicados, las chinches hembras se encuentran cubiertas de cicatrices que forman rajas oscuras rodeadas de una zona clara. ¡Igual que blancos! De este modo se puede

saber con toda precisión cuántos acoplamientos han conocido las hembras. La Naturaleza ha alentado esas bribonadas engendrando extrañas adaptaciones. Generación tras generación, las mutaciones han desembocado en lo increíble. Las chinches crías han empezado a nacer provistas de manchas pardas, aureoladas de blanco, en la espalda. A cada mancha le corresponde un receptáculo, «sexo sucursal» directamente unido al sexo principal. Esta particularidad existe actualmente en todos los escalones de su desarrollo: ninguna cicatriz, varias cicatrices receptáculo en el nacimiento, verdaderas vaginas secundarias en la espalda.

Sexta particularidad: la auto puesta de cuernos. ¿Qué ocurre cuando un macho es perforado por otro macho? El esperma sobrevive y corre como tiene por costumbre hacia la región de los ovarios. Al no encontrarlos, estalla en los canales deferentes de su huésped y se mezcla a sus espermatozoides autóctonos. Resultado: cuando el macho pasivo perfora a una dama, le inyecta sus propios espermatozoides pero también los del macho con el que ha mantenido relaciones homosexuales.

Séptima particularidad: el hermafroditismo. La Naturaleza no termina de hacer experiencias extrañas sobre su cobaya sexual favorito. Los chinches machos también han mudado. En África vive la chinche *Afroximex constrictus*, cuyos machos nacen con pequeñas vaginas secundarias en la espalda. Sin embargo, estos machos no son fecundos. Parece que están ahí a título decorativo o para alentar las relaciones homosexuales.

Octava particularidad: el sexo-cañón que dispara a distancia. Algunas especies de chinches tropicales, los antocóridos escolopelianos, están dotados de ellos. El canal espermático forma un grueso tubo espeso, enrollado en espiral, en el que está comprimido el líquido seminal. El esperma es propulsado luego a gran velocidad por unos músculos especiales que lo expulsan fuera del cuerpo. De este modo, cuando un macho divisa a alguna hembra a varios centímetros de él, apunta con su pene a los blancos-vagina situados en la espalda de la damisela. El chorro surca el aire. La potencia de esos tiros es tal que el esperma consigue traspasar el caparazón, más fino en esos puntos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

24. Persecución en el subsuelo

Antes de sucumbir, una rebelde lanza un grito oloroso, desgarrador e incomprensible.

Los Dedos son nuestros dioses.

Luego se desploma con toda la longitud de sus patas y su cuerpo, tirado en el suelo, forma una especie de cruz de seis brazos.

Todas sus compañeras se derrumban una tras otra y 103.683 oye a algunas repetir esa misma frase extraña.

Los Dedos son nuestros dioses.

Las chinches furiosas penetran y violan, bajo la mirada de las federales, que visiblemente no tienen intención de poner término al suplicio.

103.683 se niega a morir tan deprisa. No antes de saber qué significa la palabra «dioses». Dominada por una furia terrible, golpea con sus antenas a la decena de chinches aferradas a su tórax, y luego carga con la cabeza baja contra el grupo de soldados. Efecto sorpresa que triunfa. Las guerreras están demasiado absortas en el espectáculo de esa orgía sangrienta para interceptarla. Sin embargo, se recuperan en seguida.

Pero 103.683 no es una novata en materia de carrera-persecución. Salta al techo y con la punta de sus antenas ampliamente separadas rastrilla la pared. Caen copos de tierra. La soldado los aprovecha para poner entre ella y sus perseguidoras un verdadero muro de arena. Colocándose en posición de tiro, abate a las guardianas que, pese a todo, consiguen pasar. Pero cuando varias franquean juntas el obstáculo, la soldado no puede ametrallarlas a todas con un disparo. Además, su bolsa de ácido está ahora prácticamente vacía.

Corre con todas sus fuerzas.

¡Es una rebelde! ¡Detenedla!

103.683 se apresura por galerías que le parecen reconocibles. ¡Y con razón! Ha dado media vuelta completa. Ya ha llegado a la sala de las cisternas. Sus miembros la han llevado de forma natural por un camino perfectamente memorizado puesto que acababa de recorrerlo en sentido inverso.

Su pata pierde un poco de sangre. Tiene que esconderse a cualquier precio. La salvación está en el techo. Sube a él y se agazapa junto a las patas de una hormiga cisterna. Por su volumen, el insecto la oculta perfectamente cuando los soldados irrumpen en la parte inferior de la sala.

Con sus antenas, las federales sondan el menor recoveco.

103.683 arranca una pata de la hormiga cisterna que la camufla.

¿Qué es lo que te pasa?, pregunta suavemente la afectada.

Migración, responde con autoridad 103.683, y arranca una segunda pata, y luego una tercera. Pero esta vez la otra adivina la trampa.

Vamos, vamos... ¡Deja de arrancarme patas ahora mismo!

Abajo, las federales han descubierto un charco de sangre transparente y buscan. Una guardiana recibe una gota en la cabeza y levanta sus antenas.

¡Ahí está, la he encontrado!

103.683 arranca de manera febril una pata más, y otra. La cisterna sólo se sostiene ya con dos garras y grita llena de pánico.

¡Ponme todas las patas en su sitio inmediatamente!

La guardiana se vuelve y dispone su abdomen para apuntar hacia el techo.

103.683 se deshace de la última pata con un golpe de su mandíbula sable. En ese preciso momento dispara la soldado, y la cisterna naranja le cae encima. Así la masa de líquido explota doblemente. 103.683 salta justo a tiempo de su percha mientras por toda la sala vuelan trozos de abdomen.

Aparecen nuevas soldados federales. 103.683 vacila. ¿Cuánto ácido le queda? Sólo para tres disparos. Decide entonces pulverizar las patas de las cisternas.

Tres hormigas cisterna son abatidas y sus sistemas de sustentación fulminados. Caen y estallan sobre la manada de perseguidoras. Sin embargo, una de ellas consigue liberarse, completamente enviscada de melazo.

103.683 está ya vacía de ácido. De todos modos se coloca en posición de tiro con la esperanza de intimidar a la otra y espera con estoicismo el chorro ardiente que acabará con ella.

Pero no ocurre nada. ¿Se habrá quedado seca también la otra? Lucha cuerpo a cuerpo. Las mandíbulas se agarran y tratan de cortar la quitina. La conquistadora del confín del mundo tiene más experiencia. Derriba a su adversaria, le tira la cabeza hacia atrás. Pero, cuando va a darle el golpe de gracia, una pata le da golpecitos como pidiéndole una trolaxia.

¿Por qué quieres matarla?

103.683 hace girar sus antenas para identificar mejor la fuente de emisión.

Ya ha reconocido esos efluvios amigos.

Es la reina en persona la que está allí. Su antigua cómplice de aventuras, la iniciadora de su primera odisea...

Alrededor surgen las soldados, dispuestas a caer sobre ella, pero la soberana emite un olor ínfimo que les hace saber que esa hormiga está bajo su protección.

Sígueme, le propone la reina Chli-pu-ni.

25. Las cosas se complican

La voz se vuelve insistente.

—Sígame, por favor.

Una doble hilera de fiambres se alienaba bajo la luz cruda de los neones, cada uno provisto de una etiqueta colgada del dedo gordo del pie. La sala desprendía un perfume a éter y a eternidad.

Morgue de Fontainebleau.

—Por aquí, comisario —dice el médico forense.

Avanzaron entre los cadáveres, unos metidos en una funda de plástico, otros tapados por una sábana blanca. Cada etiqueta llevaba un nombre y una anotación indicando la fecha y las circunstancias de la muerte del cadáver: 15 de marzo, matado a cuchilladas en la calle. 3 de abril, aplastado por un autobús; 5 de mayo, suicidio por defenestración...

Se detuvieron delante de tres gruesos dedos gordos cuyos rótulos precisaban que habían pertenecido, respectivamente, a Sébastien, Pierre y Antoine Salta.

Méliés no podía aguantar más su impaciencia.

—¿Ya sabe de qué han muerto?

—Más o menos... De una emoción fuerte. Yo diría, incluso, que de una emoción fortísima.

—¿De miedo?

—Es posible. O de sorpresa. De un estrés múltiple, en cualquier caso. Mire las observaciones que hay en esta hoja: los tres tienen en la sangre una tasa de adrenalina diez veces superior a la normal.

Méliés piensa que la periodista tenía razón.

—Es decir, que han muerto de miedo...

—No exactamente, porque el choque emocional no es la única causa de estas muertes. Venga y mire. Colocó una radiografía encima de una mesa luminosa. Por la radiografía se comprueba que sus cuerpos estaban llenos de pequeñas úlceras.

—¿Qué pudo provocarlas?

—Un veneno. Probablemente un veneno, pero un veneno de nueva especie. Con el cianuro, por ejemplo, sólo podemos comprobar una lesión grande. Mientras que aquí, las lesiones son múltiples.

—Entonces, doctor, ¿cuál es su diagnóstico?

—Le parecerá curioso. Yo diría que han muerto, en principio, de pasmo y que luego han intervenido las hemorragias estomacales e intestinales, igual de mortales que el pasmo primero.

El hombre de blusa blanca ordenó sus notas y le tendió la mano.

—Una última pregunta, doctor. A usted, ¿qué le produce miedo?

El médico suspiró.

—¿A mí? He visto tantas cosas. Ahora, realmente, ya no me afecta nada.

El comisario Méliés se despidió y abandonó la Morgue masticando un chicle, más perplejo de lo que había entrado. Sabía que tenía que habérselas con un adversario terrible.

26. Enciclopedia

ÉXITO: De todos los representantes del planeta Tierra, las hormigas son las que mejor lo han conseguido. Ocupan un número récord de nidos ecológicos. Se encuentran hormigas en las estepas desérticas de los confines del círculo polar lo mismo que en las junglas ecuatoriales, los bosques europeos, las montañas, los abismos, las playas de los océanos, las orillas de los volcanes e incluso en el interior de los habitáculos humanos. Ejemplo de adaptación extrema: para resistir el calor del desierto sahariano que puede llegar a los 60° C, la hormiga *cataglyphis* ha perfeccionado técnicas de supervivencia únicas. Camina a la pata coja utilizando dos de sus seis patas para no quemarse al contacto del suelo ardiente. Contiene el aliento para no perder su humedad y deshidratarse. No existe un kilómetro de tierra firme libre de hormigas. La hormiga es el individuo que ha construido más ciudades y poblados sobre la superficie del Globo. La hormiga ha sabido adaptarse a todos sus depredadores y a todas las condiciones climáticas: lluvia, calor, sequedad, frío, humedad, viento. Recientes investigaciones han demostrado que un tercio de la biomasa animal y del bosque amazónico estaba formado por hormigas y termitas. Y esto en la proporción de ocho hormigas por cada termita.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

27. Encuentros reales

Las porteras de cabeza plana se apartan para dejarles paso. Caminan ahora juntas por los corredores de madera de la Ciudad prohibida: 103.683, la soldado que participó hace más de un año en el asalto final contra Bel-o-kan, y su reina, que desde entonces nunca le volvió a dar noticias suyas. ¿Ha olvidado su antigua complicidad?

Penetraron en la sala real. Chli-pu-ni ha remodelado la morada de su madre tapizándola con un hermoso terciopelo procedente de la pared interna de la corteza de castañas. En el centro de la sala, una visión horrible; ¡el cuerpo vaciado y translúcido de Belo-kiu-kiuni, su propia madre!

En los anales mirmeceanos es ésta, sin duda, la primera vez que una reina vive permanentemente junto al cadáver conservado de su propia genitora. La misma a la que en otro tiempo había declarado la guerra y a la que había vencido.

Chli-pu-ni y 103.683 se instalan exactamente en el centro de la sala, completamente oval. Por último acercan sus antenas.

Nuestro encuentro no es fortuito, afirma la soberana. Hacía mucho tiempo que andaba buscando a su soldado de élite. La necesitaba. Quiere lanzar una gran cruzada contra los Dedos, destruir todos los nidos que éstos han construido más allá del confín oriental del mundo. 103.683 es la más apropiada para guiar al ejército rojo hacia el país de los Dedos.

Las rebeldes habían dicho la verdad. Chli-pu-ni quiere realmente desencadenar una gran guerra contra los Dedos.

103.683 vacila. Ciertamente se muere de ganas por partir de nuevo hacia Oriente. Pero también tiene ahora incrustado en su cuerpo aquel miedo terrible que amenaza con volver a brotar en cualquier momento. El miedo a los Dedos.

Durante toda la hibernación que siguió a su aventura no soñó más que con Dedos, con bolas rosas gigantes devorando ciudades como si fueran otras tantas presas. 103.683 había tenido muchas veces un despertar difícil, con las antenas mojadas.

¿Qué pasa?, pregunta la reina.

Tengo miedo a los Dedos que viven más allá del confín del mundo.

¿Qué es el miedo?

Es la voluntad de no encontrarse en situaciones que no se pueden dominar.

Chli-pu-ni cuenta entonces cómo, leyendo las feromonas de Madre, descubrió a una hormiga que también evocaba esa palabra. «Miedo.» Esa feromona explica que, cuando los individuos son incapaces de comprenderse, es que tienen «miedo» unos de otros.

Y según Belo-kiu-kiuni, cuando le vence el miedo al otro, muchas cosas consideradas imposibles se vuelven entonces perfectamente realizables.

103.683 reconoce en esa explicación el tipo de aforismo que tanto apreciaba la

antigua reina. Con un movimiento ligero de la antena derecha, Chli-pu-ni pregunta: el miedo ¿volvería inepta a la soldado para dirigir la cruzada?

No. La curiosidad es más fuerte que el miedo.

Chli-pu-ni se tranquiliza. Sin la experiencia de su cómplice de antaño, la cruzada habría empezado mal.

En tu opinión, ¿cuántos soldados serán necesarios para matar a todos los Dedos de la Tierra?

¿Quieres que mate a todos los Dedos de la Tierra?

Sí. Evidentemente. Chli-pu-ni así lo quiere. Los Dedos deben ser exterminados, erradicados del mundo. Como estúpidos parásitos gigantes que son. Se pone nerviosa: pliega y despliega sus antenas. E insiste: los Dedos son un peligro, no sólo para las hormigas Sino también para todos los animales, para todos los vegetales, para todos los minerales. Ella lo sabe, y lo siente. Está absolutamente convencida de la rectitud de su causa.

103.683 la obedecerá. Se entrega a una estimación rápida. Para acabar con un solo Dedo se necesitan por lo menos cinco millones de soldados bien entrenados. Y, por lo menos, por lo menos... está convencida de que hay cuatro rebaños, es decir, veinte Dedos sobre la tierra.

Se necesitarán por lo menos cien millones de soldados.

103.683 vuelve a ver la inmensa cinta negra donde nada crece. Y todas las exploradoras, aplastadas de un solo golpe como si fueran las hojas más finas en medio de un estrépito de vibraciones y de humaredas de hidrocarburos.

También es eso el confín del mundo oriental.

La reina Chli-pu-ni deja que el silencio las invada un momento. Da algunos pasos por la cámara nupcial y toquetea unas cáscaras de trigo con el extremo de la mandíbula. Por fin, volviéndose, con las antenas bajas, asegura haber discutido con muchas hormigas para convencerlas de la necesidad de esta cruzada. Ella no dispone de ninguna autoridad política. Emite sugerencias. La comunidad es la que decide. Por otro lado, no todas sus hermanas e hijas comparten su punto de vista. Temen una reanudación de las guerras con las hormigas enanas y las termitas. No quieren que la cruzada deje indefensa a la Federación.

Chli-pu-ni ha hablado con muchas ciudadanas excitadoras. Se han esforzado, y también la reina. Juntas han llegado a una cifra, que es de ochenta mil.

¿Ochenta mil legiones?

No, ochenta mil soldados. Por lo que a ella se refiere, Chli-pu-ni cree que esos efectivos bastarán. Si 103.683 los juzga realmente demasiado irrisorios, la reina consiente en hacer algunos esfuerzos de estimulación suplementarios, para reclutar a cien o doscientas guerreras más. ¡Pero esa cifra es lo máximo que puede conseguir!

103.683 medita. ¡La reina no se da cuenta de la amplitud de la tarea! ¡Ochenta mil

soldados para enfrentarse a todos los Dedos de la Tierra, eso es una insensatez!

Pero su sempiterna curiosidad la devora. ¿Cómo dejar pasar una ocasión tan preciosa? Trata de animarse. Después de todo, ochenta mil soldados tendrán bajo su mando una expedición importante. ¡Un poco de audacia, y todo resuelto! Tal vez no consiga matar a todos los Dedos, pero, a cambio, sabrá mucho mejor quiénes son y cómo funcionan.

De acuerdo con los ochenta mil soldados. No obstante, a 103.683 le gustaría hacer dos preguntas. ¿Por qué es necesaria la cruzada? ¿Y por qué esa animosidad contra los Dedos cuando tanta estima sentía por ellos Madre Belo-kiu-kiuni?

La reina se dirige hacia un corredor que se abre al fondo de la sala.

Ven. Te llevaré a visitar la Biblioteca química.

28. Laetitia está a punto de aparecer

La sala era ruidosa, estaba llena de humo y abarrotada de mesas, de sillas y de máquinas de café.

Sonaban los teclados, unos desechos humanos tumbados sobre bancos renegaban, unos tipos agarrados a las rejas de sus jaulas clamaban que las cosas no quedarían así y que querían llamar a su abogado.

Un tablón exhibía varios rostros patibularios, cada uno con su precio de captura. La tarifa oscilaba entre mil y cinco mil francos. Cifras más bien modestas, si se considera que un hombre esconde en su cuerpo productos orgánicos (riñones, corazón, hormonas, vasos sanguíneos, líquidos diversos) cuyo valor comercial acumulado se acerca más bien a los setenta y cinco mil francos.

Cuando Laetitia Wells apareció en la comisaría, numerosos pares de ojos se alzaron hacia ella. Siempre producía ese efecto.

—Por favor, ¿el despacho del comisario Méliés?

Un subalterno de uniforme le pidió su citación antes de indicarle dónde se encontraba.

—Por ahí, al fondo, antes del aseo.

—Gracias.

Cuando cruzó su puerta, el comisario sintió que el corazón se le encogía.

—Estoy buscando al comisario Méliés —dijo.

—Soy yo.

Con un gesto, la invitó a sentarse.

No lograba reponerse. Nunca, en toda su vida había visto una mujer tan hermosa. Ninguna de sus conquistas, recientes o pasadas, le llegaba a la altura del zapato.

Lo que sorprendía ante todo eran sus ojos violeta. Luego venía su cara de *madonna*, su cuerpo suelto y el aura de perfume que de él se desprendía. El análisis de un químico habría ofrecido el siguiente resultado: bergamota, espina cardo, mandarina, galóxido, madera de sándalo, todo ello realzado por una pizca del almizcle de capra hispánica. Pero Jacques Méliés no podía hacer otra cosa que aspirar con delicia aquel aroma.

Se dejó arrastrar por el sonido de su voz antes de comprender sus palabras. ¿Qué había dicho la joven? Hizo un esfuerzo para reponerse. ¡Tantas informaciones visuales, olfativas y auditivas saturaban su cerebro!

—Gracias por haber venido —balbuceó por fin.

—Soy yo quien le está agradecida por haber aceptado esta entrevista, conceda usted muy pocas.

—No, no, le debo mucho. Usted me ha abierto los ojos en este caso. Era de justicia recibirla.

—Perfecto. Tiene usted buen carácter. ¿Puedo grabar nuestra conversación?

—Como quiera.

Él hablaba. Intercambiaba palabras anodinas, pero estaba como hipnotizado por el rostro blanco de la joven, por sus cabellos negríssimos cortados a lo Louise Brooks con un pesado flequillo, por sus largos ojos violeta alargados encima de las altas mejillas. Se había pintado sus labios carnosos de un rosa discreto. Su traje púrpura llevaba probablemente la firma de un modisto elegante. Sus joyas, su porte, todo olía en ella a gran clase.

—¿Puedo fumar?

Él asintió, le tendió un cenicero y ella sacó una pequeña pitillera cincelada. Encendió el cigarrillo y soltó una bocanada azul de tufo opiáceo. Luego sacó un cuaderno de su bolso y empezó a interrogarle.

—He sabido que por fin ha pedido una autopsia. ¿Es exacto?

Él asintió con la cabeza.

—¿Cuál ha sido el resultado?

—Miedo más veneno. En cierto modo, los dos teníamos razón. Por lo que a mí se refiere, pienso que las autopsias no constituyen una panacea. No pueden revelárnoslo todo.

—¿Ha descubierto el análisis de sangre alguna huella de veneno?

—Negativo. Pero eso no quiere decir nada, existen venenos que no pueden descubrirse.

—¿Ha descubierto usted indicios en el lugar del crimen?

—Ninguno.

—¿Ha encontrado huellas de violencia?

—Ni el menor rastro.

—¿Tiene alguna idea sobre el móvil?

—Como ya he declarado en el despacho de agencia, Sébastien Salta perdía mucho dinero en el juego.

—¿Cuál es su convicción íntima sobre este caso?

Méliés suspiró.

—No tengo ninguna... ¿Puedo a mi vez hacerle alguna pregunta? Parece que ha estado usted investigando entre los psiquiatras.

Leyó la sorpresa en las pupilas violeta.

—¡Bravo, está usted bien informado!

—Es mi oficio. ¿Ha descubierto qué es lo que podía causar tanto miedo a tres personas hasta el punto de matarlas?

Ella dudó.

—Soy periodista. Mi oficio consiste en recoger información de la Policía, no en darla.

—Bueno, digamos que se trataría de un simple intercambio, aunque usted no está obligada, evidentemente, a suscribirlo.

Ella descruzó sus finas piernas, embutidas en medias de seda.

—A usted, ¿qué es lo que a usted le da miedo, comisario? —Le miró fijamente desde abajo, al inclinarse para dejar caer la ceniza en el cenicero—. No, no responda. Es demasiado íntimo. Mi pregunta era casi indecente. El miedo es un sentimiento tan complejo... Es la primera emoción del hombre de las cavernas. El miedo es algo antiquísimo y muy potente. Arraiga en nuestro inconsciente, y por eso no podemos controlarlo.

Aspiró profundamente su cigarrillo antes de aplastarlo en el cenicero. Luego alzó la cabeza y le sonrió:

—Comisario, creo que nos encontramos ante un enigma que está a nuestra altura. He escrito ese artículo porque temía que lo dejase usted escapar. —Paró el magnetófono—. Comisario, no me ha dicho nada que yo ya no supiese. Y yo voy a informarle de algo. —Empezó a ponerse de pie. — El caso Salta es mucho más interesante de lo que supone. Pronto tendrá secuelas.

Él se sobresaltó:

—¿Qué es lo que sabe?

—Un pajarito... —dijo ella, estirando sus encantadores labios en una sonrisa misteriosa y cerrando sus ojos violeta.

Luego desapareció con la agilidad de un felino.

29. La búsqueda del fuego

103.683 nunca ha estado en la Biblioteca química. El lugar es francamente impresionante. Hay huevos llenos de líquidos vivos que se alinean hasta perderse de vista. Cada uno encierra testimonios, descripciones, ideas únicas.

Mientras avanzan entre las hileras, Chli-pu-ni va explicando. Ha descubierto que Madre Belo-kiu-kiuni se comunicaba con los Dedos subterráneos desde el momento en que tomó posesión de la Ciudad prohibida de Bel-o-kan. Madre estaba completamente obnubilada por los Dedos. Pensaba que formaban una civilización aparte. Los alimentaba y, a cambio, ellos le informaban de cosas extrañas. De la rueda, por ejemplo.

Para la reina Belo-kiu-kiuni, los Dedos eran animales benéficos. ¡Cómo se engañaba! Chli-pu-ni tiene ahora la prueba. Todos los testimonios coinciden: fueron los Dedos quienes prendieron fuego a Bel-o-kan y de ese modo mataron a Belo-kiu-kiuni, la única reina que quería comprenderlos.

La triste verdad es que su civilización está basada en el... fuego. Por eso Chli-pu-ni no ha querido volver a dialogar con ellos, ni seguir alimentándolos. Por eso ha sellado el pasadizo a través del suelo granítico. Por eso trata de eliminarlos de la superficie de la Tierra.

Informes de expedición cada vez más abundantes subrayan las mismas informaciones: los Dedos encienden fuegos, juegan con el fuego, fabrican objetos con la ayuda del fuego. Las hormigas no pueden permitir a esos insensatos seguir así. Sería ir directamente al Apocalipsis. La prueba sufrida por Bel-o-kan lo ha demostrado sobradamente.

¡El fuego...! 103.683 hace un gesto de disgusto. Ahora comprende mejor la obsesión de Chli-pu-ni. Todas las hormigas saben lo que es el fuego. En el pasado también ellas descubrieron ese elemento. Igual que los humanos por casualidad. El rayo había derribado un arbolillo. Una ramita encendida cayó entre las hierbas. Una hormiga se acercó para ver mejor aquel trozo de sol que lo oscurecía todo a su alrededor.

Las hormigas intentan llevar al nido todo lo que es insólito. Aquella primera vez fue un fracaso. Y también los intentos siguientes. La llama solía apagarse por regla general durante el camino. Pero, a fuerza de coger ramitas cada vez más largas, una exploradora avisada consiguió llevar una hasta las cercanías de su hormiguero. Había demostrado que se podían transportar aquellos trozos de sol. Sus hermanas le hicieron una fiesta.

¡Qué maravilla el fuego! Aportaba energía, luz, calor. ¡Y qué hermosos colores! Rojo, amarillo, blanco e incluso azul.

Todo esto había ocurrido no hacía mucho tiempo, apenas unos cincuenta millones

de años. Incluso los insectos sociales se acordaban.

Problema: la llama nunca duraba. Entonces había que esperar a que brotase de nuevo el rayo, que por desgracia venía acompañado por una lluvia que apagaba el fuego.

Para proteger mejor su tesoro encendido, a una hormiga se le ocurrió la idea de introducirlo en su ciudad de ramitas. ¡Desastrosa iniciativa! Ciertamente que el fuego duró algún tiempo más, pero incendiando inmediatamente las bóvedas de ramitas y provocando la muerte de millares de huevos, obreras y soldados.

No felicitaron a la innovadora. Pero, en realidad, la búsqueda del fuego no hacía sino empezar. Las hormigas son así. Siempre empiezan por la peor de las soluciones antes de llegar a descubrir, mediante ajustes sucesivos, la mejor.

Las hormigas cavilaron mucho tiempo sobre el tema.

Chli-pu-ni saca la feromona memoria donde están consignados sus trabajos.

Pronto se dieron cuenta de que el fuego era muy contagioso. Bastaba con acercarse a él para incendiarse. Al mismo tiempo, paradójicamente, era muy frágil. Un simple batir de alas de mariposa y el fuego no resistía más que una humareda negra que se desvanecía en el aire. Si las hormigas querían apagar «el fuego», lo más cómodo para ellas era proyectar encima ácido fórmico poco concentrado. Las chapuceras precursoras que lanzaron sobre las brasas un ácido demasiado potente pronto quedaron transformadas en sopletes y luego en antorchas vivientes.

Más tarde, y de esto hacía setecientos cincuenta mil años, las hormigas descubrieron por casualidad, como siempre, al defender todo y nada (que es su forma de ciencia), que se podía «construir» fuego sin tener que esperar al rayo. Frotando una contra otra dos hojas muy secas, una obrera había visto que producían fuego y después se encendían. La experiencia fue reproducida y estudiada. A partir de ese momento las hormigas ya sabían encender fuego a voluntad.

A ese hermoso descubrimiento siguió un período de euforia. Cada nido encontraba, casi todos los días, nuevas aplicaciones. El fuego destruía los árboles demasiado molestos, desmigajaba los materiales más duros, reavivaba las energías al salir de la hibernación, sanaba ciertas enfermedades y por regla general embellecía el color de las cosas.

El entusiasmo empezó a decaer cuando, de forma ineluctable, aparecieron los empleos militares del fuego. Una vez que algo empezaba a arder, bastaba con un soplo de aire para atizarlo y las hormigas bombero apenas conseguían nada con su chorro de ácido poco concentrado para dominar el incendio.

Cuando un matorral se encendía, el fuego no tardaba en comunicarse de árbol en árbol y en una jornada no eran trescientos mil individuos, sino treinta mil hormigueros, los que se veían reducidos al estado de cenizas negruzcas.

Aquella plaga lo diezmaba todo: los árboles más gruesos, los mayores animales e

incluso los pájaros. Hasta el punto de que, tras el entusiasmo, vino el rechazo. Total. Unánime. ¡Qué lejos estaba la alegría de los primeros días! El fuego era demasiado peligroso. Todos los insectos sociales se pusieron de acuerdo para lanzar el anatema y declararlo tabú.

Nadie debía acercarse a un fuego. Si el rayo caía sobre un árbol, la orden era alejarse. Si unas ramitas secas empezaban a quemarse, el deber de todos y cada uno era esforzarse en apagarlas. Las instrucciones franquearon los océanos. Todas las hormigas del planeta y todos los insectos supieron inmediatamente que había que huir del fuego y, sobre todo, no tratar de convertirse en amos de él.

Sólo algunas especies de moscones y de mariposas siguieron acercándose a las llamas. Pero en su caso era porque se drogaban con la luz.

Los demás aplicaron rigurosamente las consignas. Si un nido o un individuo utilizaba el fuego para la guerra, todos los demás, de todas las especies, pequeños y grandes, se coaligaban inmediatamente para aplastarlo.

Chli-pu-ni volvió a depositar la feromona memoria.

Los Dedos han empleado el arma prohibida, y siguen utilizándola en todo lo que emprenden. La civilización de los Dedos es una civilización del fuego. Por lo tanto debemos destruirla antes de que prendan fuego a todo el bosque.

De la reina se desprende un olor de convicción feroz.

103.683 sigue perpleja. Según la misma Chli-pu-ni, los Dedos constituyen un epifenómeno. Inquilinos temporales de la superficie del suelo. Y, probablemente, inquilinos efímeros. No están en la Tierra sino desde hace tres millones de años y, desde luego, no permanecerán en ella mucho tiempo más.

103.683 se lava las antenas.

Normalmente, las hormigas permiten que las especies se sucedan sobre la corteza terrestre, las dejan vivir y morir sin preocuparse de ellas. Entonces, ¿por qué esta cruzada?

Chli-pu-ni insiste.

Son demasiado peligrosos. No podemos esperar a que desaparezcan por sí mismos.

103.683 observa:

Parece que hay Dedos que viven bajo la Ciudad.

Si Chli-pu-ni pretende acabar con los Dedos, ¿por qué no empieza por éstos?

La reina se sorprende de que la soldado esté informada del secreto. A continuación se justifica. Los Dedos que están debajo no son una amenaza. No conocen la forma de salir de su agujero. Están aprisionados. Basta con dejarlos morir de hambre y el problema se resolverá por sí solo. Tal vez en ese momento no sean otra cosa que cadáveres.

Sería una lástima.

La reina lava sus antenas.

¿Por qué? ¿Te gustan los Dedos? ¿Te permitió tu viaje al confín del mundo comunicarte con ellos?

La soldado se enfrenta.

No. Pero sería una lástima para la zoología, porque ignoramos las costumbres y la morfología de esos animales gigantes. Y sería una lástima para la cruzada porque partiríamos hacia el confín del mundo sin apenas saber cómo son nuestros adversarios.

La reina queda turbada. La soldado aprovecha su ventaja.

¡Y sin embargo, qué ganga! Disponemos de un nido de Dedos a domicilio, a nuestra entera disposición. ¿Por qué, entonces, no lo aprovechamos?

Chli-pu-ni había pensado en ello. 103.683 tiene razón. Es verdad, esos Dedos son prisioneros suyos, en resumidas cuentas, exactamente igual que los ácaros que ella estudia en su sala de zoología. Aprisionados en su concha de avellana, los ácaros son un vivero de lo infinitamente pequeño. Aprisionados en su caverna, los Dedos le ofrecen otro vivero de lo infinitamente grande...

Por un momento la reina siente la tentación de escuchar a la soldado, de gestionar fríamente su «Dedalera», de salvar a los últimos Dedos si todavía viven, e incluso de reanudar eventualmente el diálogo con ellos. En nombre de la ciencia.

¿Y por qué no domesticarlos? ¿Por qué no transformarlos en monturas gigantes? Indudablemente podría conseguirse su sumisión a cambio del alimento.

Pero de pronto ocurre lo imprevisto.

Surgida de no se sabe dónde, una hormiga kamikaze se abalanza sobre Chli-pu-ni e intenta decapitarla. 103.683 reconoce en la regicida a una rebelde del establo de los escarabajos. De un salto, 103.683 abate a la audaz con un golpe de su mandíbula sable antes de que haya conseguido perpetrar su crimen.

La reina ha permanecido impasible.

¡Mira de lo que son capaces los Dedos! Han transformado a las hormigas de olores de roca en fanáticas dispuestas a asesinar a su propia soberana. Ya lo ves, 103.683, no se debe ni hablar con ellos. Los Dedos no son animales como los demás. Son demasiado peligrosos. Incluso sus palabras pueden matarnos.

Chli-pu-ni precisa que está al corriente de la existencia de un movimiento rebelde cuyos miembros siguen conversando con los Dedos que agonizan bajo el suelo. Además, ésa es la forma que ella tiene de estudiarlos. Espías adictas se han infiltrado en el movimiento rebelde y la mantienen informada de cuanto se emite desde la Dedalera. Chli-pu-ni sabe que 103.683 ha entrado en contacto con las rebeldes. En su opinión, es algo bueno. De este modo, la soldado también podrá aportarle su ayuda.

En el suelo, la rebelde regicida reúne sus últimas fuerzas para emitir un último mensaje.

Los Dedos son nuestros dioses.

Y luego, nada más. Ha muerto. La reina husmea el cadáver.

¿Qué significa la palabra «dioses»?

También 103.683 se lo pregunta. La reina recorre arriba y abajo la cámara real, repitiendo y repitiendo una y otra vez que cada día es más urgente matar a los Dedos. Exterminarlos. A Todos. Y cuenta con su experimentada soldado para realizar esa tarea capital.

Muy bien. 103.683 necesita dos días para reunir a sus tropas. Y después, adelante. ¡Abajo todos los Dedos del mundo!

30. Mensaje divino

Aumentad vuestras ofrendas.

Arriesgad vuestra vida, sacrificaos.

Los Dedos son más importantes que la reina o la cresa.

No olvidéis nunca que.

Los Dedos son omnipresentes y omnipotentes.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son dioses. Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son grandes. Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son poderosos.

¡Ésa es la verdad!

El autor de este mensaje deja rápidamente la máquina antes de que los demás le descubran.

31. Segundo golpe

A Caroline Nogard no le gustaban las comidas familiares. Tenía prisa de que aquélla se acabara para poder reanudar tranquilamente su «obra».

A su alrededor, aquella gente gesticulaba, parloteaba, se pasaba los platos, masticaba y discutía sobre problemas que a ella le traían totalmente sin cuidado.

—¡Qué calor! —dijo su madre.

—En la tele, el del tiempo ha anunciado que la canícula no ha hecho más que empezar. Parece que se debe a la polución de finales del siglo veinte —dijo su padre.

—La culpa es del abuelo. En su época, en los años noventa, contaminaron sin ningún freno. Deberían llevar a toda su generación ante los tribunales —dijo audazmente su hermanita.

Sólo eran cuatro a la mesa, pero los otros tres bastaban para agotar a Caroline Nogard.

—Dentro de un rato nos vamos al cine. ¿Quieres venir, Carol? —le propuso su madre.

—¡No, gracias, mamá! Tengo trabajo en casa.

—¿A las ocho de la noche?

—Sí, un trabajo importante.

—Como quieras. Si prefieres quedarte sola para trabajar a unas horas muy poco adecuadas en vez de distraerte con nosotros, estás en tu derecho...

Ya no podía aguantar más su impaciencia hasta que, por fin, cerró la puerta con doble llave tras ellos. Entonces corrió en busca de la maleta, sacó la esfera de cristal llena de granulados y vertió su contenido en una cacerola metálica que puso a calentar en un mechero Bunsen.

De este modo consiguió un puré pardo, del que se desprendió una bola de aire, sustituida sucesivamente por un humo grisáceo y una llama mezclada al principio con el humo, que terminó convirtiéndose en una hermosa llama, clara y pura.

El procedimiento era sin duda algo arcaico, pero en ese estadio no había otro. Examinaba su obra plenamente satisfecha cuando sonó el timbre.

Abrió la puerta y allí había un hombre con barba, muy pelirrojo. Maximilien MacHarious ordenó tumbarse a los dos grandes galgos que llevaba sujetos a unas cadenas plateadas y, antes incluso de saludar, preguntó.

—¿Está preparado?

—Sí, he acabado las últimas operaciones aquí, en casa, pero los tratamientos principales se han hecho en el laboratorio.

—Perfecto. ¿No ha habido problemas?

—Ninguno.

—¿Nadie está al tanto?

—Nadie.

Caroline derramó la sustancia caliente convertida en ocre en una gruesa botella y se la ofreció.

—Yo me ocuparé de todo. Ahora usted puede descansar —dijo.

—Hasta luego.

Con un gesto de connivencia, el hombre desapareció en el ascensor con sus dos galgos.

Sola de nuevo, Caroline Nogard se sintió aliviada de un gran peso. Ahora ya nada podría detenerlos, pensó. Tendrían éxito en aquel experimento en el que tantos otros habían fracasado.

Se sirvió una cerveza fresca que bebió saboreándola lentamente. Luego se quitó su blusa de trabajo para ponerse una bata rosa. En una de las mangas descubrió un minúsculo desgarrón de forma cuadrada. Zurcirlo no le llevaría mucho tiempo. Cogió hilo y aguja y se instaló delante de su televisor.

Era la hora de *Trampa para pensar*. Caroline Nogard conectó el aparato.

Televisión.

La señora Ramírez seguía allí, con su aspecto de francesa media y su timidez tan auténtica cuando anunciaba sus soluciones o los procesos de lógica que le habían guiado hasta ellas.

En cuanto al presentador, seguía haciendo su número habitual.

—¿Cómo? ¿Que no ha encontrado la solución? Mire bien el encerado y diga a las telespectadoras y a los telespectadores a qué le recuerda esta serie de cifras.

—Bueno, ya sabe, el problema es realmente singular. Se trata de una progresión triangular que parte de la unidad simple para dirigirse hacia algo mucho más complejo.

—¡Bravo, señora Ramírez! ¡Siga por ese camino y encontrará la solución!

—En primer lugar tenemos la cifra «uno». Se diría..., se diría casi que...

—¡Las telespectadoras y los telespectadores le escuchan, señora Ramírez! Y el público la animará.

Nutridos aplausos.

—¡Vamos, señora Ramírez! ¿Se diría casi que...?

—Que se trata de un texto sagrado. El uno se divide para dar dos cifras, que a su vez dan cuatro cifras... Es un poco como...

—¿Es un poco como...?

—Como el preludio de un nacimiento. El huevo original se divide primero en dos, luego en cuatro, y después sigue haciéndose más complejo. Intuitivamente, este cuadro me hace pensar en un nacimiento, en un ser que primero aparece y luego se desarrolla. Resulta bastante metafísico.

—Exacto, señora Ramírez, exacto. ¡Qué soberbio enigma le hemos ofrecido a

usted! Digno de su perspicacia y de las ovaciones del público.

Aplausos.

El animador alimentó el suspenso.

—¿Y qué ley rige esa progresión? ¿Cuál es la mecánica de ese nacimiento, señora Ramírez?

Rostro chasqueado de la candidata.

—No la encuentro... Utilizaré mi comodín.

Un murmullo de decepción recorrió la sala. Era la primera vez que la señora Ramírez fallaba.

—¿Está usted segura, señora Ramírez, de que quiere gastar uno de sus comodines?

—¡Qué remedio me queda!

—¡Qué lástima, señora Ramírez! Después de un recorrido tan hermoso y sin ningún fallo...

—Este enigma es bastante especial. Merece la pena que nos detengamos en él. Comodín, y así me ayuda usted.

—Muy bien. Nosotros le habíamos dado una primera frase «Cuanto más inteligente es uno, menos posibilidades hay de hallar la solución.» La segunda frase es: «Hay que olvidar todo lo que se sabe.»

Aire chasqueado de la candidata.

—¿Y eso qué significa?

—Es usted quien debe descubrirlo, señora Ramírez. Para ayudarla, le diré que, como en un psicoanálisis, tiene que dar media vuelta dentro de su cabeza. Simplifique. Sustituya por el vacío los mecanismos de lógica y de reflexión preconcebidos.

—No resulta fácil. ¡Me está pidiendo que elimine la reflexión mediante la reflexión!

—¡Ah! Por eso nuestro programa se llama «*Trampa para...*

—... *pensar*» —terminó la sala a coro.

Los espectadores se aplaudieron a sí mismos.

La señora Ramírez, con el ceño fruncido, suspiró. El presentador hizo un gesto de socorro.

—Con su comodín tiene además derecho a una línea suplementaria en el cuadro.

Cogió el rotulador y anotó:

1

11

21

1211

111221

312211

Y luego añadió:

13112221

Primer plano del rostro consternado de la señora Ramírez. Sus ojos parpadearon. Masculló varios «uno», «dos», «tres», como si se tratara de la receta de un pastel de ciruelas. Ante todo, respetar bien las proporciones de los «tres». Y, en cambio, no escatimar con los «uno».

—Vamos, señora Ramírez. ¿Van mejor las cosas?

Muy concentrada, la señora Ramírez no respondió y refunfuñó un «hummm» que significaba: «estoy segura de que esta vez voy a resolverlo».

El presentador respetó su meditación.

—Espero que también ustedes, queridas telespectadoras y telespectadores, hayan anotado cuidadosamente nuestra nueva línea. Hasta mañana, entonces, si así lo desean.

Aplausos. Títulos de cierre. Tambores, trompetas y gritos diversos.

Caroline Nogard apagó el aparato. Le parecía percibir un leve ruido. Acabó su costura. Había quedado perfecto, no se veía la menor huella de aquel maldito agujero. Colocó en su sitio el hilo y las tijeras. De nuevo oyó un ruido de papel arrugado.

Procedía del cuarto de baño. No podía ser un ratón. No habría producido aquel tipo de sonido corriendo por las baldosas. Entonces, ¿uno o varios ladrones? ¿Qué podían estar haciendo en el cuarto de baño?

Por si acaso, fue a buscar en la cómoda el pequeño revólver de calibre 6 que su padre había escondido allí en previsión de circunstancias semejantes. Para sorprender mejor al intruso o intrusos, volvió a conectar la televisión, aumentó el volumen del sonido y se dirigió a paso de lobo hacia el cuarto de baño.

Un grupo de *rap* berreaba su rebeldía.

«Vuestras casas, vuestras tiendas, todo, todo, todo arderá, todo, todo...»

Caroline Nogard se pegó a la puerta, apretando con fuerza el revólver con las dos manos, como había visto hacer en los telefilmes americanos. La abrió de golpe.

Allí no había nadie y, sin embargo, el ruido continuaba dejándose oír, resonando cada vez con más fuerza detrás de la cortina de la ducha. La recorrió de un gesto seco.

Primero avanzó, para comprender mejor el fenómeno. Luego, espantada, gritó y vació en vano todas las balas de su cargador. Retrocedió, jadeante, y de una patada volvió a cerrar la puerta. Por suerte, la llave estaba en el lado bueno. Cerró con doble vuelta y se puso a esperar, al borde de un ataque de histeria.

¡«Aquello» no se atrevía a traspasar la puerta!

Pero «aquello» la traspasaba. E incluso la perseguía.

Empezó a gemir, corrió, cogió objetos que iba arrojando tras de sí. Dio patadas y puñetazos. Pero ¿qué podía hacer ella contra semejante adversario?

32. Motivos de perplejidad

Está lavándose la cabeza con el peine de su tibia.

103.683 no sabe realmente dónde está.

Tiene miedo a los Dedos y... tiene por misión matarlos a todos. Empezaba a creer en la causa rebelde y... ahora tiene que traicionarla. Llegó al confín del mundo con veinte exploradoras y..., ahora que le ofrecen ochenta mil, considera esa cifra perfectamente ridícula.

Pero lo que le preocupa por encima de todo es el movimiento rebelde en sí mismo. Había pensado unirse a aquellas aventureras reflexivas y resulta que se encuentra enfrentada a unas locas, siempre dispuestas a soltar esa palabra que no quiere decir nada «dioses». Incluso resulta raro el comportamiento de la reina. Habla demasiado para una hormiga. Es anormal. Quiere matar a todos los Dedos pero no está dispuesta a hacerles nada a los que viven bajo su propia ciudad. Pretende que el futuro estriba en el estudio de las especies extranjeras y se niega a aprovechar su Dedalera para realizar experiencias sobre la más exótica y desconcertante de ellas.

Chli-pu-ni no se lo ha dicho todo. Y tampoco las rebeldes. O desconfían de ella o tratan de manipularla. Se siente juguete de la reina, de las rebeldes, incluso de ambas a la vez.

De pronto se le aparece una evidencia: en ningún hormiguero del planeta se ha producido nunca nada semejante. Se diría que Bel-o-kan, y todo el mundo, ha perdido el sentido común. Los individuos tienen pensamientos singulares, experimentan estados de ánimo, en resumen, son menos hormigas que antes. Están imitando. Las rebeldes son imitantes.

Chli-pu-ni es una mutante. En cuanto a la propia 103.683, decidida como está a pensarse como entidad independiente a partir de ahora, tampoco se siente una hormiga muy normal. ¿Qué va a ocurrir en Bel-o-kan?

Incapaz de responder a esta pregunta, quiere comprender ante todo los motivos que empujan a esas rebeldes de expresiones descabelladas.

¿Qué es eso de «dioses»?

103.683 se dirige hacia el establo de los escarabajos rinoceronte.

33. Enciclopedia

CULTO A LOS MUERTOS: El primer elemento que define a una civilización pensante es el «culto a los muertos».

Cuando los hombres tiraban sus cadáveres junto con sus inmundicias, no eran más que animales. El día en que empezaron a enterrarlos o a quemarlos, se produjo algo irreversible. Cuidar a sus muertos es concebir la existencia de un más allá, de un mundo virtual que se superponía al mundo visible. Cuidar a sus muertos es considerar la vida como un simple paso entre dos dimensiones. Todos los comportamientos religiosos derivan de ahí.

El primer culto a los muertos se ha descubierto en el paleolítico medio, hace setenta mil años. En esa época, algunas tribus de hombres empezaron a sepultar sus cadáveres en fosas de 1,40 m x 1 m x 0,30 m.

Los miembros de la tribu depositaban al lado del difunto platos con viandas, objetos de sílex y los cráneos de los animales que el muerto había cazado. Parece que esos funerales iban acompañados de una comida realizada en común por el conjunto de la tribu.

Entre las hormigas, sobre todo en Indonesia, se han descubierto algunas especies que siguen alimentando a su reina difunta durante varios días después de la muerte. Ese comportamiento resulta sorprendente sobre todo porque los olores de ácido oleico que libera la muerta les ha señalado obligatoriamente su estado.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

34. El hombre invisible

El comisario Jacques Méliés estaba arrodillado ante el cadáver de Caroline Nogard. En la cara de ojos convulsos, el mismo rictus de terror, la misma máscara de sorpresa atemorizada.

Se volvió hacia el inspector Cahuzacq.

—Evidentemente no hay huellas, ¿verdad?

—No las hay, por desgracia. Todo vuelve a empezar: no hay heridas, no hay arma, no hay violencia, no hay indicios. ¡El mismo desconcierto!

El comisario sacó sus chicles.

—Y la puerta estaba bien cerrada, ¿verdad? —dijo Méliés.

—Tres cerraduras cerradas, dos abiertas. Parece como si, en el momento de morir, la mujer hubiera intentado accionar uno de los cerrojos de su puerta blindada.

—Queda por saber si lo hacía para abrir o para cerrar —masculló Méliés. Se inclinó para examinar la posición de las manos—. ¡Para abrir! —exclamó—. El asesino estaba dentro y ella trataba de huir... ¿Has sido tú el primero en llegar, Émile?

—Como siempre.

—¿Y había moscas?

—¿Moscas?

—Sí, moscas. ¡Drosófilas, si lo prefieres!

—Eso ya te preocupaba en casa de los Salta. ¿Por qué te interesa tanto?

—¡Las moscas son muy importantes! Excelentes informadoras para un detective. Uno de mis profesores pretendía resolver todos los casos basándose únicamente en el examen de las moscas.

El inspector hizo una mueca de escepticismo. ¡Otro de esos trucos de tres al cuarto que enseñan en las nuevas escuelas de Policía! Cahuzacq seguía confiando en los viejos métodos, pero de cualquier modo se dignó contestar.

—Bueno, me he acordado del caso de los Salta y he mirado. Las ventanas esta vez han permanecido cerradas, y si había moscas tienen que andar por aquí. Pero, ¿por qué orientas la investigación así?

—Las moscas son capitales. Si las hay, es que existe algún pasaje en alguna parte. Si no las hay, es que el piso está herméticamente cerrado.

A fuerza de fisgar con los ojos por todas partes, el comisario terminó por descubrir una mosca en una esquina del techo blanco.

—¡Mira eso, Émile! ¿No la ves allá arriba?

Como si le molestara que la observasen, la mosca voló.

—¡Nos está indicando su pasillo aéreo! Observa, Émile. Ahí, por ese pequeño intersticio que hay encima de la ventana, es por donde ha debido entrar.

La mosca siguió revoloteando un momento y luego aterrizó en un sillón.

—Desde aquí puedo asegurarte que es una mosca verde. Es decir, una mosca de la duodécima cohorte.

Pero ¿qué era toda aquella jerga? Méliés lo explicó.

—Cuando un ser humano muere, las moscas acuden. Pero no cualquier mosca ni a cualquier momento. La coreografía es inmutable. Por regla general desembarcan primero las moscas azules (*calliphora*), las moscas de la primera cohorte. Se presentan durante los cinco primeros minutos que siguen a la defunción. Les gusta la sangre caliente. Si el terreno les parece propicio, ponen sus huevos en la carne, y luego se van cuando el cadáver empieza a oler mucho. Inmediatamente son remplazadas por la segunda cohorte, la de las moscas verdes (*muscina*), que prefieren la carne ligeramente manida. La prueban, ponen sus huevos y dejan sitio a las moscas grises (*sarcophaga*), las de la tercera cohorte, que toman la carne más fermentada. Por último llegan las moscas del camembert (*piophila*) y las moscas del tocino (*ophira*). De este modo, sobre nuestros despojos se suceden cinco escuadras de moscas. Cada una de ellas se contenta con su parte y deja intacta la de las demás.

—No somos nada —suspiró el inspector, algo asqueado.

—Depende para quién. Un solo cadáver basta para que varios centenares de moscas se den un banquete.

—Muy bien. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con nuestra investigación?

Jacques Méliés sacó su lupa luminosa y examinó las orejas de Caroline Nogard.

—En el interior del pabellón hay sangre y huevos de moscas verdes. Muy interesante. Normalmente, habríamos tenido que encontrar también larvas de moscas azules. Por lo tanto, la primera cohorte no ha pasado. ¡Buena información!

El inspector empezaba a comprender las formidables informaciones que aportaba la observación de las moscas.

—¿Y por qué no han acudido?

—Porque algo, alguien, probablemente el asesino, ha debido permanecer junto al cadáver cinco minutos después de la muerte. Las moscas azules no se han atrevido a acercarse. Luego, el cuerpo ha empezado a fermentar y ya no les interesaba. Las verdes se han presentado entonces. Y a ellas no les ha molestado nadie. Por lo tanto, el asesino se ha quedado cinco minutos, no más, y luego se ha ido.

Tanta lógica impresionó a Émile Cahuzacq. En cuanto a Méliés no parecía realmente satisfecho. Se preguntaba por las causas que habían impedido acercarse a las moscas azules.

—Se diría que tenemos que habérmolas con el Hombre invisible...

Se interrumpió. Como Méliés, había oído un ruido en el cuarto de baño.

Corrieron hacia allí. Tiraron de las cortinas de la ducha. Nada.

—Sí, realmente se diría que se trata del Hombre invisible, tengo la impresión de

que está aquí.

Se echó a temblar.

Méliés masticaba pensativo su chicle.

—En cualquier caso, es capaz de entrar y salir sin abrir las puertas o las ventanas. No sólo es invisible, sino que atraviesa las paredes. —Se volvió hacia la víctima vitrificada con el rostro tetanizado por el terror—. ¡Y es un espantajo! ¿A qué se dedicaba la tal Caroline Nogard? ¿Tienes algo en tu informe?

Cahuzacq miró algunos papeles en la carpeta que llevaba escrito el nombre de la difunta.

—Ni un amigo. Ni líos. No tenía enemigos que la odiaran hasta el punto de matarla. Trabajaba como química.

—¿También ella? —Dijo sorprendido Méliés—. ¿Dónde?

—En la CQG.

Ambos se miraron, pasmados. La CQG, la Compañía de Química General: ¡la empresa en que había trabajado Sébastien Salta!

Por fin tenían un denominador común que no podía ser simple fruto del azar. Por fin una pista.

35. Dios es un olor particular

Andan por allí.

La soldado reconoce los olores que le permiten volver a encontrar la sala clandestina de las rebeldes.

Necesito una explicación.

Un grupo de rebeldes rodea a 103.683. Podrían matarla fácilmente, pero no la atacan.

¿Qué es eso de «dioses»?

Una vez más, la coja se convierte en portavoz.

Admite que no le han dicho todo a la soldado pero subraya que el mero hecho de haberle revelado la existencia del movimiento rebelde pro-Dedos constituye ya una enorme muestra de confianza. Una organización clandestina, acosada por todas las guardianas de la Manada, no suele confiarse muy deprisa al primero que llega.

La coja intenta enarbolar una posición de antenas para expresar franqueza.

Explica que en Bel-o-kan ocurre actualmente algo esencial para la Ciudad, para todas las ciudades, incluso para la especie entera. El éxito o el fracaso del movimiento rebelde puede hacer perder o ganar milenios de evolución a todas las hormigas del mundo. En tales condiciones, una vida carece de importancia. Es necesario el sacrificio de cada una, así como el respeto más absoluto del secreto. La coja admite además que, en esta partida, la 103.683 constituye una pieza clave. Lamenta no haberle confiado todo. Y va a reparar ese olvido.

Las dos hormigas se reúnen solemnemente en el centro de la sala para entregarse a la ceremonia de CA, la Comunicación Absoluta. Gracias a la CA, una hormiga ve, siente y comprende instantáneamente todo lo que encierra la mente de su interlocutora. El relato no sólo se emite y se recibe, sino que es vivido en común por las dos hormigas.

103.683 y la coja adhieren sus segmentos antenarios unos contra otros. Es como si once bocas y once orejas entraran en contacto directo. Sólo hay un insecto con dos cabezas.

La coja vierte en 103.683 su historia.

Cuando el gran incendio asoló, el año anterior, Bel-o-kan y mató a la reina Belokiu-kiuni, las hormigas de olores de roca perdieron su razón de ser. Tuvieron que afrontar las grandes batidas lanzadas por Chli-pu-ni, la nueva soberana. Las hormigas de olores de roca se convirtieron entonces en rebeldes y se escondieron en aquella madriguera. Luego volvieron a abrir el pasadizo del techo de granito, alimentaron a los Dedos sisando el alimento y, sobre todo, siguieron dialogando con el representante de los Dedos, el doctor Livingstone.

Al principio todo funcionaba perfectamente. El doctor Livingstone emitía

mensajes simples: «Tenemos hambre», «¿Por qué se niega a hablarnos la reina?» Los Dedos estaban informados de las actividades de las rebeldes y les aconsejaban en sus operaciones de comando que tenían por meta robar alimento del modo más discreto posible. ¡Los Dedos necesitan cantidades extravagantes de alimento y no siempre resulta fácil suministrárselo sin hacerse notar!

Todo aquello entraba dentro de lo normal. Pero cierto día los Dedos emitieron un mensaje de cariz completamente distinto. Su alocución de perfume extraño aseguraba que las hormigas habían subestimado a los Dedos, que los Dedos se habían callado hasta entonces pero que realmente ellos eran los dioses de las hormigas.

«¿Dioses?» ¿Qué significa esa palabra?, preguntamos nosotras.

Los Dedos nos explicaron lo que son los dioses. Según ellos, son los animales constructores del mundo. Todos los demás estamos en su «juego».

Una tercera hormiga viene a perturbar la CA. Con pasión, dice.

Los dioses han inventado todo, son omnipotentes, son omnipresentes. Nos vigilan constantemente. Esta realidad que nos rodea no es más que una puesta en escena imaginada por los dioses para ponernos mejor a prueba.

Cuando llueve, es porque los dioses vierten agua.

Cuando hace calor, es porque los dioses aumentan la fuerza del sol.

Cuando hace frío, es porque ellos la bajan.

Los Dedos son los dioses.

La coja traduce el sorprendente mensaje. Nada existiría en este mundo sin los dioses Dedos. Las hormigas son sus criaturas. Las hormigas no hacen otra cosa que debatirse en un mundo artificial, imaginado por los Dedos por simple diversión.

Eso fue lo que dijo aquel día el doctor Livingstone.

103.683 se queda perpleja. En tales condiciones, ¿por qué se mueren de hambre los Dedos bajo el suelo de la Ciudad? ¿Por qué están prisioneros bajo tierra? ¿Por qué permiten que una hormiga intente lanzar una cruzada contra ellos?

La coja reconoce que las afirmaciones del doctor Livingstone contienen algunas lagunas. Pero, a cambio, su principal ventaja consiste en que explican las razones de la existencia de las hormigas y por qué el mundo es como es.

¿De dónde venimos, quiénes somos, a dónde vamos? El concepto de «dioses» responde por fin a esas preguntas.

Sea como fuere, la semilla estaba sembrada. Ese primer discurso «deísta» había maravillado a un puñado de rebeldes y perturbado a muchas otras. Las declaraciones siguientes fueron normales y no hablaban ya de «dioses».

No se pensaba ya en ello cuando, pocos días más tarde, la sensacional palabra «deísta» resonó con fuerza en las antenas del doctor Livingstone. Evocaba de nuevo un universo controlado por los Dedos, afirmaba que no había azar, que todo lo que pasaba en este mundo era anotado y consignado. Que serían castigados quienes no

respetaran a los «dioses» o no los alimentaran.

103.683 tiene las antenas pasmadas de sorpresa. Su imaginación, desenfrenada según la norma hormiguera, nunca habría podido concebir una idea tan fantástica como la de unos animales gigantes controlando el mundo y vigilando uno por uno a todos los habitantes. Piensa que a los Dedos debe sobrarles el tiempo para perderlo de esa manera.

Sin embargo, escucha la continuación del relato de la coja.

Pronto comprendieron las rebeldes que el doctor Livingstone mantenía dos discursos de espíritu diametralmente distinto. Por eso, cuando hablaba de dioses, se avisaba a las hormigas deístas y las demás se retiraban. Cuando evocaba temas «normales», las deístas se iban. Hasta el punto de que poco a poco fue apareciendo en el seno de la comunidad rebelde pro-Dedos una escisión. Las había deístas, las había no-deístas, pero entre ellas no surgió la discordia. A pesar de que las segundas estimaban que las primeras habían desarrollado un comportamiento completamente irracional y ajeno a la cultura de las hormigas.

103.683 se desconecta. Se limpia las antenas e interroga al foro de las rebeldes.

¿Cuáles de vosotras son deístas?

Una hormiga se adelanta.

Me llamo 23 y creo en la existencia de los dioses todopoderosos.

La coja le dice aparte que las deístas contestan con todo tipo de frases hechas, incluso aunque no conozcan a menudo su sentido. Pero esto último ni siquiera parece molestarlas, al contrario. Cuanto más incomprensibles son las palabras, más les gusta repetir las.

Por su parte, 103.683 no comprende cómo el doctor Livingstone puede poseer dos personalidades completamente distintas a la vez.

Ése es, quizás, el gran misterio de los Dedos, responde la coja. Su dualidad. En su caso, lo simple se mezcla a lo complejo, las feromonas cotidianas a mensajes abstractos.

Y añade que, por el momento, las deístas son minoritarias, pero que su partido no cesa de aumentar.

Una joven hormiga acude blandiendo el capullo de mariposa que la soldado había enterrado a la entrada del establo.

¿Es tuyo, verdad?

103.683 asiente y, tendiendo sus antenas hacia la nueva, le pregunta.

¿Y tú, qué eres? ¿Deísta o no deísta?

La joven hormiga inclina tímidamente la cabeza. Sabe que se dirige a ella una soldado célebre y experimentada. Mide el carácter de gravedad de lo que va a responder. Sin embargo, las palabras brotan de golpe del más profundo de sus tres cerebros.

Me llamo 24. Creo en la existencia de los dioses todopoderosos.

36. Enciclopedia

PENSAMIENTO: El pensamiento humano lo puede todo.

En los años 50, un buque mercante inglés que transportaba botellas de vino de Madeira procedente de Portugal atraca en un puerto escocés para desembarcar su cargamento. Un marino entra en la cámara frigorífica para comprobar si todo está bien. Ignorando su presencia, otro marino cierra la puerta desde fuera.

El prisionero golpea con todas sus fuerzas los tabiques, pero nadie le oye y el navío vuelve a zarpar con destino a Portugal.

El hombre descubre alimento suficiente pero sabe que no podrá sobrevivir mucho tiempo en aquel lugar refrigerado. Encuentra, sin embargo, energía para coger un trozo de metal y grabar en las paredes, hora tras hora, y día tras día, el relato de su calvario. Cuenta con precisión científica su agonía. Cómo el frío le va embotando y helando su nariz y los dedos de manos y pies, que se vuelven quebradizos como cristal. Describe la forma en que la mordedura del aire se convierte en quemadura intolerable. Cómo poco a poco su cuerpo entero va petrificándose en un bloque de hielo.

Cuando el barco echa el ancla en Lisboa, el capitán que abre el contenedor descubre al marinero muerto. En las paredes lee el diario minucioso de sus horribles sufrimientos.

Sin embargo, lo más sorprendente no estaba ahí. El capitán mira la temperatura del interior del contenedor. El termómetro indica 10° centígrados. Dado que el lugar ya no contenía mercancías, el sistema de refrigeración no se había activado durante el viaje de regreso. El hombre había muerto únicamente porque creía tener frío. Había sido víctima únicamente de su propia imaginación.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

37. Misión Mercurio

Quisiera ver al doctor Livingstone.

El deseo de 103.683 no puede ser atendido. Con sus antenas, el conjunto de las rebeldes la escrutan con insistencia.

Nosotras te necesitamos para otra cosa.

La coja se lo explica. La víspera, mientras la soldado se hallaba con la reina, un grupo de rebeldes había bajado por el pasadizo bajo el techo de granito. Encontraron al doctor Livingstone y le anunciaron la cruzada contra los Dedos.

¿Con el doctor Livingstone de la palabra deísta o con el de la palabra no deísta?, pregunta 103.683.

No. Con el no deísta, razonable y concreto, que hablaba de cosas sencillas y directas, al alcance de todas las antenas. En cualquier caso, el doctor Livingstone y los Dedos que a través suyo se expresan no enloquecieron al saber que iba a partir al confín del mundo una misión para exterminar a todos los Dedos. Al contrario, lo recibieron como una buena noticia e incluso dijeron que se trataba de una ocasión única que no debían desaprovechar.

Los Dedos reflexionaron durante largo tiempo. Luego el doctor Livingstone transmitió sus instrucciones, órdenes para una misión propia, que denominaron «misión Mercurio». Estaría directamente relacionada con la cruzada hacia el Oriente, hasta el punto de confundirse con ella.

Como eres tú la que va a guiar las tropas de Bel-o-kan, también tú serás la más indicada para llevar a buen término esa misión Mercurio.

103.683 toma nota de su nueva tarea.

¡Cuidado! Mide bien la importancia de lo que necesitas para triunfar. La misión Mercurio puede cambiar la faz del mundo.

38. Debajo

—¿Crees que podrá llevar a buen término la misión Mercurio?

Augusta Wells había terminado de exponer su plan a las hormigas. La anciana pasó sobre su frente una mano deformada por los reumatismos y suspiró:

—¡Dios mío! ¡Ojalá que esa hormiguita roja lo consiga!

Todos miraban a la anciana en silencio. Algunos sonreían. Estaban obligados a confiar en aquellas hormigas rebeldes. No tenían elección. No conocían el nombre de la hormiga encargada de la misión Mercurio, pero todos rogaron por que no se dejase matar.

Augusta Wells cerró los ojos. Hacía ya un año que estaban allí, a varios metros bajo tierra. Por centenaria que fuese, se acordaba de todo.

En primer lugar estaba su hijo Edmond, quien tras la muerte de su mujer había ido a instalarse en el número 3 de la calle de los Sybarites, a dos pasos del bosque de Fontainebleau. Cuando, años más tarde, murió, había dejado a su heredero, su sobrino Jonathan, una carta. Una carta extrañísima, con la siguiente recomendación por única frase: «No bajar nunca a la bodega.»

Con la perspectiva del tiempo, Augusta Wells podía casi asegurar que aquella frase había sido la más eficaz de las incitaciones. Después de todo, Parmentier había asegurado la promoción de sus patatas que nadie quería plantándolas en un campo cercado, rodeado de carteles: «Prohibido terminantemente entrar.» Desde la primera noche los ladrones birlaron los preciosos tubérculos y, un siglo más tarde, las patatas fritas se habían convertido en un elemento clave de la alimentación mundial.

Así pues, Jonathan Wells había bajado a la bodega prohibida. No había vuelto a subir. Su mujer Lucie se aventuró en su búsqueda. Luego su hijo Nicolás. A continuación, unos bomberos a las órdenes del inspector Gérard Galin. Más tarde, unos policías dirigidos por el comisario Alain Bilsheim. Finalmente la propia Augusta Wells, acompañada por Jasón Bragel y por el profesor Daniel Rosenfeld.

En total, dieciocho personas habían descendido por la interminable escalera de caracol. Todas se habían enfrentado a las ratas, resuelto el enigma de las seis cerillas que forman cuatro triángulos. Habían pasado por el embudo que comprime el cuerpo como para un nacimiento. Habían vuelto a subir, habían caído en la trampa. Habían superado sus fobias infantiles y las trampas de su inconsciente, el agotamiento, la visión de la muerte.

Al final de su larga marcha, habían descubierto el templo subterráneo, construido durante el Renacimiento debajo de una ancha losa de granito, rematada a su vez por un hormiguero. Jonathan les había mostrado el laboratorio secreto de Edmond Wells. Les había puesto ante los ojos las pruebas del genio de su viejo tío, en particular su máquina bautizada con el nombre de «Piedra Rosetta», que permitía comprender el

lenguaje olfativo de las hormigas y su habla. De la máquina salía un tubo unido a una sonda, una hormiga de plástico para más exactitud, que servía a la vez de micrófono y de altavoz. Este aparato era su embajador ante el pueblo de las hormigas, el doctor Livingstone.

A través de esa máquina Edmond Wells había dialogado con la reina Belo-kiu-kiuni. No habían tenido tiempo de intercambiar muchas frases, pero sí las suficientes para medir hasta qué punto eran todavía incapaces de encontrarse sus dos grandes civilizaciones paralelas.

Jonathan había recogido la antorcha abandonada por su tío y arrastró a todo el grupo hacia su pasión. Le gustaba decir que eran como cosmonautas en una cápsula espacial esforzándose en comunicarse con los extraterrestres. Afirmaba: «Estamos haciendo lo que podría terminar siendo la experiencia más fascinante de nuestra generación. Si no conseguimos dialogar con las hormigas, tampoco llegaremos a hacerlo con otras formas de inteligencia, terrestres o extraterrestres.»

Sin duda tenía razón. Pero ¿de qué sirve tener razón demasiado pronto? Su comunidad utopista no siguió siendo perfecta mucho tiempo. Se consagraron a los problemas más sutiles, se vieron detenidos por los problemas más triviales.

Un bombero apostrofó un día a Jonathan:

—Tal vez seamos como cosmonautas en su cápsula, pero ellos ya se las habrían arreglado para llevar un número igual de hombres y de mujeres. Mientras que, nosotros, somos quince hombres en la flor de la edad y sólo hay una mujer. ¡No nos vengas con cuentos chinos!

La respuesta de Jonathan Wells estalló.

—¡También entre las hormigas sólo hay una hembra por cada quince machos!

Prefirieron echarse a reír.

No sabían demasiado bien lo que pasaba allí arriba, en el hormiguero, salvo que la reina Belo-kiu-kiuni había muerto y que la sucesora no quería oír hablar de ellos. Había llegado incluso a cortarles los víveres.

Privados de diálogo y de alimentación, su experimento se había convertido en un infierno. Dieciocho personas hambrientas confinadas en un subterráneo: la situación no era fácil de sobrellevar.

Fue el comisario Alain Bilsheim el primero que, cierta mañana, encontró vacía la «caja de las ofrendas». Se lanzaron entonces sobre las reservas, esencialmente los champiñones que habían aprendido a cultivar allí, bajo tierra. Al menos no carecían de agua fresca gracias al manantial subterráneo, ni de aire, gracias a las chimeneas de aireación.

¡Pero menudo ayuno, aire, agua y champiñones!

Un policía acabó por explotar. Carne, exigía carne roja.

Sugirió echar a suertes quiénes servirían de carne fresca a los demás. ¡Y no

bromeaba!

Augusta Wells lo recordaba como si la penosa escena hubiera ocurrido el día anterior.

—¡Quiero comer! —vociferaba el policía.

—No queda nada.

—¡Sí! ¡Nosotros! Somos comestibles los unos para los otros. Cierta número de individuos elegidos al azar deben sacrificarse para que los otros sobrevivan.

Jonathan Wells se había levantado.

—No somos bestias. Sólo los animales se comen entre sí. Nosotros somos hombres, ¡hombres!

—Nadie te obliga a convertirte en caníbal, Jonathan. Respetaremos tus opiniones. Pero, si te niegas a comer hombres, al menos puedes servirles de alimento.

En ese momento el policía hizo un gesto de connivencia a otro de sus colegas. Juntos agarraron a Jonathan y trataron de golpearle. Consiguió soltarse, a fuerza de puñetazos. Nicolás Wells se metió en la pelea.

La escaramuza cobró amplitud. Adversarios y partidarios del canibalismo eligieron su campo. Algunos golpes fueron dados con la voluntad de matar. Los partidarios de la carne humana se habían apoderado de cascos de botella, cuchillos y palos para lograr mejor sus fines. Incluso Augusta, Lucie y el pequeño Nicolás se habían enfurecido, y arañaban, soltaban patadas y daban puñetazos. En cierto momento, la abuela mordió un antebrazo que pasaba al alcance de su boca, pero su dentadura postiza se rompió. El músculo humano es, a pesar de todo, sólido.

Aislados a varios metros bajo tierra, luchaban con la rabia de animales acorralados. Encerrad dieciocho gatos en una jaula de un metro cuadrado durante un mes y tal vez obtengáis un cálculo de la ferocidad de la pelea a la que aquel día se entregó el grupo utopista que había pensado en hacer evolucionar la Humanidad.

Sin policías ni testigos, se abandonaron a sus instintos.

Hubo un muerto. Un bombero víctima de una cuchillada. Los demás, aterrados, interrumpieron en el acto el combate y contemplaron el desastre. Nadie pensó en comerse al difunto.

Los ánimos se calmaron. El profesor Daniel Rosenfeld puso término al debate:

—¡Qué bajo hemos caído! El hombre de las cavernas sigue agazapado en nosotros y no hay que rascar demasiado en nuestra capa de cortesía para verlo resurgir. Cinco mil años de civilización no pesan mucho. —Suspiró—. ¡Cómo se burlarían de nosotros las hormigas si ahora nos viesan matarnos por el alimento!

—Pero... —empezó a decir un policía.

—¡Cállate, larva humana! —Gritó el profesor—. Ningún insecto social, ni siquiera una cucaracha, se atrevería a comportarse como acabamos de hacerlo nosotros. Y nos creemos las joyas de la creación, dejadme que me ría. Este grupo

encargado de prefigurar el hombre del futuro se comporta como una horda de ratas. Miraos, ved lo que habéis hecho con vuestra humanidad.

Nadie respondió. Los ojos se dirigieron de nuevo hacia el cadáver del bombero. Sin que nadie dijera una palabra, todos se afanaron en cavarle una tumba en una esquina del templo. Lo enterraron salmodiando una breve plegaria. Sólo la violencia extrema había podido detener la violencia a secas. Olvidaron las exigencias de sus estómagos, lamieron sus heridas.

—No tengo nada contra una buena lección de filosofía, pero me gustaría saber de todos modos cómo vamos a arreglárnoslas para sobrevivir —dijo entonces el inspector Gérard Galin.

La idea de comerse unos a otros era, desde luego, degradante, pero ¿qué había que hacer para sobrevivir? Sugirió.

—¿Y si nos suicidáramos todos al mismo tiempo? Así escaparíamos a los sufrimientos y a las humillaciones que nos impone esta nueva reina, Chli-pu-ni.

La proposición no suscitó excesivo entusiasmo, Galin gritó.

—Pero, maldita sea, ¿por qué se portan tan mal las hormigas con nosotros? Somos los únicos humanos que se dignan hablarles, y además en su lenguaje, y ya veis cómo nos lo agradecen. ¡Dejándonos morir de hambre!

—No hay por qué asombrarse —dijo el profesor Rosenfeld—. En el Líbano, en la época de la toma de rehenes, los secuestradores mataban preferentemente a los que hablaban árabe. Tenían miedo de que les entendieran. Tal vez también tema esta Chli-pu-ni que la entiendan.

—¡Tenemos que encontrar como sea un medio para arreglarlo sin devorarnos entre nosotros y sin suicidarnos! —exclamó Jonathan.

Se callaron y reflexionaron con toda la amplitud de espíritu que les permitían sus ávidos estómagos. Luego intervino Jasón Bragel Creo que sé la forma... Augusta Wells recuerda y sonrío. Jasón sabía la forma.

Segundo arcano



Los dioses subterráneos

39. Preparativos

¿Sabes lo que hay que hacer?

La hormiga no responde.

¿Sabes lo que hay que hacer para matar a un Dedo?, precisa la interesada.

Ni la menor idea.

En la Ciudad, hay grupos de soldados por todas partes preparándose para la gran cruzada contra los Dedos. Las de infantería afilan sus mandíbulas. Las artilleras se atiborran de ácido.

Las de infantería rápida, que pueden considerarse la caballería, se cortan los pelos de las patas para ofrecer menor resistencia al aire cuando se abalancen para sembrar la muerte y la desolación.

Todas ellas no hablan de otra cosa que de los Dedos, del confín del mundo y de las nuevas técnicas de combate que deberán permitirles aniquilar a aquellos monstruos.

El acontecimiento se prevé como una caza peligrosa pero muy estimulante.

Una artillera se atiborra de ácido ardiente al 60 %. El veneno está tan concentrado que el extremo de su abdomen hecha humo.

¡A los Dedos sí que les vamos a hacer echar humo!, afirma.

Mientras se limpia las antenas, una vieja soldado que dice haber peleado con una serpiente da su opinión.

Después de todo, los Dedos no serán tan feroces como se dice.

De hecho, nadie sabe muy bien a qué atenerse con los Dedos. Además, si Chli-puni no hubiera lanzado la cruzada, la mayoría de las belokanianas habría seguido pensando que los relatos sobre Dedos no eran otra cosa que leyendas y que los Dedos no existen.

Algunas soldados afirman que 103.683, la exploradora que había ido al confín del mundo, va a guiarlas. Las tropas se alegran por esa presencia experimentada.

Pequeños grupos se encaminan hacia la sala de cantimploras para llenarse de energía azucarada. Las guerreras ignoran cuándo se dará la señal de partida, pero

todas están dispuestas y bien dispuestas.

Una decena de soldados rebeldes deístas se introducen discretamente en medio de ese tropel en armas. No dicen nada, pero captan con cuidado las feromonas que hay por las salas. Sus antenas se estremecen continuamente.

40. La ciudad secuestrada

Feromona: Informe de expedición.

Origen: Soldado de la casta de cazadoras asexuadas.

Tema: Accidente grave.

Salivadora: Exploradora 230.

La catástrofe se produjo aquella mañana muy temprano. El cielo se oscureció de repente. Los Dedos rodeaban por completo la ciudad federal de Giu-li-kan. Las legiones de élite salieron en seguida, igual que los grupos de artilleras pesadas.

Se intentó todo. Y todo fue en vano. Algunos escalones después de la aparición de los Dedos, una gigantesca estructura plana y dura desgarró la tierra y se hundió al lado de la Ciudad, destrozando salas, pisoteando huevos, cortando corredores. La estructura plana se inclinó luego y levantó toda la Ciudad. Digo bien: ¡levantó toda la Ciudad! ¡De un solo golpe!

Todo ocurrió muy deprisa. Fuimos arrojadas a una especie de gran concha transparente y rígida. Nuestra ciudad fue puesta patas arriba. Las salas nupciales quedaron trastornadas, y las reservas de cereales saltaron por los aires. Nuestros huevos se desparramaron por todas partes. Nuestra reina fue capturada y herida. Yo debo mi salvación únicamente a una serie de brincos rabiosos que me permitieron saltar a tiempo por encima del borde de la gran concha transparente.

El olor a Dedos apestaba por todas partes.

41. Edmondpolis

Laetitia Wells depositó el hormiguero, que acababa de desenterrar en el bosque de Fontainebleau, en un vasto acuario. Pegó su cara contra el cristal tibio.

Aparentemente aquellas a quienes observaba no la veían. Este nuevo arribo de hormigas rojas (*Fórmica rufa*) parecía particularmente animado. Laetitia había conseguido en varias ocasiones hormigas algo débiles. Hormigas rojas (*pheidoles*) u hormigas negras (*Lasius niger*) intimidadas por no se sabe qué. No probaban ningún alimento nuevo. Luego, al cabo de una semana, aquellos insectos se dejaban morir. No debemos creer que todas las hormigas sean inteligentes, al contrario. Existen numerosas especies algo simples de espíritu. El menor obstáculo en su pequeña rutina las hace desesperarse tontamente.

En cambio aquellas hormigas rojas le daban verdaderas satisfacciones. Estaban permanentemente ocupadas, acarreaban ramitas, se friccionaban mutuamente las antenas o se pegaban. Estaban llenas de vida, mucho más que todas las hormigas que hasta entonces había conocido. Cuando Laetitia les presentaba platos nuevos, los saboreaban. Si en el acuario se deslizaba un Dedo, intentaban morderlo o subirse encima.

Laetitia había guarnecido de yeso el fondo del habitáculo para conservar su humedad. Las hormigas habían hecho sus corredores sobre el yeso. A la izquierda, una pequeña cúpula de ramitas. En medio, una playa de arena. A la derecha, los musgos ondulados que servían de jardín. Laetitia había colocado una botella de plástico llena de agua azucarada, tapada con un tapón de algodón, para que las hormigas bebiesen en esa cisterna. En el centro de la playa, un cenicero en forma de anfiteatro estaba lleno de trozos de manzanas cortados muy finos, así como un poco de tarama[*].

Parecía que aquellos insectos adoraban el tarama...

Mientras todo el mundo se queja de que le invaden las hormigas, Laetitia Wells se preocupaba de que sobreviviesen en su casa. El principal problema planteado por su hormiguero de salón era que la tierra se pudría. Por eso, además de cambiar regularmente el agua a los peces rojos, cada quince días debía renovar la tierra de las hormigas. Pero si basta manejar la manguilla para cambiar el agua de los peces, por lo que se refiere a la tierra de las hormigas el asunto es muy distinto. Se necesitaban dos acuarios: el antiguo, de tierra reseca, y el nuevo, de tierra humidificada. Ponía un tubo entre los dos. Las hormigas se mudaban entonces hacia el más húmedo. Su migración podía tardar una jornada entera.

Laetitia ya había tenido oportunidad de experimentar algunas emociones con sus hormigueros. Una mañana, por ejemplo, había descubierto que todos los habitantes de su acuario —mejor dicho, de su terrario— se habían cortado el abdomen. Se

amontonaban detrás del cristal en una colina siniestra. Como si las hormigas hubieran querido demostrar que preferían la muerte al cautiverio.

Algunas de sus inquilinas forzosas habían hecho lo imposible para evadirse. Más de una vez la joven se había despertado con una hormiga en la cara. Eso significaba que, si una se dedicaba a pasear, probablemente había un centenar que corría arriba y abajo por el piso. Entonces debía dedicarse a su caza, recuperarlas con una cucharilla y una probeta antes de devolverlas a su prisión de cristal.

Con la esperanza de mejorar las condiciones de detención de sus huéspedes, y por tanto de su moral, Laetitia había instalado en el acuario un jardincillo de bonsáis y de flores. Para que las hormigas se pasearan por un paisaje más variado, había ideado un rincón con arena, un rincón con trocitos de madera, un rincón con piedrecillas. Para que reanudasen con gusto la caza llegaba a soltar, en lo que ella había bautizado como su «Edmondpolis», pequeños grillos vivos. Para las soldados era un placer cazarlos a muerte entre los bonsáis.

Las hormigas rojas también le ofrecieron la más maravillosa de las sorpresas. Cuando por primera vez levantó la tapa del terrario, todas apuntaron hacia ella su abdomen y dispararon sus tiros de ácido formando un espléndido conjunto. Por casualidad inhaló una bocanada de aquella nube amarilla. Al punto su visión se alteró. Laetitia sufrió alucinaciones rojas y verdes. ¡Qué descubrimiento! ¡Podía «chutarse» con vapor de hormiguero!

Anotó inmediatamente el fenómeno en su cuaderno de estudio. Ya sabía que existía una enfermedad rara cuyas víctimas se sentían atraídas, como imantadas, por los hormigueros. Tumbándose durante horas, esas personas se atracaban de hormigas, para compensar, al parecer, un déficit de ácido fórmico en su sangre. Ahora sabía que, en realidad, esas gentes lo que hacían era buscar efectos psicodélicos provocados por el ácido fórmico.

Cuando volvió en sí, puso en orden las herramientas necesarias para el mantenimiento de su ciudad (pipeta, pinza de depilar, probeta y algunas más), y abandonó su *hobby* para interesarse únicamente por su trabajo de periodista. Como los anteriores, su próximo artículo estaría dedicado al misterioso caso de los hermanos Salta, que tenía prisa por aclarar.

42. Enciclopedia

PODER DE LAS PALABRAS: ¡Qué poder el de las palabras!

Yo, que os hablo, estoy muerto hace tiempo y sin embargo soy fuerte gracias a esta reunión de letras que forman un libro. Vivo gracias a este libro. Yo estoy fijo aquí para siempre y él, a cambio, asume mi fuerza. ¿Queréis una prueba? Aquí la tenéis: yo, el cadáver, yo, el fiambre, yo, el esqueleto, puedo darle órdenes a usted, lector que está vivo. Sí, por más muerto que esté, yo puedo manejarle. Donde esté usted, sea cual sea el continente, sea la época que sea, puedo obligarle a obedecerme. Y precisamente por medio de esta *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*. Y voy a darle ahora mismo la prueba. Mi orden es ésta:

¡PASE LA PÁGINA!

¿Lo ve? Me ha obedecido. Estoy muerto y sin embargo me ha obedecido. Estoy en este libro. ¡Estoy vivo en este libro! Y este libro no abusará nunca del poder de sus palabras porque este libro es comparsa del lector. Pregúntele una y otra vez. Siempre estará disponible. La respuesta a todas sus preguntas estará siempre inscrita en alguna parte, en sus líneas o entre líneas.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

43. Una feromona que hay que conocer

Chli-pu-ni ha mandado llamar a 103.683. Sus guardianas la han buscado por todas partes antes de terminar encontrándola en el sector de los establos para escarabajos.

La conducen a la Biblioteca química.

La reina está allí, casi sentada. Ha debido consultar una feromona, porque aún tiene la punta de las antenas mojada.

He pensado mucho en lo que nos hemos dicho.

Chli-pu-ni reconoce en primer lugar que, en efecto, ochenta mil soldados pueden parecer insuficientes para matar a todos los Dedos de la Tierra. Acaba de producirse un accidente, una terrible catástrofe, que hace presagiar lo peor en cuanto al poder de esos monstruos. Los Dedos acaban de raptar la ciudad de Giu-li-kan. ¡Se han llevado la ciudad entera a una enorme concha transparente!

A 103.683 le cuesta creer en semejante prodigio. ¿Cómo ha pasado y por qué?

La reina no lo sabe. Los acontecimientos se han desarrollado muy deprisa y la única superviviente está todavía bajo la impresión del cataclismo. Pero el caso de Giu-li-kan no es un caso aislado. Todos los días se producen nuevos incidentes con los Dedos.

Es como si los Dedos se reprodujeran a gran velocidad. Como si hubieran decidido invadir el bosque. Cada día su presencia es más nítida.

¿Qué dicen los testimonios? Pocos coinciden. Algunos hablan de animales negros y planos, otros hablan de animales redondos y rosáceos.

Parece que tienen que habérselas con animales extraños, con una anomalía de la Naturaleza.

103.683 sueña despierta.

(¿Y si fueran nuestros dioses? ¿Estaríamos a punto de rebelarnos contra nuestros dioses?)

Chli-pu-ni pide a la soldado que la siga. La lleva hasta la cima de la bóveda. Allí, varias guerreras las saludan y rodean a la reina. Es peligroso para una ponedora sola salir al aire libre. Un pájaro podría atacar al indispensable sexo personificado de Bel-o-kan.

Las artilleras ya han ocupado sus posiciones, dispuestas a convertir en blanco a la primera sombra que entre en su campo visual.

Rodeando la punta de la cúpula, Chli-pu-ni llega a un lugar despejado que parece una pista de despegue. Varios escarabajos rinoceronte se hallan estacionados allí, paciando brotes tranquilamente. La reina propone a 103.683 que monte sobre uno de ellos cuya coraza negra, ligeramente cobriza, resplandece.

Es una maravilla de nuestro movimiento evolucionario. Hemos conseguido domesticar a estas grandes bestias voladoras. Trata de utilizar una.

103.683 no sabe nada de cómo pilotar coleópteros.

Chli-pu-ni le lanza algunas feromonas consejo.

Mantén siempre tus antenas al alcance de las tuyas. Indícale el camino a tomar pensando en él con fuerza. Tu montura obedecerá inmediatamente, lo comprobarás por ti misma. Y en los virajes, no trates de compensar el peso inclinándote en sentido inverso. Acompaña al escarabajo en cada uno de sus movimientos.

44. La CQG es lo que vosotras queráis

La CQG tenía por símbolo un águila blanca de tres cabezas. Dos parecían marchitarse, por lo peligrosamente inclinadas que estaban. La tercera, orgullosamente erguida, escupía un chorro de agua plateada.

Viendo el número y el humo de sus chimeneas uno podía preguntarse si acaso la fábrica producía todos los objetos del país. La empresa constituía realmente una pequeña ciudad por cuyo interior se circulaba en coche eléctrico.

Mientras el comisario Méliés y el inspector Cahuzacq se dirigían hacia el edificio Y, un ejecutivo comercial les precisaba que la CQG fabricaba esencialmente pastas químicas que servían de base a productos farmacéuticos, productos domésticos, productos de plástico y productos alimenticios. Doscientas veinticinco lejías y detergentes, que competían entre sí, habían salido del mismo polvo de jabón de base CQG. Con la misma pasta de queso de base CQG, trescientas sesenta y cinco marcas distintas se disputaba la clientela de los supermercados. Las pastas de resina sintética CQG se convertían en juguetes y en muebles...

La CQG era un *trust* internacional cuya sede se hallaba instalada en Suiza. El consorcio estaba a la cabeza de la producción mundial en numerosos sectores: dentífricos, ceras, cosméticos...

En el bloque Y, los policías fueron conducidos hasta los laboratorios de los hermanos Salta y de Caroline Nogard. Con sorpresa descubrieron que estaban uno al lado de otro. Méliés preguntó.

—¿Se conocían?

El químico de bata blanca y cara llena de granos que les había recibido exclamó.

—A veces trabajaban juntos.

—¿Tenían últimamente algún proyecto en común?

—Sí, pero de momento habían decidido mantenerlo en secreto. Se negaban a hablar de él a sus colegas. Según decían, aún era demasiado pronto.

—¿Cuál era su especialidad?

—Eran generalistas. Tocaban muchos de nuestros sectores de investigación-desarrollo. Ceras, polvos abrasivos, colas para el bricolaje, todas las aplicaciones de la química les interesaban. A veces unían sus talentos, y con éxito, por cierto. Pero por lo que se refiere a sus últimos trabajos, ya le digo que no los habían comentado con nadie.

Siguiendo su idea, Cahuzacq intervino.

—¿Podrían estar trabajando en un producto capaz de volver a la gente transparente?

El químico se rió burlón.

—¿Hacer hombres invisibles? ¿Bromea usted?

—Nada de eso. Al contrario, estoy hablando muy en serio.

El especialista pareció desconcertado.

—Bueno, a ver si se lo explico: nuestro cuerpo no podrá volverse translúcido nunca. Estamos compuestos de células demasiado complejas para que un investigador, aunque sea genial, pueda volverlas de pronto cristalinas como el agua.

Cahuzacq no insistió. La ciencia no había sido nunca su terreno. Lo cual no impedía que algo siguiera preocupándole.

Méliés se encogió de hombros y en su tono más profesional preguntó.

—¿Puedo ver los frascos con las sustancias que estaban estudiando?

—Es que...

—¿Hay algún problema?

—Sí. Ya han venido a pedirlos.

Méliés recogió un pelo de un anaquel.

—Una mujer —dijo.

El químico quedó sorprendido.

—Sí, era una mujer. Pero...

El comisario continuó, muy seguro de sí.

—Tiene entre veinticinco y treinta años. Su higiene es impecable. Es euroasiática y su sistema sanguíneo funciona bastante bien.

—¿Es eso una pregunta?

—No. Lo veo al examinar este pelo que he encontrado en el anaquel, en el único lugar en que no hay polvo. ¿Me equivoco?

El hombre estaba impresionado.

—No se equivoca. ¿Cómo ha sabido esos detalles?

—El pelo está liso, luego ha sido lavado hace poco. Huela, todavía está perfumado. La médula del pelo es espesa, pertenece por tanto a una persona joven. La sección del pelo es de diámetro ancho, característica de los orientales. La médula está muy coloreada, luego su sistema sanguíneo está en perfectas condiciones. Y puedo incluso precisarle que esa mujer trabaja en *El Eco del domingo*.

—Está burlándose de mí. ¿Ha visto todo eso en un solo pelo?

Imitó a Laetitia Wells durante su primera entrevista.

—No, me lo ha dicho un pajarito.

Cahuzacq quiso demostrar que tampoco él carecía de olfato.

—¿Qué es lo que ha robado aquí esa dama?

—No ha robado nada —dijo el químico—. Nos preguntó si podía llevarse los frascos a su casa y examinarlos con tiempo. No vimos ningún inconveniente.

Ante el rostro furibundo del comisario, se excusó: —No sabíamos que ustedes pasarían por aquí, ni que también estarían interesados en ellos. En otro caso, por supuesto, los habríamos guardado para entregárselos a ustedes. Méliés dio media

vuelta llevándose con él a Cahuzacq: —Decididamente creo que esa tal Laetitia Wells tiene muchas cosas que enseñarnos.

45. Prueba de un escarabajo rinoceronte

103.683 está encaramada en el protórax del coleóptero. La nave mide unos cuatro pasos de largo por dos de ancho. Desde su puesto, por delante de ella, ve alzado y recto, como una especie de proa, saliente, el cuerno frontal curvo del escarabajo. Sus funciones son múltiples: lanza para reventar vientres, visor para disparar ácido, espuela de abordaje, ariete devastador.

Para la valerosa soldado el problema más inmediato sigue siendo el de conducir su máquina. *Con el pensamiento*, le ha aconsejado Chli-pu-ni.

Hay que probar en seguida.

Conexión de antenas.

103.683 se concentra en un despegue. Pero ¿cómo conseguirá vencer la gravedad aquel grueso coleóptero?

Quiero volar. Vamos, al aire.

103.683 no tiene tiempo siquiera de asombrarse. El animal le parecía pesado y torpe, pero, en ese momento, a sus espaldas algo se desliza en medio de bufidos de mecánica bien engrasada. Dos élitros pardos se deslizan hacia delante. Dos alas de envergadura, de color marrón transparente, giran para desplegarse al bies y se animan con un leve batir nervioso. Inmediatamente un ruido ensordecedor invade los contornos. Chli-pu-ni no ha advertido a su soldado que el coleóptero es muy ruidoso en vuelo. El zumbido aumenta todavía de intensidad. Todo vibra. 103.683 no puede dejar de temer el desarrollo de los acontecimientos.

Volutas de polvo y aserrín invaden su espacio visual. Extraño efecto, no es su montura la que se eleva, sino la Ciudad la que parece hundirse debajo de tierra. La reina que, desde abajo, la saluda con las antenas, se hace cada vez más pequeña. Cuando ya no la distingue siquiera, 103.683 comprueba que ahora se encuentra a un buen millar de pasos de altura.

Quiero ir todo recto.

El escarabajo se inclina inmediatamente hacia delante y corre aumentando más aún el ruido de sus alas oscuras.

¡Volar! ¡Ya está volando!

Es el sueño de todas las asexuadas y ella lo está realizando. ¡Vencer la gravedad, conquistar la dimensión de los aires, lo mismo que las sexuadas el día del vuelo nupcial!

103.683 percibe confusamente libélulas, moscas y avispas que desfilan a su alrededor. Todo recto, hacia delante, olfatea nidos de pájaros. Peligro. Ordena un viraje de urgencia. Pero allí arriba no es como en tierra, no se puede girar sin inclinar el equilibrio de las alas al menos 45°. Y cuando el escarabajo obedece, todo se inclina.

La hormiga se escurre, trata de fijar sus garras en la quitina de su montura, falla por poco rayando en vano la laca negra de donde saltan leves copos. No pudiendo asirse, resbala irremediabilmente por el flanco de la bestia voladora.

Cae en el vacío.

No termina nunca de caer. Y el escarabajo no se ha dado cuenta de nada. 103.683 lo ve rematando la curva de su viraje y lanzándose valientemente hacia nuevas regiones aéreas.

Mientras tanto, la hormiga cae y cae. El suelo avanza hacia ella, con sus plantas y sus rocas patibularias. Da vueltas, sus antenas giran sin control.

¡Se produce el choque!

Lo recibe con las patas por delante, rebota, vuelve a caer algo más allá, vuelve a rebotar. Un lecho de musgo amortigua oportunamente la última voltereta.

La hormiga es un insecto tan ligero y tan resistente que una caída libre no puede hacerla añicos. Incluso aunque caiga de un árbol muy alto, una hormiga prosigue su tarea como si nada hubiera ocurrido.

103.683 se ha quedado patas arriba debido a la sensación de vértigo que ha acompañado a su caída. Vuelve a poner sus antenas hacia delante, procede a una rápida limpieza y busca el camino de su ciudad.

Chli-pu-ni no se ha movido. Sigue estando en el mismo sitio cuando 103.683 reaparece sobre la cúpula.

No te desanimes. Vuelve a empezar.

La reina acompaña a la soldado hasta el punto de despegue.

Además de las ochenta mil soldados, puedes aprovechar la ayuda de sesenta y siete de estos rinocerontes mercenarios domesticados. Serán una apreciable fuerza complementaria. Debes aprender a pilotarlos.

103.683 vuelve a despegar encima de otro coleóptero. La primera experiencia no ha sido ningún éxito, tal vez se entienda mejor con un nuevo corcel.

Al mismo tiempo, una artillera despeg a su derecha. Vuelan juntas y la otra le hace señas. A esa velocidad las feromonas prácticamente no circulan. Pero no debe preocuparse, las pioneras han inventado recientemente un lenguaje gestual, basado en movimientos de antenas. Según si están levantadas o replegadas, los troncos de las antenas forman a su manera un lenguaje Morse comprensible a distancia.

La artillera le indica que puede soltar las antenas de su montura para pasear por la parte llana de su espalda. Basta con asegurarse unos buenos asideros plantando sus garras bajo los granulados de la coraza. Ella parece controlar perfectamente esa técnica. Luego le muestra que se puede bajar por las patas del escarabajo. Y desde ahí también se puede maniobrar con el abdomen y disparar sobre todo lo que pase por debajo.

A 103.683 le cuesta algo dominar todas esas acrobacias, pero pronto se olvida de

que evoluciona a dos mil pasos de altura. Se arrima a su montura. Cuando ésta se lanza en picado a ras de hierba, la soldado consigue disparar y tronchar una flor.

El disparo la tranquiliza. Piensa que con setenta y siete ingenios de guerra como aquéllos, debe ser fácil pulverizar por lo menos algunos de esos dios... ¡algunos de esos Dedos!

Subida en flecha y luego bajada en picado, le ordena a su escarabajo.

A la soldado empieza a gustarle esa sensación de velocidad en sus antenas. ¡Qué fuerza volante, y qué progreso para la civilización mirmeceana! Y ella pertenece a la primera generación que conoce esa maravilla: ¡el vuelo sobre montura escarabaja!

La velocidad la embriaga. Su caída de hace un momento no ha tenido consecuencias graves y todo la decide a creer que apenas corre riesgos sobre este navío aéreo. Ordena espirales, rizos, acrobacias... 103.683 se embriaga de sensaciones extraordinarias. Todos sus órganos de Johnston sensibles a la posición en el espacio están cortocircuitados. Ya no sabe dónde es arriba, dónde abajo, detrás o delante. En cambio, no olvida que cuando un árbol se perfila en su horizonte, hay que girar rápidamente para evitarlo.

Completamente ocupada en jugar con su aeronave, no se da cuenta de que el cielo se ensombrece de forma inquietante. Necesita un momento para percibir que su montura se ha puesto nerviosa. Ya no obedece al cuarto de vuelta, ya no acepta las órdenes de toma de altura. Incluso desciende de forma imperceptible.

46 Canto

Feromona memoria n° 85

Tema: Canto revolucionario

Salivadora: Reina Chli-pu-ni

Soy la gran desviadora.

Saco a los individuos de su camino habitual y eso les llena de espanto.

Anuncio las verdades extrañas y los futuros llenos de paradojas.

Soy una perversión del sistema, pero el sistema necesita ser pervertido para evolucionar.

Nadie habla como yo con timidez, torpeza o incertidumbre.

Nadie tiene mi debilidad infinita.

Nadie tiene mi modestia genética.

Porque los sentimientos sustituyen mi inteligencia.

Porque no tengo ningún conocimiento ni ningún saber que pesen sobre mí.

Sólo la intuición que flota en el aire guía mis pasos.

Y no sé de dónde proviene esa intuición.

Ni quiero saberlo.

47. La aldea

Augusta Wells sí se acordaba.

Jasón Bragel había tosido en su mano, todos estaban a su alrededor formando un círculo y sorbían sus palabras sobre todo porque, en el punto en que se encontraban, a nadie se le ocurría siquiera la sombra de una idea que les permitiese salir de allí.

Sin alimentos, sin posibilidad alguna de salir de aquella caverna subterránea, sin posibilidad de comunicar con la superficie, ¿cómo podían esperar sobrevivir diecisiete personas, una de ellas centenaria y otra un niño?

Jasón Bragel estaba de pie.

—Empecemos desde el principio. ¿Quién nos ha traído aquí? Edmond Wells. Él fue quien deseó que viviésemos en esta bodega y que continuásemos aquí su obra. Estoy seguro de que tenía previsto que podíamos correr el riesgo de encontrarnos en una situación sombría. Lo que estamos soportando ahora es una prueba mayor en nuestro recorrido iniciático colectivo. Lo que cada uno de nosotros ha conseguido por sí sólo, debemos conseguirlo ahora juntos. Todos hemos resuelto el enigma de los cuatro triángulos porque hemos sabido cambiar nuestro modo de razonar. Hemos abierto una puerta en nuestro espíritu. Tenemos que perseverar en ese camino. Para ello, Edmond nos ha suministrado una clave. No la vemos porque nuestro miedo nos ciega.

—¡Deja de hacerte el misterioso! ¿Qué clave? ¿Qué solución propones? —masculló un bombero.

Jasón insistió:

—Recordad el enigma de los cuatro triángulos. Exigía que modificásemos nuestro modo de reflexionar. «Hay que pensar de otra manera —repetía Edmond—. Hay que pensar de otra manera...»

Un policía exclamó:

—¡Estamos atrapados aquí como ratas! ¡Es un hecho evidente! En esta situación no hay más que una manera de pensar.

—No. Hay varias. Están atrapados nuestros cuerpos, pero no nuestros espíritus.

—¡Palabras, palabras y nada más que palabras! Si tienes algo que proponer, dilo. Y, si no, cállate.

—El bebé que sale del cuerpo de su madre no comprende por qué ha dejado de estar en un baño de agua tibia. Querría volver al refugio materno, pero la puerta se ha cerrado. Cree ser un pez que nunca podrá vivir al aire libre. Tiene frío, la luz lo ciega, hay demasiado ruido. Fuera del vientre materno, es el infierno. Como ahora nosotros, se considera incapaz de superar la prueba porque se cree fisiológicamente inadaptado a ese mundo nuevo. Todos hemos vivido ese instante. Sin embargo, no hemos muerto. Nos hemos adaptado al aire, a la luz, al ruido, al frío. Hemos mudado de feto

de vida acuática a bebé de respiración aérea. Hemos mudado de pez a mamífero.

—Sí, ¿y qué más?

—Ahora estamos viviendo la misma situación crítica. Adaptémonos, fundámonos en ese molde nuevo.

—¡Delira, está delirando! —exclamó el inspector Gérard Galin, alzando los ojos al cielo.

—No —murmuró Jonathan Wells—, creo comprender lo que quiere decir. Encontraremos la solución porque no nos queda más salida que encontrarla.

—Sí, claro, siempre se puede buscar una solución. Incluso se puede buscar mientras esperamos a morir de hambre.

—Dejad hablar a Jasón —ordenó Augusta—. No ha terminado.

Jasón Bragel se dirigió hacia el atril y cogió la Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

—La he releído esta noche —dijo—. Estoy convencido de que la solución está inscrita en este libro con todas sus letras. He buscado durante mucho tiempo y por fin he encontrado el siguiente pasaje, que me gustaría leeros en voz alta. Escuchad con atención.

48. Enciclopedia

HOMEOSTASIA: Toda forma de vida es búsqueda de homeostasia.

«Homeostasia» significa equilibrio entre el medio interior y el medio exterior.

Toda estructura viviente funciona como homeostasia. El pájaro tiene huesos huecos para volar. El camello tiene reservas de agua para vivir en el desierto. El camaleón cambia la pigmentación de su piel para pasar inadvertido ante sus depredadores. Estas especies, como tantas otras, se han mantenido hasta nuestros días adaptándose a todas las perturbaciones de su medio ambiente. Las que no supieron armonizarse con el mundo exterior desaparecieron.

La homeostasia es la capacidad de autorregulación de nuestros órganos respecto a las coacciones externas.

Siempre queda uno sorprendido al constatar hasta qué punto puede alguien soportar las pruebas más duras y adaptar a ellas su organismo. Durante las guerras, circunstancias en que el hombre está obligado a superar para sobrevivir, se ha visto a personas que hasta entonces no habían conocido otra cosa que la comodidad y la tranquilidad, ponerse sin queja a régimen de agua y pan seco. En unos días, los habitantes de las ciudades perdidos en el monte aprenden a reconocer las plantas comestibles, a cazar y a comer animales que antes siempre les habían repugnado: topos, arañas, ratones, serpientes...

Robinsón Crusoe, de Daniel Defoe, o *La isla misteriosa*, de Julio Verne, son libros dedicados a la gloria de la capacidad de homeostasia del ser humano.

Todos nosotros nos hallamos en perpetua búsqueda de la homeostasia perfecta, porque nuestras células ya tienen esa preocupación. Codician permanentemente un máximo de líquido nutritivo a la mejor temperatura y sin agresión de sustancia tóxica. Pero cuando no disponen de él, se adaptan. De esta forma, las células del hígado de un borracho están mejor acostumbradas a asimilar el alcohol que las de un abstemio. Las células de los pulmones de un fumador fabricarán resistencias a la nicotina. El rey Mitrídates entrenó incluso su cuerpo para soportar el arsénico.

Cuanto más hostil es el medio exterior, más obliga a la célula o al individuo a desarrollar talentos desconocidos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

A esta lectura le siguió un largo silencio. Jasón Bragel lo rompió para remachar mejor el clavo:

—Si morimos, es que no habremos logrado nuestra adaptación a este medio extremo.

Gérard Galin explotó:

—¡Medio extremo! ¡Vaya tonterías dices! ¿Acaso se adaptaron a sus barrotes los prisioneros de Luis XI, encerrados en su mazmorra de un metro cuadrado? ¿Pueden acaso los fusilados endurecer la piel de su pecho para rechazar las balas? ¿Se han vuelto acaso los japoneses más resistentes a las radiaciones atómicas? ¡Estás de broma! ¡Uno no puede adaptarse a determinadas agresiones, ni aunque lo desee con toda su voluntad!

Alain Bilsheim se acercó al atril.

—Tu pasaje de la Enciclopedia era muy interesante, pero por lo que nos atañe no veo en él nada concreto.

—Sin embargo, lo que Edmond nos dice está muy claro: si queremos sobrevivir, debemos mutar.

—¿Mutar?

—Sí. Mutar. Convertirnos en animales cavernícolas, viviendo bajo tierra y alimentándonos con poco. Utilizar el grupo como medio de resistencia y de supervivencia.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos fracasado en nuestro intento de comunicación con las hormigas y sufrimos en nuestras carnes porque no hemos llegado suficientemente lejos. Hemos permanecido humanos, frioleros e imbuidos de nosotros mismos.

Jonathan Wells mostró su asentimiento:

—Jasón tiene razón. Hemos franqueado el camino que nos ha llevado físicamente al fondo de la bodega. Pero eso no era sino la mitad del recorrido. De cualquier modo, las circunstancias nos fuerzan a proseguir nuestro viaje.

—¿Quieres decir que hay una bodega tras la bodega? —Dijo Galin riéndose con ironía—. ¿Pretendes que excavemos bajo el templo para encontrar la bodega del templo, que nos llevaría vete a saber dónde?

—No. Entiéndeme bien. Una mitad de la ruta era física, y la hemos hecho con nuestro cuerpo. La otra mitad concierne a nuestro psiquismo, y en ese terreno todo está por hacer. Ahora tenemos que cambiar nuestra mente, mutar en nuestras cabezas. Aceptar vivir como los animales cavernícolas en que nos hemos convertido. Uno de nosotros dijo en cierta ocasión que nuestro grupo no podía esperar funcionar con una sola hembra para quince machos. Eso es verdad para una sociedad humana, pero ¿lo es para una sociedad de insectos?

Lucie Wells se sobresaltó. Había comprendido adonde llevaba el razonamiento de

su marido. Para sobrevivir todos juntos, bajo tierra y con poquísimos alimentos, el único medio consistía en transformarse en... en transformarse en...

La misma palabra subía a los labios de todos en el mismo instante:

Hormigas.

49. Lluvia

El aire está saturado de electricidad. El rayo enciende un tornado de iones más o menos negativos. Un zumbido grave le sucede, luego un nuevo relámpago rompe el cielo en mil pedazos, proyectando sobre los follajes una inquietante luz blanca y violeta.

Los pájaros vuelan bajo, por debajo de las moscas.

Nuevo trueno de rayo. Una nube en forma de yunque se rompe. El caparazón del escarabajo volante se ilumina. 103.683 tiene miedo a resbalar por aquella superficie reluciente. Siente la misma sensación de impotencia que cuando se había encontrado frente a los Dedos, guardianes del confín del mundo.

Hay que regresar, es lo que hace comprender a su escarabajo.

Pero la lluvia va arreciando. Cada gota puede resultar mortal. Pesadas líneas de puntos suceden a gigantescas barras de cristal. Cualquier contacto con las alas del gran insecto resultaría fatal para ella.

El coleóptero siente pánico. Zigzaguea en medio de aquel bombardeo denso, intentándolo todo para pasar entre las gotas. 103.683 ya no controla nada. Simplemente se aferra con todas sus garras y ventosas de sus *puvilis* plantares. Todo va muy deprisa. Le gustaría cerrar sus ojos esféricos que ven simultáneamente todos los peligros, por delante, por detrás, por arriba, por abajo. Pero las hormigas no tienen párpados. ¡Ay! ¡Cuántas ganas tiene de regresar al nivel de los pulgones!

Una fina gotita perdida golpea a 103.683 de frente, aplastando sus antenas contra su tórax. El agua ahoga sus tallos receptivos y le impide sentir la sucesión de los acontecimientos.

Es como si le hubieran cortado el sonido. Ya sólo le queda la imagen y eso es más terrorífico todavía.

El gran escarabajo está extenuado.

Los zigzags entre las gotas-jabalina resultan más y más difíciles de realizar. Cada vez que el extremo de las alas se humedece, el conjunto volante pesa un poco más.

Esquivan por los pelos una gorda esfera de agua. El rinoceronte se inclina a 45° y vira para evitar una segunda más gorda todavía. Por los pelos. Pero el agua toca una pata, salta y salpica sus antenas.

Nuevo relámpago de luz. Detonación.

Durante una fracción de segundo, el animal volante pierde su percepción del mundo exterior. Es como si hubiera estornudado. Cuando recupera el control de su trayectoria es demasiado tarde. Se abalanzan directamente contra un pilar de agua cristalina que relumbra bajo los relámpagos del rayo.

El escarabeido frena poniendo sus dos alas en posición vertical. Pero van demasiado deprisa. Frenar a esa velocidad resulta imposible. Salen disparados en una

cabriola que continúa en una serie de vueltas de campana hacia delante.

103.683 se aferra con tanta fuerza al caparazón de su corcel volador que sus garras llegan a traspasar la quitina. Sus antenas mojadas le golpean en los ojos y se le quedan pegadas.

Chocan una primera vez contra una pilastra de agua que los despide contra una línea de agua punteada. Están cubiertos de olas. Ahora tienen diez veces su peso original. Caen como una pera madura sobre la cubierta de ramitas de la Ciudad.

El rinoceronte estalla, con el cuerno partido y la cabeza en migajas. Sus élitros suben hacia el cielo como para seguir volando ellos solos. 103.683, hormiga ligera, sale indemne de la catástrofe. Pero la lluvia no le deja respiro. Se seca como puede las antenas y se abalanza hacia una entrada de la ciudad.

Aparece un orificio de aireación. Unas obreras lo han obstruido para proteger a la Ciudad de la inundación, pero 103.683 logra quitar el obstáculo. Dentro, unas guardianas la insultan. ¿No se da cuenta de que pone a la Ciudad en peligro? De hecho, tras ella avanza un pequeño arroyo. La soldado no se preocupa, sigue galopando mientras las albañiles se apresuran a cerrar la esclusa de seguridad.

Cuando se detiene, extenuada pero seca, una obrera compasiva le propone una trofalaxia. La liberada la acepta agradecida.

Los dos insectos se ponen cara a cara y empiezan a besarse en la boca, luego a regurgitar los alimentos que están enterrados en el fondo de su buche social. Calor, don de su cuerpo, todo cuanto ama.

Luego 103.683 se adentra por un túnel y toma diversas galerías.

50. Laberinto

Corredores sombríos y pasillos húmedos. En ellos flotaban tufos insólitos. En el suelo yacían trozos de alimentos putrefactos y desechos abigarrados. El suelo se pegaba a las patas, las paredes destilaban humedad.

Se formaban grupos de individuos. Vagabundos, mendigos, falsos músicos, verdaderos marginados se amontonaban en grupos nauseabundos.

Uno de ellos, con una blusa roja ajustada, se acercó con una sonrisa burlona clavada en su boca desdentada:

—O sea, que esta señorita se pasea completamente sola en el Metro. ¿No sabe que es peligroso? ¿No quiere un guardaespaldas?

Y reía burlón bailando en torno a ella.

Llegado el momento, Laetitia Wells sabía imponer respeto a los patanes. Endureció su mirada malva, el iris violeta pasó al rojo sangre lanzando un mensaje: «¡Largo!» El hombre se marchó rezongando:

—¡Anda por ahí, presumida! ¡Si te violan, te lo habrás ganado!

La técnica había funcionado en este caso pero no estaba escrito que resultara siempre. Si el Metro se había convertido en el único medio de circular correctamente, también era la madriguera de los depredadores de los tiempos modernos.

Llegó al andén y perdió por los pelos un convoy. Luego pasaron dos, tres en sentido contrario, mientras a su alrededor la multitud aumentaba, preguntándose si había una nueva huelga sorpresa o si algún imbécil había tenido la mala idea de suicidarse algunas estaciones más allá.

Por fin surgieron dos esferas de luz. Un rechinar de frenos en los límites del agudo le barrenó los tímpanos. El largo tubo de chapa pintada y herrumbrosa se desplegó sobre el andén, con toda suerte de pintadas: «Muerte a los imbéciles», «Mierda al que lo lea», «Babilonia, tu fin está cercano», «Fuck bastard crazy boys territory», por no hablar de los anuncios ni de los dibujos obscenos rápidamente esbozados con rotulador o a punta de navaja.

Cuando se abrieron las puertas, vio desolada que el vagón iba ya lleno a reventar. Caras y manos se aplastaban contra los cristales. Nadie parecía tener suficiente valor para pedir ayuda.

Ya no recordaba cuál era el motivo que impulsaba a todas aquellas gentes a ir todos los días, de forma voluntaria (e incluso pagando), a amontonarse en cantidades superiores a quinientas en una caja de latón caliente de unos pocos metros cúbicos. ¡Ningún animal sería lo bastante loco para ponerse por propia voluntad en semejante situación!

De entrada, Laetitia tuvo que soportar el aliento agrio de una vieja harapienta, los tufos de náusea de un chiquillo enfermo llevado en brazos por una señora que

apestaba a perfume barato, y un albañil de sudor fétido. A su alrededor también había un señor muy elegante que trataba de acariciarle las nalgas, un revisor que exigía el billete, un parado que mendigaba unas monedas o vales de restaurante, y un guitarrista que se desgañitaba pese al alboroto.

Cuarenta y cinco niños de preparatoria aprovechaban el descuido general para intentar romper el *skai* de sus asientos con la punta de sus bolígrafos y una escuadra de soldados berreaban una canción. Los cristales estaban empañados por el vaho de aquellos centenares de respiraciones ininterrumpidas.

Laetitia Wells respiró despacio aquel aire viciado, apretó los dientes y soportó su malestar con paciencia. Después de todo, no tenía motivos para quejarse, sólo necesitaba media hora de trayecto para ir desde su domicilio a su lugar de trabajo. ¡Los había que pasaban tres horas diarias dentro del Metro en horas punta!

Ningún autor de ciencia ficción había previsto nunca aquello. ¡Una civilización en la que las gentes aceptaban ser aplastadas a millares en cajas de latón!

La máquina se puso en marcha y se deslizó sobre los raíles sacando chispas.

Laetitia Wells cerró los ojos para intentar recuperar la calma y olvidarse de dónde estaba. Su padre le había enseñado a conservar la serenidad controlando su respiración. Una vez que se conseguía dominar la respiración, había que intentar dominar los latidos del corazón para aminorar su marcha.

Ideas parásitas le impedían concentrarse. Volvía a pensar en su madre... no, sobre todo no pensar en... no.

Volvió a abrir los ojos, el ritmo de su corazón y de su respiración se aceleró de nuevo.

El espacio se había despejado. Incluso había un asiento libre. Se precipitó hacia él y se durmió. De cualquier forma, tenía que bajarse en la última parada. Y cuanta menos conciencia tuviera de encontrarse en el Metro, mejor.

51. Enciclopedia

ALQUIMIA: Toda manipulación alquímica intenta imitar o poner en escena el nacimiento del mundo. Se precisan seis operaciones: calcinación, putrefacción, solución, destilación, fusión y sublimación.

Estas seis operaciones se desarrollan en cuatro fases: la obra en negro, que es una fase de cocción. La obra en blanco, que es una fase de evaporación. La obra en rojo, que es una fase de mezcla. Y por último la sublimación que proporciona el polvo de oro. Este polvo es similar al del encantador Merlín en la leyenda de los Caballeros de la Tabla Redonda. Basta con depositarlo sobre una persona o un objeto para que lo vuelva perfecto. Muchos relatos y mitos ocultan de hecho en su osamenta esa receta. Por ejemplo, Blanca Nieves. Blanca Nieves es el resultado final de una preparación alquímica. ¿Cómo se obtiene? Con los siete enanos (enano, derivado de «gnomos», o gnosis; conocimiento). Esos siete enanos representan los siete metales: el plomo, el estaño, el hierro, el cobre, el mercurio, la plata y el oro, relacionados a su vez con los siete planetas: Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, Luna, Sol, a su vez relacionados con los siete caracteres humanos principales: gruñón, simplón, soñador, etc.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

52. La guerra del agua

Los relámpagos siguen hendiendo el cielo atormentado, pero ninguna hormiga tiene ánimo suficiente para admirar las majestuosas nubes doradas, rasgadas por chorros de luz blanca. La tormenta es una calamidad.

Las gotas caen sobre la Ciudad como otras tantas bombas y las guerreras que se han demorado fuera en cazas tardías son golpeadas por los proyectiles líquidos.

Dentro mismo de Bel-o-kan, una de las experiencias intentadas durante la primavera por Chli-pu-ni está a punto de acentuar la catástrofe.

La reina hizo excavar canales a fin de acelerar la circulación de un barrio a otro. Las hormigas se desplazaban por ellos sobre hojas flotantes. Pero bajo el chaparrón, esos riachuelos subterráneos crecen hasta convertirse en ríos cuya furia intenta en vano contener una multitud de guardianas.

En la cima del domo la situación empeora. Los granizos han perforado la piel de ramitas de la Ciudad. El agua se filtra por diversas heridas.

103.683 intenta a duras penas taponar la mayor de las brechas.

Todas al solano —dice—, ¡hay que salvar las cresas!

Un grupo de soldados se precipita tras ella, arrostrando las olas que rompen.

La alta sala del solario ha perdido su luminosidad habitual. En el techo, unas obreras presas de la más viva angustia intentan tapar los agujeros con hojas secas. Pero el agua reaparece inmediatamente para fluir en largas cintas de plata por el suelo. Todo está mojado. Imposible salvar todos los preciosos capullos, hay demasiados. Las nodrizas apenas tienen tiempo para preservar algunas larvas precoces. Muchos huevos lanzados apresuradamente a las obreras estallan en el suelo.

103.683 piensa entonces en las rebeldes. Si el agua baja, y sigue bajando, hasta los establos de escarabajos, ¡todas perecerán!

Alerta fase 1: Las feromonas excitadoras se difunden como pueden, la mayor parte de las veces perturbadas por el vapor de agua.

Alerta fase 2: Soldados, obreras, nodrizas, sexuadas, todo el mundo redobla con la punta del abdomen contra las paredes, con rabia y encarnizamiento. Ese zafarrancho de combate hace vibrar a la Ciudad entera.

¡Pam, pam, pam! ¡Alerta! ¡Alerta mil veces!

¡Que se desencadene el pánico!

Incluso las hormigas ya aprisionadas en los charcos tratan de golpear el suelo a través del agua para que toda la Ciudad se ponga en estado de alerta. Golpes que son como la sangre de un jadeante en las arterias.

El corazón de la Ciudad jadea.

En eco, se oye al granizo perforar el domo. *Ploch, ploch, ploch.*

¿Qué pueden hacer unas mandíbulas, incluso de acero, contra unas gotas de agua?

Alerta fase 3: La situación es sumamente crítica. Algunas obreras histéricas corren en todas direcciones. Sus antenas tensas derraman incomprensibles gritos feromónicos. En su agitación, algunas llegan a herir a sus congéneres.

Entre las hormigas rojas, la feromona de alerta más fuerte es una sustancia emitida por la glándula de Dufour. Llamada n-decana, es un hidrocarburo volátil cuya fórmula química es $C_{10}-H_{22}$. Un olor lo bastante potente como para volver loca a una nodriza en plena hibernación.

Sin el sacrificio de las hormigas porteras, la ciudad habría perecido bajo aquel maremoto. Bloqueando herméticamente las entradas con su cabeza plana, esas heroicas centinelas impidieron al invasor líquido inundar la cepa central. Todas las ocupantes de la Ciudad Prohibida, y en primera fila la reina Chli-pu-ni, han salido indemnes.

Por el contrario, el agua inunda ahora las salas de los pulgones.

Esos animales verdes lanzan ridículos chillidos olorosos.

Acorraladas en la huida, las pastoras sólo pueden salvar a un puñado, a punto de dar a luz.

Se intenta levantar barreras por todas partes. Se afanan en consolidar la barrera que, colocada estratégicamente en una galería principal, intenta contener el torrente furioso. Pero la fuerza hidráulica es irresistible. La barrera se desmorona, se resquebraja y se hunde. El edificio estalla, liberando de pronto una bola de agua que se lleva a las animosas albañiles.

Arrastrando a las ahogadas, el agua se adentra por los corredores, hace desmoronarse las bóvedas, arranca puertas, sacude toda la topografía subterránea antes de ir a parar a los campos de hongos. También aquí, las agricultoras sólo tienen el tiempo justo de salvar algunas esporas preciosas antes de huir velozmente.

Los coleópteros acuáticos, esos famosos ditiscos que Chli-pu-ni quería domesticar con tanta pasión, están por todas partes, felices por debatirse en su elemento vector, devorando pulgones, cadáveres de hormigas y larvas agonizantes.

Multiplicando los rodeos, contorneando los obstáculos, 103.683 llega al establo de escarabajos rinoceronte. Los pobres animales revolotean de aquí para allá tratando de escapar a la inundación. Pero el techo es tan bajo que pronto chocan con él, espantados.

Y aquí como en todas partes, con desprecio del peligro, diligentes obreras se afanan por salvar algunas crías y colocar en lugar seco unas bolsas esféricas llenas de huevos. Sin embargo, las pérdidas serán enormes e inevitables y ellas lo saben.

Tener las patas mojadas aterroriza a los escarabajos y les hace dar con el cuerno en el techo. 103.683 consigue pasar gracias a su vigilancia de guerrera entre los

repentinos ataques.

Por fin llega a la entrada del escondite rebelde. Deístas y no deístas, todas están allí. Pero si las segundas se agitan nerviosas, las primeras permanecen extrañamente tranquilas. El cataclismo no las sorprende.

No hemos dado suficiente alimento a los dioses, por eso ahora nos mojan.

103.683 interrumpe sus salmodias. Pronto no habrá ya salida de socorro. Si quieren salvar el movimiento rebelde, tendrán que largarse sin demora.

Terminan por escucharla y seguirla. En el momento de abandonar aquellos lugares, la hormiga llamada 24 le tiende el capullo de mariposa que había dejado allí en su anterior visita.

Para la misión Mercurio. No debes olvidarlo.

En vez de seguir discutiendo, 103.683 carga con el capullo y se lleva a las rebeldes tras ella. Pero cruzar el establo se ha vuelto imposible. La sala entera está inundada. Entre dos aguas flotan escarabajos rinoceronte, y también hormigas.

Hay que excavar cuanto antes un nuevo túnel. 103.683 da las órdenes oportunas.

Hay que actuar de prisa, el nivel del agua empieza a subir en la sala.

Todos los alimentos que había por allí ahora flotan.

El agua sube cada vez más de prisa.

Pero las deístas no piensan en quejarse. La mayoría está resignada a sufrir la justa cólera celeste.

Están persuadidas de que esa lluvia asoladora las golpea únicamente para impedir la cruzada de Chli-pu-ni.

53. Recuerdos ácidos

—¡Perdón, señorita!

Alguien le hablaba.

Cuando Laetitia Wells abrió los ojos, aún no había llegado a la última estación. Una mujer se dirigía a ella.

—¡Perdón, señorita! Me parece que la he pinchado con mis agujas.

—No importa —suspiró Laetitia.

La mujer estaba haciendo punto con lana rosa. Exigía un aumento de espacio para extender su labor.

Laetitia Wells miró a aquella araña tejedora que agitaba sus Dedos. Las agujas multiplicaban los nudos corredizos con un ruido obsesivo.

Su labor rosa parecía ser ropa de niño. ¿A qué pobre bebé tenía la intención de aprisionar en aquella cárcel enguantada?, pensó Laetitia Wells. Como si hubiera oído la pregunta, la mujer desplegó una soberbia dentadura postiza de esmalte.

—Es para mi hijo —anunció con orgullo.

En ese momento, la mirada de Laetitia se fijó en un anuncio: «Nuestro país necesita niños. Luchad contra la baja de la natalidad.»

Laetitia Wells sintió cierto amargor. ¡Hacer hijos! Pensaba que ésa era la orden primordial dada a la especie, reproducirse, propagarse, dispersarse en masa. ¿No habéis tenido un presente interesante? ¡Sobrevivid en el futuro a través de la puesta! Pensad primero en la cantidad, la calidad tal vez llegue.

Las ponedoras no tenían conciencia de ello, pero obedecían a la eterna propaganda que trasciende todas las políticas de todas las naciones: aumentar el dominio de los humanos sobre el planeta.

A Laetitia Wells le entraron ganas de agarrar a aquella mamá por los hombros y decirle directamente a los ojos: «¡No, deje de hacer hijos, conténgase, un poco de pudor, qué diablos! Tome anticonceptivos, regale preservativos a las personas queridas, haga razonar a sus amigas fértiles como usted habría deseado que le hubieran hecho razonar. Por cada hijo que sale bien hay un centenar de chapuzas. Y eso no merece la pena. Los chapuzas toman luego el poder y ya ve el resultado. Si su pobre madre hubiera sido más seria, le habría evitado estos sufrimientos. No se vengue en sus hijos de la peor marranada que le hicieron sus padres: Traerla al mundo. Dejad de amaros los unos a los otros, creced, pero no os multipliquéis.»

Cada uno de estos ataques de misantropía (en ella eran de humano fobia) le dejaba un sabor amargo en la boca. Pero lo más desconcertante era que no le resultaba muy desagradable.

Se repuso y sonrió a la araña tejedora.

Aquella cara de enfrente, radiante por la dicha de ser madre, le recordó..., no...,

no debía..., aquello le recordó a su propia madre. Ling-mi.

Ling-mi Wells fue atacada por una leucemia aguda. Y el cáncer de sangre sí que no perdona. Ling-mi, su dulce madre, que nunca le respondía cuando ella le preguntaba qué había dicho el médico. A Laetitia, Ling-mi le contestaba siempre: «No te preocupes. Me curaré. Los médicos son optimistas y las medicinas cada vez son mejores.» Pero en el cuarto de baño había con frecuencia hilillos rojos en el lavabo y el frasco de analgésicos estaba vacío generalmente. Ling-mi tomaba más dosis de las prescritas. Y nada aliviaba ya sus dolores.

Cierto día llegó una ambulancia y se la llevó al hospital. «No te preocupes. Allí tienen todas las máquinas necesarias y especialistas para cuidarme. Vigila el piso, sé prudente en mi ausencia y ven a verme todas las tardes.»

Ling-mi tenía razón: en el hospital había todas las máquinas posibles. Tantas que no conseguía morir. Intentó suicidarse tres veces y las tres veces la salvaron *in extremis*. Se resistía. La habían inmovilizado con cinchas y atiborrado de morfina. Cuando Laetitia visitaba a su madre, veía que sus brazos estaban cubiertos de hematomas provocados por las jeringuillas y las perfusiones. En un mes, Ling-mi Wells se había transformado en una anciana arrugada. «La salvaremos, no se preocupe, la salvaremos», afirmaban los médicos. Pero Ling-mi Wells no quería que la salvaran.

Tocando el brazo de su hija le había murmurado: «Quiero... morir.» Pero ¿qué puede hacer una chiquilla de catorce años cuando su madre le confía esa petición? La ley prohibía dejar morir a quien fuese. Sobre todo si era capaz de pagar los mil francos diarios que costaba la habitación con cuidados y pensión completa.

También Edmond Wells había envejecido de forma acelerada desde la hospitalización de su mujer. Ling-mi le había pedido su ayuda para el gran salto. Cierta día que ella no podía soportarlo más, él acabó por acceder. Le enseñó a moderar la respiración y los latidos cardíacos.

Realizó una sesión de hipnosis. Desde luego, nadie asistió a la escena, pero Laetitia sabía cómo su padre se las arreglaba para ayudarla a dormirse. «Estás tranquila, muy tranquila. Tu respiración es como una ola que va de atrás hacia delante. Es muy suave. Adelante, atrás. Tu respiración es un mar que quiere transformarse en algo. Adelante, atrás. Cada respiración es más lenta y más profunda que la anterior. Cada inspiración te da más fuerza y dulzura. Ya no sientes el cuerpo, ya no sientes los pies, ya no sientes las manos, ni el pecho, ni la cabeza. Eres una pluma ligera e insensible que flota en el viento.»

Ling-mi había volado.

En su rostro se había grabado una serena sonrisa. Había muerto como si se hubiera dormido. Los médicos del servicio de reanimación dieron la alarma inmediatamente. Pusieron sus garras sobre ella como comadreja queriendo impedir a

una garza que alzara el vuelo. Pero aquella vez, Ling-mi lo había conseguido.

Además, Laetitia tenía un enigma personal que resolver: el cáncer. Y una obsesión: su odio a los médicos y demás jueces del destino de la Humanidad. Estaba persuadida de que si nadie había logrado erradicar el cáncer era porque nadie se había interesado realmente en hallar la solución.

Para tener limpia la conciencia, se había convertido incluso en canceróloga. Quería probar que el cáncer no era invencible y que los médicos eran unos incapaces que habrían podido salvar a su madre en vez de hundirla aún más. Pero había fracasado. Así que sólo le quedaba su odio por los hombres y su pasión por los enigmas.

El periodismo le había permitido conciliar su resentimiento con sus aspiraciones más profundas. Con su pluma podía denunciar las injusticias, enardecer a la muchedumbre, partir de un tajo a los hipócritas. Ay, muy pronto se había dado cuenta de que, entre los hipócritas, en primera fila, estaban sus compañeros de trabajo. Valientes con las palabras, miserables en los hechos. Enderezadores de entuetos en sus editoriales, y dispuestos a las peores bajezas a cambio de una promesa de aumento de salario. Comparado con el mundo de los medios de información, el ambiente médico le pareció lleno de personas encantadoras.

Pero en la Prensa se había construido un nido ecológico, un territorio de caza. Había conseguido cierta fama resolviendo diversos enigmas policíacos. Por el momento, sus colegas se mantenían a distancia, esperando que cayese. No podía tropezar.

Como próximo trofeo, clavaría en su cuadro de caza el caso Salta-Nogard. ¡Peor para el vivaracho comisario Méliés!

Por fin había llegado a su estación. Se bajó.

—Buenas noches, señorita —le dijo la tejedora mientras guardaba la labor.

54. Enciclopedia

CÓMO: Ante un obstáculo, el primer reflejo de un ser humano consiste en preguntarse: «¿Por qué existe este problema y de quién es la culpa?» Busca a los culpables y el castigo que deberá infligírseles para que los hechos no vuelvan a repetirse.

En la misma situación, lo primero que la hormiga se pregunta es: «¿Cómo y con qué ayuda voy a poder resolver este problema?»

En el mundo mirmeceano, no existe la menor noción de culpabilidad. Siempre habrá una gran diferencia entre los que se preguntan «por qué no funcionan las cosas» y los que se preguntan «qué hay que hacer para que funcionen».

Por el momento, el mundo humano pertenece a los que se preguntan «por qué», pero llegará un día en que quienes se preguntan «qué hay que hacer» tomen el poder...

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

55. Cuánta agua, cuánta agua

Garras y mandíbulas trabajan con obstinación. Cavar, seguir cavando, no hay ningún otro modo de salvación. Alrededor de las rebeldes afanadas en su túnel de socorro, el sol vibra y tiembla.

El agua barre toda la Ciudad. Todos los hermosos proyectos, las soberbias realizaciones vanguardistas de Chli-pu-ni no son ya más que restos arrastrados por las olas. Vanidades, no eran más que vanidades, los jardines, los campos de hongos, los establos, las salas de cisternas, los graneros de invierno, las guarderías infantiles termorreguladoras, el solarío, las redes acuáticas. Han desaparecido bajo el tornado como si nunca hubieran existido.

De pronto, una pared lateral del túnel de socorro explota. El agua brota a chorros. 103.683 y sus compañeras se tragan la tierra para cavar más deprisa todavía. Pero la tarea resulta imposible y el torrente las atrapa.

103.683 no se hace muchas ilusiones sobre el destino que les espera. Están ya con agua hasta el vientre y el agua sigue subiendo a toda velocidad.

56. Inmersión

Inmersión. Ahora estaba completamente cubierta por la superficie de las olas.

Ya no podía respirar. Permaneció un largo momento en el líquido, sin pensar ya en nada.

Le gustaba el agua.

Bajo el agua de la bañera su pelo se inflaba, su piel se volvía como de cartón. Laetitia Wells lo llamaba su baño ritual cotidiano.

Era su forma de distensión: un poco de agua tibia y silencio. Se sintió como la princesa del lago.

Contuvo la respiración durante varias decenas de segundos hasta que tuvo la impresión de que se moría.

Todos los días aguantaba un poco más debajo del agua.

Replegaba las rodillas bajo el mentón como un feto en su líquido amniótico y se balanceaba lentamente en una danza acuática cuyo sentido sólo ella conocía.

Empezó a vaciarse la cabeza de todos los estorbos, fuera cáncer, fuera Salta (ding, dong), fuera la redacción de *El Eco del domingo*, fuera su belleza (ding, dong), fuera el metro, fuera las madres ponedoras. Era la gran limpieza de verano.

Ding, dong.

Emergió del agua. Fuera del agua todo parece seco. Seco, hostil (ding, dong!)..., ruidoso.

No estaba soñando: llamaban a la puerta.

Se arrastró fuera de la bañera como un batracio que descubre la respiración aérea.

Cogió un gran albornoz, se envolvió en él y a pasitos llegó al salón.

—¿Quién es? —preguntó a través de la puerta.

—¡Policía!

Miró por la mirilla y reconoció al comisario Méliés.

—¿Cómo se le ocurre presentarse a estas horas?

—Tengo una orden de registro.

Ella accedió a abrirle.

El comisario parecía relajado.

—He ido a la CQG y me han dicho que usted había birlado unos frascos conteniendo productos químicos en que trabajaban los hermanos Salta y Caroline Nogard.

Ella fue en busca de los frascos y se los ofreció. Él los miró, pensativo.

—Señorita Wells, ¿puedo preguntarle qué contienen?

—No tengo por qué facilitarle el trabajo. Los análisis químicos han sido pagados por mi revista. Sus conclusiones sólo le pertenecen a ella y a nadie más.

Él seguía en el umbral de la puerta, casi intimidado por su traje arrugado frente a

aquella joven tan hermosa que le desafiaba.

—Señorita Wells, ¿puedo entrar, por favor? ¿Podríamos discutir un momento? No la molestaré demasiado.

Debía de haberle caído un fuerte chaparrón encima. Estaba calado. A sus pies, en el felpudo, se formaba ya un pequeño charco. Ella suspiró:

—Bueno, pero no puedo dedicarle mucho tiempo.

Él se limpió cuidadosamente los zapatos antes de entrar en el salón.

—¡Vaya tiempo de perros!

—Después del calor vienen las tormentas.

—Todas las estaciones van al revés, se pasa sin transición del calor y la sequedad al frío y a la humedad.

—Vamos, pase y siéntese. ¿Quiere beber algo?

—¿Qué puede ofrecerme?

—Hidromiel.

—¿Y eso qué es?

—Agua, miel y levadura, todo mezclado y fermentado. Era la bebida de los dioses del Olimpo y de los druidas celtas.

—Venga, pues, la bebida de los dioses del Olimpo.

Ella le sirvió y desapareció luego.

—Espéreme, antes tengo que secarme el pelo.

Cuando oyó el zumbido de un secador procedente del cuarto de baño, Méliés se levantó de un salto, completamente decidido a aprovechar aquel respiro para inspeccionar el lugar.

Era un apartamento de alto *standing*. Todo estaba decorado con mucho gusto. Había varias estatuas de jade que representaban a parejas abrazadas. Unas lámparas halógenas iluminaban unas láminas de biología colgadas en las paredes.

Se levantó y observó una.

En ella estaban clasificadas y dibujadas con precisión unas cincuenta especies de hormigas de todo el mundo.

El secador continuaba sonando.

Había hormigas negras de pelos blancos que parecían motoristas de policía (*Ropalothrix orbis*), hormigas armadas de cuernos por todo el tórax (*Acromyrmex versicolor*), otras provistas de una trompa con una pinza en el extremo (*Orectognathus antennatus*), o largas mechadas de pelos que les daban aspecto de hippie (*Jingimyrmyx mirabilis*). El hecho de que las hormigas pudieran poseer formas tan diversas asombró al comisario.

Pero no estaba allí en misión entomológica. Advirtió una puerta lacada de negro y se dirigió a abrirla. Estaba cerrada con llave. Sacó una horquilla de su bolsillo, y ya se disponía a hurgar en la cerradura cuando el ruido del secador se interrumpió

bruscamente. Volvió de forma precipitada a su asiento.

El peinado a lo Louise Brooks ya estaba terminado y Laetitia Wells se había puesto una larga bata de seda negra, ceñida a la cintura. Méliés trató de no dejarse impresionar.

—¿Le interesan las hormigas? —preguntó en tono mundano.

—No especialmente —contestó ella—. Le interesaban sobre todo a mi padre, gran especialista en hormigas. Me regaló esas láminas cuando cumplí los veinte años.

—¿Su padre era el profesor Edmond Wells?

Ella quedó sorprendida.

—¿Le conoce?

—He oído hablar de él. Entre nosotros, en la Policía se le conoce sobre todo por haber sido el propietario de la bodega maldita de la calle de los Sybarites. ¿Se acuerda usted de aquel caso, con aquellas veinte personas que desaparecieron en una bodega sin fin?

—¡Desde luego! Aquellas personas eran, entre otras, mi primo, mi prima, mi sobrino y mi abuela.

—Qué caso tan extraño, ¿verdad?

—¿Cómo es que usted, a quien tanto le gustan los misterios, no ha investigado esas desapariciones?

—En aquel momento yo estaba encargado de otro asunto. Fue el comisario Alain Bilsheim quien se ocupó de la bodega. No tuvo suerte, por otra parte. Igual que los otros, nunca volvió a subir. Pero, según creo, también a usted le gustan los misterios...

Ella sonrió burlona.

—Me gusta, sobre todo, resolverlos —dijo.

—¿Cree que llegará a encontrar al asesino de los hermanos Salta y de Caroline Nogard?

—En cualquier caso, lo intentaré. Gustará a mis lectores.

—¿No quiere contarme en qué punto se halla usted en sus investigaciones?

Ella movió la cabeza.

—Es mejor que cada uno de nosotros siga su camino. Así no nos molestaremos.

Méliés tomó uno de sus chicles. Cuando lo masticaba se sentía mejor. Luego preguntó:

—¿Qué hay detrás de esa puerta negra?

Laetitia Wells quedó sorprendida un momento ante aquella repentina pregunta. Pequeño malestar rápidamente camuflado.

Se encogió de hombros.

—Es mi despacho. No se lo enseño porque es una auténtica leonera.

En ese instante, sacó un cigarrillo, lo puso en una larga boquilla y lo encendió con

un mechero en forma de cuervo.

Méliés volvió a sus preocupaciones.

—Desea guardar el secreto de su investigación. Yo, en cambio, voy a decirle en qué punto me encuentro.

Laetitia soltó una pequeña nube de humo nacarado.

—Como quiera.

—Recapitulemos. Nuestras cuatro víctimas trabajaban en la CQG. Podríamos inclinarnos por algún sombrío móvil de envidias profesionales. En las grandes empresas son frecuentes las rivalidades. La gente se araña por un ascenso o un aumento de sueldo, y en el mundo científico hay con frecuencia mucha gente ávida de ganancias. La hipótesis del químico rival se sostiene, reconózcalo. Habría envenenado a sus colegas con un producto de efecto retardado fulminante. Eso concuerda perfectamente con las úlceras en el sistema digestivo descubiertas por la autopsia.

—Va demasiado deprisa, comisario. Está obsesionado con su idea del veneno y olvida sin cesar el miedo. Un súper estrés también puede provocar úlceras, y todas nuestras cuatro víctimas sintieron miedo. El miedo, comisario, el miedo es el nudo del problema y ni usted ni yo hemos comprendido todavía qué fue lo que provocó ese terror inscrito en cada una de sus caras.

Méliés protestó.

—¡Claro que me he preguntado por ese miedo e incluso por todo lo que puede dar miedo a la gente!

Ella soltó otra nube de humo.

—¿Y qué es lo que le da miedo a usted, comisario?

Se quedó cortado, porque precisamente pensaba hacerle a ella esa pregunta.

—Pues, ... hum...

—Hay algo que le aterroriza más que cualquier otra cosa, ¿no?

—No me importa confesárselo, pero, a cambio, usted me dirá, con la misma sinceridad, qué es lo que la asusta a usted.

Ella le hizo frente.

—De acuerdo.

Él vaciló y luego farfulló:

—A mí... me dan miedo... me dan miedo los lobos.

—¿Los lobos?

Ella se echó a reír y repitió «los lobos», «los lobos». Se levantó y volvió a servirle un vaso lleno de hidromiel.

—Le he dicho la verdad, ahora le toca a usted.

Ella se levantó y miró por la ventana. Parecía divisar a lo lejos cosas que le interesaban.

—Humm... a mí, a mí me da miedo... me da miedo usted.

—Deje de burlarse, me había prometido que sería sincera.

Ella se volvió y soltó una nueva voluta. Sus ojos malva brillaban como estrellas a través del humo color turquesa.

—Le soy sincera. Usted me da miedo, y, a través de usted, toda la Humanidad. Me dan miedo los hombres, las mujeres, los viejos, las viejas y los bebés. En todas partes nos comportamos como bárbaros. Yo encuentro que somos físicamente horribles. Ninguno de nosotros iguala la belleza de un calamar o de un mosquito...

—¡Francamente...!

Algo se había modificado en la actitud de la joven. Su mirada tan perfectamente controlada, parecía ahora presa de un defecto de fabricación. En aquellos ojos había algo de locura. Un fantasma se había adueñado de su persona y ella se dejaba ir, suavemente, bajo el influjo de la demencia. En todas partes se rompían barreras. Ya no había censura. Había olvidado que estaba discutiendo con un comisario de Policía al que apenas conocía.

—Me parece que somos pretenciosos, arrogantes, suficientes, orgullosos de ser humanos. Me dan miedo los campesinos, los curas y los soldados, me dan miedo los doctores y los enfermos, me dan miedo los que me quieren mal y los que me quieren bien. Nosotros destruimos todo cuanto tocamos. Nada escapa a nuestra inconcebible capacidad de expolio. Estoy segura de que si los marcianos no desembarcan, es porque les damos miedo; son tímidos, tienen miedo de que nos comportemos con ellos como nos comportamos con los animales que nos rodean y también con nosotros mismos. No estoy orgullosa de ser una humana. Tengo miedo, tengo mucho miedo de mis semejantes.

—¿Piensa realmente lo que está diciendo?

Ella se encogió de hombros.

—Mire el número de personas muertas por lobos y el número de personas muertas por humanos, ¿no le parece que mi miedo..., cómo decirlo..., está más justificado que el suyo?

—¿Tiene miedo de los humanos? ¡Pero si usted es un ser humano!

—Lo sé de sobra y por eso a veces me doy miedo... a mí misma.

Él contemplaba estupefacto sus rasgos marcados de pronto por el odio. De golpe, ella se relajó:

—Bueno, pensemos en otra cosa. A los dos nos gustan los enigmas. Qué oportuno, es la hora de nuestro programa nacional de enigmas. Le ofrezco el gesto de mayor sociabilidad de nuestra época, un poco de mi televisión.

—Gracias —respondió él.

Manejando su mando a distancia, Laetitia buscó «Trampa para pensar».

57. Enciclopedia

RELACIÓN DE FUERZAS: Con las ratas se ha realizado un experimento. Para estudiar su aptitud para nadar, un investigador del laboratorio de biología del comportamiento de la facultad de Nancy, Didier Desor, juntó seis de ellas en una jaula cuya única salida daba a una piscina que tenían que atravesar para alcanzar un comedero que distribuía los alimentos. Rápidamente se pudo comprobar que las seis ratas no iban en busca de su alimento nadando todas al mismo tiempo. Surgieron diferentes papeles que las ratas se habían repartido del siguiente modo: dos nadadoras explotadas, dos no-nadadoras explotadoras, una nadadora autónoma y una no-nadadora sufridora. Las dos explotadas iban en busca del alimento nadando por debajo del agua. Cuando volvían a la jaula, las dos explotadoras las golpeaban y les metían la cabeza debajo del agua hasta que soltaban su presa. Y sólo después de haber alimentado a las dos explotadoras podían permitirse las dos explotadas sometidas consumir su propio alimento. Las explotadoras no nadaban nunca, se limitaban a golpear a las nadadoras para ser alimentadas. La autónoma era una nadadora lo bastante robusta para no ceder a las explotadoras. La sufridora, por último, era incapaz de nadar e incapaz de asustar a las nadadoras, y sólo recogía las migajas que caían durante los combates. Se encontró la misma estructura —dos explotadas, dos explotadoras, una autónoma y una sufridora— en las veinte jaulas en que se repitió el experimento.

Para comprender mejor ese mecanismo de jerarquía, se metieron juntas seis explotadoras. Estuvieron pegándose toda la noche. A la mañana siguiente, dos de ellas se hacían cargo de la tarea, una nadaba sola, otra lo sufría todo. Se realizó el mismo experimento con ratas cuyo comportamiento era el de explotadas sumisas. Al día siguiente por la mañana, dos de ellas hacían de pachás.

Pero lo que da realmente que pensar es que, cuando se abrieron los cráneos de las ratas para estudiar su cerebro, se vio que las más estresadas eran las explotadoras. Probablemente habían tenido miedo a no ser obedecidas por las explotadas.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

58. En seco

El agua les lame la espalda. 103.683 y sus compañeras excavan frenéticas en el techo. Todos los cuerpos están cubiertos de salpicaduras cuando, ¡Oh, milagro!, van a dar por fin a una pieza seca.

Salvadas.

En seguida taponan la salida. ¿Resistirá el muro de arena? Sí, el torrente lo contornea para desaguar por corredores más frágiles. Acurrucadas unas contra otras en la pequeña isla, las hormigas del grupo se sienten mejor.

Las rebeldes se cuentan: sólo ha sobrevivido una cincuentena. Un puñado de deístas sigue murmurando:

No hemos alimentado suficientemente a los Dedos. Por eso han abierto el cielo.

En efecto, en la cosmología mirmeceana el planeta Tierra es cúbico y está rematado por un techo de nubes que contiene el «océano superior». Cada vez que el peso del océano superior es excesivo, el techo se agrieta y deja caer lo que es la lluvia.

Las deístas, por su parte, sostienen que esas resquebrajaduras del techo de nubes se deben a los golpes que con sus garras dan en él los Dedos. Sea como fuere y en espera de días mejores, todas se ayudan entre sí lo mejor que pueden. Algunas se entregan, boca a boca, a trofalaxias. Otras se friccionan para conservar su reserva de calor.

103.683 aplica sus palpos bucales contra la pared y siente que la Ciudad tiembla todavía bajo los asaltos acuáticos.

Bel-o-kan no se mueve, completamente abrumada por ese enemigo polimorfo que proyecta en cualquier intersticio sus patas transparentes. Maldita sea la lluvia, más flexible, más adaptable y más humilde aún que las hormigas. Unas soldados ingenuas hieren a golpes de mandíbula sable a las gotas que resbalan hacia ellas. Matar una es enfrentarse a cuatro. Cuando se da un golpe de pata a la lluvia, la lluvia se queda con la pata enviscada. Cuando se dispara con ácido contra la lluvia, la lluvia se vuelve corrosiva. Cuando se zarandea a la lluvia, la lluvia te recoge y te retiene.

Son incontables las víctimas del aguacero.

Todos los poros de la Ciudad están abiertos.

Bel-o-kan se ahoga.

59. Televisión

El rostro alterado de la señora Ramírez aparece en la pantalla. Desde que se había atascado en su nuevo enigma, aquella serie cifrada, el índice de audiencia del programa se había duplicado. ¿Por el placer sádico de ver a alguien, hasta entonces infalible, dudando de pronto? ¿O bien porque el público, identificándose más fácilmente con ellos, prefiere a los perdedores antes que a los ganadores?

Con su buen humor habitual, el presentador preguntaba:

—Y bien, señora Ramírez, ¿ha encontrado la solución?

—No, todavía no.

—¡Concéntrese, señora Ramírez! ¿Qué le sugiere nuestra serie de cifras?

La cámara enfocó en primer lugar el encerado y luego a la señora Ramírez, que explicaba pensativa:

—Cuanto más observo la serie, más turbada me siento. Es fuerte, muy fuerte. De todos modos, he tenido la impresión de que por fin descubría algunos ritmos... El «uno», colocado, siempre al final... Grupos de «dos» en el centro...

Se acercó al encerado en el que estaban escritas las cifras y comentó, igual que una maestra de escuela:

—Podríamos creer que es una progresión exponencial.

Pero realmente no lo es. He pensado en un orden entre los «unos» y los «doses» y resulta que surge de pronto esta cifra, el «tres», que también se repite... Entonces he pensado que tal vez no había orden de ningún tipo. Tenemos que vérnoslas con un mundo de caos, con cifras dispuestas de forma aleatoria. Sin embargo, mi instinto de mujer me dice que no es así, que no han sido colocadas al azar.

—Y entonces, ¿qué le sugiere esta pizarra, señora Ramírez?

La fisonomía de la señora Ramírez se iluminó.

—Se van a reír de mí —dijo.

La sala estalló en aplausos.

—Dejen que la señora Ramírez medite —intervino el presentador—. Está pensando en algo. ¿En qué, señora Ramírez?

—En el nacimiento del Universo —contestó ella con la frente arrugada—. Pienso en el nacimiento del Universo. «Uno» es la chispa divina que se hincha y luego se divide. ¿Será posible que usted me haya propuesto como enigma la ecuación matemática que rige el Universo? ¿Lo que Einstein buscó en vano toda su vida? ¿El Grial de todos los físicos del mundo?

Por una vez, el presentador adoptó un gesto enigmático que concordaba perfectamente con el tema de su emisión.

—¡Quién sabe, señora Ramírez! «¡Trampa para...

—... pensar!» —gritó el público al unísono.

—... para pensar», sí, el pensamiento no conoce límites. Vamos, señora Ramírez, ¿respuesta o comodín?

—Comodín. Necesito más información.

—¡La pizarra! —reclamó el animador.

Y anotó la serie ya conocida:

1

11

21

1211

111221

312211

13112221

Luego, sin mirar su papel, añadió:

1113213211

—Le recuerdo las frases clave. La primera era: «Cuanto más inteligente es uno, menos posibilidades tiene de encontrarlo.» La segunda era: «Hay que olvidar lo que se sabe.» Y le ofrezco una tercera a su sagacidad: «Como el Universo, este enigma nace en la simplicidad absoluta.»

Aplausos.

—¿Puedo darle un consejo, señora Ramírez? —preguntó el presentador, de nuevo jovial.

—Se lo ruego —dijo la candidata.

—Creo, señora Ramírez, que no es usted lo bastante simple, lo bastante tonta, en suma, que no está usted suficientemente vacía. Su inteligencia le juega malas pasadas. Dé marcha atrás en sus células, vuelva a ser la niña ingenua que todavía hay en usted. Y, en cuanto a mis queridos telespectadores y telespectadoras, les digo: ¡hasta mañana, si así lo quieren!

Laetitia Wells apagó el aparato.

—¿Ha encontrado usted la solución al enigma?

—No, ¿y usted?

—Tampoco. Debemos ser demasiado inteligentes, si quiere mi opinión. Ese presentador tiene razón.

Para Méliés era hora de irse. Metió los frascos en sus amplios bolsillos.

En el umbral, volvió a preguntar:

—¿Por qué no nos ayudamos en lugar de trabajar y cansarnos cada uno por nuestro lado?

—Porque tengo la costumbre de funcionar sola y porque Policía y Prensa nunca

han hecho buena pareja.

—¿Sin excepciones?

Ella sacudió su corta cabellera de ébano.

—¡Sin excepciones! Adelante, comisario, ¡y que gane el mejor!

—Pues si así lo quiere, ¡que gane el mejor!

Y desapareció en la escalera.

60. Inicio de la cruzada

La lluvia, agotada, se retira. Retrocede en todos los frentes. También ella tiene un depredador. Se llama Sol. El antiguo aliado de la civilización mirmeceana se ha hecho esperar, pero ha llegado a tiempo. Ha cerrado rápidamente las heridas abiertas del cielo. El océano superior ya no se derrama sobre el mundo.

Las belokanianas libradas del desastre salen para secarse y calentarse. Una lluvia es como una hibernación en que el frío fuera sustituido por el remojo. Es peor. ¡El frío adormece, el remojo mata!

Fuera felicitan al astro vencedor. Algunas entonan el viejo himno de gloria:

Sol, entra en nuestros caparazones huecos, mueve nuestros músculos doloridos y une nuestros pensamientos divididos.

La Ciudad entera repite por todas partes esta canción olorosa. No por ello Bel-okan ha dejado de recibir una buena paliza. Lo poco que queda del domo, acribillado a impactos de granizos, vomita pequeños chorros de un agua clara salpicada de grumos negros: los cadáveres de los ahogados.

Las nuevas que llegan de las otras ciudades tampoco están radiantes. ¿Habría bastado, pues, un chaparrón para acabar con la orgullosa federación de las hormigas rojas del bosque? ¿Una simple lluvia puede acabar con un imperio?

Las ruinas del domo dejan al descubierto un solano donde los capullos no son más que granulados húmedos en una sopa de barro. ¿Y cuántas nodrizas han encontrado la muerte queriendo proteger a las crías entre sus patas? Algunas han conseguido salvar a las suyas enarbolándolas en la punta de sus patas por encima de la cabeza.

Las escasas supervivientes que hay entre las hormigas porteras se desincrustan de las salidas de la Ciudad Prohibida. Asustadas, contemplan la amplitud de la catástrofe. La misma Chli-pu-ni está estupefacta por la magnitud de los destrozos.

En tales condiciones, ¿se puede construir algo sólido? ¿Para qué sirve la inteligencia si un poco de agua basta para devolver el mundo a los primeros días de la civilización hormiga?

103.683 y las rebeldes salen también de su refugio. La soldado se dirige inmediatamente hacia su reina.

Después de lo que ha pasado, hemos de renunciar a nuestra cruzada contra los Dedos.

Chli-pu-ni se queda inmóvil, sopesa la feromona. Luego mueve muy despacio las antenas, responde que no, que la cruzada figura entre los proyectos mayores que nada podría cuestionar. Añade que sus tropas de élite, acantonadas en el interior del tronco de la Ciudad prohibida, están intactas y que, del mismo modo, también hay en reserva escarabajos rinoceronte.

Debemos matar a los Dedos y lo haremos.

Sin embargo, hay una diferencia de tamaño: en lugar de ochenta mil soldados, 103.683 sólo dispondrá de... tres mil. Efectivos reducidos, cierto, pero muy experimentados y aguerridos. De igual modo, en vez de las cuatro escuadrillas de coleópteros volantes previstos inicialmente, sólo habrá una, de treinta unidades, lo cual es mejor que nada.

103.683 conviene en ello y echa hacia atrás las antenas en señal de asentimiento. No por ello deja de ser pesimista sobre el destino que espera a la exigua expedición.

En esto, Chli-pu-ni se retira y prosigue su inspección. Algunas presas han aguantado y han permitido salvar barrios enteros. Pero las pérdidas son enormes y han sido sobre todo los capullos y la generación siguiente los que han resultado diezmados. Chli-pu-ni decide aumentar su ritmo de puesta para repoblar cuanto antes su ciudad. Todavía dispone de millones de espermatozoides frescos en su espermateca.

Y, puesto que tiene que poner, pondrá.

Por todo Bel-o-kan las hormigas reparan, alimentan, cuidan, analizan los destrozos, buscan soluciones.

Las hormigas no se dan por vencidas tan fácilmente.

61. Zumo de roca

El profesor Maximilien MacHarious examinaba el contenido de la probeta en su cuarto del «Hotel Bellevue». La sustancia que le había entregado Caroline Nogard se había transformado en un líquido negro, semejante a zumo de roca.

Sonó el timbre. Esperaba a los dos visitantes. Se trataba de una pareja de sabios etíopes, Gilíes y Suzanne Odergin.

—¿Cómo va todo? —preguntó el hombre nada más entrar.

—Seguimos al pie de la letra el programa establecido —respondió tranquilamente el profesor MacHarious.

—¿Está usted seguro? El teléfono de los hermanos Salta no contesta.

—¡Bah! Se habrán ido de vacaciones.

—Tampoco contesta Caroline Nogard.

—¡Han trabajado tanto! Es normal que ahora deseen tomarse un pequeño descanso.

—¿Un pequeño descanso? —dijo irónica Suzanne Odergin.

Abrió su bolso y blandió varios recortes de periódicos con el relato de la muerte de los hermanos Salta y de Caroline Nogard.

—¿No lee nunca la Prensa, profesor MacHarious? Las revistas califican ya estos casos como el «thriller del verano». ¿A esto llama usted seguir el programa establecido?

El pelirrojo no pareció alterado por estas noticias.

—¿Qué quiere? No se puede hacer una tortilla sin romper huevos.

Los etíopes estaban cada vez más inquietos.

—¡Esperemos entonces que la «tortilla» esté hecha antes de que se echen a perder todos los huevos!

MacHarious sonrió. Les señaló la probeta sobre el felpudo.

—Ahí tienen ustedes nuestra «tortilla».

Admiraron juntos el felpudo negro de suaves reflejos azulados. El profesor Odergin colocó con mil precauciones el precioso frasco en un bolsillo interior de su chaqueta.

—Ignoro lo que ocurre, MacHarious, pero sea prudente.

—No se preocupe. Mis dos perros me protegen.

—¡Sus perros! —Exclamó la esposa—. Ni siquiera han ladrado cuando hemos llegado. ¡Bonitos cancerberos!

—Es que esta noche no están aquí. Se los ha quedado el veterinario para un examen. Pero mañana, mis fieles guardianes estarán aquí para velar por mí.

Los etíopes se retiraron. El profesor MacHarious, agotado, se acostó.

62. Las rebeldes

Las rebeldes supervivientes están reunidas bajo una flor de fresa, en los suburbios de Bel-o-kan. Su perfume afrutado asegurará la interferencia de las conversaciones en caso de que una antena inoportuna vaya a merodear por allí. 103.683 se ha unido al grupo. Pregunta qué piensan hacer ahora, cuando su número ha menguado tanto.

La decana, una no-deísta, responde:

Somos pocas, pero no queremos dejar morir a los Dedos. Trabajaremos aún más para alimentarlos.

Las antenas se alzan unas tras otras para expresar su aprobación. El diluvio no ha diluido su proyecto.

Una deísta se vuelve hacia 103.683 y le señala el capullo de mariposa:

En cuanto a ti, debes partir. Por esto. Vete al fin del mundo con esa cruzada. Es preciso que lo hagas por la misión Mercurio.

Trata de conseguir una pareja de Dedos, le dice otra, nosotras los cuidaremos para ver si pueden reproducirse en cautividad.

24, la benjamina del grupo, solicita partir con 103.683. Quiere ver a los Dedos, olerlos, tocarlos. El doctor Livingstone no le basta. Sólo es un intérprete. Ella desea un contacto directo con los dioses, aunque sea para asistir a su destrucción. Insiste, puede ser útil a 103.683, encargándose, por ejemplo, del capullo durante las batallas.

Las demás rebeldes se asombran ante esa candidatura.

¿Por qué, qué tiene esa hormiga de especial?, pregunta 103.683.

La joven asexuada no les deja responder e insiste en acompañar a la soldado en su nueva odisea.

103.683 acepta esa ayuda sin hacer ninguna pregunta más. Se siente a gusto con las afinidades olorosas que le informan de que no hay nada realmente malo en esta hormiga 24. Ya tendrá oportunidad, durante el viaje, de descubrir esa «tara» que la convierte en motivo de burla para sus compañeras.

Pero una segunda rebelde también exige formar parte del viaje. Se trata de la hermana mayor de 24: 23.

103.683 la huele y vuelve a opinar. Aquellas voluntarias serán unas aliadas bienvenidas.

La cruzada partirá a la mañana siguiente, con el alba. Las dos hermanas deberán esperarla en ese lugar.

63. Vida y muerte de MacHarious

El profesor Maximilien MacHarious estaba seguro, había oído un ruido, allí, al final de su cama. Algo le había sacado de su sueño y ahora permanecía inmóvil, con los nervios tensos. Terminó por encender su lámpara de cabecera y decidió levantarse. No había ninguna duda, la manta era agitada por minúsculas trepidaciones.

Un científico de su envergadura no iba a dejarse intimidar por ello. A cuatro patas, con la cabeza por delante, se metió entre sus sábanas. Sonrió al principio, a medias divertido, a medias intrigado, al descubrir qué era lo que había provocado aquellos movimientos. Pero cuando aquello se abalanzó contra él, aprisionándolo en su caverna textil, no tuvo tiempo siquiera de protegerse su rostro.

Si en el cuarto hubiera habido alguien en ese momento, habría visto la superficie de la cama animada como por una noche de amor.

Pero no era una noche de amor. Era una noche de muerte.

64. Enciclopedia

MUTACIÓN: Cuando los chinos se anexionaron el Tíbet, instalaron allí familias chinas para probar que aquella región también estaba poblada por chinos. Pero en el Tíbet resulta difícil soportar la presión atmosférica. Provoca vértigos y edemas en quienes no están habituados a él. Y por no se sabe qué misterio fisiológico, las mujeres chinas se muestran incapaces de dar a luz aquí, mientras que las mujeres tibetanas parían sin problemas en los pueblos más elevados. Era como si la tierra tibetana rechazase a los invasores, orgánicamente inadecuados para vivir sobre ella.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

65. La larga marcha

Al alba, los soldados empiezan a concentrarse cerca de donde estuvo la puerta número 2, que ahora no es más que un montón de ramitas desbaratadas y húmedas.

Las que tienen frío se entregan a pequeños ejercicios de estiramiento de las patas para desentumecerlas y calentarlas. Otras afilan sus mandíbulas o hacen posiciones y fintas de combate.

Por fin se eleva el sol sobre el ejército que crece, haciendo relucir sus corazas. La exaltación sube. Todas saben que están viviendo un gran momento.

Aparece 103.683. Muchas la reconocen y la saludan. La soldado va escoltada por las dos hermanas rebeldes. 24 lleva el capullo de mariposa, a cuyo través se distingue vagamente una forma oscura.

¿Qué es ese capullo?, pregunta una guerrera.

Alimento, sólo alimento, responde 24.

Llegan por fin los escarabajos rinoceronte. Aunque son treinta únicamente, ¡qué gran efecto causan! Todas se empujan para admirarlos más de cerca. Les gustaría verlos despegar, pero ellos explican que no se lanzarán al aire hasta que no sea realmente necesario. Por el momento, caminarán como todo el mundo.

Las hormigas se cuentan, se animan, se felicitan, se alimentan. Distribución de melazo y de fragmentos de patas de pulgones ahogados, recuperados entre los escombros. Las hormigas no desechan nada. Se comen también los huevos y las ninfas muertas. Mojados como esponjas, los trozos de carne circulan entre las filas, son secados y luego devorados con glotonería.

Una vez engullida aquella olla fría, una señal surgida de no se sabe dónde llama a la masa a fin de que se alinee en orden de marcha. ¡Adelante para la cruzada contra los Dedos!

Es la partida.

Las hormigas se ponen en movimiento en larga procesión. Bel-o-kan lanza su brazo armado hacia el Oriente. El sol empieza a difundir un agradable calor. Los soldados entonan el viejo himno oloroso:

*Sol, entra en nuestros caparazones huecos,
mueve nuestros músculos doloridos,
y une nuestros pensamientos divididos.*

Y todos alrededor continúan el himno:

*Somos todos polvo de sol.
Que las pompas de luz vengan a nuestro espíritu,*

*igual que nuestros espíritus serán también un día pompas de luz.
Somos todos calor.
Somos todos polvo de sol.
¡Que la Tierra nos muestre el camino a seguir!
Nosotros la recorreremos en todas direcciones,
hasta encontrar el lugar donde ya no se necesite avanzar.
Somos todos polvo de sol.*

Las hormigas mercenarias ponerinas no conocen las feromonas de las palabras. Por eso acompañan el canto haciendo rechinar su pecíolo. Para producir bien su música, desplazan la punta quitinosa de su tórax sobre la banda estriada situada en la parte inferior de sus anillos abdominales. De este modo emiten un sonido que recuerda el cricrí del grillo, pero más seco y menos sonoro.

Una vez concluido el canto de guerra, las hormigas se callan y caminan. Aunque los pasos son anárquicos, el ritmo del énfasis cardíaco es igual para todas.

Cada una piensa en los Dedos y en las terribles leyendas que han recibido sobre esos monstruos. Pero así reunidas, en manada, se sienten omnipotentes y avanzan alegres. Hasta los vientos, que ahora se levantan, parecen haber decidido acelerar la gran cruzada y facilitarle la tarea.

Al frente del cortejo, 103.683 husmea entre las hierbas y las ramas que desfilan por encima de sus antenas.

El olor está allí, a su alrededor. Los animalillos que escapan amedrentados, las flores multicolores que intentan provocar con sus perfumes embriagadores, los troncos sombríos que tal vez escondan comandos hostiles, los helechos águila llenos de diablillos...

Sí, todo está allí. Como la primera vez. Todo está allí, impregnado de ese aroma único: ¡el olor de la gran aventura que empieza!

66. Enciclopedia

LEY DE PARKINSON: La ley de Parkinson (nada tiene que ver con la enfermedad del mismo nombre) señala que, a medida que una empresa crece, se contrata a más personas mediocres que, no obstante, reciben un salario muy por encima de su mérito. ¿Por qué? Simplemente porque los cuadros que ocupan el poder temen la llegada de competidores en potencia. La mejor manera de no crearse rivales peligrosos consiste en contratar incompetentes. La mejor forma de eliminar en ellos cualquier veleidad de zancadillas es pagarles muy bien. De este modo las castas dirigentes se aseguran una tranquilidad permanente.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

67. Nuevo crimen

—El profesor Maximilien MacHarious era una eminencia de la Universidad en Química de Arkansas. Estaba de visita en Francia y se había hospedado en este hotel hace una semana —dijo el inspector Cahuzacq consultando un informe.

Jacques Méliés paseaba arriba y abajo por la habitación mientras tomaba notas.

Un policía de guardia asomó la cabeza por la puerta:

—Una periodista de *El Eco del domingo* desea verle, comisario. ¿La dejamos entrar?

—Sí.

Laetitia Wells hizo su aparición, magnífica como siempre con uno de sus trajes de seda negra.

—Buenos días, comisario.

—¡Buenos días, señorita Wells! ¿Qué viento la trae por aquí? Yo creía que debíamos trabajar cada uno por nuestro lado hasta que ganase el mejor.

—Eso no impide que nos encontremos en los lugares del enigma. Después de todo, cuando estábamos mirando «Trampa para pensar», cada uno analizábamos a nuestro modo el mismo problema... Bueno, ¿ha mandado analizar los frascos de la CQG?

—Sí. Según el laboratorio, podría tratarse de veneno. Hay dentro un montón de cosas cuyo nombre he olvidado. A cuál más tóxica. Lo suficiente, según dicen, para fabricar todo tipo de insecticidas.

—Pues, entonces, comisario, ahora sabe usted tanto como yo al respecto. ¿Y la autopsia de Caroline Nogard?

—Paro cardíaco. Hemorragias internas múltiples. Siempre la misma canción.

—Hum... ¿Y éste? ¿Qué horror?

El sabio pelirrojo estaba boca abajo, con la cabeza vuelta hacia los visitantes como para una estupefacta y terrorífica testificación. Los ojos estaban fuera de sus órbitas, la boca había vomitado no se sabe qué repugnantes mucosidades que ensuciaban la larga barba, las orejas todavía sangraban... Y una extraña mecha blanca, cuya existencia antes de la muerte habría que comprobar, le cruzaba la frente. Méliés observó además que las manos estaban crispadas sobre el abdomen.

—¿Sabe quién es? —preguntó el comisario.

—Nuestra nueva víctima es, o más bien era, el profesor Maximilien MacHarious, especialista mundial en insecticidas.

—Sí, en insecticidas... ¿Quién podría estar interesado en matar a unos brillantes creadores de insecticidas?

Juntos contemplaron el cuerpo descompuesto del célebre químico.

—¿Una liga de protección de la Naturaleza? —sugirió Laetitia.

—Sí, ¿y por qué no unos insectos? —dijo burlón Méliés.

Laetitia agitó su flequillo moreno.

—En efecto, ¿por qué no? Pero hay un problema, ¡sólo los seres humanos leen los periódicos!

Y tendió un recorte de Prensa donde se anunciaba la llegada a París del profesor Maximilien MacHarious para un seminario sobre los problemas de invasión de insectos en el mundo. Se indicaba en él, incluso, que se alojaría en el «Hotel Bellevue».

Jacques Méliés leyó el artículo y se lo pasó a Cahuzacq, que lo metió en su informe. Luego decidió peinar toda la habitación. Aguijoneado por la presencia de Laetitia, tenía que dar muestras de su meticuloso profesionalismo. Como siempre, tampoco en este caso había arma, ni rastros de violencia ni huellas en los cristales, ni heridas aparentes. Como en casa de los Salta, como en casa de Caroline Nogard: ni el menor indicio.

Y tampoco había pasado por allí la primera cohorte de moscas. Por lo tanto el asesino había permanecido en el lugar del crimen cinco minutos después de la muerte, como para vigilar el cadáver o limpiar la habitación de cualquier huella acusadora.

—¿Ha encontrado algo? —le preguntó Cahuzacq.

—Las moscas siguen teniendo miedo.

El inspector pareció consternado. Laetitia preguntó:

—¿Las moscas? ¿Qué tienen que ver las moscas con todo esto?

Encantado de llevar un poco la iniciativa, el comisario le recitó su discursito sobre las moscas.

—La idea de utilizar moscas para ayudar a resolver casos criminales nos viene de un tal profesor Brouarel. En 1890, se descubrió un feto metido en el conducto de una chimenea parisiense. En el piso se habían sucedido unos a otros, hacía unos meses, varios inquilinos: ¿cuál de ellos había escondido el pequeño cadáver? Brouarel resolvió el enigma. Sacó unos huevos de mosca de la boca de la víctima, cronometró su maduración y de este modo pudo determinar, con un margen de una semana, la fecha en la que el feto había sido depositado en la chimenea. Los culpables pudieron ser arrestados.

La mueca de repugnancia que no pudo reprimir la hermosa periodista alentó a Méliés a proseguir por aquel camino.

—Yo mismo logré descubrir una vez, gracias a ese método, que un maestro hallado muerto en su escuela había sido asesinado en realidad en el bosque antes de ser trasladado a un aula, para así hacer creer en la venganza de algún alumno. Las moscas atestiguaron a su manera. Las larvas encontradas en el cuerpo provenían sin ninguna duda de moscas de los bosques.

Laetitia pensó que, llegado el momento, la teoría podría servirle un día de tema para un artículo.

Satisfecho con su demostración, Méliés volvió junto a la cama. Con la ayuda de su lupa luminosa, terminó por descubrir un minúsculo agujero completamente cuadrado en un bajo del pantalón del pijama del cadáver. La periodista también estaba allí. Él dudó, y finalmente dijo:

—¿Ve usted ese pequeño agujero? He visto el mismo tipo de corte en la chaqueta de uno de los Salta. De la misma forma, exactamente...

ZZZZZzzzzzz...

Ese ruido característico cantó en las orejas del comisario. Levantó la cabeza y descubrió una mosca en el techo. El insecto dio algunos pasos, despegó y revoloteó encima de su cráneo. Un policía, molesto por el ruido, quiso echarla, pero el comisario le disuadió de ello. Seguía su trayectoria y quería saber dónde iba a posarse.

—¡Mire!

Tras varios círculos que tuvieron por efecto cansar la paciencia de todos los policías y de la periodista, la mosca se dignó aterrizar sobre el cuello del cadáver. Luego se deslizó bajo su barbilla. Y desapareció bajo el profesor MacHarious.

Jacques Méliés, intrigado, se acercó y dio la vuelta al cuerpo para descubrir dónde iba la mosca.

Fue entonces cuando vio la inscripción.

El profesor MacHarious había empleado sus últimas energías en mojar su índice en la sangre que fluía de sus orejas y escribir una palabra en la sábana. Nada más hacerlo se había desmoronado encima, tal vez para evitar que el asesino descubriese el mensaje, tal vez porque había muerto en ese momento.

Todos los presentes se acercaron para leer las ocho letras.

La mosca estaba absorbiendo con su trompa la sangre que formaba la primera letra: «H». Luego, cuando hubo terminado esos entremeses, se bebió la «O», la «R», la «M», la «I», la «G», la «A» y la «S».

68. Carta a Laetitia

«Laetitia, querida hija:

»No me juzgues.

»No he podido soportar quedarme a tu lado tras la muerte de tu madre porque cada vez que te miraba la veía a ella, y eso era como si un cuchillo ardiente se clavase en mi cerebro.

»No soy de esos hombres sólidos a los que nada afecta y que aprietan las mandíbulas cuando se levanta la tempestad. En esos momentos, tiendo a abandonarme y a dejarme arrastrar como una hoja seca.

»Sé que he elegido lo que generalmente se considera el comportamiento más cobarde: la fuga. Pero ninguna otra decisión podía salvarnos a ti y a mí.

«Crece­rás por lo tanto sola, te educarás sola, deberás encontrar en ti la fuerza y las protecciones que te llevarán hacia delante. No es la peor de las escuelas, todo lo contrario. En la vida uno está siempre solo, y, cuanto antes se comprende, mejor.

»Encuentra tu camino.

»En mi familia, todo el mundo ignora tu existencia. Siempre he sabido guardar en secreto lo que yo más quería. En el momento en que recibas esta carta, probablemente ya estaré muerto. Por lo tanto, será inútil que me busques. He legado mi piso a mi sobrino Jonathan. No vayas a verle, no le hables, no reivindiques nada.

»Te dejo una herencia completamente distinta. Un regalo que podría parecer carente de valor al común de los mortales. Sin embargo, es extremadamente precioso para un espíritu curioso y emprendedor. Y, en este punto, confío en ti.

»Se trata de los planos de una máquina que permitirá descifrar el lenguaje olfativo de las hormigas. Lo he bautizado “Piedra Rosetta”, porque supone una posibilidad única de tender un puente entre dos especies, entre dos civilizaciones, ambas muy desarrolladas.

»En resumen, esa máquina es un traductor. Por medio de ella podremos no sólo comprender a las hormigas sino, además, hablar con ellas. ¡Dialogar con las hormigas! ¿Te das cuenta?

»Yo apenas he empezado a utilizarla y ya me ha abierto tantas perspectivas maravillosas que no bastará lo que me queda de vida para caminar por ellas.

«Prosigue tú mi obra. Toma el relevo. Más tarde, deberás pasárselo a otra persona que elijas, para que ese dispositivo no desaparezca nunca. Pero actúa siempre con la mayor discreción: todavía es demasiado pronto para que la inteligencia de las hormigas aparezca ante los hombres a plena luz. Deberás hablar de todo esto únicamente con aquellos o aquellas que te sean útiles para progresar.

»Tal vez ese día mi sobrino Jonathan haya conseguido utilizar el prototipo que he dejado en la bodega. A decir verdad, lo dudo, pero poco importa.

»En cuanto a ti, si ese camino te atrae y te llama, creo que ha de reservarte pasmosas sorpresas.

«Hija mía, te quiero.

»Edmond Wells

»**P.D. 1.** Te adjunto los planos de la Piedra Rosetta.

»**P.D. 2.** Te adjunto también el segundo volumen de mi “Enciclopedia del saber relativo y absoluto”. Existe una copia en el fondo de la bodega de mi piso. Esta obra pretende abarcar todos los sectores del conocimiento con una predilección, evidentemente, por la entomología. “La Enciclopedia del saber relativo y absoluto” es como un bazar, en el que cada cual encuentra lo que va a buscar. Cada lectura tiene un sentido diferente, porque entra en consonancia con la vida del lector y armoniza con su propia visión del mundo.

«Piensa que es un guía, un amigo que te envió.

»**P.D. 3.** ¿Te acuerdas de que, cuando eras pequeña, ya te gustaban los enigmas y te planteé uno? Te preguntaba cómo se podían hacer cuatro triángulos equiláteros mediante seis cerillas. Te di una frase para ayudarte en la búsqueda: “Hay que pensar de otra manera”. Tardaste pero terminaste por descubrir la solución. Abrirse a la tercera dimensión. Pensar de modo distinto a lo habitual. Hacer una pirámide en relieve. Era un primer paso. Ahora quiero proponerte otro enigma, que pertenece al segundo estadio. También con seis cerillas, ¿puedes formar no cuatro sino seis triángulos equiláteros? La frase que te ayudará a buscar puede parecerle a priori lo contrario de la anterior. Es ésta: “Hay que pensar de la misma manera que el otro”».

69. Veinte mil leguas sobre tierra

La cruzada avanza, el bosque cambia. A trozos, la erosión de la caliza ha permitido al gres salir como dientes de leche. Brezos, musgos y junglas de helechos se suceden.

Drogadas por el calor tórrido del mes de agosto, las hormigas alcanzan en un tiempo récord las aldeas orientales de la Federación: Liviu-kan, Zubi-zubi-kan, Zedi-bei-nakán... En todas partes les ofrecen capullos llenos de melazo, jamones de saltamontes, cabezas de grillos rellenas de cereales. En Zubi-zubi-kan les ruegan que acepten un rebaño de ciento sesenta pulgones para ordeñarlos durante el viaje.

Y luego se habla de los Dedos. Todo el mundo habla de ellos. ¿Quién no ha sufrido ya accidentes con los Dedos? Se han encontrado expediciones enteras aplastadas.

La ciudad de Zubi-zubi-kan nunca ha tenido que enfrentarse a ellos directamente. A las zubizubikianianas les gustaría mucho reforzar con su presencia la cruzada, pero la temporada de caza de las mariquitas empezará pronto, y, además, necesitan de todas sus mandíbulas para proteger sus grandes riquezas ganaderas.

En Zedi-bei-nakán, la etapa siguiente, soberbia ciudad construida en las raíces de un haya, son menos avaros. ¡Se suma a la cruzada una legión de artilleras equipadas con el nuevo ácido hiperconcentrado al 60%! Y ofrecen además una reserva de veinte capullos ánfora llenos de esa munición.

También aquí los Dedos han causado destrozos. Con un aguijón gigante han grabado signos en la corteza de su árbol. El haya lo pasó muy mal y empezó a secretar una savia tóxica que a punto estuvo de envenenarlas a todas. Las zedibeinakanianas se vieron obligadas a mudarse mientras cicatrizaba la corteza.

¿Y si los Dedos fueran entidades benéficas cuyos actos somos incapaces de comprender?

La ingenua intervención de 24 es acogida con asombrosa estupefacción. ¿Cómo se puede emitir semejante observación durante una cruzada anti-Dedos?

103.683 vuela en ayuda de la atolondrada. Le explica que en Bel-o-kan no se vacila en considerar todos los casos, ejercicio cuyo objetivo consiste en no dejarse sorprender por la adversidad.

Una belokaniana enseña a las zedibeinakanianas el último canto evolucionario compuesto por Madre Chli-pu-ni con motivo de esta cruzada:

*La elección de tu adversario define tu valor.
Quien combate a un lagarto se vuelve lagarto,
Quien combate a un pájaro se vuelve pájaro,
Quien combate a un ácaro se vuelve ácaro.*

¿Y se vuelve un dios quien combate a un dios?, se pregunta 103.683.

En cualquier caso, el estribillo encanta a las zedibeinakanianas. Muchas preguntan a las cruzadas sobre las tecnologías evolucionarias puestas a punto por su reina. Las belokanianas no se hacen de rogar para referir la forma en que la Ciudad ha sabido domar a los coleópteros rinoceronte que, de pronto, se convierten en las estrellas festejadas. Hablan de canales de circulación interna, de nuevas armas, de nuevas técnicas agrícolas y de modificaciones arquitectónicas en la Ciudad central.

No sabíamos que el movimiento evolucionario hubiera tomado semejante amplitud, dice la reina Zedi-bei-nikiuni.

Nadie dice una palabra, por supuesto, de los estragos provocados por el reciente chaparrón, ni de la existencia de rebeldes pro-Dedos en el seno mismo de la Ciudad.

Las zedibeinakanianas están realmente impresionadas. ¡Y pensar que no hace un año las tecnologías mirmeceanas más avanzadas se reducían a la cría de pulgones, el cultivo de hongos y la fermentación del melazo!

Las hormigas discuten, por último, sobre la cruzada propiamente dicha. 103.683 explica que el ejército atravesará el río, franqueará el confín del mundo y, a partir de ahí, rastrillará la mayor extensión posible a fin de no dar tiempo a ningún Dedo para que escape.

La reina Zedi-bei-nikiuni se pregunta si las tres mil soldados de la Ciudad central bastarán para exterminar a todos los Dedos del mundo. 103.683 confiesa que también ella siente algunas dudas al respecto, y eso, pese a la ayuda de la legión volante.

La reina Zedi-bei-nikiuni medita y luego consiente en prestar a las cruzadas una legión de caballería ligera. Son soldados de patas muy altas, extremadamente veloces y aptas, a buen seguro, para cazar a los Dedos en su huida.

Luego la reina habla de otra cosa. De las extravagancias de una nueva ciudad. ¿Una ciudad hormiga? No, una ciudad abeja, la colmena de Askolein, llamada a veces la Colmena de oro. Está situada cerca de allí, en el cuarto árbol a la derecha del gran roble velludo. Desde allí recolectan su polen, cosa que es normal. Pero no lo es tanto que no vacilen en atacar, si pueden, los convoyes de hormigas. Este comportamiento pirata no sorprendería nada en las avispas. Pero, en el caso de las abejas, parece más bien preocupante.

Zedi-bei-nikiuni llega a pensar incluso que esas abejas alimentan proyectos expansionistas. Acosan a los convoyes cada vez más cerca de su ciudad madre. A las hormigas les cuesta mucho rechazarlas. La mayoría de las veces, por miedo a recibir un dardo venenoso, prefieren abandonar sus presas.

¿Es cierto que las abejas mueren después de haber picado?, pregunta un escarabajo rinoceronte.

Todo el mundo queda sorprendido al ver a un coleóptero dirigirse directamente a hormigas, pero, como después de todo también él participa en la cruzada, una

zeidibeinakaniana condesciende a contestarle:

No, no siempre. Sólo mueren si hunden su dardo a mucha profundidad.

Otro mito que se desmorona.

Han intercambiado un montón de informaciones útiles, pero la noche está cayendo. Las belokanianas agradecen a la ciudad de Zedi-bei-nakán los refuerzos generosamente concedidos. Ambas poblaciones intercambian numerosas trofalaxias. Se lavan las antenas unas a otras antes de que el frío invite a todo el mundo a un sueño obligado.

70. Enciclopedia

ORDEN: El orden genera el desorden, el desorden genera el orden. En teoría, si se bate un huevo para hacer una tortilla, existe una probabilidad ínfima de que la tortilla pueda volver a tomar la forma del huevo del que ha salido. Pero esa probabilidad existe. Y cuando más desorden haya en esa tortilla, más se multiplican las posibilidades de recuperar el orden del huevo inicial.

Por lo tanto, el orden no es más que una combinación de desórdenes. Cuanto más se expande nuestro universo ordenado, más entra en desorden. Desorden que, difundiéndose a su vez, genera órdenes nuevos en los que nada excluye que uno de ellos pueda ser idéntico al orden primitivo. Delante de nosotros, en el espacio y en el tiempo, en el confín de nuestro universo caótico se halla, ¿quién sabe?, el Big Bang original.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

71. El flautista

¡Ding, dong!

Laetitia Wells abrió rápidamente.

—Buenos días, comisario. ¿Viene otra vez a ver la televisión?

—Quiero discutir, poner en claro mis ideas. Escúcheme, eso me bastará, no le estoy pidiendo que me descubra sus elementos de reflexión.

Ella le dejó pasar.

—Muy bien, comisario, soy toda oídos.

Le indicó un sillón y luego se sentó frente a él cruzando sus largas piernas.

Él admiró primero el drapeado a la griega de su vestido y las incrustaciones de jade en sus finos cabellos antes de empezar:

—Permítame que resuma. El asesino es alguien capaz de entrar y actuar en un espacio cerrado; alguien que suscita terror, que no deja huellas tras de sí y que sólo parece atacar a químicos especializados en insecticidas.

—Y que da miedo a las moscas —añadió Laetitia, sirviendo dos copas de hidromiel y mirándole fijamente con sus grandes ojos violeta.

—Sí —continuó el comisario—. Pero ese MacHarious nos ha aportado un elemento nuevo: la palabra «hormigas». Podríamos pensar entonces que nos hallamos frente a hormigas que atacan a los fabricantes de insecticidas. La idea resulta divertida, desde luego, pero...

—Pero es poco realista.

—Exactamente.

—Las hormigas habrían dejado huellas —dice la periodista—. Por ejemplo, se habrían interesado en los alimentos que había por la casa. Ninguna hormiga resiste el cebo de una manzana fresca, y había una intacta sobre la mesilla de noche de MacHarious.

—Bien observado.

—Entonces seguimos con un crimen a puerta cerrada, sin huellas, sin armas y sin violencia. Tal vez nos falta imaginación para comprender.

—¡Maldita sea, no hay diez mil maneras de ser un asesino!

Laetitia Wells sonrió de modo misterioso.

—¿Quién sabe? Las novelas policíacas evolucionan, trate de imaginar lo que una Agatha Christie escribiría en el año cinco mil o un Conan Doyle del planeta Marte y estoy segura de que avanzará en su investigación.

Jacques Méliés la miró y se llenó los ojos con la belleza de Laetitia Wells.

Ésta, turbada, se levantó y fue en busca de un pitillo. Lo encendió y se protegió tras una pantalla de humo opiáceo.

—Escribía usted en su artículo que yo estaba demasiado seguro de mí mismo y no

escuchaba suficientemente a los demás. Tenía razón. Pero nunca es tarde para corregirse. No se burle, pero me parece que, en contacto con usted, ya he empezado a pensar de forma diferente, de un modo más abierto... ¡Mire, he llegado a sospechar de las hormigas!

—¡Otra vez con sus hormigas! —dijo ella, como un poco harta.

—Espere. Tal vez no lo sepamos todo sobre las hormigas. Pueden tener cómplices. ¿Conoce usted la historia del flautista de Hamelín?

—Se me ha olvidado.

—Cierta día, el pueblo de Hamelín fue invadido por las ratas. Pululaban por todas partes. Había tantas que no sabían cómo deshacerse de ellas. Cuantas más mataban, más surgían. Devoraban todo el alimento, se reproducían a toda velocidad. Los habitantes estaban pensando ya en marcharse, abandonarlo todo. Fue entonces cuando un joven se ofreció a salvar al pueblo a cambio de una buena recompensa. Los notables no tenían nada que perder y aceptaron sin discutir. El adolescente empezó a tocar la flauta. Fascinadas, las ratas se reunieron y le siguieron cuando se alejó. El flautista las llevó hacia el río donde todas se ahogaron. Pero cuando reclamó su recompensa, los notables del pueblo se le rieron en las narices.

—¿Qué quiere decir con esa historia? —preguntó Laetitia.

—¿Qué quiero decir? Imagine una situación análoga: un «flautista» capaz de dirigir hormigas. Un hombre que quiere vengarlas de sus peores enemigos, ¡los inventores de insecticidas!

Había logrado interesar a la joven. Ella le miró con sus ojos violeta muy abiertos:

—Siga —le dijo.

Parecía nerviosa y aspiró una gran vaharada de tabaco.

Él se detuvo como presa de una exaltación nueva. Por todos sus circuitos eléctricos cerebrales sonaba una campanilla de triunfo.

—Creo que he dado con ello.

Laetitia Wells le miró con aire extraño.

—¿Con qué ha dado?

—¡Es un hombre el que ha domado a las hormigas! Invaden a las víctimas desde el interior y propinan golpes de... mandíbula, de ahí las hemorragias internas; y luego salen, por ejemplo, por las orejas. Eso explicaría que muchos cadáveres sangren por las orejas. Luego se reagrupan, se llevan a sus heridos. En esta operación tardan cinco minutos, el tiempo necesario para impedir que las moscas de la primera cohorte se acerquen... ¿Qué le parece?

Laetitia Wells no compartía realmente el entusiasmo del policía desde el inicio de la explicación. Encendió otro cigarrillo en el extremo de su boquilla. Aceptó que tal vez tenía razón pero que no existía medio alguno, conocido por ella, para domesticar hormigas y ordenarles entrar en un hotel, elegir la habitación, matar luego a una

persona y volver tranquilamente a su hormiguero.

—Pues debe existir, y yo encontraré ese medio. Estoy seguro.

Jacques Méliés se frotó las manos. Estaba muy contento consigo mismo.

—¡Ya ve que no es preciso imaginar cómo serán las novelas policíacas del año cinco mil! Basta un poco de cabeza y de sentido común —declaró.

Laetitia Wells frunció el ceño:

—Bravo, comisario. Seguro que ha dado en el blanco.

Méliés se marchó con la intención de verificar con el médico forense si las heridas internas de sus víctimas podían deberse a golpes de mandíbula de hormigas, como primer objetivo.

Cuando se quedó sola, con gesto preocupado, Laetitia Wells sacó la llave que abría la puerta lacada de negro y cortó una manzana en gajos finos que luego dio a comer a las veinticinco mil hormigas de su terrario.

72. Todos somos hormigas

En la Enciclopedia del saber relativo y absoluto Jonathan Wells había encontrado un pasaje que evocaba la existencia, hacía varios millares de años, de adoradores de hormigas en una isla del Pacífico. Según Edmond Wells, aquellas gentes habían desarrollado poderes psíquicos extraordinarios disminuyendo su alimentación y practicando la meditación.

Su comunidad se había extinguido por razones desconocidas, y, con ella, sus misterios y sus secretos.

Tras deliberar, los diecisiete habitantes del templo subterráneo habían decidido inspirarse en esa experiencia, fuera real o no.

La privación progresiva de alimento les obligó a economizar su energía. El menor gesto les pesaba. Hablaban cada vez menos pero, paradójicamente, se entendían cada vez mejor. Una mirada, una sonrisa, un movimiento de mentón les bastaban para comunicarse. Su capacidad de atención se había incrementado considerablemente. Cuando caminaban, tomaban conciencia de cada músculo, de cada articulación movilizada. Seguían con el pensamiento el vaivén de su alimento.

Su olfato y su oído habían adquirido esa agudeza que se atribuye a los animales y a los primitivos. En cuanto a su sentido del gusto, el ayuno crónico lo había exacerbado. Hasta las alucinaciones colectivas o individuales provocadas por la desnutrición tenían un sentido.

La primera vez que Lucie Wells se dio cuenta de que leía directamente en el pensamiento de los otros, quedó aterrada. El fenómeno le pareció indecente. Pero como en aquel caso estaba comunicándose con el espíritu tan probo de Jasón Bragel, no le disgustó meterse en él.

El alimento se hacía cada día más escaso y las experiencias psíquicas más fuertes. Y no forzosamente para mejor. Habitados a las actividades físicas y al aire libre, antiguos bomberos y policías reprimían a veces crisis de rabia o de claustrofobia.

Demacrados, macilentos, con el rostro comido por unos ojos más brillantes y más sombríos, todos se iban volviendo irreconocibles hasta el punto de terminar por parecerse. Se hubiera dicho que unos se desteñían sobre los otros (únicamente Nicolás Wells, mejor alimentado debido a su corta edad, se distinguía aún con nitidez de los otros).

Evitaban estar de pie (demasiado fatigoso para personas sin energía física) y preferían permanecer sentados, recostados o incluso caminar a cuatro patas. Poco a poco, al hilo de los días, una especie de serenidad sucedió a la angustia del primer momento.

¿Era una forma de demencia?

De pronto, una mañana, la impresora del ordenador había empezado a crepitar.

Una fracción rebelde de la ciudad roja de Bel-o-kan deseaba reanudar el contacto interrumpido por la muerte de la reina anterior. Utilizaban la sonda «Doctor Livingstone» para dialogar. Querían ayudar a los humanos. De hecho, empezaron a llegarles los primeros socorros alimenticios, a través de la falla que recorría la losa de granito que dominaba sus cabezas.

73. Mutación

Gracias a la ayuda de las hormigas rebeldes pro-Dedos, Augusta Wells y sus compañeros sabían que, a partir de ahora podrían sobrevivir mucho tiempo. Habían estabilizado su alimentación en un nivel bajo pero regular. Incluso habían recuperado algunas fuerzas.

En última instancia las cosas no funcionaban demasiado mal en aquel infierno. A sugerencia de Lucie Wells, habían decidido abandonar su denominación de humanos de superficie. Ahora que todos se parecían, bastaba con utilizar números. Tuvo un efecto bastante notable. Perder el apellido suponía renunciar al peso de la historia de sus antepasados. Era como si fueran nuevos: todos acababan de nacer juntos.

Perder el nombre era renunciar a querer distinguirse.

A sugerencia de Daniel Rosenfeld (alias 12), decidieron buscar otro lenguaje común. Fue Jasón Bragel (alias 14) quien lo descubrió. «El hombre se comunica al enviar ondas sonoras con su boca. Pero éstas son demasiado complicadas, demasiado confusas. ¿Por qué no emitir una sola onda sonora pura en la que todos nosotros entremos en vibración?»

Las cosas iban tomando un giro raro, con reminiscencias de secta religiosa hindú, pero no les preocupaba. De todos modos, ¿no les había situado el Destino en otra dimensión, en otro plano de existencia? Había que aprovecharlo y las experiencias a que se entregaban les apasionaban.

Formando un círculo, sentados sobre un codo, o en la posición de loto los más ágiles, con la espalda recta, se sostenían de los brazos. Se inclinaban hacia delante para que sus cabezas se uniesen en el centro del rosetón, luego cada cual, llegado su turno, lanzaba su nota. Su propia vibración sonora. Por último, todos juntos armonizaban su timbre para unirse en una misma nota. A fuerza de práctica, todos cantaron en lo más bajo de su registro, porque sus voces subían del fondo del abdomen.

Habían elegido la sílaba «OM». Sonido primordial, canto de la tierra y del espacio infinito, que lo penetra todo, OM es el sonido del silencio de la montaña lo mismo que la algarabía de un restaurante.

Sus ojos se cerraban. Sus respiraciones se hacían lentas, profundas, sincrónicas. Se volvían ligeros, lo olvidaban todo, se basaban en el sonido. Eran el sonido. OM, el sonido donde todo empieza y donde todo acaba.

La ceremonia duraba mucho tiempo. Luego se separaban tranquilos, unos volviendo a su rincón, otros dedicándose a tal o cual ocupación: hacer la limpieza, administrar las escasas reservas alimenticias, discutir con las «rebeldes».

Nicolás era el único que no participaba en esos rituales. Los demás le habían considerado demasiado joven para implicarse libremente en ellos. Asimismo, todos

se habían mostrado de acuerdo en que fuera Nicolás el mejor alimentado. Después de todo, entre las hormigas, el primer tesoro es la cresa.

Las hormigas... Cierta día trataron de comunicarse con ellas por telepatía. Sin resultado. De todos modos, no había que soñar demasiado. Incluso entre ellos mismos, hubieron de desengañarse: la telepatía sólo funcionaba realmente bien una de cada dos veces, y a condición de que no hubiera ninguna resistencia por parte del uno o del otro de quienes se comunicaban mediante ella.

La vieja Augusta lo recordaba.

Fue así como, poco a poco, se habían convertido en hormigas. Por lo menos, en su cabeza.

74. Enciclopedia

RATA-TOPO: La rata-topo (*Heterocephalus glaber*) vive en África del Este, entre Etiopía y el norte de Kenia. Este animal es ciego y su piel rosa carece de pelos. Con sus incisivos puede excavar túneles de varios kilómetros.

Pero lo más sorprendente no es eso. La rata-topo es el único caso conocido de mamífero que se comporta socialmente de la misma forma que los insectos. Una colonia de ratas-topo cuenta por término medio con quinientos individuos, que se reparten, igual que en el caso de las hormigas, en tres castas principales: sexuadas, obreras y soldados. Una sola hembra, la reina en cierto modo, puede dar a luz y echar al mundo hasta treinta crías por carnada, y de todas las castas. Para seguir siendo la única «ponedora», secreta en su orina una sustancia olorosa que bloquea las hormonas reproductoras de las demás hembras del nido. La constitución de la especie en colonias puede explicarse por el hecho de que la rata-topo vive en regiones casi desérticas. Se alimenta de tubérculos y de raíces, a veces voluminosos y con frecuencia muy dispersos. Un roedor solitario podría excavar kilómetros y kilómetros sin encontrar nada y morir, a buen seguro, de hambre y de agotamiento. La vida en sociedad multiplica las posibilidades de descubrir algo con que alimentarse, porque el menor tubérculo descubierto se repartirá equitativamente entre todos.

Hay, sin embargo, una diferencia notable con las hormigas: los machos sobreviven al acto del amor.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

75. Por la mañana

Una esfera rosa muy pesada avanza. Le está emitiendo. «No tengo ninguna intención hostil hacia su pueblo», pero la bola no se detiene y la aplasta.

103.683 se despierta bruscamente. Como tiene constantes pesadillas, ha programado su cuerpo para reducir su tiempo de sueño y despertarse a la menor modificación de temperatura.

Ha vuelto a soñar con los Dedos. Tiene que dejar de pensar en ellos. Si siente miedo de los Dedos, no podrá luchar de forma adecuada llegado el momento, porque su temor la apartará de la acción.

Se acuerda de una leyenda mirmeceana que Madre Belo-kiu-kiuni les contó a sus hermanas y a ella en el pasado. Las palabras olorosas están todavía presentes en su ante memoria y no tiene más que darles un toque de humedad para que revivan en toda su plenitud.

«Cierta día Gum-gum-ni, una reina de nuestra dinastía, languidecía en su celda nupcial. Había sucumbido a la enfermedad de los estados de ánimo. Había tres preguntas que la obnubilaban y que movilizaban toda su capacidad de pensamiento:

¿Cuál es el momento más importante de la vida?

¿Cuál es la cosa más importante que hay que realizar?

¿Cuál es el secreto del bienestar?

Lo discutió con sus hermanas, con sus hijas, con las mentes más fecundas de la Federación sin obtener respuestas que la satisficiesen. Le dijeron que estaba enferma, que en las tres preguntas que la obsesionaban no había nada que pudiera considerarse vital para la supervivencia de la Manada.

Así rechazada, la reina empezó a languidecer. La Manada se inquietó. Si la Ciudad no quería perder a su única ponedora, debía dedicarse, por primera vez además, a resolver seriamente problemas abstractos.

¿El momento más importante? ¿La cosa más esencial? ¿El secreto del bienestar?

Todo el mundo propuso respuestas.

El momento más importante es cuando se come, porque el alimento aporta la energía... La cosa más importante que hay que hacer es reproducirse a fin de perpetuar la especie y aumentar la masa de soldados que defenderán la Ciudad... El secreto del bienestar es el calor, porque el calor es fuente de plenitud química...

Ninguna de estas soluciones contentó a la reina Gum-gum-ni, que abandonó el nido y partió sola hacia el Gran Exterior. Allí tuvo que luchar duramente para sobrevivir. Cuando volvió tres días más tarde, su comunidad se hallaba en un estado lamentable. Pero la reina tenía sus respuestas. Había encontrado la revelación en medio de una pelea despiadada con hormigas salvajes. El momento más importante es ahora, porque sólo se puede obrar en el presente. Y si uno no se preocupa de su

presente, echará a perder también su futuro. La cosa más importante que hacer es la que está ahí, frente a nosotros. Si la reina no hubiera vencido a la guerrera que quería matarla, estaría muerta. En cuanto al secreto del bienestar, lo había descubierto después del combate: consiste en estar vivo y en caminar sobre la Tierra. Así de simple.

Saborear el instante presente.

Ocuparse de lo que tenemos frente a nosotros.

Caminar sobre la Tierra.

Ésas son las tres grandes recetas de vida legadas por la reina Gum-gum-ni.

24 llega junto a la soldado.

Quiere explicarse a propósito de su creencia en los «dioses».

103.683 no necesita ninguna explicación, la manda callar con un movimiento de antena y la invita a dar algunos pasos con ella ante la ciudad federada.

Es hermoso, ¿verdad?

24 no responde. 103.683 le dice que probablemente encontrarán y matarán a los Dedos, pero que también hay otras cosas importantes: estar allí, viajar. Tal vez, después de todo, el mejor momento no sea cuando triunfen en la misión Mercurio o cuando venzan a los Dedos, tal vez el mejor momento sea ahora, este instante en que las dos están allí, muy temprano esa mañana, rodeadas de hormigas amigas.

103.683 le cuenta la historia de la reina Gum-gum-ni.

24 emite que ella piensa que su misión tiene un carácter mucho más «importante» que esas historias de estados de ánimo. Está prácticamente subyugada por la posibilidad que tiene de acercarse y tal vez incluso de ver y tocar a los Dedos.

No le dejaría a nadie su sitio. 24 le pregunta a 103.683 si ya los ha visto.

Me parece haberlos visto, en fin, no sé, no sé, mira, 24, son tan diferentes de nosotros.

24 lo sospecha.

103.683 no quiere entrar en un debate feromonal, pero, intuitivamente, no cree que los dioses sean Dedos: los dioses tal vez existan, pero serían entonces otra cosa. Quizás esa naturaleza exuberante, esos árboles, ese bosque, esa fabulosa riqueza de fauna y de flora que las rodea... Sí, le resultaría más fácil encontrar la fe en el fantástico espectáculo que es simplemente su planeta.

Justo en ese momento una faja de luz rosácea se estira en el horizonte. La soldado la señala con la punta de su antena.

¡Mira qué hermoso!

24 no consigue compartir ese momento de emoción. Entonces 103.683 dice a modo de ocurrencia:

Yo soy dios porque puedo ordenar al sol elevarse.

103.683 se yergue en equilibrio sobre sus cuatro patas traseras y, apuntando al

cielo con sus antenas, declama una feromona especiada:

¡Sol, sal, yo te lo ordeno!

Entonces el sol lanza un rayo a través de las altas hierbas. El cielo se entrega a un festival de colores, ocres, violetas, malvas, rojos, naranjas, dorados. La luz, el calor, la belleza, todo surge en el momento en que la hormiga lo pide.

Tal vez estemos subestimando nuestras posibilidades, dice 103.683.

24 siente ganas de repetir: «Los Dedos son nuestros dioses», pero, el sol es tan hermoso que se calla.

Tercer arcano



Por el sable y la mandíbula

76. De cómo Marilyn Monroe acabó con la Médicis

Los dos sabios etíopes formaban una pareja muy unida, soldada por el mismo ideal.

Desde muy pequeño, Gilíes Odergin se pasaba las horas mirando hormigueros. Quiso instalar hormigas en su casa, en unos tarros de confitura vacíos, pero tras la primera tentativa de fuga, de los animales, su madre, enfadada, los machacó a golpes de zapatilla.

No renunció Gilíes por eso y de nuevo empezó a criarlas, mejor escondidas ahora y herméticamente cerradas. Pero sus hormigas se morían siempre sin que él llegase a comprender la razón.

Durante mucho tiempo creyó ser el único en estar interesado en aquellos pequeños animalillos, hasta el día en que, en la Facultad de Entomología de Róterdam, conoció a Suzanne. Ambos sentían por las hormigas la misma atracción irresistible, que inmediatamente los acercó.

Ella sentía, si es que era posible, más pasión por las hormigas que él. Les había preparado unos terrarios, lograba distinguir a un gran número de sus inquilinas, les ponía nombres, anotaba el menor suceso que se producía entre sus protegidas. Los dos pasaban los sábados observándolas.

Más tarde, todavía en Europa y ya casados, ocurrió algo terrible. Suzanne tenía entonces seis reinas en su hormiguero. A la de antenas cortas la había llamado Cleopatra; a la que tenía en la cabeza la huella de un tijeretazo la había bautizado con el nombre de María Estuardo; la que tenía las patas rizadas era la Pompadour; la más «charlatana» (movía constantemente sus apéndices sensoriales) era Eva Perón; Marilyn Monroe era la más coqueta y Catalina de Médicis la más agresiva.

De acuerdo con su carácter, esta última puso en pie de guerra a un grupo de matadoras y, una tras otra, hizo eliminar a todas sus rivales. Sin intervenir en esa mini-guerra civil, los Odergin observaron cómo las sicarias de la Médicis se apoderaban de las otras reinas y las arrastraban hasta el abrevadero donde las ahogaban para arrojarlas luego a la depuradora.

Pero ocurrió que Marilyn Monroe sobrevivió a esa noche de San Bartolomé. Emergió de los desechos, se apresuró a organizar su propio grupo de sicarias e hizo asesinar a Catalina de Médicis.

Estos terribles arreglos de cuentas horrorizaron a los dos enamorados de la civilización mirmeceana. Estaban alterados. Resultaba que el mundo mirmeceano era aún más cruel que el mundo humano. Era demasiado. De la noche a la mañana empezaron a odiarlo con tanta fuerza como lo habían amado.

A su regreso a Etiopía, se asociaron a un amplio movimiento de lucha contra los insectos del continente africano. Fue entonces cuando entraron en relación con las más altas celebridades mundiales, con los mejores especialistas en este terreno.

El profesor Odergin sacó la probeta y la alzó a la altura de sus ojos con los gestos medidos de un sacerdote. Con la misma ceremonia, su esposa derramó en ella un polvo blanco. Polvo de tiza, en realidad. Luego trasvasó la mezcla a una centrifugadora, le añadió varios líquidos lechosos más, cerró el aparato y lo puso en marcha. Cinco minutos más tarde, el producto había adquirido un hermoso tinte de un gris plateado.

Un hombre llegó entonces para alertarles. Se trataba de otro sabio. Era alto y delgado, y se llamaba Cygneriaz. El profesor Miguel Cygneriaz.

—Hay que actuar deprisa. «Ellos» están acercándose.

También ha muerto Maximilien MacHarious —dijo—. ¿En qué punto se encuentra la operación Babel?

—Todo está preparado —afirmó Gilíes, y le mostró la probeta llena de líquido plateado.

—Muy bien. Esta vez me parece que hemos ganado. No podrá nada contra nosotros. Pero ustedes deben irse antes de que golpeen de nuevo.

—¿Conoce usted los nombres de quienes quieren entorpecer nuestro trabajo?

—Debe ser un grupúsculo de pseudoecologistas. Ni siquiera saben lo que hacen.

Gilíes Odergin suspiró.

—¿Cómo es que, nada más iniciada una empresa, aparece una fuerza contraria para impedir que triunfe?

Miguel Cygneriaz se encogió de hombros.

—Siempre ocurre igual. Por eso tenemos que ser los más rápidos.

—Pero ¿quiénes son nuestros adversarios?

Miguel Cygneriaz adoptó un aire de conspirador.

—¿Quiénes lo saben realmente? Estamos luchando contra... las fuerzas ctónicas. Están en todas partes. Y, sobre todo, están ahí dentro, profundamente agazapadas en los repliegues ocultos de nuestras propias mentes... ¡Créame, éstas son las peores!

Gilíes y Suzanne Odergin murieron exactamente treinta minutos después de que el profesor Miguel Cygneriaz se llevara consigo la sustancia plateada.

77. El ídolo de los insectos

Más ofrendas se precisan.

Si no honráis a vuestros dioses, os castigaremos con la tierra, con el fuego y con el agua.

Los Dedos pueden matar porque los Dedos son dioses. Los Dedos pueden matar porque los Dedos son grandes. Los Dedos pueden todo porque los Dedos son poderosos.

Ésa es la verdad.

Los Dedos, que acaban de teclear este mensaje perentorio, toman bruscamente altura, hasta un agujero de nariz que tres de ellos se dedican a limpiar de arriba abajo; después, giran y forman una bolita que haría palidecer de envidia a un escarabajo coprófago y la lanza lejos.

Luego los Dedos se elevan más arriba todavía, para sostener una frente tras la que alguien se dice que ha hecho un buen trabajo. ¡Y un buen trabajo no está al alcance del primer recién venido!

78. Cruzada

A las dos hormigas se ha ido uniendo poco a poco todo el resto del ejército.

103.683 alza una antena y siente el sol naciente que ahora la calienta con fuerza. En torno a ellas se ha ido agrupando la gente.

Son belokanianas, pero también las hay zedibeinakanianas que han venido en calidad de espectadoras. Emiten vivos gritos de ánimo para sus dos legiones de artillería y de caballería ligera, pero también para la cruzada entera.

23 se afila las mandíbulas, 24 vigila el capullo de mariposa. 103.683 se mantiene inmóvil, atenta a la subida de la temperatura. A los 20° C justos resopla y lanza la feromona señal de partida. Es una feromona de reclutamiento, tan ligera como tenaz, compuesta de ácido hexanoico (C₆-H₁₂-O₂).

Inmediatamente empiezan a caminar los soldados, formando una primera columna que se engrosa y se alarga en medio de una efervescencia de antenas, de cuernos, de esferas oculares y de abdómenes repletos.

La primera cruzada contra los Dedos está en marcha. Pronto encuentra su ritmo de crucero, abriéndose camino inexorablemente entre las hierbas que crujen y se apartan.

Insectos, lombrices, roedores y reptiles prefieren huir a su paso. Los pocos valientes que contemplan su desfile, bien escondidos, no salen de su asombro al ver escarabajos rinoceronte codo a codo con las hormigas rojas.

Por delante, las exploradoras trabajan activamente, moviéndose a derecha y a izquierda, abriendo al grueso de las tropas el itinerario menos sinuoso y menos accidentado posible.

Este dispositivo de precaución, por regla general muy eficaz, no impide que el ejército choque de pronto con un obstáculo imprevisto. Se amontonan y se zarandean en el borde de un enorme cráter de al menos un centenar de pasos de diámetro. ¡Estupefacción general! Porque no tardan en reconocer aquel agujero: es todo lo que queda de la ciudad de Giu-li-kan cuyo monstruoso arrancamiento y luego rapto en una gigantesca concha transparente había narrado un soldado milagrosamente salvada... ¡Ése era el trabajo de los Dedos! ¡Ahí tenéis la muestra de lo que son capaces!

Una robusta hormiga se vuelve hacia sus hermanas con las antenas tendidas. Es 9. Todos conocen su valor contra los Dedos. Abriendo ampliamente sus mandíbulas, lanza una potente feromona:

¡Nosotras las vengaremos! ¡Mataremos a dos Dedos por cada una de las nuestras!

Todas las cruzadas han oído decir y repetir que no hay cien Dedos en la tierra, pero no por ello dejan de inspirar el acre mensaje. Drogadas por la furia, rodean el

abismo y prosiguen camino.

Sin embargo, su excitación no les hace olvidar su prudencia. Así, cuando atraviesan una sabana o un desierto demasiado soleados, se las apañan para dar sombra a sus artilleras. Hay que evitar que el ácido sobrecalentado explote, matando a la portadora y a sus vecinas. Sobre todo con el ácido hiperconcentrado al 60%: ¡la onda y los destrozos en las filas del ejército serían terribles!

Llegan por fin a una acequia, reliquia probable del reciente diluvio. 103.683 piensa que no debe ser muy larga y que probablemente podrá rodearse por el Sur. ¡No la escuchan, porque no hay tiempo que perder! Las exploradoras se lanzan al agua y forman un puente agarrándose por las patas. Una vez que pase la tropa, habrá unas cuarenta que quedarán inmóviles. No se logra nada sin pagar un precio.

Cuando la segunda noche empieza a caer, desearían ocupar un termitero o un hormiguero enemigo. Pero en el horizonte no se divisa nada. Están en una landa desierta donde no crecen más que arces.

Siguiendo el consejo de una vieja guerrera, que ignora que muy lejos de aquí las hormigas africanas acampan de esa forma, se agrupan y se amontonan en una bola compacta. La periferia de ese nido temporal está formada por un encaje de mandíbulas dispuestas a morder. Dentro se han dispuesto salas calientes para los escarabajos, más sensibles al frío, y para las enfermeras y las heridas. El conjunto comprende corredores y alojamientos en una decena de pisos.

A poco que un animal roce esa calabaza oscura, quedará engullido al momento en la pulpa mirmeceana. Así es como un joven pardillo y un lagarto que se creía muy listo pagan su curiosidad con una muerte espantosa.

Mientras las hormigas apostadas en el exterior permanecen alerta, en el interior los movimientos van calmándose y tranquilizándose. Cada una de las hormigas se aloja en la porción de aposento o de corredor que le ha correspondido.

Hace frío. Todas se duermen.

79. Enciclopedia

EL MÍNIMO DENOMINADOR COMÚN: La experiencia animal más compartida por todos los humanos de la Tierra es el encuentro con hormigas. Pueden haber pueblos que nunca hayan visto un gato o un perro, una abeja o una serpiente, pero nunca se encontrarán individuos que un día no hayan jugado a dejarse escalar por una hormiga. Es nuestra experiencia vital común más difundida. Y de la observación de esa hormiga que camina por nuestra mano hemos extraído informaciones básicas. Uno: la hormiga mueve las antenas para comprender lo que le pasa; dos: va por todas partes por donde se puede ir; tres: pasa a la segunda mano si le cortan el camino con ella; cuatro: se puede detener una columna de hormigas trazando delante de ella una línea con el Dedo mojado (los insectos llegan entonces como ante un muro invisible e infranqueable que terminan por rodear). Eso lo sabemos todos. Sin embargo, ese saber infantil, ese saber primario compartido por todos nuestros antepasados y por todos nuestros contemporáneos no sirve para nada. Porque ni lo enseñan en la escuela (donde se estudia a la hormiga de forma escasamente atractiva: por ejemplo, memorizando el nombre de las partes del cuerpo de la hormiga; francamente, ¿qué interés tiene?), ni es útil para encontrar trabajo.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

80. Los visitantes de la noche

¡Había acertado! El médico forense se lo había confirmado. Las lesiones internas podían muy bien haber sido causadas por mandíbulas de hormigas. Tal vez Jacques Méliés no había cogido todavía al culpable, pero estaba seguro de hallarse sobre la pista correcta.

Demasiado excitado para poder dormir, encendió la televisión y por casualidad tropezó con la reposición nocturna de «Trampa para pensar». La señora Ramírez había abandonado su aspecto tímido para enarbolar una fisonomía radiante.

—Entonces, señora Ramírez, esta vez tiene algo.

La señora Ramírez no ocultó su alegría.

—¡Sí, sí, esta vez he dado con ello! ¡En fin, que creo haber hallado la solución a su enigma!

Estallidos de aplausos.

—¿De veras? —dijo sorprendido el presentador.

La señora Ramírez batía palmas como una niñita.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó.

—Bueno, pues, explíquenoslo, señora Ramírez.

—Ha sido gracias a sus frases clave. «Cuanto más inteligente es uno, menos posibilidades hay de hallar la solución», «Hay que olvidar lo que se sabe», «Como el Universo, este enigma nace en la simplicidad absoluta...» He comprendido que debía convertirme en una niña para llegar a la solución. Dar marcha atrás, volver a la fuente, de la misma forma que esa serie que representaba la expansión del Universo parece regresar a su Big Bang original. Era preciso que volviese a ser un espíritu simple, que recuperase mi alma de bebé.

—Eso la llevará lejos, señora Ramírez...

Completamente entregada, la concursante no se dejó interrumpir:

—Los adultos siempre nos esforzamos por ser cada vez más inteligentes, pero me he preguntado qué pasaría operando en sentido inverso. Romper la rutina y hacer lo contrario de lo que nos mandan nuestros hábitos.

—Bravo, señora Rodríguez.

Aplausos dispersos.

—Y, ¿cómo reacciona una mente inteligente ante este enigma? Frente a esa sucesión de números, ve un problema matemático. Va, por lo tanto, a buscar cuál es el denominador común entre esas líneas de cifras. Suma, resta, multiplica, pasa revista a todas las cifras. Pero se rompe la cabeza en vano, por la sencilla razón de que no tienen nada que ver con las matemáticas... Y si no es un enigma matemático, es que se trata de un enigma literario.

—Bien pensado, señora Ramírez. Un aplauso.

La concursante aprovecha las aclamaciones para recuperar aliento.

—Pero ¿cómo dar un sentido literario a una serie de cifras que se amontonan, señora Ramírez?

—Haciendo como los niños, enunciando lo que se ve. Los niños, cuando son muy pequeños, al ver una cifra pronuncian la palabra. Para ellos, «seis» corresponde a la sonoridad seis como «vaca» corresponde al animal de cuatro patas con tetas. Es una convención. Se designa a las cosas según sonidos arbitrarios que difieren en todo el mundo. Pero el nombre, el concepto y la cosa terminan siendo el mismo en todas partes.

—Muy filosófica está usted hoy, señora Ramírez, pero nuestras queridas telespectadoras y telespectadores piden algo concreto. Entonces la solución es...

—Si escribo «**1**», un niño que apenas sepa leer me dirá: «Eso es **un uno**». Por lo tanto escribo «**1 1**»: «**un uno**». Si le muestro lo que acabo de escribir, me dirá que ve «**dos unos**»: «**2 1**». Y así sucesivamente. La solución es la siguiente. Basta con nombrar la línea superior para obtener la línea siguiente. Nuestro niño lee por tanto «**un dos, un uno**» en la línea de abajo: «**1211**». Si la enumero, resultará «**un uno, un dos, dos unos**»: «**111221**». Luego «**312211**», luego «**13112221**», luego «**1113213211**»... No creo que la cifra «cuatro» aparezca en seguida.

—¡Es usted formidable, señora Ramírez! ¡Y ha ganado!

La sala aplaude a rabiar y, en su pequeña nube, Méliés tiene la impresión de que le aplauden a él.

El presentador llama al orden:

—De todos modos, ¿vamos a dormirnos en nuestros laureles, señora Ramírez?

La mujer se mueve, sonrío, gesticula, se lleva unas manos sin duda más húmedas que frescas a sus mejillas carmesíes.

—Déjeme por lo menos que me recupere.

—¡Ah!, señora Ramírez: de qué forma tan brillante ha resuelto nuestro enigma cifrado; ¡pero ya se perfila nuestra nueva «¡Trampa para...

—...pensar!»

—...comunicada, como siempre, por un telespectador anónimo. Atienda a nuestro nuevo problema: ¿sabría formar con seis cerillas, repito, con seis cerillas, seis triángulos equiláteros del mismo tamaño, sin romperlas ni pegarlas?

—¿Seis triángulos, dice? ¿Está usted seguro que no se trata de seis cerillas y cuatro triángulos?

—Seis cerillas, seis triángulos —repite el presentador en tono inflexible.

—Por lo tanto saldrá un triángulo por cerilla —dice asustada la concursante.

—Así es, señora Ramírez. Y en esta ocasión, la primera frase clave será: «Hay que pensar de la misma manera que el otro.» Así pues, a pensar, amigos telespectadores. ¡Hasta mañana, si les parece bien!

Jacques Méliés apagó el televisor, volvió a acostarse y terminó durmiéndose. La exaltación le siguió hasta sus agitados sueños, donde se mezclaron Laetitia Wells, sus ojos violeta y sus lágrimas de entomóloga, Sébastien Salta y su cara de película de miedo, el prefecto Dupeyron que abandonaba la política para lanzarse a una carrera de médico forense, la concursante Ramírez, a quien nunca engañaba su reflexión...

Estuvo dando vueltas y más vueltas entre las sábanas durante buena parte de la noche, mientras sus sueños continuaban con su zarabanda. Dormía profundamente. Dormía menos. No dormía. Despertó sobresaltado. Era una pequeña vibración, una especie de golpeteo sobre el colchón, que había percibido al fondo de la cama. Su pesadilla de la infancia volvió para acosarle: el monstruo, el lobo rabioso de ojos rojos de odio... Logró reponerse. Ahora era un adulto. Completamente despierto, encendió la luz y comprobó que había una pequeña protuberancia que se movía a sus pies.

Saltó fuera de la cama. La joroba estaba allí, real. Dejó caer sobre ella el puño y oyó un chillido. Luego, estupefacto, vio cómo Marie-Charlotte salía cojeando de debajo de sus sábanas.

La pobre se refugió en sus brazos maullando. Para tranquilizarla, la acarició y le frotó la pata que tenía dolorida. Luego, decidido a recuperar algunas fuerzas esa noche, fue a cerrar a Marie-Charlotte en la cocina junto a un trozo de paté de atún con estragón. Bebió un vaso de agua del frigorífico y contempló la televisión hasta emborracharse con las imágenes.

En altas dosis, la televisión tenía un efecto tranquilizador, como una droga analgésica. Se sentía como flotando, con la cabeza llena de nada, y los ojos embebidos en problemas que no le concernían lo más mínimo. Un placer.

Volvió a acostarse y esta vez se puso a soñar como todo el mundo con lo que acababa de ver en la televisión, a saber: una película americana, anuncios, unos dibujos animados japoneses, un partido de tenis y algunas escenas de matanzas sacadas de los informativos.

Dormía. Dormía en profundidad. Dormía menos. Dejaba de dormir.

Decididamente, el Destino estaba contra él. Una vez más vio una pequeña duna que se movía en el fondo de su cama. Dio otra vez la luz. ¿Seguía haciendo de las suyas su gata bonsái Marie-Charlotte? Sin embargo, había cerrado cuidadosamente la puerta de la cocina.

Ya de pie, vio a la duna dividirse en dos, en cuatro, en ocho, en dieciséis, en treinta y dos, en un centenar de pequeños bultos apenas visibles que se desplazaban hacia la desembocadura de las sábanas. Retrocedió un paso. Y, estupefacto, contempló a las hormigas que invadían su almohada.

Su primer reflejo fue barrerlas con la palma de la mano. Cambió de opinión a tiempo. Sébastien Salta y todos los demás debían haber pretendido barrerlas con la

mano. No hay peor error que subestimar al adversario.

Entonces, ante aquellos minúsculos animalitos cuya especie exacta no pensó en identificar ni por un segundo, Jacques Méliés se dio a la fuga. Las hormigas le perseguían, al parecer, pero por suerte su puerta de entrada no tenía más que un cerrojo y pudo abandonar el piso antes de que la tropa le hubiera alcanzado. En la escalera oyó los maullidos atroces de la pobre Marie-Charlotte cuando se dejaba desmigajar por aquellos malditos insectos.

Vivió todo aquello en un estado secundario, como acelerado. Descalzo y en pijama ya en la calle, logró parar un taxi y conminó al chofer a que se dirigiera volando a la Comisaría central.

Ahora estaba seguro: el asesino sabía que había resuelto el misterio de los químicos asesinados, y le había enviado a sus pequeñas ejecutoras.

Y no había más que una persona que supiera que había resuelto el enigma. ¡Sólo una persona!

81. Enciclopedia

DUALIDAD: Toda la Biblia puede resumirse en su primer libro: el Génesis. Todo el Génesis puede resumirse en su primer capítulo: el capítulo que cuenta la Creación del mundo. Todo este capítulo puede asimismo resumirse en su primera palabra. *Berechit. Berechit*, que significa «en el comienzo». Toda esta palabra puede resumirse en su primera sílaba, *Ber*, que quiere decir «lo que ha sido dado a la luz». Toda esa sílaba puede a su vez resumirse en su primera letra, *B*, que se pronuncia «*Beth*» y se representa mediante un cuadrado abierto, con un punto en el medio. Ese cuadrado simboliza la casa, o la matriz que encierra el huevo, el feto, pequeño punto destinado a ser dado a luz.

¿Por qué empieza la Biblia por la segunda letra del alfabeto y no por la primera? Porque *Be* representa la dualidad del mundo, mientras que *A* es la unidad original. *B* es la emanación, la proyección de esa unidad. *B* es el otro. Salidos del «uno», nosotros somos «dos». Salidos de *A*, somos en *B*. Vivimos en un mundo de dualidad y en la nostalgia —incluso en la búsqueda— de la unidad, el Aleph, el punto de donde todo ha partido.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

82. Todo recto

La caída de una sámara de arce, una de esas hélices vegetales que van a llevar sus simientes muy lejos, sacude el campamento. El giro de su doble ala membranosa las hace peligrosas para las hormigas. Esta vez el bloque de cruzadas se ha visto dislocado y diseminado por tierra antes de proseguir su marcha.

Entre las filas, ya hay tema de conversación. Discuten sobre los riesgos comparados de los diferentes proyectiles naturales. El peor, según algunas, son los copetes del cardillo, que se pegan a las antenas y alteran todas las comunicaciones. Para 103.683 nada iguala en ese aspecto a la balsamina. Cuando una roza sus frutos, las tiras se enrollan de forma violenta y proyectan sus semillas a una distancia que puede superar los cien pasos.

Parlotean, pero no por ello aminora su marcha la larga procesión. Las hormigas frotan intermitentemente su vientre contra el suelo, a fin de que su glándula de Dufour imprima un rastro oloroso destinado a guiar a sus hermanas que las siguen.

Sobre sus cabezas revolotean numerosos pájaros, peligrosos también, aunque de forma muy distinta a las sámaras. Hay currucas meridionales de plumaje azulado, alondras lulú, pero sobre todo una multitud de pájaros carpinteros, picamaderos, negros o verdes. En el bosque de Fontainebleau, éstos son los volátiles más frecuentes.

Uno de ellos, un pájaro carpintero negro, se ha acercado demasiado. Se sitúa frente a la columna de hormigas rojas a las que tiene en la mira de su pico. Salta en picado, restablece el equilibrio de su vuelo y carga a ras de tierra. Enloquecidas, las hormigas se dispersan en todas direcciones.

Sin embargo, el objetivo del pájaro no es atrapar algunas desventuradas aisladas. Cuando se encuentra encima de una escuadra de soldados, suelta unos excrementos blancos que las manchan por completo. Como lo repite varias veces, consigue manchar a una treintena de hormigas. Un grito de alarma recorre todo el ejército.

¡No lo comáis! ¡No lo comáis!

En efecto, los excrementos de los pájaros carpinteros se hallan infectados, a menudo, de cestodos. Las que los prueben...

83. Enciclopedia

CESTODOS: Los cestodos son parásitos unicelulares que viven en estado adulto en el intestino del pájaro carpintero. Los cestodos son expulsados junto con las heces del pájaro. Podría creerse que éste tiene conciencia de ello, por la frecuencia con que bombardea las ciudades hormiga con sus excrementos.

Cuando las hormigas quieren limpiar su ciudad de tales huellas blancas, se las comen y resultan contaminadas por los cestodos. Los parásitos perturban su crecimiento, modifican la pigmentación de su caparazón volviéndolo más claro. La hormiga infectada se vuelve indolente, sus reflejos son mucho menos rápidos, y, de hecho, cuando un picoverde ataca una ciudad, las hormigas infectadas por sus desechos son sus primeras víctimas.

Esas hormigas albinas son no sólo más lentas, sino que su quitina, al volverse clara, también las vuelve más fáciles de descubrir en los sombríos corredores de la ciudad.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

84. Primeros muertos

El pájaro vuelve para bombardearlas de nuevo. Aplica su estrategia a medio plazo: envenenar primero, luego recoger las hormigas afectadas en una próxima incursión.

Las soldados se sienten impotentes. 9 clama al cielo que ellas se dirigen a matar Dedos y que, al atacarlas, el estúpido pájaro protege a esos enemigos comunes. Pero el pájaro carpintero no recibe los mensajes olfativos. Hace un doping inverso y carga otra vez contra la columna de cruzadas.

¡Todas en defensa antiaérea!, dice una vieja guerrera.

Las artilleras pesadas escalan rápidamente unos tallos altos. Disparan al paso del pájaro, que decididamente resulta muy rápido. ¡Han fallado! ¡Peor aún, dos artilleras se fulminan mutuamente con sus tiros cruzados!

Pero cuando el pájaro carpintero se dispone a reincidir en su descarga de heces, ve frente a él un espectáculo poco frecuente. Hay un escarabajo rinoceronte, en suspensión casi inmóvil gracias a un batir de alas asíncrono, con una hormiga en posición de disparo, curiosamente encaramada en la punta de su cuerno frontal. Es 103.683. Su ano echa humo, porque lo ha llenado de ácido hiperconcentrado al 60%.

Estando en equilibrio precario, la hormiga no resistirá mucho. El pájaro va a aniquilarla, es desmesuradamente mayor, más fuerte y más veloz. El abdomen de 103.683 se ve dominado por un temblor incontrolable, no puede siquiera apuntar.

Entonces piensa en los Dedos. El miedo a los Dedos supera todos los demás miedos. No flaqueará: cuando una se ha acercado a los Dedos, no se deja impresionar por un pájaro cazador.

Se yergue y suelta de una sola vez el contenido de su bolsa de veneno. ¡Fuego! El pájaro no ha tenido tiempo de tomar altura. Cegado, pierde su trayectoria, se golpea contra el tronco de un árbol, rebota y cae a tierra. Sin embargo, consigue despegar antes de que los equipos de matarifes le hayan puesto las patas encima.

103.683 consigue, con este episodio, un prestigio considerable. Nadie sabe que ha logrado vencer al miedo mediante un miedo todavía mucho mayor.

Las cruzadas adoptan desde ese momento la costumbre de hablar del valor de 103.683, de su experiencia, de su destreza en el tiro. ¿Quién habría conseguido parar en seco, en pleno vuelo, a un gran depredador salvo ella?

Esta popularidad aumentada tiene otra consecuencia: en señal de familiaridad afectuosa, abrevian su nombre. En adelante las cruzadas no la llaman sino 103.

Antes de proseguir camino, se recomienda a las que han recibido la hez del pájaro abstenerse de hacer trofalaxias para no contaminar a las demás soldados.

Las filas se alteran cuando 23 se acerca a 103. ¿Qué ocurre? 24 ha desaparecido. La buscan largo rato, pero no la encuentran. Sin embargo, el carpintero no ha devorado a nadie. La desaparición de 24 es muy fastidiosa, porque, junto con ella, ha

desaparecido el capullo de mariposa de la misión Mercurio.

Imposible informar de lo que ocurre a las otras. Imposible seguir esperando. Peor para 24. La Manada prima sobre el individuo.

85. Investigación

Méliés llegó solo al piso del matrimonio Odergin. La sabia etíope estaba recostada en una bañera sin agua. Un espeso champú verde distribuido sobre la cabeza presentaba los estigmas ya bien conocidos: carne de gallina, expresión de espanto y sangre coagulada junto a las orejas. El mismo esquema en el lavabo vecino, salvo que, por lo que se refiere al esposo, estaba encaramado en la taza, con la parte superior del cuerpo echada hacia delante y el pantalón caído sobre los calcetines.

En realidad, Jacques Méliés apenas si echó una ojeada a los dos cadáveres. Ahora ya sabía de qué se trataba e inmediatamente se dirigió al domicilio privado de Émile Cahuzacq.

El inspector quedó sorprendido al ver a su jefe aterrizar en su casa a hora tan temprana, vestido tan sólo con un pijama bajo su trenca. En qué mal momento Llegaba. Cahuzacq estaba entregado a su pasatiempo favorito: la taxidermia de mariposas.

Sin preocuparse por ello, el comisario anunció de sopetón:

—¡Amigo mío, ya lo tenemos! ¡Esta vez hemos cogido al asesino!

El inspector pareció escéptico.

Méliés se fijó entonces en el desorden que había sobre la mesa de su subalterno:

—Pero, ¿qué estás haciendo?

—¿Yo? Colecciono mariposas. ¿Qué pasa? ¿No te lo había dicho?

Cahuzacq cerró la botella de ácido fórmico, terminó de untar con un pincel las alas de un bómbrice y luego lo manipuló con una pinza de puntas planas.

—Es bonito, ¿no? Mira..., éste es un bómbrice del pino. Lo encontré hace unos días en el bosque de Fontainebleau. Es curioso, una de sus alas tiene un agujero perfectamente redondo y la otra está cortada. Tal vez haya descubierto una nueva especie.

Méliés se inclinó e hizo una mueca de repugnancia.

—¡Pero si esas mariposas están muertas! Pegas los cadáveres unos junto a otros. ¿Te gustaría que te metieran bajo un cristal con una etiqueta, *Homo sapiens*?

El viejo inspector se enfurruñó:

—Tú te interesas por las moscas y yo por las mariposas. Cada uno tiene sus manías.

Méliés le dio una palmada en el hombro:

—Vamos, no te enfades. No hay tiempo que perder, he dado con el asesino. Sígueme, vamos a cazar una especie muy distinta de mariposa.

86 Extraviada

Bueno, tendrá que haber una razón, no es por allí, tampoco es por allá, ni por acá, ni por el otro lado.

Tampoco el menor olor a hormiga en la esquina. ¿Cómo ha podido perderse tan deprisa, qué ha pasado? Cuando el pájaro se ha lanzado sobre ellas, una soldado ha dicho que había que escapar, que tenían que esconderse. Le ha hecho tanto caso que se ha extraviado en el Gran Exterior, sola. Es joven, no tiene experiencia y está lejos de las suyas. Y también lejos de los dioses.

Pero ¿cómo ha podido perderse tan deprisa? Ése es su gran defecto, la falta de sentido de la orientación.

Lo sabe, y por eso las otras no creían que tuviera agallas para partir con la cruzada.

Todo el mundo la llamaba 24-la-extraviada-de-nacimiento.

Aprieta contra sí la preciosa carga. El capullo de mariposa. Esta vez su extravío puede tener consecuencias inimaginables.

No sólo para ellos sino para todo el nido, quizás incluso para toda la especie. Debe encontrar a cualquier precio una feromona pista. Empieza a hacer vibrar sus antenas a 25.000 movimientos por segundo y no descubre nada significativo. Está completamente perdida.

Su carga se vuelve a cada paso más pesada y le estorba cada vez más.

Deja en el suelo el capullo, se lava frenéticamente las antenas y sorbe con virulencia el aire ambiente. Percibe un aroma de nido de avispas. Nido de avispas, nido de avispas... ¡siempre acaba topando con un nido de avispas rojas! Es hacia el Norte. Por lo tanto no es ésa la buena dirección. Además, sus órganos de Johnston sensibles a los campos magnéticos terrestres le confirman que se ha equivocado.

Durante un instante le parece que la espía un moscardón. Debe ser una ilusión. Vuelve a cargar con el capullo, y camina todo recto.

Bueno, esta vez está definitivamente perdida.

Desde que era muy joven, 24 no para de perderse. Se perdía ya por los corredores de las asexuadas cuando apenas tenía unos días de vida, más tarde se perdía en la Ciudad, y, cuando pudo salir del hormiguero, empezó a perderse en la Naturaleza.

Al final de cada una de sus expediciones, siempre había un momento de duda en que una hormiga decía:

Pero ¿qué ha pasado con 24?

La pobre soldado cazadora también se hacía la misma pregunta.

¿Dónde estoy?

Cierto que le parecía que ya había visto aquella flor, aquel trozo de madera, aquella roca, aquel bosquecillo, aunque... tal vez la flor fuera de otro color. Entonces,

la mayoría de las veces empezaba a girar en redondo en busca de las feromonas pistas de su expedición.

A pesar de todo seguían enviándola a los caminos del Gran Exterior, porque, debido a un accidente genético extraño, 24 tenía una excelente vista para una asexuada. Sus glóbulos oculares estaban casi tan desarrollados como los de las sexuadas. Y aunque repitiera una y otra vez que no por gozar de tan buena vista tenía buenas antenas, todas las misiones deseaban tenerla en sus filas para que 24 pudiera asegurar un control visual de su buen desarrollo. Y ella se perdía.

Hasta ese momento siempre había conseguido, mejor o peor, volver al nido. Pero en esta ocasión era diferente, porque el objetivo no consistía en volver al nido, sino en llegar al confín del mundo. ¿Sería capaz de conseguirlo?

En la Ciudad formas parte de las otras, sola formas parte de la nada, se dice una y otra vez.

Rumbo al Este. Camina desesperada, abandonada, ofrecida al primer depredador que pase. Lleva mucho tiempo caminando cuando, de pronto, se ve detenida por una depresión radical en el suelo, a un buen paso de profundidad. Explora el borde y termina por constatar que, de hecho, hay dos depresiones, una junto a otra, dos hondonadas llanas; la mayor dibuja la mitad de un óvalo; la otra, más profunda, forma un semicírculo. Los diámetros de esos dos extraños recintos son paralelos, y distan entre sí cinco pasos aproximadamente.

24 resopla, palpa, prueba, sorbe. El olor es tan poco habitual como todo lo demás. Desconocido, nuevo... Perpleja al principio, 24 se ve dominada luego por una viva excitación. Ya no siente ningún miedo. A intervalos de unos sesenta pasos se suceden otras huellas gigantes. 24 está completamente segura de haber dado con huellas de Dedos. ¡Sus ruegos han sido atendidos! ¡Los Dedos la guían, le muestran el camino!

Corre sobre la huella de los dioses. Por fin va a encontrarlos.

87. Los dioses están furiosos

Temed a vuestros dioses.

*Sabed que vuestras ofrendas son demasiado pobres,
demasiado escasas para nuestro tamaño.*

La lluvia ha destruido los graneros, nos decís.

*Era el castigo merecido,
porque ya no hacéis suficientes ofrendas.*

La lluvia ha aniquilado el movimiento rebelde, nos decís.

Hacedlo renacer con mayor fuerza.

¡Mostrad a todos la fuerza de los Dedos!

*Lanzad comandos suicidas,
y vaciad los graneros de la Ciudad prohibida.*

¡Temed a vuestros dioses!

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son dioses. Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son grandes. Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son poderosos.

Ésa es la verdad.

Los Dedos apagan la máquina y se sienten orgullosos de ser dioses.

Nicolás vuelve a meterse en la cama con sigilo. Con los ojos abiertos, sonríe mientras sueña despierto. Si algún día consigue salir vivo de aquel agujero, tendrá muchas cosas que contar. ¡A sus compañeros de escuela, al mundo entero! Explicará la necesidad de las religiones. ¡Y será célebre demostrando que ha conseguido implantar la fe religiosa entre las hormigas!

88. Primeras escaramuzas

Sólo en los territorios bajo control belokaniano son ya considerables el número de víctimas y la extensión de los destrozos ocasionados por el paso de la primera cruzada.

Y es que las soldados rojas no tienen miedo a nada.

Una topo que pretendía excavar en aquella masa de hormigas sólo ha tenido tiempo de tragarse catorce víctimas. Las hormigas la invaden inmediatamente y la despedazan. Una capa de silencio se abate sobre el largo cortejo. Ante él todo desaparece. Hasta el punto de que a la eufórica cazadora de los inicios le sucede la penuria y, sin tardar, el hambre.

En la estela de desolación que tras ella deja la cruzada también hay ahora hormigas muertas de hambre.

Ante semejante situación catastrófica, 9 y 103 se ponen de acuerdo. Proponen que las exploradoras se desplieguen en grupos de veinticinco unidades. Semejante abanico en cabeza debería ser lógicamente más discreto y, por lo tanto, menos pavoroso para los habitantes del bosque.

A las que empiezan a murmurar y hablan de retirada, se les responde con acritud que el hambre debe impulsarlas, por el contrario, a acelerar el paso, a seguir adelante. En dirección al Oriente. Su próxima presa será un Dedo.

89. La culpable es detenida por fin

Tumbada en su baño y entregada a su ejercicio favorito, la zambullida en apnea, Laetitia Wells dejaba vagar sus pensamientos. Se le ocurrió que llevaba ya días sin tener amantes, ella que tenía tantos y que siempre se cansaba de ellos en seguida. Consideró incluso la posibilidad de meter en su cama a Jacques Méliés. A veces la molestaba un poco, pero ofrecía la ventaja de estar allí, al alcance de la mano, en el momento en que sintiese la necesidad de un macho.

¡Ay! Había tantos hombres por el mundo... Pero ninguno de la clase de su padre. Ling-mi, su madre, había tenido la suerte de compartir su vida. Un hombre abierto a todo, inesperado y raro, al que le gustaba bromear. ¡Y amante, tan amante!

Nadie podía ganar a Edmond. Su ingenio era un espacio sin límites. Edmond funcionaba como un sismógrafo, registraba todas las sacudidas intelectuales de su época, todas las ideas-fuerza, las asimilaba, las sintetizaba... y las regurgitaba convertidas en otras, en ideas propias. Las hormigas no habían sido más que un pretexto. Lo mismo habría podido estudiar las estrellas, la medicina o la resistencia de los metales: habría sobresalido igual. Había sido un espíritu realmente universal, un aventurero de una especie peculiar, tan modesto como genial.

¿Existía quizás en algún lado otro hombre de psicología lo bastante móvil para sorprenderla sin cesar y no cansarla nunca? Por el momento, no había encontrado ninguno de esa especie...

Se imaginó poniendo un anuncio por palabras: «Se busca aventurero...» Las respuestas la desanimaban por adelantado.

Sacó la cabeza del agua, respiró con fuerza y volvió a hundirla en el líquido. El curso de sus pensamientos había cambiado, Su madre, el cáncer...

Como de pronto le faltó aire, sacó de nuevo la cabeza. Su corazón latía con fuerza. Salió de la bañera y se puso el albornoz.

Llamaban a la puerta.

Se tomó algún tiempo para tranquilizarse un poco, tres expiraciones largas, y fue a abrir.

Era Méliés una vez más. Empezaba a acostumbrarse a sus incursiones, pero le costó reconocerle. El comisario llevaba un traje de apicultor, su rostro estaba oculto por un sombrero de paja con un velo de muselina, y llevaba guantes de caucho. Ella frunció el ceño al ver, detrás del comisario, a tres hombres vestidos del mismo tenor. En una de las siluetas reconoció al inspector Cahuzacq. Estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¡Comisario! ¿Qué significa esta visita disfrazada?

No hubo respuesta. Méliés se echó a un lado, los dos enmascarados sin identificar —probablemente dos polis— avanzaron y el más forzudo le puso una esposa en la

muñeca derecha. Laetitia Wells creía estar soñando. El colmo fue cuando Cahuzacq, con la voz deformada y amortiguada por la máscara, le recitó: «Queda usted detenida por asesinatos y tentativa de asesinato. A partir de este momento, cuanto diga podrá ser empleado contra usted. Tiene, por supuesto, derecho a negarse a hablar en caso de no estar presente su abogado.»

Luego los policías, arrastrando a Laetitia, se plantaron delante de la puerta negra. Méliés hizo una rápida y brillante demostración de sus talentos de atracador: la cerradura no se le resistió.

—¡Podía haberme pedido la llave en vez de romper la cerradura! —protestó la interpelada.

Los cuatro polis se quedaron pasmados ante el acuario de hormigas y todo un arsenal informático.

—Pero ¿qué es esto?

—Probablemente se trata de los asesinos de los hermanos Salta, de Caroline Nogard, de MacHarious y del matrimonio Odergin —dijo en tono sombrío Méliés.

Ella exclamó.

—¡Se equivoca! Yo no soy el flautista de Hamelín. Pero ¿no lo ve? ¡Es un simple nido de hormigas que recogí la semana pasada en el bosque de Fontainebleau! Mis hormigas no son asesinas. Nunca han salido de aquí desde que las traje. Ninguna hormiga podrá nunca obedecer a nadie. No se las puede domesticar. No se trata de perros ni de gatos. Son libres. ¿Me entiende, Méliés? Son libres, no hacen más que lo que se les ocurre y nadie podrá manipularlas ni influir en ellas. Mi padre ya lo había comprendido. Son libres. Y por eso siempre se quiere acabar con ellas. ¡No hay más que hormigas salvajes y libres! ¡Yo no soy su asesino!

El comisario ignoró sus protestas y se volvió hacia Cahuzacq.

—Te llevas todo esto, el ordenador y las hormigas.

Tendremos que comprobar si el tamaño de sus mandíbulas corresponde con el de las lesiones internas de los cadáveres. Manda que precinten la casa y lleva directamente a la señorita al juzgado de instrucción.

Laetitia se volvió vehemente.

—Yo no soy su culpable, Méliés. ¡Vuelve a equivocarse! Desde luego, ésa es su especialidad!

El se negó a escucharla.

—Muchachos —les dijo a sus subordinados—, cuidado que no escape ni una sola de las hormigas. Todas ellas son pruebas periciales.

Jacques Méliés se sentía dominado por la felicidad más viva. Había resuelto el enigma más complicado de su generación. Había rozado el Grial del crimen perfecto. Había vencido en un caso en el que ningún otro habría podido triunfar. Y ya tenía el móvil del asesino: era la hija del más célebre chiflado pro-hormigas del planeta,

Edmond Wells.

Y se marchó sin haber cruzado una sola vez sus ojos con la mirada violeta de Laetitia.

—Soy inocente. Comete usted el mayor disparate de su carrera. Soy inocente.

90. Enciclopedia

CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES: En el año 53 antes de Cristo, el general Marco Licinio Craso, procónsul de Siria, envidioso del éxito de Julio César en las Galias, se lanza a grandes conquistas. César ha extendido su dominio sobre Occidente hasta Gran Bretaña, y por eso Craso quiere invadir Oriente hasta alcanzar el mar. Rumbo al Este. Pero el imperio de los partos se encuentra en su camino. Al frente de un gigantesco ejército, afronta el obstáculo. Se produce la batalla de Carres, pero es Sureña, rey de los partos, quien logra la victoria. De golpe, la conquista del Este concluye. El intento tuvo dos consecuencias inesperadas. Los partos capturaron numerosos prisioneros romanos, que sirvieron en su ejército para luchar contra el reino cusano. Los partos son derrotados a su vez, y sus romanos se ven incorporados al ejército cusano, en guerra a su vez contra el imperio de China. Los chinos vencen, y los prisioneros viajeros terminan en las tropas del emperador de China.

Allí, aunque sorprendidos ante aquellos hombres blancos, se maravillan por sus conocimientos en materia de construcción de catapultas y otras armas de muerte. Los adoptan, hasta el punto de emanciparlos y darles una ciudad como patrimonio.

Los exiliados se casaron con mujeres chinas y tuvieron hijos de ellas. Años más tarde, cuando unos mercaderes romanos les propusieron regresar a su país, ellos declinaron la oferta, declarándose más felices en China.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

91. Comida en el campo

Para escapar a la canícula del mes de agosto, el prefecto Charles Dupeyron había decidido llevar a su familia a comer al campo, bajo las frondas agrestes del bosque de Fontainebleau. Georges y Virginie, los niños, se habían pertrechado para la ocasión de un calzado todo terreno. Cécile, su esposa, se había encargado de preparar la comida fría que Charles transportaba en una enorme nevera bajo la mirada burlona de los demás.

Aquel domingo, a las once de la mañana hacía ya un calor espantoso. Se adentraron bajo los árboles en dirección oeste. Los niños tarareaban una cancioncilla aprendida en la guardería: «Be-bop-a-lula, she is my baby». Cécile se esforzaba por no torcerse el tobillo en los baches.

Por su parte, aunque sudaba a chorros, Dupeyron no estaba disgustado por hacer novillos de aquel modo, lejos de los guardaespaldas, de las secretarias, de los encargados de Prensa y demás cortesanos. El retorno a la Naturaleza tenía sus encantos.

Llegado a un riachuelo más que a medias seco, aspiró con placer un aire lleno de aromas floridos y sugirió que se instalaran en la hierba, en las cercanías:

Cécile protestó inmediatamente:

—Pero ¿te parece divertido? Todo esto debe estar atestado de mosquitos. ¡Como si no supieras que en cuanto hay un mosquito me pica a mí!

—Les encanta la sangre de mamá porque es más dulce —dijo burlona Virginie blandiendo la red para mariposas que había llevado con la esperanza de enriquecer la colección de su clase.

El año anterior, con las alas de ochocientos lepidópteros, habían hecho un gran cuadro que representaba un avión volando en el cielo. En esta ocasión pretendían representar la batalla de Austerlitz.

Dupeyron se mostró conciliador. No iba a estropear aquel hermoso día por una cuestión de mosquitos.

—Muy bien, sigamos adelante. Me parece que allí hay un claro.

El claro era un cuadrado de tréboles del tamaño de una cocina y, debido a ello, generosamente sombreado. Dupeyron se libró de la nevera, la abrió y sacó un hermoso mantel blanco.

—Aquí estaremos perfectamente. Niños, ayudad a vuestra madre a preparar la mesa.

Y empezó a descorchar una botella de un excelente Burdeos, ganándose inmediatamente una indirecta de su esposa:

—¿No hay nada más urgente que hacer? ¡Los niños peleándose y tú sólo piensas en beber! ¿Por qué no ejerces tu oficio de padre?

Georges y Virginie se peleaban arrojándose puñados de tierra. Con un suspiro, Dupeyron les llamó al orden.

—¡Basta, niños! Georges, tú eres el chico, a ver si das ejemplo.

El prefecto agarró a su hijo por el pantalón y le amenazó con la mano.

—¿Ves esta mano? Si sigues molestando a tu hermana, te la encontrarás en la cara. Estás avisado.

—Pero, papá, no soy yo, es ella.

—No quiero saber quién es, a la menor tontería, te la ganas tú.

El pequeño comando de veinticinco exploradoras evoluciona muy por delante del grueso de las tropas, husmeando en todas direcciones. Como tentáculos del ejército, disponen de feromonas pistas que permitirán a la masa de las cruzadas tomar el mejor camino.

El grupo más avanzado está dirigido por 103.

Los Dupeyron mastican despacio bajo los tupidos árboles. El cansancio era tal que incluso los niños estaban ahora tranquilos. Alzando los ojos, la señora Dupeyron rompió el silencio:

—Creo que también por aquí hay mosquitos. En cualquier caso, hay insectos. Estoy oyendo zumbidos.

—¿Has visto alguna vez un bosque sin insectos?

—Me pregunto si tu comida en el campo ha sido una buena idea —dijo suspirando—. Habríamos estado mucho mejor en la costa normanda. ¡Sabes de sobra que Georges tiene alergias!

—Por favor, deja de mimar al pequeño. Acabarás consiguiendo que no sirva para nada.

—Pero, ¡escucha! Hay insectos, los hay por todas partes.

—No te preocupes, he traído un insecticida.

—Ah, ¿sí...? ¿Y de qué marca?

Señal procedente de una exploradora:

Fuertes olores no identificados que vienen del Nornordeste.

Los olores no identificados nunca faltan. Los hay a millares en el vasto mundo. Pero la entonación particularmente insistente de la mensajera desencadena de inmediato la alerta en el comando. Permanecen inmóviles y al acecho. En el aire flotan fragancias de matices poco habituales.

Una guerrera hace sonar sus mandíbulas, convencida de haber descubierto olores de becada. Las antenas entran en contacto para hacer consultas. 103 piensa que de todos modos sería preciso continuar avanzando, aunque sólo fuera para identificar al animal. Se ponen en fila siguiendo su opinión.

Las veinticinco hormigas remontan con precauciones el efluvio hasta su fuente. Terminan saliendo a un vasto espacio descubierto, un lugar completamente insólito

con un suelo blanco, sembrado de minúsculos agujeros.

Se imponen precauciones antes de hacer nada. Cinco exploradoras vuelven sobre sus pasos a fin de dejar entre las hierbas la bandera química de la Federación. Bastan unas pocas gotas de tetradecilacetato ($C_{22}H_{44}O_2$) para dar a entender a todo el planeta que ése es territorio de Bel-o-kan.

Eso las tranquiliza un poco. Nombrar un país es, en cierto modo, conocerlo.

Inspeccionan el terreno.

Se perfilan dos torres macizas. Cuatro exploradoras emprenden la escalada. También la cima, circular y abombada, está llena de agujeros por donde salen aromas salados o picantes. Les gustaría ver las sustancias más de cerca, pero los intersticios son demasiado pequeños para poder pasar. Decepcionadas, descienden.

Tanto peor: los equipos técnicos que vengán lograrán resolver sin duda el problema. Nada más llegar abajo se ven arrastradas hacia otra curiosidad, más extraña todavía, una sucesión de colinas con olor a bálsamo pero de formas bastante poco naturales. Suben a ellas y, tras desparramarse por valles y crestas, palpan y sondan.

¡Comestible!, exclama la primera que ha llegado a penetrar la capa superficial dura. Lo que hay debajo de lo que había tomado por una piedra, está excelente. ¡Nada menos que materia proteínica en cantidad inimaginable! Emite la noticia en una frecuencia entusiasta, con los filamentos nutritivos llenándole los palpos bucales.

—¿Qué más hay?

—Brochetas.

—¿De qué?

—De cordero, tocino y tomate.

—No está mal. ¿Y con qué?

Las hormigas no se quedan allí. Embriagadas por ese primer éxito, se llenan un poco el buche y se dispersan por el mantel blanco. Una escuadra de cuatro exploradoras se ha metido en un frasco blanco lleno de gelatina amarilla. Luchan mucho tiempo antes de zozobrar en la materia blanda.

—¿Con qué? Con salsa bearnesa de la mantequería.

103 se ha perdido en el corazón de un gigantesco amasijo de estructuras amarillas, cuya superficie rechina y cruje bajo sus pasos. Lienzos enteros se desmoronan. 103 salta por todas partes para evitar ser aplastada, y, apenas llega al suelo, tiene que saltar otra vez para evitar una caída que le sepultaría en la materia cristalina y desmenuzable.

—¡Estupendo! ¡Patatas fritas!

Un patinazo imprevisto sobre una especie de explanada untada de lípidos la saca por fin de la pesadilla. Prosigue su exploración, recorriendo un tenedor. Camina así de sorpresa en sorpresa, de un sabor suave a un sabor ácido, de un sabor acre a un

sabor caliente. Chapotea en una hortaliza verde, se acerca prudentemente a una crema roja.

—Pepinillos a la rusa, con ketchup.

Con las antenas febriles por tantos descubrimientos exóticos, 103.683 atraviesa una vasta extensión de color amarillo pálido de donde asciende un fuerte aroma a fermentación. Sus hermanas merodean y se divierten entre las cavidades. Todo aquello forma una sucesión ininterrumpida de cavernas perfectamente esféricas y tiernas. Se pueden atravesar con la mandíbula, y entonces la pared amarilla se vuelve transparente.

—¡Queso gruyere!

103 está encantada pero no tiene tiempo para comunicarle sus impresiones sobre este país extraordinario donde todo se come. Un sonido bajo y sordo, enorme como el viento, le cae encima, zumbando como un trueno.

—*Cuiao ayen dormigas.*

Una bola rosa surge del cielo y aplasta metódicamente a ocho exploradoras. *¡Paf, paf, paf!* No dura siquiera tres segundos. El efecto sorpresa es total. Todas estas nobles guerreras son de constitución robusta. Sin embargo ninguna puede oponer la menor resistencia. Sus sólidas armaduras cobrizas estallan, su carne y su sangre se mezclan en una papilla que salpica. Irrisorios crespones oscuros sobre el suelo blanco inmaculado.

Las soldados de la cruzada no creen lo que están viendo.

La bola rosa se prolonga de hecho en una larga columna. Nada más terminar su obra destructora otras cuatro columnas se despliegan lentamente para unirse a la anterior. *¡Son cinco!*

¡LOS DEDOS!

¡¡¡¡¡Son Dedos!!!! ¡¡¡¡¡Los Dedos!!!!

103 está convencida de que lo son. *¡Están allí! ¡Están allí!* Tan pronto, tan cerca, con tanta fuerza. *¡¡¡¡¡Los Dedos están allí!!!!* Lanza sus feromonas de alerta más opiáceas.

¡Atención, son Dedos! ¡Los Dedos!

103 siente que la sumerge una ola de miedo puro. Aquello hierve en sus cerebros, tiembla en sus patas. Sus mandíbulas se abren y cierran alternativamente sin razón.

¡LOS DEDOS! ¡Son los DEDOS! ¡A cubierto todo el mundo!

Los Dedos se elevan todos juntos hacia el cielo, se apiñan de tal modo que sólo uno de ellos sobresale. Está tenso como una espuela. Su extremo rosa y plano persigue a las exploradoras y las aplasta sin dificultad.

Instintivamente 103, valiente pero no temeraria, se esconde en una especie de gran caverna color beige.

Todo ha ocurrido tan deprisa que no ha tenido tiempo de darse cuenta bien de lo

que pasaba. Sin embargo, 103 los ha reconocido.

¡Eran... Dedos!

El miedo vuelve en una segunda oleada todavía más acida.

Esta vez no puede pensar en algo más terrorífico para anular así el miedo. Se encuentra frente a lo más terrible, frente a lo más incomprensible, tal vez frente a lo más poderoso que existe en el mundo. ¡Los Dedos!

El miedo se ha metido en todo su cuerpo, y tiembla y se ahoga.

Es extraño: al principio no ha comprendido bien, pero ahora que está protegida, en la calma de aquel refugio provisional, es cuando su miedo alcanza el grado más alto. Afuera todo está lleno de Dedos que quieren ajustarle las cuentas.

¿Y si los Dedos fueran dioses?

Se han burlado de ellos y ellos están furiosos. No es más que una miserable hormiga que va a morir. Chli-pu-ni tenía razón al preocuparse tanto, nunca hubiera pensado encontrarlos tan cerca de la Federación. ¡Así, pues, los Dedos han traspasado el confín del mundo e invaden el bosque!

103 da vueltas dentro de la gruta beige y cálida. Golpea histérica con su abdomen para librarse de todo el estrés que ha acumulado en los últimos segundos.

Tarda bastante tiempo en recuperar el autocontrol; luego, una vez que el miedo parece haberse disipado algo, inspecciona con pasos prudentes aquella extraña caverna de arcos. Unas laminillas negras adornan el interior. Destilan grasa tibia fundida. El conjunto desprende un olor a humedad nauseabundo, en el límite de lo soportable.

—Corta el pollo asado. Está muy apetitoso.

—Si estas hormigas nos dejaran tranquilos...

—Ya he matado un montón.

—De cualquier modo, tú y tu Naturaleza, ya me las pagarás. ¡Mira, las hay por todas partes, otra, y otra más!

Superando su repulsión, 103 cruza aquella gruta cálida y se agazapa en un borde.

Lanza hacia delante sus antenas y asiste, en efecto, a lo Increíble. Las bolas rosas, formidables depredadoras, acorralan a todas sus compañeras. Las hacen salir de debajo de los vasos, de los platos, de las servilletas, luego les quitan la vida sin más proceso.

Es una hecatombe.

Algunas tratan de disparar chorros de ácido contra sus asaltantes. En vano. Las bolas rosas vuelven, saltan, brotan por todas partes, no dan ninguna oportunidad a sus minúsculas adversarias.

Luego todo se calma.

El aire está lleno de esos tufos de ácido oleico que significan la muerte mirmeceana.

Los Dedos patrullan en grupos de cinco por el mantel.

Las heridas son rematadas, transformadas en manchas, raspadas para que no ensucien.

—Eyi, pame as tijerotas.

De pronto una enorme punta atraviesa el techo de la caverna y separa sus dos partes con un crujido ensordecedor.

103 da un salto. Brinca hacia delante. Deprisa. Huir. Deprisa. Deprisa. Los dioses monstruosos están allí.

Galopa con toda la celeridad de sus seis patas.

Las columnas rojas tardan algún tiempo en reaccionar.

Parecen completamente chasqueadas al verla salir de allí, pero rápidamente se lanzan en su persecución.

103 intenta todas las maniobras. Multiplica los virajes cerrados y las medias vueltas a contra pie. Su bolsa cardiaca late hasta romperse pero sigue viva. Dos columnas caen delante de ella. A través del tamiz de sus ojos, ve por primera vez las cinco siluetas gigantes que se recortan en el horizonte. Huele sus aromas almizclados. Los Dedos patrullan.

Enloquecedor.

Entonces se produce el disparo de un resorte en su cabeza. Tiene tanto miedo que hace lo impensable. Pura locura. ¡En lugar de huir, salta sobre sus perseguidores!

El efecto sorpresa es total.

Trepa a toda velocidad por los Dedos. Es un verdadero cohete sobre la pista de lanzamiento. Y cuando llega al final de la montaña, salta al vacío.

Su caída es amortiguada por las bolas rosas.

Se cierran para aplastarla.

Ella pasa por debajo y cae directamente, esta vez, en la hierba.

Corriendo se oculta bajo un trébol de tres hojas. Justo a tiempo. Ve cómo las columnas rosas rastrillan la vegetación que hay alrededor. Los diez Dedos quieren hacerla salir de su escondite. Pero al ras de las margaritas está su mundo. Ahí no volverán a encontrarla.

103 corre mientras en sus antenas chisporrotea toda suerte de ideas. Esta vez ya no queda ninguna duda, los ha visto, los ha tocado, los ha engañado incluso.

Sin embargo, haberlo hecho no responde a la cuestión esencial:

¿Son dioses los Dedos?

El prefecto Charles Dupeyron se limpió la mano con su pañuelo a cuadros.

—Bueno, ya veis que hemos podido echarlas, y sin tener que utilizar el insecticida.

—Ya te lo había dicho yo, querido, este bosque no está limpio.

—¡He matado a cien! —dijo jactándose Virginie.

—¡Pues yo muchas más, muchas más que tú! —exclamó Georges.

—A ver si os estáis tranquilos, niños... ¿Han tenido tiempo de tocar los alimentos?

—Yo he visto una salir del pollo asado.

—¡Pues yo no quiero comer un pollo ensuciado por la hormiga! —gritó entonces Virginie.

Dupeyron hizo una mueca.

—¡No vamos a tirar un hermoso pollo asado sólo porque lo haya tocado una hormiga!

—¡Las hormigas son sucias! Transportan enfermedades, nos lo ha dicho la maestra en la escuela.

—De todos modos nos comeremos el pollo —insistió el padre.

Georges se puso a cuatro patas.

—Hay una que ha escapado.

—¡Pues mejor! Así iré a decirles a las otras que no hay que pasar por aquí. Virginie, deja de arrancarle las patas a esa hormiga, que ya está muerta.

—¡No, mamá! Todavía se mueve algo.

—De acuerdo, pero entonces no pongas los trozos en el mantel, tíralos más lejos. ¿Es que no vamos a poder comer tranquilamente?

Lo había dicho alzando los ojos al cielo: se le quedaron fijos allí, estupefacta. Una nube de escarabajos cornudos, pequeña pero ruidosa, estaba reuniéndose en forma de corona a un metro por encima de su cabeza. Cuando vio que aquella suspensión continuaba, se puso pálida.

No era mejor el gesto de su marido. Acababa de comprobar que las hierbas habían oscurecido: las rodeaba una verdadera marea de hormigas. ¡Podían ser millones!

En realidad no eran más que las tres mil soldados de la primera cruzada contra los Dedos, que habían aumentado con los refuerzos zedibeinakanianos. Avanzaban decididas, todas con las mandíbulas fuera.

El esposo y padre articuló con una voz poco segura:

—Querida, pásame rápido el insecticida...

92. Enciclopedia

ÁCIDO FÓRMICO: El ácido fórmico es un componente esencial de la vida. El hombre lo posee en sus células. En la segunda mitad del siglo XIX el ácido fórmico se utilizaba para conservar los alimentos o los cadáveres de animales. Pero lo empleaban sobre todo para quitar las manchas de la ropa.

Como no sabían fabricar esa sustancia química de manera sintética, la sacaban directamente de los insectos. Se amontonaban millares de hormigas en una prensa de aceite cuyo tornillo se apretaba hasta obtener un zumo amarillento.

Una vez filtrado, ese «jarabe de hormigas manchadas» se vendía en todas las buenas droguerías, en la sección de quitamanchas líquidos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

93. Estadio final

El profesor Miguel Cygneriaz sabía que en adelante nada podía impedirle pasar al estadio final.

Tenía entre sus manos el arma absoluta contra las fuerzas ctónicas.

Cogió el líquido plateado y lo echó en una palangana. Luego derramó un líquido rojo y procedió a lo que en química se llamaba vulgarmente la segunda coagulación.

El sustrato tomó entonces unos colores cambiantes, los de la cola de un pavo real.

El profesor Cygneriaz colocó el recipiente en un fermentador. Sólo quedaba esperar. La última fase no requería más que de ese ingrediente todavía mal controlado por las máquinas: el tiempo.

94. Los Dedos retroceden

Cuando suben al asalto, las primeras líneas de infantería quedan envueltas de pronto en una nube verde que las hace toser con fuerza.

Mucho más arriba, los escarabajos rinoceronte picotean sobre las montañas móviles y blandas. Una vez llegadas a la altura de la jungla capilar de Cécile Dupeyron, las artilleras sueltan sus salvas de ácido. El único efecto de esta medida consiste en matar tres piojos jóvenes que pensaban elegir allí su domicilio.

Otro grupo de artilleras concentra sus tiros sobre una gruesa bola rosa. ¿Cómo podrían saber que se trata del dedo gordo de una mujer saliendo de una sandalia?

Será necesario encontrar alguna otra cosa, porque, si para los humanos el ácido fórmico es poco más o menos igual de corrosivo que la limonada, nuevas formaciones de nubes verdes de insecticidas están produciendo numerosas bajas en las filas belokanianas.

Buscad los agujeros, vocifera 9, mensaje repercutido inmediatamente por todas las que tienen experiencia en combates contra mamíferos y contra pájaros.

Varias legiones parten valientemente al asalto de los titanes. Hincan decididas sus mandíbulas en unas horas textiles, provocando anchas heridas en una camiseta de algodón así como en un short del mismo tejido. El chándal de Virginie Dupeyron (30% de acrílico, 20% polidamida) resulta en cambio una verdadera coraza en la que no consiguen ningún resultado las pinzas mirmeceanas.

—Tengo una en la nariz. ¡Ay!

—Deprisa, ¡el insecticida!

—¡Pero no nos podemos echar el insecticida encima!

—¡Socorro! —gime Virginie.

—¡Vaya plaga! —exclama Charles Dupeyron, esforzándose por dispersar con la mano los coleópteros que zumban alrededor de su familia.

—No acabaremos nunca con...

... nunca con estos monstruos. Son demasiado grandes, demasiado fuertes. Son incomprensibles.

103 y 9 discuten febrilmente sobre la situación, en alguna parte del cuello del joven Georges. 103 pregunta si han traído los venenos exóticos. 9 responde que sí, que hay veneno de avispa o de abeja, y que va inmediatamente a por ellos. La batalla está todavía causando estragos cuando 9 vuelve, trayendo en la punta de las patas un huevo lleno de líquido amarillo que sale generalmente del agujón de las abejas.

¿Cómo piensas inoculárselo? Nosotras no tenemos dardo.

103 no responde, hincan su mandíbula en la carne rosada y la hunde lo más profundamente que puede. Repite la operación varias veces porque el terreno es tan resistente como blando. ¡Por fin! Le basta con derramar el líquido amarillo en el

agujero rojo que hierve.

Huyamos.

El repliegue no resulta fácil. El animal gigante se ve atacado por convulsiones, se sofoca, vibra y hace mucho ruido.

Georges Dupeyron dobla las rodillas y luego se desmorona sobre un costado.

Georges es derribado por los minúsculos dragones.

Georges cae. Cuatro legiones de hormigas se pierden entre sus cabellos, pero otras consiguen encontrar sus seis agujeros.

103 se queda por fin tranquila.

Esta vez, no hay duda. ¡Ya tiene a uno!

De pronto el miedo a los Dedos deja de acosarla. ¡Qué hermoso es el final de un miedo! Se siente libre.

Georges Dupeyron está en tierra y no se mueve.

9 se lanza, se sube a su cara y escala la masa rosada.

Un Dedo es, de hecho, un territorio entero. Por lo poco que lo ha recorrido, hará cien pasos de ancho por doscientos de largo al menos.

Dentro hay de todo: cavernas, valles, montañas, cráteres.

Equipada con las mandíbulas más largas de la cruzada, 9 piensa que el Dedo no está del todo muerto. Trepa por las pestañas, se detiene en la raíz de la nariz justo entre los dos ojos, en el emplazamiento de lo que los hindúes denominan el tercer ojo. Levanta la punta de su mandíbula derecha.

La hoja centellea bajo los rayos del sol como una Excálibur magnífica. Luego, de un golpe seco, ¡*chuf!*, la hunde lo más profundamente que puede en la superficie rosa.

9 libera con un ruido de succión su sable de quitina.

Inmediatamente, por encima de sus antenas se eleva un delgado géiser rojo.

—¡Querido! ¡Mira, Georges no parece encontrarse bien!

Charles Dupeyron soltó el insecticida en la hierba y se inclinó sobre su hijo. La tez de sus mejillas se había puesto color amapola y respiraba con dificultad. Las hormigas le recorrían a puñados.

—¡Lo que nos faltaba: un ataque de alergia! —Exclamó el prefecto—. Tenemos que ponerle una inyección en seguida, un médico...

—¡Vayámonos de aquí! ¡Deprisa!

Sin perder tiempo recogiendo sus utensilios de comida campestre, la familia Dupeyron huye en dirección al coche. Charles lleva a su hijo en brazos.

9 salta a tiempo. Lame la sangre dedalera que se ha quedado pegada en su mandíbula derecha. Ahora todo el mundo lo sabe.

Los Dedos no son invulnerables. Se les puede hacer daño... Se les puede vencer con veneno de abeja.

95. Nicolás

El mundo de los Dedos es tan hermoso que ninguna hormiga puede comprenderlo todavía. El mundo de los Dedos es tan tranquilo que la inquietud y la guerra han sido arrojados de él.

El mundo de los Dedos es tan armonioso que todos viven en él en un éxtasis permanente.

Poseemos herramientas que nos permiten no trabajar nunca. Poseemos herramientas que nos permiten desplazarnos a grandísima velocidad en el espacio.

Poseemos herramientas que nos permiten alimentarnos sin el menor esfuerzo.

Podemos volar.

Podemos ir bajo el agua.

Podemos incluso abandonar este planeta para ir más allá del cielo.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son dioses. Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son grandes, Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son poderosos.

Ésa es la verdad.

—¡Nicolás!

El muchacho apagó rápidamente la máquina y fingió consultar la Enciclopedia del saber relativo y absoluto.

—¿Sí, mamá?

Apareció Lucie Wells. Era delgada y frágil, pero una fuerza extraña animaba su mirada sombría.

—¿No te has dormido? Ya es la hora de nuestra noche artificial.

—Verás, es que me he levantado para consultar la Enciclopedia.

Ella sonrió.

—Haces bien. Hay tantas cosas que aprender en ese libro. —Le coge por los hombros—. Dime, Nicolás, ¿nunca tienes ganas de participar en nuestras reuniones telepáticas?

—No, por ahora no. Creo que aún no estoy preparado.

—Cuando lo estés, te darás cuenta de forma natural. No te fuerces.

Le estrechó en sus brazos y le dio un masaje en la espalda. Él fue soltándose despacio, cada vez menos sensible a estos testimonios de amor materno.

Ella le dijo al oído.

—Por ahora, no puedes comprender, pero un día...

96. 24 hace lo que puede (con lo que tiene)

24 camina hacia lo que ella espera que sea el Sudeste. Pregunta a todos los animales a los que puede acercarse sin demasiado peligro.

¿Han visto pasar la cruzada? Pero el lenguaje oloroso de las hormigas no goza todavía del estatuto de lengua universal. Un escarabajo cetonino, sin embargo, cree haber oído decir que las belokanianas habían combatido contra los Dedos y que habían ganado la batalla.

Es imposible, piensa inmediatamente 24. ¡A los dioses no se les puede vencer! Sin embargo, sigue preguntando en el camino y se entera de lo necesario para quedar convencida de que ha habido un encuentro. Pero ¿en qué circunstancias y con qué resultado?

Ella no estaba allí. No ha podido ver a sus dioses, y, lo que es peor, no ha podido entregarles el capullo de la misión Mercurio. ¡Malditos sean su atolondramiento y su perpetua falta de sentido de la orientación!

Divisa a un jabalí en su camino. Caminará mucho más deprisa que ella. Obsesionada por su deseo de reunirse con sus hermanas rojas y, quién sabe, de acercarse a los Dedos, se le sube a una pata. No tiene que esperar mucho tiempo antes de que el jabalí empiece a correr. El problema es que él tuerce hacia el Norte, y ella se ve obligada a saltar en marcha.

Tiene suerte. Aparece una ardilla, cuya piel parásita inmediatamente. La ardilla va hacia el Nordeste, pero el veloz roedor se detiene bruscamente en la copa de un árbol y la hormiga tiene que saltar para llegar cuanto antes al suelo.

Sigue haciendo camino, cierto, pero sigue sola. No se encuentra bien, pero debe serenarse: cree en los Dedos, dioses omnipotentes. Pues bien, debe invocarles, para que ellos la guíen hacia la cruzada y hacia ellos mismos.

¡Oh Dedos, no me abandonéis en este mundo espantoso. Haced que encuentre a mis hermanas!

Repliega las antenas, como para contactar mejor con sus amos. Es en ese momento cuando percibe detrás de ella un olor de lo más familiar.

¡Tú!

24 siente la mayor de las alegrías.

103, que había salido en busca de información sobre Askolein, la Colmena de oro, se tranquiliza a la vista del capullo. También se alegra al encontrar a la joven rebelde deísta.

¿No has perdido el capullo de mariposa?

Ella le muestra el precioso recipiente y ambas se unen al resto del grupo.

97. Enciclopedia

CUESTIÓN DE ESPACIO-TIEMPO: Alrededor de un átomo se encuentran varias órbitas de electrones, algunas muy cerca del núcleo, otras mucho más alejadas.

Si un suceso exterior fuerza a uno de esos electrones a cambiar de órbita, inmediatamente se produce una emisión de energía en forma de luz, de calor, de irradiación.

Desplazar un electrón de una capa baja para llevarlo a una capa más alta es como poner a un tuerto en el país de los ciegos. Irradia, impresiona, se convierte en el rey. Y a la inversa, un electrón de órbita alta desplazado a una órbita más baja tendrá la apariencia de un perfecto imbécil.

El Universo entero está construido de forma análoga, como una lasaña. Espacios-tiempo diferentes se codean, dispuestos en capas superpuestas. Algunos son rápidos y complejos, otros lentos y primarios.

Encontramos esta organización estratificada en todos los niveles de la existencia. Así, una hormiga muy inteligente y desenvuelta, proyectada en el universo humano, no es más que un animal torpe y temeroso. Un humano ignorante y estúpido, lanzado a un hormiguero, se convierte en un dios omnipotente. Ello no impide que la hormiga que ha entrado en contacto con los humanos haya aprendido mucho de esa experiencia. De regreso entre sus congéneres, su conocimiento del espacio-tiempo superior le dará un poder seguro sobre todas sus semejantes.

Un buen medio de progresar es haber conocido el estadio de paria en la dimensión superior, para volver luego a su dimensión de origen.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

98. Nuestras amigas las moscas

Cuando llega al claro de los Dedos donde ahora acampan las cruzadas, 24 se empeña en no creer que sus hermanas rojas hayan matado a un dios. Delante de 103 sostiene que habrán confundido a otro animal gigante con un Dedo.

Y si, de cualquier modo, se trataba de un Dedo, es posible que éste haya fingido que moría. Habrá querido atestiguar de esta manera su reacción, medir el grado de su fervor. Con su fama de ingenuidad, 24 asesta el golpe de gracia: si el Dedo ha muerto, ¿dónde está el cadáver?

103 parece sentir cierto apuro, nada más. Afirma haber recorrido uno en todos los sentidos y poseer ahora una idea mucho más precisa de la cuestión.

Mientras le emite todo esto a 24, la idea germina en sus cerebros: ¿por qué no redactar una feromona memoria sobre los Dedos? Toma un poco de saliva e inscribe en ella.

Feromona: Zoología.

Tema: Los Dedos.

Salivadora: 103.683.

Fecha año: 100.000.667.

1) Los Dedos existen.

2) Los Dedos son vulnerables. Se les puede matar con veneno de abeja.

Notas sobre la segunda observación:

a) Tal vez haya otras formas de matar a los Dedos, pero en este día sólo el veneno de abeja se ha mostrado eficaz.

b) Se necesitará una enorme cantidad de veneno de abeja si se quiere matar a todos los Dedos.

c) Los Dedos siguen siendo, sin embargo, muy difíciles de matar.

3) Los Dedos son mucho mayores de lo que nuestros ojos pueden captar de ellos.

4) Los Dedos son calientes.

5) Los Dedos están cubiertos de una capa de fibra vegetal. Como una piel artificial coloreada. Esa piel no sangra cuando se la traspasa con la mandíbula. Sólo sangra la piel inferior.

Alza las antenas para reunir sus recuerdos y luego deglute:

6) Los Dedos tienen un olor muy fuerte, que no se parece a nada conocido.

Divisa un grupo de moscas que forman círculo alrededor de un charco rojo oscuro.

7) Los Dedos tienen la sangre roja, como los pájaros.

La gota de sangre está atrayendo a una multitud de moscas que zumban.

8) Si los Dedos son...

Realmente, es imposible trabajar en tales condiciones. Las moscas están en pleno banquete. Ni siquiera se oye. 103 debe interrumpir su tarea e intentar dispersar a las carroñeras.

Pero, bien pensado, las moscas pueden ser útiles a la cruzada.

99. Enciclopedia

REGALO: Entre las moscas verdes, la hembra devora al macho durante el acoplamiento. Las emociones le abren el apetito y la primera cabeza que ve a su lado le parece un desayuno excelente. Pero, aunque el macho quiere hacer el amor, lo que no quiere es morir masticado por su dama. Por eso, para evitar esa situación corneilliana, para tener el Eros sin el Tánatos, el macho mosca verde ha encontrado una estratagema. Lleva un trozo de alimento como «regalo». De este modo, cuando a la señora mosca verde le entra el hambre, puede degustar un trozo de comida y su compañero copular sin peligro. En una especie más evolucionada todavía, el macho lleva su carne de insecto empaquetada en un capullo transparente, ganando de este modo una cantidad preciosa de tiempo.

Una tercera especie de mosca ha extraído las consecuencias del hecho de que el tiempo de apertura del regalo contaba más, desde el punto de vista del macho, que la calidad del regalo mismo. En esta tercera especie el capullo de envoltura es espeso, voluminoso, y... está vacío. Mientras la hembra descubre la superchería, el macho ha dado por concluido su asunto. Pero cada uno reajusta su comportamiento. Entre las moscas de tipo EMPSIS, por ejemplo, la hembra agita el capullo para verificar que no está vacío... Pero también en este caso hay engaño. El macho previsor llena el paquete-regalo con sus propios excrementos, lo bastante pesados para poder pasar por trozos de comida.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

100. Laetitia se escapa

Una vez en la cárcel, el comisario Méliés pidió ver a Laetitia Wells. Le preguntó al director.

—¿Cómo reacciona a su encarcelamiento?

—De ninguna manera. No reacciona.

—¿Qué quiere decir?

—Desde que está aquí, duerme. No ha comido nada, no ha bebido ni un trago de agua. No se ha movido. Duerme y nada puede despertarla.

—¿Cuánto tiempo hace que duerme?

—Setenta y dos horas.

Jacques Méliés no esperaba esa reacción. Por regla general las mujeres que detenía lloraban, lanzaban gritos de rabia, pero en ningún caso dormían.

Sonó el teléfono.

—Es para usted —dijo el director.

Era el inspector Cahuzacq.

—Jefe, estoy con el forense y hay un problema. Resulta que, de las hormigas de la periodista, ya no queda ni una que se mueva. ¿Qué te parece?

—Creo, creo... Creo que están hibernando, eso es todo.

—¿En pleno mes de agosto? —dijo sorprendido el inspector.

—¡Pues claro! —Respondió Méliés con total seguridad—. ¿Émile? Dile al forense que pasará dentro de un rato.

Jacques Méliés colgó, con la cara pálida.

—Laetitia Wells y sus hormigas están hibernando.

—¿Cómo dice?

—Sí, lo estudié en biología. Cuando hace frío, cuando llueve, cuando su reina ha desaparecido, los insectos cesan toda su actividad y aminoran su ritmo cardíaco, hasta el sueño o hasta la muerte.

Los dos hombres corrieron a través de la cárcel hasta la celda de Laetitia. Pronto se tranquilizaron. De los labios de la joven salía un suave ronquido. Méliés le cogió la muñeca y comprobó que el pulso era... algo lento. La sacudió hasta despertarla.

Laetitia entreabrió sus ojos violeta, pareció sentir alguna dificultad para analizar la situación y por fin reconoció al comisario. Volvió a dormirse con una sonrisa. Méliés prefirió ignorar provisionalmente los sentimientos encontrados que le agitaban.

Se volvió hacia el director de la cárcel.

—Ya verá usted cómo mañana por la mañana, pedirá el desayuno. Si quiere apostar...

Bajo la piel frágil de sus párpados, los ojos violeta giraban de izquierda a derecha

y de arriba abajo, como para seguir mejor las peripecias de un sueño. Era extraño. Laetitia estaba como hundida en el mundo onírico.

101. Propaganda

Veréis lo sencillo que es.

23 empieza así su arenga. Está instalada en una hondonada excavada en una roca de gres, con 24 a su lado. Tiene enfrente una escuadra de treinta y tres hormigas.

Primero había pensado celebrar sus reuniones de propaganda en el interior mismo del campamento viviente, luego renunció por prudencia: allí dentro las paredes tenían antenas.

23 se levanta sobre cuatro patas.

Los Dedos nos han creado y puesto en la Tierra para que les sirvamos. Nos observan y nosotras debemos velar para no disgustarles porque pueden castigarnos. Nosotras les servimos y ellos a cambio nos dan una parte de su poder.

La mayor parte de la audiencia está formada por hormigas víctimas de los cestodos del pájaro carpintero negro bombardero. Sea porque no tienen mucho que perder, sea porque buscan consuelo en su propia ruina, lo cierto es que las albinas responden a los argumentos deístas. Desconcertadas a menudo, escépticas a veces, a todas les gustaría creer en un mundo superior después de la muerte.

Hay que decir que las pobres albinas lo pasan mal. Vencidas poco a poco por una languidez mórbida que las obliga a arrastrarse a la cola de la procesión, tienen perfecto derecho a hacerse preguntas sobre el sentido de la existencia. A veces, se retrasan mucho y se convierten en presas fáciles de los depredadores más variados.

Sin embargo, cualquier soldado que viese a una enferma atacada no vacilaría en volar en su ayuda. La solidaridad mirmeceana no exceptúa a nadie, y con mayor motivo en el seno de una empresa como la primera cruzada.

Sea como fuere, el mensaje deísta seduce y encuentra antenas complacientes, incluso entre las no heridas. Y no deja de ser extraño que las hormigas reunidas en el hueco de la hondonada de gres olviden que si han dejado su ciudad ha sido para exterminar a aquellos a los que ahora están a punto de adorar.

De cualquier modo se dejan oír algunas objeciones, preguntas que podrían plantear problemas. Pero 23 tiene su respuesta completamente preparada:

Lo importante es acercarse a los Dedos. De lo demás, no os preocupéis de nada. Los Dedos son dioses y son inmortales.

¿Qué responder a esto? Una exploradora roja levanta su antena:

¿Por qué no emiten nada los Dedos para indicarnos lo que debemos hacer, minuto a minuto?

Los Dedos nos hablan, asegura 23. En el Bel-o-kan estamos en contacto permanente con los Dedos.

Una artillera:

¿Qué hay que hacer para hablar con los dioses?

Respuesta:

Hay que pensar en ellos con mucha fuerza. Los dioses llaman a eso «oración». Cualquier oración emitida desde donde sea es oída por los dioses.

Una hormiga blanca lanza una feromona teñida de desesperanza:

¿Pueden curarnos los Dedos de los cestodos?

Los Dedos lo pueden todo.

Entonces una soldado pregunta:

Puesto que la Manada nos ordena matar a todos los Dedos, ¿qué debemos hacer?

23 mira de reojo a la soldado y agita tranquilamente sus tallos sensitivos.

Nada. No haremos nada. Permaneceremos al margen y observaremos. No hemos de temer nada por los dioses. Los dioses son omnipotentes. Basta con que difundáis la palabra del doctor Livingstone. Debemos ser cada vez más numerosas en nuestras reuniones. Con prudencia. Y sobre todo, oremos.

Para la mayoría, aquélla es la primera vez que tienen un comportamiento rebelde hacia la Manada. Y les parece muy excitante. Incluso aunque los Dedos no existan.

102. Enciclopedia

DIOS: Dios, por definición, es omnipresente y omnipotente. Si existe, está en todas partes y puede hacerlo todo. Pero si puede hacerlo todo, ¿es capaz también de generar un mundo del que él esté ausente y donde no pueda hacer nada?

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

103. Askolein, la Colmena de oro

Ocho vertical. Ocho invertido. Ocho en espiral. Ocho.

Se paran.

Doble ocho. Cambio de ángulo en relación al sol.

Ocho horizontal estrecho. Ocho horizontal amplio.

El mensaje no puede ser más claro.

Respuesta: ocho, ocho horizontal amplio, doble ocho, ocho invertido. Luego, transmisión al próximo relevo aéreo.

Las abejas graban sus informaciones en el cielo dando vueltas.

Para decir que el alimento está a más de cien metros, efectúan en el aire ochos cuyo eje central indica la dirección que debe tomarse y la distancia.

La ciudad del gran abeto junto al río tiene el nombre oloroso de Askolein, que en abeja significa «la Colmena de oro».

Tiene seis mil individuos.

Una abeja exploradora askoleína despegas a gran velocidad tras haber observado esa llamada. Revolotea entre los cardos, remonta los taludes, sobrevuela una columna de hormigas que pululan entre las hierbas (vaya, ¿qué harán esas hormigas en una esquina?). Contornea el gran roble y vuela raso por la zona de los montículos de arena.

Aquí parece haber algo interesante. Aminora su batir de alas. La abeja revolotea encima de los junquillos, se moja las patas en estambres de flores no identificadas, se da cuenta de que, pensándolo bien, se trata de una margarita, lanza su lengua fina y multiplicada en el polvo amarillo; instantes más tarde retrocede, con los músculos cubiertos de polen fresco.

Aterrizas en la pista de vuelo de la colmena e inmediatamente empieza a batir sus alas con una frecuencia de 280 hertzios.

Bzzzzz bzzz bzzz. 280 hertzios constituyen la frecuencia que permite a una abeja reunir un máximo de obreras preocupadas por problemas de alimento.

Con 260 hertzios atraería a las obreras encargadas de la intendencia y del cuidado de las crías. Con 300 hertzios desencadenaría la alerta militar.

La exploradora se coloca en un hexágono de cera y comienza su danza. En esta ocasión dibuja ochos pero en dos dimensiones, a lo largo del suelo encerado de la colmena. Cuenta muy deprisa su aventura. Da la dirección, la distancia y la calidad exacta del grupo de flores que ha inspeccionado. Según ella, se trata de margaritas.

Como la fuente está relativamente cercana, danza con rapidez, en caso contrario lo haría más despacio. Algo así como si quisiera representar la fatiga del vuelo lejano.

En su informe «danzado», tiene también en cuenta la posición del sol y su movimiento.

Acuden las colegas. Han comprendido que había numerosas flores para saquear, pero querían saber la calidad de aquella fuente. A veces las flores están cubiertas de excrementos de pájaros, a veces están marchitas, en ocasiones ya las han saqueado las abejas de otra colmena.

Algunas se golpean nerviosas su abdomen contra los panales de cera.

Queremos cosas concretas, dicen en lenguaje abeja.

La exploradora no se hace de rogar. Regurgita su polen.

¡Probad, amigas mías, y veréis, es de primera calidad!

Esa danza, ese diálogo, ese intercambio se efectúa en la oscuridad más absoluta pero, al final, todo un grupo despegga para una misión cuyos elementos conocen en su mayor parte.

La exploradora, extenuada, ingurgita las muestras que había traído como prueba. Luego se dirige a la celda real donde se encuentra la reina de las abejas askoleínas, Zaha-haer-scha, la 67 de su nombre.

Ésta había conseguido acceder al trono de ese reino abeja tras una lucha que la había enfrentado a una veintena de reinas hermanas suyas. Las abejas siempre producen demasiadas reinas, pero, como para una ciudad sólo se precisa una, tienen que luchar salvajemente en la celdilla nupcial hasta que sólo queda la victoriosa.

Es un método de selección algo bárbaro, pero permite poner al frente de la Ciudad a la abeja más tenaz y combativa.

La abeja reina, reconocible por su abdomen amarillo liso, vive cuatro años y, si todo va bien, puede llegar a poner hasta mil huevos diarios.

La colmena de Askolein está situada al este-noroeste del hormiguero Bel-o-kan. Es un lugar perfecto, donde los panales de cera amarilla rebosan de obreras libadoras. Aquí todo es brillante y perfumado. Amarillo, negro, rosa y naranja. Las obreras se pasan de patas a patas la preciosa miel.

Más lejos, se fabrica en un recipiente de cera la jalea real.

Más lejos todavía se encuentra la sala de educación de las abejas jóvenes.

La educación de las abejas siempre obedece a las mismas reglas. Desde el momento en que sale de su celdilla, la abeja es alimentada por sus hermanas; luego empieza a trabajar. Durante los tres primeros días de su vida, se dedica a las tareas domésticas. Al tercer día, sufre transformaciones físicas con la aparición, junto a la boca, de glándulas que producen la jalea real. Entonces se convierte en nodriza. Esas glándulas van disminuyendo luego de importancia y, poco a poco, otras nueve glándulas, situadas ahora bajo el abdomen, se ponen en marcha. Son las glándulas cereras que producen la cera necesaria para construir y reparar los paneles de la Ciudad.

De este modo, a partir del decimosegundo día, la abeja se convierte en albañil.

Construye los alvéolos que constituyen los panales de cera. A partir del

decimoctavo día, esas glándulas cereras dejan a su vez de funcionar. La obrera se convierte entonces en guardiana, pero sólo el tiempo necesario para familiarizarse con el mundo exterior, luego se convierte en libadora. Morirá libadora.

La exploradora llega a la celdilla real. Quiere hablar con su Reina Madre de aquella extraña colonia de hormigas, pero ésta parece hallarse enfrascada en una conversación con..., ¡le cuesta dar crédito a sus antenas!, ...con una hormiga precisamente. Y, más precisamente, ¡con una hormiga de la federación belokaniana! Desde lejos percibe el diálogo de los dos insectos.

¿Qué se puede hacer?, pregunta la reina de las abejas.

Cuando esa hormiga llegó a la colonia, nadie comprendió qué iba a hacer allí. La dejaron entrar en la Ciudad de oro más por sorpresa que por simpatía.

¿Qué hacía una hormiga en una colmena?

23 contó entonces las circunstancias excepcionales que justificaban su venida.

Las belokanianas, sus propias hermanas, se han vuelto locas, han lanzado una cruzada contra los Dedos y han matado a uno. 23 explica que la cruzada atacará forzosamente a las abejas que encuentren en su camino. Aconseja al ejército abeja, al que sabe temible, que se adelante a las hormigas y ataque la columna de cruzadas cuando éstas se hallen encajonadas en el cañón de los ranúnculos.

¿Una emboscada? ¿Me estás proponiendo que tienda una emboscada a los de tu especie?

La reina abeja está sorprendida. Es cierto que le han contado que las hormigas tenían comportamientos cada vez más perversos; le han hablado en especial de unas mercenarias que luchaban contra su nido a cambio de alimento, pero sólo se lo creía a medias. Tener enfrente a una hormiga que le indica el mejor sitio para matar a las suyas la impresiona de verdad.

Decididamente, las hormigas son mucho más perversas de lo que pensaba. A menos que sea una trampa. Esa presunta traidora podría haberse presentado, por ejemplo, para atraer al ejército abeja al cañón de los ranúnculos y, mientras tanto, el grueso de la cruzada atacaría la colmena. Eso ya sería más comprensible.

La reina Zaha-haer-scha hace vibrar sus alas dorsales.

En un lenguaje oloroso básico, comprensible incluso para las hormigas, le pregunta.

¿Por qué traicionas a las tuyas?

La hormiga se explica: las belokanianas quieren matar a todos los Dedos de la Tierra. Y los Dedos forman parte de la diversidad del mundo y, a fuerza de eliminar especies enteras, las hormigas están empobreciendo el planeta. Cada especie tiene su utilidad y el genio de la Naturaleza se expresa por la multiplicidad de sus formas de vida.

Destruirlas es un crimen.

Las hormigas ya han matado muchos animales. Lo han hecho conscientemente, sin tratar de comprenderlos ni de comunicarse con ellos. Por simple oscurantismo, una parte entera de la Naturaleza ha sido eliminada.

La soldado 23 se guarda mucho de explicar que los Dedos son dioses y que ella misma es deísta. No dice que «los Dioses son omnipotentes», aunque lo piensa con mucha fuerza. ¿Qué podría comprender una reina abeja de esas nociones ultra-abstractas?

23 repite los argumentos de las rebeldes no deístas.

En un lenguaje más sencillo de ingurgitar por alguien que nunca ha pensado que podían existir dioses.

De los Dedos no se conoce prácticamente nada. Probablemente tienen muchas cosas que enseñarnos. Por su nivel, por su tamaño, se han enfrentado a problemas que nosotras no somos siquiera capaces de imaginar...

Según ella hay que proteger a los Dedos. O, al menos, salvar una pareja para estudiarlos.

La abeja comprende ese lenguaje, pero se declara absolutamente al margen de esa guerra fórmico-dedalera. En la actualidad, ellas tienen un conflicto fronterizo con un nido de avispa negra que moviliza todas sus pulsiones militares. La reina Zahaer-scha se lanza entonces, no sin cierta delectación, a describir una batalla áptico-avispera.

¡Escuadras volantes de miles de himenópteros que mezclan sus alas, duelos en suspensión en el aire, choques de aguijones envenenados, añagazas, asaltos imprevistos, ataques cruzados! Confiesa ser una apasionada del arte de la esgrima de aguijones. Y sólo las avispa y las abejas conocen ese deporte. No resulta fácil mantenerse en vuelo propinando al mismo tiempo aguijonazos certeros. Mima alegremente un duelo contra un adversario imaginario y enumera los golpes. Esto es un molinete, esto una estocada, esto una cuarta, esto una quinta, esto una prima, esto una parada a la derecha.

La punta de su abdomen está a un espesor de ala de la cabeza de la hormiga, que no parece muy impresionada, mientras la abeja sigue describiéndole un combate áptico-avispero. Revés, finta, ataque, pausa, respuesta...

23 la interrumpe, insiste, dice que todo lo contrario, que a las abejas también les concierne esa guerra fórmico-dedalera. 103, una de sus soldados más experimentadas, ha descubierto que se podía matar a todos los Dedos con veneno de abeja. Por ahora sólo se les puede matar con ese veneno.

Por lo tanto, la cruzada atacará forzosamente Askolein para procurarse el veneno.

¿Las hormigas? ¿Atacarnos tan lejos de su federación? ¡Tú deliras!

Es en este momento cuando en todos los panales de la Colmena de oro se desencadena la alerta militar.

104. Los insectos no nos quieren

Le tocaba ya al profesor Miguel Cygneriaz presentar su contribución al seminario sobre la lucha contra los insectos. Se levantó y presentó a la audiencia un planisferio sembrado de machas negras.

—Estos puntos representan zonas de guerra, no entre seres humanos, sino contra el insecto. Nos batimos en todas partes contra los insectos. En Marruecos, en Argelia y en Senegal se combaten las invasiones de grillos. En el Perú, el mosquito transmite el paludismo, en África austral la mosca tsé-tsé produce la enfermedad del sueño, en Malí una proliferación de piojos ha provocado una epidemia de tifus. En la Amazonia, en África ecuatorial, en Indonesia, los hombres luchan contra las invasiones de hormigas africanas. En Libia, las vacas están siendo diezmadas por la mosca carnicera. En Venezuela, avispas agresivas atacan a los niños. En Francia, muy cerca de aquí, una familia ha sido atacada en plena comida campestre por una columna de hormigas rojas en el bosque de Fontainebleau. Y no les hablaré de los doríforas que destruyen las plantaciones de patatas, de las termitas, de las polillas que se alimentan de nuestras ropas, de las pulgas que la emprenden con nuestros perros... Ésa es la realidad. Desde hace un millón de años, los nombres están en guerra contra los insectos y la lucha no ha hecho más que empezar. Como el adversario es pequeño, se le subestima. Se figuran que un papirotazo basta para aplastarlo. ¡Error! El insecto es muy difícil de aniquilar. Se adapta a los venenos, muta para resistir mejor a los insecticidas, se multiplica para escapar a las tentativas de exterminio. El insecto es nuestro enemigo. Y nueve animales de cada diez son insectos. Nosotros sólo somos un puñado de humanos e incluso de mamíferos en comparación con los millares de millares de millares de hormigas, termitas, moscas y mosquitos. Los llamaban las fuerzas ctónicas. Los insectos representan las fuerzas ctónicas, es decir, ¡todo lo que es bajo, rastrero, subterráneo, oculto, imprevisible!

Se alzó una mano.

—Profesor Cygneriaz, ¿cómo puede lucharse contra esas fuerzas ctó..., contra los insectos, quiero decir?

El científico sonrió a su público.

—Ante todo, dejando de subestimarlos. Así, en mi laboratorio de Santiago de Chile hemos descubierto que las hormigas han desarrollado una clase especial de «probadoras». Cada vez que un hormiguero se enfrenta a un alimento nuevo, ellas son las encargadas de probarlo. Si al cabo de dos días no presentan ningún síntoma sospechoso, las hermanas consumirán también ese alimento. Lo cual explica el efecto limitado de la mayoría de los insecticidas órganofosforados. Por lo tanto, hemos puesto a punto un nuevo insecticida de efecto retardado, que actúa a las setenta y dos horas de la ingestión. Esperamos que este nuevo veneno pueda difundirse por la

Ciudad pese a sus medidas de seguridad.

—Profesor Cygneriaz, ¿qué piensa usted de Laetitia Wells, esa mujer que ha conseguido domesticar hormigas para que maten a investigadores de insecticidas?

El experto alzó los ojos al cielo.

—Ha habido desde siempre hombres fascinados por los insectos. Lo asombroso es que semejante comportamiento no haya aparecido antes. He sufrido mucho por esos asesinatos. La mayoría de las víctimas eran colaboradores y amigos míos. Pero ¿qué importa ahora? La señorita Wells ya no puede perjudicarnos, y, dentro de unos días, yo les presentaré ese producto milagroso, eficaz a escala planetaria, que tan caro nos ha costado. Nombre de código «Babel». Para más información, vuelvan aquí mañana a la misma hora.

El profesor Cygneriaz regresó a pie a su hotel, silbando. Estaba satisfecho por el efecto producido por sus palabras en los oyentes.

En su cuarto, al quitarse el reloj, observó un pequeño agujero cuadrado en el puño de la camisa, pero apenas le prestó atención.

Descansaba en la cama de las fatigas del día cuando oyó un ruido procedente del cuarto de baño. ¡Las tuberías fallaban, incluso en los mejores hoteles!

Se levantó, cerró tranquilamente la puerta del cuarto de baño y decidió que era hora de cenar. Para bajar al restaurante podía elegir entre la escalera y el ascensor. Cansado como estaba, prefirió el ascensor.

Fue una equivocación.

El aparato quedó parado entre dos pisos.

Unos clientes que esperaban en el rellano siguiente oyeron a Miguel Cygneriaz lanzar gritos de espanto al tiempo que golpeaba con todas sus fuerzas contra las paredes de acero.

—Otro que sufre de claustrofobia —dijo una mujer.

Pero, cuando un empleado llegó para desbloquear la cabina, no encontraron más que un cadáver. Por la expresión de terror inscrita en su rostro, aquel hombre debía haber luchado contra el Diablo.

105. Sueños

Jonathan no dormía. Desde que se habían vuelto tan intensas las ceremonias de comunión, cada vez tenía más dificultad para conciliar el sueño.

Ayer, en particular, había sufrido una experiencia terrible.

Mientras todos lanzaban el sonido común, la onda total OM, sintió algo extraordinario. Su cuerpo entero quedó aspirado por esa onda. Como una mano que se libera de su guante, algo en él trató de extirparle su envoltura humana.

Jonathan sintió miedo pero, al mismo tiempo, la presencia de los demás le tranquilizó. Entonces, en forma de su OM, o de ectoplasma o de alma, como se quiera, abandonó su cuerpo y, junto a los otros, atravesó la roca de granito para subir al hormiguero.

El fenómeno no duró mucho tiempo. Regresó rápidamente a su carne como si un cordón elástico le hubiera devuelto a ella.

Había sido un sueño colectivo. No podía ser más que un sueño colectivo.

A fuerza de vivir junto a hormigas, todos soñaban con hormigas. Se acordó de un pasaje de la Enciclopedia que trataba con mucha precisión de los sueños. Provisto de una lámpara de bolsillo, fue a buscar al atril las páginas del precioso libro.

106. Enciclopedia

SUEÑO: En el fondo más intrincado de un bosque de Malasia vivía una tribu primitiva, los seneses. Éstos organizaban toda su vida alrededor de los sueños. Les llamaban «el pueblo del sueño».

Todas las mañanas, durante el desayuno, en torno al fuego, no hablaban de otra cosa que de sus sueños de la noche. Si un senés había soñado que hacía daño a alguien, tenía que ofrecer un regalo a la persona lesionada. Si había soñado con que un miembro de la concurrencia le había golpeado, el agresor debía excusarse y darle un presente para lograr el perdón.

Entre los seneses, el mundo onírico era más abundante de enseñanzas que la vida real. Si un niño contaba haber visto un tigre y haber huido, se le obligaba a soñar de nuevo con el felino la noche siguiente, luchar con él y matarle. Los ancianos le explicaban cómo tenía que hacerlo. Si el niño no conseguía acabar con el tigre, toda la tribu le reñía.

En el sistema de valores senés, si se soñaban relaciones sexuales había que llegar al orgasmo y dar las gracias luego, en la realidad, al amante o a la amante deseado, mediante un regalo. Frente a los adversarios hostiles de las pesadillas, había que vencer y luego reclamar un regalo al enemigo a fin de que ambos se hicieran amigos. El sueño más deseado era el del vuelo. Toda la comunidad felicitaba al autor de un sueño de vuelo planeado. Para un niño, anunciar un primer vuelo era un bautismo. Le llenaban de regalos y luego le explicaban cómo volar en sueños hasta países desconocidos y traer ofrendas exóticas.

Los seneses sedujeron a los etnólogos occidentales. Su sociedad ignoraba la violencia y las enfermedades mentales. Era una sociedad sin estrés y sin ambiciones de conquistas guerreras. El trabajo se reducía al mínimo necesario para la supervivencia.

Los seneses desaparecieron en los años 1970, cuando el bosque en que vivían fue entregado a la roturación. Sin embargo, todos nosotros podemos empezar a aplicar su saber.

Ante todo, consignar todas las mañanas el sueño de la víspera, darle un título, precisar la fecha. Luego hablar de él con quienes nos rodean, en el desayuno por ejemplo, al modo de los seneses. Ir más lejos aún, aplicándole las reglas de base de la onironáutica. Decidir así, antes de dormir, la elección del sueño: mover montañas, modificar el color del cielo, visitar lugares exóticos, encontrar a los animales preferidos.

En los sueños, todo el mundo es omnipotente. La primera prueba de onironáutica consiste en volar. Extender los brazos, planear, caer en picado,

subir en barrena: todo es posible.

La onironáutica exige un aprendizaje progresivo. Las horas de «vuelo» aportan seguridad y capacidad de expresión. A los niños les basta cinco semanas para poder dirigir sus sueños. En los adultos se precisan a veces varios meses.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

Jasón Bragel se unió a Jonathan junto al atril. Vio que estaba interesado por los sueños y le confió que también él había soñado con hormigas. Éstas habían llegado a matar a todos los hombres y los únicos supervivientes de la Humanidad eran los «wellsianos».

Hablaron de la misión Mercurio, de las hormigas rebeldes, de los problemas causados por la nueva reina Chli-pu-ni.

Jasón Bragel preguntó por qué Nicolás seguía sin participar en su ceremonia de comunión. Jonathan Wells respondió que su hijo no había expresado semejante deseo y que era preciso que tal paso saliera de él. No se le podía aconsejar ni imponer un comportamiento de ese género.

—Pero... —articuló Jasón.

—Nuestro saber no es contagioso, no somos una secta: no tenemos que convertir a nadie. Nicolás será iniciado el día que lo desee. La iniciación es una forma de muerte. Una metamorfosis dolorosa. Debe salir de él y nadie tiene que influirle. Y yo menos que nadie.

Los dos hombres se habían comprendido. Con gestos lentos volvieron a la cama. Y soñaron que volaban en formas geométricas. Atravesaban cifras en relieve suspendidas en el cielo. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete.

107. Algo zumba en los panales

Ocho vertical.

Ocho al revés.

Ocho en espiral. Ocho. Doble ocho. Ocho horizontal. Cambio de ángulo en relación al sol. Tres vueltas.

Esta vez se trata de la alerta fase 3 en directo. Según el repetidor comunicativo aéreo, el cuerpo atacante está formado por hormigas voladoras. La reina reflexiona: sólo los príncipes y las princesas vuelan y con un objetivo muy preciso: copular en el cielo.

Sin embargo, las abejas-repetidor de comunicación lo confirman. Se trata de hormigas en suspensión en el aire que se dirigen hacia Askolein. Vuelan a una altura de mil cabezas y a una velocidad de doscientas cabezas por segundo.

Ocho vertical.

Pregunta: ¿Número de individuos?

Respuesta: Imposible de determinar por ahora.

Pregunta: ¿Se trata de hormigas rojas de Bel-o-kan?

Respuesta: Sí. Y ya han destruido a cinco de nuestras abejas-repetidor de comunicación.

Una veintena de obreras rodean a Zaha-haer-scha. La reina comunica a su corte que no hay motivo para el pánico. Se siente protegida en aquel templo consagrado a la cera y a la miel. Una colonia de abejas puede contener hasta ochenta mil individuos. La suya sólo tiene seis mil pero su política de agresión de los nidos vecinos (comportamiento rarísimo en las abejas) la ha hecho célebre y temida en toda la región.

Zaha-haer-scha se hace preguntas. ¿Por qué les ha avisado aquella hormiga? Hablaba de una cruzada contra los Dedos... Su propia madre le había hablado un día de los Dedos.

Los Dedos son otra cosa, una dimensión espacio-tiempo distinta. No hay que mezclar a los Dedos con los insectos. Si ves Dedos, ignóralos y ellos te ignorarán.

Zaha-haer-scha ha aplicado ese principio al pie de la letra. Ha enseñado a sus hijas a no ocuparse nunca de los Dedos, ni para atacarlos ni para ayudarlos. Había que hacer como si no existieran.

Pide a su corte un instante de respiro y lo aprovecha para tragar un poco de miel. La miel es el alimento vida. De la miel, el organismo lo asimila todo, porque es una sustancia purísima.

Zaha-haer-scha piensa que tal vez la guerra sea inevitable. Aquellas belokanianas desean simplemente parlamentar para que las abejas permitan el paso de su cruzada

sin daños. Además, aunque las hormigas se hallen en el aire, eso no significa que controlen todas las técnicas del combate aéreo. Cierto que no han tenido problemas para abatir a las abejas-repetidor de comunicación, pero ¿qué podrían hacer contra una escuadrilla militar askoleína?

No, no bajarán el aguijón a la primera escaramuza contra las hormigas. Las abejas les harán frente y vencerán.

La reina convoca inmediatamente a sus excitadoras militares, abejas muy nerviosas que saben transmitir su nerviosismo. Zaha-haer-scha ordena zafarrancho de combate.

¡No hay que enfrentarse a las belokanianas en la colmena, interceptadlas en vuelo!

Nada más emitirse el mensaje, las guerreras se agrupan. Despegan en escuadra cerrada, formación en V, plan de ataque número 4, similar a los combates de defensa anti-avispas.

Todas las alas vibran a 300 hertzios en la Ciudad de oro, produciendo una especie de zumbido de motor febril. Bzzz bzzzzzzzzzzz bzzz. Los aguijones están dentro, sólo saldrán en el momento en que tengan que matar.

108. Salto

El prefecto Charles Dupeyron daba vueltas por la habitación. Había convocado al comisario Jacques Méliés y realmente no estaba de buen humor.

—A veces se confía en alguien, y luego queda uno decepcionado.

Jacques Méliés se contuvo para no decir que eso ocurría con mucha frecuencia en política.

El prefecto Charles Dupeyron se acercó con aire reprobatorio.

—Yo creí en usted. Pero ¿por qué se ha ensañado de manera tan ridícula con la hija del profesor Wells? ¡Y encima es periodista!

—Era la única persona que sabía que por fin había encontrado una pista. Criaba hormigas en su piso. Y precisamente esa noche las hormigas invadieron mi dormitorio.

—Y entonces, ¿qué debería decir yo? Sabe de sobra que a mí me han atacado las hormigas a millares en pleno bosque.

—A propósito, ¿qué tal se encuentra su hijo, señor prefecto?

—Se ha repuesto del todo. ¡Ah, no me hable de eso! El doctor ha diagnosticado picadura de abeja. Estábamos totalmente cubiertos de hormigas y la única explicación que ha encontrado es una picadura de abeja. Y fíjese, lo más increíble es que le ha puesto un suero anti-abejas y Georges se ha repuesto inmediatamente. —El prefecto movió la cabeza—. Realmente tengo buenas razones para odiar a las hormigas. Le he pedido al consejo regional que estudie un plan de saneamiento. Un buen rociado de DDT sobre el bosque de Fontainebleau, y podremos comer en él, durante años, sobre los cadáveres de esa plaga.

Se sentó detrás de su gran mesa estilo Regencia y continuó, igual de descontento.

—Ya he ordenado que pongan en libertad inmediatamente a esa Laetitia Wells. El asesinato del profesor Cygneriaz ha convertido en inocente a su sospechosa y ridiculizado a toda nuestra Policía. No teníamos ninguna necesidad de esa bobada.

Como Méliés se disponía a protestar, el prefecto continuó cada vez más furioso.

—He pedido que se paguen a la señorita Wells los daños e intereses por perjuicio moral. Cosa que, evidentemente, no le impedirá decir en su periódico todo lo que piense de nuestros servicios, que siempre será malo. Si queremos mantener alta la cabeza, hay que encontrar cuanto antes al verdadero asesino de todos esos químicos. Una de las víctimas ha escrito con su sangre la palabra «hormigas». En el listín de París, sólo catorce personas llevan ese patrnimo. Soy partidario del «primer grado». Cuando un agonizante traza con sus últimas fuerzas la palabra «hormigas», creo a pies juntillas que se trata del nombre de su asesino. Busque en esa dirección.

Jacques Méliés se mordió los labios.

—En efecto, es tan sencillo que ni siquiera se me había ocurrido, señor prefecto.

—Entonces, póngase a trabajar, comisario. ¡No quiero responder por sus errores!

109. Enciclopedia

ENJAMBRAZÓN: Entre las abejas, la enjambrazón obedece a un rito insólito. Una ciudad, un pueblo, un reino entero, en la cúspide de su prosperidad, decide súbitamente poner todo en cuestión. Tras haber llevado a sus súbditos al éxito, la vieja reina se marcha, abandonando sus tesoros más preciosos: almacenes de alimentos, barrios espléndidos, palacios suntuosos, reservas de cera, de propóleos, de polen, de miel, de jalea real. ¿Y a quién se lo deja? A unas recién nacidas feroces.

Acompañada por sus obreras, la soberana abandona la colmena para instalarse en otro lugar incierto adonde probablemente nunca llegará. Pocos minutos después de su salida, las crías de abeja despiertan y descubren su ciudad desierta. Todas y cada una saben por instinto lo que tienen que hacer. Las obreras asexuadas corren para ayudar a las princesas sexuadas a nacer. Las bellas durmientes del bosque acurrucadas en sus cápsulas sagradas experimentan su primer batir de alas.

Pero la primera en condiciones de caminar exhibe desde el principio un comportamiento asesino. Carga contra las otras princesas abejas y las destruye con sus pequeñas mandíbulas.

Impide a las obreras que las liberen. Traspasa a sus hermanas con su aguijón venenoso.

Cuanto más mata, más se aplaca. Si una obrera quiere proteger una cuna real, la princesa que primero se despierta lanza entonces un «grito de rabia abeja», muy diferente del zumbido que por regla general se percibe en los alrededores de una colmena. Sus súbditas agachan entonces la cabeza en señal de resignación y le permiten proseguir con sus crímenes.

A veces una princesa se defiende y entonces tienen lugar los combates entre princesas. Pero, hecho extraño, cuando no quedan más que dos princesas abejas que se batan en duelo, nunca se encuentran en posición de atravesarse mutuamente con su aguijón. A cualquier precio, una de las dos tiene que sobrevivir. Pese a su rabia por gobernar, nunca asumirán el riesgo de morir al mismo tiempo y dejar huérfana a la colmena.

La última y única princesa superviviente sale entonces de la colmena para ser fecundada en vuelo por los machos. Un círculo o dos alrededor de la Ciudad y vuelve para empezar a poner.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

110. Emboscada

La escuadrilla abeja cruza los aires con prestancia. Una askoleína emite para que la oiga una de sus vecinas.

Mira esas ocho en el horizonte. Nuestras mensajeras bailarinas dicen claramente que el ejército belokaniano vuela.

La otra intenta tranquilizarse.

Sólo vuelan las hormigas sexuadas. ¿Podría tratarse de un vuelo nupcial en grupo? ¿Qué daño podría hacer eso?

La abeja es consciente de su propia fuerza y de la de su tropa. Siente en el extremo de su abdomen su aguijón puntiagudo, dispuesto a penetrar los caparazones de las rojas temerarias. Sienten en sus intestinos las reservas de miel azucarada que la drogan y las reservas de veneno que la roen. Tiene el sol a sus espaldas, cegando a sus futuras adversarias hormigas.

Durante un momento siente piedad por aquellos aventureros insectos que van a pagar cara su audacia. Pero hay que vengar a las mensajeras bailarinas. Y es preciso que aquellas mirmeceanas sepan que todo lo que está por encima del suelo está bajo control.

A lo lejos se perfila una nube densa, género estratocúmulo adolescente. Una abeja excitada lanza una sugerencia.

Podemos escondernos en esa pequeña nube y saltar sobre ellas cuando se acerquen.

Sin embargo, cuando sólo están a un centenar de batir las alas de ese refugio en suspensión, se produce lo inimaginable. Las abejas no dan crédito a sus antenas. Tampoco a sus ojos. Bajo el efecto de la sorpresa, su batir de alas desciende de 300 golpes por segundo a 50.

Frenan antes de alcanzar la nube gris.

—GRIS—

Cuarto arcano



El tiempo de las confrontaciones

111. Señor hormiga

La primera vez que sonó el timbre, un hombre regordete abrió la puerta.

—¿El señor Olivier Hormiga?

—El mismo, ¿qué desea?

Méliés blandió su carnet cruzado por la bandera tricolor.

—Policía. Comisario Méliés. ¿Puedo pasar para hacerle unas preguntas?

El hombre, de profesión maestro, era el último «Hormiga» inscrito en el listín telefónico.

Méliés le presentó las fotos de las víctimas y le preguntó si las reconocía.

—No —dijo el hombre sorprendido.

El comisario le preguntó dónde se hallaba a la hora de los crímenes. El señor Olivier Hormiga no carecía ni de testigos ni de coartadas. Estaba, o en la escuela, o rodeado de su familia. Nada más fácil de probar.

Además apareció la señora Héléne Hormiga, envuelta en una bata con mariposas impresas. Entonces al comisario se le ocurrió una idea.

—¿Utiliza usted insecticidas, señor Hormiga?

—Desde luego que no. De niño, siempre había imbéciles que me trataban de «sucia hormiga». Por fuerza tuve que sentirme solidario con esos insectos que se aplastan con el tacón sin reflexionar. En esta casa hay tantos insecticidas como cuerdas en casa de un señor Ahorcado, a ver si me entiende.

Ophélie Hormiga apareció entonces y se acurrucó contra su padre. La niñita llevaba las típicas gruesas gafas de la primera de la clase.

—Es mi hija —dijo el maestro—. Ella ha reaccionado instalando un hormiguero en su cuarto. Enséñaselo al señor, querida.

Ophélie guió a Méliés hacia un gran acuario, semejante al de Laetitia Wells. Estaba lleno de insectos y lo remataba un cono de ramitas.

—Yo creía que estaba prohibida la venta de hormigueros —dijo el comisario.

La niña protestó.

—Pero si no lo he comprado. He ido a buscarlo al bosque. Basta con excavar a suficiente profundidad para que no se escape la reina.

El señor Olivier Hormiga estaba muy orgulloso de su cría.

—La pequeña quiere ser bióloga de mayor.

—Perdóneme, no tengo hijos y no sabía que las hormigas eran los «juguetes» de moda.

—No se trata de juguetes. Las hormigas están de moda porque nuestra sociedad vive cada vez más como ellas. Y, porque, quizá, mirándolas, un niño tiene la impresión de poder aprehender su propio mundo. Eso es todo. ¿Alguna vez ha contemplado durante unos minutos un acuario lleno de hormigas, señor policía?

—Pues no. En general no busco su presencia...

In petto, Jacques Méliés se dijo que no sabía si era él quien atraía a todos los majaretas formicófilos o si éstos formaban realmente una sociedad muy difundida.

—¿Quién es? —preguntó Ophélie Hormiga.

—Un comisario.

—¿Qué es un comisario?

112. La batalla de la pequeña nube

Los copos del estrato-cúmulo van desprendiéndose poco a poco.

Al principio, las abejas de la Ciudad de oro sólo distinguen algo que les parece gordas moscas ruidosas que brotan de un orificio de la nube gris.

Pero en seguida comprenden las askoleínas de qué se trata.

¡No son moscas gordas, no! Ni mucho menos...

Son coleópteros. Y no abejorros o escarabajos peloteros, no, se trata de coleópteros rinoceronte.

¡Es una visión dantesca! ¡Esos grandes animales ruidosos y cornudos recubiertos de pequeños cañones vivientes prestos a soltar su carga!

¿Cómo han logrado domar a esos enormes animales y convencerlos para que luchen junto a ellas?, se preguntan al instante las abejas.

No tienen tiempo de hacerse más preguntas porque, en un momento, una veintena de aquellos rinocerontes se les echan encima. Los coleópteros cargan ya contra ellas y las artilleras rojas disparan.

La formación abeja en V tiene que pasar a una formación en W e incluso a otra en XYZ. Se produce la desbandada.

El efecto sorpresa es total. Cada himenóptero se convierte en blanco de cuatro o cinco artilleras que rocían a las abejas con recias ráfagas de ácido fórmico.

El enjambre de abejas se frena, luego se recupera. Las askoleínas desenvainan su aguijón.

¡Formación en línea de puntos!, grita una askoleína. *¡Disparad a las monturas!*

La segunda línea de rinocerontes volantes es menos eficaz. Las abejas los evitan descendiendo bajo su vientre, luego suben otra vez en busca de la garganta para hundirles allí su aguijón hasta las guardas. Ahora son los coleópteros y sus torpes guías quienes descienden en caídas vertiginosas.

Se lanza de pronto una orden bailada.

¡Al ataque! ¡A la carga!

Surge una lluvia de agujones askoleíños.

Las abejas están dotadas de un dardo en forma de arpón.

Si queda metido en la carne de su víctima, la abeja se arranca la glándula del veneno tratando de liberarse y muere. La coraza de las hormigas no retiene el aguijón, contrariamente a la de los escarabajos.

Varios rinocerontes caen en los minutos siguientes, pero se cierran en rombo mientras vuelan y hacen frente al último triángulo de abejas matadoras.

Las formas geométricas de las masas de soldados se descomponen. El rombo mirmeceano se transforma en varios rombos más pequeños y más recios. El triángulo

apical se abre en forma de anillo.

Combaten todas ellas en vertical, en un centenar de niveles campos de batalla amontonados. Es como el juego de ajedrez en cien tableros paralelos.

Cuando más se acerca uno, más espectacular resulta. La armada de los navíos belokanianos centellea. Las abejas aprovechan las corrientes cálidas para ascender y lanzarse al abordaje de los plácidos escarabeidos. Son como una horda de pequeñas embarcaciones a la caza del gran navío.

Las salvas de ácido fórmico al 60% silban como órganos de fuego líquido. Las alas calcinadas humean, las abejas tocadas tratan de aprovechar su impulso para clavarse en los caparazones de los escarabajos como flechillas.

Cuando los dardos están demasiado cerca, las artilleras que no consiguen apuntar los rompen con la pinza de sus mandíbulas.

El juego es arriesgado. La mayoría de las veces, el dardo se desliza y se planta en la boca. La muerte es casi instantánea.

Flota en el aire un olor a miel quemada.

Las abejas se han quedado sin veneno. Sus jeringas no pueden inocular ya la sustancia fatal. Las artilleras se han quedado sin ácido. Sus lanzallamas líquidos ya no son operativos. Las últimas escaramuzas enfrentan mandíbulas desnudas contra dardos secos. ¡Que gane la más rápida y la más espabilada!

A veces los rinocerontes llegan a empalar a las abejas en su cuerno frontal. Un escarabajo especialmente hábil ensaya una técnica: empuja a las abejas con sus carrillos y luego las ensarta en su cuerno. Cuatro desventuradas combatientes askoleínas están apiladas en esa punta como una brocheta de frutas amarillas con rayas negras.

103 descubre a una abeja que lucha contra 9. La apuñala por la espalda con su mandíbula derecha. Entre los insectos no hay ningún golpe prohibido. Para seguir vivo, todo está permitido.

Luego 9, sola sobre su rinoceronte, se abalanza contra una amalgama de abejas en formación de combate. Inmediatamente las abejas le presentan una línea erizada de picas. Sus aguijones apuntados hacia delante harían retroceder a más de una, pero 9, sobre su rinoceronte, ha adquirido tal velocidad que nada puede detenerla. El cuerpo choca contra la línea de espinas. La amalgama estalla.

103, erguida sobre sus dos patas traseras, intercambia golpes de mandíbula-sable contra los aguijones-florete de dos abejas ensordecedoras. Pero su rinoceronte pierde altura. Hay arpones negros plantados como banderillas alrededor de su cuerno frontal y cada vez le resulta más difícil conservar su equilibrio de vuelo.

El animal está agotado. Sigue perdiendo altura. Se le escapa la sangre por todas partes. Ya está a ras de las begonias.

103 aterriza con gran estrépito.

Las abejas siguen encima de ella, pero una escuadra de artilleras de infantería acude rápidamente a dispersarlas.

103 tiene que hacer ahora otra cosa importantísima.

Por encima de la barahúnda de combatientes, las abejas danzan en ocho comentando los combates.

Necesitamos tropas de refresco.

De la colmena despegan los refuerzos.

Las nuevas escuadrillas están formadas por abejas jóvenes —veinte o treinta días en su mayor parte—, pero audaces.

Al cabo de una hora, las belokanianas han perdido doce rinocerontes de los treinta de que disponían, y ciento veinte artilleras de las trescientas activas en la batalla.

En el otro bando, de setecientas askoleínas despachadas hacia la pequeña nube, han perecido cuatrocientas guerreras. Las supervivientes vacilan. ¿Qué conviene más, luchar hasta el final o regresar y proteger el nido? Se deciden por la segunda solución.

Cuando los coleópteros y sus artilleras belokanianas aterrizan a su vez en la Colmena de oro, les parece extrañamente vacía. Al frente va 9. Las rojas olfatean una trampa y vacilan en el umbral.

113. Enciclopedia

SOLIDARIDAD: La solidaridad nace del dolor y no de la alegría. Todos nos sentimos más cerca de quienes han compartido con nosotros un momento penoso que de quien ha vivido con nosotros un acontecimiento afortunado.

La desgracia es fuente de solidaridad y de unión, mientras que la felicidad divide. ¿Por qué? Porque, en un triunfo común, cada cual se siente perjudicado en relación a su propio mérito. Cada cual piensa que es el único autor de un logro común.

¿Cuántas familias se han dividido en el momento de una herencia?

¿Cuántos grupos de *rock and roll* permanecen unidos... después del éxito?

¿Cuántos movimientos políticos han estallado, una vez alcanzado el poder?

Etimológicamente la palabra «simpatía» procede de *sun pathein* «sufrir con». Asimismo, «compasión» procede del latín *cum patior*, que también significa «sufrir con».

Imaginando el sufrimiento de los mártires de su grupo de referencia se puede abandonar por un momento la insoportable individualidad.

Y es en el recuerdo del calvario vivido en común donde residen la cohesión y la fuerza de un grupo.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

114. En la colmena

9 desciende de su corcel y huele con sus antenas. Otras hormigas aterrizan en los alrededores. Rápida coordinación.

Formación comando en terreno muy peligroso.

Penetran en la colmena formando un cuadrado compacto. En el interior, los rinocerontes voladores no serán ya de ninguna utilidad. Les dan algunas cortezas como pasto para que esperen en el umbral.

Las belokanianas tienen la impresión de violar un santuario. Ninguna no-abeja ha entrado nunca antes en aquel lugar. Las paredes de cera parecen querer enviscar a las hormigas, que avanzan con prudencia.

Las paredes, de geometrías irreprochables, presentan reflejos de oro. La miel reluce bajo la claridad de algunos panales de luz filtrantes. Las placas de cera están soldadas por propóleos, esa goma rojiza que las abejas recogen en las escamas de los brotes de castaño y de sauce.

¡No toquéis nada!, emite 9.

Demasiado tarde. Las hormigas atraídas por la miel y deseosas de probarla resbalan al punto. Imposible sacarlas de allí sin hundirse a su vez en aquella arena movediza.

Las artilleras que todavía conservan un poco de ácido en su depósito retroceden a fin de poder disparar rápidamente contra cualquier asaltante que surja de improviso.

Todo huele a azúcar y a emboscada.

¡No toquéis nada!

Huelen la presencia de obreras y de soldados askoleínas, escondidas en los panales de cera y dispuestas para saltar sobre ellas en el momento en que se lo ordenen.

Las cruzadas llegan a una parrilla hexagonal, semejante al corazón de un reactor nuclear. Con una salvedad, que las barras de uranio han sido sustituidas por las futuras ciudadanas de la Colmena de oro. Hay ochocientos alvéolos llenos de huevos, mil doscientos alvéolos conteniendo larvas, dos mil quinientos alvéolos ocupados por ninfas blancas. La zona central está formada por seis alvéolos más importantes. En ellos engordan las larvas de las princesas sexuadas.

La arquitectura impresiona a las hormigas. Es la expresión de una civilización que ha llegado a su plenitud. No tiene nada que ver con los corredores anárquicos, contruidos al tuntún y según la ley del menor esfuerzo, de las ciudades hormiga. ¿Son acaso menos inteligentes o menos refinadas las hormigas que las abejas? Examinando el tamaño del cerebro de las abejas, mucho más voluminoso que el de las hormigas, podría llegarse a esa conclusión. Sin embargo, los estudios biológicos realizados por la reina Chli-pu-ni han demostrado que la inteligencia no es solamente

un problema de volumen cerebral. Los cuerpos pedúnculos, privativos de la complejidad del sistema nervioso entre los insectos, son mucho más importantes en las hormigas.

Las belokanianas siguen avanzando y descubren un tesoro. Una sala llena a reventar de víveres. Hay allí diez kilos de miel, es decir, veinte veces el peso de todas las habitantes de la colmena. Las rojas discuten agitando nerviosamente sus antenas.

La aventura resulta demasiado peligrosa. Dan media vuelta y se dirigen hacia la salida.

¡A por las cobardes! ¡A por esas intrusas mientras estén encerradas entre nuestras paredes!, emite una abeja.

Los alvéolos hexagonales escupen por todas partes guerreras apiculares.

Las hormigas caen bajo los golpes de agujijones envenenados. Las que se enviscan en el suelo no tienen siquiera el honor de combatir las.

9 y lo esencial del comando logran sin embargo librarse de la colmena. Las hormigas montan a horcajadas en sus corceles y despegan mientras una masa de askoleínas las persiguen lanzando olores de victoria.

Pero, mientras el interior de la Ciudad de oro se dispone a celebrar el éxito, se deja oír un crujido siniestro. El techo de Askolein se desmorona y hormigas, centenares de hormigas, irrumpen en la colmena.

103 ha elaborado una estrategia perfecta. Mientras las abejas perseguían a la armada mirmeceana, ella trepaba a un árbol y lanzaba millares de belokanianas al asalto de la Ciudad vaciada de sus soldados voladoras.

¡Cuidado con romper las cosas! ¡No hagáis más que el menor número de víctimas! ¡Es mejor coger las larvas sexuadas como rehenes!, emite 103, mientras ametralla a la guardia personal de la reina Zaha-haer-scha.

En unos segundos, todas las larvas sexuadas tienen el cuello cogido por la tenaza de las guerreras cruzadas. La ciudad se rinde. La colmena de Askolein capitula, vencida.

La soberana lo ha comprendido todo. La intrusión del comando no era más que una maniobra de diversión. Mientras tanto, las hormigas carentes de monturas voladoras horadaban el techo de su nido, abriendo un segundo frente mucho más peligroso que el primero.

Así se ganó la batalla de la «Pequeña Nube Gris», que marcó en la región la conquista definitiva de la tercera dimensión por parte de las hormigas.

¿Y ahora qué queréis?, pregunta la reina abeja. *¿Matarnos a todas?*

9 responde que nunca ha sido ése el objetivo de las rojas. Su único enemigo son los Dedos. Sólo ellos son el blanco de la cruzada. Las hormigas de Bel-o-kan nada tienen contra las abejas. Necesitan simplemente su veneno para matar a los Dedos.

Deben ser muy importantes los Dedos para merecer tantos esfuerzos, emite Zaha-

haer-scha.

103 reclama también una legión abeja de ayuda. La soberana consiente. Propone una escuadrilla de élite, la guardia de las Flores. Trescientas abejas empiezan a zumbar al punto. 103 las reconoce. Son las soldados askoleínas que más destrozos han causado entre las filas belokanianas.

Las cruzadas piden además a la Colmena de oro que las albergue durante la noche, además de reservas de miel para el camino.

La reina de Askolein pregunta.

¿Por qué estáis tan obsesionadas contra los Dedos?

9 le explica que los dedos utilizan el fuego. Representan, por tanto, un peligro para todas las especies. En otros tiempos los insectos firmaron un pacto: unión contra todos los que empleen fuego. Ha llegado el momento de cumplir ese pacto.

En ese momento 9 observa que 23 sale de un alvéolo.

¿Qué haces tú aquí?, pregunta 9 levantando sus antenas.

Acabo de dar una vuelta para visitar la celdilla real, dice con indiferencia 23. Las dos hormigas se caen mal y la respuesta no hace sino empeorar sus relaciones.

103 las separa y pregunta qué ha sido de 24.

24 se ha perdido en la colmena en el momento del asalto final. Ha luchado, ha corrido persiguiendo a una abeja y..., y ahora no sabe muy bien dónde se encuentra. Todas aquellas sucesiones de panales no acaban de tranquilizarla. Sin embargo, no suelta su capullo de mariposa. Toma una hilera de alvéolos y espera unirse al resto de la cruzada a la mañana siguiente.

115. En la tibieza húmeda del Metro

Jacques Méliés se ahogaba entre la masa compacta del vagón. Una curva lo proyectó contra un vientre de mujer. Una voz ligeramente ronca protestó.

—¡Podría tener más cuidado!

Primero distinguió la melodía de las palabras. Luego, inmediatamente después, por encima de los tufos de grasa y sudor, descifró el suave mensaje del perfume. Bergamota, vetiver, mandarina, galóxido, madera de sándalo, mas un pellizco de almizcle de capra hispánica. El perfume decía.

Soy Laetitia Wells.

Y era ella, con su mirada violeta clavada sobre él con resplandores salvajes.

Le miraba realmente con animosidad. Se abrieron las puertas. Salieron veintinueve personas, entraron treinta y cinco. Más apretados aún que antes, cada uno percibió el aliento del otro.

Le miraba cada vez con más intensidad, como una cobra disponiéndose a comerse cruda una cría de mangosta, y él, fascinado, no conseguía apartar su mirada.

Ella era inocente. Él había actuado demasiado deprisa. En otro tiempo, habían intercambiado ideas. Habían simpatizado incluso. Ella le había ofrecido hidromiel. Él le había manifestado su miedo a los lobos, y ella su miedo a los hombres. ¡Cómo echaba de menos aquellos momentos de intimidad, echados a perder sólo por su culpa! Trataría de explicarse. Ella le perdonaría.

—Señorita Wells, me gustaría decirle cuánto...

Ella aprovechó una parada para escabullirse entre los cuerpos y desaparecer.

Se adentró con paso nervioso por los pasillos del Metro. Corría casi para salir cuanto antes de aquel lugar sórdido. Se sentía rodeada por miradas obscenas. ¡Y para rematar su disgusto, el comisario Méliés tomaba la misma línea que ella!

Pasillos oscuros. Corredores húmedos. Laberinto iluminado por neones macilentos.

—¡Eh, muñeca! ¿De paseo?

Tres siluetas patibularias avanzaron. Tres granujas con cazadora de vinilo, uno de los cuales ya la había abordado unos días antes. Ella aceleró el paso, pero los otros la persiguieron; el suelo resonaba con los clavos de hierro de sus botas.

—¿Estás sola? ¿No tienes ganas de charlar un rato?

Ella se detuvo en seco, con la palabra «largaos» escrita en sus pupilas. Había funcionado la vez pasada, pero ahora no tuvo ningún efecto sobre aquellos gamberros.

—¿Son suyos esos ojos tan bonitos? —preguntó uno alto de barbas.

—No, los tiene alquilados —dijo otro de sus compañeros.

Risas espesas. Golpes en la espalda. El barbudo sacó una navaja de muelle.

De pronto ella perdió toda su seguridad y, como se encontraba en el papel de la víctima los otros asumieron inmediatamente el de depredadores. Quiso correr pero los tres granujas le cortaron juntos el paso. Uno de ellos la agarró del brazo y se lo retorció detrás de la espalda.

Ella gimió.

El pasillo estaba iluminado, y en absoluto desierto. Había gentes que se cruzaban con el grupo y aceleraban el paso, bajando la cabeza y fingiendo no comprender nada de la escena. Un navajazo se da con tanta rapidez...

Laetitia Wells se sintió dominada por el pánico. Ninguna de sus armas habituales funcionaba con aquellos brutos. Aquel barbudo, aquel calvo, aquel forzado..., también ellos debían haber tenido una madre que tejía para ellos ropitas de bebé azules mientras sonreía.

Los ojos de los depredadores brillaban y la gente seguía pasando alrededor, acelerando la marcha al llegar ante aquel pequeño grupo.

—¿Qué es lo que quieren, dinero? —balbuceó Laetitia.

—La pasta ya te la quitaremos después. Ahora eres tú la que nos interesas —dijo burlón el calvo.

El barbudo ya le estaba desabrochando uno por uno los botones de su chaqueta, con la punta afilada de su navaja.

Ella se resistió.

No era posible. Eran las cuatro de la tarde. ¡Alguien terminaría por reaccionar y dar la alerta!

El barbudo silbó al descubrir los senos.

—Algo pequeños, pero bonitos de todos modos, ¿no os parece?

—Es el problema de las asiáticas. Todas tienen un cuerpo de niñas pequeñas. No tienen lo suficiente para llenar la mano de un hombre honrado.

Laetitia Wells resistió contra el desvanecimiento. Estaba en plena crisis de humano fobia. Unas manos de hombre, sucias, la rozaban, la tocaban, trataban de hacerle daño. Su miedo era tan fuerte que no conseguía siquiera vomitar. Permanecía allí, prisionera, incapaz de escapar a sus atormentadores. Apenas oyó el «Alto, policía».

El cuchillo interrumpió su tarea.

Un hombre, con el revólver apuntándoles, exhibía un carné cruzado con la tricolor.

—¡Mierda, la poli! Larguémonos, muchachos. Y a ti, cerda, ya te cogemos otro día.

Echaron a correr.

—¡Alto ahí! —gritó el policía.

—Que te lo has creído —dijo el calvo—. Dispáranos y te llevaremos a juicio.

Jacques Méliés bajó su revólver y ellos desaparecieron.

Laetitita Wells recuperó despacio el control de su respiración. Había terminado. Estaba a salvo.

—¿Cómo se encuentra? ¿La han maltratado mucho?

Ella movió la cabeza en sentido negativo. Se recuperaba poco a poco. Él, de forma completamente natural, la abrazó para tranquilizarla.

—Ahora todo irá bien.

Y, de forma también completamente natural, ella se apretó contra él. Se sentía aliviada. Nunca había pensado sentirse feliz un día por ver aparecer al comisario Méliés.

Clavó en él sus ojos violeta en los que la tempestad se había calmado. Ya no había resplandores de tigresa, sino pequeñas olas suavemente agitadas por la brisa.

Jacques Méliés recogió los botones de su chaqueta.

—Supongo que tengo que darle las gracias —dijo ella.

—No merece la pena. Se lo repito, me gustaría simplemente hablar con usted.

—¿Y de qué?

—De esos casos de químicos que nos preocupan a los dos. He sido un estúpido. Necesito su ayuda... Siempre he... necesitado su ayuda.

Ella vaciló. Pero, dadas las circunstancias, ¿cómo no invitarle a otra jarra de hidromiel en su casa?

116. Enciclopedia

CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES: El papa Urbano II lanzó en 1096 la primera cruzada por la liberación de Jerusalén. En ella participaron peregrinos decididos pero carentes de toda experiencia militar. Al frente de ellos: Gautier Sans Avoir y Pedro el Ermitaño. Los cruzados avanzaron hacia el Este sin saber siquiera qué países atravesaban. Como no les quedaba nada que comer, saquearon todo a su paso y provocaron de este modo muchos más destrozos en Occidente que en Oriente. Hambrientos, se entregaron incluso al canibalismo. Estos «representantes de la verdadera fe» se transformaron rápidamente en una cohorte de vagabundos harapientos, salvajes y peligrosos. El rey de Hungría, aunque también era cristiano, irritado por los daños causados por aquellos desarrapados, decidió acabar con ellos para proteger a sus campesinos de las agresiones. Los escasos supervivientes que consiguieron llegar a la costa turca iban precedidos de tal reputación de bárbaros, semihombres, semibestias, que en Nicea los autóctonos los remataron sin la menor vacilación.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

117. En Bel-O-Kan

Unos moscardones mensajeros aterrizan en Bel-o-kan. Todos son portadores de las mismas noticias. Los cruzados han vencido a un Dedo gracias al veneno de abeja. Luego han atacado la colmena de Askolein y la han derrotado. Nada resiste a su paso.

Por toda la Ciudad se extiende la alegría.

La reina Chli-pu-ni está encantada. Siempre ha sabido que los Dedos eran vulnerables. Ahora ya está probado. En el colmo de la excitación, emite en dirección al cadáver de su madre.

Podemos matarlos, podemos vencerlos. No son superiores a nosotras.

Algunos pisos por debajo de la Ciudad prohibida, las rebeldes pro-Dedos se reúnen en una sala secreta, más estrecha todavía que su antiguo refugio encima del establo de pulgones.

Sí realmente nuestras legiones han logrado matar a un Dedo, es que no son dioses, dice una no-deísta.

Son nuestros dioses, afirma con fuerza una deísta. Según ella, los cruzados han creído luchar contra un Dedo, pero de hecho se han enfrentado a algún otro animal redondo y rosáceo. Y repite con fervor.

Los Dedos son nuestros dioses.

Sin embargo, y por primera vez, la duda se insinúa en algunas de las rebeldes más deístas. Y cometen el error de hablar directamente sobre ello al profeta mecánico: el famoso «Doctor Livingstone».

118. Cólera divina

Dios Nicolás estalla.

¿Cómo es que esas hormigas se permiten discutir? ¡Descreídas, impías, blasfemas! ¡Hay que matar a esas paganas!

Sabe que si no se afirma como un dios terrible y vengador su reino no durará mucho.

Se apodera del teclado del ordenador, que traduce sus palabras a feromonas.

Nosotros somos dioses.

Nosotros lo podemos todo.

Nuestro mundo es superior.

Somos invencibles.

Y nadie puede poner en duda nuestro reino.

Ante nosotros, no sois más que larvas inmaduras.

Del mundo nada comprendéis.

Respetadnos y alimentadnos.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son dioses.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son grandes.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son poderosos.

Ésa es la verd...

—¿Qué estás haciendo aquí, Nicolás? Él apaga de prisa la máquina.

—¿No duermes, mamá?

—El ruido de las teclas me ha despertado. Mi sueño se ha vuelto tan ligero que, a veces, ya no sé cuándo duermo, cuándo sueño y cuándo vivo en plena realidad.

—Ahora estás en un sueño, mamá. ¡Vuelve a acostarte!

Y la acompañó dulcemente hasta la cama.

Lucie Wells balbuceó.

—¿Qué hacías con el ordenador, Nicolás?

Pero el sueño se apoderó de ella antes de que terminara de hacer la pregunta. Soñó con su hijo, utilizando la «Piedra Roseta» para comprender mejor el funcionamiento de la civilización hormiga.

Por su parte, Nicolás pensó que se había librado de una buena. En el futuro, debería tener más cuidado.

119. Opiniones divididas

Una larga columna oscura se extiende entre los matorrales de salvia, de mejorana, de tomillo y de trébol azul. Al frente de la primera cruzada anti-Dedos de la historia mirmeceana, 103 guía la tropa porque es la única que conoce el camino que lleva al confín del mundo y luego al país de los Dedos.

¡Esperadme, esperadme!

Cuando se despertó, 24 preguntó a su alrededor y fueron finalmente las moscas las que indicaron la forma de encontrar la caravana.

Alcanza a 103, que va al frente.

Al menos, ¿no habrás perdido el capullo?

24 se indigna. Tal vez tenga tendencia a mostrarse atolondrada, pero conoce la importancia de su carga. La misión Mercurio está por encima de todo. 103 la tranquiliza y le propone que se quede permanentemente a su lado. De este modo, correrá menos riesgo todavía de perderse. 24 aprueba y le sigue.

Detrás, 9, acompañada por los chirridos de un grupo de grillos-topo, entona un canto guerrero para estimular a las tropas.

¡Muerte a los Dedos, soldados, muerte a los Dedos! Si tú no los matas, ellos te aplastarán. Incendiarán tu hormiguero, Y matarán a las nodrizas.

Los Dedos no son como nosotros. Son totalmente blandos, No tienen ojos Y son viciosos.

Muerte a los Dedos, soldados, muerte a los Dedos. Mañana, ni uno escapará.

Por el momento, los que sufren la cruzada son más bien los pequeños animales de los alrededores. El conjunto de la procesión consume por término medio cuatro kilos de carne de insecto al día.

Para no hablar de los nidos saqueados por las rojas.

La mayoría de las veces, cuando las poblaciones advierten que la cruzada se acerca, prefieren unirse a ella antes que sufrir sus rapiñas. Hasta el punto de que las cruzadas no cesan de multiplicarse.

Cuando salieron de Askolein no eran más que dos mil trescientas. Ahora ya son dos mil seiscientas, reunidas en una masa compuesta dominada por hormigas de todos los tamaños y de todos los colores. Incluso la flota aérea ha sido reconstruida. Ahora se ha fortalecido con treinta y dos rinocerontes voladores, a los que se han unido las trescientas guerreras de la legión abeja, además de una familia de setenta moscas que van y vienen en medio de la indisciplina más total. Así pues, la miríada vuelve a tener ahora cerca de tres mil individuos.

A mediodía, toman un descanso porque el calor se hace insoportable.

Todo el mundo se refugia en las raíces umbrosas de una gran encina para improvisar una siesta. 103 lo aprovecha para efectuar un vuelo de reconocimiento.

Pide a una abeja que la transporte sobre su espalda.

Pero la experiencia dura poco. La abeja termina resultando una mala montura porque produce demasiadas vibraciones. En tales condiciones resulta imposible precisar un tiro de ácido. Da igual. La escuadrilla abeja volará sin guías.

En un rincón, 23 celebra un nuevo mitin de propaganda. En esta ocasión ha logrado reunir a muchos más oyentes que durante la precedente reunión.

¡Los Dedos son nuestros dioses!

La audiencia repite a coro el eslogan deísta. Las hormigas se entusiasman emitiendo todas juntas, y al mismo tiempo, una misma feromona.

Pero, entonces, ¿esta cruzada?

No es una cruzada sino un encuentro con nuestros amos.

Algo más lejos, 9 dirige una campaña de un tipo totalmente distinto.

Cuenta a centenares de soldados reunidas a su alrededor relatos horribles sobre aquellos Dedos, capaces de secuestrar toda una ciudad en unos pocos segundos. Todos tiemblan oyéndola.

Más lejos todavía está 103, que no emite. Recibe. Dicho con mayor precisión, reúne todo lo que le han contado las especies extranjeras sobre los Dedos con objeto de completar su feromona zoológica.

Una mosca cuenta que fue perseguida por diez Dedos que intentaban aplastarla.

Una abeja cuenta que estuvo prisionera de un vaso transparente mientras que, desde fuera, unos Dedos la provocaban.

Un abejorro asegura haber chocado con un animal rosáceo y blando. Tal vez era un Dedo.

Un grillo dice haber sido encerrado en una jaula, alimentado con lechuga y luego liberado. Sus carceleros eran a buen seguro Dedos, porque se trataba de unas bolas rosadas que le traían el alimento.

Unas hormigas rojas afirman haber soltado su veneno contra una masa rosácea que huyó inmediatamente.

103 anota con aplicación todos los detalles de estos testimonios en su feromona zoológica sobre los Dedos.

Luego la temperatura se vuelve soportable y las hormigas prosiguen el camino.

La cruzada sigue avanzando.

120. Plan de batalla

Laetitia tenía prisa por lavar su cuerpo de las impurezas del Metro. Propuso a Méliés que se dedicara a mirar la televisión en el salón mientras ella tomaba un baño.

Él se sentó cómodamente en un canapé y encendió el aparato mientras Laetitia en el agua, se convertía, en pez.

Se relajó conteniendo la respiración. Se dijo, que si tenía buenos motivos para detestar a Méliés, también los tenía para estarle agradecida por haber intervenido en el momento adecuado. Borrón y cuenta nueva.

En el salón, Méliés seguía su programa favorito con una sonrisa de niño feliz ante su juguete preferido.

—Bueno, señora Ramírez, ¿ha dado con la solución?

—Verá... Si fuera formar cuatro triángulos con seis cerillas, estaría claro, pero hacer seis triángulos con seis cerillas, no lo veo del todo.

—Considérese afortunada. «Trampa para pensar» también habría podido pedirle construir una torre Eiffel con setenta y ocho mil cerillas... —Risas y aplausos—,... pero nuestro programa le pide simplemente que construya seis pequeños triángulos con seis pequeñas cerillas.

—Usaré un comodín.

—Muy bien. Le daremos, como ayuda, una frase: «Es como una gota de tinta que cae en un vaso de agua.»

Reapareció Laetitia, con su albornoz habitual y una toalla alrededor de la cabeza. Méliés apagó el televisor.

—Tengo que darle las gracias por su intervención. Ya ve, Méliés, tenía usted razón. El hombre es nuestro depredador más grande. Mi miedo es de los más lógicos.

—No exageremos. Sólo se trataba de unos gamberros de poca monta.

—Para mí, que fueran simples vagos o asesinos, las cosas no habrían cambiado. Los hombres son peores que los lobos. No saben dominar sus pulsiones primitivas.

Jacques Méliés no contestó y se levantó para contemplar el terrario de hormigas que la joven había instalado ahora, bien a la vista, en el centro mismo del salón.

Puso un Dedo contra el cristal, pero las hormigas no le prestaron ninguna atención. Para ellas, no era más que una sombra.

—¿Han recuperado su vitalidad? —preguntó el comisario.

—Sí. Su «intervención» ha diezmado las nueve décimas partes, pero la reina ha logrado sobrevivir. Las obreras la rodearon para amortiguar los golpes y protegerla.

—Realmente tienen comportamientos extraños. No humanos, no, sino... extraños.

—En cualquier caso, si no se hubiera producido un nuevo asesinato de un químico, todavía estaría yo pudriéndome en sus cárceles y ellas habrían muerto.

—No, a usted la habrían puesto en libertad de cualquier modo. El análisis médico del forense ha demostrado que las heridas de los hermanos Salta y las de los otros no podían haber sido provocadas por sus hormigas. Las mandíbulas son demasiado cortas. Una vez más debo decirle que he actuado demasiado deprisa y de forma estúpida.

Su pelo ya estaba seco. Fue a ponerse un vestido de seda blanco, con incrustaciones de jade.

Volviendo con una jarra de hidromiel, dijo.

—Ahora que el juez de instrucción ha ordenado mi libertad, resulta fácil decir que ya se había dado cuenta de que yo era inocente.

Él protestó:

—De todos modos, yo disponía de algunas presunciones serias. No puede negar usted los hechos. Fueron hormigas las que me atacaron realmente en mi propia cama. Fueron hormigas las que mataron realmente a mi gata *Marie-Charlotte*. Yo mismo las vi, con mis propios ojos. No han sido «sus» hormigas las que asesinaron a los hermanos Salta, a Caroline Nogard, a Maximilien MacHarious, a los Odergin y a Miguel Cygneriaz, pero de todos modos eran «unas» hormigas. Se lo repito, Laetitia, siempre he tenido necesidad de su ayuda. Compartamos nuestras ideas. —Se volvió insistente—. A usted le apasiona este enigma tanto como a mí. Trabajemos juntos, al margen de toda la maquinaria judicial. Ignoro quién es el flautista de Hamelín, pero es un genio. Hemos de enfrentarnos a él. Yo solo no lo conseguiría nunca pero con usted y con su conocimiento de las hormigas y de los hombres...

Ella encendió un largo cigarrillo en el extremo de su boquilla. Reflexionaba. Él seguía con su defensa.

—Laetitia, no soy ningún héroe de novela policíaca, soy un tipo normal. A veces me equivoco, echo a perder una investigación y encarcelo a inocentes. Sé que todo esto ha sido un grave error. Lo lamento y quiero enmendarme.

Ella le lanzó una voluta de humo a la cara. Estaba tan apesadumbrado por su error que a ella empezaba a parecerle enternecedor.

—Muy bien. Acepto trabajar con usted. Pero con una condición.

—La que usted quiera.

—Cuando hayamos encontrado a los culpables, usted me concederá la exclusiva de la divulgación de la investigación.

—De acuerdo.

Le tendió la mano.

Ella vaciló antes de estrechársela.

—Siempre perdono demasiado deprisa. Probablemente estoy cometiendo la mayor tontería de mi vida.

Se pusieron a trabajar inmediatamente. Jacques Méliés le presentó todas las

piezas del informe: fotos de los cadáveres, informes de autopsia, fichero con el resumen del pasado de cada una de las víctimas, radiografías de las heridas internas, observaciones sobre las cohortes de moscas.

Laetitia no le ofreció ninguna de sus propias conclusiones, pero reconoció de buen grado que todo parecía converger hacia el concepto «hormiga». Las hormigas eran el arma y las hormigas eran el móvil. Quedaba por descubrir sin embargo lo esencial: quién las manipulaba y de qué forma.

Examinaron una lista de los movimientos ecologistas terroristas y los fanáticos amigos de los animales, deseosos de sacar a todos los animales de los zoológicos, y a todos los pájaros o insectos de las jaulas. Laetitia movió la cabeza.

—¿Sabe, Méliés? Aunque todo parece acusarlas, no creo que las hormigas sean capaces de matar a unos fabricantes de insecticidas.

—¿Por qué?

—Son demasiado inteligentes para hacer eso. Practicar la ley del tali3n es una idea humana. La venganza es un concepto humano. Estamos prestando nuestros propios sentimientos a las hormigas. ¿Por qué atacar a los hombres cuando a las hormigas les basta con esperar a que ellos se destruyan solos entre sí?

Jacques Méliés meditó un instante el razonamiento.

—Sean hormigas, un flautista o un humano que trata de hacerse pasar por hormiga, tenemos que encontrar al culpable o a los culpables. Aunque sólo sea para declarar inocentes a nuestras amigas.

—De acuerdo.

Contemplaron todas las piezas del rompecabezas, esparcidas por la gran mesa del salón. Ambos estaban convencidos de disponer de suficientes elementos para descubrir la lógica que los relacionaba entre sí.

Laetitia dio un brinco de repente.

—No perdamos el tiempo. De hecho, todo lo que queremos es descubrir al asesino. Y para conseguirlo, se me ha ocurrido una idea. Una idea muy simple. ¡Escuche!

121. Enciclopedia

CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES: Godofredo de Bouillon se puso al frente de la segunda cruzada para liberar Jerusalén y el Santo Sepulcro. En esa ocasión, cuatro mil quinientos aguerridos caballeros escoltaban al centenar de miles de peregrinos. En su mayoría eran jóvenes hijos menores de la nobleza, privados de todo feudo en razón del derecho de primogenitura. So capa de religión, aquellos nobles desheredados esperaban conquistar castillos extranjeros y poseer finalmente tierras. Fue lo que hicieron. Cada vez que se apoderaban de un castillo, los caballeros se instalaban en él, abandonando la cruzada. A menudo, pelearon entre sí por la posesión de las tierras de una ciudad vencida. El príncipe Bohemundo de Tarento, por ejemplo, decidió apoderarse de Antioquia para su uso personal. Los cruzados tuvieron que luchar con algunos de los suyos para convencerles de que siguieran en la cruzada. Paradoja: para lograr mejor sus fines, hubo nobles occidentales que firmaron alianzas con los emires orientales para vencer a sus camaradas de lucha. Éstos no vacilaron, por lo demás, en asociarse a su vez con otros emires para enfrentarse a ellos. Llegó un momento en que ya nadie supo quién luchaba con quién, ni contra qué, ni por qué. Muchos incluso habían olvidado la meta original de la cruzada.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

122. En las montañas

A lo lejos se perfilan las sombras oscuras de las colinas, y más allá unas montañas. Las hormigas grises autóctonas han bautizado con el nombre de «Monte Turbera» el primer pico, debido a la turba seca que se riza en él. No resulta demasiado difícil pasarlo.

Las cruzadas han descubierto un puerto estrecho pero profundo para atravesarlo. Las altas paredes de piedra blanca, gris y beige, se suceden, mostrando los estratos de su historia. En la roca sin edad están impresas huellas de fósiles en forma de espiral o de cuerno.

Después de las gargantas, cañones. Cada fisura se convierte, para las soldados mirmeceanas, en un barranco mortal en el que no conviene resbalar.

El frío las afecta mucho en el desfiladero y el convoy se apresura a salir. A las hormigas que se quejan del frío las abejas caritativas les ofrecen un poco de miel para recuperar el vigor.

103 está inquieta. No recuerda haber escalado nunca aquel conjunto de montañas. ¡Bah!, tal vez se hayan desviado hacia el Norte, y bastará con dirigirse hacia Levante para llegar al confín del mundo. Sí, lo único que tienen que hacer es seguir todo recto.

La roca desolada no les ofrece más que unos líquenes amarillos como ensaladas. Hay, sobre todo, fauna higrométrica, así designada porque sus cápsulas se contorsionan cuando el aire se vuelve húmedo.

Finalmente llegan a un valle de bergamotos. Cuando la función crea el órgano, a fuerza de caminar al aire libre, las cruzadas mejoran sus facultades visuales. Soportan cada vez mejor la luz, no buscan ya las zonas de sombra y pueden distinguir paisajes que, sin embargo, se encuentran a más de treinta pasos de sus facetas oculares.

Lo cual no impide que las exploradoras caigan en una trampa de cicindelas. Estos pequeños coleópteros excavan mazmorras en el suelo, rematadas por una trampa. Cuando perciben una vibración, surgen y cazan a las que se pasean por su reino.

La caravana topa luego con una barrera de ortigas. Para las hormigas es como si ante ellas se alzase súbitamente una pared de púas gigantes en la que se enredan inmediatamente sus patas.

Lo atraviesan sin demasiados daños. El verdadero obstáculo está más adelante: una grieta y, justo detrás, una cascada. No saben cómo franquear al mismo tiempo un abismo y una muralla líquida. Unas abejas intentan la experiencia y caen en la cascada.

El agua atrae hacia abajo todo lo que vuela, dicen las moscas.

Y mucho más esa cortina de agua furiosa y helada.

Con su capullo de mariposa entre los brazos, 24 avanza. Tal vez pueda proponer una solución. Cierta día se perdió en los bosques del Oeste —¡qué cantidad de cosas

interesantes descubre una cuando se ha perdido y busca el camino!—, y vio a una termita cruzar un arroyuelo que goteaba de una roca mediante un trozo de madera. La termita introdujo de frente el palo en la cascada, y luego lo vació por dentro.

Las termitas empiezan a buscar inmediatamente una rama espesa o algo parecido. Descubren un junco grueso. Formará un perfecto túnel móvil. Levantan el junco con el extremo de las patas y lo deslizan despacio hasta que perfora la pared de la cascada. Evidentemente, varias obreras se ahogan en la maniobra, pero la planta acuática avanza de forma inexorable y apenas encuentra resistencia.

Los grillos-topo se afanan entonces para excavar el interior hasta obtener un cilindro impermeable que permitirá a las cruzadas franquear tanto el barranco como la barrera hidráulica.

La prueba resulta difícil para los rinocerontes cuyos élitros se atrancan algo, pero a fuerza de empujarlos todos pasan.

123. Hasta el próximo jueves

Recorte de *El Eco del domingo*.

UN INVITADO DE EXCEPCIÓN

«El profesor Takagumi, de la Universidad de Yokohama, presentará el próximo jueves su nuevo insecticida en la sala de conferencias del «Hotel Beau Rivage».

El sabio japonés declara haber descubierto la forma de detener las invasiones de hormigas mediante una nueva sustancia tóxica sintética. El profesor Takagumi comentará en persona sus trabajos. En espera de la fecha de su exposición, se hospeda en el “Hotel Beau Rivage” y mantiene conversaciones con sus colegas franceses.»

124. La gruta

Después del túnel, una caverna. Pero las cruzadas no han terminado en un callejón sin salida. La gruta se prolonga por una larga galería de roca donde el aire fresco circula con normalidad.

Y la cruzada avanza, sigue avanzando.

Las hormigas contornean gruesos trozos de caliza, estalagmitas. Las que caminan por el techo saltan sobre estalactitas. A veces, estalagmitas y estalactitas se unen y se fusionan en largas columnas. ¡Difícil distinguir lo alto de lo bajo!

En la caverna pulula toda una fauna específica. Hay en ella verdaderos fósiles vivientes. En su mayoría son ciegos y carecen de pigmentación. Unas cochinillas blancas escapan apresuradamente, los miriápodos se arrastran, los colémbolos saltan nerviosos. Unas quisquillas translúcidas, de antenas más largas que su cuerpo, nadan en los charcos.

En una cavidad, 103 detecta un grupo de chinches cavernícolas hediondas entregadas a sus orgías habituales con su sexo como perforador. La belokaniana mata a varias.

Una hormiga acaba de probar una chinche quemada por el ácido de 103. Dice que esa carne está mejor caliente y calcinada que fría y cruda.

Mira, piensa para sus adentros, podríamos freír la carne en baños de ácido.

Así es como se hacen con frecuencia los hallazgos gastronómicos. Por casualidad.

125. Enciclopedia

OMNÍVOROS: Los amos de la Tierra no pueden ser sino omnívoros. Poder ingurgitar todas las variedades de alimento es una condición *sine qua non* para extender su especie en el espacio y en el tiempo. Para reafirmarse como amo del planeta, uno debe ser capaz de tragar todas las formas de alimento que éste produce.

Un animal que depende de una única fuente de alimento ve cuestionada su existencia si esa fuente desaparece. ¿Cuántas especies de pájaros han desaparecido simplemente porque se alimentaban de una sola clase de insectos, y porque esos insectos habían emigrado sin que ellos pudieran seguirles? Los marsupiales que sólo se alimentan de hojas de eucalipto son, asimismo, incapaces de viajar o de sobrevivir en zonas taladas. El hombre, como la hormiga, la cucaracha, el cerdo o la rata, lo ha comprendido. Estas cinco especies prueban, comen y digieren prácticamente todos los alimentos, incluso todos los restos de alimentos. Estas cinco especies pueden, pues, codiciar el título de animal dueño del mundo. Otro punto en común: estas cinco especies modifican permanentemente su bolo alimentario para adaptarse cada vez mejor a su medio ambiente. Todas están obligadas, por tanto, a entregarse a pruebas antes de ingurgitar alimentos nuevos, a fin de evitar las epidemias y los envenenamientos.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

126. El cebo

Cuando en *El Eco del domingo* apareció el suelto, Laetitia Wells y Jacques Méliés ya habían reservado una habitación en el «Hotel Beau Rivage» a nombre del profesor Takagumi. Algunas propinas acertadamente distribuidas les permitieron erigir una falsa pared e instalar allí un equipo de control muy sofisticado.

Alrededor de la habitación dispusieron cámaras de vídeo que se ponían en funcionamiento gracias a una alarma sensible al menor movimiento de aire. Por último, depositaron en la cama un maniquí de aspecto nipón.

Luego se pusieron al acecho.

—¡Apuesto a que serán las hormigas las que vengan! —soltó el comisario Méliés.

—Apostado. Yo le apuesto a que será un ser humano.

No les quedaba sino ver qué pez llegaba a morder el anzuelo.

127. Vuelo de reconocimiento

Lejos, hacia delante, luce una claridad ínfima.

El aire se vuelve más caliente. Las cruzadas aceleran el paso. En una larga procesión, dejan el frescor umbroso de la gruta por una cornisa soleada.

Unas libélulas revolotean en la luz. Quien dice libélulas dice río. La cruzada no está lejos de su meta, seguro.

103 elige el más hermoso rinoceronte, uno al que llaman «Gran Cuerno» por ser el que tiene un apéndice nasal más largo. Se aferra con las garras a su quitina y le ruega que despegue para un vuelo de reconocimiento. Doce jinetes artilleras la siguen para asegurar la guardia en caso de un mal encuentro con algún pájaro.

Juntas cabalgan el viento y descienden en picado hacia el río, iluminado por lentejuelas de luz.

Resbalón entre las capas de aire.

Con una sincronía perfecta, los doce insectos voladores plantan el extremo de sus alas en un eje imaginario y giran a la izquierda.

La maniobra es tan rápida que 103 queda aplastada contra su montura por efecto de la fuerza centrífuga.

La pureza del aire la embriaga.

En aquellos cielos azules todo parece tan claro, tan límpido... Termina ese asalto de fragancias múltiples que obliga a los insectos a una vigilancia constante. Ya sólo queda el efluvio transparente de un aire transparente.

Los doce escarabajos aminoran su batir de alas. Planean en medio del silencio.

Abajo hay un desfile de formas y colores.

La escuadrilla desciende a ras de suelo. Los espléndidos navíos de guerra se deslizan entre los sauces llorones y los alisos.

103 está cómoda sobre «Gran Cuerno». A fuerza de tratar a los escarabajos rinoceronte, ha aprendido a conocerlos. Su montura no sólo posee el cuerno más alto y más puntiagudo de toda la escuadrilla, sino también las patas más musculosas y las alas más largas. «Gran Cuerno» presenta otra ventaja: es el único que se ha preguntado cómo volar para permitir a las artilleras precisar mejor sus tiros. También sabe dar media vuelta a tiempo cuando le persigue un depredador volante.

Mediante unas fragancias simples, 103 le pregunta si los escarabeidos están a gusto en el viaje. «Gran Cuerno» responde que el paso por la gruta ha sido penoso. Es duro estar encerrado en un corredor sombrío. Los grandes coleópteros necesitan espacio. Dejando eso a un lado, por casualidad ha percibido, lo mismo que otros compañeros, conversaciones evocando a «dioses». Dioses, ¿es otro apelativo de los Dedos?

103 se muestra evasiva. No conviene que la «enfermedad de los estados de

ánimo» gane a las especies mercenarias. En caso contrario, la polémica aumentaría y la cruzada debería concluir antes incluso de haber alcanzado el confín del mundo.

«Gran Cuerno» señala una zona de turba. Y es en la turba donde les gusta arrellanarse a los escarabeidos del Sur. Algunos son realmente sorprendentes. Todos los coleópteros tienen su especificidad, ninguna especie es similar. Los meridionales también podrían ser útiles a la cruzada. ¿Por qué no reclutarlos? 103 se muestra conforme. Toda ayuda se agradece.

Vuelan.

Perfumes de cicuta, de miosotis de los pantanos y de reina de los prados aroman el entorno del río. Abajo, una alfombra de nenúfares blancos, rosados y amarillos desfila como un chorro de confetis multicolores mal distribuidos.

La escuadrilla da vueltas encima del río. A medio camino entre las dos orillas hay una pequeña isla con un gran árbol en el centro.

Las jinetes se deslizaban sobre el cabrilleo del río. Las patas de los rinocerontes estrían las leves olas.

Pero 103 sigue sin encontrar Satei, el famoso puerto que es de hecho un paso subterráneo que permite cruzar el río por debajo. Las cruzadas han debido apartarse del camino previsto, y mucho. Tendrán que caminar mucho tiempo.

Las exploradoras volantes vuelven y anuncian que todo va bien, que hay que seguir adelante.

Como un chorro de melaza, el ejército baja el acantilado, las hormigas con la ayuda de los puvilis-tapón pegajosos de sus patas, los rinocerontes revoloteando, las abejas en picado y las moscas en medio de un gran alboroto.

Abajo se extiende una playa de arena fina y beige, con dunas claras donde crecen algunas hierbas dispersas, pero sobre todo carrizos (pequeñas gramíneas) y esporas de las arenas (esporas de hongos). ¡Buen género para hormigas!

103 dice que para llegar al puerto de Satei hay que seguir la orilla hacia el Sur. La caravana se pone en movimiento.

Junto con los otros rinocerontes, «Gran Cuerno» se aleja del grueso de las tropas. Afirman que tienen una misión que cumplir, más tarde se reunirán con los demás.

A medida que avanzan, las exploradoras descubren grumos blancos que despiden un buen olor a caracoles. Hay carrizos suficientes y aquellos huevos tienen buen aspecto. 9 las pone en guardia. Antes de comer nada, hay que comprobar que el alimento no sea tóxico. Algunas la escuchan, otras se atiborran.

¡Qué error! No eran huevos sino saliva de escarabajo. Y algo peor todavía, saliva de escarabajo infectada de duelas.

128. Enciclopedia

ZOMBIS: El ciclo de la duela grande del hígado (*Fasciola hepática*) constituye ciertamente uno de los mayores misterios de la Naturaleza. Ese animal merecería una novela. Como su nombre indica, se trata de un parásito que se desarrolla en el hígado de los corderos. La duela se nutre de sangre y de las células hepáticas, crece y luego pone sus huevos. Pero los huevos de la duela no rompen en el hígado del cordero. Les espera todo un periplo.

Los huevos dejan a su huésped saliendo del cuerpo con sus excrementos. Se encuentran en el mundo exterior, frío y seco. Tras un período de maduración, rompen la cáscara para dejar salir una larva minúscula, que será consumida por un nuevo huésped: el caracol.

La larva de la duela se multiplicará en el cuerpo del caracol antes de ser eyectada en las mucosidades que escupe el gasterópodo en período de lluvia.

Pero las duelas no han hecho más que la mitad del camino.

Esas mucosidades, en forma de racimos de perlas blancas, atraen con frecuencia a las hormigas. Las duelas penetran gracias a ese «caballo de Troya» en el interior del organismo insecto. No se quedan mucho tiempo en el buche social de las mirmeceanas. Salen de él horadando millares de agujeros, transformándolo en colador que luego cierran con una cola que se endurece y que permite a la hormiga sobrevivir al incidente. No hay que matar a la hormiga, indispensable para lograr la unión con el cordero. Luego las duelas circulan por el interior del cuerpo de la hormiga, mientras en el exterior nada permite presagiar el drama interno.

Porque ahora las larvas se han convertido en duelas adultas que deben volver al hígado de un cordero para completar su ciclo de crecimiento.

Pero ¿qué hacer para que un cordero devore a una hormiga, si además no es insectívoro?

Generaciones de duelas han debido plantearse la cuestión. El problema resultaba muy complicado de resolver, porque es en las horas frescas cuando los corderos mordisquean la parte superior de las hierbas, mientras que es en las horas cálidas cuando las hormigas abandonan su nido para circular únicamente entre la sombra fresca de las raíces de esas hierbas.

¿Cómo reunirlos en el mismo lugar y a las mismas horas?

Las duelas encontraron la solución diseminándose por el cuerpo de la hormiga. Una decena de ellas se instala en el tórax; otra decena en las patas, otra decena en el abdomen y una sola en el cerebro.

En el momento en que esa única larva de duela se implanta en su cerebro, el comportamiento de la hormiga se modifica. ¡Sí! La duela culo, pequeño gusano primitivo cercano al paramecio y por tanto a los seres unicelulares más zafios, pilota en adelante a la compleja hormiga.

Resultado: por la noche, mientras todas las obreras duermen, las hormigas contaminadas por las duelas abandonan su ciudad. Avanzan como sonámbulas y suben a colocarse en las cimas de las hierbas. ¡Y no en una hierba cualquiera! Sólo en aquellas que prefieren los corderos: alfalfa y carraspiques.

Drogadas, las hormigas esperan allí a que las coman.

Ése es el trabajo de la duela del cerebro: hacer salir todas las noches a su huésped para que sea consumida por un cordero. Porque por la mañana, cuando vuelve el calor, si no ha sido tragada por un ovino, la hormiga recupera el control de su cerebro y de su libre albedrío. Se pregunta qué hace allí, en la cima de una hierba. Baja deprisa para regresar al nido y dedicarse a sus tareas habituales, hasta la próxima noche en que, como el zombi en que se ha convertido, volverá a salir con todas sus compañeras infectadas por las duelas para ser pastada.

Este ciclo plantea a los biólogos múltiples problemas. Primera pregunta: ¿cómo la duela agazapada en el cerebro puede ver en el exterior y ordenar a la hormiga ir hacia tal o cual hierba? Segunda pregunta: la duela que dirige el cerebro de la hormiga morirá, ella únicamente, en el momento de la ingestión por el cordero. ¿Por qué se sacrifica de esa forma? Es como si las duelas hubieran aceptado que una de ellas, y la mejor, muera para que las demás alcancen su objetivo y terminen el ciclo de fecundación.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

129. Sudores cálidos

El primer día no fue nadie a atacar al simulacro del profesor Takagumi.

Jacques Méliés y Laetitia Wells almacenaron conservas y alimentos deshidratados. Se hallaban instalados como para un asedio. Para matar el tiempo decidieron jugar al ajedrez. En ese juego Laetitia era más hábil que Méliés, que cometía tremendos errores.

Molesto por la superioridad de su compañera, intentó concentrarse mejor. Dispuso un sistema defensivo de sus piezas, con líneas de peones bloqueando cualquier iniciativa adversa. La batalla se transformó rápidamente en una batalla de trincheras, estilo Verdún. Los alfiles, los caballos, la dama y las torres se anulaban mutuamente al no poder lanzar ataques fulminantes.

—¡Hasta en el ajedrez tiene usted miedo! —le soltó Laetitia.

—¿Miedo yo? —Dijo indignado Méliés— Si dejas un espacio libre, usted acaba con mis líneas. Es lo único que puedo hacer para defender.

De pronto ella se llevó un dedo a los labios, para ordenarle silencio. Había percibido algo así como un ruidito en alguna parte de la habitación del «Hotel Beau Rivage».

Comprobaron las pantallas de control. Nada. Y, sin embargo, Laetitia Wells estaba segura de que el asesino estaba allí. El detector de movimiento lo confirmó empezando a parpadear.

—Ahí está el asesino —cuchicheó.

Con los ojos clavados en la pantalla de control, el comisario exclamó.

—Sí, le estoy viendo. Una hormiga completamente sola. ¡Está subiéndose a la cama!

Laetitia se lanzó sobre la camisa de Méliés, la desabrochó rápidamente, le alzó los brazos, sacó un pañuelo y lo pasó varias veces por las axilas del policía.

—¿Qué le pasa?

—Déjeme hacer. Creo haber comprendido la forma en que actúa nuestra asesina.

Empujó la falsa pared y, antes de que la hormiga alcanzara la parte superior del cubrecama, frotó el maniquí con el pañuelo impregnado en el sudor de las axilas de Jacques Méliés. Luego regresó rápidamente a esconderse a su lado.

—Pero... —empezó a decir él.

—Calle y mire.

La hormiga, sobre la cama, iba acercándose al maniquí. Cortó un trozo cuadrado y minúsculo del pijama del seudo profesor Takagumi y desapareció luego como había entrado, por el cuarto de baño.

—No comprendo —dijo Méliés—. Esa hormiga no ha atacado a nuestro hombre. Se ha limitado a apoderarse de un trocito de tela.

—Era para olerlo, sólo para olerlo, comisario.

Como parecía que ella se había hecho cargo del mando de las operaciones, él preguntó.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar. El asesino tiene que volver. Ahora estoy segura.

Méliés permanecía perplejo.

Ella lo miró con aquella mirada violeta que tanto le deslumbraba, y le explicó.

—Esta hormiga solitaria me ha recordado una historia que me contó mi padre. Él había vivido en África con la tribu de los baúles. Esta población había encontrado un medio bastante sorprendente de matar a las personas. Cuando alguien quería matar con total discreción, se apoderaba de un trozo de ropa impregnada con el sudor de su futura víctima. Lo ponía luego en un saco donde ya había encerrado a una serpiente venenosa. Luego colgaba todo encima de una olla de agua hirviendo. El dolor ponía furiosa a la serpiente, que asociaba esa persecución al olor del tejido. Luego, bastaba con soltar a la serpiente por el pueblo. Cuando olía un aroma semejante al del trozo de tela, mordía.

—¿Piensa entonces que es el olor de la víctima lo que guía a nuestro asesino?

—Exactamente. Después de todo, las hormigas sacan sus informaciones de los olores.

Méliés dijo por fin exultante.

—¡Ah! Por fin admite que son las hormigas las que matan.

Ella le tranquilizó.

—Por el momento, nadie ha muerto. El único delito es un pijama ligeramente estropeado.

Él reflexionó y terminó estallando.

—¡Usted ha puesto mi olor en ese trozo de tela! ¡Ahora van a querer matarme a mí!

—Seguimos con el miedo, comisario... Basta que se lave cuidadosamente debajo de los brazos y que luego se rocíe con un desodorante. Pero antes vamos a embadurnar copiosamente con su sudor a nuestro profesor Takagumi.

Méliés no se había tranquilizado del todo. Se metió un chicle entre sus dientes apretados.

—Pero si ya me han atacado una vez...

—...Y usted logró escapar, según creo. Por suerte, he pensado en todo, he traído el instrumento más idóneo para relajarle.

Y sacó de su bolso un pequeño televisor portátil.

130. La batalla de las dunas

Larga es la marcha a través del desierto de dunas.

Los pasos se hacen cada vez más pesados.

Una fina película de arena se pega a los caparazones, reseca los labiales y hace crujir las articulaciones quitinosas.

Hay polvo en todos los lugares de los caparazones, que ya no brillan.

Y la cruzada avanza, sigue avanzando.

Las abejas ya no tienen más miel energética que ofrecer.

Los buches sociales están vacíos. Los puvilis de las patas crujen a cada pisada como pequeños sacos de yeso desmenuzable.

Las cruzadas están agotadas y de pronto surge una nueva amenaza. En el horizonte se alza una nube de polvo, que crece y se acerca. En medio de aquel halo cuesta distinguir cuáles son las legiones enemigas.

A tres mil pasos se distinguen mejor. Es un ejército termita el que aparece. Las soldados termitas, reconocibles por su cabeza en forma de pera, lanzan liga en la que van a enredarse las primeras filas de hormigas.

Los abdómenes mirmeceanos sueltan sus salvas de ácido corrosivo. La caballería termita se aclara pero las hormigas han disparado demasiado tarde, la horda enemiga las desborda y perfora el centro de la primera defensa hormiga.

Choque de mandíbulas.

Estrépito de corazas.

La caballería ligera mirmeceana no tiene tiempo siquiera de moverse y ya está cercada por las tropas termitas.

¡Fuego!, grita 103. Pero la segunda línea de artillería pesada, armada de ácido al 60 %, no se atreve a disparar contra aquella mezcla de combatientes hormigas y termitas. La orden no es secundada. Los grupos improvisan según su inspiración. Los dos flancos del ejército cruzado tratan de liberarse para coger al ejército termita por la espalda, pero realizan muy despacio su maniobra.

La liga termita abate a las abejas que intentan despegar. Como las moscas, como 24 y su capullo, se ocultan en la arena.

103 está en todas partes, animando a la infantería para que se reagrupe en cuadrados sólidos. Está cansada. *Me estoy haciendo vieja*, se dice cuando dispara y falla su blanco.

Las cruzadas retroceden por todas partes. ¿Qué ha sido de las brillantes vencedoras de los Dedos? ¿Qué ha sido de las conquistadoras de la Ciudad de oro abeja?

Las hormigas muertas se amontonan. Ya sólo quedan mil doscientas que creen que van a sufrir pronto el mismo destino terrible.

¿Están perdidas?

No, porque 103 ve surgir a lo lejos una segunda nube. Esta vez se trata de amigos. «Gran Cuerno» ha vuelto, arrastrando en su estela al más terrorífico de los ejércitos volantes.

Pasan ruidosamente por encima de las órbitas oculares, y todas los ven con un sentimiento mezclado de admiración y de espanto. Son auténticos demonios salidos de un Apocalipsis gótico.

Se abalanzan, soberbios, relumbrantes y haciendo restallar todas sus articulaciones lacadas.

Hay entre ellos minotauros tifos, neptunos, abejorros y grandes lucanos ciervos volantes con sus cuernos en forma de pinza.

La flor y nata de lo más sorprendente que existe entre las especies de coleópteros ha respondido a la llamada de «Gran Cuerno».

Son monstruos espléndidos, provistos de picas, lanzas, cuernos, puntas, placas-escudo, garras. Sus élitros están coloreados como las placas calcáreas de los peces, algunos tienen unas caras abiertas rosa y negro dibujadas en la espalda, otras llevan motivos más abstractos, manchas rojas, naranja, verdes o azul fluorescente.

Ningún herrero podría esculpir armaduras semejantes. Su casco les da aspecto de príncipes valientes, salidos de una Edad Media de leyenda.

Dirigida por «Gran Cuerno», la veintena de coleópteros realiza un movimiento envolvente; se alinean primero y luego cargan contra los montones más compactos de soldados termitas.

103 nunca ha visto nada tan espectacular.

Estupefacción entre las filas termitas. Con ese nuevo ejército, su viscosidad no sirve. Los proyectiles líquidos resbalan sobre las gruesas corazas pulidas y vuelven a caer sobre ellas.

Las termitas empiezan a batirse en retirada.

«Gran Cuerno» aterriza junto a 103.

¡Sube!

Despegue.

Bajo las patas de su montura desfila el campo de batalla como una alfombra mágica efervescente.

103 se pone al frente de su ejército para salir en persecución de las que huyen. Desde su ingenio volante, precisa los disparos de ácido que derriban a un enemigo cada vez.

¡Fuego!, grita con toda la potencia de sus antenas. *¡Fuego!*

Las hormigas disparan ácido mientras corren.

131. Feromona estrategia militar

Feromona memoria n° 61

Tema: Estrategia militar

Fecha de salvación: 44 días del año 100.000.667

Toda estrategia militar tiende ante todo a desequilibrar al adversario. Por instinto, este último trata de compensarlo ejerciendo su fuerza en un sentido inverso al empuje.

En ese momento, en vez de bloquearlo, hay que acompañarlo, hasta que se vea arrastrado lejos por su propia fuerza. Durante un breve instante, al adversario se vuelve especialmente vulnerable. Es el momento de acabar con él. Pasado ese momento, si no se ha sabido aprovechar, habrá que empezar de nuevo, y esta vez el enemigo se mostrará más desconfiado.

132. Guerra

¡Fuego!

Varias oleadas de siluetas negras corren entre la metralla compacta.

Los esqueletos de los vencidos echan humo. Los soldados se entierran para evitar que les cojan. Hay grupos que se esconden en las dunas.

Estrépito de granadas. Crepitar de ametralladoras. A lo lejos, de los pozos de petróleo en llamas se desprende una pesada humareda negra que el sol no logra traspasar.

—Apáguelo. ¡Ya basta!

—¿No le gustan los informativos? —preguntó Méliés bajando el sonido del televisor por el que desfilaban las noticias mundiales cotidianas.

—La estupidez humana siempre cansa al cabo de un momento —dijo Laetitia—. ¿Seguimos sin nada?

—Seguimos sin nada.

La joven se envolvió en una manta.

—En tal caso, voy a dormir un poco. Si ocurre algo, despiérteme, comisario.

—Espere, uno de los detectores de movimiento acaba de activarse.

Escrutaron las pantallas.

—Hay un movimiento en la habitación.

Encendieron uno por uno los monitores de vídeo, pero no vieron nada.

—«Ellas» están ahí —anunció Méliés.

—«Él» está ahí —le corrigió Laetitia—. No hay más que una sola señal en la pantalla.

Méliés destapó una botella de agua mineral. Por si acaso, se pasó otra compresa mojada debajo de los brazos y, para evitar cualquier riesgo, se roció de perfume.

—¿Todavía huelo a sudor? —preguntó.

—Apesta a Bebé Cadum.

Seguían sin ver nada, pero ahora oían algo así como un rasguño sobre el techo.

Jacques Méliés conectó los magnetoscopios de las cámaras de vídeo que inundaban la habitación.

—«Ellas» se acercan a la cama.

Frente a la cámara dispuesta a ras de la alfombra apareció el hocico de un ratón hirsuto en busca de alimento.

Se echaron a reír.

—Después de todo, las hormigas no son los únicos animales que viven entre los hombres —exclamó Laetitia—. Esta vez me acuesto por las buenas, y no me despierte salvo que tenga algo más serio que enseñarme.

133. Enciclopedia

ENERGÍA: Cuando uno se sube a un gran carrusel durante una verbena caben dos actitudes. Una: sentarse en la vagoneta del final y cerrar los ojos. En tal caso, el aficionado a las sensaciones fuertes siente un miedo inmenso. Sufre la velocidad y cada vez que entreabre los párpados su espanto se duplica.

La segunda actitud consiste en elegir la primera fila de la primera vagoneta, abrir desmesuradamente los ojos imaginando que uno va a volar e ir cada vez más deprisa. Entonces el aficionado siente una embriagadora sensación de poder. Asimismo, si una música de *rock* duro surge de un altavoz cuando no se espera, parece teñida de violencia y de ensordecimiento. A duras penas se la soporta. Sin embargo, si uno lo desea, se puede no sufrirla sino utilizar esa energía para absorberla mejor. El oyente se halla entonces como drogado y completamente sobreexcitado por esa violencia musical.

Todo lo que desprende energía es peligroso cuando se sufre y enriquecedor cuando se canaliza en provecho propio.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

134. El culto a los muertos

Las doce últimas deístas se hallan reunidas en el último escondite improvisado junto a las fosas de abono, en Bel-o-kan.

Contemplan a sus muertas.

La reina Chli-pu-ni ha decidido matar a todas las rebeldes. Unas tras otras se han dejado prender mientras intentaban alimentar a los Dedos. Todas las no-deístas han desaparecido y el movimiento rebelde ya no está representado más que por estas pocas deístas que milagrosamente han sobrevivido a la inundación y a las persecuciones.

Ya nadie las escucha. Nadie se reúne con ellas. Se han convertido en parias y saben que, cuando las guardianas descubran su escondrijo, todo habrá terminado para ellas.

Con la punta de sus antenas tantean tres cadáveres de antiguas compañeras que se han arrastrado hasta allí para morir. Las deístas se disponen a transportarlas a la depuradora.

De pronto una de ellas se opone. Las otras la sondan, perplejas. Si no se llevan a aquellas mártires hacia la depuradora, dentro de unas horas apestarán a ácido oleico.

La rebelde insiste. La reina conserva perfectamente el cadáver de su propia madre en su aposento. ¿Por qué no obrar como ella? ¿Por qué no conservar los cadáveres? Después de todo, cuantos más haya, más demostrarán que en otro tiempo el movimiento deísta contaba con una multitud de militantes.

Las doce hormigas toquetean sus apéndices sensoriales. ¡Qué idea tan sorprendente! ¡No tirar los cadáveres...!

Todas juntas se entregan a una Comunicación Absoluta. Su hermana tal vez haya encontrado un medio de relanzar el movimiento deísta. Y conservar a los muertos es algo que agradará mucho.

Una rebelde propone enterrarlas en las paredes para evitar que difundan su olor a ácido oleico. La primera que había emitido la idea no se muestra conforme.

No, al contrario, tienen que verse. Imitemos a la reina Chli-pu-ni. Vacíemos las carnes y conservemos únicamente los caparzones huecos.

135. Termitero

Las termitas escapan por todas partes.

¡Adelante!, grita 103 desde lo alto de «Gran Cuerno» para excitar mejor a sus cruzadas al combate.

¡Guerra sin cuartel!, lanza 9, que también ha montado en su corcel volador.

Las artilleras aéreas disparan sin interrupción, sembrando el ácido y la muerte.

En cuanto a las termitas, se produce la desbandada. Todas zigzaguean para escapar a los monstruos de los cielos y a los disparos mortales de sus pilotos. Cada una piensa sólo en ella. Diseminadas, las termitas galopan hacia su ciudad, gran fortaleza de cemento recientemente construida en la orilla oeste del río.

El edificio es impresionante desde fuera. La ciudadela ocre está compuesta por una campana central rematada por tres torres, a su vez coronadas por seis torreones. A ras del suelo, todas las salidas están taponadas por morrillos de grava. Algunas centinelas los vigilan a través de brechas en forma de troneras.

Cuando las cruzadas cargan contra el castillo enemigo, los cuernos de los soldados termitas nasutitermes surgen de las hendiduras verticales y rocían con liga a las atacantes.

Cinco pérdidas en la primera ofensiva. Treinta en la segunda oleada. Las que disparan de arriba abajo siempre tienen ventaja sobre las que disparan de abajo arriba.

No queda otra solución, por tanto, que el ataque aéreo. Unos rinocerontes golpean los torreones con sus cuernos, los lucanos arrancan las torres invadidas por una población enloquecida, pero la liga sigue haciendo maravillas y en la ciudad termita de Moxiluxun empiezan a respirar algo.

Se cuida a las heridas. Se taponan las brechas. Se preparan los graneros en previsión de un largo asedio. Se releva a las centinelas.

La reina termita de Moxiluxun no manifiesta ningún temor. A su lado, el rey discreto y mudo continúa amurallado en su misterio. Entre las termitas, los machos sobreviven al vuelo nupcial y luego permanecen en la celda real al lado de su hembra.

Una espía cuchichea con gestos de conspiradora lo que todo el mundo ya sabe: las hormigas rojas de Bel-o-kan han lanzado una cruzada hacia el Este y han acabado durante el camino con varias poblaciones hormiga y una ciudad abeja.

Se cuenta que Chli-pu-ni, su nueva reina, intenta mejorar la Federación con toda suerte de innovaciones, arquitectónicas, agrícolas e industriales.

Las reinas jóvenes siempre se creen más inteligentes que las viejas, emite con ironía la vieja reina de Moxiluxun.

Las termitas muestran su aprobación mediante olores cómplices.

Es entonces cuando suena la alerta.

¡Las hormigas invaden la Ciudad!

Las informaciones que circulan entre las antenas de las soldados termitas son tan sorprendentes que su soberana no puede darles crédito.

Unos cortones —también llamados grillos-topo— han perforado los pisos inferiores. Sus patas anteriores alargadas les han permitido excavar rápidamente galerías subterráneas. Ahora avanzan en línea y, tras ellos, centenares de soldados hormiga lo saquean todo.

¿Hormigas? ¿Que han domesticado cortones?

Lo impensable es cierto. Por primera vez, gracias a ese ejército sub-terrestre, una ciudad termita es asaltada desde abajo hacia arriba. ¿Quién hubiera podido esperar una ofensiva circunvalando la ciudad para terminar perforando el suelo? Las estrategias moxiluxianas no saben cómo reaccionar.

En las salas más bajas, 103 queda maravillada ante la sofisticación de aquella ciudad termita. Todo ha sido construido con objeto de gozar de la temperatura deseada en el lugar deseado. Pozos artesianos unen a más de cien pasos de profundidad capas de agua que aportan aire fresco. El aire caliente es generado por jardines de hongos dispuestos en los pisos superiores, encima del palacio real. De ahí arrancan varias chimeneas. Algunas se elevan hacia los torreones para evacuar el gas carbónico. Otras, atrayendo el frescor de la bodega, descienden hacia la cámara real y las incubadoras.

¿Y ahora qué hacemos? ¿Atacamos las guarderías?, pregunta una soldado belokaniana.

No, le explica 103. *Entre las termitas, es diferente. Más vale empezar invadiendo los jardines de hongos.*

Las cruzadas se dispersan por los corredores porosos. En los pisos del subsuelo, las tropas moxiluxianas están ciegas. Sólo ofrecen una débil resistencia al empuje de las hormigas, pero, a medida que suben, los combates son más asoladores. Se conquista cada barrio al precio de pesadas pérdidas por ambos bandos. En la oscuridad total, cada una retiene sus feromonas identificadoras para evitar convertirse en blanco del adversario escondido.

Se necesitarán por lo menos doscientos muertos todavía para llegar a los jardines termitianos.

Para los moxiluxianos no queda otra salida que rendirse. Las termitas, privadas de hongos, son incapaces de asimilar la celulosa y morirán todas de inanición, las adultas, las crías y la reina.

Las hormigas victoriosas, ¿las matarán hasta acabar con todas, como es la costumbre?

No. Estas belokanianas son decididamente sorprendentes. En la celda real, 103 explica a la soberana que las rojas no están en guerra contra las termitas sino contra los Dedos que viven al otro lado del río. No habrían atacado Moxilusun si sus

habitantes no les hubieran atacado primero a ellas. Lo único que ahora exige la cohorte mirmeceana es pasar la noche en el termitero y recibir el apoyo de las moxiluxianas.

136. Cogidos

—¡Ni hablar, no cuente con eso!

Laetitia levantó con enfado la manta que le cubría los ojos. —No pienso levantarme —farfulló— Seguro que se trata de otra falsa alarma.

Méliés la sacudió con más vigor.

—«Ellas» están ahí, casi —gritó él.

La euroasiática consintió en apartar la manta para abrir unos ojos violeta nublados. En todas las pantallas de control, centenares de hormigas avanzaban. Laetitia dio un salto, manejó los *zooms* hasta que el pseudo-profesor Takagumi apareció nítidamente, con el cuerpo agitado por espasmos.

—Están desmenuzándole desde dentro —dijo Méliés en un susurro.

Una hormiga se acercó a la falsa pared y pareció aspirar con el extremo de sus antenas.

—¿Huelo otra vez a sudor? —preguntó inquieto el comisario.

Laetitia le olfateó las axilas.

—No, sólo a lavanda. No tiene nada que temer.

Aparentemente la hormiga compartía esa opinión, porque dio media vuelta para participar en la carnicería con sus compañeras.

El maniquí de plástico vibraba bajo los asaltos internos. Luego el movimiento se aplacó y ellos vieron una columna de pequeñas hormigas salir por la oreja izquierda de su muñeco.

Laetitia Wells tendió su mano a Méliés.

—Bravo. Estaba usted en lo cierto, comisario. Increíble, pero con mis propios ojos he visto a las hormigas que asesinan a los fabricantes de insecticidas. Y, sin embargo, no acabo de creérmelo.

Como policía adepto a las técnicas más modernas, Méliés había dispuesto en la oreja del maniquí una gota de producto radiactivo. Inevitablemente una hormiga tuvo que meter las patas en ella e impregnarse. Ahora esa hormiga les indicaría la pista a seguir. ¡Maniobra lograda!

En las pantallas, las hormigas daban vueltas en torno al maniquí y husmeaban por todas partes como para eliminar cualquier huella del crimen.

—Eso explica los cinco minutos sin moscas. Una vez realizada su fechoría, recogen a sus eventuales heridas y todo lo que podría dar cuenta de su paso. Durante ese tiempo las moscas no se atreven a acercarse.

En las pantallas, las hormigas se reunían en una larga fila india y Llegaban al cuarto de baño. Una vez allí, alcanzaron el sifón del lavabo y se adentraron todas por él.

Méliés estaba maravillado.

—¡Gracias a la red de tuberías de la ciudad, pueden penetrar por todas partes, en todos los pisos, y sin la menor violencia!

Laetitia no compartió su alegría.

—Para mí sigue habiendo demasiadas incógnitas —dijo la joven—. ¿Cómo han podido leer esos insectos el periódico, reconocer unas señas, comprender que les iba la vida en la muerte de los fabricantes de insecticidas? No lo entiendo.

—Hemos subestimado a esos animales, eso es todo... Recuerde que usted misma me acusaba de subestimar al adversario. Ahora se lo digo yo a usted. Su padre era entomólogo y, sin embargo, usted nunca ha sabido captar hasta qué punto habían evolucionado. Probablemente saben leer los periódicos y detectar a sus enemigos. Ahora ya tenemos la prueba.

Laetitia negaba la evidencia.

—¡No pueden saber leer! No nos habrían engañado durante tanto tiempo. ¿Se imagina lo que eso supone? Que lo sabrían todo sobre nosotros y, sin embargo, dejarían que las considerásemos como pequeñas cosas insignificantes que uno aplasta con el tacón.

—Veamos, de todos modos, adonde se dirigen.

El policía sacó de su estuche un contador Geiger, sensible a larga distancia. La aguja estaba parada sobre la radiactividad del producto con que se había impregnado la hormiga. Componían el aparato una antena y una pantalla donde un punto verde parpadeaba en un círculo negro. El punto verde avanzaba muy despacio.

—Lo único que tenemos que hacer es seguir a nuestra traidora —dijo Méliés.

Una vez en la calle, cogieron un taxi. Al chofer le costó comprender que sus clientes quisieran circular a 0,1 kilómetro por hora, velocidad de desplazamiento de la manada asesina. ¡Por regla general, la gente tiene tanta prisa! Tal vez aquellos dos habían cogido su taxi sólo para flirtear. Echó una ojeada a su retrovisor. No, estaban demasiado ocupados discutiendo, con los ojos clavados en un objeto extraño que tenían entre las manos.

137. Enciclopedia

CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES: En el siglo XVI, los primeros europeos que desembarcaron en Japón fueron unos exploradores portugueses. Llegaron a una isla de la costa Oeste, donde el Gobierno local los acogió con mucha cortesía. Se mostró muy interesado en las nuevas tecnologías que aportaban aquellos «narices largas». Los arcabuces le gustaron sobre todo, y trocó uno a cambio de seda y de arroz.

El gobernador mandó luego al herrero del palacio copiar el arma maravillosa que acababa de adquirir, pero el obrero se mostró incapaz de cerrar el casquillo del arma. El arcabuz de marca japonesa explotaba siempre en la cara de quien lo disparaba. Por eso, cuando los portugueses volvieron a atracar en su tierra, el gobernador pidió al herrero de a bordo que enseñara al suyo a soldar la culata de tal modo que no explotara durante la detonación.

Así consiguieron los japoneses fabricar armas de fuego en gran cantidad, y en su país todas las reglas de la guerra quedaron alteradas. Hasta entonces, en efecto, sólo los samuráis se batían con el sable. El shogun Oda Nogubana creó un cuerpo de arcabuceros al que enseñó a disparar en ráfagas para detener a una caballería enemiga.

A esta aportación material, los portugueses unieron un segundo regalo, esta vez espiritual: el cristianismo. El Papa acababa de dividir el mundo entre Portugal y España. Japón le había correspondido al primero. Los portugueses enviaron al punto jesuitas que, al principio, fueron muy bien recibidos. Los japoneses ya habían integrado varias religiones y, para ellos, el cristianismo no era sino una más. La intolerancia de los principios cristianos terminó, sin embargo, por molestarles. ¿Qué era aquella religión católica que pretendía que todas las demás eran erróneas? ¿Que aseguraba que sus antepasados, a los que consagraban un culto sin fisuras, estaban asándose en el infierno so pretexto de que no habían conocido el bautismo? Tanto sectarismo sorprendió a las poblaciones niponas. Torturaron y mataron a la mayor parte de los jesuitas. Luego, durante la revuelta de Shimabara, les tocó a los japoneses ya convertidos al cristianismo ser exterminados.

Desde entonces los nipones se alejaron de cualquier intrusión occidental. Sólo toleraron a los comerciantes holandeses, aislados en una isla junto a la costa. Y durante mucho tiempo esos negociantes fueron privados del derecho de hollar con su pie el archipiélago mismo.

Edmond Wells

138. En nombre de nuestros hijos

La reina termita hace girar, perpleja, sus antenas. De pronto se detiene y se enfrenta a las hormigas que han invadido su celda.

Voy a ayudaros, les dice. Voy a ayudaros no porque me tengáis bajo la amenaza de vuestros chorros de ácido fórmico, sino porque los Dedos también son enemigos nuestros.

Según explica, los Dedos no respetan nada ni a nadie. Enarbolan largas varas provistas de un hilo de seda con crías de mosca en la punta, o con gusanos blancos empalados y sometidos a un suplicio horrible. Los Dedos los sumergen y los levantan hasta que unos peces caritativos consienten en acabar con ellos.

Para adornar sus hilos de seda, los Dedos han osado ir más lejos todavía. Uno de sus grupos la ha tomado con Moxiluxun, su propia ciudad. Han hundido los corredores, saqueado los graneros, aplastado la celda real. ¿Y qué buscaban esos bárbaros? Las ninfas. Se han apoderado de ellas y las han secuestrado.

Las termitas creían definitivamente perdidas a sus crías cuando unas cazadoras las vieron debatiéndose en la punta de una vara, lanzando feromonas de socorro.

¿Cómo salvarlas? Pidiendo ayuda a los ditiscos. Estos coleópteros acuáticos servirían de barcos a las termitas.

¿De barcos?

La reina lo explica: las hormigas han aprendido a domesticar rinocerontes con objeto de utilizarlos como monturas volantes, y las termitas han domesticado a los ditiscos para que las propulsen sobre el agua. Les bastaba con instalarse sobre una hoja de miosotis para hacerse empujar por ellos. Evidentemente, la cosa no era sencilla. Al principio, las ranas destrozaban la mayor parte de los esquifes.

Todo el medio acuático fue hostil a las termitas hasta que aprendieron a disparar cola contra el morro de las ranas, o a lanzarse al abordaje de grandes peces, a los que perforaban con sus mandíbulas.

Por desgracia, los navíos termitas nunca consiguieron salvar a las ninfas. Los Dedos las hundían bajo el agua antes de que llegaran a reunirse con ellas. La operación, no obstante, les permitió desarrollar sus técnicas de navegación y tomar el control de la superficie del río.

Tiene razón, clama la reina de Moxiluxun. Las cosas no pueden seguir así. Ha llegado el momento de unirnos para hacer que entren en razón esos Dedos que destruyen nuestras ciudades, utilizan el fuego y torturan a nuestros hijos.

Y en nombre de la antigua alianza contra los utilizadores de fuego, la reina ofrece a la cruzada cuatro legiones de nasutitermes, dos legiones de cubitermes y dos legiones de esquadorrinotermes, subcastas termitas todas ellas cuya morfología se halla adaptada a diferentes formas de combates.

Olvidemos el odio secular entre hormigas y termitas. Ante todo hay que poner fin a las exacciones de estos monstruos.

Con objeto de acelerar la marcha de la cruzada, la soberana ofrece su flota para cruzar el río. Moxiluxun ha creado su propio puerto, en una bahía al abrigo de los vientos, prolongada por una playa de fina arena.

Las hormigas se dirigen a la playa. Por todas partes hay largas hojas de miosotis. Algunas contienen víveres termitas y esperan a ser descargados. Otras están vacías y dispuestas a partir para nuevas comarcas. Las termitas han construido una rada artificial de celulosa para proteger sus esquifes. Han clavado incluso pequeños juncos sobre un dique para aislar mejor su puerto de los vientos y las olas.

¿Qué hay en la isla, ahí enfrente?, pregunta 103.

Nada. Sólo una joven acacia cornígera que las termitas no se han comido porque no les gusta ese tipo de celulosa. Además, la isla les sirve a veces de refugio cuando se levanta la tempestad.

103, 24 y su capullo se instalan en una de las hojas de miosotis, con la superficie recubierta de una pelusa transparente. Hay hormigas y termitas que se unen a ellas. Otras empujan el navío hasta el agua y saltan luego rápidamente evitando mojarse las patas.

Un moxiluxiano mete sus antenas en el agua, suelta una feromona y dos formas se aproximan. Son ditiscos, amigos de la Ciudad termita. Los ditiscos son coleópteros que respiran bajo el agua aprisionando una burbuja de aire entre sus élitros. Gracias a esa botella de oxígeno pueden permanecer largo tiempo bajo el agua. Sus patas anteriores están equipadas con ventosas que sirven por lo general para el acoplamiento, pero que, en este caso, se fijan debajo de la hoja para propulsarla.

A una señal química que la termita suelta en la onda, los ditiscos se ponen a bracear en el agua con sus largas patas posteriores, y poco a poco las naves termitas se adentran por el río.

Y la cruzada avanza, sigue avanzando.

139. Comuni3n

Augusta Wells y sus compa1eros de vida subterr1nea volvieron a formar el c3rculo para una nueva sesi3n de comuni3n. Uno tras otro emitieron un sonido antes de juntarse en OM, la tonalidad 3nica. La dejaron resonar hasta que se hubo difuminado de sus pulmones para vibrar en sus cr1neos.

Luego se hizo el silencio, s3lo turbado por sus respiraciones amortiguadas.

Cada sesi3n era diferente. Esta vez, todos hab3an sido penetrados por una energ3a procedente del techo. Una energ3a lejana y capaz, sin embargo, de atravesar la roca hasta tocarlos.

La *Enciclopedia* conten3a un pasaje que evocaba ondas c3smicas de puntos culminantes tan espaciados que pod3an perforar cualquier materia, incluidas las aguas y las arenas.

Jas3n Bragel percibi3 en su cuerpo energ3as diversas, todas ellas representadas por sonidos. Al principio, hab3a una energ3a de base, U. Se ramificaba en dos sub-energ3as: A y WA, que a su vez se descompon3an en otros cuatro sonidos, WO, WE, E, O. Que tambi3n se divid3an en otros ocho, y luego en dos, para terminar en las tonalidades I y WI. En total, cont3 diecisiete, agrupadas en forma de pir1mide a la altura de su plexo solar.

Tales sonidos formaban una especie de prisma que, al recibir la luz blanca-sonoridad OM, la descompon3a en todos sus colores primitivos.

Concentraci3n. Expansi3n.

Respiraban los colores y los sonidos.

Inspiraci3n. Expiraci3n.

Los comunicantes no eran m1s que diecise3s prismas tranquilos, llenos de sonidos y de luces.

Nicol1s los observ3, burl3n.

140. Publicidad

«Con el buen tiempo, cucarachas, hormigas, mosquitos y arañas proliferan en nuestras casas y jardines. Hay una solución para que usted se libre de ellos: los polvos **KRAK KRAK**.

»¡Con *Krak Krak*, tendrá tranquilidad todo el verano! Su factor deshidratante reseca los insectos hasta que se rompen como cristal fino.

»*Krak Krak* en polvo. *Krak Krak* en spray. *Krak Krak* en incienso.

»¡***Krak Krak* es la salubridad!**»

141. Un río

La hoja de miosotis de 103 va ganando velocidad poco a poco. El barco insecto avanza recto, surcando los vapores a ras de agua, alzando incluso su proa cuando delante de él se forma una espuma blanca. A su alrededor se distinguen otros cien navíos llenos de antenas y mandíbulas. Dos mil cruzadas sobre cien hojas de miosotis forman una vasta flotilla.

El liso espejo del río se perturba lleno de olas.

Unos mosquitos despertados por los esquifes moxiluxianos vuelan refunfuñando en su habla mosquita.

En la parte delantera del navío, la termita nasutiterme situada en la proa indica a otra termita el camino mejor. Esta última transmite luego las órdenes a los ditiscos emitiendo sus feromonas en el agua.

Hay que evitar los remolinos, las rocas que afloran e incluso las algas lenticulares que lo bloquean todo.

Sus frágiles esquifes se deslizan sobre el río tranquilo y lacado.

El silencio sólo queda roto por los remolinos glaucos de las patas de los ditiscos trabajando en el agua. Encima de ellos, un sauce llorón derrama todas sus largas hojas.

103 mete sus ojos y sus antenas bajo el agua. Allí abajo pulula la vida. Descubre toda clase de animales acuáticos divertidos, sobre todo dafnias y cíclopes. Estos minúsculos crustáceos rojos se agitan en todas direcciones. Todos los que se acercan a los ditiscos son aspirados por estas fieras.

Por lo que se refiere a 9, observa que también encima de ellos hay abundante vida... Un banco de renacuajos se abalanza hacia ellas saltando a ras de las olas.

¡Cuidado, renacuajos!

Su piel negra brilla, y corren a gran velocidad contra la flotilla de insectos.

¡Los renacuajos, los renacuajos!

Se transmite esa información a todos los barcos termitas. Los ditiscos reciben la orden de acelerar la cadencia de sus brazadas. Las hormigas no tienen que hacer nada, sólo se les exige aferrarse bien a los pelos de las hojas.

¡Nasutitermes, a vuestros puestos de combate!

Las termitas con cabeza en forma de pera apuntan su cuerno al nivel de las olas.

Un renacuajo se abalanza y muerde la hoja de miosotis del barco de 24. Éste desvía su trayectoria. Se ve atrapado en un remolino y empieza a dar vueltas.

Otro renacuajo carga contra el barco de 103.

9 apunta contra él y le dispara a quemarropa. Está tocado, pero, en un último reflejo, aquel animal oscuro y viscoso salta un poco más sobre la hoja y empieza a luchar, golpeando la superficie de la hoja con su larga cola negra. Las dos, hormiga y

termita, son barridas y caen al agua.

Otro barco repesca a tiempo a 9 y a 103.

Varias hojas más de miosotis son hundidas por los renacuajos. Hay casi mil ahogadas.

Es entonces cuando intervienen por segunda vez «Gran Cuerno» y sus escarabeidos. Desde el inicio de la travesía, revoloteaban por encima de la flotilla. Cuando vieron a los renacuajos volcar las hojas de miosotis y abalanzarse sobre las ahogadas, cargan en picado, perforan de lado a lado a los jóvenes batracios húmedos y vuelven a subir antes de mojarse.

Algunos escarabajos se ahogan en esa peligrosa acrobacia, pero la mayoría remonta el vuelo, con el cuerno ensartado en renacuajos palpitantes que dan latigazos al aire con su larga cola negra y húmeda.

Esta vez los renacuajos se retiran.

Se corre en ayuda de los náufragos. No quedan más que cincuenta barcos llenos hasta reventar de un buen millar de cruzadas. El navío de 24 —que se había perdido durante la batalla— se une a grandes brazadas al conjunto de la flotilla.

Finalmente resuena el grito feromonal que todos esperaban.

¡Tierra a la vista!

142. Un punto verde en la noche

La exaltación estaba llegando a su punto máximo.

—A la derecha. Despacio, despacio. Otra vez a la derecha. Luego a la izquierda. Todo recto. Aminore la marcha. Siga todo recto —pidió el comisario Méliés.

Laetitia Wells y Jacques Méliés se agitaban en el asiento posterior, ansiosos por conocer el desenlace de su investigación.

El taxista obedecía resignado.

—Si esto sigue así, se me va a calar el motor.

—Se diría que se dirigen hacia las lindes del bosque de Fontainebleau —dijo Laetitia retorciéndose las manos de impaciencia.

Bajo la luz blanca de la luna llena, al final de la calle, se dibujaban ya las copas de los árboles.

—¡Más despacio, más despacio!

Por detrás, unos automovilistas furiosos tocaban el claxon. Nada más molesto para la circulación que una carrera-persecución en primera. Para los que no participan en ella, más valdría que se desarrollase a tumba abierta.

—Otra vez a la izquierda.

El chofer suspiró, filósofo.

—¿No irían mejor a pie? Además, a la izquierda está prohibido.

—No importa. ¡Policía!. —¡Ah, bueno, como usted mande!

Pero el paso quedaba obstruido por vehículos que venían en sentido contrario. La hormiga impregnada de sustancia radiactiva estaba ya en el límite de la zona de percepción. La periodista y el comisario saltaron en marcha del coche, pero a esa velocidad no resultaba realmente peligroso. Méliés lanzó un billete sin preocuparse por recoger el cambio. Sus clientes se habían mostrado tal vez algo extraños, pero, en cualquier caso, no eran tacaños, pensó el chofer dando marcha atrás a duras penas.

Habían recuperado la señal. La Manada avanza, efectivamente, hacia el bosque de Fontainebleau.

Jacques Méliés y Laetitia Wells llegaron a una zona de pequeñas y míseras casas iluminadas por unas farolas. En las calles de aquel barrio pobre no había nadie. No había nadie, pero, en cambio, había muchos perros que ladraban con furia a su paso. En su mayoría se trataba de grandes pastores alemanes degenerados a fuerza de cruces consanguíneos que se consideraban buenos para preservar la calidad de su raza. Cuando veían a alguien en la calle, empezaban a ladrar y a saltar contra las verjas.

Jacques Méliés tenía mucho miedo, su fobia contra los lobos le nimbaba de una nube de feromonas de pánico que los perros olían. Esto les daba más ganas de morderle.

Algunos saltaban intentando traspasar las barreras. Otros pretendían cortar con sus colmillos las empalizadas de madera.

—¿Le dan miedo los perros? —preguntó la periodista al comisario, que se había puesto lívido—. Domínese, no es el momento de abandonarse. Se nos van a escapar las hormigas.

Justo en ese momento un gran pastor alemán empezó a ladrar con más fuerza que los demás. Con los molares mordía una empalizada y llegó a seccionar una tabla. Sus enloquecidos ojos giraban. Para él, alguien que emitía tantos olores de miedo era una verdadera provocación. Aquel pastor alemán ya había topado con niños espantados, con abuelas que aceleraban el paso de forma significativa, pero nadie había olido nunca con tanta fuerza a víctima expectante.

—¿Qué le pasa, comisario?

—No..., no puedo avanzar.

—No diga tonterías, sólo es un perro.

El pastor alemán seguía mordiendo con furia la empalizada. Una segunda tabla fue triturada. Los dientes brillantes, los ojos rojos, las orejas negras puntiagudas: para la mente de Méliés aquello era un lobo rabioso. El que estaba en el fondo de su cama.

La cabeza del perro logró pasar entre las tablas. Luego una pata, después todo el cuerpo. Estaba fuera y corría muy deprisa. El lobo rabioso estaba fuera. No había ninguna pantalla entre los dientes puntiagudos y la tierna garganta.

No había ya ninguna barrera entre la bestia salvaje y el hombre civilizado.

Jacques Méliés se puso blanco como una sábana y no se movió.

Laetitia se interpuso justo a tiempo entre el perro y el hombre. Clavó en el animal una mirada violeta, fría, que emitía: «No te tengo miedo.»

Ella permanecía allí, con la espalda recta y los hombros separados, en la posición de quien está seguro de sí mismo, en la posición y con la mirada dura que en otros tiempos había tenido el domador en la perrera cuando enseñaba al pastor alemán a defender una casa.

Bajando el rabo, el animal dio media vuelta y perezosamente regresó a su cercado.

La cara de Méliés todavía estaba pálida y temblaba de miedo y de frío. Sin pensar, como hubiera hecho con un niño, Laetitia le tomó en sus brazos para tranquilizarle y calentarle. Le estrechó dulcemente contra ella hasta que sonrió.

—Estamos en paz. Yo le he salvado del perro y usted me salvó de los hombres. Como ve, tenemos necesidad el uno del otro.

—¡Pronto, la señal!

El punto verde estaba saliendo casi del marco del aparato. Corrieron hasta que retornó al centro del círculo.

Se sucedían las casitas, todas semejantes, con placas, a veces, sobre las puertas:

«Sam'suffit» o «Do mi si la do re». Y en todas partes perros, parterres de césped mal cuidados, buzones por los que asomaban prospectos, cuerdas de ropa llenas de pinzas, mesas de ping-pong estropeadas, y, aquí y allá, una caravana oscilante. Único rastro de vida humana: la claridad azul de los televisores en las ventanas.

La hormiga radiactiva galopaba bajo sus pies, por las alcantarillas. El bosque estaba cada vez más cerca. El policía y la periodista seguían la señal.

De buenas a primera torcieron en una calle semejante a las demás del barrio. «Calle Phoenix», indicaba la placa. No obstante, entre los edificios empezaron a vislumbrarse algunos comercios. En un *fast-food*, cinco adolescentes rumiaban ante unas cervezas de 6 grados. En la etiqueta de las botellas se podía leer «Cuidado: todo abuso puede ser peligroso.» La misma inscripción figuraba en los paquetes de cigarrillos. El Gobierno tenía previsto pegar pronto etiquetas similares sobre los pedales del acelerador de los coches y en las armas de venta libre.

Pasaron por delante del supermercado «Templo del Consumo» y del café «La cita con los Amigos» antes de detenerse ante una tienda de juguetes.

—Acaban de pararse. Aquí.

Inspeccionaron el lugar. La tienda ofrecía un aspecto un tanto destartalado. El escaparate mostraba artículos llenos de polvo, como amontonados sin orden: conejos de peluche, juegos de mesa, coches en miniatura, muñecas, soldaditos de plomo, disfraces de cosmonauta o de hada, artículos de broma... Una guirnalda multicolor, anacrónica, parpadeaba por encima de aquel desorden.

—Están ahí. Están ahí, seguro. El punto verde ha dejado de moverse.

Méliés apretó la mano de Laetitia hasta casi romperla.

—¡Ya los tenemos!

En medio de su alegría, saltó sobre su cuello. De buena gana la habría besado, pero ella le rechazó.

—Conserve su sangre fría, comisario. El trabajo no ha terminado.

—Están ahí. Mire usted misma, la señal sigue activa pero ya no se desplaza.

Ella movió la *cabeza*, y alzó los ojos. En el escaparate de la tienda estaba escrito en gruesas letras de neón azules: «Casa Arthur, el rey del juguete».

143. En Bel-O-Kan

En Bel-o-kan, un moscardón mensajero informa a Chli-pu-ni.

Han llegado al río.

Lo cuenta con todo detalle. Tras la batalla contra las legiones volantes de la colmena de Askolein, la cruzada se perdió en la montaña, atravesó una cascada y luego se entregó a una gran batalla contra un nuevo termitero, a orillas del río Cometodo.

La soberana anota las informaciones en una feromona memoria.

Y ahora, ¿cómo van a cruzar? ¿Por el subterráneo de Satei?

No, las termitas han domesticado unos ditiscos y los utilizan para arrastrar su flota de hoja de miosotis.

Chli-pu-ni se muestra muy interesada. Ella aún no ha conseguido domar perfectamente esos coleópteros acuáticos.

La enviada concluye con las malas noticias. Después han sido atacadas por renacuajos. Todas estas peripecias han diezmando las filas de las cruzadas. Ya no queda más que un millar de hormigas y hay en sus filas muchas heridas. Muy pocas tienen todavía sus seis patas intactas.

La reina no se preocupa demasiado. Incluso con algunas patas de menos, un millar de cruzadas, ahora ya ejercitadas, bastarán para matar a todos los Dedos de la Tierra, según dice. Evidentemente, no deberían sufrir nuevas pérdidas.

144. Enciclopedia

ACACIA CORNÍGERA: La cornígera es un arbusto que sólo puede convertirse en árbol adulto con una curiosa condición: que lo habiten las hormigas. En efecto, para desarrollarse necesita unas hormigas que le cuiden y le protejan. Por eso, para atraer a las mirmeceanas, el árbol se ha transformado, con el paso de los años, en un hormiguero viviente.

Todas sus ramas están huecas y, en cada una de ellas, está prevista una red de corredores y de salas únicamente para comodidad de las hormigas.

Más aún: en esos corredores viven a menudo pulgones blancos cuya miel hace las delicias de las obreras y de los soldados mirmeceanos. La cornígera proporciona, por tanto, refugio y techo a las hormigas que quieran hacerle el honor de instalarse en ella. A cambio, éstas cumplen sus deberes de huéspedes. Evacuan todas las cochinillas, pulgones exteriores, arañas y demás xilófagos que podrían llenar las ramas. Por la mañana, cortan con la mandíbula las hiedras y otras plantas trepadoras que querrían parasitar el árbol.

Las hormigas eliminan las hojas muertas, rasgan los líquenes, cuidan el árbol con su saliva desinfectante.

Rara vez se encuentra en la Naturaleza una colaboración tan lograda entre una especie vegetal y una especie animal. Gracias a las hormigas, la acacia cornígera se eleva la mayoría de las veces por encima de la masa de otros árboles que podrían hacerle sombra. La acacia domina sus cimas y capta directamente los rayos del sol.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

145. La isla de la cornígera

La niebla se dispersa, poniendo de manifiesto un extraño decorado. Una playa, arrecifes, acantilados de roca.

La nave termita más adelantada choca con una playa de musgos verdes. Aquí, flora y fauna no se parecen a nada conocido. Unos moscardones de olores pantanosos dan vueltas entre nubes de mosquitos y libélulas. Las plantas parece que acaban de ser colocadas, pues no tienen raíces. Sus flores son mezquinas, sus hojas gotean en mechas. Bajo las algas, el suelo es duro. Roída por la espuma, la roca está horadada por una multitud de alvéolos y parece un jirón de esponja negra.

Más allá, la tierra se vuelve más blanda, y en medio del terreno reina la joven acacia cornígera. Ha salido sin duda de una semilla que, zarandeada por los vientos, ha aterrizado por azar en esta isla. El agua, la tierra y el aire, esos tres elementos han bastado para dar vida al vegetal. Le falta, sin embargo, una aportación para continuar su crecimiento: las hormigas. En sus genes está inscrito desde siempre el matrimonio con las hormigas.

Lleva dos años esperándolas. ¡Hay tantas hermanas *cornígeras* que no han logrado tener ese encuentro cósmico! Ella, indirectamente, deberá ese feliz acontecimiento a los Dedos. A esos mismos Dedos que han grabado en su corteza «Gilíes ama a Nathalie», ¡esa cicatriz que tanto la hace sufrir!

De pronto 103 se estremece. Plantado en medio de la isla hay un objeto que le trae a la memoria recuerdos demasiado precisos. Aquella protuberancia..., sí, no puede ser casualidad. Es eso. La torre de cúpula redonda y llena de agujeros. La primera anomalía que descubrieron en el país blanco. Sin avisar a nadie, deja el grupo y palpa. Es duro, transparente, y en el interior hay un polvo blanco. Exactamente igual que la última vez.

Las soldados termitas se unen a ella. Contacto de antenas.

¿Qué ocurre? ¿Por qué ha abandonado el grupo?

103 explica que aquel objeto es algo muy importante.

Sí, muy importante, repite 23, ¡es un objeto esculpido por los dioses Dedos! Es un monolito divino.

Inmediatamente las deístas empiezan a modelar una estatua de arcilla semejante.

Las hormigas más agitadoras deciden permanecer varios días en aquel puerto de paz para recuperarse de las emociones del viaje, curar las heridas de las guerreras y reponer fuerzas.

Todas aceptan gustosas ese alto.

103 da algunos pasos e inmediatamente algo la sorprende. Sus órganos de Johnston sensibles a los campos magnéticos terrestres le hacen cosquillas.

¡Están sobre un nudo de Hartman!

¡Las cruzadas no están lejos de un nudo de Hartman!

Los nudos de Hartman son zonas de un magnetismo particular. Las hormigas no construyen por regla general sus nidos más que en esos puntos precisos. Se trata de cruces de líneas de campos magnéticos terrestres de iones positivos. Esos puntos son generadores de malestar para muchos animales —sobre todo para los mamíferos—, pero, para las hormigas son, por el contrario, garantía de comodidad.

Mediante aquellos puntitos de acupuntura perforados en la corteza terrestre, ellas pueden dialogar con su planeta madre, descubrir los manantiales de agua y detectar los temblores de tierra. Su ciudad queda de este modo conectada con el mundo.

103 busca el lugar preciso donde esas energías demuestran más fuerza. Descubre entonces que el nudo de Hartman está situado justo bajo el árbol cornífero.

Acompañada por 24 y por 9, empieza a recorrer inmediatamente el arbusto. Hay un lugar en que la corteza es más fina. Juntas recortan la cápsula protectora y desfloran la acacia cornífera. ¡Qué maravilla! Allí hay un hormiguero vacío, de limpieza impecable, y que parece estar esperándolas.

Se adentran por la raíz llena de salas que no piden otra cosa que ser ocupadas por hormigas. Algunas poseen cierto aire de arquitectura donde fácilmente se reconocen los graneros y una celda nupcial. Hay incluso establos donde ya se afanan pulgones blancos sin alas.

Las belokanianas inspeccionan la inesperada morada. Todas las ramas están huecas, y la savia circula por la delgada pared de los muros de aquella ciudad viviente.

El árbol desvirgado suelta sus perfumes resinosos más acogedores a modo de bienvenida al pueblo mirmeceano.

24 descubre, admirada, las sucesiones de salas vegetales. De emoción abre las mandíbulas y suelta el capullo de mariposa. Pero no olvida su deber, y lo recoge rápidamente.

Una vieja exploradora le dice que ese «nido-regalo» tiene un precio. Si quieren vivir allí, tienen que cuidar del árbol. Es una obligación permanente, hay que sentirse jardinera de corazón. Salen y la vieja guerrera le muestra un brote joven de cuscuta y le da la explicación.

La simiente de cuscuta se desarrolla en contacto con cualquier putrefacción. Entonces sale de tierra un tallo que estira y gira lentamente a la velocidad aproximada de dos vueltas por hora.

Cuando ese tallo ha encontrado un arbusto, deja morir sus raíces y desarrolla unas espinas-ventosas que se fijan y aspiran la savia del arbusto. La cuscuta es realmente el vampiro del mundo vegetal.

103 señala precisamente una de aquellas plantas que crecen no lejos del árbol cornífero. Da vueltas con tanta lentitud que da la impresión de un movimiento

natural impuesto por el viento.

24 saca sus mandíbulas más afiladas y se dispone a trocear la cuscuta.

No, emite 103. Si la cortas, cada punta se vuelve activa. Una cuscuta cortada en diez trozos es igual a diez cuscutas.

La hormiga asegura haber asistido a un fenómeno bastante sorprendente. Dos trozos de cuscutas plantados uno junto al otro daban vueltas en busca de un arbusto al que vampirizar. Como no lo encontraban, se enrollaron la una en la otra y se chuparon mutuamente la savia hasta que las dos murieron.

¿Qué se puede hacer entonces? Si la dejamos crecer, terminará por dar con el cornífero y se enrollará en su tronco, señala 24.

Hay que desarraigarla y tirarla inmediatamente al agua.

Dicho y hecho. Las hormigas aprovechan para eliminar todas las demás plantas que podrían resultar nocivas para la acacia. Luego expulsan todos los gusanos, pequeños roedores y cochinillas que andan por los alrededores.

En cierto momento, oyen un tic-tac regular. Es un coleóptero carcoma, un animal que agujerea a golpes regulares la madera.

Le responde un segundo tic-tac.

¡Es una carcoma macho que llama a su hembra!, indica una termita que ha tenido que enfrentarse a menudo con esos competidores. En efecto, los golpes parecen responderse como si se tratara de un canto con dos tam-tams.

Los descubren fácilmente, y luego degustan a los Romeo y Julieta carcomas.

Cuando uno ha elegido su campo, hay que hacer frente común contra los enemigos comunes.

Las cruzadas se instalan para pasar la noche en el árbol que es una ciudad.

Todas descubren maravilladas la cornígera hueca.

Comen en la cripta de la más ancha de las ramas.

Hormigas, termitas, abejas y pequeños escarabajos celebran su trofalaxia. Ordeñan a los pulgones y reparten su melazo azucarado. Luego, como en cada campamento, vuelven al eterno tema de los Dedos, objeto de su periplo.

Los Dedos son dioses, afirma una deísta belokaniana.

¿Dioses? ¿Qué son los dioses?, pregunta una termita moxiluxiana.

24 les explica que los dioses son potencias que lo dominan todo.

Las abejas, las moscas y las termitas descubren con estupor que en el seno mismo de la cruzada existen hormigas que veneran a los dioses hasta el punto de creerlos en el origen del mundo.

Prosiguen los debates. Cada cual quiere exponer su punto de vista.

Los Dedos no existen.

Los Dedos vuelan.

No, los Dedos se arrastran.

Pueden andar bajo el agua.

¡Se alimentan de carne!

No, son herbívoros.

No se alimentan de nada y viven de una reserva de energía que poseen desde su nacimiento.

Los Dedos son plantas.

No, son reptiles.

Los Dedos son numerosos.

Debe haber todo lo más diez o quince que recorren el planeta en rebaños de cinco.

Los Dedos son inmortales.

Nada de eso, hemos matado a uno hace unos días.

¡No era realmente un Dedo!

¡Ah!, ¿entonces qué era?

Los Dedos son inatacables.

Los Dedos tienen nidos de cemento como las avispas.

No, duermen en los árboles como los pájaros.

¡No hibernan!

Alto, tampoco hay que exagerar. Los Dedos hibernan forzosamente. Todos los animales hibernan.

Los Dedos se alimentan de madera porque una termita ya ha visto ciertos árboles horadados de forma extraña.

No, los Dedos se alimentan de hormigas.

Los Dedos no se alimentan, viven de una reserva de energía que tienen desde su nacimiento, ya os lo he explicado hace un momento.

Los Dedos son rosas y redondos.

También pueden ser negros y planos.

El debate prosigue. Deístas y no deístas se enfrentan. Con sus teorías insensatas, 24 y 23 exasperan a 9.

Hay que matar a toda esta chusma antes de que contamine a otras cruzadas, asegura, tomando a 103 por testigo del riesgo que representan esas enemigas del interior.

La soldado agita sus antenas.

No. Dejémoslas. Forman parte de la diversidad del mundo.

9 se queda perpleja. Es extraño, desde el principio de aquella cruzada, todas tienen la impresión de estar cambiando. Las hormigas discuten ahora sobre temas abstractos. Experimentan cada vez más emociones, más miedos. ¿Estarán afectadas las rojas por una epidemia de «enfermedad de estados de ánimo»? ¿O estarán volviéndose menos hormigas?

Delante de ellas tienen monstruos a los que enfrentarse y, en cambio, se quedan allí, discutiendo. Más vale dormir. El árbol cornífero, feliz como sólo saben serlo los árboles, será el guardián de su sueño.

Fuera, los sapos de medianoche berrean por no poder deleitarse con aquella masa de insectos protegidos por su castillo de fibra y de savia.

Todas las cruzadas se han dormido, salvo las hormigas zombis, condicionadas por las duelas del hígado, que salen en fila para trepar a lo alto de una hierba y esperar a que las coman. Pero no hay el menor cordero en aquella isla. Por la mañana, después de olvidar su escapada, se unirán a sus compañeras.

Quinto arcano



El señor de las hormigas

146. Deísta

Las rebeldes bajan a toda velocidad por los corredores de la Ciudad. Nunca conseguirán llevar a esta hormiga cisterna hasta el doctor Livingstone. Varias se sacrifican para entretener a la guardia federal.

Los disparos de ácido estallan. Una deísta se derrumba y luego otra.

Las supervivientes van siendo empujadas hacia la sala de las chinches de las camas. Pero antes de que perezcan todas, Chli-pu-ni quiere saber. Ordena que le traigan a su presencia a una de aquellas fanáticas.

¿Por qué hacéis esto?, le pregunta.

Los Dedos son nuestros dioses.

Siempre la misma cantinela. La reina Chli-pu-ni agita pensativa sus antenas. Desde hace poco, por razones desconocidas, el movimiento rebelde experimenta un nuevo auge. Según las espías de la reina, hace unas semanas apenas eran una docena, y ahora son ya un centenar.

Hay que intensificar la persecución de las rebeldes. Ahora son demasiado peligrosas.

147. La tienda de juguetes

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Laetitia Wells.

—Vamos dentro —decretó Jacques Méliés con seguridad.

—¿Cree que nos dejarán entrar?

—Bueno, no pensaba llamar a la puerta. Entremos por la ventana de la fachada. Si a alguien se le ocurre protestar, le presentaré una orden de registro. Siempre llevo una falsa encima.

—¡Bonita mentalidad! —Protestó la periodista—. La verdad es que no hay mucha diferencia entre policía y delincuentes.

—Con sus amables escrúpulos y sus buenos sentimientos nunca acabaremos con los criminales. ¡Vamos!

Demasiado curiosa para poner mala cara, Laetitia siguió al comisario cuando éste escaló la pared ayudándose del canal de desagüe de las aguas de lluvia.

Los humanos avanzan con dificultad sobre las superficies verticales. Se despellejaron las manos y estuvieron a punto de caerse varias veces antes de llegar a la terraza. Por suerte, la casa sólo tenía un piso situado directamente debajo del tejado.

Recuperaron el aliento. El punto verde seguía allí, inmóvil en el centro de la pantalla. Laetitia y Méliés debían estar ahora a cinco o seis metros de las hormigas asesinas. La puerta-ventana del balcón estaba entreabierta. Entraron.

Con su linterna de bolsillo, el comisario iluminó un vulgar dormitorio, con su gran cama cubierta por una colcha roja, un armario normando y, aquí y allá, sobre el papel floreado de las paredes, reproducciones de paisajes de montaña. La habitación desprendía un aroma a lavanda mezclado a naftalina.

Daba a un salón estilo «Supermercado del Mueble», con sus sillones de patas torneadas y su lámpara con colgantes. Una nota de originalidad: una colección de frascos de perfumes orientales sobre una consola.

Algo más lejos distinguieron una luz. Abajo debía haber alguien que cenaba en una cocina, con los ojos clavados en un televisor.

Méliés contempló su propia pantalla.

—Las hormigas están ahora encima de nosotros —cuchicheó—. O sea que tiene que haber un desván.

Buscaron una trampilla en el techo. En el corredor del cuarto de baño descubrieron una escalera dirigida hacia un desván donde sorprendieron la claridad de una lámpara.

—Subamos —dijo Méliés, desenfundando el revólver.

Desembocaron en una curiosa buhardilla. En el centro había un terrario semejante al de Laetitia, pero diez veces mayor. De aquel gigantesco acuario salían unos tubos

que conectaban con un ordenador, enchufado a su vez a una multitud de frascos multicolores. A la izquierda, otros instrumentos de informática, un jergón, un microscopio, un revoltijo de cables eléctricos y de transistores. «El antro del sabio loco», pensaba la joven cuando un grito resonó a sus espaldas.

—¡Arriba las manos!

Se volvieron despacio. Al principio vieron un fusil de cañón ancho apuntándoles. Luego, encima del fusil, una cara sorprendentemente familiar. ¡Hacía tiempo que conocían al flautista de Hamelín!

148. Enciclopedia

BOMBARDERO: Los cárabos bombarderos (*Brachynus creptians*) están dotados de un «fusil orgánico». Si les atacan, sueltan humo seguido de una detonación. La produce el insecto asociando dos sustancias químicas que emanan de dos glándulas distintas. La primera libera una solución que contiene un 25% de agua oxigenada y un 10 % de hidroquinona. La segunda fabrica una enzima, la peroxidada. Al mezclarse en una cámara de combustión, esos jugos alcanzan la temperatura del agua hirviendo, 100 °C, de donde se produce el humo y luego un chorro de vapor de ácido nítrico: de ahí la detonación.

Si uno acerca la mano a un cárao bombardero, su cañón proyectará inmediatamente una nube de gotas rojas, ardientes y muy olorosas. El ácido nítrico provocará ampollas en la piel.

Estos coleópteros saben apuntar orientando su ápice abdominal flexible donde se opera la mezcla detonante. De este modo pueden dar en un blanco a varios centímetros de distancia. Si fallan, el ruido de la detonación bastará para hacer huir a cualquier asaltante.

Un cárao bombardero tiene, por regla general, tres o cuatro salvas de reserva. Ciertos entomólogos han descubierto, sin embargo, especies capaces de disparar veinticuatro tiros seguidos cuando se les estimula. Los cárabos bombarderos son de color naranja y azul plateado. Y fáciles de descubrir. Es como si, armados con su cañón, se sintiesen invulnerables hasta el punto de ponerse ropas muy vistosas. En líneas generales, todos los coleópteros que despliegan colores chillones y élitros con grafismos centelleantes disponen de un «*gadget*» de defensa que les permite alejar a los curiosos.

Nota: sabiendo que el animal es delicioso para el paladar a pesar de ese «*gadget*», los ratones saltan sobre los cárabos bombarderos y les hunden inmediatamente el abdomen en la arena antes de que la mezcla detonante tenga tiempo de funcionar. Los tiros se pierden entonces en la arena y cuando el insecto ha gastado todas sus municiones, el ratón lo devora empezando por la cabeza.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

149. Una mañana gloriosa

24 se despierta, anidada en el hueco de una fina rama de la acacia cornígera. Por todo el lateral de la rama, distingue pequeños agujeros semejantes a ojos de buey y destinados a airear las celdas. Perfora la membrana del tabique del fondo y descubre una sala preparada para acoger una guardería. Las otras hormigas siguen durmiendo todavía. 24 sale a caminar un poco.

Los pecíolos de la cornígera son portadores de distribuidores de néctar para adultos y de corpúsculos «potitos» para larvas. Estos alimentos están llenos de proteínas y de cuerpos grasos perfectamente adaptados a la nutrición de hormigas de todas las edades.

Los acantilados crepitan bajo el asalto de las primeras olitas. El aire está perfumado de acres aromas mentolados y de tufos almizclados.

En la playa, un sol rojizo ilumina la superficie del río sobre la que patinan unos garapitos. Una ramita de madera seca sirve de escollera. 24 avanza por ella y, a través de las aguas transparentes, distingue sanguijuelas y larvas de mosquitos en espesos racimos.

24 sube hacia el norte de la isla. Una multitud de lentejas de agua, como un césped de granulados verdes y redondos del que a veces emergen los dos ojos globulosos de una rana, acarician el borde del acantilado. Más allá, en una bahía, blancos nenúfares de puntas malva se han abierto a las siete de la mañana para no cerrarse hasta el final de la tarde. El nenúfar posee un poder calmante célebre en el mundo de los insectos. En períodos de hambre, llegan a comer incluso su rizoma, muy rico en almidón.

La Naturaleza siempre piensa en todo, se dice 24 para sus adentros. Siempre hay un remedio cerca del mal. Por eso, en las orillas de las aguas estancadas crecen sauces llorones cuya corteza contiene el ácido salicílico —principal componente de la aspirina— que cura las enfermedades que se cogen en esos lugares insalubres.

La isla es pequeña. 24 ya ha llegado a la orilla este. El lugar está adornado con plantas anfibias cuyo tallo se hunde en el agua. Sagitarias, centinodias y ranúnculos crecen, añadiendo pinceladas de color violeta o blanco a aquel mundo de verdor.

Parejas de libélulas revolotean por encima de ella. Los machos tratan de colocar sus dos sexos en unión con el extremo del abdomen; y, por su parte, la hembra tiene un sexo detrás de la cabeza y otro en el extremo del abdomen. Para que todo funcione es preciso que los cuatro sexos estén unidos en el mismo momento, lo cual requiere complejas acrobacias.

24 prosigue su visita a la isla.

Al Sur, las plantas palustres han arraigado directamente en tierra. Hay allí cañas, juncos, iris y mentas. De pronto, entre los bambúes, surgen dos ojos negros. Los ojos

miran a 24. Avanzan. Pertenecen a una salamandra. Es una especie de lagarto cuyo vestido negro lleva listas amarillas y naranjas. Su cabeza es redonda y plana, su espalda está recorrida por verrugas grises, últimos vestigios de las puntas de su antepasado dinosaurio. El animal se acerca. A las salamandras les gustan los insectos pero son tan lentas que, la mayoría de las veces, sus presas escapan antes de que hayan podido cogerlas. Por eso tienen que esperar a que la lluvia las mate para luego apoderarse de ellas.

24 galopa hacia el refugio de la acacia.

¡Alerta!, grita en lenguaje olfativo, *¡una salamandra, una salamandra!*

Los abdómenes apuntan a través de las troneras del árbol. Disparan una metralla de ácido que alcanza fácilmente su objetivo poco veloz. Pero la salamandra está a cubierto de los disparos bajo su espesa piel oscura. Las hormigas que se le echan encima para traspasarla mejor con sus mandíbulas mueren al punto, víctimas del humor altamente tóxico que recubre la piel de la salamandra. Así es como, a veces, un lento puede vencer a los rápidos.

Segura de su invulnerabilidad, la salamandra adelanta tranquilamente su pata hacia una rama llena de artilleras. Y... se pincha con una espina de la acacia cornígera. Sangra, examina su herida con espanto y va a esconderse entre los juncos. Lo inmóvil ha derrotado a lo lento.

Todas las inquilinas del árbol le felicitan como si se tratara de un animal llegado para defenderlas de un depredador. Le quitan los últimos parásitos que hay entre sus ramas y le inyectan algunos gramos de abono cerca de las raíces.

Con el calor de la mañana, que va aumentando, cada cual se dedica a sus ocupaciones. Las termitas empiezan a agujerear un trozo de leña arrastrado por el río. Las moscas se entregan a su parada sexual. Cada especie limpia su terreno preferido. La isla de la cornígera les ofrece todas las provisiones necesarias y las aísla de los depredadores.

El río es rico en alimentos: tréboles de agua cuyo jugo oprimen las hormigas hasta obtener una cerveza abundante en azúcar, miosotis de las charcas, saponarias que desinfectan las heridas, cáñamo de agua cuyos aguijones retienen peces que proporcionan a las rojas una carne nueva.

Bajo las nubes de mosquitos y libélulas, cada hormiga se apresta a gozar de aquella vida insular, lejos de las tareas rutinarias de las grandes ciudades.

Se oye un gran estrépito. Son dos lucanos ciervos volantes machos que pelean.

Los dos grandes escarabajos dotados de pinzas y cuernos afilados giran el uno alrededor del otro y luego se aferran con sus mandíbulas súper desarrolladas, se levantan en vilo y se derriban de espalda. Las placas de quitina chocan, los cuernos se golpean. Combate de lucha libre. Mucho polvo y ruido. Despegan y siguen dándose golpes en el cielo.

Todas las espectadoras están cansadas de asistir al magnífico duelo. Y entre la asistencia empiezan a crujir las mandíbulas, porque también ellas sienten ganas de golpear y pegarse.

El más grande va adquiriendo ventaja; el otro cae, patalea en el aire de espaldas. El lucano victorioso alza sus largas pinzas cortantes hacia el cielo en señal de triunfo.

103 ve en este incidente una señal. Sabe que las horas tranquilas sobre la isla de la cornígena están terminando. Los animales brincan de impaciencia por proseguir la cruzada. Si se quedan aquí, las justas sexuales, las riñas y las peloterías se sucederán, y las viejas rivalidades entre las especies saldrán a la superficie. La alianza se resquebrajará. Las hormigas lucharán contra las termitas, las abejas contra las moscas y los escarabajos contra los escarabajos.

Hay que canalizar esas energías destructoras hacia un objetivo común. Hay que proseguir la cruzada. Se habla de ello por todas partes. Toman la decisión de proseguir la marcha a la mañana siguiente con los primeros calores.

Por la noche, acurrucadas en el fondo de aquellas celdillas naturales, se habitúan a discutir de unas cosas y otras.

Hoy, una hormiga propone que, para que la cruzada tenga el relieve que merece, cada hormiga sustituya su número de puesta por un nombre, como hacen las reinas.

¿Un nombre...?

¿Por qué no...?

Sí, pongámonos nombres unas a otras.

¿Cómo me llamaríais vosotras?, pregunta 103.

Proponen llamarla «La que guía» o «La que ha vencido al pájaro», o «La que tiene miedo». Pero 103 decide que lo que más caracteriza su onda es la duda y la curiosidad. Su ignorancia es su principal orgullo. Desearía ser llamada «La que duda».

A mí me gustaría llamarme «La que sabe». Porque sé que los Dedos son nuestros dioses, anuncia 23.

Y a mí me gustaría que me llamen «La que es una hormiga», insiste 9, porque lucho por las hormigas y contra todos los enemigos de las hormigas.

Ya mí me gustaría que me llamen «La que...».

Antiguamente, «yo» o «a mí» eran expresiones tabúes. El hecho de que se den un nombre constituye en la práctica una necesidad de reconocerse, ya no en cuanto partes de un todo, sino en tanto que individualidades propias.

103 está nerviosa. Todo aquello no es normal. Se yergue sobre sus cuatro patas y pide que se renuncie a la idea.

Preparaos, salimos mañana temprano. Lo más temprano posible.

150. Enciclopedia

AUROVILLA: La aventura de Aurovilla (abreviatura de Auroravilla), en la India, cerca de Pondicherry, figura entre las experiencias más interesantes de comunidad humana utópica. Un filósofo bengalí, Sri Aurobindo, y una filósofa francesa, Mira Alfassa («Madre»), empezaron a crear allí en 1968 «el» pueblo ideal. Tendría la forma de una galaxia para que todo irradiase desde su centro redondo. Esperaban a gentes de todos los países. Acudieron esencialmente europeos en busca de un utópico absoluto. Hombres y mujeres construyeron generadores de viento, fábricas de objetos artesanales, canalizaciones, un centro informático, una fábrica de ladrillos. Implantaron cultivos en una región que, sin embargo, era árida. Madre escribió varios volúmenes relatando sus experiencias espirituales. Y todo fue bien hasta que unos miembros de la comunidad decidieron deificar a Madre en vida. Ella declinó al principio ese honor. Pero, muerto Sri Aurobindo, ya no había nadie lo bastante poderoso a su lado para apoyarla. No pudo resistir por más tiempo a sus adoradores.

La emparedaron en su habitación y decidieron que, dado que Madre se negaba a convertirse en diosa en vida, sería una diosa muerta. ¡Tal vez ella no había tomado conciencia de su esencia divina, pero eso no impedía que fuese una diosa!

Las imágenes de las últimas apariciones de Madre la muestran postrada y como bajo el efecto de un shock. Cuando trata de hablar de su encarcelamiento y del trato que le infligen sus adoradores, éstos le cortan la palabra y la devuelven a su habitación. Madre se convierte poco a poco en una vieja dama arrugada por las pruebas que le imponen día tras día quienes pretenden venerarla.

De todos modos, Madre conseguirá transmitir clandestinamente un mensaje a unos amigos de otro tiempo: tratan de envenenarla para poder convertirla en una diosa muerta y, por tanto, más fácilmente adorable. La llamada de socorro resultará vana. Quedarán excluidos inmediatamente de la comunidad todos aquellos que intenten ayudar a Madre. Último medio de comunicación: entre sus cuatro paredes, tocó el órgano para expresar su drama.

No consiguió nada. Víctima probablemente de una fuerte dosis de arsénico, Madre murió en 1973. Aurovilla le rindió funerales de diosa.

Pero, desaparecida ella, no quedaba nada para cimentar la comunidad, que se dividió. Sus miembros se enfrentaron entre sí. Olvidando la utopía de un mundo ideal, se llevaron unos a otros ante los tribunales y numerosos

procesos sembraron la duda sobre una de las experiencias comunitarias humanas que, durante cierto tiempo, había sido una de las más ambiciosas y más logradas.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

151. Nicolás

Luchad hasta el final.

Sabía que al movimiento deísta, despiadadamente perseguido por Chli-pu-ni, le costaba recuperar su segundo aliento. Para ser eficaz, un dios debe mostrarse capaz de adaptar su discurso a la actualidad del momento. Aprovechando el sueño del conjunto de la comunidad subterránea, Nicolás Wells se había instalado ante la máquina de traducir. Durante un momento había buscado inspiración, y luego se había puesto a teclear como si fuera un joven Mozart de salón. Y no es que produjera músicas, producía sinfonías de perfumes, capaces de transformarle en divinidad.

Luchad hasta el final.

Lanzad misiones de ofrendas, cueste lo que cueste. Porque no nos habéis alimentado suficientemente, ahora conoceréis el sufrimiento y la muerte.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son dioses.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son grandes.

Los Dedos lo pueden todo porque los Dedos son poderosos.

Ésa es la ver...

—Nicolás, estás levantado, ¿qué haces? ¿No duermes?

Jonathan Wells estaba detrás de él y avanzaba frotándose los ojos y bostezando.

Pánico. Nicolás Wells quiso apagar la máquina pero se equivocó de botón. En lugar de cortar la corriente, aumentó la intensidad luminosa de la pantalla.

Una sola ojeada bastó a Jonathan para adivinarlo todo. No había terminado de decir la última frase cuando ya lo había comprendido.

Su hijo se hacía pasar por el dios de las hormigas para obligarlas a alimentarles.

Los ojos de Jonathan se abrieron desmesuradamente. En un momento dedujo todas las implicaciones de aquel subterfugio.

¡NICOLÁS HA VUELTO RELIGIOSAS A LAS HORMIGAS!

Permaneció un instante desconcertado por aquel descubrimiento que le pasmaba. Nicolás no sabía qué hacer. Se precipitó hacia su padre.

—Debes comprenderlo, papá, lo he hecho para salvarnos, para que nos alimenten...

Jonathan Wells estaba asustado.

Nicolás balbuceó.

—He pretendido enseñar a las hormigas a venerarnos. Después de todo, estamos aquí abajo por ellas, y ellas son las que deben sacarnos de aquí. Y resulta que ya no nos traían alimento, que nos abandonaban, que nos moríamos de hambre. Era preciso

que alguien reaccionase e hiciese algo. Entonces me puse a pensar y encontré la solución. Nosotros somos mil veces más inteligentes que las hormigas, mil veces más fuertes, mil veces más grandes. Cualquier persona, por miserable que sea, es un gigante para estos animales. Si nos tomaban por dioses, no nos dejarían morir. Por tanto, he formado hormigas deístas y estáis comiendo un poco de miel y hongos gracias a mí. Yo, Nicolás, de doce años, os he salvado a vosotros, a los adultos, que os estabais convirtiendo en insectos.

Jonathan Wells no dudó. Dos sonoras bofetadas imprimieron cinco Dedos rojos en las mejillas de su hijo. El ruido despertó a los demás. Todo el mundo captó en un abrir y cerrar de ojos el problema.

—¡Nicolás...! —exclamó Abuela Augusta estupefacta.

Nicolás estalló en sollozos. Los mayores no comprendían nada. Bajo la mirada helada de sus padres, el dios vengativo se transformó en un chiquillo llorón.

Jonathan Wells alzaba de nuevo la mano para castigarle. Su mujer le detuvo.

—No. Que no haya violencia en este lugar. ¡Nos ha costado mucho desterrarla!

Pero Jonathan estaba fuera de sí.

—Ha abusado de sus prerrogativas de ser humano. ¡Ha introducido la noción de «dios» en la civilización hormiga! ¿Quién puede prever las consecuencias de un acto así? Las guerras de religión, la Inquisición, el fanatismo, la intolerancia... Y todo esto, por culpa de mi hijo.

Lucie predicó la indulgencia.

—Es culpa de todos.

—¿Cómo se puede reparar esa metedura de pata? —Suspiró Jonathan—. No veo ninguna solución.

Lucie cogió a su marido por los hombros.

—La hay. Hay una que me salta a la vista. Habla con tu hijo.

152. Nacimiento de la Comunidad Libre del Cornígero (CLC)

Alba. También esta mañana, 24 contempla el horizonte lleno de vapores.

Sol, álzate.

Y el sol la obedece.

Completamente sola en la punta de una ramita, 24 mira la belleza del mundo y medita. Si existen, los dioses no tienen necesidad de encarnarse en Dedos. No tienen que transformarse en animales gigantes y monstruosos. Al contrario, están allí. En aquellas suaves golosinas que el árbol ha producido para atraer a las hormigas. En las corazas resplandecientes de los escarabajos. En el sistema de refrigeración del termitero. En la belleza del río y en el perfume de las flores, en la perversidad de las chinches y en los cromos de las alas de mariposa, en la deliciosa miel del pulgón y en el mortal veneno de la abeja, en las montañas tortuosas y en el río plácido, en la lluvia que mata y el sol que reanima.

Como a 23, le gusta creer que una fuerza superior rige el mundo. Pero acaba de comprender que esa fuerza está en todas partes y en todo. ¡No la encarnan los Dedos únicamente!

Ella es dios, 23 es dios y los Dedos son dioses. No hay necesidad de buscar más lejos. Todo está allí, al alcance de la antena y de la mandíbula.

Recuerda la leyenda mirmeceana que le contó 103. Ahora la comprende en su totalidad. *¿Cuál es el mejor momento? ¡Ahora! ¿Qué es lo mejor que hay que hacer? ¡Preocuparse por lo que hay delante de una! ¿Cuál es el secreto de la felicidad? ¡Caminar sobre la Tierra!*

Y 24 se levanta.

¡Sol, álzate más arriba todavía y vuélvete blanco!

Y, una vez más, el sol, dócil, obedece.

24 camina y suelta su capullo. No tiene que buscar más. Lo ha comprendido todo. Ya no hay necesidad de continuar la cruzada. Siempre se ha extraviado porque no encontraba su sitio. Ahora sabe que su sitio está aquí. Lo que debe hacer es acondicionar la isla, y su única ambición consiste en aprovechar cada segundo como un don de vida milagroso.

Ya no tiene miedo a la soledad. Y tampoco tiene miedo a las otras. Cuando una está en su sitio, no se tiene miedo a nada.

24 corre en busca de 103.

La encuentra reparando los barcos miosotis con saliva.

Contacto de antenas.

Le entrega el capullo.

No volveré a llevar este tesoro. Deberás llevarlo tú sola. Yo me quedo aquí. No tengo que probar nada, estoy cansada de combatir, estoy cansada de extraviarme.

Este discurso hace que todas las antenas de las hormigas presentes se levanten de sorpresa. 103, anonadada, coge el capullo de mariposa.

Le pregunta qué ocurre.

Los dos insectos se rozan con la punta de las antenas.

Me quedo aquí, repite 24. Aquí construiré una ciudad.

¡Pero si ya tienes Bel-o-kan, tu ciudad natal!

La joven hormiga admite de buen grado que Bel-o-kan es una federación grande y poderosa. Pero a ella no le interesan las rivalidades entre ciudades mirmeceanas. Está harta de aquellas castas que imponen a todas un papel desde el nacimiento. Quiere vivir lejos de ellas y lejos de los Dedos. Empezar desde cero. - *¡Pero estarás sola!*

Si hay otras que también quieran quedarse en la isla, serán bienvenidas.

Se acerca una roja. También ella está harta de la cruzada. No tiene nada ni a favor ni en contra de los Dedos. Le resultan indiferentes. Otras seis más opinan. También ellas se niegan a abandonar la isla.

A su vez, dos abejas y dos termitas deciden abandonar la cruzada.

Las ranas os devorarán, les advierte 9.

Ellas no lo creen. Con sus espinas, la acacia cornígera las protegerá de los depredadores.

Un coleóptero y una mosca se pasan al campo de 24. Luego diez hormigas más, cinco abejas y cinco termitas.

¿Cómo retenerlas?

Una roja señala que ella es deísta pero que, sin embargo también desea vivir aquí. 24 responde que, por lo que se refiere a los Dedos, su comunidad no tiene nada a favor ni en contra de las deístas. En la isla, cada cual pensará como quiera...

Pensará..., dice estremecida 103.

Por primera vez, unos animales crean una comunidad utópica. Le dan, como nombre feromonal, el de «Ciudad de la Cornígera», y empiezan a instalarse en el árbol. Las abejas, que poseen un poco de jalea real llena de hormonas, transforman a las asexuadas que lo desean en sexuadas. De este modo, habrá reinas y la comunidad podrá perpetuarse.

103 se queda inmóvil un momento, sorprendida por esa decisión. Luego reactiva sus antenas y pide a todas las que quieran proseguir la cruzada que se reagrupen.

153. Enciclopedia

COMUNICACIÓN ENTRE LOS ÁRBOLES: Algunas acacias de África presentan propiedades sorprendentes. Cuando una gacela o una cabra quiere ramonear en ellas, modifican los componentes químicos de su savia volviéndola tóxica. Cuando se da cuenta de que el árbol ya no tiene el mismo sabor, el animal se va a mordisquear en otro. Ahora bien, las acacias son capaces de emitir un perfume que captan las acacias vecinas y que inmediatamente las advierte de la presencia del depredador. En unos minutos, todas se vuelven no comestibles. Los herbívoros se alejan entonces, en busca de una acacia lo bastante alejada para no haber percibido el mensaje de alerta. Resulta, sin embargo, que las técnicas de cría en rebaños reúnen en un mismo lugar cerrado el grupo de cabras y el grupo de acacias. Consecuencia: una vez que la primera acacia afectada ha alertado a todas las demás, a los animales no les queda más solución que ramonear los arbustos tóxicos. Así es como se han envenenado numerosos rebaños, por razones que los hombres han tardado en comprender mucho tiempo.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

154. El confín del mundo está a dos pasos

Es mediodía. Mientras las pioneras prosiguen su instalación en la isla de la cornígera, 103 arma los navíos miosotis. Las cruzadas se instalan en ellos y se estiban en la pelusa de las hojas.

Unas moscas despegan como exploradoras para examinar la otra orilla, donde atracarán. Las moscas les encargan encontrar el mejor punto de amarre. Es decir, el menos peligroso.

Todos los barcos dejan sus pontones. Los miembros de la Comunidad de la Cornígera les acompañan hasta el agua y ayudan a lanzar las naves al río. Las antenas se alzan para intercambiar feromonas de ánimo. No se sabe qué es más difícil: inventar una sociedad libre en una isla desierta o combatir a los monstruos más allá del mundo. Cada uno de los grupos desea al otro perseverancia. Pase lo que pase, no hay que abandonar la meta que se han fijado.

Los barcos se alejan de la playa, y los navegantes estibados en las hojas de miosotis ven cómo las estatuas de arcilla fabricadas por los deístas se hacen cada vez más pequeñas. La flotilla avanza en línea.

Los frágiles esquifes propulsados por sus ditiscos remadores surcan rápidamente las aguas del río. Por encima de ellos, los escarabajos rechazan a los pájaros que querrían acercarse a la caravana flotante.

Y la cruzada avanza, sigue avanzando.

Un canto feromonal guerrero asciende por el aire tibio.

*Son gordos, están ahí,
Matemos a los Dedos, matemos a los Dedos.
Prenden fuego a los almacenes,
¡Matemos a los Dedos, los cogeremos!
Saquean nuestras ciudades,
Matemos a los Dedos, matemos a los Dedos.
Empalan a los gusanos,
¡Matemos a los Dedos, venceremos!
No nos dan cuartel,
Matemos a los Dedos, matemos a los Dedos.*

A ratos, gobios, truchas y siluros enseñan la punta de su aleta dorsal. Pero los rinocerontes también los vigilan. Si uno de esos monstruos acuáticos amenaza a un navío, no vacilan en clavarle su lanza frontal entre las escamas.

Las moscas exploradoras vuelven, agotadas, y aterrizan en las hojas como si se tratara de portaaviones. Han encontrado no sólo el confín del mundo cerca de la

ribera sino además un arco de piedra para pasar por encima. ¡Todo un hallazgo!

No merece la pena excavar un túnel. 103 está encantada.

¿Dónde está ese puente?

Un poco más al Norte. Basta con remontar la corriente.

Las cruzadas se estremecen: ahora el confín del mundo está a un paso.

La flota alcanza la ribera opuesta sin demasiados daños. Un solo barco ha sido hundido por un tritón. ¡Riesgos del viaje!

Reagrupamiento por legiones y por especies. ¡Adelante!

¡Las moscas no han mentido!

¡Qué emoción para todas las que aún no habían divisado el confín del mundo! Está ahí, es esa banda negra rodeada de misterios y leyendas. Unas masas circulan por él a velocidades vertiginosas, en medio de un halo de polvo que apesta a humo y a hidrocarburo. Sus vibraciones son de una potencia desconocida. Ya nada es natural.

Para 103, aquellas masas oscuras que avanzan son los guardianes del confín del mundo. También piensa que se trata de un avatar de los Dedos.

¡Entonces, ataquémoslos!, dice un soldado termita.

No, a éstos no, y aquí tampoco.

103 estima que la banda negra da a los Dedos una fuerza prodigiosa. Más vale combatirlos en un terreno menos peligroso. Al otro lado del confín del mundo, es decir, al otro lado del puente, serán más fáciles de vencer.

En todo ejército hay insensatos temerarios. Una termita quiere saber a qué atenerse. Avanza por la banda negra y es inmediatamente aplastada como una hoja. Pero así son los insectos. Tienen que experimentar antes de convencerse de lo que sea.

Tras ese incidente, la cruzada sigue a 103 por el puente, y a pasitos se encamina hacia el gran territorio desconocido donde pastan los rebaños de Dedos.

155. Una cara conocida

De pie sobre la escalera, una persona les apuntaba y sólo su torso y su fusil había surgido de la trampilla. Cuando subió algunos escalones para hacerles frente, Jacques Méliés rebuscó desesperadamente en los meandros de su cerebro: «Conozco esa cara.»

Como él, Laetitia Wells tenía un nombre en la punta de la lengua sin llegar a enunciarlo.

—¡Suelte el revólver, señor! —Méliés arrojó el revólver a sus pies—. Siéntense en esas sillas.

Aquel tono, aquella voz...

—No somos atracadores —empezó Laetitia—. Incluso mi compañero es...

El comisario le cortó inmediatamente la palabra.

—... de aquí. Vivo en el barrio.

—¡Me da igual! —contestó la mujer, que se apresuró a atarles en unas sillas con la ayuda de unos cables eléctricos.

—Bien, ahora podemos discutir en mejores condiciones.

—Pero ¿de qué se trata?

—¿Qué hace en mi casa, comisario Méliés? ¿Y qué hace usted, Laetitia Wells, periodista de *El Eco del domingo*? Y, además, juntos. Siempre he creído que ustedes dos se odiaban. Ella le ha insultado en la Prensa, y usted la ha mandado a la cárcel. Y ahora están los dos juntitos, como ladrones de feria, en mi piso, a medianoche.

—Es que...

De nuevo Laetitia fue interrumpida.

—Sé perfectamente qué pretenden con esta encantadora visita. Todavía no sé cómo lo han hecho, pero han seguido a mis hormigas.

Una voz llamó desde abajo.

—¿Qué pasa, querida? ¿Con quién discutes en el desván?

—Con unos indeseables que han entrado en casa.

Una segunda cabeza y un segundo cuerpo emergieron por la trampilla. «A él no le conozco.»

Había aparecido un hombre de larga barba blanca, con una camisa gris de cuadros rojos. Se parecía a un papá Noel, pero a un papá Noel gastado por la edad y al límite de sus fuerzas.

—Te presento al señor Méliés y a la señorita Wells. Han acompañado hasta aquí a nuestras amiguitas. ¿Cómo lo han hecho? Pronto nos lo dirán.

El papá Noel parecía alterado.

—Pero si estos dos son muy famosos. ¡Él como policía, y ella como periodista! A éstos no puedes matarlos... Además, no podemos seguir matando...

La mujer preguntó con sequedad.

—¿Quieres que renunciemos, Arthur? ¿Quieres que acabemos con todo?

—Sí —dijo Arthur.

Ella casi suplicó.

—Pero si abandonamos, ¿quién continuará nuestra tarea? No hay nadie, nadie...

El hombre de la barba blanca se retorció los Dedos.

—Si ellos nos han descubierto, también otros serán capaces de hacerlo. Y habrá que matar y matar... De cualquier modo, nunca terminaremos con nuestra misión. Cuando eliminamos a uno, reaparecen diez. Estoy harto de toda esta violencia.

«Al papá Noel no le he visto nunca. Pero a ella, a ella...» En medio del tumulto que agitaba su cerebro, Laetitia no lograba seguir aquella discusión en la que sin embargo estaban en juego dos vidas.

Arthur se enjugó la frente con el revés de una mano cubierta de manchas negras. La conversación le había agotado. Buscó algo a lo que agarrarse, no encontró nada y, desvanecido, se derrumbó en el suelo.

La mujer miró en silencio a los jóvenes, luego los soltó. Ellos se frotaron los tobillos y las muñecas de forma maquinal.

—Ayúdenme a llevarle hasta nuestra cama —dijo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Laetitia.

—Un desmayo. Se están haciendo cada vez más frecuentes últimamente. Mi marido está enfermo, muy enfermo. No le queda mucho de vida. Y como siente que su muerte se acerca, se ha metido a cuerpo descubierto en esta aventura.

—He sido médico —dijo Laetitia—. ¿Quiere que le ausculte? Tal vez podría aliviarle.

La mujer hizo una mueca triste.

—Es inútil. Sé perfectamente lo que tiene. Cáncer generalizado.

Con precaución depositaron a Arthur sobre la colcha. La esposa del enfermo cogió una jeringuilla que contenía un cóctel de sedantes y de morfina.

—Ahora dejémosle descansar. Necesita sueño para recuperar algunas fuerzas.

Jacques Méliés la miró largamente.

—Ya está, ya sé de qué la conozco.

En ese mismo momento, una misma señal se disparó en el cerebro de Laetitia. ¡Evidentemente, también ella reconocía a la mujer!

156. Enciclopedia

SINCRONICIDAD: Un experimento científico realizado simultáneamente en 1901 en varios países demostró que, en relación a una serie de pruebas de inteligencia dadas, los ratones merecían una nota de 6 sobre 20.

Repetido en 1965, en los mismos países y exactamente con las mismas pruebas, el experimento otorgó a los ratones una media de 8 sobre 20.

Las zonas geográficas no tenían nada que ver con el fenómeno. Los ratones europeos no eran ni más ni menos inteligentes que los ratones americanos, africanos, australianos o asiáticos. En todos los continentes, todos los ratones de 1965 habían obtenido mejor nota que sus abuelos de 1901. En toda la Tierra habían progresado. Era como si existiese una inteligencia «ratón» planetaria que habría mejorado al hilo de los años.

Entre los humanos se ha comprobado que ciertos inventos se realizaron de forma simultánea en China, en las Indias y en Europa: el fuego, la pólvora y el tejido, por ejemplo. Incluso en nuestros días se realizan en el mismo momento descubrimientos en varios puntos del Globo y en períodos restringidos.

Todo permite pensar que ciertas ideas flotan en el aire, más allá de la atmósfera, y que quienes están dotados de la capacidad de captarlas contribuyen a mejorar el nivel de saber global de la especie.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

157. Más allá del mundo

La cruzada avanza escalando abruptas piedras. Al otro lado del puente, altas estructuras cúbicas se disparan hacia el cielo. No parecen tener raíces. Las hormigas se inmovilizan y observan aquellas cadenas montañosas de formas perfectas, altas y rígidas: ¿serán acaso nidos de Dedos?

Están en la región que se prolonga más allá del borde del mundo. ¡El territorio de los Dedos!

Una sensación más intensa que las que han conocido hasta ahora, tan numerosas y tan fuertes sin embargo, las inunda.

¡Allí están los nidos de los Dedos! Colosales, titánicos, mil veces más espesos y más elevados que los más viejos árboles del bosque. Sus sombras frescas se alargan varios miles de pasos. Los dedos se construyen unos nidos desmesurados. La Naturaleza por sí sola no proporciona nidos semejantes.

103 se queda clavada. Esta vez siente que se le agota el valor para continuar, para atravesar el confín del mundo, para ir más allá de lo posible. Ahora se encuentra en el estado que durante tanto tiempo la ha acosado: al margen de toda civilización.

Tras ella, otros insectos mueven dubitativos la extremidad de sus antenas.

Las cruzadas permanecen un momento en silencio, inmóviles, pasmadas por tanta potencia. Las deístas se prosternan. Las otras se interrogan sobre ese mundo tan diferente, de líneas rectas y volúmenes infinitos.

Las soldados se reagrupan y recuentan. Son ochocientas en país enemigo, pero ¿cómo matar a los Dedos que se esconden en tales ciudadelas? ¡Hay que atacar aquel nido!

Las legiones volantes de escarabajos y abejas serán fuerzas de apoyo, que sólo intervendrán en caso de problemas. Todo el mundo está de acuerdo y, dada la señal, el ejército cruzado avanza hacia la entrada del edificio.

Un extraño pájaro cae del cielo, es una placa negra. Aplasta a cuatro soldados termitas. Ahora placas negras caen por todas partes y aplastan las corazas de las artilleras.

¿Son eso los Dedos?

Durante esa primera carga, mueren más de setenta soldados.

Pero las cruzadas no desesperan. Se retiran antes de lanzar una segunda carga.

¡Adelante, matémoslos a todos!

En esta ocasión, el ejército mirmeceano se dispone en punta. Las legiones se precipitan.

Son las once y muchas personas van a llevar sus cartas a Correos. Pocos distinguen los pequeños charcos negros que se deslizan imperceptiblemente por el suelo. Las ruedas de los cochecitos de niños, los mocasines y zapatos deportivos

aplantan las pequeñas siluetas oscuras.

Cuando uno de aquellos puntos negros consigue escalar un pantalón, rápidamente los expulsa el reverso de una mano.

Nos han descubierto y nos atacan por todas partes, vocifera una soldado antes de ser aplastada.

Suena la feromona de retirada. Otros sesenta muertos.

Conciliábulo de antenas.

Tenemos que tomar ese nido de Dedos al precio que sea.

9 sugiere que las legiones deben disponerse de otro modo. Hay que intentar un movimiento envolvente. Se da la orden de escalar cualquier tipo de suela.

¡A la carga!

Las artilleras situadas en primera línea pulverizan su veneno sobre el caucho de una zapatilla de baloncesto. Algunas cortan la película de plástico que hace brillar un par de escafpines femeninos.

Retirada. Nuevo recuento. Otros veinte muertos.

Los dioses son invulnerables, emite en son de triunfo el grupo de hormigas déistas que se ha situado en retaguardia de los combates, desde el principio, rezando.

103 no sabe qué hacer. Sigue apretando su capullo de la misión Mercurio y no se atreve a participar en esas cargas peligrosas.

El gran miedo a los Dedos vuelve suavemente y la invade. Es verdad, parecen invencibles.

Pero 9 no renuncia. Se decide a cargar con las legiones volantes. Todo el ejército se reagrupa en el plátano situado enfrente del edificio de Correos. 9 sube a un escarabajo y sitúa abejas en los dos flancos de su línea de ataque.

Ve el orificio abierto del nido de los Dedos y lanza feromonas de excitación guerrera.

Los escarabajos rinoceronte bajan la cabeza para que su cuerno esté en la línea de mira.

¡A por los Dedos!

Una empleada de Correos cierra la puerta de cristal. Hay demasiada corriente de aire, dice.

Las cruzadas no ven nada. Van lanzadas a toda velocidad cuando aparece la pared transparente. No les da tiempo a frenar.

Los escarabajos estallan y chorrean sus líquidos internos. Las artilleras situadas sobre su espalda quedan envascadas en sus cadáveres.

—¿Está granizando? —pregunta una cliente de Correos. —No, creo que deben ser los niños de la señora Letiphue, que juegan con piedrecillas. Les gusta.

—Pero pueden romper el cristal de la puerta, ¿no? —No se preocupe. Es muy grueso.

Se recoge a los insectos heridos que pueden ser cuidados. En esa carga, la cruzada ha vuelto a perder ochenta soldados.

Los Dedos son más coriáceos de lo que pensábamos, emite una hormiga.

9 no quiere renunciar. Las termitas tampoco. ¡No han venido de tan lejos, ni han superado tantos obstáculos para dejarse detener ahora por placas negras y paredes transparentes!

Se disponen a pasar la noche bajo el plátano.

En todas alienta la confianza. Mañana será otro día.

Las hormigas saben poner el precio, el tiempo y los medios. Y siempre terminan triunfando. Lo saben de sobra.

Una exploradora descubre una hendidura en el frontón del nido que han atacado la víspera. Una hendidura muy rectangular. Piensa que tal vez se trate de una entrada oculta. Sin decirle nada a las otras, parte en tareas de localización. Penetra por la hendidura donde hay grabados símbolos que, en una dimensión espacio-tiempo distinta, significan «correo por avión larga distancia», y cae debajo de varias placas llanas y blancas. Decide colarse en una de ellas para examinar lo que hay dentro. Cuando trata de salir, se ve comprimida por una pared blanca. Se queda allí, pues, y espera.

Así fue como tres años más tarde se descubrió con sorpresa que una colonia de hormigas rojas típicamente francesas se había instalado en el Nepal, en pleno centro de las cadenas himalayas. Mucho más tarde, unos entomólogos se preguntaron cómo habían podido viajar tan lejos aquellas hormigas. Por último, llegaron a la conclusión de que debía tratarse de una especie paralela que se parecía a la hormiga francesa por pura coincidencia.

158. Es ella

—¿Me reconoce? Jacques Méliés estaba seguro.

—Usted es... Juliette Ramírez, la concursante estrella de «Trampa para...

—... pensar» —completó Laetitia.

Con el ceño fruncido, la periodista trataba de establecer un vínculo entre la campeona de los enigmas, el falso papá Noel y la manada de hormigas asesinas.

Acostumbrado a las confrontaciones, el policía trató de calmar a Juliette Ramírez, a quien adivinaba a punto de un ataque de nervios.

—¡Es que nos encanta ese programa! Con unos ejemplos más simples de lo que parece, enseña a contemplar el Universo de otro modo. A pensar de otro modo.

—¡Pensar de otro modo! —suspiró la señora Ramírez, sin poder contener sus sollozos.

Desmaquillada, despeinada y con una vieja bata en vez de sus vestidos de lunares bien cortados, parecía más vieja, más cansada que en la pequeña pantalla. La maravillosa concursante no era más que una mujer de mediana edad.

—Es mi marido, Arthur —dijo señalando al hombre tendido en la cama—. Él es el «amo» de las hormigas. Y sin embargo, todo es culpa mía, ¡todo! Ahora que ustedes nos han descubierto, no puedo seguir guardando el secreto. Se lo contaré todo.

159. Puesta a punto

—Nicolás, tengo que hablarte.

El niño bajó la cabeza, esperando la riña paterna.

—Sí, papá, he hecho mal —dijo dócilmente—. No volveré a hacerlo.

—Ahora no quiero hablarte de tus tejemanajes, Nicolás —contestó muy suave Jonathan—. Sino de nuestra existencia aquí. Tú has elegido seguir viviendo «normalmente», si es que puede decirse así, mientras que nosotros hemos decidido hacernos «hormigas». Algunos consideran que deberías unirme a nuestras sesiones de comunión. Yo creo que debemos informarte primero sobre nuestro estado de ánimo, y luego dejarte que elijas con toda libertad.

—Sí, papá.

—¿Comprendes lo que hacemos?

El chiquillo masculló, con los ojos clavados en el suelo.

—Os ponéis en círculo, cantáis juntos y cada vez coméis menos.

El padre estaba dispuesto a mostrarse paciente.

—Eso no es más que el aspecto exterior de nuestro trabajo. Hay otros. Dime, Nicolás, ¿cuántos sentidos tienes?

—Cinco.

—¿Cuáles?

—La vista, el oído..., el tacto, el gusto y el olfato —recitó el chiquillo como en un examen escolar.

—¿Y qué más? —le preguntó Jonathan.

—¿Qué más? No hay más.

—Muy bien. Me has citado cinco sentidos físicos que te permiten captar la realidad física. Ahora bien, existe otra realidad, psíquica, que puede captarse gracias a cinco sentidos psíquicos. Si te contentas con tus cinco sentidos físicos, es como si sólo te sirvieses de los cinco dedos de la mano izquierda. ¿Por qué no emplear también los cinco dedos de la mano derecha?

Nicolás se quedó sorprendido por lo menos.

—¿Y cuáles son esos cinco sentidos, «psíquicos», como tú los llamas?

—La emoción, la imaginación, la intuición, la conciencia universal y la inspiración.

—Yo creía que pensaba con mi cabeza, y nada más.

—Pues no, hay una multitud de formas de pensar. Nuestro cerebro es como un ordenador, podemos programarlo de tal forma que realice cosas fantásticas de las que apenas tenemos idea. Es una herramienta que nos han ofrecido y cuyo libro de instrucciones completo nunca hemos encontrado. Por ahora sólo utilizamos un 10 %. Dentro de mil años, tal vez, podemos utilizar un 50%, y, dentro de un millón de años,

el 90 %. En nuestra cabeza, somos niños de pecho. No comprendemos la mitad de lo que pasa a nuestro alrededor.

—Exageras. La ciencia moderna...

—La ciencia moderna no supone nada de nada. Sólo sirve para impresionar a los que no saben nada. Los verdaderos científicos saben que no saben nada y que, cuanto más avanzan, más cuenta se dan de su ignorancia.

—Pero el tío Edmond sabía cosas...

—No. Edmond nos señala el camino de nuestra propia emancipación. Nos muestra la forma de plantear las preguntas pero no nos ofrece respuesta. Cuando uno empieza a leer la *Enciclopedia del saber relativo y absoluto* se tiene la impresión de comprender mejor todo, pero a medida que se prosigue la lectura, se tiene la impresión de no comprender nada de nada.

—A mí me parece que comprendo lo que hay en ese libro.

—Tienes mucha suerte.

—Habla de la Naturaleza, de las hormigas, del Universo, de los comportamientos especiales, de la confrontación de los pueblos de la Tierra... He visto en él incluso recetas de cocina y enigmas. Cuando lo leo, me siento más inteligente y omnipotente.

—Realmente tienes suerte. Yo, en cambio, cuanto más lo leo, más constato cuan incomprensible es todo y cuan lejos estamos de los objetivos que hemos de alcanzar. Ni siquiera ese libro nos ayuda. No consiste más que en sucesiones de palabras, compuestas a su vez de letras. Las letras son dibujos, y las palabras tratan de capturar los objetos, las ideas y los animales detrás de las denominaciones. La palabra «blanco» posee su propia vibración, pero «blanco» se dice con otras palabras en otras lenguas: *white*, *blanc*, etc., lo cual demuestra que la palabra «blanco» no basta para definir ese color. Es una aproximación inventada en remotos tiempos por no sé quién. Los libros son sucesiones de palabras, los libros son sucesiones de muertos, sucesiones de aproximaciones.

—Pero la *Enciclopedia del saber relativo* y...

—La *Enciclopedia* no tiene ninguna relación con la vida vivida. Ningún libro igualará a un momento de reflexión sobre la acción presente.

—¡No comprendo ese galimatías!

—Perdóname, he ido algo deprisa. Digamos que, por lo menos, me escuchas cuando hablo, y eso ya es importante.

—Claro que te escucho, ¿por qué quieres que no te escuche?

—Escuchar es muy difícil..., se requiere una gran vigilancia.

—¡Qué raro eres, papá!

—Perdóname, no me he puesto a tu nivel. Quisiera enseñarte algo. Cierra los ojos y escúchame bien. Imagina un limón. ¿Lo ves? Es amarillo, muy amarillo, brilla al sol. Es áspero y muy oloroso. ¿Hueles su perfume?

—Sí.

—Bien. Ahora coges un gran cuchillo puntiagudo y cortante. Cortas el limón en rodajas: el limón se abre. La rodaja permite que salga al sol toda una red de pulpas llenas de líquido. Estrujas la rodaja y ves que las pulpas estallan, que el zumo fluye, muy amarillo y oloroso... ¿Lo hueles?

Nicolás mantiene los ojos cerrados.

—Sí.

—Bueno, dime, ¿tienes saliva en la boca?

—Ehhh... —chasquea la lengua—... sí, el fondo de mi boca está bañado de saliva. ¿Cómo es posible?

—Ahí radica el poder del pensamiento sobre el cuerpo. Ya lo ves, nada más pensar en un limón puedes provocar un fenómeno psicológico incontrolable.

—Pero eso es fabuloso.

—Es un primer paso. No tenemos necesidad de hacernos pasar por dioses, lo somos ya desde hace mucho tiempo, y sin saberlo.

El muchacho se embaló.

—Quiero aprender a ser así. Papá, por favor, enséñame a controlarlo todo con mi mente. Enséñame. ¿Qué debo hacer?

160. La droga de lomechusa

Las guerras civiles van adquiriendo mayor amplitud en la Ciudad. Las rebeldes deístas han invadido un barrio entero, el de las hormigas cisterna. Desde ahí suministran miel de forma permanente a los Dedos.

Paradójicamente, éstos han dejado de expresarse por medio del Doctor Livingstone. La voz del profeta se ha callado.

Este silencio no mengua para nada el ardor de las religiosas.

De forma sistemática, las deístas muertas son reagrupadas en una habitación y las rebeldes van a visitarlas antes de los combates. Miman trofalaxias y diálogos con esas estatuas, dispuestas en su mayoría en actitud de combate.

Todas las que ponen una vez los pies en la sala de los muertos salen de ella como transfiguradas en el nivel de los perfumes de sus antenas. Conservar a la gente intacta después de la muerte es dar importancia a los seres.

El movimiento deísta es el único en afirmar en la Ciudad que las ciudadanas no son sólo individuos a las que se hace nacer y a las que luego se tira sin ninguna nostalgia.

Las rebeldes deístas tienen una manera de hablar que es como la droga de lomechusa. Cuando empiezan a emitir para evocar a los dioses, no se puede dejar de recibir su mensaje.

Además, las hormigas contaminadas por la «religión dedesca» no trabajan ya, no cuidan la cresa, sólo piensan en robar el alimento para llevarlo debajo del techo, a la Dedalera.

La reina Chli-pu-ni no parece molesta por ese recrudescimiento del movimiento rebelde. Sólo pide noticias de la cruzada.

Según las fuentes moscardonas, la cruzada ha franqueado ya el confín del mundo y han entablado batalla contra los Dedos.

Perfecto, dice la reina. ¡Pobres Dedos, cómo van a lamentar habernos desafiado! Cuando les hayamos derrotado definitivamente, el movimiento rebelde ya no tendrá razón alguna para existir entre nosotras.

161. Enciclopedia

CUENTO: Las palabras «conté» [cuento] y «compte» [cuenta] tienen en francés la misma pronunciación. Y se ha comprobado que esa correspondencia entre cifras y letras existe prácticamente en todas las lenguas. Contar palabras o contar cifras, ¿dónde está la diferencia? En inglés «to count» y «to recount». En alemán, «zahlen» y «erzahlen». En hebreo, «le saper» y «li saper». En chino, «shu» y «shu».

Cifras y letras están unidas desde los balbuceos del lenguaje. Cada letra corresponde a una cifra, cada cifra a una letra. Los hebreos lo comprendieron desde la Antigüedad y por eso la Biblia es un libro mágico y lleno de conocimientos científicos, presentados en forma de cuentos codificados. Si se da un valor numérico a las primeras líneas de cada frase, se descubre un primer sentido oculto. Si se da un valor numérico a las letras de las palabras, se descubren fórmulas y asociaciones que no tienen nada que ver con las leyendas o con la religión.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

162. Accidente en la marcha

Los insectos se preparan para la gran ofensiva. El nido de los dedos está ahí, justo enfrente, provocándolos de manera insoportable.

El ejército de las cruzadas está decidido. Se batirán como locas, porque este primer nido es un símbolo. No debe resistírseles. Las legiones se alinean por especialidades. 103, encaramada sobre «Gran Cuerno», propone atacar mediante pequeños cuadrados compactos que se apartarán cuando aparezcan los Dedos. Esa tragedia fue empleada por las enanas durante la batalla de las Amapolas y entonces funcionó bastante bien.

Todas se lavan e intercambian las últimas trofalaxias. Las excitadoras emiten sus feromonas más salvajes.

¡A la carga!

La línea de las quinientas setenta últimas cruzadas avanza, terrible y decidida. Las abejas revolotean por encima de las antenas, han desenvainado su dardo envenenado. Los escarabeidos hacen crujir sus mandíbulas.

9 pretende rehacer un agujero y poner de nuevo en él el veneno de abeja. Después de todo, es la única técnica de caza que ha dado resultado contra los Dedos.

¡Ya está! La primera y la segunda línea de infantería ligera se agitan, y jinetes de largas patas gráciles caracolean en sus flancos. ¡Qué soberbio ejército forman esta mezcla de belokanianas, de zedibeinakanianas, de askoleínas, de moxiluxienses! Los escarabeidos quieren vengar a sus congéneres aplastados contra la pared transparente surgida de la nada.

La tercera y cuarta olas de asalto se ponen a su vez en marcha. Están formadas por líneas de artillería ligera y de artillería pesada. Hasta el momento, nadie las ha inquietado.

La quinta y la sexta olas de asalto se preparan para rematar a los Dedos moribundos untando la punta de sus mandíbulas con veneno de abeja.

Nunca un ejército insecto ha peleado tan lejos de sus respectivos nidos. ¡Todas saben que de esa batalla depende tal vez la conquista de todos los territorios periféricos del planeta!

9 es muy consciente de ello y, viendo la forma agresiva con que tiende sus mandíbulas, no hay duda de que no tiene ninguna intención de hacerlo con delicadeza.

Las cruzadas están sólo a unos pocos miles de pasos de aquel nido de Dedos que las provoca.

8:30 horas. La puerta de la agencia de Correos acaba de abrirse. Los primeros clientes entran sin sospechar lo que se están jugando.

Los insectos pasan del trote al galope. *¡Adelante, a la carga!*

El servicio de limpieza municipal pasaba todas las mañanas a las 8.30 horas. Era un pequeño camión con volquete, lleno de agua jabonosa que regaba la acera para lavarla.

¿Qué pasa?

Espanto en la cruzada: sobre ellas cae un ciclón de agua áspera.

Todo el ejército cruzado queda abatido y sumergido.

¡Dispersión!, aúlla 103.

La ola, de una altura de varias decenas de pasos, ahoga a todo el mundo. El agua rebota y sube hacia el cielo para golpear a las legiones volantes.

Las cruzadas reciben una lluvia de lejía.

Algunos escarabeidos consiguen despegar llevándose racimos de hormigas enloquecidas. Cada cual lucha por salvar su propia pata. Las hormigas empujan a las termitas. ¡Se terminaron la solidaridad y el entendimiento entre los pueblos! Que cada cual se ocupe de su propio caparazón.

Recargados de pasajeros, los escarabeidos revolotean a duras penas y se convierten en plato de las obesas palomas.

Abajo se produce la hecatombe.

Legiones enteras quedan diezmadas por el tifón. Los cuerpos acorazados de los soldados ruedan por el suelo y, van a parar a la reguera.

Es el final de una hermosa aventura militar. Después de cuarenta segundos de chorro de agua jabonosa intensivo, el ejército cruzado ha dejado de avanzar. De los tres mil insectos de especies diversas que se habían unido para acabar con el problema de los Dedos, sólo queda un puñado de supervivientes más o menos lisiadas. La mayoría de los soldados han sido arrastradas por la ola desencadenada por el servicio de limpieza municipal.

Deístas, no-deístas, hormigas, abejas, escarabajos, termitas, moscas, todas son barridas sin distinción por el tornado líquido.

Y para mayor INRI, el agente municipal que conducía el volquete no se ha dado cuenta de nada. Ningún humano se ha dado cuenta de que el *Homo sapiens* acababa de obtener la victoria en la Gran Batalla del Planeta. La gente sigue dirigiéndose a sus ocupaciones pensando en lo que va a comer a mediodía, en las tareas del día y en su trabajo en el despacho.

En cuanto a los insectos, saben de sobra que han perdido la guerra del mundo.

Todo ha sido tan rápido y tan definitivo que el desastre apenas resulta concebible. En cuarenta segundos, todas esas patas que han recorrido kilómetros, todas esas mandíbulas que se han batido en las peores condiciones y todas esas antenas que han olido los aromas de las zonas más exóticas, han quedado reducidas al estado de piezas sueltas flotando en una sopa olivácea.

La primera cruzada contra los Dedos ya no avanza, y ya no avanzará nunca más.

Ha quedado engullida bajo una tromba de agua jabonosa.

163. Nicolás

Nicolás Wells se unió a los demás. Con su onda propia, enriqueció la vibración colectiva: OM. Por un momento sintió que se convertía en una nube inmaterial y ligera que se elevaba, se elevaba y atravesaba las materias. Era mil veces mejor que ser dios entre las hormigas. ¡Libre! Era libre.

164. Ajuste de cuentas

9 tiene un reflejo salvador. Clava profundamente sus garras en una ranura de la tapa de la alcantarilla. Lastimosamente, se arrastra por los adoquines de la plaza peatonal. Por su parte, 103 ha tenido tiempo suficiente para tomar altura con «Gran Cuerno» y ha evitado el ciclón. Ha salido indemne, igual que 23, que está agazapada en un agujero del asfalto.

Más lejos, unos escarabajos supervivientes huyen arrastrando sus cornamentas. Unas pocas termitas, las últimas, escapan lamentando no haberse quedado en la isla de la cornígera.

Las tres belokanianas consiguen reunirse.

Son demasiado fuertes para nosotras, dice desolada 9, secándose ojos y antenas irritados por el desinfectante.

Los Dedos son dioses. Los Dedos son omnipotentes. No parábamos de proclamarlo y vosotras no nos creíais. ¡Ya veis el desastre!, suspira 23.

103 todavía tiembla de miedo. Que los Dedos sean o no sean dioses no cambia nada, son terribles.

Las hormigas se friccionan, intercambian trofalaxias desesperadas, como sólo saben hacerlo las que han salido indemnes de una cruzada definitivamente derrotada.

Sin embargo, para 103 la aventura no termina en aquella plaza. Le queda una misión por cumplir. Aprieta tan fuerte contra ella su capullo de mariposa que 9, que hasta entonces no le había prestado atención, le pregunta.

¿Y qué hay en esa cosa que llevas auestas desde el principio de la cruzada?

Nada importante.

Enséñalo.

103 se niega.

9 se acalora. Declara a la soldado que siempre le ha parecido sospechosa de ser espía a sueldo de los Dedos. ¡Ha sido 103 quien las ha conducido directamente hacia aquella trampa, ella que decía ser su guía!

Confiando su paquete a 23, 103 acepta el duelo.

Las dos hormigas se sitúan frente a frente, separan cuanto pueden sus mandíbulas, lanzan la punta de sus antenas. Giran para evaluar mejor los puntos más vulnerables de su enemiga. Y luego, de pronto, se produce el choque. Se lanzan una contra otra, sus caparazones chocan, se empujan con el tórax.

9 fustiga el aire con su mandíbula izquierda y la clava en la coraza de quitina de su adversaria. Fluye una sangre transparente.

103 esquiva un segundo golpe de hoz. Como su adversaria se ve arrastrada por su impulso, 103 lo aprovecha para cortarle el extremo de una antena.

¡Detengamos este combate inútil! Sólo quedamos nosotras. ¿Quieres realmente

rematar el trabajo de los Dedos?

9 se encuentra en un estado que no atiende a razones. Lo único que quiere es clavar su antena buena en la órbita ocular de aquella traidora.

Yerra el blanco por poco. 103 quiere disparar con ácido, apunta su abdomen y suelta una gota corrosiva que va a perderse en la vuelta del pantalón de un cartero.

También 9 dispara y, ahora, el saco del veneno de 103 está vacío. La excitadora cree llegado el momento de rematar su presa, pero a la soldado le queda todavía un recurso. Avanza con las mandíbulas separadas y le agarra la pata mediana izquierda retorciéndosela de adelante atrás.

9 hace lo mismo con la pata posterior derecha de 103. Ambas luchan para ver cuál de las dos arranca antes la pata a la otra.

103 recuerda una de sus lecciones de lucha.

Si se ataca cinco veces de la misma manera, el adversario parará el sexto asalto de la misma forma que los cinco primeros. No será difícil entonces sorprenderle.

Por quinta vez, 103 golpea la boca de 9 con la punta de su antena. Entonces ya sólo le queda aprovechar la posición de repliegue de las mandíbulas de la otra para agarrarla por el cuello. Con un movimiento seco, decapita a la hormiga.

La cabeza de 9 rueda por el resbaladizo asfalto.

Queda inmóvil. Su adversaria acude a contemplarla. Las antenas vencidas todavía se agitan. En las hormigas, todas las partes del cuerpo conservan cierta autonomía incluso después de la muerte.

Te equivocas, 103, dice el cráneo de 9.

La soldado tiene la impresión de haber vivido ya esa escena de un cráneo que trata de entregar su último mensaje. Pero no era aquí ni era el mismo mensaje. Era en el estercolero de Bel-o-kan y lo que le había dicho entonces la rebelde había cambiado por completo el curso de su existencia.

Las antenas del cadáver de 9 siguen moviéndose.

Te equivocas, 103. Crees que se puede estar con todo el mundo, pero no se puede. Hay que escoger. O estás a favor de los Dedos, o estás a favor de las hormigas. Con bellas ideas no se escapa a la violencia. Sólo con la violencia se escapa a la violencia. Hoy has ganado porque eras más fuerte que yo. Bien, muy bien. Pero te daré un consejo: no flaquees nunca, porque entonces ninguno de tus hermosos principios abstractos podrá ayudarte.

23 se acerca y dispara contra aquel cráneo decididamente demasiado charlatán. Felicita a la soldado y le tiende el capullo.

Ahora ya sabes lo que te queda por hacer. 103 lo sabe.

¿Y tú?

23 no responde de inmediato. Permanece evasiva. Afirma que es servidora de las divinidades dedescas. Piensa que, cuando sea preciso, los Dedos le indicarán lo que

debe hacer. Mientras tanto, vagará por este mundo que está más allá del mundo.

103 le desea ánimo. Luego la soldado monta sobre «Gran Cuerno». Se cuelga en sus antenas. El escarabajo pone en funcionamiento sus élitros y despliega sus largas alas pardas. Contacto. Las velas nervadas agitan el aire contaminado del país de los Dedos. 103 despega y se dirige hacia la cima del primer nido de Dedo que le hace frente.

165. El señor de los duendes

La mañana se había levantado, y Laetitia Wells y Jacques Méliés seguían escuchando, suspendidos de los labios de Juliette Ramírez, el relato de una historia extraordinaria.

Sabían ya que el hombre con aspecto de papá Noel retirado, Arthur Ramírez, era su esposo. Supieron que desde su infancia había sentido la pasión del bricolaje. Fabricaba juguetes, aviones, coches y barcos que dirigía con un mando a distancia. Objetos y robots obedecían la menor de sus órdenes. Sus amigos le habían apodado «el señor de los duendes».

—Todo el mundo posee un don que sólo tiene que cultivar. Por ejemplo, tengo una amiga que es una artista haciendo punto de cruz. Sus alfombras son...

Pero a su auditorio no le importaban nada las maravillas realizables con el punto de cruz. Ella prosiguió.

—En cuanto a Arthur, supo que, si tenía un pequeño «plus» que aportar a la Humanidad, sería gracias a su habilidad para manejar un mando a distancia.

Naturalmente, se orientó hacia la robótica y obtuvo en seguida su diploma de ingeniero. Inventó el cambio automático de neumáticos reventados, el engranaje injertable en el interior del cráneo e incluso el rascador de espaldas teledirigido.

Durante la última guerra, inventó unos «lobos de acero». Estos robots de cuatro patas eran evidentemente más estables que los andróides de dos patas. Además, iban provistos de dos cámaras infrarrojas que permitían apuntar en la oscuridad, dos ametralladoras a la altura de las fosas nasales y un cañón corto de 35 Mm. en la boca. Los «lobos de acero» atacaban de noche. Unos soldados perfectamente a cubierto los teledirigían a más de cincuenta kilómetros de distancia. Los robots resultaron tan eficaces que no sobrevivió ningún enemigo para denunciar su existencia.

Sin embargo, cierto día Arthur estaba visionando imágenes ultraconfidenciales sobre los daños provocados por sus «lobos de acero». Los soldados encargados de dirigirlos se hallaban dominados por la fiebre del juego y, como en un videojuego, habían machacado sobre sus pantallas de control todo lo que se movía.

Desalentado, Arthur optó por una jubilación anticipada y abrió aquella tienda de juguetes. En adelante pondría su talento al servicio de los niños puesto que los adultos eran demasiado irresponsables para hacer buen uso de sus descubrimientos.

Fue entonces cuando conoció a Juliette, que era funcionaria de Correos. Ella le entregaba sus cartas, giros, tarjetas postales y cartas certificadas. El flechazo fue inmediato. Se casaron y vivieron felices en la casa de la calle Phoenix hasta el día en que ocurrió el accidente. Así era como ellos denominaban el suceso: «el accidente».

Mientras distribuía la correspondencia, durante el servicio, un perro la atacó. Arremetió contra la saca de la correspondencia, la mordió a dentelladas y reventó un paquete.

Juliette terminó su trabajo y llevó el paquete estropeado a casa. Arthur, tan hábil con sus Dedos, podría repararlos y el destinatario nunca se daría cuenta de nada, lo cual le evitaría posibles molestias con usuarios siempre dispuestos a reclamar.

Arthur Ramírez no llegó a reparar nunca el paquete.

Al manipularlo, le intrigó su contenido: un grueso informe de varios centenares de páginas, los planos de una curiosa máquina y una carta. Su curiosidad natural prevaleció sobre su discreción igual de natural: leyó el informe, leyó la carta, examinó los planos.

Y su vida dio un vuelco.

Arthur Ramírez fue presa de una obsesión única: las hormigas. Instaló en el granero un inmenso vivario. Decía que las hormigas eran más inteligentes que los hombres porque la unión de las mentes de un hormiguero supone la suma de las inteligencias que lo componen. Aseguraba que, entre las hormigas, 1 más 1 son 3. La sinergia social funcionaba. Las hormigas mostraban la forma de materializar una nueva manera de vivir, en grupo. En su opinión, esa manera de vivir hacía evolucionar el pensamiento humano, ni más ni menos.

Juliette Ramírez supo mucho más tarde lo que representaban los planos. Se referían a una máquina bautizada por su inventor con el nombre de «Piedra Roseta». Al transformar las sílabas humanas en feromonas hormiga y viceversa, permitía dialogar con la sociedad mirmeceana.

—Pero..., pero..., pero ¡si ése era el proyecto de mi padre! —exclamó Laetitia.

La señora Ramírez le cogió la mano.

—Lo sé, y por eso siento tanta vergüenza de que ahora esté usted aquí. Precisamente ese paquete había sido enviado, por su padre, Edmond Wells, y el destinatario era usted, señorita Wells. El informe contenía las páginas del segundo volumen de su *Enciclopedia del saber relativo y absoluto*, los planos eran los de su máquina de traducir el francés al hormiga. Y la carta, la carta..., la carta era para usted —dijo la señora Ramírez sacando una hoja blanca, cuidadosamente doblada, de un cajón de su escritorio.

Laetitia casi le arrancó el pliego de las manos.

Y leyó: *Laetitia, hija querida, no me juzgues...*

Devoró la escritura amada que acababa con otras frases de cariño firmadas por Edmond Wells. Se sentía destrozada y a punto de echarse a llorar. Gritó.

—¡Ladrones, no son más que unos ladrones! ¡Era mío, todo era mío! Ustedes me robaron mi única herencia. ¡Ustedes han ocultado el testamento espiritual de mi padre! ¡Yo habría podido desaparecer sin saber nunca que sus últimos pensamientos habían sido para mí! Pero ¿cómo han podido...?

Y se dejó caer sobre Méliés, que pasó un brazo consolador alrededor de los frágiles hombros sacudidos por sollozos reprimidos.

—Perdónenos —dijo Juliette Ramírez.

—Estaba segura de que esta carta existía. ¡Sí, estaba segura! ¡La he esperado toda mi vida!

—Quizá nos odie usted menos si le aseguro que la herencia espiritual de su padre no cayó en malas manos. Llámelo azar o fatalidad... Es como si el Destino hubiera querido que ese paquete llegase a nuestra casa.

Arthur Ramírez había empezado a reconstruir la máquina inmediatamente. Incluso había aportado algunas mejoras. Y las hizo tales que, ahora, la pareja conversaba con las hormigas de su terrario. ¡Sí, se comunicaban con insectos!

Dividida entre la indignación y la maravilla, Laetitia no salía de su asombro. Como Méliés, tenía prisa por oír el resto del relato.

—¡Qué euforia sentimos los primeros tiempos! —Decía la mujer—. Las hormigas nos explicaban el funcionamiento de sus federaciones, contaban las guerras, las luchas entre especies. Descubrimos un nuevo paralelo, ahí mismo, al nivel de nuestras suelas, que desbordaba de inteligencia. ¿Saben? Las hormigas tienen herramientas, poseen una agricultura propia, han desarrollado tecnologías punta. Evocan incluso conceptos abstractos como la democracia, las castas, el reparto de tareas, la ayuda mutua entre los vivos...

Gracias a ellas, y tras aprender a conocer mejor su forma de pensar, Arthur Ramírez había elaborado un programa informático que reproducía el «espíritu del hormiguero». Al mismo tiempo, ideó minúsculos robots: las «hormigas de acero».

Su objetivo: crear un hormiguero artificial compuesto por centenares de hormigas-robot. Cada una estaría dotada de una inteligencia autónoma —un programa informático incluido en un BIT electrónico—, que podría conectarse con el conjunto del grupo para obrar y pensar en común. Juliette Ramírez buscó las palabras.

—¿Cómo decirlo? El conjunto formaba un único ordenador hecho de diferentes elementos, o también un cerebro compuesto de neuronas solidarias. 1 más 1 son 3 y por tanto 100 más 100 son 300.

Arthur Ramírez consideraba a sus «hormigas de acero» perfectamente adaptadas para la conquista del espacio. Así, en vez de enviar una sonda-robot a planetas alejados, técnica espacial habitualmente empleada, ¿por qué no enviar en su lugar mil pequeñas sondas-robot, con su inteligencia a la vez individual y colectiva? Si una de ellas se estropeaba o se rompía, otras novecientas noventa y nueve tomarían el relevo, mientras que si la sonda única resultaba víctima de un estúpido accidente mecánico, todo el programa espacial quedaba aniquilado.

Méliés estaba sorprendido.

—Incluso en cuestión de armamento —dijo—, es más fácil destruir un gran robot muy inteligente que mil pequeños, más simplistas pero solidarios.

—Es el principio de la sinergia —subrayó la señora Ramírez—. La unión supera la suma de los talentos particulares.

Pero había un problema: para todos aquellos grandes proyectos, los Ramírez carecían de dinero. Los componentes miniatura cuestan caros y ni la tienda de juguetes ni el empleo de funcionaria de Correos de Juliette bastaban para pagar a los proveedores. Del fértil ingenio de Arthur Ramírez brotó entonces una nueva idea: ¡que Juliette concursara en el programa «Trampa para pensar»! ¡Diez mil francos diarios, menuda ganga! Él enviaba a los productores los mejores enigmas contenidos en la *Enciclopedia del saber relativo y absoluto* de Edmond Wells, y ella los resolvía. Los enigmas wellsianos eran los que se utilizaban regularmente en el programa, porque nadie más podía inventar otros tan sutiles.

—Es decir, que todo estaba amañado —dijo ofuscado Méliés.

—Todo está amañado —dijo Laetitia—. Lo que interesa es saber cómo está amañado. Por ejemplo, no comprendo por qué fingió usted tanto tiempo que no comprendía el enigma de los «unos», los «doces» y los «treces».

La respuesta era simple.

—¡Porque la mina de Edmond Wells no es inagotable! Con los comodines puedo conseguir que el juego dure y continuar ganando los diez mil francos diarios.

Esos beneficios permitieron a la pareja vivir cómodamente mientras Arthur progresaba en la elaboración de sus «hormigas de acero» y en el diálogo interespecies. Todo fue bien en el mejor de los mundos paralelos hasta el día en que Arthur se estremeció al contemplar un anuncio publicitario en la televisión. Un anuncio para un producto CQG: «Por donde Krak Krak pasa, el insecto se asa.» En primer plano, una hormiga se debatía contra el insecticida que la roía por dentro.

Arthur se rebeló. ¡Cuánta perfidia para envenenar a un adversario tan pequeño! Una de sus hormigas de acero estaba ya lista. La envió inmediatamente a espiar a los laboratorios de la CQG. La hormiga mecánica descubrió que los hermanos Salta colaboraban con expertos internacionales en un proyecto más horrible todavía, llamado «Babel».

«Babel» era tan abominable que hasta los más eminentes investigadores de insecticidas trabajaban en el secreto más absoluto por miedo a que les cayesen encima los movimientos ecologistas. Incluso habían mantenido a los dirigentes de la CQG en la ignorancia de sus experimentos.

—«Babel» —dijo la señora Ramírez— es el formicida absoluto. Los químicos nunca han conseguido atacar de forma eficaz a las hormigas con los venenos clásicos de tipo órganofosforado. Pero «Babel» no es un veneno. Es una sustancia capaz de perturbar las comunicaciones antenarias entre las hormigas.

En su estadio final, «Babel» era un polvo que bastaba extender por el suelo para que emitiese un olor que parasitaba todas las feromonas mirmiceanas. Con unos

pocos gramos podían contaminarse kilómetros y kilómetros cuadrados. Todas las hormigas de los alrededores se volvían incapaces de emitir o de recibir. Y, sin posibilidad de comunicarse, la hormiga ya no sabe si su reina está viva, ni cuál es su tarea, ni lo que es bueno o peligroso para ella. Si se untase toda la superficie del Globo con ese producto, en cinco años no quedaría una sola hormiga sobre la tierra. Preferirían dejarse morir antes que dejar de comprenderse unas a otras.

¡La hormiga es toda ella «comunicación»!

Los hermanos Salta y sus colegas habían comprendido ese dato esencial del sistema mirmeceano. Pero, para ellos, las hormigas no eran más que chusma a exterminar. Estaban orgullosos de haber descubierto que no es envenenando su sistema digestivo como se destruye a las hormigas, sino simplemente envenenando su cerebro.

—¡Espantoso! —dijo en un suspiro la periodista.

—Con su pequeña espía mecánica, mi marido tuvo todas las piezas del informe en la mano. Esa banda de químicos tenía la intención de erradicar de una vez por todas a la especie mirmeceana de la superficie del Globo.

—¿Fue en ese momento cuando el señor Ramírez decidió intervenir? —preguntó el comisario.

—Sí.

Los dos, Laetitia y Méliés, ya habían comprendido la forma en que se había comportado Arthur. Su esposa se lo confirmó: enviaba una hormiga exploradora para recortar un ínfimo trozo de paño empapado del olor de la futura víctima. Soltaba luego a la Manada que destruía al portador de la fragancia.

Feliz por haberlo adivinado con exactitud, el policía dijo en tono de experto.

—Su marido, señora, ha inventado la técnica de asesinato más sofisticado que he visto nunca.

Juliette Ramírez se ruborizó ante el cumplido.

—Ignoro cómo les sale a los demás, pero nuestro método ha resultado eficacísimo. Por otro lado, ¿quién podría sospechar de nosotros? Teníamos a nuestra disposición todas las coartadas del mundo. Nuestras hormigas actuaban solas, y nosotros podíamos estar a cien kilómetros del marco de operaciones.

—¿Quiere decir que sus hormigas asesinas eran autónomas? —preguntó sorprendida Laetitia.

—Por supuesto. Utilizar hormigas no es sólo una manera nueva de matar, es también una nueva forma de pensar un trabajo. ¡Aunque ese trabajo sea una misión de muerte! ¡Es tal vez el summum de la inteligencia artificial! Su padre, señorita Wells, lo comprendió perfectamente. ¡Mire, él mismo lo explica en su libro!

Y les leyó el pasaje de la *Enciclopedia* donde se demuestra que el concepto de hormiguero era capaz incluso de revolucionar la inteligencia artificial informática.

Las hormigas enviadas a casa de los Salta no estaban teledirigidas. Eran autónomas. Pero estaban programadas para llegar a un piso, reconocer un olor, matar todo lo que oliera a ese perfume y hacer desaparecer luego toda huella del asesinato. Otra consigna: suprimir a todos los testigos del drama, si los había. Y no marcharse dejando subsistir una sola fragancia de vida.

Las hormigas circulaban por las alcantarillas y las canalizaciones. Surgían en silencio y mataban perforando los cuerpos desde dentro.

—¡Un arma perfecta e indetectable!

—Y, sin embargo, usted escapó a ellas, comisario Méliés. De hecho, bastaba correr para evitar la muerte. Nuestras hormigas de acero avanzan muy despacio, usted se dio cuenta al venir aquí. Lo que ocurre es que la mayoría de la gente se asusta tanto cuando nuestras hormigas les atacan que se quedan clavados de miedo y sorpresa en vez de precipitarse hacia la puerta para escapar. Además, en nuestros días las cerraduras son tan complicadas que unas manos temblorosas tienen dificultades para abrirlas con la rapidez suficiente para salir antes del ataque. Paradoja de la época: ¡las personas que tenían los mejores sistemas de puertas blindadas han sido las que se han encontrado más acorraladas!

—Así fue como murieron los hermanos Salta, Caroline Nogard, Maximilien MacHarious, el matrimonio Odergin y Miguel Cygneriaz —dijo el policía recapitulando.

—Sí. Eran los ocho promotores del proyecto «Babel». Y enviamos a nuestras matadoras contra su Takagumi porque temíamos que una conexión japonesa se nos hubiese escapado.

—Hemos podido juzgar la eficacia de sus duendecillos, pero, ¿podemos verlos?

La señora Ramírez subió a buscar una hormiga al desván. Había que observarla muy de cerca para darse cuenta de que no se trataba de un insecto vivo, sino de un autómatas articulado. Antena de metal, dos minúsculas cámaras de vídeo de objetivo gran angular a la altura de los ojos, un abdomen proyector de ácido gracias a una cápsula presurizada, mandíbulas inoxidables afiladas como hojas de afeitar. El robot sacaba su energía de una pila de litio situada en el tórax. En la cabeza, un microprocesador gobernaba todos los motores de las articulaciones y trabajaba sobre las informaciones proporcionadas por los sentidos artificiales.

Lupa en mano, Laetitia admiraba aquella obra maestra de miniaturización y de relojería.

—¡Cuántas aplicaciones posibles para este pequeño juguete! Espionaje, guerra, conquista espacial, reforma de los sistemas de inteligencia artificial... Y presenta la apariencia exacta de una hormiga.

—La apariencia no basta —subrayó la señora Ramírez—. Para que el robot resulte verdaderamente eficaz, también ha sido necesario copiar e insuflarle la exacta

mentalidad de una hormiga. ¡Escuche a su padre!
Hojeó la *Enciclopedia* antes de señalarle un pasaje.

166. Enciclopedia

ANTROPOMORFISMO: Los humanos siempre piensan de la misma manera, remitiendo todo a su escala y a sus valores. Porque están satisfechos y orgullosos de sus cerebros. Se encuentran lógicos, se imaginan sensatos. Por eso siempre ven las cosas desde su punto de vista: la inteligencia no puede ser más que humana, igual que la conciencia o la visión. Frankenstein es una representación del mito del hombre capaz de crear otro hombre a su imagen, como Dios creó a Adán. ¡Siempre el mismo molde! Incluso cuando fabrican androides, los humanos reproducen su manera de ser y de comportarse. Tal vez un día se den a sí mismos un presidente-robot, un papa-robot, pero eso no cambiará nada su forma de pensar. ¡Y hay tantas sin embargo! Las hormigas nos enseñan una de esas formas. Los extraterrestres tal vez nos enseñen otras.

Edmond Wells.

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II.

Jacques Méliés masticaba indiferente su chicle.

—Todo eso es muy interesante. Pero, de todos modos, sigue sin aclararse una cuestión que a mí me preocupa mucho. Por qué quisieron matarme a mí, señora Ramírez?

—Bueno, en primer lugar no era de usted de quien desconfiábamos, sino de la señorita Wells. Leíamos sus artículos y sabíamos que ella tenía fundamentos serios. En cuanto a usted, ignorábamos incluso su existencia.

Méliés masticó el chicle más nervioso. Juliette continuó.

—Para vigilar a la señorita Wells, metimos en su casa una de nuestras hormigas mecánicas. Nuestra espía nos transmitió el registro de las conversaciones de ustedes dos y entonces supimos que el más perspicaz era usted. Con su historia del flautista de Hamelín, se acercaba demasiado. Por eso decidimos enviarle la Manada.

—Y por eso yo fui acusada... Por suerte siguieron ustedes con los asesinatos...

—El profesor Miguel Cygneriaz tenía entre sus manos el producto final. Era nuestro objetivo de destrucción prioritaria.

—Y ahora, ¿dónde está el famoso formicida absoluto «Babel»?

—Tras las muertes de Cygneriaz, uno de nuestros comandos hormiga destruyó la probeta que contenía esa infección. Que nosotros sepamos, era la única existente. Esperemos que nuevos investigadores no tengan un día esa idea. Edmond Wells escribió que las ideas están en el aire... ¡Las buenas ideas y las malas!

Y Juliette Ramírez suspiró.

—Bueno, ahora ya lo saben todo. He respondido a todas sus preguntas. No les he

ocultado nada.

La señora Ramírez tendió las manos como si esperase que Méliés fuera a sacar unas esposas de su bolsillo.

—Interrógueme. Deténgame. Encarcéleme. Pero, por favor, deje en paz a mi marido. Es un buen hombre, pero no soportaba la idea de un mundo sin hormigas. Ha querido salvar una riqueza planetaria amenazada por un puñado de sabios locos llenos de orgullo. Por favor, deje a Arthur en paz. De todos modos, ya está condenado por el cáncer.

167. Si no hay noticias, son malas noticias

¿Qué noticias hay de la cruzada?

No hay ninguna noticia.

¿Cómo que no hay ninguna noticia? ¿No ha aterrizado ningún moscardón mensajero procedente de Oriente?

Chli-pu-ni recoge sus antenas junto a sus labiales y las lava con insistencia. Presiente que las cosas no son tan sencillas como ella deseaba. ¿Se habrán agotado acaso las hormigas a fuerza de matar Dedos?

La reina Chli-pu-ni pregunta si el problema de las «rebeldes» se ha arreglado por fin.

Una soldado responde que ahora son doscientas o trescientas y que resulta difícil descubrirlas.

168. Enciclopedia

UNDÉCIMO MANDAMIENTO: Esta noche he tenido un sueño extraño. Imaginaba que París era metido dentro de una vasija transparente por una gran pala. Una vez en la vasija, todo era agitado, hasta el punto de que la torre Eiffel golpeaba la pared de mi cuarto de baño. Todo quedaba patas arriba, yo rodaba por el techo, millares de peatones se aplastaban contra mi ventana cerrada. Los coches chocaban con las chimeneas, las farolas salían del suelo. Los muebles rodaban y yo huía de mi piso. Fuera todo estaba revuelto, el Arco de Triunfo en pedazos, Notre-Dame al revés, con sus torres profundamente clavadas en tierra. Los vagones del Metro brotaban del suelo destripado para escupir su confitura humana. Corría en medio de los escombros y llegaba ante una gigantesca pared de cristal. Detrás había un ojo. Un solo ojo, tan grande como el cielo entero, me observaba. En un momento, el ojo, para ver mi reacción, empezó a golpear, con lo que pienso que era una cuchara gigante, contra la pared. Sonó un ruido de campana ensordecedor. Todos los cristales todavía intactos en los pisos explotaron. El ojo seguía mirándome y era cien veces mayor que un sol. No me gustaría que todo eso se produjese. Desde ese sueño, ya no voy a buscar hormigueros al bosque. Si los míos mueren, no volveré a instalar ninguno más. Ese sueño me ha inspirado un undécimo mandamiento que empezaré aplicando en mí mismo antes de querer imponerlo a mi entorno: no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Y por la palabra «demás» entiendo «todos» los demás.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

169. En el país de las cucarachas

Un gato ve pasar un curioso animal volador. Le golpea a través de la verja del balcón. El escarabajo «Gran Cuerno» cae. 103 tiene apenas tiempo para saltar antes de que el escarabajo toque el suelo.

Recibe el choque con las patas. Trece pisos no dejan de ser una gran altura.

En cuanto al escarabajo, ha tenido menos suerte. Su pesado caparazón explota contra el suelo. Es el fin del valeroso «Gran Cuerno», espléndido combatiente aéreo.

La caída de 103 se ha visto amortiguada por un ancho cubo de basura lleno de desperdicios. Sigue sin soltar su capullo.

Camina por la superficie agrietada y multicolor del cubo de basura. ¡Qué lugar tan mirífico! Aquí todo es comestible y lo aprovecha para sustentarse. Huele a una multitud de aromas y de pestilencias que no tiene tiempo de identificar.

Allá arriba, en un libro de cocina roto, ha descubierto una silueta furtiva. Hay varias. Hay millares de siluetas que la vigilan de reojo. Sus largas antenas se multiplican.

¡O sea que hay insectos que viven en el país de los Dedos!

Los reconoce. Son cucarachas.

Las hay por todas partes. Salen de una caja de conserva, de una zapatilla rota, de una rata dormida, de un paquete de detergente de enzimas glotonas, de un tarro de yogur con *bífidus* activo, de una pila eléctrica partida, de un muelle, de un esparadrapo rojo, de un tubo de tranquilizantes, de un tubo de somníferos, de un tubo de euforizantes, de una caja de congelados de fecha caducada y que por eso ha sido tirada intacta, de una lata de sardinas sin cola ni cabeza. Las cucarachas rodean a 103. La hormiga nunca las ha visto tan gordas. Tienen élitros pardos y larguísimas antenas curvas sin articulaciones. Huelen mal, menos mal que las chinches fétidas, pero tienen un tufo nauseabundo más acre, más matizado en las tonalidades olfativas de la podredumbre.

Sus costados son transparentes y a través de la quitina translúcida se distinguen las vísceras palpitantes, los latidos cardíacos, los chorros de sangre proyectados en las finas arterias. 103 está impresionada.

Una vieja cucaracha de emanaciones fétidas —tendencia melazo rancio—, de élitros amarillentos y patas cubiertas de pequeños garfios, se dirige a 103 en lenguaje olfativo.

Le pregunta qué ha ido a hacer allí.

103 responde que trata de encontrar a los Dedos en su nido.

¡Los Dedos! Todas las cucarachas parecen burlarse de ella.

¿Ha dicho eso? ¿Los Dedos?

Sí, ¿por qué resulta tan sorprendente?

Los Dedos están en todas partes. No resulta difícil encontrarlos, dice la cucaracha vieja.

¿Podéis llevarme a uno de sus nidos?, pregunta la hormiga.

La cucaracha vieja se acerca.

¿Sabes realmente quiénes son los... Dedos?

103 le hace frente.

Son unos animales gigantes.

103 no comprende lo que la cucaracha quiere emitirle.

La anciana le da por fin su respuesta.

Los Dedos son nuestros esclavos.

A 103 le cuesta creerla. ¿Cómo van a ser los gigantes Dedos esclavos de pequeñas cucarachas repugnantes?

Explícate.

La vieja cucaracha cuenta que las cucarachas han enseñado a los Dedos a entregarles todos los días toneladas de víveres diversos. Los Dedos les proporcionan refugio, alimento e incluso calor. Están a sus órdenes y tienen mil delicadezas con ellas.

Por la mañana, en cuanto las cucarachas han terminado de saborear algún tentempié entre las montañas de ofrendas entregadas por unos Dedos, llegan otros Dedos para retirar los platos. Hasta el punto de que siempre tienen para comer, y en abundancia, alimento muy fresco de primera calidad.

Otras cucarachas cuentan que, antes, también ellas vivían en el bosque, y que luego descubrieron el país de los Dedos y se instalaron en él. Desde entonces ya no tienen necesidad de cazar para alimentarse. Los alimentos ofrecidos por los Dedos contienen azúcares, son ricos en grasas, diversos y, sobre todo..., inmóviles.

Hace ya quince años que nuestra antepasada más lejana dejó de practicar la caza menor. Ahora nos llega cada día completamente fresca y servida por los Dedos, afirma una gorda cucaracha de espalda negra.

¿Les habláis a los Dedos?, pregunta 103, sorprendida por lo que percibe, pero también por lo que está obligada a ver: ¡montones de alimento!

La vieja cucaracha le explica que no es necesario hablarles. Ellos mismos obedecen antes de que ninguna cucaracha tenga necesidad de insistir.

¡Y de qué manera! En cierta ocasión, las ofrendas llegaron algo tarde. Las cucarachas habían manifestado su contrariedad golpeando el abdomen contra la pared y, al día siguiente, el alimento llegó a su hora. Por regla general, las basuras llegan todos los días.

¿Podéis llevarme a su nido?, dice la hormiga.

Conciliábulo. No todas parecen estar de acuerdo. La vieja cucaracha emite el resultado de la concertación.

Sólo te guiaremos hasta su nido si eres capaz de afrontar la «prueba sublime».

¿La prueba sublime?

Las cucarachas guían a la soldado hacia la sala de vaciado de basuras, en el primer sótano del inmueble. Allí hay un trastero atestado de muebles viejos, de aparatos de cocina, de cartones.

Las cucarachas guían a 103 hacia un lugar preciso.

¿En qué consiste esa «prueba sublime»?

Una cucaracha le responde que, sencillamente, la operación consiste en encontrar a alguien.

¿A qué alguien? ¿A un adversario?

Sí, a un adversario más zafio que tú, responde, sibilina, una cucaracha.

Caminan en fila india.

Llevan a la hormiga a ese lugar preciso. Allí 103 ve a otra hormiga con los pelos de la cabeza desgredados. Es una soldado de aspecto feroz. También está rodeada de cucarachas.

103 lanza sus antenas hacia delante y percibe una primera anomalía: ¡la hormiga no posee absolutamente ningún olor pasaporte! Es probablemente una mercenaria habituada al combate cuerpo a cuerpo porque sus patas y su tórax están arañados por una multitud de golpes de mandíbula.

No sabe por qué, pero esa hormiga que le presentan en circunstancias tan extrañas le cae mal inmediatamente. No tiene olor, su aspecto es de vagabunda hambrienta, la forma de andar resulta bastante pretenciosa, y no debe haberse lamido desde hace dos días los pelos de patas, ¡vaya una hormiga más desagradable!

¿Quién es ese individuo?, pregunta 103 a las cucarachas que acechan interesadas sus reacciones.

Alguien que ha insistido en verse contigo precisamente, le responden.

103 se hace preguntas. ¿Por qué quiere entrevistarse con ella aquella hormiga y por qué ahora no le habla? 103 observa algo: finge dar cabezadas y luego, de pronto, abre mucho sus mandíbulas en posición de intimidación. ¿Va a someterse la otra, o aceptará el desafío? Y se sitúa en posición de combate frente a la mandíbula que la otra ha desenvainado lo mismo que sus dos sables labiales.

¿Quién eres?

No hay respuesta. La otra acaba de levantar sus antenas.

¿Que haces aquí? ¿Pertenece a la cruzada?

Había que volver a pelear.

103 intenta una intimidación más fuerte basculando el abdomen bajo su tórax, en posición de disparo de ácido a quemarropa. La otra no tiene por qué saber que su reserva de veneno está vacía.

Enfrente, la hormiga reacciona igual. Las dos representantes de la civilización

mirmeceana se tienen respeto delante de las curiosas cucarachas. 103 comprende mejor ahora la prueba. De hecho, las cucarachas quieren asistir a un duelo de hormigas y la vencedora será admitida en su tribu.

A 103 no le gusta matar hormigas pero sabe que su misión es más importante — una cucaracha ha aceptado guardarle el capullo durante la prueba—. Además, el individuo que tiene enfrente le resulta cada vez más patibulario. ¿Quién es esa presuntuosa que no habla y que ni siquiera ha reconocido a 103, la primera hormiga que ha alcanzado el confín del mundo?

Yo soy 103.683.

La otra levanta de nuevo sus antenas pero sigue sin responder. Las dos permanecen en posición de tiro.

No iremos a dispararnos, ¿verdad?, emite 103, diciéndose que probablemente la otra tiene la bolsa de ácido llena.

Escucha a su cuerpo y siente que todavía hay una última gotita en el fondo de la suya. Si dispara deprisa, tal vez logre la ventaja de la sorpresa.

Propulsa su gota con todo el poder de sus músculos abdominales.

Pero, por pura coincidencia, la otra dispara exactamente en el mismo momento, hasta el punto de que las dos gotas se anulan y caen despacio, muy despacio. (¿Muy despacio? Nunca se ha visto que el aire permita al líquido escurrirse, pero no le presta atención.) 103 se lanza contra la otra con sus mandíbulas abiertas y choca contra algo duro. La punta de las mandíbulas de la adversaria golpea precisamente la punta de sus mandíbulas.

103 medita. Su adversaria parece rápida, coriácea, y sabe anticiparse a sus golpes hasta el punto de bloquearlos al segundo y en el lugar exacto donde quiere asestarlos.

En estas condiciones, no es aconsejable una confrontación.

Se vuelve hacia las cucarachas y anuncia que se niega a batirse contra aquella hormiga porque es una roja como ella.

Tendréis que aceptamos a las dos o no aceptar a ninguna.

Las cucarachas no se sorprenden por esa frase. Le anuncian simplemente que ha superado la prueba. 103 no comprende. Entonces se lo explican. De hecho no había adversario, nunca lo ha habido delante de ella. Su única interlocutora ha sido siempre ella misma.

103 continúa sin comprender.

Las cucarachas añaden entonces que la han colocado delante de una pared mágica, recubierta de una sustancia que hace existir «a uno mismo enfrente».

Esto permite aprender muchas cosas sobre los extranjeros. Y, sobre todo, la forma en que se estiman a sí mismos, dice la vieja cucaracha.

¿Qué mejor manera de juzgar a alguien que ponerle en una situación en la que confiesa francamente la forma de reaccionar frente a su propia aparición?

Las cucarachas habían descubierto aquella pared mágica por casualidad. Las reacciones habían sido interesantes. Algunos individuos se batían durante horas contra su propia imagen, otros se insultaban. La mayoría juzgaba al animal que aparecía delante de ellos «digno de ser agredido», porque no tenía olor, o, en cualquier caso, carecía de los mismos olores que ellos.

Pocos trataban de confraternizar desde el principio con su propio reflejo.

Pedimos a los demás que nos acepten y no nos aceptamos a nosotros mismos..., filosofó la cucaracha vieja. ¿Cómo se pueden tener ganas de ayudar a alguien que no está dispuesto a ayudarse a sí mismo? ¿Cómo se puede apreciar a alguien que no se aprecia?

Las cucarachas están muy orgullosas de haber inventado la «prueba sublime». Según ellas no hay ningún animal infinitamente pequeño o infinitamente grande que pueda resistir la visión de su propia persona.

103 se vuelve hacia el espejo al mismo tiempo que su doble.

Evidentemente nunca ha visto un espejo. Por un momento se dice que probablemente sea el prodigio mayor al que ha asistido. ¡Una pared que hace aparecer a otro yo, moviéndose de forma simultánea!

Tal vez 103 haya subestimado a las cucarachas. Si son capaces de fabricar paredes mágicas, ¡tal vez sean realmente las dueñas de los Dedos!

Como has terminado por aceptarte, nosotras te aceptamos, como has terminado por querer ayudarte, nosotras te ayudaremos, le anuncia la vieja cucaracha.

170. El reposo de los guerreros

Laetitia Wells caminaba junto a Jacques Méliés por la calle Phoenix. Guasona, le cogió del brazo.

—Me ha sorprendido que se haya mostrado usted tan razonable. Estaba convencida de que detendría inmediatamente a esa amable pareja de ancianos. Por norma general, los policías son bastante obtusos y siempre siguen a rajatabla el reglamento.

Él se salió por la tangente.

—La psicología humana nunca ha sido su fuerte.

—¡Qué mala fe!

—¡Es normal, usted detesta a los humanos! Nunca ha tratado de comprenderme. No ve en mí otra cosa que un bobo a quien hay que devolver constantemente el camino de la razón.

—¡Pero si no es usted más que un gran bobo!

—Aunque sea un bobo, no es usted quien debe juzgarme. Está llena de prejuicios. No quiere a nadie. Odia a todos los hombres. Para agradarle, es mejor tener seis piernas que dos y mandíbulas en vez de labios. —Afrontó la mirada violeta, ahora endurecida—. ¡Niña mimada! ¡Siempre jactándose de tener razón! Yo, aunque me equivoque, sigo siendo humilde.

—Usted no es más que un...

—Un hombre cansado, que ha demostrado demasiada paciencia con una periodista que pasa el tiempo destruyéndole, sólo para darse importancia ante sus lectores.

—No tiene ningún sentido insultarme, me voy.

—Por supuesto, es mucho más fácil huir que escuchar la verdad. Y se va, ¿adónde? ¿A precipitarse sobre su máquina de escribir y sacar esta historia a plena luz? Prefiero ser un policía que se equivoca a una periodista que tiene razón. He dejado a los Ramírez en paz, pero por su culpa, sólo porque a usted le gusta hacerse la interesante, corren el peligro de acabar sus últimos días entre rejas.

—No le permito...

Iba a darle una bofetada. Él interceptó su muñeca con mano cálida y firme. Sus miradas chocaron, pupilas negras contra pupilas violetas. Bosque de ébano contra océano tropical. Al instante sintieron ganas de echarse a reír, y rieron juntos. A mandíbula batiente.

¡Cómo! Acababan de resolver el enigma de su vida, de entrar en contacto con otro mundo, paralelo y maravilloso, un mundo donde los hombres fabricaban robots solitarios, se comunicaban con las hormigas y dominaban el crimen perfecto. ¡Y estaban allí, en aquella triste calle Phoenix peleándose como niños cuando juntos,

cogidos de la mano, deberían aunar sus pensamientos, reflexionar en esos instantes fuera del tiempo!

Laetitia perdió el equilibrio y, para reír mejor, se sentó en la acera. Eran las tres de la mañana. Eran jóvenes, estaban contentos y no tenían sueño.

Fue Laetitia la primera en recuperar el aliento.

—¡Perdón! —dijo—. ¡Soy una tonta!

—No, tú no. Yo.

—No, yo.

De nuevo la risa los inundó. Un juguista retrasado que volvía a casa algo achispado miró, compadecido, a la joven pareja sin hogar que sólo tenía la acera para divertirse. Méliés ayudó a Laetitia a levantarse.

—Vámonos.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—¿No querrás pasar la noche en la calle?

—¿Y por qué no?

—Laetitia, tú, tan razonable, ¿qué te ocurre?

—Me ocurre que estoy harta de ser tan razonable. Son los no razonables los que tienen razón, quiero ser como todos los Ramírez del mundo.

Él la llevó hacia un rincón, bajo un soportal, para evitar que el rocío de la mañana humedeciese su cabellera sedosa y su cuerpo, tan delicado bajo el fino conjunto negro.

Estaban muy cerca. Sin pestañear, él adelantó la mano para acariciarle el rostro. Ella le esquivó.

171. Una historia de caracoles

Nicolás daba vueltas en su cama.

—Mamá, no consigo perdonarme el haberme hecho pasar por el dios de las hormigas. ¡Qué horror! ¿Cómo puedo repararlo?

Lucie Wells se inclinó sobre él.

—¿Qué es lo que está bien, qué es lo que está mal, y quién puede decidir?

—Evidentemente está mal. Siento vergüenza. He cometido la peor tontería que se pueda imaginar.

—Nunca se sabe con certeza lo que es bueno ni lo que es malo. ¿Quieres que te cuente una historia?

—¡Sí, por favor, mamá!

Lucie Wells se sentó a la cabecera de su hijo.

—Es un cuento chino. Había una vez dos monjes que paseaban por el jardín de un monasterio taoísta. De pronto uno de los dos vio en el suelo un caracol que se cruzaba en su camino. Su compañero estaba a punto de aplastarlo sin darse cuenta cuando le contuvo a tiempo. Agachándose, recogió al animal. «Mira, hemos estado a punto de matar este caracol. Y este animal representa una vida y, a través de ella, un destino que debe proseguir. Este caracol debe sobrevivir y continuar sus ciclos de reencarnación.» Y delicadamente volvió a dejar el caracol entre la hierba. «¡Inconsciente!, exclamó furioso el otro monje. Salvando a ese estúpido caracol, pones en peligro todas las lechugas que nuestro jardinero cultiva con tanto cuidado. Por salvar no sé qué vida, destruyes el trabajo de uno de nuestros hermanos.»

»Los dos discutieron entonces bajo la mirada curiosa de otro monje que por allí pasaba. Como no llegaban a ponerse de acuerdo, el primer monje propuso: «Vamos a contarle este caso al gran sacerdote, él será lo bastante sabio para decidir quién de nosotros dos tiene razón». Se dirigieron entonces al gran sacerdote, seguidos siempre por el tercer monje, a quien había intrigado el caso. El primer monje contó que había salvado a un caracol y por lo tanto había preservado una vida sagrada, que contenía miles de otras existencias futuras o pasadas. El gran sacerdote lo escuchó, movió la cabeza y luego dijo: «Has hecho lo que convenía hacer. Has hecho bien». El segundo monje dio un brinco. «¿Cómo? ¿Salvar a un caracol devorador de ensaladas y devastador de verduras; es bueno? Al contrario, habría que aplastar al caracol y proteger así ese huerto gracias al cual tenemos todos los días buenas cosas para comer». El gran sacerdote escuchó, movió la cabeza y dijo: «Es verdad. Es lo que convendría haber hecho. Tienes razón». El tercer monje, que había permanecido en silencio hasta entonces, se adelantó. «¡Pero si sus puntos de vista son diametralmente opuestos! ¿Cómo pueden tener razón los dos?» El gran sacerdote miró largo rato al tercer interlocutor. Reflexionó, movió la cabeza y dijo: «Es verdad. También tú tienes

razón».

Bajo las sábanas, Nicolás roncaba suavemente, tranquilo. Con ternura, Lucie le arropó.

172. Enciclopedia

ECONOMÍA: Antiguamente los economistas estimaban que una sociedad sana es una sociedad en expansión. La tasa de crecimiento servía de termómetro, para medir la salud de toda estructura: Estado, empresa, masa salarial. Sin embargo, es imposible avanzar siempre hacia delante, con la cabeza gacha. Ha llegado el momento de frenar la expansión antes de que nos desborde y nos aplaste. La expansión económica no puede tener futuro. No existe más que un estado duradero: el equilibrio de fuerzas. Una sociedad, una nación o un trabajador sanos son una sociedad, una nación o un trabajador que no atacan y no son atacados por el medio que les rodea. No debemos tratar de conquistar, sino, al contrario, debemos integrarnos en la Naturaleza y en el Cosmos. Sólo puede haber una consigna: armonía. Interpretación armoniosa entre mundo exterior y mundo interior. Sin violencia y sin pretensiones. El día en que la sociedad humana deje de tener sentimientos de superioridad o de temor ante un fenómeno natural, el hombre estará en homeostasia con su universo. Conocerá el equilibrio. Ya no se proyectará más en el futuro. No se fijará objetivos lejanos. Vivirá en el presente, simplemente.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

173. Epopeya en una alcantarilla

Suben por un corredor rugoso. 103 aprieta entre sus mandíbulas el capullo de mariposa de la misión Mercurio. Subida lenta. A veces una luz alumbrada desde arriba el interminable corredor. Las cucarachas le hacen señas a la hormiga para que se pegue a la pared y recoja sus antenas hacia atrás.

Realmente, conocen bien el país de los Dedos. Porque inmediatamente después de la señal luminosa se oye un barullo espantoso y una masa pesada y olorosa cae a plomo por el corredor vertical.

—¿Has tirado la bolsa de la basura, querido? —Sí. Era la última. Acuérdate de comprar más, y más grandes. En éstas había muy poca cosa.

Los insectos van avanzando, con temor a nuevas avalanchas.

¿Adónde me lleváis?

Adónde quieres ir.

Franquean varios pisos, luego se detienen.

Aquí es, dice la vieja cucaracha.

¿No me acompañáis?, pregunta 103.

No. Un proverbio cucaracha dice: «Cada cual con sus problemas.» Arréglatelas con la ayuda de ti misma. Tú eres tu mejor aliada.

La anciana le indica una anfractuosidad en la trampilla del vertedero de basuras por la que 103 saldrá directamente al fregadero de la cocina.

103 se adelanta por ella apretando con fuerza su capullo.

Pero ¿qué he venido a hacer aquí?, se pregunta. ¡Ella, que tanto miedo tiene a los Dedos, se pasea por el interior mismo de su nido!

Sin embargo está tan lejos de su ciudad, tan lejos de su mundo, que sabe que lo mejor que puede hacer es avanzar, seguir avanzando.

La hormiga anda por aquel país extraño donde todo tiene formas geométricas de una regularidad absoluta. Descubre la cocina mientras mordisquea una miga de pan que ha encontrado.

Para darse ánimos, la última superviviente de la cruzada canturrea una melodía belokaniana.

Llega un momento en que.

El fuego se enfrenta al agua.

El cielo se enfrenta a la tierra.

Lo alto se enfrenta a lo bajo.

Lo pequeño se enfrenta a lo grande.

Llega un momento en que.

Lo simple se enfrenta a lo múltiple.

El círculo se enfrenta al triángulo.

La oscuridad se enfrenta al arco iris.

Pero, mientras tararea esa melodía, siente de nuevo que el miedo se apodera de ella y que sus pasos tiemblan. Cuando el fuego se enfrenta al agua, brota el vapor; cuando el cielo se enfrenta a la tierra, la lluvia lo inunda todo; cuando lo alto se enfrenta a lo bajo, aparece el vértigo.

174. Contacto cortado

—Espero que tu equivocación no tenga demasiadas consecuencias.

Tras el incidente «divino», habían decidido destruir la máquina «Piedra de Roseta». Nicolás estaba arrepentido, desde luego, pero más valía defenderle de cualquier nueva veleidad divina. Después de todo, era un niño. Si el hambre le atenazase demasiado sería capaz de seguir haciendo tonterías. Jasón Bragel sacó el corazón del ordenador y todos lo pisotearon decididamente hasta que sólo quedaron las migajas.

«Contacto con las hormigas definitivamente cortado», pensaron.

Era peligroso creerse demasiado poderoso en un mundo tan frágil. Edmond Wells tenía razón. Era demasiado pronto y el menor error podía tener efectos devastadores para toda su civilización.

Nicolás miró a su padre directamente a los ojos.

—No te preocupes, papá. Probablemente las hormigas no han comprendido gran cosa de lo que les he contado.

—Esperémoslo, hijo mío, esperémoslo.

Los Dedos son nuestros dioses, vocifera en una ardiente feromona una rebelde surgiendo del muro. Al punto una soldado bascula su abdomen bajo su tórax y dispara. La deísta cae al suelo. En un último reflejo, la rebelde coloca su cuerpo humeante en forma de cruz de seis brazos.

175. El ying y el yang

Por la mañana, Laetitia Wells y Jacques Méliés se dirigieron, sin prisa, hacia el piso de la joven periodista. Por suerte, estaba muy cerca. Como los Ramírez, como su tío en el pasado, Laetitia había decidido vivir junto al bosque de Fontainebleau. Su barrio, sin embargo, era más agradable que el de la calle Phoenix. Aquí había calles peatonales con tiendas de lujo, numerosos espacios verdes e incluso un campo de mini-golf, y, por supuesto, una oficina de Correos.

En el salón se quitaron las ropas húmedas y se derrumbaron en los sillones.

—¿Todavía tienes sueño? —preguntó cortésmente Méliés.

—No, yo he dormido algo.

En él, únicamente sus numerosas ojeras daban testimonio de que aquella noche no había pegado ojo, demasiado ocupado en contemplar a Laetitia. Su mente estaba despierta, preparada para nuevos enigmas, para nuevas aventuras. ¡Ojalá ella le propusiera nuevos dragones que matar!

—¿Un poco de hidromiel? Bebida de los dioses del Olimpo y de las hormigas...

—No pronuncies nunca más esa palabra. No quiero volver a oír hablar nunca más de hormigas.

Laetitia se apoyó en el brazo del sillón de Méliés y brindaron.

—¡Por el fin de la investigación sobre los químicos aterrorizados y por el adiós a las hormigas!

Méliés suspiró.

—Me encuentro en un estado... Me siento incapaz de dormir, y al mismo tiempo estoy demasiado cansado para trabajar. ¿Qué te parece si jugáramos una partida de ajedrez, como en los buenos tiempos en que, en la habitación del «Hotel Beau Rivage», acechábamos a las hormigas?

—¡Nada de hormigas! —dijo Laetitia riendo.

«Nunca me he reído tanto en tan poco tiempo», pensaron los dos a la vez.

—Tengo una idea mejor —dijo la joven—. Las damas chinas. Es un juego que no consiste en destruir las piezas del adversario sino en utilizarlas para avanzar con más rapidez las propias.

—Esperemos que no sea demasiado complicado, dado el reblandecimiento de mi cerebro. Enséñame una vez más.

Laetitia Wells fue a buscar una bandeja de mármol en forma hexagonal sobre la que había grabada una estrella de seis puntas.

Enunció las reglas del juego.

—Cada punta de la estrella constituye un campo lleno de diez bolitas de cristal. Cada campo tiene su color. La meta consiste en llevar lo más rápidamente posible las bolas al campo situado justo enfrente. Se avanza saltando sobre las bolas propias o

sobre las del adversario. Basta que haya una casilla libre detrás de una bola para mover. Se pueden saltar tantas bolas como se quiera y en todos los sentidos siempre que haya un espacio libre.

—¿Y si no hay bolas para saltar por encima?

—Se avanza casilla a casilla en todos los sentidos.

—¿Se apodera uno de las bolas que se salta?

—No, al contrario de las damas clásicas, no se come nada. Uno se adapta simplemente a la geografía de los espacios libres para encontrar el camino que debe llevar lo más rápidamente posible al campo de enfrente.

Iniciaron la partida.

Laetitia se abrió pronto una especie de camino, formado por bolas espaciadas por una casilla. Una tras otra, sus piezas tomaron aquella autovía para ir lo más lejos posible.

Méliés hacía lo mismo. Al terminar la primera partida, había colocado todas sus piezas en el campo de la periodista. Todas menos una. Una rezagada olvidada. Mientras él recuperaba la pieza aislada, la joven recuperaba todo el tiempo perdido.

—Has ganado —reconoció el comisario.

—Para ser principiante reconozco que te las has apañado muy bien. Ya has aprendido que no hay que, sobre todo, no hay que olvidarse de ninguna bola. Hay que pensar en sacarlas lo más deprisa posible, pero todas, sin dejar una sola.

Él ya no la escuchaba. Contemplaba el damero, como hipnotizado.

—¿Estás bien, Jacques? —preguntó ella inquieta—. No me extraña, después de una noche como ésta...

—No es mucho. Me siento estupendamente. Pero mira este juego, míralo bien.

—Ya lo miro, ¿qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —exclamó—. ¡Pero si es la solución!

—Creía que ya habíamos encontrado todas las soluciones.

—Pero ésta no —insistió el comisario—. No habíamos encontrado la solución del último enigma de la señora Ramírez. ¿Te acuerdas? Cómo fabricar seis triángulos con seis cerillas. —Ella escrutó en vano el hexágono—. Sigue mirando. Basta con disponer las cerillas en estrella de seis puntas. La que está representada en este juego. ¡Con los dos triángulos interpenetrándose!

Laetitia examinó el damero con más atención.

—Esta estrella es la estrella de David —dijo—. Simboliza el conocimiento del microcosmos, unido al del macrocosmos. Los esponsales de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

—Me gusta ese concepto —dijo el comisario acercando su rostro a la cara de la mujer.

Permanecieron así, rozándose con las mejillas, mientras contemplaban el damero.

—También podríamos llamarlo la unión del cielo y de la tierra —observó él—. En esta figura geométrica ideal, todo se completa, se mezcla y se casa. Las zonas se interpenetran conservando su especificidad. Es la mezcla de lo alto y de lo bajo.

Rivalizaron en comparaciones.

—Del ying y del yang.

—De la luz y las tinieblas.

—Del bien y del mal.

—Del frío y del calor.

Laetitia frunció el ceño buscando otros contrastes.

—¿De la sabiduría y de la locura?

—Del corazón y de la razón.

—Del espíritu y de la materia.

—De lo activo y de lo pasivo.

—La estrella —resumió Méliés— es como tu partida de damas chinas: cada uno parte desde su punto de vista para adoptar luego el del otro.

—De ahí la frase clave del enigma: «Hay que pensar de la misma manera que el otro» —dijo Laetitia—. Pero todavía me quedan asociaciones de ideas que proponerte. ¿Qué piensas de «la unión de la belleza y de la inteligencia»?

—¿Y qué piensas tú de lo masculino y de lo... femenino?

Él acercó más aún su mejilla, erizada por una barba naciente, a la aterciopelada de Laetitia. Y tuvo la audacia de pasar sus Dedos por sus cabellos de seda.

Esta vez ella no le rechazó.

176. Un mundo sobrenatural

103 baja por el fregadero, se arrastra por los bordes del aspirador, toma el pasillo, escala una silla, reptar por una pared, se esconde detrás de un cuadro, vuelve a salir y a bajar, trepa por los rebordes escarpados de la taza del lavabo.

Al fondo hay un pequeño lago, pero no tiene ganas de bajar hasta él. Va al cuarto de baño, aspira el olor mentolado de un tubo de dentífrico mal cerrado, el perfume azucarado de la loción para después del afeitado, salta sobre un jabón de Marsella, se desliza en un frasco de champú al hueco y evita por los pelos ahogarse en él.

Ha visto suficiente. No hay el menor Dedo en aquel nido.

Prosigue su ruta.

Está sola. Se dice a sí misma que es la representación más simple y más reducida de la cruzada. Todo se remite en última instancia a un individuo. Y todavía le queda una elección: estar a favor o en contra de los Dedos.

¿Puede 103, sola, destruirlos a todos?

Probablemente. Pero no será fácil.

¡Sobre todo porque las cruzadas se han visto obligadas a unirse tres mil para matar a uno solo de aquellos gigantes!

Cuanto más piensa en ello, más se dice que debe renunciar a la idea de matar ella sola a todos los Dedos de la Tierra.

Llega delante de un acuario con peces y permanece largos minutos pegada a la pared, contemplando cómo evolucionan aquellos raros pájaros multicolores e indiferentes, irisados de colores fluorescentes.

103 pasa luego bajo la puerta de entrada, toma la escalera principal y sube un piso.

Entra en un segundo aposento y reanuda sus investigaciones: el cuarto de baño, la cocina, el salón. Se pierde en la trampilla de un vídeo, inspecciona durante un momento los componentes electrónicos, vuelve a salir, penetra en un cuarto. Nadie. Ni el menor Dedo en el horizonte.

Halla un pasadizo por el vertedero de basuras y vuelve a subir un piso. Cocina, cuarto de baño, salón. Nadie. Se detiene, escupe una feromona e inscribe en ella sus observaciones sobre las costumbres dedalescas.

Feromona: Zoología

Tema: Los Dedos

Salivadora: 103.683

Año: 100.000.667

Todos los Dedos parecen tener nidos de configuración similar. Son amplias cavernas en roca inexcavable. Tienen forma de cubos y se apilan unas

sobre otras. Esas cavernas están generalmente tibias. El techo es blanco y el suelo está cubierto por una especie de césped coloreado. Sólo van a vivir a ellas muy de vez en cuando.

Sale al balcón, escala la fachada empleando los puvilis adhesivos de sus patas y va a parar a un nuevo piso semejante a los anteriores. Entra en el salón. Por fin aparecen unos Dedos. 103 avanza. Ellos la persiguen para matarla. Apenas tiene tiempo de huir apretando con fuerza su capullo.

177. Enciclopedia

ORIENTACIÓN: La mayoría de las grandes epopeyas humanas han tenido lugar de Este a Oeste. Desde siempre el hombre ha seguido el curso del sol, preguntándose sobre el lugar en que se abismaba la bola de fuego. Ulises, Cristóbal Colón, Atila..., todos han creído que la solución estaba en el Oeste. Partir hacia el Oeste es querer conocer el futuro.

Sin embargo, si algunos se han preguntado «dónde» iban, otros han querido saber «de dónde» venían. Ir hacia el Este es querer conocer los orígenes del sol, pero también sus antepasados. Marco Polo, Napoleón, Bilbo el Hobbit (uno de los héroes de El Señor de los anillos de Tolkien) son personajes del Este. Creyeron que si había algo que descubrir estaba allí, lejos, detrás, donde todo empieza, incluidos los días.

En el simbolismo de los aventureros quedan todavía dos direcciones. Y su significación es la siguiente. Ir hacia el Norte es buscar obstáculos para medir la fuerza propia. Ir hacia el Sur es buscar el descanso y la tranquilidad.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

178. Vagabundeo

103 vaga por el mundo sobrenatural de los Dedos llevando su precioso hatillo. Inspecciona numerosos nidos. A veces están vacíos, a veces unos Dedos la persiguen para matarla.

Durante un momento siente la tentación de renunciar a la misión Mercurio. Sería, de todos modos, una lástima haber hecho un trayecto tan largo y haber realizado tantos esfuerzos para abandonar ahora. Tiene que encontrar Dedos amables. Dedos amistosos hacia las hormigas.

103 inspecciona cerca de un centenar de pisos. Le resulta fácil alimentarse. Hay cantidad de alimentos por todas partes. Pero sola en esos espacios angulosos se siente como en otro planeta donde todo fuese geométrico y estuviese adornado por colores sobrenaturales: blanco brillante, marrón mate, azul eléctrico, naranja vivo, verde amarillo.

¡Qué país tan desconcertante!

Casi ningún árbol, ni planta, ni arena, ni hierbas. Sólo objetos o materiales lisos y fríos.

Casi ninguna fauna. Sólo algunas polillas que huyen cuando se acerca, como si tuviesen miedo de aquella salvaje venida del bosque.

103 se pierde en una bayeta, se debate en una caja de harina, explora cajones de contenidos sorprendentes.

Casi ninguna referencia olfativa o visual. ¡Cuántas formas muertas, cuántos polvos muertos, cuántos nidos vacíos o llenos de monstruos!

En todo hay que buscar el centro, afirmaba Belo-kiu-kiuni. Pero ¿cómo colocar un centro entre esta multitud de nidos cúbicos que se superponen o se pegan unos a otros?

¡Y ella sola, tan sola, tan lejos de las suyas!

Nostálgica, echa de menos la pirámide tranquilizadora de Bel-o-kan, la actividad de sus hermanas, el dulce calor de las trofalaxias, el perfume seductor de las plantas que reclaman sus inseminaciones, la sombra tranquilizante de los árboles. ¡Cómo echa de menos aquellas rocas donde se atiborraba de energía calórica, aquellas pistas feromonales que se deslizan entre las hierbas!

Y, como en otro tiempo la cruzada, 103 avanza, sigue avanzando. Sus órganos de Johnston se ven perturbados por una multitud de ondas extrañas: ondas eléctricas, ondas de radio, ondas luminosas, ondas magnéticas. El mundo más allá del mundo no es más que un caos de falsas informaciones.

Vaga de un inmueble a otro, siguiendo el capricho de un tubo, de una línea telefónica o de una cuerda de la ropa.

Nada. Ninguna señal de acogida. Los Dedos no la han reconocido.

103 está desconcertada.

Cansada, está ya preguntándose para qué sirve todo aquello y por qué hacerlo cuando de repente descubre feromonas insólitas. Una fragancia a hormiga roja de los bosques. Feliz, se abalanza hacia los milagrosos tufos. Cuanto más galopa, más reconoce aquella bandera olorosa: ¡Giu-li-kan, el nido secuestrado por los Dioses poco antes de la partida de la cruzada!

El delicioso perfume la atrae como un imán.

Sí. El nido de Giu-li-kan está allí, intacto. También con su población intacta. Querría hablar con sus hermanas, tocarlas, pero entre ellas se alza una pared dura y transparente que impide cualquier contacto. La Ciudad está encerrada en un cubo. Trepa hasta el techo. En él hay agujeros, demasiado estrechos para poder frotarse las antenas, pero suficientes para emitir a través de ellos.

Las giulikianianas le dicen cómo fueron arrastradas hacia aquel nido artificial. Desde que fueron instaladas en él por la fuerza, cinco Dedos las estudian. No, esos Dedos no son agresivos. No matan. Sin embargo, en cierta ocasión se produjo un hecho insólito. Otros Dedos, que no les resultaban familiares, las raptaron de nuevo, las agitaron sin miramientos y muchas giulikianianas murieron entonces.

Pero, desde que las trajeron aquí, no han vuelto a tener problemas. Los cinco Dedos encantadores las alimentan, velan por ellas y las protegen.

103 se alegra. ¿Habrà alcanzado por fin a esos interlocutores que busca desde hace tanto tiempo?

Mediante olores y gestos, las hormigas prisioneras del nido artificial, le indican la forma de ponerse en contacto con esos Dedos «amables».

179. Fragancia

Augusta Wells estaba en la ronda de comunión. Todos lanzaban el sonido OM y con él se construyó una burbuja espiritual donde todos fueron a acurrucarse unos junto a otros.

Encima, en suspensión irreal, a un metro por encima de sus cabezas y a cincuenta centímetros por debajo del techo, ya no había hambre, ya no había frío, ya no había miedo, se olvidaban de sí mismos, uno no era más que un poco de vapor pesado en suspensión.

Sin embargo Augusta Wells salió precipitadamente de la burbuja. Volvió a materializarse en su cuerpo de carne. No estaba suficientemente concentrada. Algo la preocupaba. Una idea parásita. Permaneció con su mente y su ego en tierra. El incidente Nicolás le daba materia para meditar.

Se decía que el mundo de los humanos debía ser muy impresionante para una hormiga. Las hormigas nunca serán capaces de comprender lo que es un coche, o una cafetera, o un emisor de billetes de tren. Todo eso está más allá de su imaginación. Augusta Wells se dijo que la distancia entre el universo hormiga y ese universo humano incomprensible quizá fuese la misma que la que separa el universo humano de una dimensión superior (¿divina?).

Tal vez exista un Nicolás en una dimensión espacio-tiempo superior. Uno se pregunta por qué Dios actúa como lo hace, pero, en realidad, tal vez sea un chiquillo inconsciente que se divierte para pasar el rato.

¿Cuándo le dirán que es la hora de merendar y que debe dejar de jugar con los humanos?

Augusta Wells estaba aturdida por esta idea y, al mismo tiempo, preocupada.

Si las hormigas son incapaces de imaginar un emisor de billetes de tren, ¿qué máquinas, qué conceptos originales deben manipular los dioses del espacio-tiempo superior?

No eran más que reflexiones gratuitas e inútiles. Se reconcentró y volvió a encontrarse en la mullida burbuja de las mentes del grupo.

180. El objetivo se acerca

Todo está lleno de ruidos, de olores y de calores. Aquí hay Dedos vivos, es evidente.

103 se acerca a la zona de ruidos y de vibraciones tratando de no perderse demasiado en la jungla de la espesa moqueta roja. Su camino está sembrado de obstáculos blandos. Por el suelo hay una multitud de tejidos variopintos.

La última cruzada sube a la chaqueta de Jacques Méliés, luego a su pantalón, prosigue su camino pisando un traje chaqueta de seda negra y desciende las montañas rusas formadas por el sostén de Laetitia Wells. Avanza hacia la zona de turbulencias.

Frente a ella hay un lienzo de cubrecama de punto, y lo escala. Cuanto más sube, más se mueve aquello. Hay perfumes de Dedos, calores de dedos, ruidos de Dedos, están allá arriba, seguro. Por fin va a encontrarse con ellos. Quita el tapón de su capullo de mariposa y libera su tesoro. La misión Mercurio toca a su fin. Escala la cima de la cama.

Que pase lo que tenga que pasar.

Laetitia Wells cerró sus ojos violeta, sentía la energía yang de su compañero mezclándose a su energía ying. Sus cuerpos unidos danzaban acompasados. Cuando Laetitia volvió a abrir los ojos, se sobresaltó. Prácticamente frente a su nariz tenía una hormiga que blandía entre sus mandíbulas un mínimo papelito doblado.

La visión fue suficiente para desconcentrarla. Dejó de moverse, se incorporó y deshizo el abrazo.

Jacques Méliés quedó sorprendido por aquella brusca interrupción.

—¿Qué pasa?

—¡Hay una hormiga en la cama!

—Ha debido escaparse de tu terrario. ¡Por hoy ya tenemos suficientes hormigas, échala y sigamos con lo que estábamos!

—No, espera, ésta no es como las demás. Tiene algo extraordinario.

—¿Es uno de los robots de Arthur Ramírez?

—No, es una hormiga completamente viva. Y tal vez no me creas, pero tiene un trozo de papel doblado entre sus mandíbulas y parece querer dárnoslo.

El comisario refunfuñó pero consintió en verificar la información. En efecto, vio a una hormiga que transportaba un trozo de papel doblado.

103 distingue ante ella un navío lleno de dedos.

Por regla general el animal dedalesco se descompone en dos rebaños de cinco Dedos. Pero éste debe ser un animal superior porque es más grueso y dispone, no de dos, sino de cuatro rebaños de cinco Dedos. Es decir, veinte Dedos que retozan a partir de una estructura principal rosa.

103 avanza y tiende la carta con el extremo de las mandíbulas, intentando no dejarse dominar por el miedo natural que le inspiran aquellas entidades

extravagantes.

Vuelve a pensar en el episodio de la batalla contra los Dedos del bosque y siente deseos de huir con todas sus patas. Pero sería demasiado estúpido no dar la cara cuando está a punto de alcanzar su objetivo.

—Trata de saber qué es lo que tiene entre sus mandíbulas.

Jacques Méliés adelantó muy despacio su mano hacia la hormiga, murmurando.

—¿Estás segura de que no va a mordirme o a rociarme con ácido fórmico?

—¿Vas a decirme que tienes miedo de una hormiguita? —le cuchicheó Laetitia al oído.

Los Dedos se acercan y el miedo la invade. 103 recuerda las lecciones que le enseñaban en Bel-o-kan cuando era pequeña. Frente a un depredador, hay que olvidar que él es el más fuerte. Hay que pensar en otra cosa. Permanecer tranquila. El depredador siempre espera a que huyan delante de él y tiene un comportamiento adaptado a esa huida. Pero si te quedas ahí, frente a él, imperturbable, sin manifestar temor, se desconcierta y no se atreve a atacar.

Los cinco Dedos avanzan tranquilamente a su encuentro.

No parecen nada desconcertados.

—¡Sobre todo, no la asustes! Espera, más despacio, en caso contrario huirá.

—Estoy seguro de que si no se mueve es porque espera a que yo esté cerca para mordirme.

Sin embargo, continuó deslizando su mano a velocidad lenta aunque regular.

Los Dedos que se acercan a ella parecen indolentes. Ni la menor señal de comportamiento hostil. Desconfianza. Debe ser una trampa. Pero 103 se obliga a no huir.

No tener miedo. No tener miedo. No tener miedo. Vamos, se dice, he venido de muy lejos para entrar en contacto con ellos y ahora que están ahí; sólo tengo ganas de una cosa: poner patas en polvorosa y largarme. Valor, 103, ya te has enfrentado a ellos y no estás muerta.

No resulta fácil, sin embargo, ver cinco bolas rosas diez veces más altas y más voluminosas que tú avanzando y decirse que, a pesar de todo, lo que hay que hacer es no moverse.

—Despacio, despacio, ya ves que la asustas: sus antenas no paran de temblar.

—Déjame, ¿no ves que se está acostumbrando al avance progresivo de mi mano? Los animales no sienten miedo ante fenómenos lentos y regulares. Despacio, despacio, despacio.

Es instintivo. Cuando los Dedos están a menos de veinte pasos, 103 siente la tentación de abrir todo lo posible las mandíbulas para atacar. Pero en sus mandíbulas está el papel doblado. Está amordazada, no puede siquiera morder. Lanza la punta de sus antenas hacia delante.

En su cabeza se produce una aceleración. Sus tres cerebros dialogan y cada uno quiere imponer su opinión.

—¡Huyamos!

—¡Que no cunda el pánico! No hemos hecho un viaje tan largo para nada.

—¡Nos van a aplastar!

—De cualquier modo, los Dedos están demasiado cerca para que nos dé tiempo a huir.

—Párate, está muerta de miedo —le conminó Laetitia Wells. La mano se detuvo. La hormiga retrocedió tres pasos y luego se quedó inmóvil.

—Ves, cuando me paro es cuando más miedo tiene.

Durante un instante, 103 espera una tregua pero los Dedos siguen avanzando. Si no hace nada, en unos pocos segundos, terminarán por tocarla. 103 ya ha podido comprobar lo que era un papirotazo de los Dedos. Se acuerda de dos actitudes ante lo desconocido: actuar o sufrir. ¡Y como no puede sufrir, actúa!

Formidable: ¡la hormiga acababa de subírsele a la mano! Jacques Méliés estaba encantado. Pero la hormiga avanzaba, corría sobre él, utilizaba su brazo como trampolín, saltaba y se subía al hombro de Laetitia Wells.

103 avanza con pasos prudentes. Aquí huele mejor que en el otro Dedo. Se toma su tiempo para analizar todo lo que ve y todo lo que siente. Si sale bien librada de esta aventura, más tarde le servirá para su feromona zoológica sobre los Dedos. Posarse sobre un Dedo resulta de lo más curioso. Es una superficie plana rosa claro, rayada de estrías, y a intervalos regulares se descubren en ella pequeños pozos llenos de un sudor de olor dulce.

103 da unos pasos sobre la redondez blanca del hombro de Laetitia Wells. Ésta no se mueve, tiene demasiado miedo de aplastar a la hormiga. El insecto escala el cuello, cuya textura satinada le encanta. Avanza por la boca y apoya todo el peso de sus patas sobre sus almohadillas de rosa oscuro. Se extravía un momento en la gruta de la nariz derecha de Laetitia que hace cuanto puede para no estornudar.

Sale de la nariz y se asoma por encima del globo del ojo izquierdo. Es húmedo y móvil. No se aventura en él por miedo a que se le queden pegadas las patas. Hace bien, porque una especie de gran membrana terminada por un cepillo negro recubre ya el globo del ojo.

103 prosigue el camino del cuello y luego se desliza entre los senos. Vaya, ¡hay pecas en las que tropieza! Luego, encantada por la textura fina de los senos, parte al asalto de un pezón cuya cima rosácea es tornasolada. Se detiene sobre ella para tomar algunas notas. Sabe que está sobre un Dedo y que el Dedo la autoriza a inspeccionarlo. Las giulikanianas tienen razón. Estos Dedos no son realmente agresivos. Desde la punta del seno tiene una vista espléndida del otro seno y el valle del vientre.

Desciende y admira aquella superficie clara, cálida, mullida.

—No te muevas, se está acercando a tu ombligo.

—Me gustaría no moverme, pero me hace cosquillas.

103 cae en el pozo del ombligo, vuelve a subir, galopa por los largos muslos, escala la rodilla, vuelve a bajar por el tobillo y escala el contrafuerte del pie.

Desde allí ve cinco pequeños Dedos obesos y atrofiados cuyos extremos están coloreados de rojo. Vuelve a subir por la pierna. Corre por la pantorrilla, se desliza sobre su piel blanca y lisa. Trota por aquel desierto tibio, rosado, de grano suave. Pasa por la rodilla y sube hacia la parte superior de los muslos.

181. Enciclopedia

SEIS: La cifra seis es una buena cifra para construir una arquitectura. Seis es el número de la Creación. Dios creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. Según Clemente de Alejandría, el Universo fue creado en seis direcciones diferentes: los cuatro puntos cardinales, el Cenit (el punto más alto) y el Nadir (el punto más bajo en relación al observador). En la India, la estrella de seis puntas, llamada Yantra, significa acto de amor, interpretación del Yoni y del Lingam. Para los hebreos, la estrella de David, también llamada de Salomón, representa la suma de todos los elementos del Universo. El triángulo que apunta hacia lo alto representa el fuego. El que apunta hacia abajo representa el agua.

En alquimia se considera que a cada punta de la estrella de seis brazos le corresponden un metal y un planeta. La punta superior es Luna-plata. Luego, de izquierda a derecha vienen: Venus-cobre, Mercurio-mercurio, Saturno-plomo, Júpiter-estaño, Marte-hierro. La hábil combinación de los seis elementos y de los seis planetas produce en su centro el Sol-oro.

En pintura, la estrella de seis puntas se emplea para mostrar todas las asociaciones posibles de colores. La unión de todos los tintes produce una luz blanca en el hexágono central.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

Sexto arcano



El imperio de los dedos

182. Más cerca todavía del final

103 sube hacia lo alto de los muslos pero cinco Dedos largos se acercan, aterrizan y le cortan el camino antes de que llegue a la ingle. La inspección ha terminado.

103 tiene miedo a ser aplastada. Pero no, los Dedos se quedan allí, colocados como si la esperasen para una cita. Decididamente las giulikanianas tenían razón, estos Dedos no son de mala pasta. Ella sigue viva. Se levanta sobre sus patas traseras y tiende su misiva hacia el cielo.

Laetitia Wells acercó despacio las largas uñas barnizadas del pulgar y del índice y, utilizándolas como una larga pinza, cogió el papel doblado.

103 vacila, luego abre ampliamente sus mandíbulas y entrega su preciosa carga.

¡Tantas hormigas muertas para este instante mágico!

Laetitia Wells depositó el papel en el hueco de su palma. Medía la cuarta parte de un sello, pero se distinguían unos pequeños caracteres inscritos en las dos caras de su superficie. Era tan diminuto que resultaba ilegible, pero de todos modos se reconocía una escritura humana.

—Creo que esta hormiga nos trae el correo —dijo Laetitia tratando de leer el diminuto papel.

Jacques Méliés fue a buscar su gruesa lupa luminosa.

—Con esto será más fácil descifrar la carta.

Depositaron a la hormiga en un pequeño frasco, se vistieron y luego se inclinaron con la lupa sobre el papelito.

—Tengo buena vista —afirmó Méliés—, pásame una pluma y anotaré las palabras que distinga, luego trataré de imaginar las que faltan.

183. Enciclopedia

TERMITA: A veces hablo con sabios especialistas en termitas. Me dicen que mis hormigas son, desde luego, interesantes pero que no han conseguido la mitad de lo que han conseguido las termitas.

Es cierto.

Las termitas son los únicos insectos sociales, probablemente los únicos animales, que han creado una «sociedad perfecta». Las termitas se organizan en una monarquía absoluta en la que cada individuo se siente feliz de servir a su reina, en la que todas se comprenden y se ayudan entre sí, en la que nadie alimenta la menor ambición o la menor preocupación egoísta.

Es, ciertamente, en la sociedad termita donde la palabra «solidaridad» adquiere su sentido más fuerte. Tal vez porque la termita fue el primer animal que construyó ciudades, hace más de doscientos millones de años.

Sin embargo, en ese logro mismo reside su propia condena. Por definición, lo que es perfecto no puede ser mejorado. La ciudad termita ignora por tanto todo cuestionamiento, toda revolución, toda revuelta interna. Es un organismo puro y sano que funciona tan bien que no hay que hacer otra cosa que gozar de esa felicidad entre sus corredores labrados y construidos con un cemento extremadamente sólido.

En cambio, la hormiga vive en un sistema social mucho más anárquico. Avanza cometiendo errores y, en todo lo que emprende, empieza por cometer errores. Nunca está satisfecha con lo que posee, lo prueba todo, incluso arriesgando su vida.

El hormiguero no es un sistema estable sino una sociedad que tantea de forma permanente, probando todas las soluciones, incluso las más aberrantes, con riesgo a veces de su propia destrucción.

En mi opinión, éstas son otras tantas razones para interesarse más por las hormigas que por las termitas.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

184. Desciframiento

Tras varios minutos de desciframiento, Méliés consiguió una carta.

«Socorro. Somos diecisiete personas atrapadas bajo un hormiguero. La hormiga que os ha transmitido este mensaje es favorable a nuestra causa. Ella os indicará el camino para venir a salvarnos. Hay una gran losa de granito encima de nosotros, venid con picos y perforadoras. Deprisa. Jonathan Wells. »

Laetitia Wells se puso de pie.

—¡Jonathan! ¡Jonathan Wells! ¡Pero si es mi primo Jonathan el que pide ayuda!

—¿Le conoces?

—Nunca le he visto pero, de cualquier modo, es mi primo. Se le creía muerto, desaparecido en la bodega de la calle de los Sybarites... ¿No te acuerdas del caso de la bodega de mi padre Edmond? ¡Él fue una de las primeras víctimas!

—Parece que está vivo, pero prisionero con todo un grupo de gentes debajo de un hormiguero.

Méliés examinó el papelito. Aquel mensaje era como una botella arrojada al mar. Había sido escrito por una mano temblorosa, tal vez por un agonizante. ¿Cuánto tiempo hacía que la hormiga transportaba aquella carta? Sabía que esos insectos caminan muy despacio.

Había otro asunto que le preocupaba. Evidentemente la carta había sido escrita en una hoja de tamaño normal, reducida luego múltiples veces mediante fotocopiadora. ¿Estaban, por tanto, lo bastante bien instalados allá abajo como para poseer una fotocopiadora y para tener, por consiguiente, electricidad?

—¿Crees que es cierto?

—¡No veo otra situación que pueda explicar que una hormiga ande de acá para allá con una carta!

—De todos modos, ha sido el azar el que ha impulsado a este insecto a llegar justo hasta tu casa. El bosque de Fontainebleau es grande, la ciudad de Fontainebleau mayor aún a escala de las hormigas, y esta mensajera ha conseguido, pese a todo, dar con tu casa situada en un cuarto piso... ¿No te parece algo fuerte?

—No, en ocasiones hay una posibilidad sobre un millón de que ciertas cosas se produzcan y aun así se producen.

—Pero ¿te imaginas a unas personas «acorraladas» debajo de un hormiguero, personas cuya vida depende de la buena voluntad de unas hormigas? Es imposible, ¡un hormiguero se destruye de un taconazo!

—Hablan de una losa gigante de granito que estaría bloqueándoles.

—Pero ¿cómo puede uno meterse debajo de un hormiguero? Hay que estar realmente chalado. ¡Es una broma!

—No. El enigma de la bodega misteriosa de mi padre que devoraba a quienes se

aventuraban en ella era un misterio. Ahora el problema estriba en socorrer a los cautivos. No hay tiempo que perder y sólo hay un ser que puede ayudarnos.

—¿Quién?

Señaló el fraseo donde 103 se debatía.

—Ella. La carta dice que puede guiarnos hasta mi primo y sus compañeros.

Sacaron a la hormiga de su cárcel de cristal. No tenían a mano producto radiactivo alguno para marcarla. Por eso, Laetitia Wells untó con una gotita de su laca roja la frente del insecto para estar segura de distinguirla entre todas las demás hormigas.

—¡Vamos, preciosa, enséñanos el camino!

Contra toda esperanza, la hormiga no se movió.

—¿Crees que está muerta?

—No, sus antenas se agitan.

—Entonces ¿por qué no avanza?

Jacques Méliés la empujó con el Dedo.

Ninguna reacción. Sólo movimientos de antenas cada vez más nerviosos.

—Se diría que no tiene ganas de llevarnos —observó Laetitia Wells—. Sólo veo un modo de resolver este problema: hay que... hablarle.

—De acuerdo. Excelente ocasión para ver cómo funciona la máquina «Piedra de Roseta» del bueno de Arthur Ramírez.

185. Una tierra que construir

24 no sabe cómo abordar el problema. Crear una comunidad utópica entre especies es muy hermoso. Hacerlo con el apoyo de un vegetal y con la protección del agua es todavía mejor. Pero ¿cómo arreglárselas para que todo el mundo se entienda?

Las deístas pasan la mayor parte de su tiempo reproduciendo sus estatuas en forma de monolitos y pretenden disponer de un rincón para enterrar a sus muertos.

Las termitas han encontrado un grueso trozo de leña seca y permanecen encerradas. Las abejas instalan una mini colmena en las ramas del cornífero. En cuanto a las hormigas, acondicionan una sala que servirá de jardín para la cría de hongos.

Todo funciona normalmente; ¿por qué ha de preocuparse 24 por querer ordenarlo todo? Cada una hace lo que le place en su rincón, siempre que no moleste a las demás.

Por la noche, todos los miembros de la comunidad se reúnen en una celda de la cornígera y se cuentan historias de su mundo.

Es ese instante trivial, ese instante en el que todos los insectos de todas las especies tienden sus antenas para escuchar relatos olfativos de guerreras abejas o de arquitectas termitas, el principal lazo de unión de la comunidad.

La Comunidad de la Cornígera está unida por una suma de leyendas y de cuentos. De sagas olfativas. Sencillamente.

La religión de las deístas no es otra cosa que una historia más entre el resto de las historias. Y nadie se permitiría juzgarla verdadera o falsa, sólo importa un criterio: que permita soñar. Y el concepto de dios permite hacerlo...

24 propone reunir las más hermosas leyendas hormiga, abeja, termita o escarabajo en unas cubas semejantes a las de la Biblioteca química.

La noche azul marino aparece en un orificio-ojo de buey de la cornígera, iluminada por una luna llena y blanca.

Esa noche hace calor y los insectos deciden contarse sus historias en la playa.

Un insecto emite.

...el rey termita daba vueltas desde hacía dos ciclos alrededor de la cámara nupcial de su reina cuando, de pronto, los equipos de excavación del árbol señalaron que un coleóptero carcoma perturbaba las pulsiones eróticas de la soberana...

Otro.

...y entonces surge una avispa negra. Carga contra mí, con el aguijón por delante. Yo apenas tengo tiempo de...

Todas se estremecen con el mismo miedo retrospectivo de la abeja askoleína.

El perfume de los junquillos de alrededor y el vaivén del rumor apacible del agua acariciando la orilla las tranquilizan.

186. El juicio final

Arthur Ramírez les recibe calurosamente, ya se encontraba mejor. Les agradeció que no los hubieran denunciado a la Policía. La señora Ramírez no se hallaba en casa, había ido al programa «Trampa para pensar».

La periodista y el policía le explicaron que se había producido un hecho nuevo: por increíble que pudiera parecer, una hormiga había ido a llevarles un mensaje manuscrito.

Le mostraron la carta y Arthur Ramírez comprendió inmediatamente el problema. Se mesó los pelos de su barba blanca y luego aceptó poner en funcionamiento su máquina «Piedra de Roseta».

Los llevó al desván, puso en marcha varios ordenadores, iluminó los frascos de perfumes productores de feromonas y agitó unos tubos transparentes para evitar los posos.

Con mil precauciones, Laetitia sacó a 103 de su frasco y Arthur la instaló bajo una campana de cristal.

De aquella campana salían dos tubos: uno aspiraba las feromonas olorosas de la hormiga, el otro le transmitía las feromonas artificiales que traducían los mensajes humanos.

Ramírez se sentó delante de su mesa de mando, reguló varios botones, verificó unos testigos luminosos e hizo girar los potenciómetros. Todo estaba preparado. Sólo quedaba poner en marcha el programa que reproducía las palabras humanas como perfumes hormiga. Su diccionario francés-hormiga comprendía cien mil palabras y cien mil matices de feromonas.

El ingeniero se colocó delante del micrófono y articuló con cuidado.

Emisión: Saludos.

Apretó un botón y la pantalla transformó la frase en fórmula química, transmitida inmediatamente a los frascos de perfumes, que se vaciaron según la dosis exacta del diccionario informático. Cada palabra con su olor específico.

La pequeña nube que contenía el mensaje fue propulsada a la tubería gracias a una burbuja de aire y llegó a la campana.

La hormiga agitó sus antenas.

Saludos.

Mensaje recibido.

Un fuelle limpió la campana de cualquier tufo parásito para que el mensaje de respuesta pudiera ser perfectamente captado.

Vibraron los tallos sensitivos.

La nube respuesta remontó el bulto transparente llegó hasta el espectrómetro de masa y hasta el cromatógrafo, que lo descompusieron molécula a molécula para

obtener cada líquido correspondiente a una palabra.

Poco a poco en la pantalla del ordenador fue apareciendo una frase.

Y, de forma simultánea, un sintetizador vocal la pronunció.

Todos oyeron la respuesta de la hormiga.

Recepción: *¿Quiénes son ustedes? Comprendo mal sus feromonas.*

Laetitia y Méliés estaban maravillados. ¡La máquina de Edmond Wells funcionaba de verdad!

Emisión: Te encuentras en el interior de una máquina que puede servir para comunicarse a humanos y a hormigas. Gracias a ella podemos hablar y comprenderte cuando emites.

Recepción: *¿Humanos? ¿Qué es eso de humanos? ¿Una especie de Dedos?*

Aparentemente, y resultaba una sorpresa, la hormiga apenas estaba impresionada por la máquina. Respondía sin problemas y parecía incluso conocer a aquellos a los que llamaba «Dedos». Por lo tanto, podía establecerse un diálogo. Arthur Ramírez cogió el micrófono.

Emisión: *Sí, nosotros somos la prolongación de los Dedos.*

La respuesta sonó en el altavoz situado encima del aparato.

Recepción: *Entre nosotras os llamamos Dedos. Yo prefiero llamaros Dedos.*

Emisión: *Como quieras.*

Recepción: *¿Quiénes sois? No sois el doctor Livingstone, supongo...*

Los tres se quedaron pasmados. ¿Cómo había podido oír hablar una hormiga del doctor Livingstone y de la frase famosa: «Es usted el doctor Livingstone, supongo»? Al principio creyeron que había un error de ajuste del traductor o un desajuste en el mecanismo del diccionario francés-hormiga. A ninguno se le ocurrió reírse o imaginar que tal vez estaban en presencia de una hormiga dotada de humor. Se preguntaron más bien quién sería aquel doctor Livingstone que las hormigas conocían.

Emisión: *No, no somos el «doctor Livingstone». Somos tres humanos. Tres Dedos. Nuestros nombres son Arthur, Laetitia y Jacques.*

Recepción: *¿Cómo han aprendido a hablar el terrestre?*

Laetitia cuchicheó.

—Debe querer decir que cómo sabemos hablar el lenguaje oloroso de las hormigas. Evidentemente creen ser los únicos verdaderos Terrestres de referencia...

Emisión: *Es un secreto que nos ha sido transmitido por azar. Y tú, ¿quién eres?*

Recepción: *103.683, pero mis compañeras prefieren llamarme 103 a secas. Soy una asexual de la casta de las soldados exploradoras. Vengo de Bel-o-kan, la ciudad más grande del mundo.*

Emisión: *Y ¿por qué nos has traído este mensaje?*

Recepción: *Los Dedos que viven debajo de nuestra ciudad nos han pedido*

transmitiros ese paquete. Han bautizado esta tarea con el nombre de «misión Mercurio». Como yo era la única que con anterioridad me había acercado a los Dedos, mis hermanas pensaron que también sería la única en poder realizarlo.

103 se guardó mucho de precisar que, además, era la principal guía de una cruzada que debía eliminar a todos los Dedos de la Tierra.

Los tres tenían preguntas que hacer individualmente a la locuaz hormiga, pero Arthur Ramírez siguió llevando las riendas de la conversación.

Emisión: *En la carta que nos has entregado, se dice que hay gentes, perdón, Dedos, atrapados debajo de tu ciudad y que sólo tú puedes guiarnos hasta ellos para que les ayudemos.*

Recepción: *Es exacto.*

Emisión: *Entonces, indícanos el camino y te seguiremos.*

Recepción: *No.*

Emisión: *¿Y por qué no?*

Recepción: *Antes debo conocerlos. En caso contrario, ¿cómo saber que puedo confiar en vosotros?*

Los tres humanos quedaron tan sorprendidos que no supieron responder.

Sentían, desde luego, mucha simpatía, estima incluso, por las hormigas, pero, de ahí a oír a uno de aquellos animalejos decirles abiertamente «no», había un abismo. Aquel pequeño grumo negro descarado tenía bajo aquella campana, entre sus patas, la vida de diecisiete personas. ¡Podían aplastarla con un simple golpe de pulgar y se negaba a ayudarles con el pretexto de que no le habían sido presentados!

Emisión: *¿Por qué quieres conocernos?*

Recepción: *Sois grandes y fuertes, pero ignoro si os guían las buenas intenciones. ¿Sois monstruos, como cree nuestra reina Chli-pu-ni? ¿O dioses omnipotentes, como piensa 23? ¿Sois peligrosos? ¿Sois inteligentes? ¿Sois bárbaros? ¿Sois muchos? ¿Dónde está vuestra tecnología? ¿Sabéis utilizar herramientas? Debo conocerlos antes de decidir si merece o no merece la pena salvar a algunos de los vuestros.*

Emisión: *¿Quieres que cada uno de nosotros tres te cuente su vida?*

Recepción: *No es a vosotros tres a quienes deseo comprender y juzgar, sino al conjunto de vuestra especie.*

Laetitia y Méliés se miraron. ¿Por dónde empezar? ¿Iban a verse obligados a contarle a aquella hormiga las civilizaciones de la Antigüedad, la época medieval, el Renacimiento, las guerras mundiales? En cuanto a Arthur, parecía encantarle aquella discusión.

Emisión: *Entonces, haznos preguntas. Nosotros te responderemos y te explicaremos nuestro mundo.*

Recepción: *Sería demasiado fácil. Presentaríais vuestro mundo bajo su mejor*

aspecto, aunque sólo fuera para poder salvar a vuestros Dedos prisioneros de nuestra ciudad. Debéis encontrar un medio para informarme de manera más objetiva.

¡Qué cabezota era aquella 103! Ni siquiera Arthur sabía ya qué decir para convencerla de su buena fe. En cuanto a Méliés, bufaba. Volviéndose a Laetitia, declaró furioso.

—Muy bien. Vamos a salvar a tu tío y a sus compañeros sin la ayuda de esa hormiga pretenciosa. Arthur, ¿tiene usted un mapa del bosque de Fontainebleau?

Sí, tenía uno, pero el bosque de Fontainebleau contaba con diecisiete mil hectáreas y no eran hormigueros precisamente lo que faltaban en ellas. ¿Dónde buscar? ¿Del lado de Barbizon, bajo las rocas de Apremont, junto a la charca de Franchard, en las arenas de las alturas de la Solle?

Podrían pasar años buscando. Nunca descubrirían Bel-o-kan por sus propios medios.

—No vamos a dejar que venga una hormiga aquí a humillarnos, ¿no? —dijo nervioso Méliés.

Arthur Ramírez defendió a su huésped.

—Lo único que quiere, antes de introducirnos en su nido, es comprendernos mejor. Y tiene razón. En su lugar, yo obraría del mismo modo.

—Pero ¿cómo darle una visión «objetiva» de nuestro mundo?

Pensaron. ¡Un enigma más! Jacques Méliés terminó por exclamar.

—Se me ocurre una idea.

—¿En qué consiste? —preguntó Laetitia, que siempre desconfiaba de las iniciativas fogosas del comisario.

—La Televisión. ¡La Te-le-vi-sión! Claro, con la Televisión nos posamos sobre el conjunto de la especie humana, palpamos el pulso de la Humanidad entera. La Televisión muestra todos los aspectos de nuestra civilización. Contemplando la televisión, nuestra 103 estará en condiciones de juzgar en su alma y en su conciencia lo que somos y lo que valemos.

187. Feromona

LEYENDA MIRMECEANA

Desciframiento autorizado

Feromona memoria n° 123

Tema: Leyenda Salvadora

Reina: Chli-pu-ni

Contaré la leyenda de los dos árboles. Dos hormigueros de especies enemigas vivían cada uno sobre un árbol. Los dos árboles eran vecinos. Pero ocurrió que una rama empezó a brotar lateralmente para reunirse con el otro árbol, de modo que cada día la rama se acercaba un poco más. Las dos especies sabían que, cuando la rama franquease el espacio entre los dos árboles, se produciría la guerra. Pero ninguna tomó la delantera. La guerra no empezó sino el día en que la rama rozó el árbol vecino. Los combates fueron despiadados. Esta historia muestra que existe un momento preciso para hacer las cosas. Antes, resulta demasiado pronto; después, demasiado tarde. Cada cual sabe intuitivamente cuál es el momento oportuno.

188. El peso de las palabras, el impacto de las imágenes

Instalaron a 103 ante un pequeño televisor a color de cristales líquidos retro-iluminados. Como la pantalla seguía siendo demasiado grande para la hormiga, dispusieron delante una lupa al revés que reducía a su centésima parte la estatura de las imágenes. De este modo la hormiga tenía una visión televisada perfecta.

En cuanto al sonido, Arthur enchufó el altavoz del televisor frente al micrófono de la «Piedra de Roseta». De este modo la exploradora belokaniana podía disfrutar de la imagen y del sonido-perfume de la televisión de los Dedos.

Por supuesto, no percibiría ni la música ni los ruidos; con ese procedimiento comprendería sólo lo esencial de los comentarios y de los diálogos.

103 produjo una gota de saliva donde esperaba anotar sus observaciones sobre las costumbres dedaleras. De ellas deduciría luego lo que valían aquellos animales.

Arthur Ramírez enchufó el televisor. Apretó al azar una tecla de su mando a distancia.

Cadena 341: «Con Krak-Krak os libraréis fácilmente de las...»

Jacques Méliés dio un brinco y zapeó al instante. ¡Su brillante idea no estaba exenta de riesgos!

Recepción: *¿Qué es eso? —pregunta 103.*

Angustia entre los humanos. Se apresuran a tranquilizarla.

Emisión: *Nada más que publicidad de un alimento. Nada interesante.*

Recepción: *No, ¿qué es eso, esa luz plana?*

Emisión: *La televisión, nuestro modo de comunicación más difundido.*

Recepción: *Es fuego plano y frío, ¿no?*

Emisión: *¿Conocéis el fuego?*

Emisión: *Evidentemente, pero no éste. ¡Explicádmelo!*

Arthur Ramírez pasaba apuros para tratar de explicarle el principio del tubo catódico a una hormiga. Intentó una comparación.

Emisión: *No es fuego. Brilla y es claro, pero porque se trata de una ventana por donde desfila todo lo que ocurre en todas partes en nuestra civilización.*

Recepción: *¿Y cómo llegan esas imágenes hasta aquí?*

Emisión: *Vuelan por el aire.*

103 no comprende esa tecnología dedalera pero capta que verá el mundo de los Dedos como si se encontrara al mismo tiempo en varios lugares a la vez.

Cadena 1.432. Informativos. Crepitar de ametralladoras. Voz en off: «Los iraquíes han elaborado unos gases capaces de matar...»

Arthur zapea deprisa.

Cadena 1.445. Elección de Miss Mundo. Pasan muchachas contoneándose.

Recepción: *¿Quiénes son esos insectos que tropiezan sobre sus dos patas*

inferiores?

Emisión: *No son insectos. Se trata de animales, de humanos, de Dedos como ustedes los llaman. Ésas son nuestras hembras.*

Recepción: *Entonces, ¿eso es un Dedo visto en su totalidad, desde su altura?*

La hormiga acerca su ojo derecho a la lupa y pasa largo rato examinando las formas que se agitan en la pantalla.

Recepción: *O sea, que tenéis ojos y boca, pero colocados en la parte superior del organismo.*

Emisión: *¿No sabías eso?*

Recepción: *Pensaba que no erais más que una masa rosa. No tenéis antenas. Entonces, ¿qué hacéis para hablarme?*

Emisión: *Empleamos el modo de comunicación auditivo sin utilizar antenas.*

Recepción: *Y os faltan dos patas. ¡Sólo tenéis cuatro! ¿Cómo podéis caminar?*

Emisión: *Dos patas inferiores nos bastan para caminar, pero hemos tardado mucho tiempo en hacerlo sin caernos. Utilizamos las dos patas anteriores para llevar objetos, por ejemplo. No es como en vuestro caso, en el que todas las patas sirven para avanzar.*

Recepción: *Las que tienen el pelo largo sobre el cráneo, ¿están enfermas?*

Emisión: *Algunas hembras se dejan crecer el pelo para seducir mejor a los machos.*

Recepción: *¿Y cómo es que vuestras hembras no tienen alas?*

Emisión: *Ningún Dedo tiene alas.*

Recepción: *¿Ni siquiera los sexuados?*

Emisión: *No.*

103 escruta atentamente la pantalla. Las hembras Dedos le parecen realmente muy feas.

Recepción: *¿Cambiáis el color de caparazón como los leones?*

Emisión: *No tenemos caparazón. Nuestra piel es rosa y está desnuda y la protegemos con ropas de todos los colores y de todos los motivos.*

Recepción: *¿Ropa? ¿Es una especie de camuflaje para que no os cojan vuestros depredadores?*

Emisión: *No exactamente, es más bien una forma de protegerse del frío y de mostrar la propia personalidad. Se trata de fibras vegetales tejidas.*

Recepción: *Ah, ¿sirve para la parada amorosa como en el caso de las mariposas?*

Emisión: *Si así lo quieres... Lo cierto es que, a veces, nuestras «hembras» vestidas de cierta manera atraen más la atención de los machos.*

103 se hace muchas preguntas pero aprende rápido. Algunas cuestiones resultan más difíciles de contestar que otras. Por ejemplo. «¿Por qué se mueven los ojos de los

Dedos?», o «¿Por qué los individuos de una misma casta no tienen todos el mismo tamaño?» Los tres humanos tratan de responder del mejor modo posible, utilizando un vocabulario simplificado pero claro. Se ven casi forzados a reinventar la lengua francesa, porque sus palabras abundan en ocasiones en sobreentendidos y sutilezas que se veían obligados a redefinir en cada caso para hacerse comprender por la hormiga.

Por último, 103 se cansa de aquel desfile de hembras humanas. Quiere ver otra cosa. Méliés zapea. Cuando una imagen retiene su atención, la hormiga emite un «alto».

Recepción: *Alto. ¿Qué es eso?*

Emisión: *Un reportaje sobre la circulación en las grandes ciudades.*

Voz en off del comentarista: «Los embotellamientos constituyen uno de los problemas más preocupantes de nuestras metrópolis. Un estudio de los servicios especializados ha demostrado que, cuanto más autopistas y autovías se construyen, más coches compra la gente y más aumentan los embotellamientos.»

En la pantalla, largas filas de vehículos inmóviles entre una humareda grisácea. Travelling hacia atrás sobre varios kilómetros de caravanas, de camiones, de coches, de autobuses pegados al asfalto.

Recepción: *¡Ah, los embotellamientos en las grandes ciudades son una plaga en todas partes! Otra cosa.*

Sucesión de imágenes.

Recepción: *Alto. ¿Y eso qué es?*

Emisión: *Un documental sobre el hambre en el mundo.*

Cuerpos macilentos, niños de ojos llenos de moscas, bebés descarnados colgados de los senos flácidos y vacíos de unas madres harapientas, gentes sin edad de mirada fija...

Voz indiferente del comentarista: «La sequía continúa causando estragos en Etiopía. Tras cinco meses de hambre se anuncian ahora invasiones de grillos peregrinos. Los médicos de la ayuda internacional intentan socorrer con escasos medios a las poblaciones locales.

Recepción: *¿Qué es eso de médicos?*

Emisión: *Unos Dedos que ayudan a otros Dedos cuando están enfermos o en necesidad, cualquiera que sea su territorio e incluso si no tienen el mismo color de piel. No todos los Dedos son rosas, también los hay negros y amarillos por el mundo.*

Recepción: *También en nuestra especie los colores pueden ser diferentes. Eso basta a veces para crear enemistades.*

Emisión: *También entre nosotros.*

Cadena 1.227, 1.226, 1.225. Alto.

Recepción: *¿Eso qué es?*

Méliés reconoce inmediatamente la imagen.

—Es una cadena codificada. Es... una película pornográfica.

No hay posibilidad de explicárselo aunque Ramírez lo hace lo mejor que puede.

103 exige la verdad.

Recepción: *¿Qué?*

Emisión: *Son películas donde se muestra a unos Dedos reproduciéndose...*

La hormiga contempla las imágenes con mucho interés.

Comentario de 103.

Recepción: *¿Lo hacéis por la cabeza?*

Emisión: *Bueno, realmente no —dice— Laetitia confusa.*

En la pantalla, la pareja cambia de posición y se abraza.

Comentario de 103.

Recepción: *De hecho, hacéis el amor como las babosas. Retorciéndoos sobre el suelo. No debe ser muy agradable. Debe uno rozarse por todas partes.*

Laetitia Wells, molesta, zapea.

Cadena 1.224. Pululación de masas de puntitos negros.

Recepción: *Alto. ¿Qué es?*

Emisión: *Un... un reportaje sobre las «hormigas».*

Recepción: *¿Y qué son las «hormigas»?*

Dudan en comentar las imágenes poco elogiosas para la especie mirmeceana, reducida al estado de magma pululante.

Recepción: *¿Qué son las «hormigas»?*

Emisión: *Bueno, algo complicado de explicar.*

Ramírez vacila y luego confiesa.

Recepción: *Las hormigas sois... vosotras.*

Emisión: *¿Nosotras?*

103 estira el cuello. Incluso en primer plano no consigue reconocer a sus hermanas porque su visión es esférica mientras que la de los humanos es plana.

Distingue vagamente la visión de un vuelo nupcial. Unas princesas y unos machos que despegan.

103 escucha al redactor y aprende muchas cosas sobre su especie. No sabía que las hormigas eran tan numerosas sobre la Tierra. No sabía que unas especies de Australia llamadas «hormigas de fuego» estaban dotadas de un ácido fórmico de una concentración tan fuerte que roía la madera.

103 anota y sigue anotando. No consigue separarse de aquella ventana por donde desfilan tan deprisa tantas informaciones interesantes.

Las horas siguientes se dedicaron por entero a esa cura intensiva de televisión.

El tercer día, 103 asiste a un espectáculo de actores cómicos. Varios comediantes se apoderan de un micrófono y cuentan historias que hacen reír a carcajadas a toda

una sala.

Un hombre regordete y jovial arenga al público: «¿Sabéis cuál es la diferencia entre una mujer y un político? ¿No? Pues ésta. Cuando una mujer dice no, quiere decir tal vez, cuando una mujer dice tal vez, quiere decir sí, y cuando dice sí se la considera una guarra. Mientras que cuando el político dice sí, quiere decir tal vez; cuando el político dice tal vez, quiere decir no, y cuando el político dice no, se le considera un cerdo.»

La sala se revuelca.

La hormiga se frota las antenas.

Recepción: *No he comprendido nada...*

Emisión: *Son cosas de risa —explicó Arthur Ramírez.*

Recepción: *¿Y qué es la risa?*

Laetitia Wells se esforzó por explicar el humor dedalero. Intentó en vano contarle la historia del loco que pinta una y otra vez su techo. Y más chistes. Pero sin las referencias culturales humanas, no tenían sentido.

Emisión: *¿No hay nada que os haga reír en vuestro mundo? —preguntó Jacques Méliés.*

Recepción: *Primero tendría que saber lo que es la risa, no veo realmente de qué se trata.*

Intentaron inventar una broma hormiga: «Es la historia de una hormiga que pinta una y otra vez su techo...», pero el resultado no fue muy convincente. Habría sido preciso saber lo que es importante y lo que no lo es para una habitante de hormiguero.

103 renuncia a comprender por ahora, y anota en su feromona zoológica: «Los Dedos tienen necesidad de contar historias extravagantes que provocan feromonas psicológicas. Les gusta burlarse de todo.»

Zapearon.

«Trampa para pensar». Apareció la señora Ramírez, enfrentada al misterio de los seis triángulos contruidos con seis cerillas. Seguía fingiendo que no poseía la respuesta, pero Laetitia y Jacques sabían ahora que la señora Ramírez conocía todas las respuestas hacía mucho tiempo.

Zapearon.

Película sobre la vida de Albert Einstein. Explicaciones en forma de vulgarización de sus teorías astrofísicas. 103 siente por ellas un interés inesperado.

Recepción: *Al principio no diferenciaba a los Dedos unos de otros. Ahora, a fuerza de ver fisonomías dedaleras, distingo diferencias. Ése, por ejemplo, es un macho, ¿verdad? Lo reconozco porque lleva el pelo corto.*

Reportaje sobre la obesidad. Explican la anorexia y la obesidad. La hormiga se rebela.

Recepción: *Pero, ¿quiénes son esos individuos que no paran de comer? Comer*

es el acto más simple y más natural del mundo. Incluso una larva sabe cómo alimentarse. Cuando una hormiga cisterna engorda por atiborrarse de alimento es por el bien de la comunidad y está orgullosa de su cuerpo gordo, y no como esas hembras de Dedos que se lamentan porque son incapaces de limitar su alimento.

103 resulta ser una telespectadora incansable.

Los Ramírez habían cerrado su tienda de juguetes. Laetitia y Jacques durmieron en el cuarto de invitados. Todos se relevaban para satisfacer a la hormiga.

103 tiene avidez por informaciones de todo tipo. Todo le interesa: las reglas del fútbol, del tenis, de los juegos, las guerras entre Dedos, la política de las naciones, las paradas nupciales dedaleras. Los dibujos animados la encantan por su grafismo simple y claro. Queda extasiada ante La guerra de las galaxias. No comprende todo el guión de la película pero ciertas secuencias le recuerdan las batallas de la Colmena de oro.

Consigna todo en su feromona zoológica. ¡Tienen una imaginación estos Dedos!

189. Enciclopedia

ONDA: Cualquier objeto, idea, o persona puede remitirse a una onda. Onda de forma, onda de sonido, onda de imagen, onda de olor. Esas ondas entran forzosamente en interferencia con otras ondas cuando no están en el vacío infinito.

Lo apasionante es el estudio de las interferencias entre las ondas-objetos, ideas o personas. ¿Qué ocurre cuando se mezcla el rock and roll y la música clásica? ¿Qué pasa cuando se mezcla la filosofía con la informática? ¿Qué ocurre cuando se mezcla el arte asiático y la tecnología occidental?

Cuando se derrama una gota de tinta en el agua, las dos sustancias tienen un nivel de información muy bajo, uniforme. La gota de tinta es negra y el vaso de agua es transparente. Al caer en el agua, la tinta genera una crisis.

En ese contacto, el instante más interesante es aquel en que aparecen formas caóticas. El instante antes de la dilución. La interacción entre los dos elementos diferentes produce una figura muy rica. Se forman entonces volutas complicadas, formas torturadas y todo tipo de filamentos que poco a poco se diluyen para dar un agua gris. En el mundo de los objetos, esa figura riquísima es difícil de inmovilizar, pero, en el mundo de lo vivo, un encuentro puede incrustarse y permanecer fijado en la memoria.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

190. Chli-pu-ni se atormenta

Chli-pu-ni está inquieta. Unos moscones mensajeros que acaban de regresar de Oriente refieren que no queda nada de la cruzada contra los Dedos. Ha quedado completamente destruida por un arma dedalera que proyecta tornados de «agua que pica».

¡Tantas legiones, tantos soldados, tantas esperanzas derrochadas en vano!

Frente al cadáver de su madre Belo-kiu-kiuni, la reina de Bel-o-kan le pide consejo. Pero el caparazón está vacío y hueco. No le responde. Chli-pu-ni pasea nerviosa por la celda nupcial. Unas obreras quieren acercarse a ella para acariciarla. Pero las rechaza con violencia.

Se detiene y levanta las antenas.

Tiene que haber algún medio para destruirlos.

Corre hacia la Biblioteca química mientras sigue emitiendo la feromona.

Tiene que haber, por fuerza, un medio para destruirlos.

191. Lo que ella piensa de nosotros

103 llevaba cinco días mirando la televisión sin darse el menor respiro. Sólo había emitido una petición: necesitaba una pequeña cápsula para ordenar allí sus feromonas zoológicas sobre los Dedos.

Laetitia miró a sus compañeros.

—¡Esta hormiga está convirtiéndose en una drogadicta de la tele!

—Parece comprender lo que ve —observó Méliés.

—Probablemente una décima parte de lo que pasa por la pantalla, no más. Es como un recién nacido delante del televisor. Lo que no capta, lo interpreta a su manera.

Arthur Ramírez no estaba de acuerdo.

—Creo que la subestimáis. Sus comentarios sobre la guerra sirako-siraní son muy sensatos. Además, sabe apreciar los dibujos animados de Tex Avery.

—Yo no la subestimo para nada —dijo Méliés— y por eso me preocupa. ¡Si sólo le interesasen los dibujos animados! Ayer me preguntó por qué nos empeñábamos tanto en hacernos sufrir los unos a los otros.

Todos quedaron consternados. Una misma pregunta les angustiaba: ¿Qué puede pensar de nosotros?

—Tendríamos que procurar que no percibiera imágenes demasiado negativas de nuestro mundo. Basta con cambiar de canal a tiempo, después de todo —añadió el comisario.

—No —protestó el señor de los duendes—. Esta experiencia es demasiado interesante. Por vez primera un ser vivo no humano nos juzga. Dejemos libertad a nuestra hormiga para que nos juzgue y nos diga lo que valemos en términos absolutos.

Los tres volvieron a sentarse ante la máquina «Piedra de Roseta». En la campana, la invitada seguía con su cabeza bien pegada a la pantalla de cristales líquidos. Movía las antenas y salivaba a toda velocidad feromonas mientras seguía una campaña electoral. Era visible que escuchaba con toda atención el discurso del presidente de la República, mientras tomaba una multitud de notas.

Emisión: *Saludos, 103.*

Recepción: *Saludos, Dedos.*

Emisión: *¿Todo va bien?*

Recepción: *Sí.*

Para que 103 pudiera seguir a gusto las emisiones, Ramírez había terminado fabricando un mando a distancia microscópico que permitía a la hormiga zapear

desde su campana de experimentación. El insecto lo usaba y abusaba de él.

La experiencia continuó varios días más.

La curiosidad de la hormiga parecía inagotable. Exigía constantemente de los Dedos nuevas explicaciones. Qué es el comunismo, el motor de explosión, la deriva de los continentes, los ordenadores, la prostitución, la Seguridad Social, los trusts, el déficit económico, la conquista del espacio, los submarinos nucleares, la inflación, el paro, el fascismo, la meteorología, los restaurantes, las apuestas, el boxeo, la contracepción, la reforma universitaria, la justicia, el éxodo rural...

103 ha llenado ya tres feromonas zoológicas sobre los Dedos.

El décimo día, Laetitia Wells no lo pudo soportar más. No había apreciado demasiado a los humanos hasta entonces, pero siempre había tenido sentido de la familia. Y su primo Jonathan se encontraba tal vez a punto de morir mientras la hormiga salvadora que les había enviado seguía plantada allí, como si hubiera echado raíces, delante de su receptor.

Emisión: *¿Ya estás preparada para guiamos hacia Bel-o-kan? —le preguntó a 103.*

Hubo un instante de silencio: el corazón de Laetitia palpitó con fuerza. A su lado, los otros también acechaban ansiosos el veredicto mirmeceano...

Recepción: *¿Queréis saber cuál es mi veredicto? Muy bien. Creo que he visto lo suficiente para juzgaros.*

Aparta su cabeza de la pantalla de televisión y se sienta sobre sus patas traseras.

Recepción: *No pretendo conoceros a la perfección, evidentemente, la civilización humana es tan complicada..., pero..., de hecho puedo daros cuenta de lo esencial.*

Ella les hace esperar, mide el efecto que produce. 103 es realmente una experta en manipulación de individuos.

Recepción: *Vuestra civilización es muy complicada, pero he visto lo suficiente para comprender lo esencial. Sois unos animales perversos, irrespetuosos con todo lo que os rodea, que únicamente os preocupáis por acumular lo que vosotros llamáis «dinero». Vuestras retrospectivas históricas me horrorizan: no son otra cosa que sucesiones de crímenes en mayor o menor escala. Primero os matáis, luego discutís. Os destruís entre vosotros de la misma manera que destruís la Naturaleza.*

Aquello empezaba mal. Los tres humanos no habían previsto tanta dureza.

Recepción: Sin embargo hay en vosotros cosas que me fascinan. ¡Ah, los dibujos! Adoro, sobre todo, a ese Dedo... Leonardo da Vinci. ¡Esa idea de hacer dibujos para mostrar su interpretación del mundo y fabricar objetos inútiles sólo por su belleza estética es fabulosa! ¡Como si se fabricaran perfumes no simplemente para comunicar, sino también por la dicha de respirarlos! esa belleza gratuita e inútil que llamáis «arte» es lo que os da ventaja sobre nuestra civilización. Nosotras no tenemos nada semejante en nuestras ciudades. Vuestra civilización es rica en arte y en

pasiones inútiles.

Emisión: *Entonces, ¿estás de acuerdo en guiarnos a Bel-o-kan?*

La hormiga no quiere responder todavía.

Recepción: *Antes de llegar hasta vosotros, me topé con las cucarachas. Y ellas me enseñaron algo. Se ama a quienes son capaces de amar, se ayuda a los que tienen deseos de ayudarse entre sí...*

103 agita sus antenas, segura de sí misma y de sus argumentos.

Recepción: *La pregunta que me parece importante es ésta: En mi lugar, ¿juzgaríais vosotros positivamente a vuestra propia especie?*

¡Vaya contratiempo! Evidentemente no es a Laetitia Wells a quien hay que hacer esa pregunta. Ni a Arthur Ramírez.

La hormiga prosigue tranquilamente su razonamiento.

Recepción: *¿Me comprendéis? ¿Os amáis a vosotros mismos lo bastante como para que una sienta deseos de amaros?*

Emisión: *Bueno...*

Recepción: *Si no os amáis a vosotros mismos, ¿cómo esperar que un día seáis capaces de amar a seres tan diferentes como nosotros?*

Emisión: *Pues...*

Recepción: *¿Estáis buscando las feromonas buenas para convencerme? No sigáis. Las explicaciones que esperaba de vosotros, me las ha proporcionado la televisión. He visto documentales, reportajes, en los que unos Dedos se ayudan, en el que unos Dedos acudían desde nidos lejanos para socorrer a otros Dedos, donde unos Dedos rosas cuidaban de unos Dedos de color oscuro. Nosotras, las hormigas, como nos llamáis, nunca haríamos eso. No acudimos en ayuda de los nidos alejados, no socorremos a las hormigas de otras especies. Además, he visto anuncios de osos de peluche. No son más que objetos y, sin embargo, unos Dedos los acariciaban, unos Dedos los besaban. Los Dedos tienen en sí mismos algo de amor que dar.*

Habían esperado cualquier cosa, pero eso sí que no. ¡No podían esperar que la especie humana sedujera a un no-humano gracias a las obras de Leonardo da Vinci, a los médicos-aventureros y a los osos de peluche!

Recepción: *Y esto no es todo. Os preocupáis mucho de vuestras cresas. Esperáis que los Dedos del futuro sean mejor que los de hoy. Aspiráis a progresar. Sois como nuestras soldados, que se sacrifican haciendo un puente por el que pasarán sus hermanas para cruzar un riachuelo. Las jóvenes pasarán, y las viejas están dispuestas a morir por las que pasen. Sí, todo lo que he visto, películas, informaciones, anuncios, expresaba el pesar por no ser más que lo que sois y vuestra esperanza de mejora. Y de esa esperanza brota vuestro «humor», nace vuestro «arte»...*

Laetitia tenía los ojos inundados de lágrimas. Había sido precisa una hormiga

para explicarle y enseñarle a amar a la especie humana. Tras el discurso de 103, ya nunca sería la misma. Su humano fobia acababa de ser curada por una hormiga. De pronto tuvo deseos de conocer mejor a sus contemporáneos. Es cierto que algunos eran formidables. Aquella hormiga lo había comprendido en unas pocas horas de televisión, mientras que ella no lo había percibido en toda su vida.

La joven se inclinó hacia el micrófono y consiguió articular.

Emisión: *Entonces, ¿vas a ayudarnos?*

Bajo su campana de cristal, 103 levantó las antenas y emitió en tono solemne.

Recepción: *Nosotras no podemos luchar contra vosotros, y vosotros no podéis luchar contra nosotras. Ninguna de nuestras especies es lo bastante fuerte para eliminar a la otra. Puesto que no podemos destruirnos, estamos obligadas a ayudarnos. Además, creo que nosotras tenemos necesidad de vosotros. Tenemos cosas que aprender de vuestro mundo y, sobre todo, no es preciso mataros antes de conocerlas.*

Emisión: *Entonces, ¿estás de acuerdo en enseñarnos Bel-o-kan?*

Recepción: *Estoy de acuerdo en ayudaros a salvar a vuestros amigos encerrados bajo la Ciudad, porque ahora estoy de acuerdo en una colaboración entre nuestras dos civilizaciones.*

Fue en este momento cuando Arthur Ramírez se desmayó por segunda vez.

192. Los dinosaurios

Se trata de una feromona memoria histórica que ha atravesado los milenios.

Chli-pu-ni acerca sus antenas a la cápsula llena de líquidos muy olorosos. Camafeo de perfumes. Inmediatamente el texto asciende con voluptuosidad en sus antenas.

Feromona histórica

Salivadora: 24ª

Reina Belo-kiu-kiuni.

No siempre las hormigas han sido las dueñas de la Tierra.

Antaño, ese título fue cuestionado por otras especies que representaban otras formas de pensar.

Así, hace varios millones de años, la Naturaleza apostó por el lagarto. Hasta entonces los lagartos no eran más que animales de un tamaño razonable, peces provistos de patas.

Sin embargo, aquellos saurios no cesaban de batirse en duelo. Por eso su cuerpo fue mutando poco a poco para adaptarse a los combates singulares. Se fueron haciendo más y más grandes, más y más agresivos.

Se produjo una evolución morfológica. Los lagartos se habían transformado en gigantes. No conseguíamos matarlos, ni aunque nos uniésemos veinte, treinta o un centenar. Los lagartos resultaban demasiado fuertes, tan numerosos y tan destructores que se habían convertido en la mayor potencia animal terrestre.

Algunos eran tan altos que su cabeza, sobrepasaba la cima de los árboles. Ya no eran lagartos, eran dinosaurios.

El reinado de esos inmensos monstruos duró mucho tiempo, y mientras tanto nosotras, metidas en nuestros hormigueros, reflexionábamos.

Si habíamos vencido a las terribles termitas, debíamos ser capaces de librarnos de aquellos dinosaurios: eso era lo que se comentaba en todas partes. Sin embargo, todos los comandos mirmeceanos enviados contra los dinosaurios resultaban diezmados.

¿Habíamos encontrado a nuestros amos? En algunos hormigueros ya se resignaban a ceder a los dinosaurios el control de sus territorios de caza. Las hormigas huían bajo sus pasos, vivían en la angustia de sus odiosos duelos durante los cuales el suelo temblaba. Las termitas mismas bajaban sus mandíbulas.

Fue entonces cuando una reina procedente de un nido de hormigas africanas lanzó una consigna: Todas las ciudades deben unirse contra esos

monstruos.

El mensaje era sencillo, el impacto fue planetario. Los hormigueros pusieron término a sus guerras intestinas. A partir de ese momento, ninguna hormiga debía matar a otra hormiga, fuera cual fuera su especie o su tamaño. Había nacido la Gran Alianza Planetaria.

Entre las ciudades circularon mensajeras para informar a todas y cada una de las fuerzas y flaquezas de los dinosaurios. Aquellos animales parecían no tener puntos flacos, pero todo animal tiene alguna debilidad. Así lo ha querido la Naturaleza. Debíamos descubrir esa debilidad y la descubrimos. El punto flaco de la coraza de los dinosaurios era su ano.

Bastaba con invadirlos por esa puerta y destruirlos desde dentro. La información circuló muy deprisa. En todas partes, legiones de hormigas se adentraron por esa vía sensible. Caballería, infantería y artillería no se enfrentaban ya a garras, patas y dientes, sino a chorros de jugos digestivos, glóbulos blancos y reflejos musculares.

Hay relatos terroríficos sobre los ejércitos que se aventuraron pasito a pasito por el intestino enemigo. Las soldados giraban y giraban por los recovecos del grueso colon cuando de pronto, desde el extremo del túnel, brotaba una descarga mortal: una cagarruta.

Las guerreras corrían, se refugiaban en los pliegues intestinales. A veces, la roca nauseabunda permanecía bloqueada en un ángulo. Otras veces, rodaba y pulverizaba al ejército.

El principal adversario de las legiones mirmeceanas resultó ser el zurullo. ¡Cuántos miles de hormigas murieron, aplastadas por un alud de pequeños cagajones duros! ¡Cuántas fueron ahogadas bajo una ola de melaza fangosa! ¡Cuántos comandos murieron asfixiados por el gas de un solo pedo!

La mayoría de las legiones mirmeceanas, no obstante, lograban horadar a tiempo los túneles intestinales.

Entonces, bajo los asaltos de las minúsculas hormigas, las montañas de carne se desmoronaron una tras otra. Carnívoros, herbívoros, equipados con colas dentadas, con pinchos, con puntas, con venenos, con escamas blindadas, ninguno conseguía resistir a millones de ínfimas cirujanos decididas. Un simple par de mandíbulas resultaba mucho más eficaz que un cuerno más grande que un árbol.

Las hormigas necesitaron vanos centenares de miles de años para matar a todos los dinosaurios.

Y por fin, una primavera, al despertar, pudo verse que los cielos estaban limpios. Ya no había dinosaurios. Sólo se había tenido compasión de los

lagartos de pequeño tamaño.

Chli-pu-ni desprende sus antenas de la feromona y pasea pensativa por la Biblioteca química.

Así pues, la Tierra ha tenido varios inquilinos que han querido convertirse, alternativamente, en sus dueños omnipotentes. Todos han conocido unas horas de gloria antes de que las hormigas les hayan devuelto a la modestia.

Las hormigas son las únicas propietarias verdaderas de la Tierra. Chli-pu-ni está orgullosa de pertenecer a esa especie.

Nosotras, las mínimas, sabemos aplastar a los grandes que se muestran crueles. Nosotras, las mínimas, sabemos pensar y resolver problemas a priori insolubles. Nosotras, las mínimas, no tenemos ninguna lección que aprender de unas montañas vivientes que creen no tener fisuras.

La civilización mirmeceana es la única que ha durado tanto tiempo porque ha sabido desembarazarse de todas sus competidoras.

La soberana lamenta no haber estudiado a los Dedos que viven debajo del hormiguero. Si hubiera hecho caso a 103, observándolos habría encontrado su punto flaco y la cruzada habría obtenido la victoria en lugar de la derrota.

¿Será ya demasiado tarde? ¿Sobrevivirán algunos Dedos bajo la losa de granito? Sabe que las deístas han trabajado mucho para pasarles alimento.

Chli-pu-ni decide bajar a la Dedalera para conversar con aquel «Doctor Livingstone» tan elogiado por las espías.

193. Cáncer

103 se da cuenta de que algo anormal ocurre en el mundo de los Dedos. Arriba se agitan unas sombras. Reina en el aire una especie de olor a muerte. Y pregunta.

Recepción: *¿Hay algo que no marcha?*

Emisión: *Arthur se ha desmayado. Está enfermo. Padece un cáncer generalizado. Una enfermedad que nadie sabe curar. Mi madre murió también de cáncer. Ante ese mal carecemos de defensa.*

Recepción: *¿Qué es el cáncer?*

Emisión: *Una enfermedad en la que las células proliferan de forma anárquica.*

Para pensar mejor, la hormiga se lava con cuidado sus tallos sensitivos.

Recepción: *También nosotras conocemos ese fenómeno, pero no es una enfermedad. Vuestro cáncer no es una enfermedad.*

Emisión: *Entonces, ¿qué es?*

Por primera vez es un humano el que ha emitido el «¿qué es?» que tanto ha repetido 103. Ahora le toca a la hormiga dar explicaciones.

Recepción: *También nosotras, hace mucho tiempo, sufrimos el azote de eso que vosotros llamáis «cáncer». Muchas murieron. Durante varios millones de años, consideramos esa peste como una calamidad incurable y las que resultaban afectadas por ella preferían quitarse inmediatamente la vida parando los latidos de su corazón. Luego...*

Los tres humanos escuchaban sorprendidos.

Recepción: *Luego comprendimos que estábamos considerando el problema desde un ángulo erróneo. Había que estudiar y comprender de forma distinta lo que al principio nos había parecido una enfermedad. Y dimos con la solución. Desde hace más de cien mil años en nuestra civilización nadie muere ya de cáncer. ¡Oh!, a veces caemos víctimas de muchas enfermedades, pero del cáncer, eso se acabó.*

En medio de su sorpresa, Laetitia empañó la campana con su aliento.

Emisión: *¿Que habéis descubierto el remedio contra el cáncer?*

Recepción: *Por supuesto, y voy a decíroslo. Pero antes necesito tomar un poco el aire. Bajo esta campana se ahoga una.*

Laetitia depositó cuidadosamente a 103 en una caja de cerillas con el fondo recubierto por un confortable colchón de algodón. Luego la sacó al balcón.

La soldado aspiró el frescor de la brisa. Desde allí percibía incluso los lejanos efluvios del bosque.

—Cuidado, no la pongas encima de la barandilla —exclamó Jacques Méliés—. Y, sobre todo, que no se caiga. Esa hormiga es un verdadero tesoro. Acepta salvar vidas humanas y, además, dice conocer el remedio contra el cáncer. De ser cierto...

Con las manos juntas, formaron una cuna alrededor de la caja. Pronto se les unió

la señora Ramírez. Había ayudado a su marido a meterse en la cama. Ahora estaba durmiendo.

—Nuestra hormiga asegura conocer el remedio contra el cáncer —le anunció Méliés.

—Entonces hay que hacerle hablar, ¡y de prisa! a Arthur ya no le queda mucho tiempo.

—Espere unos minutos —dijo Laetitia—. La hormiga ha declarado que quiere respirar un poco. Hay que comprenderla, acaba de pasar varios días encerrada bajo una campana mirando la televisión sin parar. ¡Ningún animal del mundo podría soportarlo!

Pero la mujer perdía la paciencia.

—Ya descansará después. Primero hay que salvar a mi marido. Es urgente.

Juliette Ramírez se precipitó hacia el brazo de Laetitia. La mujer retrocedió para impedir que le arrancara la caja. Por un momento, el esqui de madera permaneció suspendido en el vado. La señora Ramírez agarró la muñeca de Laetitia y eso bastó para que el navío zozobrara.

Cae. Durante un instante, 103 planea sobre su mullida alfombra voladora. Luego cae, cae, no acaba nunca de caer. ¡Qué altos están los nidos de Dedos!

Está a punto de volverse loca cuando choca con el techo metálico de un coche y rebota varias veces. Corre en todas las direcciones. ¿Dónde están ahora los «amables» Dedos y su máquina de comunicar? Corre gritando feromonas pero ya no hay nadie allí para descifrarlas.

¡Laetitia, Juliette, Arthur, Jacques! ¿Dónde estáis? Ya he respirado suficiente. ¡Subidme, para que os cuente todo!

El coche sobre el que ha aterrizado se pone en marcha.

103 se agarra con todas sus patas a una antena de radio. El viento silba a su alrededor. Nunca, ni siquiera cuando volaba sobre «Gran Cuerno», ha ido tan deprisa.

194. Enciclopedia

CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES: La India es un país que absorbe todas las energías. Todos los jefes militares que han intentado dominarla se han agotado. A medida que se adentraban en el interior del país, la India los contagiaba, perdían su pugnacidad y se enamoraban de los refinamientos de la cultura india. La India es como una esponja que retiene todo. Ellos vinieron, la India los venció.

La primera invasión importante fue cosa de los musulmanes turco-afganos. En 1206, tomaron Delhi. Las cinco dinastías de sultanes que siguieron intentaron apoderarse de la península india en su totalidad. Pero las tropas se diluían a medida que avanzaban hacia el Sur. Los soldados se cansaban de matar, perdían gusto por el combate y se dejaban encantar por las costumbres indias. Los sultanes naufragaron en la decadencia.

La última dinastía, la de los Lodi, fue derrocada por Babur, rey de origen mongol, descendiente de Tamerlán. En 1527 funda el imperio de los mongoles y, apenas llegado al centro de la India, renuncia a las armas y se entusiasma por la pintura, la literatura y la música.

Uno de sus descendientes, Akbar, supo unificar la India. Empleó la dulzura e inventó una religión, cogiendo de aquí y de allá en todas las religiones de su tiempo y reuniendo todo lo que contenían de más pacífico. Algunas decenas de años más tarde, sin embargo, Aurangzeb, otro descendiente de Babur, trató de imponer en la península, por la fuerza, el Islam. La India se rebeló y estalló. Es imposible domar a ese continente por la violencia.

A principios del siglo XIX, los ingleses consiguieron conquistar militarmente todas las sucursales y las grandes ciudades, pero no controlaron la totalidad del país. Se limitaron a crear acantonamientos, «pequeños barrios de civilización inglesa», implantados en un entorno completamente indio.

De la misma forma que el frío protege a Rusia, el mar a Japón y a Gran Bretaña, a la India la protege un muro espiritual que engulle a todos los que penetran en él.

Incluso en nuestros días, cualquier turista que se aventura aunque sólo sea un día en ese país-esponja se ve conminado por los «¿para qué sirve?» y «¿para qué hacerlo?», y siente la tentación de renunciar a cualquier empresa.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

195. Una hormiga por la ciudad

Jacques Méliés se asomó.

—¡Se ha caído!

Todos vieron el choque. Trataron de distinguir algo allá abajo.

—Debe haber muerto...

—Tal vez no, las hormigas saben encajar las grandes caídas.

Juliette Ramírez se animó.

—Buscadla, sólo ella puede salvar a mi marido y a vuestros amigos que están debajo del hormiguero.

Corrieron escaleras abajo y rastrearon el aparcamiento.

—¡Sobre todo, cuidado dónde ponéis los pies!

Laetitia Wells buscó debajo de las ruedas de los coches. Juliette Ramírez rastrelló las pequeñas matas puestas como decoración al pie del edificio. Jacques Méliés llamó en casa de todos los vecinos de la planta baja para comprobar si la hormiga, empujada por alguna borrasca, no había aterrizado en su balcón.

—¿No han visto ustedes una hormiga con un trazo rojo en la frente?

Evidentemente le tomaron por loco, pero, gracias a su carné tricolor, le dejaron husmear por todas partes.

Se pasaron el día buscando.

—¿Qué podemos hacer? ¡Sólo Dios sabe lo que ha sido de 103!

Juliette Ramírez se negaba a darse por vencida.

—Si esa hormiga sabe realmente curar el cáncer, hay que encontrarla a cualquier precio.

Siguieron buscando mucho tiempo todavía. ¡No eran los insectos precisamente lo que por allí faltaba! Pero ni siquiera con la ayuda de la lupa luminosa encontraron por ninguna parte una hormiga roja de los bosques con la frente marcada por una mancha roja.

—¡Si hubiéramos dispuesto de un marcador radiactivo en vez de laca de uñas — se quejó Méliés.

Decidieron reflexionar.

—Tiene que haber algún medio de encontrar a una hormiga, incluso en una ciudad como Fontainebleau.

—Enumeremos todas las ideas que se nos ocurran. Luego haremos una selección —aconsejó la señora Ramírez.

Hubo proposiciones para todos los gustos.

—Rastrear toda la ciudad, metro a metro, con la ayuda de militares y bomberos.

—Interrogar a todas las hormigas que encontremos para preguntarles si no han visto pasar a una con una marca roja en la frente.

Ninguna solución les pareció satisfactoria. Fue entonces cuando Laetitia sugirió.

—¿Y si pusiéramos un anuncio en el periódico?

Los tres se miraron. La idea no era tal vez tan estúpida como parecía. Siguieron reflexionando todavía, pero ninguno de ellos encontró una solución mejor.

196. Enciclopedia

VICTORIA: ¿Por qué cualquier forma de victoria es insoportable? ¿Por qué uno sólo se siente atraído por el calor tranquilizante de la derrota? Tal vez porque una derrota no puede ser más que el prelude de un cambio mientras que la victoria tiende a animarnos a conservar el mismo comportamiento. La derrota es innovadora, la victoria es conservadora. Todos los humanos sienten de forma confusa esa verdad. Por ello, los más inteligentes se han visto tentados a obtener no la victoria más hermosa sino la derrota más hermosa. Aníbal dio media vuelta ante una Roma que se le ofrecía. César insistió en llegar hasta los idus de marzo.

Saquemos una lección de estas experiencias.

Uno nunca construye lo suficientemente pronto su propia derrota. Uno nunca construye lo suficientemente alto el trampolín que le permitirá lanzarse a la piscina sin agua.

La meta de una vida lúcida es desembocar en una derrota que sirva de lección a todos los contemporáneos. Porque nunca se aprende de la victoria, sólo se aprende de la derrota.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

197. Llamada a las poblaciones

Retrato robot en la sección «animales extraviados» de *El Eco del domingo*. Una cabeza de hormiga dibujada a plumilla.

Leyenda: «¡Atención! ¡Lean bien! No es una broma. La hormiga aquí representada puede salvar la vida de diecisiete personas en peligro de muerte. Las señas siguientes les permitirán evitar confundirla con cualquier otra hormiga.

»103 es una hormiga roja. Por lo tanto, no es negra del todo. Su tórax y su cabeza son naranja-pardo. Sólo su abdomen es oscuro.

»Su tamaño: 3 milímetros. Su caparazón tiene estrías. Antenas cortas. Si se le acerca uno con el Dedo, ella lanza inmediatamente un chorro de ácido.

«Sus ojos son relativamente pequeños, sus mandíbulas anchas y rechonchas.

»Seña particular: un trazo rojo en la frente.

»Si la descubren, si, incluso sin estar seguros, creen haberla reconocido, recójala, abríguela y no duden en llamar al 31 41 59 26. Pregunten por Laetitia Wells. También pueden llamar a la Policía y preguntar por el comisario Jacques Méliés.

»100.000 francos de recompensa para cualquier llamada que ayude a encontrar a 103.683.»

Laetitia, Méliés y Juliette Ramírez intentaron discutir con las hormigas del terrario y con hormigas cogidas al azar por las calles. Aunque las del terrario habían oído hablar de Bel-o-kan, eran incapaces de llevarles hasta allí. No sabían siquiera dónde se encontraban. En cuanto al secreto del cáncer, ni siquiera conseguían saber de qué se trataba.

La misma ignorancia encontraron en las hormigas halladas en calles, jardines o casas.

Se vieron obligados a constatar que la mayoría de las mirmeceanas eran más bien estúpidas. No se interesaban por nada. No comprendían nada. No pensaban más que en comer.

De este modo, Jacques Méliés, Juliette Ramírez y Laetitia Wells llegaron a comprobar que 103 era realmente un caso aparte. Su capacidad intelectual la convertía en única.

Laetitia Wells atrapó con una pinza las cápsulas en las que 103 había colocado sus feromonas zoológicas sobre los Dedos.

Decididamente, aquella 103 había intentado comprenderlo todo sobre su mundo y su época. Rara vez se había visto tanta curiosidad y avidez por saber, incluso entre humanos. 103 era realmente alguien excepcional, se dijo Laetitia Wells. Y se mordió los labios al pensar ya en 103 en pretérito imperfecto.

Por un momento sintió ganas casi de rezar. Después de todo, ¿qué podía permitir encontrar una hormiga en una ciudad humana si no era un milagro?

198. Osario

La reina Chli-pu-ni baja, rodeada por una escolta de guardias de largas mandíbulas. Se reprocha no haberse comunicado antes con el doctor Livingstone. Ya conoce todas las preguntas que va a hacerle. Ya sabe cómo va a descubrir sus debilidades. Además, ha decidido alimentarlos. Hay que alimentarlos para seducirlos, como se hace para seducir a los pulgones salvajes antes de cortarles las alas e insertarlos en establos.

Piso -10: Se siente dominada por un ardor nuevo. La reina acelera el paso. Sí, va a alimentarlos y hablarles. Tomará notas y consignará además numerosas feromonas zoológicas sobre los Dedos.

A su alrededor caracolean sus guardianas. Todas sienten que hoy va a ocurrir algo importante. La reina de la Federación, fundadora del movimiento evolucionarlo, consiente por fin en hablar con los Dedos, en estudiarles para matarlos mejor.

Piso -12: Chli-pu-ni se dice que ha sido realmente una estúpida por no haber escuchado antes a 103. Habría debido dialogar con los Dedos desde hace tiempo. Habría debido escuchar a su madre. Belo-kiu-kiuni les hablaba. Era tan fácil hacer lo mismo.

Piso -20: ¡Ojalá estén vivos todavía los Dedos de abajo! ¡Ojalá no lo haya echado todo a perder por su voluntad de distinguirse, de hacer algo diferente de sus padres! No había que hacer lo contrario ni hacer nada, bastaba con continuar. Continuar la obra de Madre en lugar de negarla.

A su alrededor se activa, como cada día, la Manada. Las hormigas la saludan con la punta de las antenas. Pero la mayoría está sorprendida de ver descender a su reina tan profundamente en la Ciudad.

Piso -40: Chli-pu-ni galopa ahora con toda su tropa repitiéndose: «¡Ojalá no sea demasiado tarde!» Tuerce en varios corredores y desemboca al final en una sala que no conoce. Una sala de proporciones sorprendentes, que ha debido ser construida hace una semana por lo menos en estos pisos tan poco poblados.

De pronto, ante ella, unas deístas. Son los cadáveres de todas las rebeldes deístas que han sido traídos a este lugar. Centenares de hormigas inmóviles parecen desafiar a la inoportuna visitante.

¡Soldados muertas conservadas en la Ciudad! Las antenas reales, pasmadas, hacen un movimiento de retroceso. A su espalda, las soldados belokanianas que la acompañan también están asustadas.

¿Qué hacen aquí todas estas muertas? ¡Deberían estar en la depuradora! La reina y las soldados dan algunos pasos entre los elementos de aquella lúgubre exposición. En su mayoría, las hormigas muertas están en posición de combate, con las mandíbulas separadas y las antenas hacia delante, dispuestas a saltar hacia un adversario tal vez igual de inmóvil.

Algunos de aquellos cadáveres todavía llevan huellas de perforaciones de penes de chinches. Y pensar que todas han muerto por instigación suya...

Chli-pu-ni se siente rara.

Está impresionada: todas están... como Madre en su celda real.

Las sorpresas no paran ahí.

Le parece que, entre estas hormigas demasiado inmóviles, se ha producido un movimiento.

¡Sí, casi la mitad se mueve! ¿Es un milagro, una subida del antiquísimo melazo de lomechusa, droga que ella tuvo la imprudencia de probar en otro tiempo?

¡Horror!

¡Los cadáveres se mueven por todas partes!

¡Y no es una alucinación! Centenares de fantasmas atacan ahora a las soldados que la rodean. Hay lucha en todas partes. Las guardianas de la reina poseen largas mandíbulas, pero las rebeldes deístas son mucho más numerosas. El efecto sorpresa y el estrés provocado por aquel lugar extraño juegan en contra de las guerreras convencionales.

Mientras combaten, las deístas agitan las antenas para emitir sin parar la misma feromona.

Los Dedos son nuestros dioses.

199. Reencuentros

Laetitia Wells surge como una bala de cañón, sin aliento, en el desván donde Jacques Méliés y Juliette Ramírez se esforzaban por hacer una selección entre los centenares de cartas y de mensajes telefónicos en respuesta a su llamada pública.

—¡La han encontrado! ¡Alguien la ha encontrado! —gritó la periodista.

Ninguno de los dos reaccionó.

—Ya hay ochocientos estafadores que juran haberla encontrado —dijo Méliés—. Recogen cualquier hormiga, le meten un poco de pintura roja en la frente y vienen a reclamar la recompensa.

Juliette Ramírez insistió.

—¡Hasta se han presentado algunos con arañas o cucarachas pintarrajeadas de rojo!

—No, no, esta vez va en serio. Es un detective privado que, desde que hicimos la llamada, se pasea permanentemente por toda la ciudad con lentes de aumento sobre la nariz...

—¿Y qué te hace creer que ha encontrado de verdad a nuestra 103?

—Me ha dicho por teléfono que la marca sobre la frente no era roja sino amarilla. Y cuando me dejo la laca demasiado tiempo en las uñas, se vuelve amarilla.

En efecto, el argumento era convincente.

—¿Tiene el animal?

—No. Dice que la ha encontrado, pero que no ha podido cogerla. Se le ha escapado entre los dedos.

—¿Dónde la ha visto?

—¡Agarraos! ¡No será fácil!

—Pero ¿dónde la ha visto? ¡Di!

—¡En la estación de Metro de Fontainebleau!

—¿En una estación de Metro?

—Pero si son las seis, es hora punta. Debe estar abarrotada de gente —dijo Méliés asustado.

—Cada segundo es precioso. Si dejamos escapar esta ocasión, perderemos definitivamente a 103 y entonces...

—¡Corramos!

200. Instantes de respiro

Dos gordas hormigas de ojos rosas y malencaradas se acercan a un montón de salchichas, tarros de confitura, pizzas y chucrut aliñado.

—¡Nierk, nierk, los humanos no nos ven! ¡Démonos un banquete!

Las dos hormigas se precipitan sobre los platos. Emplean abrelatas para abrir botes de conserva de alubias, se sirven champaña en unas copas alargadas y brindan.

De pronto, un proyector las ilumina y una bomba derrama una nube amarilla.

Las dos hormigas levantan sus cejas y abren desmesuradamente sus grandes ojos verdes gritando.

—¡Socorro, es PROCASA!

—¡No, PROCASA no, cualquier cosa menos PROCASA!

Vapores negros.

—Aaaaargggghhhhhh.

Las dos hormigas se derrumban en el suelo. Trávellling hacia atrás. Un hombre esgrime un aerosol con gruesas letras inscritas en él: PROCASA.

Sonriente, se dirige a la cámara. «Con el buen tiempo y el calor, las cucarachas, las hormigas y las chinches proliferan. PROCASA es la solución. PROCASA mata sin discriminación todo lo que se mueve en sus cajones. PROCASA no es peligroso para los niños y no tiene piedad con los insectos. PROCASA es un nuevo producto CQG. CQG es eficacia.»

201. Persecución en el Metro

Iban completamente lanzados. Jacques Méliés, Laetitia Wells y Juliette Ramírez zarandearon sin miramientos a los usuarios del Metro.

—¿No han visto una hormiga?

—¿Cómo dice?

—Ha debido ir por allí, estoy segura, a las hormigas les gusta la penumbra. Hay que buscar en los rincones oscuros.

Jacques Méliés llevó a un transeúnte a un rincón.

—¡Mire dónde pone los pies, imbécil, sería capaz de matarla!

Nadie comprendía lo que hacían.

—¿Matarla? ¿Matar a quién? ¿Matar qué?

—¡A 103!

Y, como de costumbre, la mayoría de los viajeros seguían su camino, negándose a ver o a oír a los perturbadores.

Méliés se pegó de espaldas a la pared embaldosada.

—Buscar una hormiga en una estación de Metro es como buscar una aguja en un pajar.

¡Laetitia Wells se dio una palmada en la frente!

—¡Ya está! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes! «Buscar una aguja en un pajar...»

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué se hace para buscar una aguja en un pajar?

—¡Es imposible!

—Claro que es posible. Basta con emplear el método correcto. Encontrar una aguja en un pajar, es algo muy fácil: se prende fuego al pajar y luego se pasa un imán por las cenizas.

—De acuerdo, pero ¿qué tiene que ver eso con 103?

—Es una imagen nada más. Basta con encontrar el método. ¡Y tiene que haber forzosamente un método!

Quedaron desconcertados. ¡Un método!

—Jacques, tú eres policía, empieza por pedir al jefe de estación que haga salir a todo el mundo.

—¡No aceptará nunca, es hora punta!

—¡Dile que hay un aviso de bomba! Nunca asumiré el riesgo de tener miles de muertos sobre su conciencia.

—De acuerdo.

—Bueno, Juliette, ¿sería usted capaz de fabricar una frase feromonal?

—¿Cuál?

—«Dirígete a la zona más iluminada.»

—¡No hay problema! Puedo hacer incluso 30 centilitros que, con un spray, se vaporizarán por todas partes.

—Perfecto.

Jacques Méliés quedó entusiasmado.

—Ahora lo comprendo. Quieres instalar un potente proyector en el andén para que ella acuda.

—Las hormigas rojas de mi vivero iban siempre hacia la luz. ¿Por qué no intentarlo...?

Juliette Ramírez fabricó la frase olorosa: «Dirígete a la zona más iluminada», y regresó con esa llamada en un vaporizador de perfume.

Los altavoces de la estación pidieron a todo el mundo que evacuara el Metro con calma y en orden. Todo el mundo corrió, gritó, se zarandeó, se resbaló. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Alguien gritó: «¡Fuego!» Fue la desbandada. El grito fue repetido por todos. La muchedumbre echó a correr. Derribaron las verjas de separación de los andenes. Las gentes se pegaban por pasar. Los altavoces seguían repitiendo: «Tengan calma, que no cunda el pánico», y esas palabras lograban el efecto contrario al buscado.

Ante la cabalgada de suelas que se abaten a su alrededor, 103 decide esconderse en el intersticio de una letra de cerámica de la estación «Fontainebleau». La sexta del alfabeto. La letra F. Allí espera a que se calme la algarabía de los olores del sudor dedalero.

202. Enciclopedia

ABRACADABRA: La fórmula mágica «Habracadabrah» significa, en hebreo «que pase como está dicho» (que las cosas dichas cobren vida). En la Edad Media, se utilizaba como encantamiento para curar las fiebres. La expresión fue repetida luego por prestidigitadores, expresando con esa fórmula que el número llegaba a su fin y que el espectador iba a asistir a lo mejor del espectáculo (¿el momento en que las palabras cobran vida?). La frase, sin embargo, no es tan anodina como parece a primera vista. Hay que escribir la fórmula constituida por nueve letras (en hebreo no se escriben las vocales: HA BE RA HA CA AD BE RE HA, lo cual da HBR HCD BRH) en nueve líneas y de la siguiente manera, para descender progresivamente hasta la «H» original (Aleph: que se pronuncia Ha).

**HBR HCD BHR
HBR HCD BR
HBR HCD B
HBR HCD
HBRHC
HBRH
HBR
HB
H**

Esta disposición está concebida de forma que capte cuanto sea posible las energías del cielo y las haga descender hasta los hombres. Hay que imaginar ese talismán como un embudo, a cuyo alrededor la danza espiral de las letras que constituyen la fórmula «Habracadabrah» desemboca en un torbellino vertiginoso. Atrapa y concentra en su extremidad las fuerzas del espacio-tiempo superior.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

203. Una hormiga en el Metro

Ya está, la multitud se ha dispersado. 103 sale de su escondite y camina por los vastos pasillos del Metro. La verdad es que no se acostumbrará nunca a este lugar. No le gusta esa luz de neón de un blanco tan duro.

De pronto huele en el aire un mensaje feromonal: «Dirígete a la zona más iluminada.» Reconoce ese acento olfativo. Es el de la máquina de traducir de los Dedos. ¡Bueno! Basta con buscar el rincón más iluminado.

204. Encuentro imposible

Por toda la ciudad de Bel-o-kan se oye el choque de las armas. Las rebeldes caen del techo. Ninguna soldado acude para rescatar a la reina. Se lucha entre los cadáveres secos de las deístas. Pero rápidamente las más numerosas van obteniendo ventaja en los combates.

Chli-pu-ni está rodeada de mandíbulas que presiente hostiles. Se diría que aquellas hormigas no reconocen sus feromonas reales. Una de ellas se acerca, con las mandíbulas abiertas, como si quisiera decapitarla. Y, al acercarse, la asesina emite.

¡Los Dedos son nuestros dioses!

Ésa es la solución. Hay que entablar contacto con los Dioses. Chli-pu-ni no tiene intención de dejarse matar. Se lanza en medio de la pelea, zarandea las mandíbulas y antenas que tratan de pararla, galopa por todos los pasillos que descienden. Sólo hay una dirección los Dedos.

Piso -45. Piso -50. Descubre en seguida el pasaje que lleva debajo de la Ciudad. A su espalda, las rebeldes deístas la persiguen y siente sus olores hostiles.

Chli-pu-ni atraviesa el corredor de granito y penetra en la «Segunda Bel-o-kan», la ciudad secreta que su madre construyó en el pasado para acudir a hablar con los Dedos.

En el centro hay una silueta de la que sale un grueso tubo.

Chli-pu-ni sabe lo que es ese ser mal tallado en la resina. Las espías le han dicho su nombre. «Doctor Livingstone».

La reina se acerca. Las deístas la alcanzan, la rodean, pero la dejan avanzar hacia el representante de sus dioses.

La soberana toca las antenas de la seudo hormiga.

Soy la reina Chli-pu-ni, emite en su primer segmento.

Al mismo tiempo, a través de sus otros diez segmentos antenarios, lanza en desorden y en todas las longitudes de ondas olfativas una multitud de informaciones.

Tengo la intención de salvaros. De ahora en adelante, yo me encargo de alimentaros. Quiero hablar con vosotras.

Como si también ellas esperasen un prodigio, las deístas no se mueven.

Sin embargo, no ocurre nada. Desde hace varios días los dioses se han callado e incluso se niegan a hablar con la reina.

Chli-pu-ni aumenta la intensidad olfativa de sus mensajes. En el doctor Livingstone no se produce el menor estremecimiento. Permanece inmóvil.

De pronto, una idea cruza la mente de la soberana con la vivacidad y la fuerza luminosa de un relámpago.

Los Dedos no existen. Los Dedos no han existido nunca.

Ha sido un gigantesco engaño, rumores, historias, falsas informaciones difundidas

por las feromonas de varias generaciones de reinas y por movimientos de hormigas enfermas.

103 ha mentido. Madre Belo-kiu-kiuni ha mentido. Las rebeldes mienten. Todo el mundo miente.

Los Dedos no existen y no han existido nunca.

Allí se detienen todos sus pensamientos. Una decena de láminas de mandíbulas deístas perforan su pecho.

205. En busca de 103

El jefe de estación apagó todas las luces, como se lo había ordenado Méliés. Luego les proporcionó una linterna lo suficientemente potente como para iluminar el andén. Juliette Ramírez y Laetitia Wells habían vaporizado la feromona de llamada por toda la estación. Sólo les quedaba esperar, impacientes, con el corazón latiendo con fuerza, a que 103 se acercase a su faro.

103 percibe unas sombras generadas por una luz más potente que los neones que ha aprendido a conocer. De acuerdo con el mensaje difundido por los Dedos «amables» para encontrarla, avanza hacia la zona iluminada. Deben estar esperándola allí. En cuanto se reúna con ellos, todo volverá al orden.

¡Qué larga se hacía aquella espera! Jacques Méliés, incapaz de permanecer en su sitio, paseaba arriba y abajo por el corredor. Encendió un cigarrillo.

—Apágalo. El olor a tabaco podría hacerla huir. El fuego le da pánico.

El policía apagó su cigarrillo con el talón y siguió andando arriba y abajo.

—Deja de andar. Podrías aplastarla si llegase por ahí.

—No te preocupes por eso, si hay algo que no dejo de hacer desde hace días es mirar dónde pongo los pies.

103 ve nuevas placas acercándose hacia ella. Esa feromona es una trampa. Unos dedos matadores de hormigas han difundido el mensaje para matarla mejor. Huye.

Laetitia Wells la descubrió en el círculo de luz.

—¡Mirad! Una hormiga sola. Seguro que es 103. Se ha acercado pero tú le has dado miedo con tus suelas. Si consigue huir, la volveremos a perder.

Avanzaron con breves pasos, pero 103 aceleró la marcha.

—No nos reconoce. Para ella, todos los humanos son montañas —dijo desolada Laetitia.

Le presentaron sus Dedos y sus manos, pero 103 echó a correr como ya lo había hecho durante la comida campestre. Se precipitó en dirección a las vías.

—No nos reconoce. No reconoce nuestras manos. ¡Se desvía ante nuestros Dedos! ¿Qué podemos hacer? —Exclamó Méliés—. Si sale del andén, ¡nunca la volveremos a encontrar entre la gravilla!

—Es una hormiga. Y con las hormigas sólo funcionan los olores. ¿Tienes tu rotulador? La tinta huele mucho, lo suficiente al menos para detenerla.

Laetitia se apresuró a trazar una gruesa línea frente a 103.

Corre y se precipita cuando, de pronto, una pared olorosa, con fuerte sabor a alcohol, se yergue ante ella. 103 frena con todas sus patas, bordea aquella pared nauseabunda como si allí hubiera una frontera invisible pero infranqueable, luego la contornea y prosigue su carrera.

—¡Está contorneando la línea de tinta! Laetitia corrió para bloquear el camino

con el rotulador. Trazó tres trazos rápidos en forma de triángulo prisión.

Estoy prisionera entre estas paredes olorosas, se dijo 103. ¿Qué puedo hacer?

Sacando fuerzas de flaqueza, se proyecta a través del trazo de tinta como si se tratara de una pared de cristal y corre a todo correr sin mirar adonde va.

Los humanos no esperaban tanta valentía y audacia. Se atropellaron unos a otros ante la sorpresa.

—Está ahí —indicó Méliés con el Dedo.

—¿Dónde? —preguntó Laetitia.

—¡Cuidado...!

Laetitia Wells estaba desequilibrada. Todo ocurrió como a cámara lenta. Para sostenerse, dio un pasito de lado. Puro reflejo. La punta de su zapato de tacón alto se alzó y luego cayó sobre...

—NNNOOOOOOOOOOOOO —aulló Juliette Ramírez.

Empujó con todas sus fuerzas a Laetitia antes de que su pie tocara el suelo.

Demasiado tarde.

103 no tiene el reflejo de evitarlo. Ve una sombra que se cierne sobre ella y sólo le queda tiempo para pensar que su vida termina aquí. Su vida ha sido rica. Como en una pantalla de televisión, por sus cerebros desfilan imágenes. La guerra de las Amapolas, la caza del lagarto, la visión del confín del mundo, el vuelo en el escarabajo, el árbol cornífero, el espejo de las cucarachas, y tantas y tantas batallas antes del descubrimiento de la civilización dedalera..., el fútbol, Miss Universo..., el documental sobre las hormigas.

206. Enciclopedia

BESO: A veces me preguntan qué es lo que el hombre ha copiado de la hormiga. Mi respuesta es: el beso en la boca. Se ha creído durante mucho tiempo que los romanos de la Antigüedad habían inventado el beso en la boca varios centenares de años antes de nuestra Era. De hecho, se limitaron a observar a los insectos. Comprendieron que, cuando las hormigas se tocaban los labiales, producían un acto generoso que consolidaba su sociedad. Nunca captaron su significado completo, pero se dijeron que había que reproducir aquel contacto para encontrar la cohesión de los hormigueros. Besarse en la boca es representar una trofalaxia. Pero, en la verdadera trofalaxia, hay un don de alimento mientras que, en el beso humano, no hay más que un don de saliva no nutritivo.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

207. 103 en el otro mundo

Estupefactos, contemplaron el cuerpo aplastado de 103.

—¿Está muerta?

El animal no se movía. Nada.

—¡Está muerta!

Juliette Ramírez golpeó la pared con el puño.

—Todo está perdido. No podemos salvar a mi marido. Todos nuestros trabajos no han servido de nada.

—¡Es demasiado estúpido! ¡Fracasar tan cerca del final! Estábamos a punto de conseguirlo.

—Pobre 103... Toda esa vida extraordinaria, y un simple zapato de tacón la ha...

—Ha sido culpa mía, ha sido culpa mía —repetía Laetitia.

Jacques Méliés era más pragmático.

—¿Qué hacemos con su cadáver? ¡No iremos a tirarlo!

—Habría que erigirle una pequeña tumba...

—103 no era una hormiga cualquiera. Era una Ulises o una Marco Polo de los mundos del espacio-tiempo inferior. Un personaje clave de toda su civilización. Merece más que una tumba.

—¿En qué estás pensando? ¿En un monumento?

—Sí.

—Pero, por ahora, nadie salvo nosotros sabe lo que esta hormiga ha hecho. Nadie sabe que ha sido el puente entre nuestras dos civilizaciones.

—¡Hay que proclamarlo por todas partes, hay que avisar a todo el mundo! —Afirmó Laetitia Wells—. Esta historia ha adquirido demasiada importancia. Es preciso que tenga una continuación, que nos permita llegar más lejos.

—Nunca habrá otra «embajadora» tan capacitada como 103. Tenía la curiosidad y la apertura de mente necesarias para el contacto. Lo he comprendido hablando con las otras hormigas. Era un caso único.

—Entre un millar de hormigas, deberíamos terminar encontrando otra igual de dotada.

Pero sabían de sobra que no. Empezaban a adoptar a 103 como ella les había adoptado. Así de sencillo. Nada más que por un interés bien entendido. Las hormigas necesitan a los hombres para ganar tiempo. Los hombres necesitan a las hormigas para ganar tiempo.

¡Qué lástima! ¡Qué lástima fracasar tan cerca de la meta!

Ni el propio Jacques Méliés conseguía permanecer insensible. Dio puntapiés contra los bancos.

—Es demasiado estúpido.

Laetitia Wells se echaba la culpa.

—No la he visto. Era tan pequeña. ¡No la he visto!

Y los tres miraban el pequeño cuerpo inmóvil. Era un objeto. Viendo el pobre caparazón retorcido nadie hubiera podido creer que aquello había sido 103, la guía de la primera cruzada contra los Dedos.

Se recogieron delante del cadáver.

De pronto, Laetitia Wells abrió desmesuradamente los ojos y dio un brinco.

—¡Se ha movido!

Escrutaron el insecto inmóvil.

—Ves lo que deseas ver.

—No, no he soñado. Os digo que la he visto mover una antena. Apenas era perceptible, pero sí claro.

Se miraron y observaron largamente el insecto. No había la menor onza de vida en aquel animal. Estaba fija en una especie de espasmo doloroso. Sus antenas estaban alzadas, y sus seis patas recogidas como para un largo viaje.

—¡Estoy... estoy segura de que ha movido una pata!

Jacques Méliés cogió a Laetitia por los hombros. Comprendía que la emoción le hiciese ver lo que deseaba ver.

—Lo siento. Puro reflejo cadavérico probablemente.

Juliette Ramírez no quería dejar a Laetitia Wells en la duda, cogió el pequeño cuerpo ajusticiado y se lo puso muy cerca de la oreja. Lo depositó incluso en la caverna de su cavidad auricular.

—¿Crees que vas a oír los latidos de su corazón?

—¿Quién sabe? Tengo muy buen oído, percibiría el menor movimiento.

Laetitia Wells volvió a coger los despojos de la heroína y lo depositó en un banco. Se puso de rodillas y colocó con precaución un espejo delante de sus mandíbulas.

—¿Esperas verla respirar?

—Las hormigas también respiran, ¿no?

—Su respiración es demasiado ligera para que podamos descubrir la menor huella.

Contemplaron al animal desarticulado con una cólera sorda.

—Está muerta. ¡Está completamente muerta!

—103 era la única que confiaba en nuestra unión entre especies. Había tardado tiempo, pero había imaginado una interpretación de nuestras dos civilizaciones. Había abierto una brecha y hallado unos denominadores comunes. Ninguna otra hormiga habría podido dar tal paso. Ella empezaba a volverse algo... humana. Le gustaba nuestro humor y nuestro arte. Cosas todas perfectamente inútiles, como ella decía..., pero, ¡tan fascinantes!

—Educaremos a otra.

Jacques Méliés tomó a Laetitia Wells entre sus brazos y la consoló.

—Cogeremos otra y le enseñaremos también lo que es el humor y el arte de los...
Dedos.

—No hay ninguna otra como ella. Ha sido culpa mía... —repitió Laetitia.

Mantuvieron fijos los ojos sobre el cuerpo de 103. Sobrevino un largo silencio.

—Le haremos unas exequias dignas de ella —dijo Juliette Ramírez.

—La enterraremos en el cementerio de Montparnasse, al lado de los mayores pensadores del siglo. Será una tumba muy pequeña y encima escribiremos: «Fue la primera.» Sólo nosotros sabremos el sentido de esa inscripción.

—No le pondremos cruz.

—Ni flores ni coronas.

—Nada más que una ramita clavada en el cemento. Porque siempre ha permanecido erguida ante los acontecimientos, incluso cuando tenía miedo.

—Y siempre tenía miedo.

—Volveremos a encontrarnos cada año sobre su tumba.

—Personalmente, no me gusta insistir en mis fracasos.

Juliette Ramírez suspiró.

—¡Qué lástima tan grande!

Con la punta de la uña, golpeó en las antenas de 103.

—¡Vamos! ¡Despierta ahora! Ya nos has engañado bastante, nos hemos creído que estabas muerta, dinos que estabas bromeando. Que gastas bromas como nosotros, los humanos.

¿Lo ves? ¡Tú has inventado el humor hormiga!

Llevó el cuerpo bajo la linterna halógena.

—Tal vez con un poco de calor...

Los tres contemplaban el cadáver de 103. Méliés no pudo dejar de murmurar una pequeña plegaria: «Dios mío, haz que...»

Pero seguía sin ocurrir nada.

Laetitia Wells contuvo una lágrima que fluyó, se deslizó por la arista de la nariz, contorneó la mejilla, se detuvo un instante en el hoyuelo de la barbilla y luego cayó junto a la hormiga.

Una salpicadura sucia tocó la antena de 103.

Entonces ocurrió algo. Los ojos se abrieron desmesuradamente y los cuerpos se inclinaron.

—¡Se ha movido!

Esta vez los tres habían visto estremecerse la antena.

—¡Se ha movido, todavía está viva!

La antena volvió a estremecerse.

Laetitia cogió una segunda lágrima de la comisura de sus ojos y humedeció con

ella la antena.

De nuevo hubo un movimiento imperceptible de retroceso.

—Está viva. Está viva. ¡103 está viva!

Juliette Ramírez se frotó la boca con un Dedo escéptico.

—Aún no está todo ganado.

—Está muy malherida, pero podemos salvarla.

—Necesitamos un veterinario.

—Un veterinario para hormigas, ¡eso no existe! —observó Jacques Méliés.

—Entonces, ¿quién va a poder curar a 103? Sin ayuda, morirá.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

—Sacarla de aquí, y deprisa.

Estaban sobreexcitados y a la vez desconcertados, porque habían deseado con mucha fuerza verla moverse, y ahora que se movía no sabían qué hacer para cuidarla. A Laetitia Wells le habría gustado acariciarla, tranquilizarla, pedirle perdón. Pero se sentía tan torpe, tan patosa para el espacio-tiempo de las hormigas que no haría sino agravar la situación. En ese instante le habría gustado ser hormiga para poder lamerla, darle una buena trofalaxia...

Exclamó.

—Sólo una hormiga podría salvarla, tenemos que llevarla entre las suyas.

—No, está cubierta por olores parásitos. Una hormiga de su propio nido no la reconocería. La mataría. No hay nada que nosotros podamos hacer.

—Se necesitarían bisturís microscópicos, pinzas...

—Si sólo es eso, ¡corramos! —Gritó Juliette Ramírez—. Si llegamos a casa, tal vez no todo esté perdido. ¿Tenéis otra caja de cerillas?

De nuevo Laetitia colocó a 103 con mil precauciones, obligándose a creer que aquel trozo de pañuelo con el que había tapizado el fondo no era un sudario sino una sábana, que transportaba no un ataúd sino una ambulancia.

103 emite débiles llamadas con la punta de la antena, como si se supiera al límite de sus fuerzas y quisiera lanzar un último adiós.

Volvieron a subir a la superficie, corriendo y al mismo tiempo esforzándose por no agitar mucho la caja y a su herida.

Además, de rabia, Laetitia tiró sus zapatos a la cuneta.

Cogieron un taxi, le exhortaron a ir lo más rápido posible evitando los baches.

El chofer reconoció a sus pasajeros. Eran los mismos que, la última vez, le habían exigido que no pasase de 0,1 kilómetro por hora. Siempre da uno con los mismos pesados. ¡O no tienen ninguna prisa o tienen demasiada!

De cualquier modo, corrió hacia el domicilio de los Ramírez.

208. Feromona

Feromona: Zoología

Tema: Los Dedos

Salivadora: 103.683

Fecha año: 100.000.667

CAPARAZÓN: Los Dedos tienen la piel blanda. Para protegérsela, la recubren, bien con trozos de vegetales tejidos, bien con trozos de metal que llaman «coches».

TRANSACCIÓN: Los Dedos son ineptos en materia de relaciones comerciales. Son tan ingenuos que intercambian paletadas de alimento por un solo trozo de papel coloreado no comestible.

COLOR: Si se priva de aire a un humano durante más de tres minutos, cambia de color.

PARADA AMOROSA: Los Dedos se entregan a una parada amorosa compleja. Para hacerlo, se encuentran la mayoría de las veces en unos lugares especiales llamados «cajas de noche» o «boites». En ellas se menean cara a cara durante horas, representando así el acto copular. Si cada uno queda satisfecho con la actuación del otro, se dirigen a una habitación para reproducirse.

NOMBRES: Los Dedos se llaman entre sí Humanos. Y a nosotras, las Terrestres, nos llaman Hormigas.

RELACIONES CON EL ENTORNO: El Dedo sólo se preocupa de su propia persona. Por naturaleza, el Dedo siente unas ganas fortísimas de matar a todos los demás Dedos. Las «leyes», un código social rígido establecido de forma artificial, sirven para moderar sus pulsiones de muerte.

SALIVA: Los Dedos no saben lavarse con su saliva. Para lavarse necesitan una máquina que se llama «bañera».

COSMOGONÍA: ¡Los Dedos se imaginan que la Tierra es redonda y que gira alrededor del Sol!

ANIMALES: Los Dedos conocen muy mal la Naturaleza que les rodea.

Creen ser los únicos animales inteligentes.

209. Operación última oportunidad

—¡Bisturí!

Cada petición de Arthur era ejecutada inmediatamente.

—Bisturí.

—¡Pinza de depilar número uno!

—Pinza de depilar número uno.

—¡Escalpelo!

—Escalpelo.

—¡Sutura!

—Sutura.

—¡Pinza de depilar número ocho!

—Pinza de depilar número ocho.

Arthur Ramírez operaba. Cuando los otros tres llegaron, trayendo a 103 agonizante, él ya se había despertado y recuperado de su desmayo. Había comprendido inmediatamente lo que de él esperaban sus compañeros y se arremangó. Deseoso de conservar intacta toda la agudeza de sus sentidos para la delicada operación, había rechazado el cóctel de analgésicos que le ofrecía su esposa.

Ahora Jacques Méliés, Laetitia Wells y Juliette Ramírez estaban a su lado inclinados sobre la minúscula mesa de cirugía improvisada por el señor de los duendes a partir de una lámina de microscopio. Este último estaba colocado sobre una cámara de vídeo. Todos podían seguir la operación en un televisor.

Muchas hormigas-robot habían desfilado ya sobre aquella lámina para ser reparadas, pero era la primera vez que una hormiga de quitina y de sangre se hallaba en aquel mal trance.

—¡Sangre!

—Sangre.

—¡Más sangre!

Para salvar a 103 había sido preciso aplastar a cuatro hormigas verdaderas y recoger la sangre precisa para las transfusiones. No habían vacilado. 103 era única y merecía el sacrificio de algunos individuos de su especie.

Para aquellas mini transfusiones, Arthur había afilado una aguja microscópica y la había hundido en la zona blanda de la articulación de la pata posterior izquierda.

El cirujano improvisado ignoraba si la hormiga sufría con sus manipulaciones, pero, dado su estado de fragilidad, había preferido no intentar la anestesia.

Arthur empezó por encajar la pata mediana a la manera de un ensalmador. Igual de fácil resultó su trabajo con la pata anterior izquierda. A fuerza de trabajar con sus hormigas-robot, había adquirido una gran destreza digital.

El tórax estaba aplastado. Con una pinza fina volvió a darle forma, como se haría

con una aleta de coche abollada, luego taponó con cola el lugar en que la quitina había sido perforada. Esa misma cola sirvió para volver a soldar el abdomen agujereado, tras haberlo llenado otra vez de sangre con la ayuda de una minúscula pipeta.

—¡Suerte que la cabeza y las antenas están intactas! —exclamó—. La punta de su tacón era tan estrecha que sólo ha aplastado el tórax y el abdomen.

Bajo la luz de la lámpara del microscopio, 103 recupera la energía. Alza un poco la cabeza y chupa lentamente la gota de miel que un Dedo ha dispuesto delante de sus mandíbulas.

Arthur se alzó, enjugó el sudor de su frente y suspiró.

—Creo que saldrá de ésta. Pero necesitará varios días de reposo para recuperarse. Ponedla en una zona oscura, cálida y húmeda.

210. Enciclopedia

¿CUÁL ES EL CAMINO? Hay que pensar en el hombre del año 100 millones. (Aquel que tiene tanta experiencia como las hormigas actuales.) Ese hombre debe tener una conciencia cien mil veces más desarrollada que la nuestra. Hay que ayudar a ese pequeño, pequeñísimo niño a la potencia 100.000. Para ello hay que trazar el sendero de oro. El camino que permitirá perder el menor tiempo posible en formalismos inútiles. El camino que impedirá las vueltas atrás bajo la presión de todos los reaccionarios, de todos los bárbaros, de todos los tiranos. Tenemos que encontrar el Tao, la vía que lleva a la conciencia más elevada. Esa vía se trazará a partir de la multiplicidad de nuestras experiencias. Para descubrir mejor ese sendero tenemos que cambiar nuestros puntos de vista, no anquilosarnos en una forma de pensar. Sea la que fuere. Ni aunque sea buena. Las hormigas nos muestran un ejercicio espiritual. Ponerse en su lugar. Pero pongámonos también en el lugar de los árboles, en el lugar de los peces, en el lugar de las olas, en el lugar de las nubes, en el lugar de las piedras.

El hombre del año 100 millones deberá saber hablar con las montañas para profundizar en su memoria. En caso contrario, nada habrá servido de nada.

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

211. El agujero

Tras tres días de convalecencia, 103 se había repuesto por completo de sus contusiones. Comía de forma casi normal, incluso trozos de carne de saltamontes y caldo de cereales. Movía normalmente sus dos antenas. Se lamía constantemente las heridas para quitarse la cola y así desinfectarlas con su saliva.

Arthur Ramírez hacía caminar a su paciente en una caja de cartón forrada de algodón hidrófilo para evitar cualquier choque. Cada día anotaba los progresos realizados. La pata rota no funcionaba muy bien, pero 103 lo compensaba contoneándose.

—Necesita rehabilitación para recuperar músculo en sus cinco patas —observó Jacques Méliés.

Tenía razón. Arthur depositó a 103 en una mini-cinta deslizadora y alternativamente todos y cada uno la hizo andar para fortalecerle los muslos.

La soldado ya había recuperado fuerzas suficientes para proseguir las discusiones.

Diez días después del accidente, decidieron que había llegado el momento de organizar la expedición para salvar a Jonathan Wells y a sus compañeros.

Jacques Méliés convocó a Émile Cahuzacq y a tres policías subalternos. Laetitia Wells y Juliette Ramírez también formaban parte del grupo. Arthur, demasiado débil por la enfermedad y las preocupaciones de aquellos últimos días, prefirió esperar su regreso confortablemente arrellanado en un sillón.

Iban provistos de picos y palas. 103 estaba con ellos para guiarles. ¡En marcha hacia el bosque de Fontainebleau!

Los Dedos de Laetitia depositaron a la hormiga en la hierba. Para estar segura de no perderla, había anudado un hilo de nailon alrededor de la articulación abdominal de la exploradora. En cierto modo, una correa. .

103 olfatea los efluvios circundantes y señala con la antena la dirección a tomar.

Bel-o-kan es por allí.

Para ir más deprisa, los Dedos la levantaban y la transportaban más adelante. Bastaba con que agitase sus apéndices sensoriales para que comprendiesen que necesitaba nuevos puntos de referencia. Entonces, volvían a colocarla en el suelo y ella señalaba de nuevo el camino.

Al cabo de una hora de marcha, vadearon un riachuelo y luego se adentraron por una zona de matorrales. Se veían obligados a avanzar despacio para que 103 pudiera seguir los rastros olfativos adecuados.

Tres horas más tarde divisaron a lo lejos, delante de ellos, un gran montón de ramitas.

La hormiga indicó que habían llegado.

—¿Esto es Bel-o-kan? —preguntó asombrado Méliés, que, en otras

circunstancias, nunca habría reparado en semejante montículo.

Aceleraron el paso.

—¿Y ahora, jefe? —preguntó un policía.

—Ahora, a cavar.

—Pero sin hundir la ciudad, sobre todo sin hundir la ciudad —insistió Laetitia, apuntando con un Dedo amenazador—. No olvidéis que hemos prometido a 103 no estropear su ciudad.

El inspector Cahuzacq meditó sobre el problema.

—Bueno, basta con cavar justo al lado. Si es grande, tendremos que ir a parar forzosamente sobre el subterráneo, y, si no llegamos a él, avanzaremos de través por debajo para rodear el nido.

—¡De acuerdo! —dijo Laetitia.

Cavaron como filibusteros en busca de un tesoro enterrado en una isla. Pronto los policías quedaron cubiertos de tierra y de barro, pero sus palas seguían sin encontrar la roca.

El comisario les animó a proseguir.

Diez metros, doce metros, y nada. Unas hormigas, sin duda soldados de Bel-okan, acudieron en busca de noticias, deseosas de saber qué era lo que provocaba aquellas terribles vibraciones en los alrededores de la Ciudad, hasta el punto de poner en peligro sus corredores periféricos.

Émile Cahuzacq les ofreció miel para tranquilizarlas.

Los policías empezaron a cansarse de utilizar las palas. Al final tenían ya la impresión de estar cavando sus propias tumbas, pero el jefe parecía decidido a ir hasta el fin, y ellos no podían elegir.

Cada vez eran más las belokanianas que les observaban.

Son Dedos, emitió una obrera que había rechazado aquella miel, tal vez envenenada.

¡Unos Dedos que han venido a vengarse de nosotras por la cruzada!

Juliette Ramírez comprendió qué era lo que alteraba a las pequeñas criaturas.

—¡Pronto! Cojámoslas a todas antes de que tengan tiempo de dar la alerta.

Junto con Laetitia y Méliés, las metió, revueltas con puñados de tierra y de hierbas, en unas cajas-prisión sobre las que pulverizó un feromona. «Calmaos, todo va bien».

En apariencia, la maniobra dio resultado. No volvió a percibirse ningún barullo en las cajas.

—Tenemos que darnos prisa, porque, si no, pronto tendremos a todos los ejércitos de la Federación aquí —dijo la campeona de «Trampa para pensar». Y todos los vaporizadores del mundo no bastarían para contenerlas eternamente.

—Deje de preocuparse usted también —dijo uno de los policías—. Ya está. Aquí

suenan hueco. Debemos estar encima de la gruta.

Y gritó.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí abajo?

No hubo respuesta. Iluminaron el lugar con una linterna.

—Parece una iglesia —constató Cahuzacq—. Y no veo a nadie.

Un policía cogió una cuerda, la ató al tronco de un árbol y descendió con la linterna. Cahuzacq le siguió. Recorrió una por una las salas antes de gritar hacia los que estaban arriba.

—Ya está. Los he encontrado. Parece que están vivos, pero duermen.

—Con todo el follón que armamos es imposible. Si no les hemos despertado es que están muertos.

Jacques Méliés quería verlo con sus propios ojos. Alumbró la sala y, sorprendido, descubrió una fuente, material informático y máquinas eléctricas susurrantes. Avanzó hacia el dormitorio, quiso sacudir a uno de los hombres allí tumbados y retrocedió con la impresión de haber rozado un esqueleto, de lo descarnado que estaba el brazo que había cogido.

—Están muertos —repitió.

—No...

Méliés se sobresaltó.

—¿Quién ha hablado?

—Yo —murmuró una voz débil.

Se volvió. Detrás de él, de pie, apoyándose contra un muro, había un ser demacrado.

—No, no estamos muertos —articuló Jonathan Wells, apoyándose en un brazo—. No les esperábamos, señores.

Se observaron mutuamente. Jonathan Wells no pestañeaba.

—¿No nos han oído cavar? —preguntó Jacques Méliés.

—Sí, pero preferíamos dormir hasta el último momento —emitió el profesor Daniel Rosenfeld.

Todos se levantaron. Estaban delgados y tranquilos.

Los policías estaban muy impresionados. Aquellas gentes ya no parecían seres humanos.

—¡Deben tener un hambre terrible!

—No, no nos alimenten ahora, podría matarnos. Hemos ido acostumbrándonos a vivir así, con poca cosa.

Émile Cahuzacq no daba crédito a sus sentidos.

—¡Madre mía!

Los hombres del subsuelo se vistieron tranquilamente y avanzaron. Retrocedieron cuando vieron la luz del día. Era demasiado violenta para ellos.

Jonathan Wells reunió a varios de sus compañeros de vida subterránea. Formaron un círculo y Jasón Bragel hizo la pregunta que ya todos se hacían.

—¿Nos vamos o nos quedamos?

212. Enciclopedia

VITRIOLO: «Vitriolo» es una denominación del ácido sulfúrico. Durante mucho tiempo se creyó que «vitriolo» significaba «lo que vuelve vidrioso». Su sentido, sin embargo, es más hermético. La palabra «vitriolo» se formó a partir de las primeras letras de una fórmula de base que data de la Antigüedad: V.I.T.R.I.O.L.: Visita Interiora Terrae (visita el interior de la Tierra) Rectificando Oculum Lapidem (y rectificándote encontrarás la piedra escondida).

Edmond Wells

Enciclopedia del saber relativo y absoluto, tomo II

213. Preparativos

El cadáver de Chli-pu-ni preside la sala de muertos, donde las deístas lo han instalado.

Sin reina ponedora, Bel-o-kan está amenazada de desaparición. Las hormigas rojas necesitan imperativamente una reina. Una sola reina, pero una reina.

Todas lo saben, ser deísta o no deísta no salvará ahora a la Ciudad. Lo primero que hay que hacer es organizar, aunque ya haya pasado la estación, una Fiesta del Renacimiento.

Se reúne a las princesas retrasadas que no volaron en julio. Se acorrala a los machos débiles que no supieron salir de la Ciudad los días de los vuelos nupciales y se les prepara.

Para salvar la Ciudad resulta imprescindible un acoplamiento.

Sean o no sean dioses los Dedos, si las hormigas no consiguen una reina fecundada de aquí a tres días, todas las belokanianas morirán.

Se atiborra, por tanto, a las princesas de miel azucarada a fin de dinamizarlas con vistas al acto amoroso. Y a los machos deficientes se les explica con paciencia el desarrollo del vuelo nupcial. En el pesado calor de mediodía, la muchedumbre se apiña en el domo de la Ciudad. Desde hace milenios, la Fiesta del Renacimiento provoca el mismo entusiasmo, pero este año es la supervivencia de la comunidad lo que está en juego. ¡Nunca vuelo nupcial alguno fue tan esperado!

Es necesario que una reina viviente vuelva a aterrizar en Bel-o-kan.

Barullo olfativo. Las princesas están ahí, con su vestido de novia que sólo cuenta con dos alas transparentes. Las artilleras están en sus puestos para defender la Ciudad en caso de que los pájaros intenten acercarse.

214. Feromona zoológica

Feromona: Zoología

Tema: Los Dedos

Salivadora: 103.683

Fecha año: 100.000.667

COMUNICACIÓN: Los Dedos se comunican entre sí emitiendo por la boca vibraciones sonoras. Éstas son captadas por una membrana libre, situada al fondo de unos agujeros laterales de la cabeza. Esa membrana recibe los sonidos y los transforma en impulsos eléctricos. El cerebro da luego un sentido a esos sonidos.

REPRODUCCIÓN: Las hembras de los Dedos son incapaces de elegir el sexo, la casta, o incluso la forma de su cresa. Cada nacimiento es una sorpresa.

OLOR: Los Dedos huelen a aceite castaño.

ALIMENTO: A veces los Dedos comen no porque tengan hambre sino porque se aburren.

ASEXUADO: No existen asexuados entre los Dedos, no hay en ellos más que machos y hembras. Tampoco tienen reina ponedora.

HUMOR: Los Dedos tienen una emoción que nos resulta completamente extraña, y a eso lo llaman «humor». Soy incapaz de comprender de qué se trata. Sin embargo, parece interesante.

NÚMERO: Los Dedos son más numerosos de lo que generalmente se cree. Han construido por el mundo una decena de ciudades de al menos mil Dedos. Según mis estimaciones, debe haber diez mil Dedos en la Tierra.

TEMPERATURA: Los Dedos están equipados con un sistema de regulación térmica interna que les permite conservar el cuerpo tibio, incluso aunque la temperatura del mundo exterior sea fría. Ese sistema les permite permanecer activos de noche y en invierno.

OJOS: Los Dedos tienen ojos móviles en relación al resto del cráneo.

MARCHA: Los Dedos caminan en equilibrio sobre dos patas. Aún no

controlan perfectamente esa posición, relativamente reciente en su evolución fisiológica.

VACAS: *Los Dedos ordeñan a las vacas (grandes animales para su tamaño), de la misma forma que nosotros ordeñamos a nuestros pulgones.*

215. Renacimiento

Decidieron salir. Iban muy dignos. No estaban ni moribundos ni enfermos. Sólo estaban debilitados. Muy debilitados.

—Al menos podían darnos las gracias —gruñó Cahuzacq in petto.

Su colega Alain Bilsheim le oyó.

—El año pasado os habríamos besado los pies. Ahora, es demasiado pronto o es demasiado tarde.

—¡Pero, sea como sea, os hemos salvado!

—¿Salvado de qué?

Cahuzcq estalló.

—¡En mi vida he visto tanta ingratitud! Como para ir en vuestra ayuda la próxima...

Escupió en el suelo del templo subterráneo.

Uno tras otro, los diecisiete cautivos salieron por la escalera de cuerda. El sol los cegaba. Pidieron vendas para protegerse los ojos. Se sentaron en el suelo.

—¡Explicadnos! —Exclamó Laetitia Wells—. ¡Háblame, Jonathan! Soy tu prima Laetitia Wells, la hija de Edmond. Dime cómo habéis podido resistir ahí abajo tanto tiempo.

Jonathan Wells se hizo portavoz de su comunidad.

—Simplemente tomamos la decisión de vivir, y de vivir juntos, eso es todo. Preferimos no hablar demasiado, perdónenos.

La vieja Augusta Wells se apoyó en una piedra, haciendo signos negativos a los policías.

—No queremos agua ni alimentos. Dadnos sólo mantas porque fuera tenemos frío y apenas nos queda grasa para protegernos —añadió con una risita.—

Laetitia Wells, Jacques Méliés y Juliette Ramírez habían esperado tener que socorrer a unos agonizantes. Ahora no sabían muy bien cómo comportarse frente a aquellos esqueletos tranquilos que se dirigían a ellos con modales llenos de orgullo.

Los instalaron en sus coches, los llevaron al hospital para hacerles exámenes completos y constataron que su estado de salud era mejor de lo que habían temido. Todos presentaban, desde luego, una multitud de carencias en vitaminas y proteínas, pero no sufrían ni lesiones internas o externas, ni degradación de células.

Como un mensaje telepático, una frase cruzó el cerebro de Juliette Ramírez.

Y ellos surgirán de las entrañas de la tierra nodriza cual extraños bebés, portadores de una nueva Humanidad.

Horas más tarde, Laetitia Wells se entrevistó con el psicoterapeuta que había examinado a los supervivientes.

—No sé lo que ocurre —dijo el médico. Prácticamente no hablan. Me sonríen

todos como si me tomaran por imbécil, lo cual no deja de ser irritante, debo admitirlo. Pero lo más sorprendente es ese fenómeno extraño, que me desasosiega. Cuando se toca a uno, todos los demás sienten el gesto, como si pertenecieran a un mismo organismo. ¡Y eso no es todo!

—¿Qué más ocurre?

—Cantan.

—¿Cantan? —Dijo asustado Méliés—. Tal vez haya oído usted mal, tal vez sea porque les cuesta volverse a acostumbrar a la palabra o...

—No. Cantan, es decir, emiten sonidos diferentes para encontrarse todos en la misma nota y mantenerla mucho tiempo. Esa nota única hace vibrar el hospital entero y, en apariencia, parece aliviarles.

—¡Se han vuelto locos! —exclamó el comisario.

—Tal vez esa nota sea un sonido de reunión, como los cantos gregorianos —sugirió Laetitia—. Mi padre sentía mucho interés por ellos.

—Un sonido de reunión para humanos, igual que el olor es signo de reunión para un hormiguero —dijo Juliette Ramírez completando la idea.

El comisario Jacques Méliés pareció preocupado.

—Sobre todo, no hable de esto con nadie y póngame a toda esa gente en cuarentena hasta nueva orden.

216. Tótems establecidos

Cierto día cuando paseaba por el bosque de Fontainebleau, un pescador contempló un espectáculo desconcertante. Sobre un islote situado entre los dos brazos de un riachuelo, vio unas pequeñas estatuillas de arcilla. Habían sido modeladas sin duda con herramientas minúsculas porque tenían marcas de múltiples y microscópicos golpes de espátula. Había centenares de esas estatuillas, todas exactamente iguales. Casi se habría dicho que se trataba de saleros miniatura.

Además de pescar con caña, el paseante tenía otra pasión: la arqueología.

Aquellos tótem dispuestos en todas direcciones le hicieron pensar en seguida en las estatuas de la isla de Pascua.

¿Se encontraba acaso, pensó, en la isla de Pascua de un pueblo de liliputienses que en otro tiempo había vivido en aquel bosque? ¿Acaso tenía frente a sí los últimos vestigios de una antigua civilización cuyos individuos no debían superar el tamaño de un pájaro-mosca? ¿Gnomos? ¿Trasgos?

El pescador-arqueólogo no exploró con suficiente minuciosidad la isla. De haberlo hecho, habría observado también pequeños montones de insectos de todas las especies, afanados en tocarse con las antenas para comunicarse toda clase de historias.

Y habría comprendido quiénes eran los auténticos constructores de aquellas estatuillas de arcilla.

217. Cáncer

103 había cumplido su primera promesa: la gente que vivía bajo su ciudad se había salvado. Juliette Ramírez la conminó a cumplir ahora la segunda: revelar el secreto del cáncer.

La hormiga vuelve a ocupar su sitio en la campana de «Piedra de Roseta» y emite un largo discurso oloroso.

Feromona biológica para uso de los Dedos

Salivadora: 103

Tema: «Lo que vosotros llamáis “cáncer”»

Si vosotros, los humanos, no conseguís erradicar el cáncer es porque vuestra ciencia está anticuada. Por lo que se refiere al cáncer, vuestra forma de analizar os ciega. Sólo veis el mundo de una manera: la vuestra. Porque sois prisioneros de vuestro pasado. A fuerza de experimentación, habéis conseguido curar ciertas enfermedades. De ello habéis deducido que sólo la experimentación puede acabar con todas las enfermedades. Lo he visto en vuestros documentales científicos, en la televisión. Para comprender un fenómeno, lo medís, lo colocáis en una casilla, lo catalogáis y lo cortáis en trozos cada vez más pequeños. Tenéis la impresión de que cuanto más lo desmenuzáis, más os acercáis a la verdad. Sin embargo, cortando una cigarra en trozos no descubriréis por qué canta. Examinando con vuestras lupas las células de un pétalo de orquídea no comprenderéis por qué es tan hermosa esa flor.

Para comprender los elementos que nos rodean hay que ponerse en su lugar, en su globalidad. Y preferentemente mientras todavía están vivos. Si queréis comprender a la cigarra, tratad de sentir durante diez minutos lo que puede ver y vivir una cigarra.

Si queréis comprender a la orquídea, tratad de sentirlos flor. Poneos en el lugar de los demás en vez de cortarlos en trozos y observarlos desde vuestras ciudadelas de conocimientos.

Ninguno de vuestros grandes inventos ha sido descubierto por convencionales sabios de blusa blanca. En la televisión he visto un documental sobre vuestros grandes inventos. No eran más que accidentes de manipulación, cacerolas con cuyo vapor levantabas una tapa, niños mordidos por perros, manzanas que caían de un árbol, productos mezclados por azar.

Para resolver vuestro problema de cáncer habrías debido involucrar a poetas, filósofos, escritores, pintores. En resumen, creadores dotados de

intuición y de inspiración. Y no a gentes que han aprendido de memoria todas las experiencias de sus predecesores.

Vuestra ciencia clásica está anticuada.

Vuestro pasado os impide ver vuestro presente. Vuestros logros de antaño os impiden triunfar ahora. Vuestras glorias antiguas son vuestros peores adversarios. He visto a vuestros científicos en la televisión. No hacen más que repetir dogmas, y vuestras escuelas no hacen otra cosa que frenar las imaginaciones con protocolos de experimentación fijados para siempre. Además, sometéis a exámenes a vuestros estudiantes para aseguraros de que no se aventurarán a modificar esos protocolos.

Por eso no sabéis curar el cáncer. Para vosotros, todo es lo mismo. Como se ha conseguido vencer el cólera de un determinado modo, se conseguirá vencer el cáncer empleando los mismos procedimientos.

Sin embargo, el cáncer merece que os intereséis en él en su calidad de cáncer. Es una entidad en sí misma.

Voy a daros la solución. Voy a enseñaros la forma en que nosotras, las hormigas, a las que aplastáis tan fácilmente, hemos resuelto el problema del cáncer.

Observamos que entre nosotros había algunos raros individuos afectados por el cáncer pero que no morían. Entonces, en vez de estudiar a la multitud de los que morían, empezamos por estudiar a éstos, a los raros que estaban afectados y que, de pronto, se curaban sin razón. Buscamos entre ellos su mínimo denominador común. Buscamos durante mucho tiempo, durante muchísimo tiempo. Y descubrimos lo que había de común en la mayor parte de esas curaciones «milagrosas»: una capacidad para comunicar con su entorno más fuerte que las de la media de las hormigas.

De ahí una intuición: ¿y si el cáncer fuera un problema de comunicación? ¿De comunicación con quién, me diréis? Pues bien, de comunicación con otras entidades.

Investigamos en el cuerpo de los enfermos: no había en él ninguna entidad palpable. No había espora, microbio ni gusano. A una hormiga se le ocurrió entonces una idea genial: analizar el ritmo de propagación de la enfermedad. ¡Y nos dimos cuenta de que ese ritmo era un lenguaje! La enfermedad evolucionaba según una onda que podía analizarse como una forma de lenguaje.

Disponíamos por tanto del lenguaje, pero no de su emisor. Pero eso no era importante. Descodificamos el lenguaje. En líneas generales significaba: «¿Quiénes sois, dónde estoy?»

Entonces comprendimos. Los individuos afectados por él cáncer son, de

hecho, receptáculos involuntarios de entidades extraterrestres no palpables. Extraterrestres que, de hecho, no serían más que una onda comunicante... Al llegar a tierra, esa onda no tendría más que una sola idea para hablar: reproducir lo que la rodea. Y como había aterrizado en cuerpos vivos, la onda extraterrestre reproducía las células que la rodeaban a fin de emitir mensajes del tipo «Buenos días, ¿quiénes son ustedes?, nuestras intenciones no son hostiles, ¿cómo se llama su planeta?».

Eso era lo que nos mataba: frases de bienvenida, preguntas de turistas extraviados.

Y así es como él cáncer os mata.

Para salvar a Arthur Ramírez tenéis que fabricar una máquina «Piedra de Roseta» semejante a la que os permite comunicaros con las hormigas pero destinada, en este caso, a traducir el lenguaje del cáncer. Estudiad sus ritmos, su onda, reproducidlos, manipuladlos, para emitir una respuesta. Desde luego, no estáis obligados a creer esta versión. Pero no perderéis nada probando este método.

Jacques Méliés, Laetitia Wells y los Ramírez quedaron desconcertados por la extraña propuesta. ¿Dialogar con el cáncer...? Sin embargo, Arthur, el señor de los duendes, estaba condenado a no vivir más que unos pocos días y en horribles condiciones. Cierto que todo en ellos les decía: es un absurdo. Esta hormiga no tiene ninguna prerrogativa para darnos lecciones de medicina. Este razonamiento es un disparate. Pero Arthur iba a morir. Entonces, por qué no tratar de explotar esa vía a priori completamente absurda? ¡Ya verían adonde les llevaba!

218. Contactos

Martes, 14.30 horas. Atendiendo a la cita concertada con mucha antelación, el comisario Jacques Méliés es recibido por el señor Raphaél Hisaud, ministro de Investigación Científica. Le presenta a la señora Juliette Ramírez, a la señorita Laetitia Wells y una botella donde se agita una hormiga. Estaba prevista una conversación de veinte minutos, sin embargo se prolongará ocho horas y media. Y otras ocho horas al día siguiente.

Jueves, 19.23. El presidente de la República Francesa, el señor Régis Malrout, recibe en su salón al señor Raphael Hisaud, ministro de Investigación Científica. En el menú, zumo de naranja, cruasanes, huevos revueltos y comunicación de un mensaje que el ministro de Investigación considera de capital importancia.

El presidente se inclina por encima de los cruasanes.

—¿Qué me está pidiendo? ¿Que discuta con una hormiga? ¡No, y mil veces no! Ni aunque, como usted pretende, haya salvado a diecisiete personas encerradas bajo un hormiguero. ¿Se da usted cuenta de lo que dice? El caso Wells se le ha subido a la cabeza. ¡Vamos, consiento olvidar el tenor de esta entrevista, pero no vuelva a hablarme nunca, pero nunca más, de su hormiga!

—No es una hormiga cualquiera. Es 103. Una hormiga que ya ha hablado con humanos. También es la representante de la mayor federación mirmeceana de la región. ¡Una federación con ciento ochenta millones de individuos!

—¿Ciento ochenta millones de qué? ¡Palabra que está usted loco! ¡Hormigas! ¡Insectos! Animales que se aplastan con los Dedos... No sea usted víctima de juegos de manos de farsantes, Hisaud. Nadie creerá nunca su historia. Los electores pensarán que tratamos de distraerles con cuentos chinos para luego hacerles pagar nuevos impuestos. Por no hablar de las reacciones de la oposición... ¡Ya estoy oyendo sus carcajadas!

—¡Se conoce muy poco de las hormigas! —Objetó el ministro Hisaud—. Si nos dirigiéramos a ellas como a seres inteligentes, constataríamos probablemente que tienen mucho que enseñarnos.

—¿Se refiere a esas teorías extravagantes sobre el cáncer? Lo he leído en los periódicos sensacionalistas. ¿No pretenderá hacerme creer que se toma eso en serio, Hisaud?

—Las hormigas son los animales más esparcidos por la tierra, y seguramente se hallan entre los más antiguos y los más evolucionados. Durante cien millones de años han tenido tiempo de aprender muchas cosas que nosotros ignoramos. Los hombres sólo estamos en la tierra desde hace tres millones de años. Y nuestra civilización moderna tiene como máximo cinco mil años. Probablemente tenemos cosas que aprender de una sociedad tan experimentada. Las hormigas nos permiten imaginar

nuestra sociedad dentro de cien años.

—Ya he oído eso, pero es estúpido. ¡Sólo son... hormigas! Si me hubiera hablado de perros, en fin, podría entenderlo. Una tercera parte de nuestros electores tienen perros, ¡pero hormigas...!

—No tenemos más que...

—Basta. Métselo bien en la cabeza, amigo mío. No seré el primer presidente de República del mundo que hable con una hormiga. No estoy dispuesto a que todo el planeta se ría a mandíbula batiente a mi costa. Ni mi Gobierno ni yo mismo nos pondremos en ridículo por esos animaluchos. No quiero volver a oír hablar de esas hormigas.

Con el tenedor, el presidente se apoderó violentamente de una buena parte de los huevos revueltos y los engulló.

El ministro de Investigación permaneció impasible.

—Pues yo le hablaré de ellas una y otra vez. Hasta que cambie usted de opinión. Han venido a verme varias personas. Me lo han explicado todo con palabras sencillas y los he comprendido. Hoy tenemos la oportunidad de saltar por encima de los siglos, de dar un gran salto hacia el futuro. Y no la dejaré pasar.

—¡Pamplinas!

—Escuche, yo moriré un día, y usted también. Entonces, dado que estamos condenados a desaparecer, ¿por qué no dejar una huella original, diferente, de nuestro paso por esta Tierra? ¿Por qué no firmar acuerdos económicos, culturales e incluso... militares con las hormigas? Después de todo, es la segunda especie terrestre más fuerte.

El presidente Malrout se atraganta con una tostada y tose.

—¿Y por qué no inaugurar una Embajada de Francia en un hormiguero, de paso?

El ministro no sonríe.

—Sí, ya he pensado en ello.

—¡Increíble, es usted increíble! —exclama el presidente alzando los brazos al cielo.

—Olvídese que se trata de hormigas. Piense en ellas como en extraterrestres. No son extraterrestres sino ultraterrestres. Su único error consiste en ser minúsculos y en ocupar este planeta desde siempre. Por eso no percibimos ya lo que tienen de maravilloso.

El presidente Malrout le miró directamente a los ojos.

—¿Qué es lo que me propone?

—Una entrevista oficial con 103 —responde Hisaud sin vacilar.

—¿Quién es?

—Una hormiga que nos conoce perfectamente y que podrá servir de intérprete llegado el caso. La invita usted al Elíseo, para un almuerzo informal, por ejemplo; lo

más que come es una gota de miel. Poco importa lo que usted le diga, lo que cuenta es que el jefe supremo de nuestra nación se dirija a ella. La señora Ramírez le proporcionará el traductor feromonal. Por lo tanto, usted no tendrá ningún problema técnico.

El presidente pasea arriba y abajo por el salón y contempla largamente los jardines. Parece sopesar los pros y los contras.

—No. ¡Decididamente no! Prefiero desperdiciar la ocasión de marcar mi época antes que exponerme al ridículo. Un presidente que habla con hormigas... ¡Cuántas burlas en perspectiva!

—Pero...

—Hemos terminado. Ha abusado usted de mi paciencia con sus historias de hormigas. La respuesta es no, definitivamente no. ¡Adiós, Hisaud!

Epílogo

El sol está en su cenit. Una vasta claridad se extiende sobre el bosque de Fontainebleau. Las telas de arañas bárbaras se transforman en tapetes de luz. Hace calor.

Unos pequeños seres insignificantes tiemblan entre los ramajes. El horizonte está carmesí. Los helechos se adormecen. La luz hiere todo y a todos. Esa irradiación intensa y pura reseca la escena donde se ha desarrollado una aventura más.

Y, más allá de las estrellas, en el fondo último del firmamento, la galaxia gira lentamente, indiferente a lo que ocurre en su polvo de planetas.

Sin embargo, en una pequeña población mirmeceana de la Tierra, se celebra la última Fiesta del Renacimiento de la estación. Ochenta y una princesas de Bel-o-kan despegan para salvar a la dinastía.

Dos humanos que pasan por allí las ven.

—Mamá, ¿has visto todas esas moscas?

—No son moscas. Son hormigas reina. Recuerda el documental que viste en la tele. Es su vuelo nupcial, y en vuelo se unirán a los machos. Luego algunas se irán tal vez muy lejos para crear imperios.

Las princesas suben muy arriba en el cielo. Arriba, cada vez más arriba, para escapar de los pájaros. Los machos las alcanzan. Juntos, suben, suben y suben. Esa claridad las absorbe y, poco a poco, se funden en los rayos ardientes del astro solar. Calor, claridad, luz. Todo se vuelve blanco, de un blanco resplandeciente.

Blanco.

— FIN —

Glosario

Abeja: vecinas voladoras. Las abejas se comunican mediante la danza giratoria en suspensión o mediante la danza sobre cera.

Acacia cornígera: árbol que es, de hecho, un hormiguero viviente.

Ácido fórmico: arma de lanzamiento de las hormigas rojas. El ácido fórmico más corrosivo está concentrado a un 60%.

Batalla de la «Pequeña nube gris»: en el año 100.000.667 del calendario federal, primer choque entre las tropas hormigas rojas y las habitantes de la Ciudad de oro.

Bel-o-kan: ciudad central de la federación roja.

Belo-kiu-kiuni: madre de la reina Chli-pu-ni. Primera reina que mantuvo un diálogo con los Dedos.

Biblioteca química: invención reciente. Lugar de almacenamiento de feromona memoria.

Cestodos: parásitos que vuelven a las hormigas blancas y débiles.

Cicindela: depredador oculto en el suelo, peligro. Hay que mirar bien dónde se ponen las patas.

Comunicación Absoluta (CA): intercambio total de pensamiento mediante contacto antenarío.

Chinche: la chinche es probablemente el animal de sexualidad más original.

Chli-pu-ni: Reina de Bel-o-kan. Iniciadora del movimiento revolucionario federal.

Cortón (o topo-grillo): modo de transporte rápido subterráneo.

Dedos: fenómeno reciente en curso de interpretación.

Dios: concepto reciente en curso de interpretación.

Ditisco: coleóptero acuático capaz de nadar bajo el agua tras aprisionar una burbuja de aire.

Doctor Livingstone: apelación dedesca de su sonda emisora.

Duela del hígado del cordero: parásito que vuelve sonámbulas a las hormigas.

Edad: una hormiga roja asexuada vive por término medio 3 años.

Escarabajo: navío de guerra volador.

Feromona: hormona volátil emitida por las antenas hormigas para transformar informaciones o emociones.

Fuego: el uso del fuego está prohibido por una convención aceptada por la mayoría de los insectos.

Glándula de Dufour: glándula que produce las feromonas pistas.

Gran Cuerno: viejo escarabajo domesticado por 103.

Humanos: nombre que los Dedos se dan a sí mismos.

Lluvia: calamidad.

Mandíbula: arma cortante.

Mariposa: Comestible.

Méliés, Jacques: Dedo macho. Pelo a cepillo.

Moxiluxun: joven termitero situado a orillas del río «Come-todo».

Nudo de Hartman: zona rica en iones positivos. Las hormigas se encuentran bien allí, mientras que da dolores de cabeza a los Dedos.

Órgano de Johnston: órgano hormiga que permite descubrir los campos magnéticos terrestres.

Pájaro: peligro aéreo.

Paso: nueva medida de distancias para la federación de Bel-o-kan. Un paso equivale aproximadamente a 1 cm.

Pulgón: pequeño coleóptero que puede ser ordeñado para obtener melazo.

Rebeldes: movimiento reciente. En 100.000.667 (calendario federal), las rebeldes actuaron para salvar a los Dedos.

Renacuajos: peligro acuático.

Segmento antenarío: una antena tiene once segmentos. Cada uno de ellos proporciona un tipo de información diferente.

Sol: bola de energía amiga de las hormigas.

Televisión: modo de comunicación humano.

Termitas: vecinos gigantes. Hábiles arquitectos y navegantes.

Wells, Laetitia: Dedo hembra. Pelos largos.

Wells, Edmond: primer Dedo que comprendió lo que son las hormigas.

103: soldado exploradora.

23: soldado rebelde deísta.

24: soldado rebelde fundadora de la Comunidad libre de la Cornígera.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a Gérard y Daniel Amzallag, a David Bauchard, a Fabrice Coget, a Hervé Desinge, al doctor Michel Dezerald, a Patrick Filipini, a Luc Gomel, a Joél Hersant, a Irina Henry, a Christine Josset, a Frédéric Lenorman, a Marie Lag, a Eric Natafa, al profesor Passerat, a Olivier Ranson, a Gilés Rapoport, a Reine Silbert, a Iris y a Dotan Slomka.

N. B. Quiero dedicar un recuerdo también a todos los árboles que han proporcionado la pasta de papel necesaria para la fabricación de los libros *Las hormigas* y *El día de las hormigas*. Sin ellos, nada hubiera sido posible.



Bernard Werber nació en Toulouse (Alta Garona) el 18 de septiembre de 1961. Desde los 14 años ha escrito historietas para fanzine (cosa que le será útil en sus novelas, como en *El imperio de los ángeles*). Tras sus estudios de criminología, se hizo periodista científico en una decena de años, especialmente por *Eurêka*, la revista de la Cité des sciences et de l'industrie. También fue colaborador habitual del *Nouvel Observateur*. De estos años le viene su gusto por la ciencia, que él mezcla con sus temas favoritos, desde las hormigas a la muerte, pasando por los orígenes de la humanidad.

Las obras de Bernard Werber se han traducido a treinta y cinco idiomas. Con 15 millones de ejemplares vendidos en el mundo, Bernard Werber es uno de los autores franceses contemporáneos más vendidos del mundo, junto con Marc Lévy. Así mismo, se le considera una estrella en Corea del Sur.

A raíz de su libro *El árbol de los posibles*, ha iniciado el proyecto *l'Arbre des possibles* que trata de imaginar las distintas posibilidades que deparará el futuro a la humanidad.

Nota

[*] Huevas de bacalao fresco, ahumadas, machacadas y mezcladas con nata fresca y, a veces, con aceite. Es un plato originario de la cocina rumana. [*N. del T.*] <<